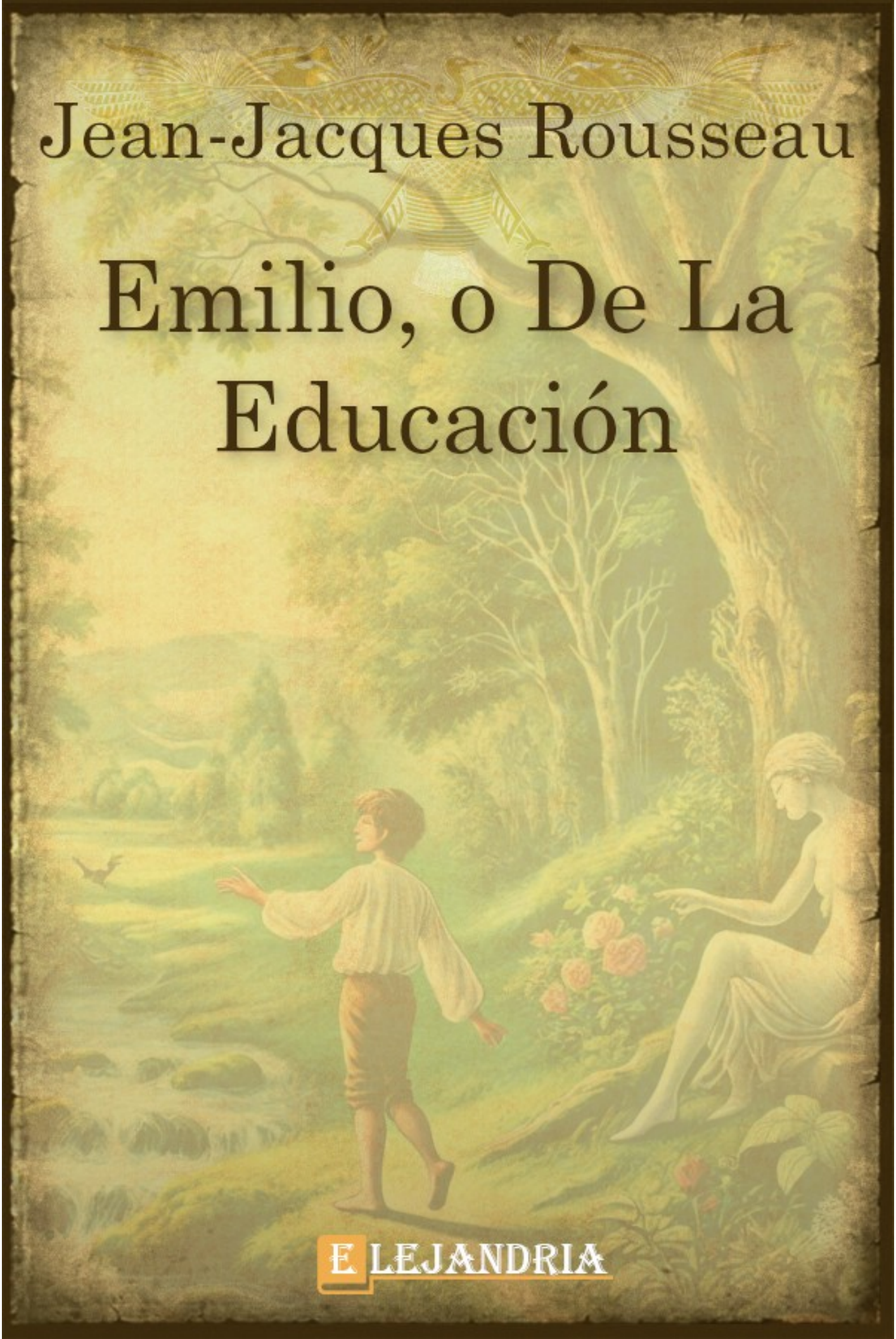
Jean-Jacques Rousseau

Emilio, o De La Educación



ELEJANDRIA

R.800589
3
96591

EMILIO,

ó

DE LA EDUCACION,

POR J. J. ROUSSEAU;

TRADUCIDO NUEVAMENTE Y AUMENTADO DE EMILIO Y SOFÍA Ó LOS SOLITARIOS, CON UNA TABLA DE MATERIAS,

POR RODRIGUEZ BURON.

TOMO I.

PARIS,

EN CASA DE TOURNACHON-MOLIN,

CALLE DE SAVOIE, Nº 6.

1824.

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EMILIO, O DE LA EDUCACIÓN

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

PUBLICADO: 1762

TRADUCCIÓN: RODRÍGUEZ BURÓN
ORIGEN: BNE

Índice

PRÓLOGO.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

CONTINUACION DEL LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

CONTINUACION DEL LIBRO QUINTO.

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.

CARTA PRIMERA.

CARTA II.

DESENLACE DE LOS SOLITARIOS.

Notas

Acerca de esta edición

Enlaces relacionados

PRÓLOGO.

Esta recopilacion de reflexiones y observaciones sin órden, y casi inconexa, la empecé por dar gusto á una buena madre que sabe pensar. Al principio solo habia proyectado hacer una memoria de pocas páginas; pero arrastrándome contra mi voluntad la materia, se convirtió poco á poco la memoria en una especie de obra, sin duda muy abultada con respecto á lo que contiene, pero muy reducida con referencia á la materia que trata. Mucho tiempo he dudado si la publicaria; y con frecuencia al trabajar en ella he visto que no basta haber escrito algunos folletos para saber componer un libro. Despues de vanos esfuerzos para hacerle mas bien, creo que le debo publicar como está, en la inteligencia de que es cosa importante dirigir la atencion pública á este asunto, y de que aun cuando fueran erróneas mis ideas, si doy motivo á que á otros les vengan acertadas, no he perdido enteramente el tiempo. Uno que desde su soledad lanza sus escritos al público, sin tener quien los alabe, ni partido que los defienda, y sin saber siquiera lo que de ellos dicen ó piensan, no debe temer, si se engaña, que sean admitidos sin exámen sus errores.

Poco diré sobre la importancia de una buena educacion, ni tampoco me detendré en probar que la comun es mala; ántes que yo lo han hecho otros mil, y no gusto de llenar un libro de cosas que sabe todo el mundo. Solo notaré que hace infinito tiempo que se ha levantado un grito unánime contra el estilo establecido, sin que piense nadie en proponer otro mejor. Mucho mas tiran la literatura y el saber de nuestro siglo á destruir que á edificar; la censura toma tono magistral, mas para proponer es necesario adoptar otro de que no gusta tanto la altivez filosófica. No obstante tantos escritos, que segun dicen, no se encaminan á otro fin que la utilidad pública, la primera de todas las cosas útiles, que es el arte de formar á los hombres, aun está olvidada. Enteramente nuevo era mi asunto despues del libro de *Locke*, y me rezelo mucho que todavía despues del mio lo sea.

No es conocida la infancia; y con las mismas ideas que de ella tienen, cuanto mas pasos dan, mas se descarrian. Los mas discretos se aplican á enseñarle lo que importa que sepan los hombres, sin considerar lo que están en estado de aprender los niños. Siempre buscan en el niño el hombre, sin atender á lo que es ántes de ser hombre. Este es el estudio á que yo mas me he aplicado, para que, aun cuando fuese fantástico y falaz todo mi método, pudieran siempre ser de provecho mis observaciones. Puede que haya visto muy al reves lo que debe hacerse, pero creo que he visto bien el sugeto en que se debe operar. Empezad estudiando mas bien á vuestros alumnos, porque es cosa certísima que no los conoceis; y si leeis este libro con este fin, creo que no será inútil para vosotros.

En cuanto á lo que calificarán de parte sistemática, que aquí no es otra cosa que el proceder de la naturaleza, esto es lo que mas en confusion pondrá al lector; sin duda tambien me atacarán por aquí, y acaso tendrán razon. Creerán que no tanto leen un tratado de educacion cuanto los sueños de un iluso acerca de la educacion. ¿Qué he de hacer? Yo no escribo conformándome á las ideas agenas, sino á las mias. No veo como los demas hombres: largos tiempos hace que me lo echan en cara. ¿Pero pende de mí el tener otros ojos, y el recibir otras ideas? no. De mí pende el no abundar en mi sentido, el no creer que yo solo soy mas discreto que todo el mundo; de mi pende, no el mudar de dictámen, mas sí el desconfiarme del mio; eso es todo cuanto hacer puedo y cuanto hago. Y si hablo alguna vez en estilo afirmativo, no es por arrastrar al lector, sino por hablarle como pienso. ¿Por qué he de proponer en forma de duda aquello en que yo no la tengo? Digo exactamente lo que en mi entendimiento sucede.

Aunque espongo con toda libertad mi dictámen, tan lejos estoy de pretender que forme autoridad que siempre junto con él mis razones, para que las pesen y me juzguen; pero sin quererme empeñar en defender mis ideas, no ménos me creo por eso con obligacion de proponerlas, porque no son indiferentes las máximas en que soy de un dictámen contrario al de los demas, que son de aquellas cuya verdad ó falsedad es importante conocer, y que hacen la felicidad ó la desdicha del linage humano.

No cesan de repetirme: proponed lo que sea factible. Lo mismo es eso que si me dijesen: proponed que hagan lo que hacen, ó á lo ménos proponed algun bien que se amalgame con el mal que existe. Semejante plan es en muchas materias mucho mas fantástico que los mios, porque con esta

obligacion se echa á perder el bien, y no se sana el mal. Mas quisiera seguir en todo la práctica establecida, que adoptar una medio buena; ménos contradiccion existiria en el hombre, que no puede encaminarse á la par á dos opuestos fines. Padres y madres, lo factible es lo que quereis hacer: ¿como he de saber yo vuestra voluntad?

Dos cosas hay que atender en todo proyecto; primero la facilidad absoluta de él, y en segundo lugar la facilidad de su ejecucion.

En cuanto al primer punto; basta para que un proyecto sea admisible y practicable en sí mismo, que lo bueno que en él haya se halle en la naturaleza de la cosa; en este, por ejemplo, que convenga al hombre la educacion que se propone, y sea adaptable al corazon humano.

La segunda consideracion pende de relaciones determinadas en ciertas situaciones, relaciones accidentales á la cosa, que no son por consiguiente necesarias, y pueden variar hasta lo infinito. Por eso hay educacion que puede ser practicable en Suiza y no serlo en Francia; otra puede serlo para un vecino honrado, y otra para un grande. Pende la mayor ó menor facilidad en la ejecucion de mil circunstancias que no es posible determinar de otro modo que con una aplicacion particular del método á tal ó tal pais, á tal ó tal condicion. Pero no siendo todas estas aplicaciones particulares esenciales á mi asunto, no tienen cabida en mi plan. Otros se podrán ocupar en ellas, si quieren, cada uno con respecto al pais ó al estado que tenga á la mira. Bástame con que en todas partes donde nazcan hombres se pueda hacer lo que yo propongo, y con que haciendo lo que propongo se haga lo mejor que hay que hacer para ellos propios y para los demas. Si no satisfago este empeño, sin duda es yerro mio; pero tambien lo fuera ageno el pedir mas de mí, porque yo no prometo otra cosa.

EMILIO,

Ó

DE LA EDUCACION.

LIBRO PRIMERO.

TODO sale perfecto de manos del autor de la naturaleza; en las del hombre todo degenera. A esta tierra la fuerza á que dé las producciones de otra; á un árbol á que sustente frutos de tronco ageno; los climas, los elementos, las estaciones los mezcla y los confunde; estropea su perro, su caballo, su esclavo; todo lo trastorna, todo lo desfigura; la disformidad, los monstruos le aplacen; nada le peta como lo formó la naturaleza, nada ni aun el hombre, que necesita amañarle para su uso como á caballo de picadero, y configurarle á su antojo como á los árboles de su vergel. Peor fuera si sucediese lo contrario, porque el género humano no consiente quedarse á medio modelar. En el actual estado de cosas el mas desfigurado de todos los mortales seria el que desde su cuna le dejaran abandonado á sí propio. Las preocupaciones, la autoridad, el ejemplo, todas las instituciones sociales en que vivimos sumidos sofocarian su natural, sin sustituir otra cosa, sucediéndole lo que al arbolillo nacido en mitad de una vereda, que muere en breve sacudido por los caminantes que tiran en todas direcciones de sus ramas.

A tí dirijo estos renglones, madre amorosa y prudente, que has sabido apartarte del camino trillado, y preservar el naciente arbolillo del choque de las opiniones humanas [1]. Cultiva y riega el tierno renuevo ántes que muera; así serán un dia sus sazonados frutos las delicias tuyas. Levanta al punto un coto en torno del alma de tu hijo; señale otro en buen hora el circuito, pero tú sola debes alzar la valla.

A las plantas las endereza el cultivo, y á los hombres la educacion. Si naciera el hombre ya grande y robusto, de nada le servirian sus fuerzas y estatura hasta que aprendiera á valerse de ellas, y le serian perniciosas porque retraerian á los demas de asistirle [2]: abandonado entónces á sí propio se moriria de necesidad, ántes de que conocieran los otros su miseria. Nos quejamos del estado de la infancia, y no miramos que el linage humano hubiera perecido si hubiera principiado el hombre por ser adulto.

Débiles nacemos, y necesitamos de fuerzas: desprovistos nacemos de todo, y necesitamos de asistencia; nacemos estúpidos, y necesitamos de inteligencia. Todo cuanto nos falta al nacer, y cuanto necesitamos siendo adultos, se lo debemos á la educacion.

La educacion es efecto de la naturaleza, de los hombres, ó de las cosas. La de la naturaleza es el desarrollo interno de nuestras facultades y nuestros órganos; la educacion de los hombres es el uso que nos enseñan estos á hacer de este desarrollo, y lo que nuestra esperiencia propia nos da á conocer acerca de los objetos, cuya impresion recibimos, es la educacion de las cosas.

Así cada uno de nosotros recibe lecciones de estos tres maestros. Nunca saldrá bien educado, ni se hallará en armonía consigo mismo el discípulo que tome de ellos lecciones contradictorias; aquel solo ha dado en el blanco, y vivirá una vida consiguiente, que las vea conspirar todas á un mismo fin, y versarse en los mismos puntos; él solo merecerá el título de bien educado. De estas tres educaciones distintas la de la naturaleza empero no pende de nosotros, y la de las cosas solo en parte está en nuestra mano. La única de que verdaderamente somos los árbitros es la de los hombres, y aun esto mismo no es todavía mas que una suposicion; porque ¿quién puede esperar que ha de dirigir enteramente los razonamientos y las acciones de todos cuantos se acerquen á un niño?

Por lo mismo que la educacion es un arte, casi es imposible su logro, puesto que de nadie pende el concurso de causas indispensable para él. Todo cuanto á fuerza de diligencia puede conseguirse es acercarse mas ó ménos al blanco; pero es ventura dar en él.

¿Qué blanco es este? El mismo de la naturaleza; esto ya lo hemos probado. Una vez que para su recíproca perfeccion es necesario que concurran las tres educaciones, habemos de dirigir las otras dos á aquella en que ningun poder tenemos. Pero como acaso la voz de la naturaleza tiene, una significacion sobrado vaga, conviene que procuremos fijarla.

Nos dicen que la naturaleza no es otra cosa que el hábito. ¿Qué quiere decir esto? ¿No hay hábitos contraidos por fuerza, y que nunca, sofocan la naturaleza, como, por ejemplo, el de las plantas en que se ha impedido la direccion vertical? Así que dejan la planta libre, si bien conserva la inclinacion que la han precisado á tomar, no por eso la primitiva direccion de la savia ha variado, y si continúa vegetando, su prolongacion se torna de nuevo en vertical. Lo mismo sucede con las inclinaciones de los hombres. Miéntras que permanecen en un mismo estado, pueden conservar las que resultan de la costumbre, y son ménos naturales; pero luego que varía la situacion, se gasta la costumbre, y vuelve el natural. La educacion cierto no es otra cosa que un hábito. ¿Y no hay personas que se olvidan de su educacion y la pierden miéntras que otras la conservan? ¿De donde proviene esta diferencia? Si ceñimos el nombre de naturaleza á los hábitos conformes á ella, podemos escusar esta gerigonza.

Nacemos sensibles, y desde que nacemos, escitan en nosotros diversas impresiones los objetos que nos rodean. Luego que tenemos por decirlo así, la conciencia de nuestras sensaciones, aspiramos á poseer ó evitar los objetos que las producen, primero segun que son aquellas gustosas ó desagradables, luego segun la conformidad ó discrepancia que entre nosotros y dichos objetos hallamos, y finalmente segun el juicio que formamos acerca de la idea de felicidad ó perfeccion que nos ofrece la razon por dichas sensaciones. Estas disposiciones de simpatía ó antipatía crecen y se fortifican á medida que aumenta nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia; pero tenidas á raya por nuestros hábitos, nuestras opiniones las alteran mas ó ménos. Antes de que se alteren, constituyen lo que yo llamo en nosotros naturaleza.

Deberíamos por tanto referirlo todo á estas disposiciones primitivas, y así podria ser en efecto, si nuestras tres educaciones solo fueran distintas, pero ¿qué hemos de hacer cuando son opuestas, y cuando en vez de educar á uno para sí propio, le quieren educar para los demas? La concordancia es entónces imposible; y precisados á oponernos á la naturaleza, ó á las instituciones sociales, es forzoso escoger entre formar á un hombre ó á un ciudadano, no pudiendo ser uno mismo una cosa y otra.

Toda sociedad parcial, si es íntima y bien unida, se enagena de la grande. Todo patricio es duro con los estrangeros, los cuales no siendo mas que hombres, nada son ante sus ojos [3]. ¡Inconveniente inevitable, pero de poca monta! Lo esencial es ser bueno con las gentes con quien se vive. En pais ageno los Espartanos eran ambiciosos, avaros, inicuos; pero reinaban dentro de sus muros el desinteres, la equidad y la concordia. Desconfiémonos de aquellos cosmopólitas que en sus libros van á buscar en apartados climas obligaciones que no se dignan de desempeñar en torno de ellos. Filósofo hay que se aficiona á los Tártaros, por no tener que querer bien á sus vecinos.

Su individuo es el todo para el hombre de la naturaleza; es la unidad numérica, el entero absoluto, que solo consigo mismo tiene relacion, miéntras que el hombre de la ciudad es la unidad fraccionaria que determina el denominador, y cuyo valor es presa su relacion con el entero, que es el cuerpo social. Las instituciones sociales buenas son las que mejor saben borrar la naturaleza del hombre, privarle de su existencia absoluta, dándole una relativa, y trasladando el *yo* la *personalidad,* á la comun unidad, por manera que ya cada particular no se crea uno, sino parte de la unidad, y solamente en el todo sea sensible. No era un ciudadano de Roma Cayo ni Lucio, que era un Romano, y en él era esclusivo el amor de su patria, hasta del suyo propio. Por Cartagines se reputaba Régulo, como peculio que era de sus amos, y en calidad de estrangero se resistia á tomar asiento en el senado romano; siendo preciso que se lo mandara un Cartagines. Indignado con los que le querian librar la vida, los venció y se tornó triunfante a morir en horribles tormentos. No veo que este se parezca mucho á los hombres que conocemos.

Presentóse el Lacedemonio Pedaretes para ser admitido al consejo de los trecientos, y desechado se vuelve á su casa rebosando un júbilo de que se hallaran en Esparta trecientos hombres de mas mérito que él. Supongo que

esta demostracion fuese sincera, y no hay motivo para no creerla tal: este es el ciudadano.—Tenia una Espartana cinco hijos en el ejército, y aguardaba noticias de la batalla. Llega un Ilota, y se las pregunta asustada. Tus cinco hijos han muerto. Vil esclavo, ¿te pregunto yo eso?—Hemos alcanzado la victoria.—Sin detenerse corre al templo la madre á dar gracias á los Dioses. Esta es la ciudadana.

El que en el órden civil quiera conservar la primacía á los afectos naturales no sabe lo que se quiere. Siempre en contradiccion consigo propio, fluctuando siempre entre sus inclinaciones y sus obligaciones, nunca será hombre ni ciudadano, nunca útil ni para sí ni para los demas; será uno de los hombres del dia, un Frances, un Ingles, un paisano, en una palabra nada. Para ser algo, para ser uno propio y siempre el mismo, es necesario estar siempre determinado acerca del partido que se ha de tomar, tomarle resueltamente, y seguirle con teson. En mostrándome este portento, sabré si es hombre ó ciudadano, ó como hace para ser una cosa y otra.

De estos objetos por necesidad opuestos proceden dos formas contrarias de institucion; una pública y comun, otra particular y doméstica.

Quien se quiera formar idea de la educacion pública, lea la República de Platon, que no es una obra de política, como piensan los que solo por los títulos fallan de los libros, sino el mas escelente tratado de educacion que se ha escrito.

—Cuando quieren hablar de un pais fantástico, citan por lo comun la institucion de Platon. Muy mas fantástica me pareceria la de Lycurgo, si no la hubiera este dejado solo en un escrito. Platon se ciñó á apurar el corazon humano; Lycurgo ha sojuzgado la naturaleza.

Hoy no existe la institucion pública, ni puede existir, porque donde no hay patria, no puede haber ciudadanos. Ambas palabras *patria* y *ciudadano* deben borrarse de los idiomas modernos. Yo sé bien cual es la razon, pero no quiero decirla, porque no tiene conexion ninguna con mi asunto.

No contemplo instituciones públicas esos risibles establecimientos que llaman colegios [4]. Tampoco haré mencion de la educacion del mundo, porque como esta se propone dos fines contrarios ninguno consigue, y solo es buena para hacer dobles á los hombres, que con apariencia de referirlo siempre todo á los demas, no hay nada que no refieran á sí propios. Pero

como estas muestras son generales para todo el mundo, á nadie engañan, y son trabajo perdido.

De estas contradicciones nace la que en nosotros mismos esperimentamos sin cesar. Arrastrados por la naturaleza y los hombres en sendas contrarias, forzados á seguir en parte estas impulsiones distintas, tomamos una direccion compuesta que ni á una ni otra meta nos lleva. De esta suerte combatidos, fluctuantes durante la carrera de la vida, la concluimos sin haber podido ponernos de acuerdo con nosotros mismos, y sin ser de provecho ni para nosotros, ni para los demas.

Qnédanos pues la educacion doméstica, ó la de la naturaleza. Pero ¿qué aprovechará á los demas un hombre educado únicamente para él? Si por ventura los dos objetos que nos proponemos pudieran ambos reunirse en uno solo, quitando las contradicciones del hombre, removeríamos un grande estorbo para su felicidad. Para decidir el punto, seria preciso ver al hombre ya formado, haber observado sus inclinaciones, visto sus adelantamientos, seguido su camino; en una palabra, seria preciso conocer al hombre natural. Creo que dará algunos pasos en esta investigacion el que leyere este escrito.

¿Qué tenemos que hacer para la formacion de este raro mortal? mucho sin duda; estorbar que hagan nada. Cuando solo se trata de navegar contra el viento, se bordea; pero si la mar está alborotada, y quieren que no se mueva el navío, es preciso aferrar el áncora. Inesperto piloto; mira, no arries el cable, no agarre el ancla y derive el navío ántes que puedas estorbarlo.

En el órden social en que todos los puestos están señalados, cada uno debe ser educado para el suyo. Si un particular formado para su puesto sale de él, ya no vale para nada. Solo es útil la educacion en cuanto se conforma la fortuna con la convocacion de los padres; en cualquiera otro caso es perjudicial para el alumno, aunque no sea mas que por las preocupaciones que le infunde. En Egypto, donde los hijos estaban obligados á seguir la profesion de sus padres, la educacion tenia á lo ménos un blanco determinado; pero en nuestros paises donde solo las gerarquías subsisten, y los hombres pasan sin cesar de una á otra, nadie sabe si cuando educa á su hijo para su estado se afana en detrimento de él.

Como en el estado natural todos los hombres son iguales, su comun vocacion es el estado de hombre; y aquel que para este hubiere sido bien criado, no puede desempeñar mal los que con él tengan conexion. Poco me importa

que destinen á mi alumno para la tropa, para la iglesia, para el foro, que ántes de la vocacion de sus padres le llamó la naturaleza á la vida humana, El oficio que enseñarle quiero es el de vivir. Convengo en que cuando salga de mis manos, no será ni magistrado, ni militar, ni clérigo; será, sí, primero hombre, todo cuanto debe ser un hombre, y sabrá serlo, si fuere necesario, tan bien como el mas aventajado; en valde la fortuna le mudará de lugar, que siempre él se encontrará, en el suyo. *Occupavi te, fortuna atque cepi; omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me aspirare non posses* [5].

Nuestro verdadero estudio es el de la condicion humana. Aquel de nosotros que mas bien sabe sobrellevar los bienes y males de esta vida, es en mi entender el mas bien educado; de donde se colige que no tanto en preceptos como en ejercicios consiste la verdadera educacion. Desde que empezamos á vivir, empieza nuestra instruccion; nuestra educacion empieza cuando empezamos nosotros; nuestras nodrizas son nuestros primeros preceptores. Por eso la palabra *educacion* tenia antiguamente otra significacion que ya se ha perdido, y queria decir alimento. *Educit obstetrix,* dice Varron, *educat nutrix instituit paedagogus, docet magister* [6]. Educacion, institucion, é instruccion son por tanto tres cosas tan distintas en su objeto, como nodriza, ayo, y maestro. Pero se confunden estas distinciones; y para que el niño vaya bien encaminado, no debe tener mas que un conductor.

Conviene pues generalizar nuestras ideas considerando en nuestro alumno el hombre en abstracto, el hombre espuesto á todos los azares de la vida humana. Si naciesen los hombres clavados al suelo de un pais, si durase todo el año una misma estacion, si estuviera cada uno tan pegado con su fortuna que no pudiese esta variar, seria buena bajo ciertos respectos la práctica establecida; educado un niño para su estado, y no habiendo nunca de salir de él, no podria verse espuesto á los inconvenientes de otro distinto. Mas atendida la inestabilidad de las cosas humanas, atendido el espíritu inquieto y mal contentadizo de este siglo que todo lo trastorna á cada generacion, ¿es posible imaginar método mas desatinado que el de educar á un niño, como si nunca hubiese de salir de su aposento, y hubiese de vivir siempre rodeado de su gente? Si da este desventurado mi solo paso en la tierra, si baja un escalon solo, es perdido. No es eso enseñarle á aguantar el dolor, sino ejercitarle á que le sienta con mas viveza.

Los padres solo piensan en conservar á su niño; eso no basta: debieran enseñarle á conservarse cuando sea grande, á aguantar los embates de la mala fortuna, á arrostrar la opulencia y la miseria, á vivir, si es necesario, en los hielos de Islanda, ó en la abrasada roca de Malta. Vano es tomar precauciones para que no muera; al cabo tiene que morir: y aun cuando no sea su muerte fruto de vuestros afanes, todavía estos serian necios. No tanto se trata de estorbar que muera, cuanto de hacer que viva. Vivir no es alentar, que es obrar, hacer uso de nuestros órganos, nuestros sentidos, nuestras facultades, de todas las partes de nosotros mismos que nos dan la íntima conciencia de nuestra existencia propia. No es aquel que mas ha vivido el que mas años cuenta, sino el que mas ha disfrutado de la vida. Tal llevaron á la sepultura de cien años, que fue cadáver desde la cuna. Mas le hubiera valido morir mozo, que á lo ménos hubiera vivido hasta entónces.

En serviles preocupaciones se cifra toda nuestra sabiduría, ni son todos nuestros estilos otra cosa que sujecion, incomodidades y apremio. En esclavitud nace, vive y muere el hombre civil; cuando nace, le cosen en una envoltura; cuando muere, le clavan dentro de una ataud; y miéntras que tiene figura humana, le encadenan nuestras instituciones.

Dicen que algunas comadres pretenden dar mejor configuracion á la cabeza de los niños recien nacidos apretándosela, ¡y se lo permiten! ¡Estarian mal nuestras cabezas como las formó el autor de la naturaleza! ¡Necesitan que nos las modelen por defuera las parteras, y los filósofos por de dentro! La mitad ménos de desdicha tienen los Caribes.

«Apénas ha salido el niño del vientre de su madre, y apénas disfruta de la facultad de mover y estender sus miembros, cuando le ponen nuevas ataduras: Le fajan, le acuestan con la cabeza fija, las piernas estiradas, y los brazos colgando; le envuelven con vendas y fajas de todo género, que no le dejan mudar de situacion; y no es poca dicha si no le han apretado de manera que le estorben la respiracion, y si han tenido la precaucion de acostarle de lado, para que pueda el agua que echare por la boca salir por sí propia, porque no lo queda facultad para volver la cabeza de lado, á fin de facilitarle salida [7].» El niño recien nacido necesita de dilatar y mover sus miembros para sacarlos del entorpecimiento en que han estado tanto tiempo recogidos en un envoltorio. Verdad es que los estiran, pero les impiden el movimiento; sujetan hasta la cabeza con capillos, parece que tienen miedo de que den señales de vida. De esta suerte el impulso de las partes internas

de un cuerpo que busca incremento, encuentra con un obstáculo insuperable á los movimientos que requiere. Continuamente se afana el niño en vanos esfuerzos, que apuran sus fuerzas, ó retardan sus progresos. Ménos estrecho, ménos ligado, ménos comprimido se hallaba en el zurron de su madre que en sus fajas; no veo lo que ha grangeado con nacer.

La inaccion y el apremio en que retienen los miembros de un niño no pueden ménos de perjudicar á la circulacion de la sangre y los humores, de estorbar que se fortalezca y crezca la criatura, y de alterar su constitucion. En los paises donde no toman tan estravagantes precauciones, son los hombres todos altos, robustos y bien proporcionados [8]. Los paises en que se fajan los niños manan en corcobados, cojos, raquíticos patizambos, gafos y lisiados de todos géneros. Por temor de que se desfiguren los cuerpos con la libertad de los movimientos, se dan priesa á desfigurarlos poniéndolos en prensa, y de buena gana los harian tullidos para impedir que se estropeasen.

¿Puede acaso tan cruel apremio tener ménos influjo en su índole que en su temperamento? Su primera afeccion es afeccion de dolor y tormento; y en medio de eso solo encuentran estorbas para todos los movimientos que necesitan; mas desventurados que un delincuente con grillos y esposas hacen esfuerzos inútiles, se enfurecen y gritan. Decis que son llantos sus primeras voces. Yo lo creo; desde que nacen los atormentais; las primeras dádivas que de vosotros reciben son cadenas, y torturas el primer trato que esperimentan. No quedándoles libre otra cosa que la voz, ¿como no se han de valer de ella para quejarse? Gritan por el daño que les haceis; mas gritarais que ellos si así os encadenaran.

¿De donde proviene tan desatinado estilo? de otro estilo inhumano. Desde que desdeñando las madres su primera obligacion no han querido criar á sus hijos, ha sido indispensable fiárselos á mugeres mercenarias, que viéndose madres de hijos agenos en cuyo abono no les hablaba la naturaleza, solo han pensado en ahorrarse trabajo. Hubiera sido forzoso estar en continua vela si el niño hubiera estado libre, pero bien atado le echan en un rincon sin curarse de sus gritos. Con tal que no haya pruebas de la negligencia de la nodriza, con tal que no se rompa al niño un brazo ni una pierna, ¿qué importa que se muera, ó que contraiga achaques para miéntras viva? A costa de su cuerpo se conservan sus miembros, y en cualquier suceso no se le echa la culpa á la nodriza.

¿Estas amantes madres que desprendiéndose de sus hijos se entregan con júbilo á las diversiones y pasatiempos de los pueblos grandes, saben acaso como tratan en la aldea á su hijo envuelto en fajas y pañales? Al menor ruido le cuelgan en un clavo, como un lío de ropa vieja; y así crucificado permanece el infeliz miéntras que la nodriza hace sus haciendas. Todos cuantos se han hallado en esta situacion tenian amoratado el rostro oprimido con violencia el pecho no dejaba circular la sangre que se arrebataba á la cabeza; y creian que el paciente estaba muy sosegado porque no tenia fuerza para gritar. No sé cuantas horas puede permanecer en este estado un niño sin perder la vida, pero dudo que puedan ser muchas. Esta pienso que sea una de las mayores utilidades que se sacan del fajado.

Alegan que dejando á los niños libres podrian contraer malas situaciones, y hacer movimientos que redundasen en detrimento de la buena conformacion de sus miembros. Este es uno de tantos vanos raciocinios de nuestra falaz sabiduría, que nunca ha confirmado esperpento ninguno. En la muchedumbre de niños que en pueblos mas racionales que nosotros se crian con toda la libertad de sus miembros, no vemos uno solo que se hiera ni se estropee, porque no pueden imprimir á sus movimientos la fuerza que baste para que sean peligrosos; y cuando toman una situacion violenta, en breve les advierte el dolor que la muden en otra.

Todavía no hemos pensado en fajar á los perros y gatos recien nacidos: ¿vemos que les redunde algun inconveniente de esta negligencia? Los niños son mas pesados;...convengo en ello, pero tambien son á proporcion mas débiles. Apenas se pueden menear, ¿como se han de estropear? Si los tendiesen de espaldas, se moririan en esta situacion, como el galápago, sin poder volverse.

No contentas con haber dejado de dar el pecho á sus hijos, dejan las mugeres de querer concebirlos; consecuencia muy natural. Así que es gravoso el estado de madre, luego se halla modo para sacudirse de él totalmente; quieren hacer una obra inútil, para volver sin cesar á ella, y convierten en perjuicio de la especie el atractivo mismo destinado á su multiplicacion. Esta costumbre añadida á las demas causas de despoblacion nos indica la suerte inmediata de Europa. Las ciencias, las artes, la filosofía y las costumbres que esta engendra, la convertirán presto en un páramo; la poblarán fieras, y en verdad no será mucha la diferencia en cuanto á la especie de sus moradores.

He presenciado algunas veces la artería de mugeres mozas que suelen fingir que quieren criar ellas á sus hijos, y que saben hacer que las rueguen encarecidamente que se dejen de ese antojo, haciendo que medien los maridos, los médicos, y especialmente las madres. Si un marido se atreve á consentir que crie su muger á sus pechos á su hijo, es hombre perdido, y le tildarán como á un asesino que quiere dar fin de ella. Maridos prudentes, preciso es que sacrifiqueis en holocausto de la paz el amor paterno. Gracias á que se hallan en los lugares mugeres mas continentes que las vuestras: mayores teneis que darlas, si el tiempo que estas así ganan no le emplean con hombres agenos.

Indubitable es la obligacion de las mugeres, pero como tan poco aprecio hacen de ella, preguntan si es cosa indiferente para los niños mamar la leche de su madre ú otra cualquiera. Esta cuestion de que *son* jueces los médicos, la tengo yo por resuelta á satisfaccion de las mugeres, y yo por mí pienso tambien que vale mas que mame el niño la leche de una nodriza sana que la de una madre achacosa, si hubiese nuevos males que temer de la misma sangre que le ha formado. ¿Debe empero mirarse esta cuestion meramente bajo el aspecto físico? ¿necesita ménos el niño del cuidado de una madre que de su pecho? Otras mugeres, y hasta animales, le podrán dar la leche que ella le niega, pero la solicitud maternal nada la suple. La que cria el hijo ageno en vez del suyo es mala madre: ¿como ha de ser buena nodriza? Podrá hacerse tal, pero será poco á poco; será preciso que el hábito corrija la naturaleza; y miéntras el niño mal cuidado tendrá lugar para morirse cien veces ántes que su nodriza le tome cariño de madre.

De esta última ventaja misma procede un inconveniente que bastarla por sí solo para quitar ó toda muger sensible el ánimo de dar ó su hijo á que le crie otra, que es el de dar parte del derecho de madre, ó mas bien de enajenarle; el de ver que su hijo quiere á otra muger tanto como á ella, y mas; el de contemplar que el cariño que á su propia madre conserva es gracia, miéntras que el que á su madre adoptiva le tiene es justicia; porque, ¿no debo yo el afecto de hijo á aquella que tuvo conmigo los afanes de madre?

El modo como se remedia este inconveniente es inspirando á los niños el desprecio de sus nodrizas, y tratando á estas como meras criadas. Cuando han concluido su servicio, les quitan la criatura, ó despiden á la nodriza; y á fuerza de desaires, la cansan de que venga á ver á su hijo de leche, que al cabo de algunos años ni la ve, ni la conoce. Engáñase la madre que piensa

que ella se sustituye, y que con su crueldad resarce su negligencia; y en vez de grangear un hijo tierno, forma un hijo de leche despiadado, le enseña á ser ingrato, y le instruye á que abandone un dia á la que le dió la vida, como á la que la alimentó con la leche de sus pechos.

¡Cuanto insistiera yo en este punto, si me desalentara ménos tener que repetir en balde útiles consejos! Esto tiene conexion con muchas mas cosas de lo que se cree. ¿Querernos tornar á cada uno al cumplimiento de sus primeras obligaciones? empecemos por las madres, y nos pasmará la mudanza de cosas que produzcamos. De esta primera depravacion procede sucesivamente todo: se altera todo órden moral; en todos los pechos se estingue el buen natural; pierde el aspecto de vida lo interior de las casas; el tierno espectáculo de una naciente familia ya no aspira apego á los maridos, ni atenciones á los estraños; es ménos respetada la madre cuyos hijos no se ven; no hay residencia en las familias; no estrecha la costumbre los vínculos de la sangre; no hay padres, ni madres, ni hijos, ni hermanos, ni hermanas; apenas se conocen todos, ¿como se han de querer? Solo en sí piensa cada uno. Cuando la casa propia en un yermo triste, fuerza es irse á divertir á otra parte.

Empero dígnense las madres de criar á sus hijos, y la á costumbres se van á reformar por sí solas, los afectos naturales á revivir en todos los pechos; va á repoblarse el estado; este primer punto, este punto único lo va á reunir todo. La mas eficaz triaca contra las malas costumbres es el atractivo de la vida doméstica; se torna grata la bulla de los niños que creen importuna, haciendo que el padre y la madre se necesiten mas, se quieran mas uno á otro, y estrechando entre ambos el lazo conyugal. Cuando la familia es viva y animada, las tareas domésticas son la ocupacion mas cara para la muger, y el desahogo mas suave del marido. Así este abuso enmendado, solo resultaria en breve una reforma general, y en breve recuperaria la naturaleza todos sus derechos. Tornen una vez las mugeres á ser madres, y tornarán en breve los hombres á ser padres y esposos.

¡Superfluos razonamientos! ni aun el hastío de los deleites mundanos trae nunca á estos. Dejaron las mugeres de ser madres, y nunca mas lo serán, ni querrán serlo. Aun cuando quisieran, apenas lo podrian; hoy que está establecido el estilo contrario, tendria cada una que pelear contra la oposicion de todas sus conocidas, coligadas todas contra un ejemplar que las unas no han dado, y que no quieren seguir las otras.

No obstante todavía se encuentran algunas pocas mugeres mozas de buena índole, que siendo osadas á arrostrar en este punto el imperio de la moda, y los clamores de su sexo, con virtuosa valentía desempeñan esta tan suave obligacion que les impuso la naturaleza. ¡Ojalá que se aumente el número con el atractivo de los bienes destinados á las que la cumplen! Fundándome en consecuencias que presenta el mas obvio raciocinio, y en observaciones que nunca he visto desmentidas, me atrevo á prometer á estas dignas madres un sólido y constante cariño de sus esposos, una verdadera terneza filial de estos hijos, la estimacion y el respeto del público, partos felices sin azares ni malas resultas una salud robusta y duradera, la satisfaccion en fin de verse un dia imitadas de sus hijas, y citadas como dechado de las agenas.

Sin madre no hay hijo; las obligaciones de entrambos son mutuas; y si se desempeñan mal por una parte, serán desatendidas por la otra. El niño debe amar á su madre ántes que sepa que debe amarla. Si la costumbre y los cuidados no esfuerzan la voz de la sangre, fallece esta en los primeros años, y muere el corazon, por decirlo así, ántes que baya nacido. Así desde las primeras pisadas ya nos apartamos de la naturaleza.

Por una senda opuesta salen tambien de ella las madres que en vez de desatender los cuidados maternales los toman con esceso, haciendo de sus criaturas sus ídolos, acrecentando y prolongando su flaqueza por impedir que la sientan, y con la esperanza de safarlos de las leyes de la naturaleza, apartando de ellos todo choque penoso, sin hacerse cargo de cuantos desmanes y riesgos acumulan para lo futuro sobre su cabeza por algunas pocas incomodidades de que los preservan por un instante, y de cuan inhumana precaucion es dilatar la flaqueza de la infancia bajo las fatigas de los hombres formados. Para hacer Tetis á su hijo invulnerable, dice la fábula, que le sumió en las aguas de la laguna Estygia; alegoría tan hermosa como clara. Lo contrario hacen las crueles madres de que hablo; los preparan á sus hijos á padecer, á poder de sumirlos en la molicie, y abren sus poros á todo género de achaques, de que no podrán ménos de adolecer cuando sean adultos.

Observemos la naturaleza, y sigamos la senda que nos señala. La naturaleza ejercita sin cesar á los niños, endurece su temperamento con todo género de pruebas, y les enseña muy luego qué es pena y dolor. Los dientes que les nacen les causan calenturas; violentos cólicos les dan convulsiones; los ahogan porfiadas toses; los atormentan las lombrices; la plétora les pu-

dre la sangre; fermentan en ella varias levaduras, y ocasionan peligrosas erupciones. Casi toda la edad primera es dolencias y riesgos; la mitad de los niños que nacen perecen ántes de llegar al octavo año. Hechas las pruebas, ha ganado fuerzas el niño; y así que puede usar de la vida, tiene mas vigor el principio de ella, Tal es la regla de la naturaleza. ¿Qué vale el oponerse á ella? ¿Quién no ve que pensando que la enmiendan, destruyen la obra suya, y estorban la eficacia de sus afanes? Hacer en lo esterior lo que ella ejecuta en lo interior, decir que es redoblar el peligro, miéntras que por el contrario es hacer diversion á él, y estenuarle. La esperiencia enseña que mueren todavía mas niños criados con delicadeza que de los otros. Con tal que se esceda el alcance de sus fuerzas, ménos se arriesga con ejercitarlas que con no ponerlas á prueba. Ejercitadlos por tanto á sufrir golpes que tendrán que aguantar un día; endureced sus cuerpos á la inclemencia de las estaciones, de los climas y los elementos, al hambre, á la sed, á la fatiga; bañadlos en las aguas estigyas. Antes que el cuerpo haya contraido hábitos, se le dan los que se quieren sin riesgo; pero una vez que ha tomado consistencia, toda alteracion se hace peligrosa. Sufrirá un niño variaciones que no aguantaria un hombre: blandas y flexibles la fibras del primero sin dificultad toman el doblez que les dan; mas endurecidas las del hombre no sin violencia pierden el doblez que han recibido. Así que es posible hacer robusto a un niño sin esponer su salud y su vida; y aun cuando corriese, algun riesgo, no se debiera vacilar. Una vez que estos riesgos son inseparables de la vida humana, ¿qué mejor cosa podemos hacer que arrastrarlos en la época de su duracion en que ménos inconvenientes presentan?

Al paso que crece en edad, es mas precioso un niño, que al precio de su vida junta el de las tareas que La costado, y con la pérdida de su existencia une él la idea de la muerte. Por tanto vigilando sobre su, conservacion debe pensarse, particularmente en el tiempo venidero, armarle contra los males de la edad juvenil ántes que llegue á ella, porque si crece el valor de la vida hasta la edad en que es útil, ¿no es desatino resguardar de algunos males la infancia con aumentarlos en la edad de razon? ¿Son esas las lecciones del maestro?

Padecer en todo tiempo es el destino del hombre, de suerte que hasta el cuidado de su conservacion está unido con la pena. Por fortuna que en su infancia solo conoce los males físicos; males muy ménos crudos, muy ménos dolorosos que los otros, y que con mucha ménos frecuencia nos

obligan á renunciar de la vida, Nadie se mata por dolores de gota; solo los del ánimo engendran la desesperacion. Nos compadece la suerte de la infancia, miéntras que debiéramos llorar sobre la nuestra. Nuestros mas graves males vienen de nosotros.

El niño grita así que nace, y su primera infancia se va toda en llantos. Para acallarle, unas veces le arrullan y le alhagan; otras le ponen silencio con amenazas y golpes. O hacemos lo que él quiere, ó exigimos de él lo que queremos, ó nos sujetamos á sus antojos, ó le sujetamos á los nuestros; no hay medio: ó ha de dictar leyes, ó ha de obedecerlas. De esta suerte sus primeras ideas son las de imperio y servidumbre. Antes de saber hablar, ya manda; ántes de poder obrar, ya obedece; y á veces le castigan ántes que pueda conocer sus yerros, ó por mejor decir, ántes que los pueda cometer. Tan temprano infunden en este pecho novicio las pasiones que luego se imputan á la naturaleza, y despues de haberse afanado en hacerle malo, se quejan de ver que lo sea.

Así pasa un niño seis ó siete años en manos de mugeres, víctima de los antojos de ellas y del suyo propio; y despues que le han hecho que aprenda esto y lo otro, quiero decir, despues de haber abrumado su memoria con palabras que no puede entender, ó con cosas que para nada le sirven; despues de haber sufocado su índole natural con las pasiones que en él se han sembrado, entregan este ente ficticio á manos de un preceptor que acaba de desenvolver el germen artificial que ya encuentra sazonado, y le instruye en todo, ménos en conocerse, ménos en sacar fruto de sí propio, ménos en saber vivir, y labrar su felicidad. Finalmente, cuando este niño esclavo y tirano, lleno de ciencia y falto de razon, tan hago de cuerpo como de espíritu, le lanzan en el mundo, descubriendo su ineptitud, su soberbia, y sus vicios todos, hacen que se compadezca la humana miseria y perversidad. Es una equivocacion, que ese es el hombre de nuestros desvaríos; muy distinta forma tiene el de la naturaleza.

Si quereis que conserve su forma original, conservádsela desde el punto que viene al mundo. Agarraos de él así que nazca, y no le solteis hasta que sea hombre; nunca lograréis nada sin eso. Así como es la madre la verdadera nodriza, el verdadero preceptor es el padre. Pónganse ambos de acuerdo tanto en el órden de sus funciones, como con su sistema, y pase el niño de las manos de la una á las del otro. Mas bien le educará un padre

juicioso y de cortos alcances que el maestro mas hábil del mundo, porque mejor suple el zelo por el talento que el talento, por el zelo.

Pero los quehaceres, los asuntos, las obligaciones.... ¡Ha, las obligaciones! Sin duda que la de padre es la postrera [9]. No hay porque pasmarse de que un hombre cuya muger no se ha dignado de criar á sus pechos el fruto de su union se desdeñe él de educarle. No hay pintura que mas embelese que la de la familia; pero un rasgo solo mal tirado desfigura todos los demas. Si á la madre le falta salud para ser nodriza, al padre le sobrarán asuntos para ser preceptor. Desviados, dispersados los hijos en pensiones, en conventos, en colegios, pondrán en otra parte el cariño de la casa paterna, ó por mejor decir volverán á ella con el hábito de no tener apego a nada. Apénas se conocerán los hermanos y las hermanas. Cuando estén todos reunidos de ceremonia, podrán ser muy corteses entre sí, y se tratarán, como estraños. Así que no hay intimidad entre los parientes; así que la sociedad de la familia no es el consuelo de la vida, es fuerza recurrir á las malas costumbres para suplirla. ¿Donde hay hombre tan estúpido que no vea los eslabones de la cadena?

Cuando un padre engendra y mantiene á sus hijos, no hace mas que el tercio de sus funciones. Debe á su especie hombres; debe á la sociedad hombres sociables; y debe ciudadanos al estado. Todo hombre que puede satisfacer esta triple deuda y no lo lince es culpado, y mas culpado acaso cuando la paga á medias. Ningun derecho tiene para ser padre quien no puede desempeñar las funciones de tal. No hay pobreza, trabajos, ni respetos humanos que le dispensen de mantener á sus hijos y educarlos por sí mismo. Puedes creerme, lector; á cualquiera que tenga entrañas y desatienda tan sacrosantos deberes, le pronostico que derramará largo tiempo amargas lágrimas sobre su yerro, y que nunca encontrará consuelo.

¿Pero qué hace ese rico, ese padre de familia tan atareado, y precisado, segun dice, á dejar abandonados sus hijos? Paga á otro para que desempeñe afanes que le son gravosos. ¡Pecho venal! ¿crees que con dinero das á tu hijo otro padre? Pues te engañas, que ni siquiera le das un maestro; ese es un sirviente, y presto formará otro como él.

Mucho hay escrito acerca de las dotes de un, buen ayo; la primera que yo requeriria, y esta sola supone otras muchas, es que no fuese un hombre vendible. Hay profesiones tan nobles que no es posible ejercitarlas por

dinero sin mostrarse indigno de su ejercicio; así es la del guerrero, así es la del institutor. ¿Pues quién ha de educar á mi hijo! Ya te lo dicho; tú propio. Yo no puedo. No puedes!,... Pues grangéate un amigo; no veo ningun otro medio.

¡Un ayo! ¡qué sublime alma!.... verdad es que para formar á un hombre es necesario ó ser padre, ó mas que hombre. Esta es la funcion que con sosiego fiais de un asalariado.

Cuanto mas uno reflexiona, mas dificultades nuevas se le presentan. Fuera necesario que hubiese sido educado el ayo para el alumno, sus criados para el amo, que todos cuantos á él se acerquen hayan recibido las impresiones que le deben comunicar; y de educacion en educacion fuera necesario subir hasta no sé donde. ¿Como es posible que sea un niño bien educado por uno que fué mal educado?

¿No es dable hallar este raro mortal? Lo ignoro. ¿Quién sabe en estos tiempos de avillanamiento, hasta que ápice de virtud se puede todavía encumbrar el alma humana? Pero supongamos que hemos bailado este portento. Contemplando lo que debe hacer, verémos lo que debe ser. Lo que de antemano se me figura, es que un padre que conociese todo cuanto vale un buen ayo se resolvería á no buscarle, porque mas trabajo le costaria encontrarle que llegar á serlo él propio. ¿Quiere granjearse un amigo? eduque á su hijo para que lo sea, y se escusa de buscarle en otra parte; ya la naturaleza ha hecho la mitad de la obra.

Uno de quien no sé mas que su gerarquía me hizo la propuesta de que educara á su hijo. Sin duda fué mucha honra para mí; pero lejos de quejarse de mi repulsa, debe alabar mi prudencia. Si hubiera admitido su oferta, y hubiera errado en mi método, la educacion hubiera sido mala; si hubiese salido con él, seria peor cosa; su hijo hubiera renegado de su título, y no hubiera querido ser príncipe.

Estoy tan convencido de lo grandes que son las obligaciones de un preceptor, y conozco tanto mi incapacidad, que nunca admitiré semejante cargo, sea quien quiera el que con él me brinde; y hasta el interes de la amistad fuera para mi nuevo motivo de negarme á él. Creo que despues de leido este libro pocos habrá que piensen en hacerme tal oferta, y ruego á los que pudieran pensarlo, que no se tomen ese inútil trabajo. En otro tiempo hice una prueba de esta profesion que me basta para estar cierto de que no soy

apto para ella, y aun cuando por mi talento fuera idóneo, me dispensaria de ella mi estado. He crecido que debia esta declaracion pública á los que al parecer no me estiman lo bastante para creerme sincero, y fundado en mis determinaciones.

Sin capacidad para desempeñar la mas útil tarea, me atreveré á lo ménos á probar la mas fácil; á ejemplo de otros muchos, no pondré manos á la obra sino á la pluma, y en vez de hacer lo que conviene, me esforzaré á decirlo.

Bien sé que en las empresas de esta especie el autor, á sus anchuras siempre en sistemas que no se ve precisado á reducir á la práctica, da sin trabajo muchos escelentes preceptos de imposible ejecucion, y que, por no descender á menudencias y á ejemplos, aun lo practicable que enseña no se puede poner en planta por no haber mostrado la aplicacion Por eso me he resuelto á tomar un alumno imaginario, y á suponerme con la edad, la salud, los conocimientos y todo el talento que conviene para desempeñar su educacion, conduciéndola desde el instante de su nacimiento hasta aquel en que ya hombre formado no necesite mas guia que á sí propio. Paréceme útil este método para estorbar que un autor qued desconfía de sí se extravíe en visiones; porque así que se desvía de la práctica ordinaria, no tiene mas que hacer que probar la suya en su alumno, y en breve conocerá, ó lo conocerá el lector, sino él, si sigue los progresos de la infancia, y el camino natural del corazon humano.

Así he procurado hacer en cuantas dificultades se han presentado. Por no abultar inútilmente el libro, me he ceñido á sentar los principios cuya verdad á todos debe parecer obvia; y en cuanto á las reglas que podian necesitar pruebas las he aplicado todas á mi Emilio, ó á otros ejemplos, haciendo ver muy circunstanciadamente como se podia poner en práctica lo que yo habia asentado; este es á lo ménos el plan que me he propuesto seguir: al lector compete decidir si le he dado cima.

De aquí ha resultado que á los principios he hablado poco de Emilio, porque mis primeras máximas de educacion, aunque contrarias á las usadas, son de tan palpable evidencia que no es fácil que un hombre de razon les niegue asenso. Pero al paso que voy adelante, mi alumno conducido de otra manera que los vuestros, ya no es un niño ordinario, y necesita un régimen peculiar para él. Sale entónces con mas frecuencia á la escena; y en los últi-

mos tiempos casi ni un instante le pierdo de vista, hasta que, por mas que él diga, no me necesite para la menor cosa.

No hablo aquí de las dotes de un buen ayo; las doy por supuestas, y supongo tambien que las poseo yo todas. La lectura de esta obra hará ver cuan dadivoso soy conmigo propio.

Solamente notaré, contra el dictámen general, que debe ser mozo el ayo de un niño, y aun tan mozo cuanto puede serlo un hombre de juicio. Quisiera hasta que fuera niño, si posible fuese; que pudiera ser compañero de su alumno, y grangearse su confianza tomando parte en sus diversiones. Hay tan pocos cosas análogas entre la infancia y la edad madura, que nunca se formará apego sólido á tamaña distancia. Los niños alhagan algunas veces á los viejos, pero nunca los quieren.

Quisieran que ya el ayo hubiese educado á otro. Es demasiado; un mismo hombre no puede educar mas que á uno; si fuese necesario educar á dos para el buen logro, ¿qué derecho tuvo para encargarse del primer alumno?

Con mas experiencia sabria obrar mejor, pero ya no podria. Aquel que ha desempeñado una vez este estado con el suficiente acierto para conocer todas sus penalidades, no queda con ánimo para volver á acometer la misma empresa; y si ha salido mal la vez primera, no es buen agüero para la segunda.

Convengo en que es muy distinto acompañar á un jóven por espacio de cuatro años, ó conducirle por espacio de veinte y cinco. Vosotros dais un ayo á vuestro hijo ya adulto, y yo quiero que tenga uno ántes de nacer. Cada lustro puede el vuestro mudar de alumno, y el mio nunca tendrá mas que uno. Distinguis vosotros el preceptor del ayo: otro desatino. ¿Distinguis acaso el discípulo del alumno? Una ciencia sola hay que enseñar á los niños, que es la de las obligaciones del hombre. Esta ciencia es única; y diga lo que quisiere Jenofonte de la educacion de los Persas, no es divisible. Yo mas bien llamaré ayo que preceptor al maestro de esta ciencia, porque no tanto es su oficio instruir como conducir. No debe dar preceptos, debe hacer que su alumno los halle.

Si con tanto esmero se ha de escoger el ayo, tambien debe serle permitido á este escoger á su alumno, particularmente tratándose de un dechado que proponer. No puede versarse esta eleccion sobre el ingenio y carácter del

niño, que no se conoce basta el fin de la obra, y que adoptó ántes que nazca. Si pudiera escoger, buscaria un entendimiento ordinario, como el que á mi alumno supongo. Solo los hombres vulgares necesitan ser educados; y sola su educacion debe servir de ejemplo para sus semejantes: los demas se educan á despecho de las contrariedades.

No es indiferente el pais para la cultura de los hombres, que solo en los climas templados son todo cuanto pueden ser: en los climas estremados es visible la desventaja. Un hombre no es un árbol plantado en una pais para no moverse de él; y el que sale de un estremo para ir al otro, se ve precisado á andar doble camino del que anda quien para llegar al mismo término sale del término medio.

Si viaja sucesivamente á ambos estremos un morador del pais templado, todavía saca evidentes ventajas, porque, aunque reciba las mismas impresiones que el que ha venido del otro estremo, se aparta no obstante la mitad ménos de su natural constitucion. En Laponia y en Guinea vive un Frances; pero no vivirá igualmente ni un Negro en Tornea, ni un Samoyeda en Benin. Tambien parece que no es tan perfecta la Organizacion del celebro en ambos estremos. La inteligencia de los Europeos ni la tienen los Negros ni los Lapones. Por eso, si quiero que pueda ser mi alumno morador de la tierra entera, le escogeré en una zona templada, por ejemplo en Francia.

En el Norte consumen mucho los hombres en un terreno ingrato; en el Mediodia poco en un terreno feraz; de donde procede otra nueva diferencia que hace laboriosos los unos, y contemplativos los otros. En un mismo pais nos presenta la sociedad la imágen de esta diferencia entre pobres y ricos; los primeros viven en el terreno ingrato, y los últimos en el fecundo.

El pobre no necesita educacion; la de su estado es forzosa, y no puede tener otra; por el contrario, la que por su estado recibe el rico es la que ménos le conviene para sí propio, y para la sociedad. La educacion natural debe por otra parte hacer al hombre apto para todas las condiciones humanas; ora, ménos racíonal cosa es educar á un rico para que sea pobre, que á un pobre para que sea rico, porque á proporcion del número de ambos estados, mas ricos hay que empobrezcan, que pobres que *se* enriquezcan Así escojamos á un rico; estarémos ciertos de haber hecho un hombre mas, miéntras que un pobre puede hacerse hombre por sí solo.

Por la misma razon, no sentiré que Emilio sea de ilustre cuna, que siempre será una víctima sacada de las garras de la preocupacion.

Emilio es huérfano. Nada importa que vivan su padre y madre: encargado yo de todas sus obligaciones, adquiero todos sus derechos. Debe honrar á sus padres, pero solo ó mí debe obedecer; esta es mi primera, ó mas bien mi única condicion.

Tengo que añadir esta otra, que es consecuencia forzosa de ella; conviene á saber, que no nos privarán á uno de otro sin nuestro consentimiento. Esta es cláusula esencial, y aun mas quisiera yo que el alumno y el ayo en tal manera se reputaran inseparables, que siempre el destino de su vida fuera objeto comun entre ellos. Así que contemplan aunque remota su separacion, así que preveen el instante en que han de ser los dos estraños uno á otro, ya lo son en efecto; cada uno forma su sistema aparte; y pensando ambos en la época en que no han de vivir juntos, viven ya en uno contra su gusto. El discípulo mira al maestro como la muestra y el azote de la niñez; el maestro no considera en el discípulo mas que una carga pesada, y solo ansía por verse libre de ella: así de consuno aspiran al punto de zafarse uno de otro; y como nunca hay entre ellos verdadero cariño, el uno tendrá poca vigilancia, y ménos docilidad el otro.

Pero si se miran como habiendo de pasar juntos la vida, les importa hacerse amar uno de otro, y por lo mismo se aman en efecto. No se avergüenza el alumno de seguir en su niñez al amigo que ha de tener cuando sea grande, y el ayo se interese á en los afanes cuyos frutos ha de coger, siendo todo el mérito que á su alumno da un fondo que pone á interes para sus ancianos dias.

Supone este tratado, hecho de antemano, un parto feliz, y un niño bien conformado, robusto, y sano. El padre no puede escoger, ni debe preferir á ninguno de la familia que Dios le da; todos sus hijos son igualmente hijos; á todos debe la misma solicitud; el mismo cariño. Sean ó no estropeados, sean enfermos ó robustos, cada uno de ellos es un depósito de que debe dar cuenta á la mano que se le ha dispensado; y el matrimonio es un contrato que se celebra con la naturaleza no ménos que entre los cónyuges.

Mas aquel que se impone una obligacion á que no le ha sujetado la naturaleza, primero ha de cerciorarse de los medios de desempeñarla; de otro modo, habrá de dar cuenta hasta de lo que no pudo hacer. El que se encarga

de un alumno endeble y enfermizo, trueca su cargo de ayo en el de practicante de hospital; malgasta en cuidar de una vida inútil el tiempo que habia destinado para aumentar su valor, y se espone á ver á una madre desconsolada echarle en cara un dia la muerte de su hijo que largo espacio de tiempo haya retardado.

No me encargaria yo de un niño enfermizo y achacoso, aunque hubiese de vivir ochenta años, que no quiero un alumno siempre inútil para sí y para los demas, únicamente ocupado en conservarse, y cuyo cuerpo perjudique á la educacion del alma. ¿Qué he de hacer yo consagrándole en balde todos mis afanes, si no es doblar la pérdida de la sociedad y privarla de dos hombres en vez de uno? Encárguese otro en buen hora de este enfermo; para bien sea: yo alabo su caridad, pero no es ese mi talento; yo no sé enseñar á vivir á quien solo piensa en resguardarse de la muerte.

Es necesario que para obedecer al alma sea vigoroso el cuerpo; un buen sirviente ha de ser robusto. Bien sé que la destemplanza escita las pasiones, que estenúa al fin el cuerpo; muchas veces las mortificaciones y los ayunos producen el mismo efecto por una razon contraria. Cuanto mas débil es el cuerpo, mas manda; cuanto mas fuerte, mas obedece. En cuerpos afeminados moran todas las pasiones sensuales; y tanto mas aquellos se irritan cuanto ménos pueden satisfacerlas.

Un cuerpo débil debilita el alma. De aquí proviene el imperio de la medicina, arte mas perjudicial á los hombres que todas las dolencias que pretende sanar. Yo por mí no sé cual es la enfermedad que aman los médicos, pero sé que nos las acarrean funestísimas; la cobardía, la pusilanimidad, la credulidad, el miedo de la muerte, si sanan el cuerpo, matan el ánimo. ¿Qué nos importa que hagan andar cadáveres? Hombres son los que necesitamos, y no vemos que salga ninguno de sus manos.

Es de moda la medicina en nuestro pais, y debe ser así; es la diversion de personas ociosas y desocupadas, que no sabiendo en que emplear el tiempo, le gastan en conservarse. Si por desdicha suya hubieran nacido inmortales, fueran los mas desventurados de los seres; y una vida que nunca tuvieran miedo de perder no tendria para ellos valor ninguno. Esta gente necesita médicos que los amenacen para adularlos, y que cada dia les den el único gusto de que sean capaces, el de no estar muertos.

No es mi ánimo esplayarme aquí acerca de la vanidad de la medicina; mi objeto es considerarla solo por su aspecto moral. No obstante, no puedo ménos de observar que acerca de su uso los mismos sofismas hacen los hombres que acerca de la investigacion de la verdad. Siempre suponen que el que visita a un enfermo le cura, y que el que busca una verdad la halla; y no veo que se ha de contrapesar la utilidad de una cura que hace el médico, con la muerte de cien enfermos que mató, y las ventajas del descubrimiento de una verdad, con el daño que hacen los errores que al mismo tiempo se acreditan. La ciencia que instruye y la medicina que sana, muy aventajadas son sin duda, pero funestísimas la ciencia que engaña y la medicina que mata. Enséñennos á distinguirlas; ese es el punto de la dificultad. Si supiéramos ignorar la verdad, nunca nos seduciria la mentira; si supiéramos no querernos curar ó despecho de la naturaleza, nunca moriríamos á manos del médico; ambas abstinencias serian puestas en razon, y evidentemente ganaríamos sujetándonos á ellas. Yo no disputo que la medicina sea útil á algunos hombres pero digo, sí, que es perjudicial al linage humano.

Me dirán, como nacen siempre, que los yerros pertenecen al médico, pero que en sí misma la medicina es infalible. Enhorabuena; venga pues la medicina sin el médico; porque miéntras vengan juntos, cien veces mas riesgo hay que temer de los errores del artista, que socorro que esperar del arte.

Este arte falaz, mas adaptable á los males del ánimo que á los del cuerpo, no es mas útil para los unos que para los otros; no tanto nos sana de nuestras dolencias cuanto nos infunde terror de ellas; no tanto aleja la muerte cuanto hace que anticipadamente la sientan; en vez de prolongar la vida la gasta; y aun cuando la prolongase, todavía seria en detrimento de la especie, puesto que nos desprende de la sociedad por los afanes que nos importa, y de nuestras obligaciones por los sustos que nos causa. El conocimiento de los riesgos es lo que nos los hace temibles; quien se retirara invulnerable, de nada tendria miedo. A fuerza de armar contra el peligro á Aquiles, le quita el poeta el mérito del valor; al mismo precio cualquiera en su lugar habria sido Aquiles.

¿Quieren hallar hombres de ánimo esforzado? Búsquenlos en los paises donde no hay médicos, donde se ignoran las consecuencias de las enfermedades, y dónde se piensa poco en la muerte. El hombre naturalmente sabe padecer con constancia, y muere en paz. Los médicos con sus recetas,

los filósofos con sus preceptos, los clérigos con sus exhortaciones, son los que le amilanan el pecho, y los que le desenseñan á morir.

Denme pues un alumno que no necesite de todas estas gentes, ó no le quiero. No quiero que otros echen á perder mis afanes; quiero educarle yo solo, ó no meterme en ello. El sabio Locke, que habia pasado parte de su vida estudiando la medicina, recomienda con eficacia que no se den remedios á los niños, ni por precaucion, ni por incomodidades ligeras. Yo voy mas adelante, y declaro que no llamando nunca al médico para mí, tampoco lo llamaré para mi Emilio, á ménos que se halle su vida en peligro inminente, porque entónces no le puede hacer mas mal que matarle. Bien sé yo que el médico sacará fruto de esta tardanza; si se muere el niño, será porque le han llamado muy tarde; si se restablece él será quien lo haya sanado. Bien está, alábese el médico, pero sobre todo no le llamemos hasta el lance estremo.

No sabiendo curarse, ha de saber el niño estar malo; arte que suple al otro, y surte muchas veces mejor efecto; arte de la naturaleza. Cuando está malo el animal padece sin quejarse, y se está quieto; no se ven con todo mas animales achacosos que hombre. ¡A cuantas gentes han quitado la vida la impaciencia, el miedo, la zozobra, y mas que todo los remedios, que hubieran resistido á su enfermedad, y que hubiera sanado el tiempo solo! Diránme que como viven los animales de un modo mas conforme á la naturaleza, deben estar ménos sujetos que nosotros á dolencias. Enhorabuena; ese modo de vivir es el que yo quiero prescribir á mi alumno, que debe sacar de él las mismas ventajas.

La hygiene es la única parte útil de la medicina, y aun la hygiene ménos es ciencia que virtud. Los dos médicos eficaces del hombre son la templanza y el trabajo; este da filos al hambre, y aquella le estorba los hartazgos.

Para saber cual es el régimen mas conveniente á la vida y á la salud, no es menester mas que saber cual es el que siguen los pueblos que están mas sanos, son mas robustos, y viven mas tiempo. Si no hallamos en virtud de las observaciones generales, que la práctica de la medicina afiance á los hombres salud mas fuerte y vida mas dilatada, por lo mismo que no es útil este arte, es perjudicial, puesto que emplea el tiempo, los hombres, y las cosas sin ningun provecho. No solamente es perdido el tiempo que se gasta en conservar la vida para el uso de ella, y es necesario deducirle del útil,

sino que cuando este tiempo se gasta en atormentarnos, es ménos que nulo, es negativo; y para calcular bien, se ha de restar otro tanto del remanente. Mas vive para sí mismo y para los demas el que vive diez años sin médico, que el que ha vivido treinta víctima suya. Habiendo hecho ambas pruebas; me creo con mas derecho que nadie para sacar esta consecuencia.

Estas son mis razones para querer que mi alumno sea robusto y sano, y mis principios para que se mantenga tal. No me pararé á probar con largas razones la utilidad de los trabajos manuales y los ejercicios corporales para fortalecer la salud y el temperamento; este punto nadie le disputa; los ejemplos de longevidad los ofrecen casi todos los hombres que mas ejercicio han hecho, y que mas fatigas y afanes han aguantado ([10]). Tampoco me dilataré el circunstanciar por menudo la atencion que me merecerá esta materia sola y el lector verá que es tan indispensable en mi práctica, que basta penetrar el espíritu de ella para que no sea necesaria mas esplicacion.

Con la vida empiezan las necesidades. El recien nacido necesita una nodriza. Si se allana la madre á cumplir con esta obligacion, en buen hora sea; se le darán por escrito sus direcciones, utilidad que tiene su contrapeso, dejando al ayo algo mas distante de su alumno. Mas es de creer que el interes de la criatura, y la estimacion de aquel á quien quieren fiar tan precioso déposito, serán parte para que sea dócil la madre á los consejos del maestro; y es cosa cierta que todo cuanto quiera hacer, lo hará mejor que otra ninguna. Si necesitamos de una nodriza estraña, empecemos escogiéndola bien.

Una de las muchas desventuras de las personas ricas es que en todo las engañan. ¿Pero qué nos pasmamos si tan errados juicios forman de los hombres? La riqueza es la que las corrompe, y en justo castigo son las primeras que reconocen el defecto del único instrumento que saben manejar. En sus casas todo va mal hecho, ménos lo que ellos propios hacen; y casi nunca hacen nada. Si se trata de buscar una nodriza, hacen que se la busque el comadron. ¿Y qué resulta? que la mejor es la que mas le ha pagado. No consultaré yo á un comadron para la de Emilio, que tendré buen cuidado de escogerla por mí propio. Sobre este punto no disertaré acaso con tanta erudicion como un cirujano; pero ciertamente caminaré mas de buena fe, y de seguro que mi buen zelo me engañará ménos que su avaricia.

No tiene mucho misterio esta eleccion; sabidas son las reglas pero no sé si no deberian poner algo mas atencion en el tiempo de la leche, como hacen en la calidad de ella. La leche nueva es toda serosa, y debe ser casi aperitiva para purgar las reliquias de meconio que queda espesado en los intestinos del niño recien nacido. Poco á poco toma la leche consistencia, y ofrece un alimento mas sólido al niño ya mas fuerte para digerirla. Ciertamente que no sin objeto hace variar la naturaleza en las hembras de todas especies la consistencia de la leche segun la edad del recien nacido.

Necesitaria por tanto de una nodriza recien parida un niño recien nacido. Bien sé que esto tiene dificultades; pero así que salimos de la órden natural, todo tiene sus dificultades; para obrar bien. La única salida cómoda es obrar mal; por eso es esta que se escoge.

Seria necesario hallar una nodriza no ménos sana de corazon que de cuerpo; la destemplanza de las pasiones puede alterar su leche tanto como la de los humores; ademas de que atenerse meramente á lo físico es no ver mas que la mitad del objeto. Puede ser buena la leche y mala la nodriza, que un buen carácter tan esencial es como un buen temperamento. Si se escoge una muger viciosa, no digo que contraerá sus vicios el hijo de leche, digo, sí, que se resentirá de ellos. ¿No le debe, ademas de la leche, solicitudes que exigen zelo, paciencia, blandura y limpieza? Si es golosa y destemplada, en breve se estragará su leche; si es descuidada y colérica, ¿como dejarémos á merced de ella á un pobre desventurado que ni defenderse ni quejarse puede ? Nunca, en ningun asunto, pueden ser buenos los malos para cosa ninguna buena.

Eso mas importa la buena eleccion de la nodriza, que no debe tener su hijo le leche otra ama que ella, como no ha de tener mas preceptor que su ayo. Este era el estilo de los antiguos, ménos argumentadores y mas sabios que nosotros. Cuando habian dado el pecho á criaturas de su sexo, nunca las desamparaban, y por eso en sus piezas teatrales son nodrizas la mayor parte, de las confidentas. Imposible es que un niño que sucesivamente pasa por tantas manos distintas, salga bien educado á cada variacion hace secretas comparaciones que siempre paran en disminuir su estimacion á los que le dirigen, y por consiguiente la autoridad que en él tienen. Si llega una vez á persuadirse á que hay personas adultas que no tienen mas razon que los criaturas, todo se ha perdido y no queda esperanza de buena educacion. Esto debe un niño conocer mas superiores que su padre y su madre, y á falta

de estos su nodriza y su ayo, y todavía uno es de sobra; pero es inevitable esta particion; lo único que para remediar á ella puede hacerse es que las personas de ambos sexos que le dirijan estén de tan buen acuerdo con respecto á él, que no sean para él mas que uno.

Conviene que viva la nodriza con alguna mas comodidad, que coma manjares algo mas sustanciosos, pero no que varíe enteramente de método de vida, porque una pronta y total mudanza, aun cuando sea de mal en bien, siempre es peligrosa para la salud; y puesto que su acostumbrado régimen la ha constituido, ó la ha mantenido sana y robusta, ¿á que viene hacérsele variar?

Las aldeanas comen mas legumbres y ménos carne que las vecinas de las ciudades; este régimen vegetal parece mas propicio que contrario para ellas y las criaturas. Cuando tienen hijos de leche de la ciudad, hacen que coman el puchero, persuadiéndose á que la sopa y el caldo de carne forman mejor quilo, y dan mas leche. No soy yo en manera ninguna de este dictámen, y tengo la esperiencia en mi abono; la cual nos dice que los niños criados de este modo están mas sujetos á cólicos y á lombrices que los demas. Esto no es estrado puesto que la sustancia animal, cuando se pudre, se llena de gusanos; lo que no sucede con la vegetal. La leche, aunque elaborada en el cuerpo del animal, es sustancia vegetal [11]; así lo demuestra la análisis de ella; se aceda con facilidad; y en vez de dar señas ningunas de álkali volátil, como las dan las sustancias animales, deja, como las plantas, una sal neutra esencial.

La leche de las hembras herbívoras es mas dulce y sana que la de las carnívoras; formándose con una sustancia homogénea á la suya, conserva mas bien su naturaleza y es ménos sujeta á la putrefaccion. Atendiendo á la cantidad, todos saben que los farináceos hacen mas sangre que la carne, y tambien deben dar mas leche. No puedo pensar que un niño que no fuese destetado ántes de tiempo, ó que lo fuese con alimentos vegetales, y que su nodriza no comiese mas que de estos, padeciese nunca de lombrices.

Posible es que los alimentos vegetales den una feche que se avinagre mas presto, pero estoy muy lejos de mirar la leche avinagrada como alimento pernicioso; pueblos enteros que no usan otro viven muy sanos, y todo ese aparato de absorventes me parece mera embasduría. Temperamentos hay á que no conviene la leche, y en tal caso absorvente ninguno se la puede hac-

er digerir; otros la digieren sin absorventes. Temen algunos la leche cuajada, ó los requesones; y es un desatino, porque sabemos que siempre la leche se cuaja en el estómago, y así se convierte en alimento de suficiente solidez para sustentar á las criaturas, y á los hijuelo de los animales; si no se cuajara, no haria mas que pasar, y no los alimentaria [12]. Vano es cortar la leche de mil modos, usar de mil absorventes; todo aquel que come leche digiere queso, sin que en esto haya escepcion ninguna. Tan apto es el estómago para cuajar la leche, que la cuajada se hace con estómago de recental.

Por tanto creo que en vez de mudar el alimento comun de las nodrizas, basta con que se les dé mas abundante, y mas escogido en su género. La comida de viernes no es cálida por la naturaleza de los alimentos; el modo de sazonarlos es el que los hace perniciosos. Reformad las reglas de vuestra cocina, no tengais fritos, ni manjares compuestos con manteca enrojecida al fuego; no arrimeis á la lumbre la sal, los lacticinios ni la manteca; no sazoneis vuestras legumbres cocidas en agua, basta que se pongan hirviendo encima de la mesa, y la comida de viernes, lejos de encender la sangre de la nodriza, le dará leche abundante, y de escelente calidad [13]. ¿Fuera posible que estando reconocido el régimen vegetal el mejor para la criatura, fuera para la nodriza mejor el animal? Esto es una contradiccion.

En los primeros años de la vida es cuando ejerce el aire una accion particular en la constitucion de los niños; penetrando por todos los poros de su blanda y delicada cutis, influye poderosamente en sus nacientes cuerpos, y les deja impresiones que nunca se borran. Por eso no es mi dictámen que se haya de sacar á una villana de su lugar para encerrarla en un aposento en la ciudad, y hacer criar al niño en casa de sus padres; mejor quiero que vaya á respirar el aire sano del campo que el corrompido de la ciudad, que tome el estado de su nueva madre, que viva en su pobre casa, y que le acompañe su ayo. Acuérdese el lector de que no es este un hombre pagado, sino el amigo de su padre. Mas, ¿si no se halla, me dirán, ese amigo, si no es fácil llevarse al niño, si ninguno de estos consejos es practicarle, qué se ha de hacer? Ya lo he dicho lo que se hace; para eso no se necesitan consejos.

No es la vocacion de los hombres el vivir acinados en hormigueros, sino desparramados sobre la tierra que han de cultivar. Cuanto mas se reunen, mas se estragan. Efecto infalible son de una sobrado numerosa concurrencia tanto las dolencias del cuerpo como los vicios del alma. Entre todos los ani-

males el hombre es el que ménos puede vivir en manada, y hombres acinados como carneros se moririan todos en poquísimo tiempo. Mortal es el aliento del hombre para su semejante; espresion no ménos exacta en sentido propio que en metafórico.

La sima del género humano son las ciudades. Al cabo de algunas generaciones perecen ó degeneran las castas; es preciso renovarlas, y el campo es el que sufraga á esta renovacion. Enviad pues á vuestros hijos á que se renueven, por decirlo así, y á que recuperen en medio de los campos el vigor que se pierde en el aire contagioso de los pueblos grandes. Se dan priesa las mugeres embarazadas que están en el campo á volver á la ciudad cuando están para parir, y deberian hacer todo lo contrario, particularmente las que quieren criar á sus hijos á sus pechos: ménos les costaria de lo que se piensan; en una mansion mas natural para nuestra especie, los deleites imprescindibles de las obligaciones naturales luego les quitarian la aficion á los que de ellos se apartan.

Así que se ha acabado el parto, lavan al niño en agua tibia, de ordinario mezclada con vino. La adicion del vino no me parece necesaria: no produciendo la naturaleza cosa ninguna fermentada, no es creible que para la vida de sus criaturas importe el uso de un líquido artificial.

Por la misma causa tampoco me parece indispensable la precaucion de calentar el agua; y efectivamente muchedumbre de pueblos hay que sin mas preparativos lavan en los rios ó en el mar á los niños recien nacidos; pero afeminados los nuestros ántes de nacer, por la molicie de sus padres y madres sacan ya al mundo un temperamento estragado, que al principio no conviene espoliar á todas las pruebas que deben restablecerle. Solo yendo por grados pueden ser restituidos á sn primitivo vigor, Empecemos conformándonos al uso y apartémonos de él poco á poco. Lávense con frecuencia los niños, su suciedad demuestro esta necesidad. Cuando no hacen mas que enjugarlos, les rompen el cutis; pero al paso que tomen fuerza, disminúyese por grados el calor del agua, hasta que al fin los laven en hibierno y verano con agua fria, aunque sea helada. Como, para que no corran riesgo, conviene que sea lenta, insensible, y sucesiva esta disminucion, podrémos servirnos del termómetro para medirla con exactitud.

Una vez establecido este uso del baño no debe interrumpirse, é importa conservarle toda la vida. No solo le considero como necesario para la

limpieza y la salud actual, sino tambien como precaucion saludable para hacer el tejido de las libras mas flexible, y que cedan sin riesgo ni esfuerzo á los diversos grados de calor y frio. Para esto quisiera yo que en siendo el niño mas grande se acostumbrara poco á poco á bañarse en aguas calientes en todos los grados tolerables, y otras veces en aguas frias en todos los grados posibles. Habituándose así á aguantar los varios temples del agua, que como fluido mas denso nos toca por mas puntos y nos hace mas impresion, el hombre se haria casi insensible á las variaciones del aire.

No se consienta, luego que respira el niño fuera de sus envoltorios, que le pongan otros donde se halle mas comprimido. Fuera capillos, fuera fajas, fuera pañales; mantillas fluctuantes y anchas, que dejen todos sus miembros libres, y que ni sean tan pesadas que le impidan sus movimientos, ni tan calientes que no le dejen sentirlas impresiones del aire [14]. Póngasele en una cuna espaciosa [15] bien rellena de lana, donde se pueda menear sin peligro y á su sabor. Cuando empiece á tomar fuerza; déjesele que se arrastre por el aposento; déjesele desarrollar y estender sus miembrecillos, y se verá como de dia en dia se fortifican; compáresele con un niño del mismo tiempo bien fajado, y pasmará la diferencia entre los progresos de ambos [16].

Debemos esperar una fuerte oposicion de parte de las nodrizas á quienes da ménos que hacer el niño bien atado, que cuando es menester sin cesar cuidar de él. Como por otra parte la suciedad es mas visible en un trage abierto, es necesario limpiarle con mas frecuencia. Finalmente, la costumbre es el argumento que nunca se refuta en muchos paises á satisfaccion de la plebe.

No hay entrar en disputas con las nodrizas, que es trabajo perdido; mándeseles, véase que lo hacen, y no se omita nada para facilitar en la práctica las operaciones que se les hayan prescrito. ¿Y porqué no tomar parte en ellas? Comunmente cuando se cria un niño, solo se atiende á lo físico; con tal que viva y no enferme, poco importa todo lo demas; pero aquí que empieza con la vida la educacion, desde que nace, ya la criatura es discípula, del ayo no, sí de la naturaleza. No hace el ayo otra cosa mas que estudiar con este primer maestro, y estorbar que sean desatendidos sus afanes. Vigila sobre la criatura, la observa, la sigue, atisba con diligencia el primer albor de su flaco entendimiento, como al acercarse el primer cuarto de luna atisban los musulmanes el momento en que nace.

Nacemos idóneos para aprender, pero sin saber nada, ni conocer nada. Ni siquiera la conciencia de su existencia propia tiene el alma encadenada en imperfectos y no bien formados órganos. Efectos son meramente mecánicos privados de inteligencia y voluntad los gritos del niño recien nacido.

Supongamos que tuviera ya el niño, cuando nace, la fuerza y la estatura de un adulto, que saliera, por decirlo así, armado de punta en blanco del seno de su madre, como salió Palas del celebro de Jupiter; seria este hombre niño imbecil acabado, máquina, estatua inmoble y casi insensible; nada veria, nada oiria, á nadie conoceria, no sabria volver los ojos á lo que necesitase ver; no solo no distinguiria objeto ninguno fuera de él, mas tampoco referiria ninguno al órgano del sentido que se le hiciera distinguir; ni estarian los colores en sus ojos, ni estarian los sonidos en sus oidos; no estarian sobre su cuerpo los cuerpos que tocase, ni sabria siquiera que tenia uno; estaria en su celebro el contacto de sus manos; se reunirian en un solo punto todas sus sensaciones; solo en el sensorio comun existiria; no tendria mas que una idea, la del *yo*, á esta referiria todas sus sensaciones; y esta idea, ó por mejor decir este modo de sentir seria la única cosa en que se diferenciase de cualquier otro niño. Este hombre formado á deshora no sabria tenerse en pié; necesitaria de mucho tiempo para aprender á guardar el equilibrio; acaso no se probaria á ello, y veríamos este cuerpo grande, fuerte y robusto, fijo en un lugar como una peña, ó reptar y arrastrarse por los suelos como los perrillos cachorros. Sentiria la desazon de las necesidades sin conocerlas, ni imaginar medio ninguno de satisfacerlas. No hay comunicacion ninguna inmediata entre los músculos del estómago y los de los brazos y piernas, que aunque estuviese rodeado de alimentos, le hiciera dar un paso para arrimarse á ellos, ó alargar la mano para cogerlos; y como su cuerpo habria tomado todo su incremento, como estarian enteramente desarrollados sus miembros, no tendria por consiguiente la inquietud ni los continuos movimientos de los niños, se pudiera muy bien morir de hambre, ántes de menearse para buscar que comer. Por poco que haya uno reflexionado acerca del órden y progresos de nuestros conocimientos, no podrá negar que con corta diferencia sea este el primitivo estado de ignorancia y estupidez natural al hombre, ántes de tomar instruccion ninguna de la esperiencia ó de sus semejantes.

Conocemos por tanto, ó podemos conocer el punto primero de donde sale cada uno de nosotros para llegar al grado comun de inteligencia humana:

¿pero quién es el que conoce el otro estremo? Segun su ingenio, su gusto, sus necesidades, su talento, su zelo, y las ocasiones que de abandonarse á él se presentan, se adelanta mas ó ménos cada uno; pero no sé que haya habido hasta ahora tan osado filósofo que dijese: este es el término adonde puede llegar el hombre, y de que no puede pasar. Ignoramos lo que nos permite la naturaleza que seamos; ninguno de nosotros ha medido la distancia que puede mediar entre un hombre y otro. ¿Donde está el ánimo villano que nunca inflamó esta idea, y que no ha tenido la altivez de decir alguna vez dentro de sí propio: ¡cuantos he dejado ya atras! ¡á cuantos puedo pasar aun! ¿porqué ha de adelantarse á mí un igual mio?

Repito que la educacion del hombre empieza desde que nace; ántes de hablar y ántes de oir, ya se instruye. La esperiencia precede á las lecciones; y cuando conoce á su nodriza, ya tiene mucho adquirido. Nos pasmarian los conocimientos del hombre mas rústico, si siguiéramos sus progresos desde el punto que nació hasta aquel en que se halla. Si partiéramos el saber humano en dos partes, una comun de todos los hombres, y otra peculiar de los sabios, muy pequeña seria la última, comparada con la primera. Mas no atendemos á las adquisiciones generales, porque se hacen sin pensarlo, y ántes de la edad de razon; y porque por otra parte solo por las diferencias se nota el saber, y como en las ecuaciones de álgebra no se cuentan las cantidades comunes.

Los mismos animales adquieren mucho. Tienen sentidos, y es necesario que aprendan á hacer uso de ellos; tienen necesidades, y es necesario que aprendan ó satisfacerlas; es necesario que aprendan á comer, á andar, á volar. No por eso saben andar los cuadrúpedos que desde que nacen se tienen en pie; en sus primeros pasos se echa de ver que hacen pruebas mal seguras. Los jilgueros que se escapan de las jaulas no saben volar, porque nunca han volado. Con todo los seres animados y sensibles se instruyen; y si las plantas tuvieran movimiento progresivo, fuera necesario que tuviesen sentidos y adquirieran conocimientos, sin lo cual en breve perecerian las especies.

Las primeras sensaciones de los niños son meramente pasivas, y solo distinguen en ellas placer ó dolor. No pudiendo andar ni agarrar, necesitan de mucho tiempo para formarse poco á poco las sensaciones representativas que les muestran los objetos fuera de ellos propios; pero ántes que se estiendan estos objetos, que se desvíen, por decirlo así, de sus ojos, y adquieran

para ellos figuras y dimensiones, el regreso de sensaciones pasivas empieza á sujetarlos al imperio de la costumbre; se les ve volver sin cesar los ojos ácia la luz, y si les viene de lado, tomar insufriblemente esta direccion; por manera que es menester tener cuidado de ponerles la cara en frente de la luz, para que no se tornen bizcos, ni se acostumbren á mirar de reojo. Tambien es preciso habituarlos cuanto ántes con la oscuridad, si no lloran y gritan así que no ven luz. El alimento y el sueño medidos con sobrada exactitud les vienen á ser necesarios al cabo de los mismos intervalos, y en breve no proviene el deseo de la necesidad sino del hábito, ó mas bien este añade otra necesidad á la natural; cosa que es necesario evitar.

El único hábito que se debe dejar que tome el niño es el de no contraer ninguno; no llevarle mas en un brazo que en otro; no acostumbrarle á presentar una mano mas que otra, á servirse mas de ella, á comer, dormir, y hacer tal ó tal cosa á la misma hora, á no poder estar solo de dia ni de noche. Preparad de antemano el reinado de su libertad y el uso de sus fuerzas, dejando el hábito natural á su cuerpo, y poniéndole en estado de ser siempre dueño de si propio, y hacer en todo su voluntad, así que la tenga.

Así que empieza el niño á distinguir los objetos, es importante escoger bien los que se le enseñen. Todo objeto nuevo interesa naturalmente al hombre. Tan flaco se siente que tiene miedo de todo cuanto no conoce; este miedo le disipa el hábito de ver nuevos objetos sin recibir daño alguno. Los niños criados en casas limpias donde no se consienten telarañas tienen miedo de las arañas, y muchas veces le conservan aun cuando son grandes. Nunca he visto aldeano, ya fuese hombre, muger ó niño, que tuviera miedo de las arañas.

¿Y porqué no ha de empezar la educacion ántes que hable y que oiga, puesto que la eleccion sola de los objetos que se le presentan es capaz de hacerle medroso ó valiente? Quiero que le habitúen á mirar nuevos objetos, animales feos, repugnantes, estraños, pero poco á poco, y á alguna distancia, hasta que se acostumbre á ellos, y á puro ver que otros los manejan, los maneje al fin él tambien. Si ha visto sin susto en su infancia sapos, culebras y cangrejos, verá sin horror, cuando sea grande, cualquier animal que sea, porque no hay objetos horrorosos para aquel que todos los dias los vé.

Todos los niños se asustan de las máscaras. Empiezo enseñando á Emilio una máscara de linda forma; despues uno se la pone delante de la cara; me

echo á reir, todo el mundo se rie, y se rie el niño como los demas. Poco á poco le acostumbro con máscaras ménos lindas, y al fin con figuras espantosas. Si he seguido bien la graduacion, lejos de que le asuste la última mascara, se reirá como de la primera; luego no temo que le pongan miedo con máscaras.

En el vale de Andromaca y Hector, cuando asustado el niño Astianacte con el penacho que tremola en el yelmo de su padre no le conoce, y se arroja dando gritos al cuello de su nodriza, sacándole á su madre una sonrisa mezclada en llanto, ¿qué se debe hacer para quitarle el miedo? Justamente lo que Hector hace; poner el yelmo en el suelo, y acariciar luego al niño. En un momento de mas sosiego no se hubiera contentado con esto; le hubieran acercado al yelmo, hubieran jugado con las plumas, y se las hubieran hecho manejar al nido, hubiera tomado en fin la nodriza el yelmo, y se le hubiera puesto riéndose en la cabeza, si la mano de una muger era osada á tocar las armas de Hector.

¿Se trata de acostumbrar á Emilio con el ruido de un arma de fuego? Enciendo primero pólvora en la cazoleta de una pistola, y le divierte esta llamarada instantánea y brillante, esta especie de relámpago; la reitero con mas pólvora; poco á poco cargo la pistola con poca pólvora y sin taco, luego con otra mayor carga; al fin le acostumbro á oir los escopetazos, los cohetes, los cañonazos, y las mas terribles detonaciones.

He notado que rara vez tienen miedo los niños de las tronadas, á ménos que sean tremendos los truenos, y realmente incomoden el órgano del oido; de otra manera no tienen miedo hasta que saben que el rayo algunas veces hiere *ó* mata. Cuando empieza á asustarlos la razon, haced que les dé ánimo el hábito. Con una lenta y bien hilada gradacion, el hombre y el niño se hacen intrépidos en todo.

Al principio de la vida, que son inactivas la imaginacion y la memoria, el niño solo está atento á lo que actualmente hace impresion en sus sentidos; y como sus sensaciones son los primeros materiales de sus conocimientos, presentárselas en el órden que conviene, es disponer su memoria á que un dia se las exhiba en el mismo órden á su entendimiento; pero como solo está atento á sus sensaciones, basta primero con mostrarle con distincion la conexion de estas mismas sensaciones con los objetos que las causan. Quiere el niño tocarlo todo, manejarlo todo; no nos opongamos á esta inqui-

etud, que á ella ha de deber el mas indispensable aprendizage; por ella aprende á sentir el calor, el frio, la dureza, la blandura, la pesadumbre, la ligereza de los cuerpos, á juzgar de su tamaño, su figura, y todas sus cualidades sensibles, mirando, palpando [17], escuchando, especialmente comparando la vista con el tacto, y valuando con los ojos la sensacion que en sus dedos se escita.

Solo por el movimiento sabemos que hay cosas que no son nosotros, y solo por nuestro propio movimiento adquirimos la idea de la estension. Porque no tiene el niño esta idea, tiende indistintamente la mano para coger el objeto pegado á él, ó el que tiene á cien pasos. El esfuerzo que hace nos parece señal de imperio, órden que da al objeto de que se acerque á él, ó á nosotros de que se le traigamos; y nada de esto es, sino que los mismos objetos que al principio via en su cerebro, y luego pegados á sus ojos, los ve ahora al cabo de su brazo, y no se figura otra ostension que hasta donde puede alcanzar. Téngase cuidado de pasearle con frecuencia, de llevarle de un sitio ó otro, de hacerle conocer la mudanza de lugar, á fin de enseñarle á juzgar de las distancias. Cuando empiece á conocerlas, entónces es necesario mudar de método, y llevarle como se quiera, y no como él quiera, porque así que no le engaña el sentido, su esfuerzo procede de otra causa; esta mudanza es notable, y requiere esplicacion.

Con signos se espresa la desazon de las necesidades, cuando es necesario socorro ageno para satisfacerlas. De aquí los gritos de los niños: lloran mucho, y debe ser así. Puesto que todas sus sensaciones son pasivas, cuando son agradables, las disfrutan callados; cuando son penosas, lo dicen en su lengua, y piden alivio. Mientras que están despiertos, no pueden permanecer en un estado de indiferencia; duermen, *ó* sienten dolor ó gusto.

Todas nuestras lenguas son obra del arte. Por espacio de mucho tiempo han indagado si habia algun idioma natural y comun de todos los hombres; sin duda que le hay, y es el que hablan los niños ántes que sepan hablar. No es una lengua articulada, pero sí acentuada, sonora, inteligible; práctica de las nuestras nos la ha hecho abandonar de modo que enteramente nos hemos olvidado de ella. Estudiemos á los niños, y con ellos la volveremos presto á aprender. En esta lengua las nodrizas son maestras; todo cuanto dicen sus hijos de leche lo entienden, les responden, tienen con ellos conversaciones muy seguidas; y aunque pronuncian palabras, son voces absoluta-

mente inútiles, porque no es la significacion de la palabra la que ellos entienden, sino el acento que la acompaña.

Con el lenguage de la voz se junta el de los ademanes, que no es ménos enérgico: estos no están en las débiles manos de los niños, que están en sus semblantes. Pasma la espresion que ya tienen estas mal formadas fisonomías; de tan instante á otro se mudan sus semblantes con increíble rapidez; vemos en ellos la sonrisa, el deseo, el susto, que nacen y se desaparecen como relámpagos; cada vez parece distinta cara. Es cierto que tienen los músculos del rostro mas movibles que los nuestros; en desquite, sus ojos opacos casi nada espresan. Este debe ser el género de los signos en una edad en que solo se sienten las necesidades corporales: en muecas consiste la espresion de las sensaciones; la de los afectos reside en las miradas.

Como la miseria y la flaqueza son el estado primero del hombre, sus primeras voces son quejidos y llantos. El niño siente sus necesidades, y no las puede satisfacer; implora con gritos el socorro ageno; si tiene hambre ó sed, llora; si tiene mucho frio ó mucho calor, llora; si necesita moverse, y le dejan quieto, llora; si quiere dormir, y le quitan el sueño, llora. Cuanto ménos á disposicion suya está su modo de ser, con mas frecuencia pide que lo muden. No tiene mas que un idioma, porque, por decirlo así, no conoce mas que una sola especie de incomodidad: por la imperfeccion de sus órganos, no distingue la diversidad de impresiones; y todos sus males forman con respeto á él una sola impresion dolorosa.

De estos llantos que pudieran reputarse tan poco acreedores á nuestra atencion, nace la relacion primera del hombre con todo cuanto le rodea; y aquí se fragua el primer eslabon de la dilatada cadena que forma el órden social.

Cuando llora el niño padece alguna incomodidad, esperimenta alguna necesidad que no puede satisfacer; examinamos, averiguamos qué necesidad es esta, damos con ella, y la remediamos. Cuando no atinamos á descubrirla, ó no podemos satisfacerla, sigue el llanto, nos importuna; alhagamos al niño para que calle, le mecemos, le arrullamos para que se duerma; si no calla, nos enojamos, le amenazamos; y algunas nodrizas de mal genio suelen á veces pegarle. ¡Estrañas lecciones para los umbrales de la vida.

Nunca me olvidaré de haber visto á uno de estos incómodos llorones á quien le pegó su nodriza; callóse al punto, y yo creí que se habia intimida-

do. Será acaso un alma servil, decia yo para mí, que nada sin el rigor se alcanza de ella. Me equivocaba; al desventurado le ahogaba la rabia, habia perdido la respiracion; le ví tomarse amoratado. De allí á un instante empezaron los gritos agudos; todas las señas del resentimiento, la desesperacion y el furor de esta edad, las daban sus acentos; me temí que espirara en esta agitacion. Aunque hubiera dudado si la conciencia de la justicia y la injusticia era innata en el pecho humano, solo este ejemplo me lo hubiera demostrado. Cierto estoy de que un tizon incendido que por acaso hubiera caido encima de una mano de esta criatura, le hubiera sentido ménos que este golpe muy ligero, pero dado con ánimo manifiesto de hacerle daño.

Esta disposicion de los niños á enfadarse, despedirse y encolerizarse, pide escesiva atencion. Piensa Boerhaave que la mayor parte de sus enfermedades son de la clase de las convulsivas, porque siendo su cabeza a proporcion mas abultada, y mas estenso el sistema de los nervios que en los adultos, es mas propenso á irritacion el género nervioso. Desvíense de ellos con la mayor atencion los criados que los provocan, los enfadan, los impacientan, y que son cien veces mas peligrosos y mas funestos para ellos que la inclemencia del aire y de las estaciones. Mientras que solo en las cosas hallen resistencia los niños y nunca en las voluntades, no serán iracundos ni coléricos, y se conservarán mas sanos. Esta es una de las causas porque los niños de la gente pobre, mas libres, mas independientes, son en general ménos achacosos, ménos delicados, mas robustos que los que pretenden educar mejor quitándoles sin cesar sus gustos; pero siempre hemos de tener presente que hay mucha diferencia de obedecerlos á quitarles sus gustos.

Los primeros llantos de los niños son ruegos; pero si nos descuidamos, luego se convierten en órdenes; empiezan haciéndose asistir, y acaban haciendo que los sirvan. De esta suerte, de su flaqueza propia de donde nace primero la conciencia de su dependencia, se origina luego la idea de imperio y dominacion; pero como esta idea la escitan ménos sus necesidades que nuestros servicios, ya empiezan aquí á hacerse distinguir los efectos morales cuya inmediata causa no se halla en la naturaleza; y por tanto se ve que ya desde esta edad primera importa reconocer la intencion secreta que el ademan ó el grito ha dictado.

Cuando sin decir nada alarga con esfuerzo la mano el niño, cree, que alcanza al objeto, porque no valúa la distancia á que está; es un error suyo: pero cuando se lamenta y grita al alargar la mano, ya no se engaña acerca de

la distancia, sino que manda al objeto que se acerque á él ó á nosotros que se le llevemos. En el primer caso, llévesele despacio y en lentos pasos al objeto; en el segundo, no se le den siquiera señas de que le han entendido: cuanto mas grite, ménos debe, escuchársela. Conviene desde muy temprano acostumbrarle á no mandar ni á los hombres, porque no es su amo, ni á las cosas, porque no le oyen. Por eso, cuando desea un niño algo que ve y quieren dárselo, es mejor llevar el niño al objeto que traer el objeto al niño; de esta práctica saca una consecuencia que es propia de su edad, sin que haya otro modo de sugerírsela.

Llamaba el abate de San Pedro á los hombres niños grandes, y recíprocamente pudiéramos llamará los niños hombrecillos chicos. Como sentencias, estas proposiciones tienen parte de verdad; como principios, necesitan ilustrarse. Pero cuando Hobbes calificaba al perverso de niño robusto, decia una cosa totalmente contradictoria. Toda perversidad procede de debilidad; el niño, si es malo, es porque es flaco; denle fuerza, y será bueno: el que lo pudiese todo nunca haria mal. Entre todos los atributos de la Divinidad omnipotente, la bondad es aquel sin el cual es mas imposible concebirla. Todos cuantos pueblos han admitido dos principios, han tenido siempre al malo por inferior al bueno; sin lo cual habrian hecho una suposicion absurda. Véase mas adelante la profesion de fe del presbítero saboyano.

La razon por sí sola nos ensena á conocer lo bueno y lo malo: la conciencia, que hace que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro, aunque independiente de la razon, no se puede desenvolver sin ella. Antes de la edad de razon, hacemos bien y mal sin saber si lo que hacemos es bueno ó malo; y no por eso hay moralidad en nuestras acciones, aunque algunas veces la haya en la impresion que en nosotros hacen las acciones de otro relativas á nosotros. Un niño quiere descomponer todo cuanto ve; quiebra, hace pedazos todo cuanto puede coger; agarra un pájaro como agarraria una piedra, y le ahoga sin saber lo que se hace. ¿Porqué así? Al instante va la filosofía á señalar por motivo nuestros vicios naturales, la soberbia, el espíritu de dominacion, el amor propio, la perversidad humana. La conciencia de su flaqueza, añadirá acaso, incita al niño á que haga actos de fuerza, y á que se dé pruebas á sí propio de su potencia. Pero contemplemos á aquel viejo quebrantado y achacoso, tornado por el círculo de la vida humana á la flaqueza de la infancia; no solo permanece inmóvil y tranquilo, sino que quiere tambien que nada se mueva en torno de él; le turba y le desasosiega la menor

mudanza, y quisiera ver reinar una calma universal. ¿Como ha de producir tan distintos efectos en las dos edades una impotencia misma unida con las mismas pasiones, si no hubiera variado la causa primitiva? ¿Y donde bailaremos esta diversidad de causas, sino en el estado físico de ambos individuos? El principio activo comun de los dos se desenvuelve en el uno, y se extingue en el otro; uno se forma, otro se destruye; uno camina á la vida, otro á la muerte. La actividad falleciente se reconcentra en el corazon del anciano; en el del niño es superabundante, y rebosa fuera, sintiéndose, por decirlo así, con bastante vida para animar todo cuanto le rodea. No importa que haga ó deshaga; bástale con mudar el estado de las cosas, que toda mudanza es accion. Y si parece que tiene mas inclinacion á destruir, no es por malicia, es porque la accion que forma siempre es lenta, y como la que destruye es mas rápida, se aviene mas bien con su viveza.

Al mismo tiempo que da el autor de la naturaleza este principio activo á los niños, cuida le que sea poco perjudicial, dejándoles poca fuerza para que se abandonen á él. Mas así que pueden mirar á las personas que tienen cerca, como instrumentos que pueden poner en accion á su antojo, se sirven de ellos para seguir su inclinacion y suplir su propia flaqueza. De este modo se tornan incómodos, tiranos, imperiosos, malos, indómitos, progresos que no proceden de un natural espíritu de dominacion; pero que se les infunden; porque poca esperiencia es menester para conocer cuan agradable cosa es obrar por manos de otro, y no necesitar mas que de menear la lengua para hacer mover el universo. Con la edad se cobran fuerzas, y se hace uno ménos inquieto, mas parado, se contiene mas dentro de sí propio; se ponen, por decirlo así, en equilibrio el cuerpo y el alma, y ya la naturaleza no nos pide mas que el movimiento necesario para nuestra conservacion. Pero no se extingue el deseo de mandar con la necesidad que le dió orígen; el amor propio le escita y le alhaga el imperio, que el hábito fortifica; así el antojo sucede á la necesidad, y así empiezan á echar raices las preocupaciones y la opinion.

Conocido una vez el principio, ya vemos con claridad el punto en que se abandona la senda de la naturaleza: veamos lo que se ha de hacer para no salir de ella.

Lejos de que tengan los niños fuerzas sobrantes, no tienen ni aun las suficientes para todo lo que pide la naturaleza; por tanto es menester dejarles el uso de todas cuantas les da, y de que no pueden abusar. Primera máxima.

Es necesario ayudarlos, y suplir todo lo que les falta, ya sea inteligencia, ya fuerza, en todo cuanto fuere de necesidad física. Segunda máxima.

En los socorros que se les dieren, es necesario ceñirse meramente á la utilidad real, sin ceder nada al antojo ó al deseo sin fundamento, porque los antojos no los atormentarán cuando no se les haya dado motivo á orígen, atendido que no son naturales. Tercera máxima.

Es preciso estudiar atentamente su lengua y sus signos, para que en una edad en que no saben disimular, distingamos en sus deseos lo que se debe inmediatamente a la naturaleza, y lo que procede de la opinion. Cuarta máxima.

El espíritu de estas reglas es dejar á los niños mas verdadera libertad y ménos imperio, permitirles que hagan mas por sí propios, y exijan ménos de los demas. Acostumbrándose así desde muy temprano á poner coto por sus fuerzas á sus deseos, poco sentirán la privacion de lo que no esté en su poder grangear.

Esta es otra nueva ó importantísima razon de dejar los cuerpos y los miembros de los niños enteramente libres, con sola la precaucion de preservarlos del riesgo de que se caigan, y apartar de sus manos todo cuanto pueda herirlos.

Infaliblemente una criatura que tiene sueltos los brazos y el cuerpo llorará ménos que otra fajada y refajada en sus panales. El que no conoce otros necesidades que las físicos, solo cuando padece llora, y es mucha utilidad; porque entónces se sabe á punto fijo cuando necesita socorro, y no debe dilatarse un instante el dársela, si es posible. Pero si no le podeis aliviar, estaos quietos, sin alhagarle para que calle; que vuestros cariños no le han de sanar de su dolor cólico; no obstante muy bien se acordará de lo que ha de hacer para que le alaguen; y si sabe daros ocupacion una vez á su albedrío, ya es vuestro amo, y todo se ha perdido.

Mas libres en sus movimientos llorarán ménos los niños; ménos importunados con sus llantos nos afanaremos ménos en hacer que callen; amenazados ó alagados con ménos frecuencia serán ménos medrosos, ménos tercos, y permanecerán mas bien en su estado natural. No tanto se quiebran los niños porque los dejan llorar, cuanto por la ansia de hacerlos callar; y la prueba que tengo es que los niños mas abandonados están ménos sujetos á

quebrarse que los demas. Muy lejos estoy por esto de querer que se los descuide; por el contrario conviene prever sus necesidades, y no dejar que nos adviertan de ellas sus gritos; pero tampoco quiero que los cuidados que se tomaren sean mal combinados. ¿Porqué han de dejar de llorar así que vean que son buenos sus llantos para tantas cosas? Instruidos del aprecio que de su silencio se hace, buen cuidado tienen con que no sea comun. Al fin tanto valor le dan, que no es dable pagársele; y entónces, á poder de llorar sin fruto, se esfuerzan, se apuran, y se matan.

Los porfiados llantos de un niño que no está atado ni achacoso, y á quien no se deja que le falte nada, no son mas que llantos de hábito y obstinacion; no son efecto de la naturaleza, sino de la nodriza, que por no saber tolerar su importunidad la multiplica, sin pensar que, haciendo que se calle, el niño hoy, le escita á que llore mas mañana. El único medio de sanar ó precaver este hábito es no hacer del llanto caso ninguno. Nadie gusta de tomarse un trabajo inútil, ni aun las criaturas, que son, si, tenaces en sus tentativas; pero si tenemos mas constancia nosotros que terquedad ellas, se cansan, y no vuelven ú empezar. Así se les ahorran lágrimas, y se las acostumbra á no verterlas, cuando el dolor no se las saca.

En cuanto á lo demas, cuando lloran por manía ó por obstinacion, un medio cierto de estorbar que continúen es el distraerlas con algun vistoso y agradable objeto, que haga que se olviden de que querian llorar. En este arte son aventajadas la mayor parte de las nodrizas, y usado á tiempo es útilísimo; pero importa sobremanera que no penetre el niño la intencion de distraerle, y que se divierta sin creer que piensan en él; y sobre este segundo punto están muy torpes las nodrizas todas.

Se destetan ántes de tiempo los niños. La época en que deben ser destetados la indica la solidado los dientes, y esta por lo comun es penosa y dolorosa. Por un maquinal instinto el niño mete entónces en la boca cuanto agarra para mascarlo: se cree facilitar esta operacion, dándole por juguete un cuerpo duro, como marfil, á un cliente de lobo. Creo que es equivocacion. Los cuerpos duros aplicados á las encías, lejos de ablandarlas las tornan callosas, las endurecen, y preparan una ruptura mas doloroso y penosa. Tomemos siempre ejemplo del instinto. Vemos que los perrillos chicos no ejercitan sus dientes nacientes en pedernales, en hierro, ó en huesos, sino en madera, en cuero, en trapos, en materias blandas que ceden, y donde hace impresion el diente.

No sabemos gastar sencillez en nada ni aun junto á los niños. Cascabeles de oro y plata, corales, cristales de facetas, juguetes de todo valor y todo género: á cuanto inútil y pernicioso atavío! Nada de todo eso. Fuera los cascabeles, fuera los juguetes; unos ramillos de árbol con sus hojas y su fruta; una cabeza de adormidera en donde se oigan sonarlos granos; un palo de orozuz que pueda el niño chupar y mascar, le divertirán tanto como todos esos dijes magníficos, y no tendrán el inconveniente de acostumbrarle al lujo desde que nace.

Es cosa conocida que no son las gachas alimento muy sano. La leche cocida y la harina cruda engendran mucha saburra y convienen mal á nuestro estómago. La harina está ménos cocida en las gachas que en el pan, y ademas no ha fermentado. Si absolutamente quieren dar al niño gachas, conviene tostar ántes un poco la harina. Con la harina así tostada hacen en mi tierra una sopa muy sana y muy agradable, pero la nata de arroz y la panatela me parecen mejores. Tambien el caldo de carne y la sopa son alimentes que valen poco, y que se han de usar lo ménos que fuere dable. Conviene que se acostumbren cuanto ántes los niños á mascar, que es el verdadero modo de facilitar la erupcion de los dientes; y cuando empiezan a tragar, los jugos salivaros, mezclados con los alimentos, favorecen la digestion. Yo primero les haria que mascasen frutas secas, y costradas, y les daria, en vez de juguetes, mendrugos delgados y largos de pan duro, ó de bizcochos semejantes al pan de Mallorca. A, puro ablandarle en la boca se tragarian un poco; insensiblemente les nacerian los dientes, y se encontrarian destellados sin pensar en ello. Comunmente los labradores tienen muy robusto el estómago, y no los destetan de otra manera.

Desde que nacen oyen hablar los niños, sobre cuya observacion no solo les hablan ántes que entiendan lo que les dicen, sino tintes que puedan repetir las palabras que oyen. Bozal todavía su órgano se doblega con lentitud á la imitacion de los sonidos que les dictan, sin que tampoco esté probado que hagan en su oido estos sonidos tan distinta impresion como en el nuestro. No me parece mal que divierta la nodriza al niño con coplas y acentos alegres y muy variados, pero sí que sin cesar le atolondre con una muchedumbre de palabras inútiles, de las cuales solo entiende el tono que las acompaña. Quema que las articulaciones primeras que llegaran á su oido fueran raras, fáciles, y distintas, que se le repitiesen con frecuencia, y que las palabras que espresan significasen objetos sensibles que fuera posible mostrar

al instante al niño. La malhadada facilidad que contraemos de contentarnos con palabras que no entendemos, empieza élites de lo que se cree. El estudiante en el aula escucha la verbosidad de su catedrático, como en mantillas escuchaba la charla de su nodriza. Paréceme que fuera útilísima instruccion educarle de manera que no comprendiese palabra de ella.

Agólpanse las reflexiones de tropel, si uno quiere tratar de la formacion de los idiomas, y de los primeros razonamientos dé los niños. Sea como quisiere, siempre aprenderán ¿hablar del mismo modo, y aquí todas las especulaciones filosóficas son absolutamente inútiles.

Primero poseen, por decirlo así, una gramática peculiar á su edad, cuya sintaxis tiene reglas mas generales que la nuestra; y si la examináramos atentamente, nos pasmaria la exactitud con que siguen ciertas analogías, defectuosisimas nos empeñamos en ello, pero muy regulares, y que si no están admitidas es por su cacofonía, ó porque no las admite el uso. Un dia oí á tu padre reñir ásperamente á un niño suyo, porque decia: no *caberémos en la sala*. Es claro que el chico segura mejor que nuestras gramáticas la analogía, porque si se dice *cabemos,* ¿porqué no se ha de decir *cuberémos?* Es pedantería inaguantable y trabajo superfino el ocuparse en enmendar á los niños todos estos picadillos contra el uso, de que ellos mismos se enmiendan con el tiempo. Hablemos siempre con pureza en su presencia, hagamos que con nadie se hallen mas á gusto que con nosotros, y estemos ciertos de que insensiblemente nuestro lenguage será el dechado del suyo, sin que nunca se le corrijamos.

Pero es un abuso mucho mas importante y no ménos fácil de precaver el darse sobrada priesa á hacerles que hablen, como si fuera de temer que no supiesen hablar por sí propios. Tan imprudente premura produce un efecto directamente opuesto al que se quiere. Los niños hablan mas tarde, con mas confusion; la mucha atencion que se pone en todo cuanto dicen los dispensa de articular bien; y como apénas se dignan de abrir la boca, muchos de ellos conservan toda su vida un vicio de pronunciacion, y un confuso hablar, que casi los hace inteligibles.

He vivido mucho tiempo con los aldeanos, y nunca he oido cecear á ninguno, un hombre ni muger, ni chico ni moza, ¿De qué proviene esto? ¿Están acaso construidos de otro modo que los nuestros sus órganos? No, pero están mas bien ejercitados. En frente de mi ventana hay un terrado

donde se juntan á jugar los muchachos del lugar. Aunque bastante distantes de mí, entiendo muy bien todo cuanto dicen, y apunto á veces escelentes memorias que me sirven para esta obra. Cada dia se engaña mi oido acerca de su edad; oigo voces de muchachos de diez años, miro y veo la estatura y el semblante de niños de tres ó de cuatro. No he sido yo solo quien ha hecho esta esperiencia; los urbanos que vienen á verme, y que consulto, incurren todos en el mismo error. Lo que á él da motivo es que hasta que tienen cinco ó seis años los niños de las ciudades criados en el aposento, y en el regazo de una ama, no necesitan mas que de gruñir entre dientes para que los entiendan. Luego que menean los labios, los escuchan con sumo estudio, les dictan palabras que repiten muy mal, y a fuerza de atencion, estando siempre las mismas personas á su lado adivinan ántes lo que han querido decir, que lo que han dicho.

En el campo es cosa muy diferente. No está sin cesar una aldeana al lado de su hijo, y este se ve forzado ó decir con mucha claridad y en voz muy alta, lo que necesitan que le entiendan. En los campos, desparramados los niños, desviados del padre, de la madre y de las demas criaturas, se ejercitan en hacer de modo que los oigan á mucha distancia, y á medir la fuerza de la voz por el intervalo que los separa de aquellos de quienes quieren ser oídos. Así se aprende verdaderamente á pronunciar, no tartamudeando algunas vocales al oido de una ama atenta. Así cuando preguntan algo al hijo de un rústico, puede que la vergüenza le quite que responda; lo que diga lo dirá con claridad, miéntras que al niño de la ciudad es necesario que el ama le sirva de truchiman, sin lo cual no se entiende ni una palabra de lo que entre dientes gruñe [18].

Los niños cuando mas grandes deberian enmendarse de este defecto en los colegios, y las niñas en los conventos; y efectivamente unos y otras hablan en general con mas perspicuidad que los que siempre se han criado en casa de sus padres. Pero lo que los estorba que adquieran nunca una pronunciacion tan clara como la de los aldeanos, es la necesidad de aprender de memoria muchas cosas, y recitar en alta voz lo que han aprendido; porque cuando estudian, se habitúan á enjergar y á pronunciar mal y con negligencia. Peor es todavía cuando recitan; buscan con esfuerzo las palabras, alargan y arrastran las sílabas, no es posible que cuando vacila la memoria, no tropiece tambien la lengua. Así se contraen ó se conservan los vicios de

pronunciacion. Despues verémos que ó no los contraerá Emilio, ó á lo ménos que no se los deberá á las mismas causas.

Convengo en que la plebe y los lugareños incurren en el otro estremo, en que casi siempre hablan mas alto de lo que es menester, en que pronuncian con sobrada aspereza, y tienen articulaciones toscas y violentas en que hacen una mala eleccion de términos, etc. Pero lo primero me parece este estremo mucho ménos vicioso que el otro, atendiendo á que como la primera ley del que habla es hacer de modo que le entiendan no ser entendido es el mayor yerro que pueda cometer. Jactarse de no tener acento, es jactarse de privar las frases de gracia y energía, es el acento el alma del razonamiento, el que le da respiracion y vida. Ménos miente el acento que las palabras; y acaso por eso le temen tanto las personas bien educadas. Del estilo de decirlo todo en un mismo tono ha nacido el de mofarse de la gente, sin que lo conozca el burlado. Al acento proscrito se han sustituido modos de pronunciar ridículos, afectados, sujetos á la moda, como particularmente se notan en los mozalbetes cortesanos. Esta afectacion en la habla y en la planta es la causa de que en general sea tan repugnante y tan desagradable para las otras naciones la primera vista de un Frances. En vez de acento en su hablar, usa tonillo; y en verdad que no es ese el modo de que se preocupe nadie en su favor.

Todos estos ligeros defectos de lengua que tanto se teme que contraigan los niños, nada significan, y se precaven ó se remedian con la mayor facilidad; pero los que se les dejan contraer haciendo su hablar confuso, quedo, ó tímido, criticándole sin cesar el tono, deslindando todos sus vocablos, nunca se enmiendan. El hombre que aprendiere á hablar sin salir de los tocadores de damas mal se dará á entender al frente de un batallon, y poco respeto impondrá al pueblo en un motín. Enseñad primero á los niños á que hablen con los hombres, que cuando sea necesario, ellos sabrán hablar con las mugeres. Criados en el campo vuestros hijos con toda la rusticidad campesina adquirirán voz mas sonora, no contraerán el tartamudeo confuso de los niños de, la ciudad, ni tampoco se les pegarán las espresiones y el tono del lugar, porque viviendo en su compañía el maestro desde su nacimiento, y viviendo mas esclusivamente de dia o á dia, con la correccion de su idioma precaverá ó horrará la impresion del de los labradores. Emilio hablará su lengua con tanta correccion como yo, pero la pronunciará con mas claridad, y la articulará mucho mejor. El niño que comienza á hablar

solo debe escuchar las palabras que pueda entender, y no decir mas que las que pueda articular. Los esfuerzos que para ello hace le escitan á que redoble la misma sílaba, como para ejercitarse á pronunciarla con mas perspicuidad. Cuando empieza su balbucencia, no nos afanemos mucho en adivinar lo que quiera decir: pretender que siempre le escuchen, es una especie de imperio, y el niño no debe ejercer ninguno: bástenos con darle con mucha diligencia lo necesario; á él le toca darse a entender para pedir lo que no lo es. Ménos exigirémos aun de él que hable, que bien sabrá hacerlo sin que se lo digan, así que conozca lo útil que es para él.

Verdad es que se nota que los que empiezan á hablar muy tarde nunca hablan con tanta perspicuidad como los demas; pero no se les ha quedado entorpecido el órgano por haber empezado, á hablar tarde, sino que al contrario empiezan á hablar tarde, porque nacieron con el órgano torpe. Y sin eso, ¿porqué habian de hablar mas tarde que los demas? ¿Tienen acaso ménos ocasiones para hablar, ó les escitan ménos á ello? Muy al contrario, la inquietud que ocasiona esta tardanza, luego que la echan de ver, es causa de que se afanen mucho mas por hacerlos medio pronunciar, que á los que han articulado mas ántes, y este mal entendido afan puede contribuir en mucho á que contraigan un hablar confuso, cuando con ménos precipitacion hubieran tenido tiempo para perfeccionarle mas.

Los niños á quienes dan mucha priesa para que hablen no tienen tiempo ni para aprender á pronunciar bien, ni para concebir bien lo que les hacen que digan en vez de que cuando los dejan ir á su paso, se ejercitan primero en las sílabas de mas fácil pronunciacion; y juntando con ellas poco á poco algunas significaciones que por sus ademanes entendemos, sin tes de recibir nuestras palabras nos dan las suyas, y eso hace que no reciban aquellas sin que ántes las entiendan. Como nadie les da priesa para que se sirvan de ellas, empiezan observando bien la significacion que les damos, y cuando están ciertos de ella, entónces las admiten.

No es el mas grave mal de la precipitacion con que hacen hablar á los niños ántes de tiempo el que las primeras conversaciones que se tengan con ellos, y las palabras primeras que digan no tengan para ellos significacion ninguna, sino que tengan otra distinta que para nosotros, sin que sepamos conocerla, de suerte que cuando al parecer no responden con mucha exactitud, nos hablan sin entendernos, y sin que los entendamos nosotros á semejantes equívocos por lo comun se debe el pasmo que algunas veces nos

cansan sus razones, porque les atribuimos ideas que ellos no les adaptan, lista falta de atencion nuestra al verdadero significado que tienen para los niños las voces de que se sirven es, á mi parecer, la causa de sus primeros errores que, aun despues de curados, influyen en la forma de su inteligencia todo lo demas de su vida. Mas de una ocasion tendré en adelante de aclarar esto con ejemplos.

Cíñase cuanto dable fuere el vocabulario del niño, que es gravísimo inconveniente que tenga mas voces que ideas, y que sepa decir mas cosas de las que puede pensar. Creo que una de las razones porque los aldeanos tienen mas atinado el entendimiento que los vecinos de las ciudades, es porque es ménos copioso su diccionario. Tienen pocas ideas pero las comparan muy bien.

A la par se hacen casi todos los primeros desarrollos de lo infancia; casi ó un mismo tiempo aprende el niño á hablar, á comer, á andar. Esta propiamente es la época primera de su vida. Antes nada mas es de lo que era en el vientre de su madre; no tiene afecto ninguno, idea ninguna, apénas tiene sensaciones, ni su propia existencia siente siquiera.

Vivit, et est vitæ nescius ipse suæ ([19]).

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

EMILIO,

Ó

DE LA EDUCACION.

LIBRO SEGUNDO.

ESTE es el segundo tramo de la vida, aquel en que, hablando con propiedad, se acaba la infancia, porque no son sinónimas las voces *infans*, infante, *y puer,* niño; la primera es subordinada á la otra, y significa *el que no habla;* por eso dice Valerio Máximo: *puerum infantem,* niño infante. Continuaré no obstante usando esta *voz* como está admitida en nuestra lengua, hasta la edad en que adopta otros nombres.

Así que empiezan á hablar los niños lloran ménos; y es consecuencia natural, pues sustituyen á un idioma otro. Cuando pueden decir con palabras que padecen, ¿á qué lo han de decir con gritos, á ménos que tan violento sea el dolor que no se pueda espresar con palabras? Si siguen entónces llorando, culpa es de las personas que tienen á su lado. Cuando Emilio haya dicho, *estoy malo,* vivísimos dolores han de ser necesarios para arrancarle lágrimas.

Si es delicado y sensible el niño, y si naturalmente vierte llantos por friolleras, los hago ineficaces y superfluos, y en breve agoto la fuente: miéntras llore, no me meneo; así que se calle, acudo á él. Muy presto será el silencio su modo de llamarme, o cuando mas dará un grito solo. Por el efecto sensible de los signos juzgan los niños de su significacion; única convencion que hay para con ellos: y aunque se lastime mucho un niño, es cosa muy rara que llore si está solo, á ménos que espere ser oido.

Si se cae, si se hace un chichon en la cabeza, si echa sangre por las narices, si se corta los dedos, en vez de acorrer en ademan de sobresalto, me estaré parado, á lo ménos algun tiempo. El mal está hecho, de necesidad es que le aguante; á nada mas valdria todo mi anhelo que á asustarle mas, y aumentar su sensibilidad; que de verdad no tanto le atormenta el golpe cuanto el miedo de las resultas de su herida. Esta última zozobra se la quitaré *yo*, porque es certísimo que valuará el mal que se ha hecho como vea que yo lo valúo; y si me ve acudir inquieto, consolarle, compadecerle, pensará que está perdido; mas si ve que conservo mi sosiego, luego recuperará el suyo, y creerá que está sano así que no sienta dolor. De esta edad se toman las lecciones primeras de ánimo esforzado, y padeciendo sin susto dolores leves se aprenden á aguantar los fuertes.

Lejos de poner esmero en precaver que se llaga mal Emilio, sentiria mucho que no se le luciera nunca, y creciera sin esperimentar el dolor. Padecer es la primera cosa que debe aprender, y la que usas necesitará saber. Parece que sí son los niños chicos y flacos sea para tomar sin riesgo tan importantes lecciones. Si se cae al suelo, no se romperá una pierna; si se pega con un palo, no se romperá un brazo; si coge una navaja por el filo, no apretará mucho, y no será muy honda la cortadura. No sé que nunca un niño que le dejen libre se haya muerto, estropeado, ó hecho mal muy grave, si no le dejan imprudentemente espuesto á que se caiga de un sitio alto, ó solo junto á la lumbre, ó que tenga á la mano instrumentos peligrosos. ¿Qué diremos de esos gabinetes de máquinas, que reunen junto á un niño para armarle de punta en blanco contra el dolor, hasta que en llegando á grande, se queda al arbitrio de él, sin esperiencia ni ánimo, y piensa que es muerto si se pica con un alfiler, ó se desmaya si ve correr una gota de su sangre?

Nuestra pedante manía de enseñanza nos mueve á que instruyamos á los niños en todo aquello que aprenderian mucho mas bien por si propios, y á olvidarnos de cuanto nosotros solos les hubiéramos podido enseñar. ¿Qué

materia mayor que el trabajo que se gasta en enseñarlos á andar, como si hubiéramos visto que por descuido de su nodriza no supieran andar cuando grandes? ¡Y por el contrario, cuantos vemos que andan mal toda su vida, por haber aprendido mal á andar! Emilio no tendrá chichonera, ni canasta con ruedas, ni carretilla, ni andadores; ó á lo menos, así que sepa poner un pie delante de otro, solo en los parages empedrados ó enladrillados le sustentaremos, y no haremos mas que pasar apriesa por ellos [20]. En vez de permitir que se apoltrone en el aire estancado de un aposento, todos los dias le llevaremos á la mitad de un prado, á que allí corra, juegue, y se caiga cien veces al dia; mas vale así: con eso aprenderá ántes á levantarse. De muchos golpes resarce el beneficio de la libertad; muchas veces sacará mi alumno contusiones, en cambio siempre estará alegre; si los vuestros rara vez se hacen mal, para eso están siempre disgustados, siempre atados, siempre tristes dudo que sean los mas gananciosos.

Otro progreso hace que necesiten ménos los niños de quejarse, que es el de sus Fuerzas; así que pueden mas por sí propios, tienen ménos necesidad de recurrir á otros. Con su fuerza se desenvuelve el conocimiento que los hace capaces de dirigirla. En este segundo grado es cuando propiamente empieza la vida individual; entónces se adquiere la conciencia de sí mismo; destiempo la memoria el sentir de la identidad á todos los momentos de su existencia, y se torna uno de verdad, él propio, y capaz de felicidad ó miseria. Por tanto conviene considerarle ya como ser moral.

Aunque sea asignable el mas dilatado término de la vida humana, y la probabilidad que cada edad tiene de arrimarse á esta meta, no hay cosa mas incierta que la duracion de la vida de cada hombre, y son poquísimos los que con este término rayan. Al principio de la vida son mayores los riesgos de ella; y quien ménos ha vivido, menor esperanza de vivir puede tener. La mitad, cuando mas, de los niños que nacen llegan á la adolescencia, y es verosímil que no vea vuestro alumno edad de hombre.

¿Qué pensaremos por tanto de esa inhumana educacion que el tiempo presente sacrifica á un porvenir incierto; que carga á un niño de todo género de cadenas, y empieza haciéndole miserable, por prepararle para una remota época no sé qué pretensa felicidad, que es creíble que nunca disfrutará? ¿Aun suponiendo fundado en razon el objeto de esta educacion, quien puede, sin indignarse, contemplar á unos pobres desventurados, sujetos á mi yugo inaguantable, y condenados como galeotes á remo perpetuo, sin estar

ciertos de que han de sacar fruto de tanto penar? En medio de llantos, de castigos, de amenazas y esclavitud, se va la edad de la alegría. Por su bien atormentan al desdichado, sin ver que es la muerte la que llaman, y que le va á agarrar en mitad de este triste aparato. ¿Quién sabe cuantos niños perecen víctimas de la estravagante discrecion de un padre ó un maestro? ¡Dichosos en huir así de su crueldad! que la única utilidad que de tantos males, como les han hecho, sacan, es morir sin echar ménos la vida, cuyos abrojos solamente han sentido.

Hombres, sed humanos, que esa es vuestra obligacion primera; sedlo con todos los estados, con todas las edades, con todo cuanto no es ageno del hombre. ¿Qué discrecion hay para vosotros fuera de la humanidad? Amad la infancia; favoreced sus juegos, sus deleites, su amable instinto. ¿Quién de vosotros no ha deseado alguna vez tornarse á aquella edad, en que está siempre vagando la risa por los labios, en que siempre está serena el alma? ¿Porqué quereis estorbar que disfruten esos inocentes niños de tan fugaces momentos, que rápidos huyen, y de bien tan precioso, de que abusar no pueden? ¿Porqué quereis llenar de amargura y quebranto esos años primeros tan veloces que no tornarán para ellos, y que ya para vosotros no pueden tornar? Padres, ¿sabeis acaso cuando la muerte descargará en vuestros hijos el fatal golpe? solo añadais motivo á nuevos llantos, privándolos de los cortos instantes que les dispensa la naturaleza; así que pueden sentir el deleite de existir, haced que disfruten de él; haced que á cualquiera hora que los llame Dios, no se mueran sin haber gozado la vida.

¡Qué vocería contra mí va á suscitarse! Ya oigo los clamores de esa falaz sabiduría, que sin cesar nos lanza fuera de nosotros, que reputa siempre en nada el tiempo presente, corriendo sin tomar aliento en pos del porvenir que al paso que nos adelantamos se huye, y que á fuerza de trasladarnos adonde no estamos, nos traslada adonde nunca estarémos.

Ahora es tiempo, respondeis, de corregir las malas inclinaciones del hombre: en la edad de la infancia, en que minas se sienten las penas, conviene multiplicarlas pincelárselas en la de la razon. ¿Quién os dijo pues que estuviese en vuestra mano ese arreglo, y que todas esas bellísimas instrucciones, con que abrumais el entendimiento de un niño, no le hayan de ser un dia mas perjudiciales que provechosas? ¿Quién os dijo que la evitábala pesares con los que ahora le causais? ¿Porqué le haceis mayores males de los que su estado permite, sin estar ciertos de que sean sus males presentes para

alivio de los venideros? ¿Como me probareis que esas malas inclinaciones ele que quereis curarle no son debidas mucho mas á vuestros mal entendidos afanes que á la naturaleza? ¡Desventurada prevision, que hace actualmente miserable á un ser con lo bien ó mal fundada esperanza de haceis un dia feliz! Y si confunde este, vulgo de argumentadores con la libertad la licencia, y el niño que hacen feliz con el mimado, enseñémosle á que los distingan.

Si no corremos en pos de fantásticas imaginaciones, no nos olvidemos tampoco de lo que á nuestra condicion conviene. La humanidad tiene en el órden de las cosas su lugar, y el niño el suyo en el órden de la vida humana; es necesario consideraren el hombre al hombre, y al niño en el niño. Todo cuanto podemos hacer para su bienestar, es señalar á cada uno su lugar y colocarle en él, coordinar segun la constitucion del hombre las pasiones humanas: lo demas pende de causas estrañas que no están en nuestra mano.

No sabemos qué cosa sea dicha ó desdicha absoluta: todo en esta vida está mezclado; ningun sentimiento tenemos puro, ni permanecemos dos momentos en un mismo estado, que están como en continua marea tanto los movimientos de nuestra alma, como las modificaciones de nuestro cuerpo. Comunes son de todos el bien y el mal, pero con distinta medida. El que ménos penas padece es el mas feliz, y el mas miserable el que ménos deleites disfruta. Siempre mas pesares que contentos: esa es la diferencia comun de todos. Así en este mundo la felicidad humana no es mas que un estado negativo, la cual ha de medirse por la menor cantidad de males que se padecen.

Todo sentimiento doloroso es inseparable del deseo de eximirse de él; toda idea de deleite lo es del de disfrutarle; todo deseo supone privacion, y todos las privaciones que sentimos son penosas; así nuestra miseria consiste en que no están nuestros deseos en proporcion de igualdad con nuestras facultades. El ser sensible cuyas facultades estuviesen al nivel de sus deseos, seria absolutamente feliz.

¿Pues en qué se cifra la sabiduría humana, ó la senda de la verdadera felicidad? No en disminuir precisamente nuestros deseos, porque si no alcanzasen á nuestro poder, permaneceria inerte parte de nuestras facultades, y no gozaríamos todo nuestro ser, ni tampoco en dar ensanche á nuestras facultades, porque si á la par crecieran mas que ellos nuestros deseos, nos

tornaríamos mas miserables; mas sí, en disminuir el esceso de nuestros deseos á nuestras facultades, y en procurar reducir á perfecta igualdad la voluntad con la potencia. Solo en este caso hallándose en accion todas nuestras fuerzas, permanecerá sereno el ánimo, y se encontrará el hombre bien ordenado. Así lo ha instituido desde luego la naturaleza que todo á lo mejor lo encamina, y que no le da inmediatamente mas deseos que los necesarios para su conservacion, y las facultades que bastan para satisfacerlos; todas las demas las ha puesto como de reserva en lo interior de su alma, pura que se vayan desenvolviendo cuando necesario fuere. Solo en este es estado primitivo se encuentra el equilibrio del deseo y la potencia, y no es infeliz el hombre. Luego que se ponen en accion sus facultades virtuales, se despierta y las precede la imaginacion que es la mas activa de todas. La imaginacion es la que respecto á nosotros es tiende la medida de las cosas posibles, así en lo bueno como en lo malo, y por consiguiente la que escita los deseos, y les da pábulo, con la esperanza de contentarlos. Mas el objeto cual principio parecia al alcance de la mano, se huye con mas velocidad que aquella con que podemos seguirle; y cuando creemos que vamos á cogerle se transforma; y se presenta á mucha distancia de nosotros. Como hemos perdido de Rusia el pais que hemos andado, le valuamos en nada, y sin cesar se agranda y se dilata el que nos queda por andar. De este modo quedamos exhaustos ántes que lleguemos al término; y cuanto mas corremos en demanda del gozo, tanto mas se aparta de nosotros la felicidad.

Por el contrario, cuanto mas inmediato se ha quedado el hombre á su natural condicion, tanto menor es la diferencia de sus facultades y deseos, y por consiguiente está ménos distante de ser feliz. Nunca es ménos miserable que cuando parece privado de todo, porque no se cifra la miseria en la privacion de las cosas, sino en la carencia que se siente de ellas.

El mundo real tiene límites, el imaginario es infinito; con que no pudiendo dar ensanche al uno, estrechemos el otro, porque de su diferencia solo nacen todas las penas que en realidad nos hacen infelices. Exceptúense la fuerza, la salud, y el buen testimonio de sí propio, todos los demas bienes de la vida consisten en la opinion; exceptúense los dolores corporales, y los remordimientos de conciencia, los otros males son todos imaginarios. Dirán que es comun este principio; confiésolo; pero no es comun su aplicacion práctica, y aquí no se trata únicamente mas que de la práctica.

¿Qué quieren decir, cuando dicen que el hombre es flaco? La palabra *flaqueza* indica una relacion, una del ser á que se aplica. Aquel cuya fuerza escede á sus necesidades, aunque sea un insecto, un gusano, es un ser fuerte; aquel cuyas necesidades esceden su fuerza, aunque sea un leon, un elefante; aunque sea un conquistador, un héroe, aunque sea un Dios, es un ser flaco. El ángel rebelde que desconoció su naturaleza, mas flaco era que el venturoso mortal que vive en paz conforme á la suya. Cuando se contenta el hombre con ser lo que es, es muy fuerte; y muy flaco, cuando se quiere encumbrar á mas alteza que la de la humanidad. No os figureis que esplayando vuestras facultades se esplayan vuestras fuerzas, ántes por el contrario se disminuyen, si vuestra soberbia se estiende mas que ellas. Midamos el radio de nuestra esfera; y permanezcamos en el centro, como el insecto en medio de su tela; siempre nos bastarémos para nosotros mismos, y no tendremos que lamentar nuestra flaqueza, porque nunca la sentirémos.

Todos los animales tienen justamente las facultades necesarias para conservarse: el hombre solo las posée superfinas. ¿No es cosa estraña que sea este sobrante el instrumento de su miseria? En todo pais valen mas los brazos de un hombre que su subsistencia. Si tuviera el juicio suficiente para contar por nada este sobrante, siempre tendria lo necesario, porque nunca tendria de mas. De las necesidades grandes, decia Favorino, nacen grandes bienes; y á veces el mejor modo de grangear las cosas que nos faltan es privamos de las que poseemos [(21)]. A la fuerza de trabajar por aumentar nuestra felicidad, la convertimos en miseria. Feliz viviria todo aquel, que no quisiera otra cosa mas que vivir; por consiguiente seria bueno, porque, ¿qué utilidad sacaria de ser malo?

Si fuéramos inmortales, seríamos unos seres muy miserables. Sin duda es cosa dura el morir, pero es suave esperar que no siempre vivirémos, y que las penalidades de esta vida las ha de terminar otra mejor. Si nos ofrecieran la inmortalidad en la tierra, ¿habria quien quisiese admitir tan triste dádiva? [(22)]¿Qué remedio, qué esperanza, qué consuelo nos quedaria contra los rigores de la suerte, contra las injusticias de los hombres? El ignorante que nada prevée aprecia en poco el valor de la vida, y poco le asusta perderla; el hombre ilustrado ve bienes de mas valía que preferir á ella. Solo la media ciencia y una falaz sabiduría, prolongando nuestras miras hasta la muerte, y no mas allá, nos la hacen contemplar como el peor de los males. Para el sabio no es mas la necesidad de morir que un motivo de aguantar las penas

de la vida; y sí no etuviéramos ciertos de perderla un dia, se nos haria muy penoso el conservarla.

Todos nuestros males morales consisten en la opinion, escepto uno solo, que es el delito, y este pende de nosotros: nuestros males físicos ó se destruyen ó nos destruyen; nuestros remedios son el tiempo ó la muerte: Pero eso mas padecemos que menos sabemos padecer, y mas nos afanamos por sanar de nuestras dolencias que lo que bastaria para tolerarlas. Vive segun la naturaleza, sé sufrido, y despide á los médicos; no evitarás la muerte, pero no la sentirás mas que una vez, miéntras que cada dia se la presentan ellos á tu imaginacion azorada, y en vez, de dilatar tus dias, te priva su mentirosa arte de que los goces. Siempre preguntaré ¿en que ha sido este arte provechoso para los hombres? Verdad es que moririan algunos de los que cura, pero se quedarian en vida millones que mata. Hombre sensato; no eches á una lotería en que tantos acasos militan contra tí. Padece, muérete, ó sana: pero sobre todo vive hasta tu postrer hora.

Todo es contradiccion y locura en las instituciones humanas; mas nos agitamos por conservar la vida, al paso que disminuye su valor. Mas temen perderla los ancianos que los mozos; aquellos no quieren que se inutilizen los preparativos que han hecho para gozarla; cruel cosa es morirse á los sesenta años ántes de haber empezado á vivir. Creemos que tiene el hombre un amor muy vivo á su conservacion, y así es; pero no vemos que este amor, como nosotros le sentimos, en mucha parte es debido á los hombres. El hombre naturalmente solo se afana por conservarse, en cuanto tiene los medios de ello en su mano; luego que estos le faltan, se serena, y muere sin un afan inútil. De la naturaleza nos viene la primera ley de la resignacion; los salvages, como los brutos, se agitan poquísimo contra la muerte, y espiran casi sin quejarse. Destruida esta ley, se forma otra que dicta la razon; pero pocos saben sacarla de ella, y nunca esta resignacion ficticia es tan total y completa como la primera.

La prevision; la prevision que sin cesar nos lanza fuera de nosotros, y con frecuencia nos coloca adonde nunca llegaremos; ese es el verdadero manantial de todas nuestras miserias. ¡Qué manía en un ser tan efímero como el hombre, el tener siempre fija la vista en un lejano porvenir que tan rara vez llega, y descuidar lo presente de que está cierto! manía eso mas funesta, que crece sin cesar con la edad, y que los viejos siempre desconfiados, cantos y avaros, mas quieren negarse hoy lo necesario, que carecer de lo superfluo

dentro de cien años. Así todo nos ata, á todo nos agarramos; á cada uno de nosotros le importan los tiempos, los lugares, los hombres, las cosas, todo cuanto hay, todo cuanto ha de haber, y no es mas nuestro individuo que la menor parte de nosotros mismos. Espláyase cada uno, por decirlo así, por toda la redondez de la tierra, y se hace sensible en toda su dilatada superficie. ¿Qué estraño es que se multipliquen nuestros males en todos los puntos en que pueden herirnos? ¡Cuantos príncipes se desconsuelan por la pérdida de un pais que nunca vieron! ¡á cuantos negociantes basta con tocarlos en las Indias, para que en Paris alcen el grito!

¿Es la naturaleza lo que al hombre tan lejos de si propio le lanza? ¿Es ella que quiere que sepa cada uno su suerte de los demas, y algunas veces que sea el postrero que la sepa; de suerte que hombre ha habido que murió feliz ó infeliz, sin llegarlo á saber? Veo á un hombre colorado, alegre, robusto, sano; sus ojos anuncian el contento, la satisfaccion, y trae consigo la imágen de la dicha. Llega una carta del correo; la mira el hombre feliz; es para él; la abre y la lee. Al instante muda de ademan, pierde el color, y cae desmayado. Vuelto en sí, llora, se agita, solloza, se arranca los cabellos, el aire resuena con sus clamores, parece acometido de horrorosas convulsiones. ¡Demente! ¿qué daño te ha hecho ese papel? ¿que miembro te ha roto? ¿qué delito toba hecho cometer? ¿finalmente, qué mudanza ha hecho en tí, para que le pongas en el estado en que te veo? Si se hubiera perdido la carta, si una caritativa mano la hubiera arrojado al fuego, me parece que hubiera sido un problema estrado la suerte de este mortal, al mismo tiempo dichoso y desdichado. Dirán que era real su desdicha. Enhorabuena y pero no la sentia. ¿Pues adonde estaba? Era imaginaria su felicidad. Ya curtiendo; la salud, la alegría, la serenidad, el contento de ánimo, no son otro cosa que visiones. Ya nosotros no existimos donde estamos, que existimos donde no estamos. ¿Merece la pena de temerse tanto la muerte, siempre que no muera aquello en que vivimos?

¡O hombre! estrecha tu existencia dentro de tí, y no serás miserable. Permanece en el lugar que te señaló la naturaleza en la cadena de los seres, y nada te podrá esforzar á que de él salgas; no des coces contra el duro aguijon de la necesidad, y no apures en oponerle resistencia unas fuerzas que no dispensó el cielo para ensanchar ó prolongar tu existencia, y si solo para conservarla como le pluguiere, y miéntras le pluguiere. Hasta donde rayan tus fuerzas naturales, no mas allá, alcanza tu libertad y tu poderío; todo lo

dentases mera esclavitud, ilusion, prestigio. Hasta la denominacion es servil, cuando se funda en la opinion, porque pende de las preocupaciones ele aquellos que con las preocupaciones gobiernas. Para conducirlos a tu albedrío es menester que le conduzcas tú al albedrio suyo; muden ellos de modo de pensar, y será fuerza que mudes tú de modo de obrar. Bástales á los que á tí se acercan, con saber gobernar las opiniones del pueblo que eres tú que gobiernas, ó de los privados que te gobiernan á tí, ó las de tu familia, ó las tuyas propias; esos visires, esos cortesanos, esos sacerdotes, esos soldados, esos criados, esas cotorreras, y hasta unos niños, aunque tuvieras el superior ingenio de Temistocles ([23]), te van á llevar, como si fueras tú mismo una criatura, en mitad de tus legiones. Tan balde te afanas; nunca es cederá tu autoridad real de tus facultades reales. Así que es necesario vapor ojos agenos, es necesario querer por voluntad agena. Mis pueblos son mis vasallos, dices ufano. Está bien. ¿Pero tú, qué eres? vasallo de tus ministros. ¿Los ministros, luego qué son? vasallos de sus covachuelos, de sus damas, criados de sus criados. Tomadlo todo, usurpadlo todo; desparramad luego el dinero á manos llenas, levantad baterías de cañones; alzad horcas, encended hogueras; promulgad leyes, edictos; multiplicadlos espías, los soldados, los verdugos, las cárceles, las cadenas; ¡pobres hombrecillos! ¿qué vale todo eso? Ni seréis mas bien servidos, ni siéndonos robados, ni ménos engañados, ni mas absolutos. Siempre repetiréis, «querémos;» y haréis siempre lo que otros quieran.

El único que hace su voluntad es el que para hacerla no necesita poner los brazos de otro al cabo de los suyos; de donde se colige que no es el mas apreciable de los bienes la autoridad, sino la libertad. El hombre verdaderamente libre solo quiere lo que puede, y hace lo que le acomoda. Esta es mi máxima fundamental; trátese de aplicarla á la infancia, y verémos derivarse de ella todas las reglas de educacion.

No solamente ha hecho la sociedad mas flaco al hombre, quitándole el derecho que tenia, en sus propias fuerzas, sino mas especialmente haciendo que sean estas insuficientes; por eso se multiplican sus deseos con su flaqueza; y eso es lo que constituye la de la infancia, comparada con la edad adulta. Si es el hombre un ser fuerte, y el niño uno flaco, no es porque tiene el primero mas fuerza absoluta que el segundo, sino porque naturalmente puede el primero bastarse á sí propio, no así el segundo. Así el hombre debe tener mas voluntades, y mas voluntariedades el niño; y por voluntariedad

entiendo yo todos aquellos deseos que no son verdaderas necesidades, y que solo con auxilio ageno puede satisfacer.

He explicado la razon de este estado de flaqueza la naturaleza la ha remediado Con el cariño de los padres y las madres; pero puede este cariño tener su esceso, su defecto, y sus abusos. Los padres que viven en el estado civil, colocan en él á su hijo ántes que sea tiempo, y aumentando sus necesidades: acrecientan en vez de aliviarla, su flaqueza. Tambien la acrecientan exigiendo de él lo que no exigia la naturaleza; sujetando á las voluntades de ellos la poca fuerza que tiene el niño para hacer la suya propia, y convirtiendo por una parte y otra en esclavitud la recíproca dependencia en que retiene á él su flaqueza, y ellos su cariño.

Sabe permanecer el sabio en su lugar; pero el niño que no conoce el suyo, tío se puede mantener en él. En nuestros países baila mil salidas para zafarse, y no es fácil tarta para los que le gobiernan el retenerle en él. No debe ser bruto, ni hombre, sino niño; es necesario que reconozca su flaqueza, y no que padezca por ella; es necesario que dependa, no que obedezca; que pida, y no que mande. Solo á causa de sus necesidades esta sujeto á los demas, y porque mas bien que él ven lo que le conviene, lo que á su conservacion puede contribuir ó perjudicar. Nadie, ni aun su padre, tiene derecho para mandar á un niño lo que de ningun provecho le sea.

Antes que las preocupaciones y las instituciones alteren nuestras inclinaciones naturales, la felicidad de los niños consiste, así como los hombres, en el uso de su libertad; pero sola en los primeros la limita su flaqueza. Aquel que hace lo que quiere es feliz si á sí propio se basta, que es el caso del hombre que vive en el estado natural. Los niños, aun en este estado, solo gozan una libertad aparente, semejante á la que en el civil disfrutan los hombres. No pudiendo cada uno de nosotros vivir sin los demas, se torna otra vez miserable y flaco. Fuimos criados para ser hombres; las leyes y la sociedad nos han vuelto á sumir en la infancia. Los ricos, los grandes, los reyes, todos son unos niños que viendo con cuanto anhelo alivian su miseria, por esto mismo se envanecen; y viven ufanos de la solicitud que no tendrian con ellos si fueran hombres formados.

Son muy importantes estas consideraciones, y sirven para resolver todas las contradicciones del sistema social. Dos especies hay de dependencias: la de las cosas, que nace de la naturaleza; y la de los hombres, que se debe á la

sociedad. Como la dependencia de las cosas carece de toda moralidad, no perjudica á la libertad, ni engendra vicios; y como la de los hombres es desordenada [24], los engendra todos, y en virtud de ella se depravan recíprocamente el amo y el esclavo. Si algun medio hay de remediar esta dolencia de la sociedad, se vincula en sustituir la ley al hombre, y en armar las voluntades generales con una fuerza real, mayor que la accion de toda voluntad particular. Si fuera dable que las leyes de las naciones tuvieran, como la de la naturaleza, una inflexibilidad que no pudiera vencer ninguna fuerza humana, tornaria la dependencia de los hombres á ser lo de las cosas; en la república se reunirian todos los beneficios del estado natural con los del civil; y á la libertad que mantiene al hombre exento de vicios, se agregaria la moralidad que le encumbra á la virtud.

Mantened al niño en sola la dependencia de las cosas, siguiendo en los progresos de su educacion el órden de la naturaleza. Nunca presenteis á sus livianas voluntariedades obstáculos que no sean físicos, ni castigos que no procedan de sus mismas acciones; sin prohibirle que haga daño, basta con estorbárselo. En vez de los preceptos de la ley, no debe seguir mas que las lecciones de la esperiencia ó de la impotencia. Nada otorgueis á sus deseos porque lo pide, sino porque lo necesita; ni sepa cuando obra él, qué cosa es obediencia, ni imperio cuando por él obran. Reconozca igualmente su libertad en sus acciones que en las vuestras. Suplid la fuerza que le falta, justamente cuanto fuere necesario para ser libre, no imperioso, y aspire, recibiendo vuestros servicios con cierto género de desaire, á que llegue el tiempo que pueda no necesitarlos, y tenga la honra de servirse á sí propio.

Para fortalecer el cuerpo y hacer que crezca, tiene la naturaleza medios que nunca deben ser resistidos. No se ha de violentar a un niño que se esté quieto cuando quiere andar, ó á que ande cuando se quiere estar quieto. Cuando por culpa nuestra no sé ha estragado la voluntad de los niños, nada quieren sin motivo es menester que salten, corran y griten cuando tengan gana; todos sus movimientos necesidades de su constitucion que procura fortalecerse, pero debemos desconfiamos de lo que desean, sin poderlo ejecutar por sí propios, y que están obligados otros á hacer por ellos: entónces se ha de distinguir escrupulosamente la verdadera necesidad, la necesidad natural, de la de antojo que empieza á nacer, ó de la que solo procede de la superabundancia de vida de que he hablado.

Ya he dicho lo que se ha de hacer cuando llora un niño para alcanzar esto ó lo otro: solo añadiré que así que puede pedir lo que quiero con la lengua, y para que se lo den mas presto, ó para vencer una repulsa, apoya con llantos su solicitud, se le debe negar insensiblemente. Si la necesidad le ha hecho que hable, vos debeis saberlo, y al instante hacer lo que pide; pero ceder algo á sus lagrimas, es oscilarle ó que las vierta, enseñarle á que dude de vuestra buena voluntad, y á que crea que mas puede con vos la importunidad que la benevolencia. Si cree que no sois bondoso, en breve será él malo; si cree que sois débil, será en breve terco; así conviene otorgar siempre á la primera señal lo que no se le quiere negar. Sed parco en vuestras repulsas, pero nunca las revoqueis. Guardaos con especialidad de enseñar al niño vanas fórmulas de cortesía, que cuando sea necesario, le sirvan de palabras mágicas para sujetar á sus voluntades á todos cuantos anden á su lado, y conseguir al instante lo que le acomode. En la etiquetera educacion de los ricos no se omite nunca el hacerlos cortésmente imperiosos, prescribiéndoles los términos que han de usar para que nadie se atreva á resistirles; no estilan sus hijos tono ni circunlocuciones de quien pide; son igualmente ó mas arrogantes cuando ruegan que cuando mandan, como que están mas ciertos de que los obedezcan. Luego se echa de ver que en boca de ellos, *hágame Vm. favor,* quiere decir *me de gana, y suplico á Vm., mando á Vm.,* ¡Cortesía admirable que pára en mudar el significado de las palabras, y no poder hablar, como no sea en estilo imperativo. Por mí que temo ménos la descortesía en Emilio que la arrogancia, mas quiero que diga rogando, *haz esto,* que mandando, *te ruego;* que no es el término de que se vale lo que me importa, sino la significacion que le da.

Hay un esceso de rigor, y otro de indulgencia, que deben huirse igualmente. Si dejais que padezcan los niños, aventurais su salud y su vida, los haceis actualmente miserables; si los preservais con sobrado esmero de todo género de desazon, les preparais grandes miserias, los haceis delicados, sobrado sensibles; los sacais del estado de hombres, al cual, á despecho vuestro, volverán un dia. Por no esponerlos á algunos males de la naturaleza, sois artífice de los que esta no les ha dado. Diréisme que incurro yo en el caso de aquellos malos padres á quienes afeaba que sacrificasen la felicidad de sus lujes á la consideracion de un tiempo remoto, que puede no venir nunca. No, es así; porque la libertad que doy á mi alumno, le resarce con usura de las leves incomodidades á que dejo que se esponja. Veo á unos tunantillos jugando con la nieve, cardenos, arrecidos, y que apénas pueden

menear los dedos: en su mano está el irse á calentar, y no lo hacen; si los precisasen á ello cien veces mas sentirian el rigor del apremio, que sienten el del frio. ¿Pues de qué os quejais? ¿Hago miserable á vuestro hijo, no exponiéndole á otras incomodidades que las que él quiere padecer? Le hago feliz en el instante actual dejándole libre, y le preparo á que lo sea en lo venidero armándole contra los males que debe sufrir. Si le diesen á escoger entre ser alumno vuestro ó mio, ¿pensais qué vacilaria un instante?

¿Se concibe posible que un ser fuera de su constitucion goce alguna dicha verdadera? ¿No es sacar á un hombre de su constitucion, querer eximirle absolutamente de todos los males de su especie? Sí; yo sustento que para sentir los grandes bienes, es necesario que conozca los males leves: esa es su naturaleza. Si va sobrado bien lo físico, se corrompe lo moral. Aquel que no conociese el dolor, ni conoceria la ternura de la unanimidad, ni la suavidad de la conmiseracion; con nada se moveria su pecho; no seria sociable, seria un monstruo entre sus semejantes.

¿Sabeis cual es el medio mas seguro de hacer miserable á vuestro hijo? Acostumbrarle á salirse con todo, porque como crecen sin cesar sus deseos con la facilidad de satisfacerlos, tarde ó temprano os precisara, mal que os pese, la impotencia á venir á una repulsa; y no estando acostumbrado, le causará esta mas tormento que la privacion de lo mismo que desea. Primero querrá el baston que llevais; luego pedirá vuestro relox; querrá despues el pájaro que vuela, la estrella que ve brillar; querrá todo cuanto vea; ¿y á ménos de ser Dios, como lo habeis de contentar?

Hay una disposicion natural en el hombre da reputar suyo todo cuanto esta en su poder. En este sentido es verdadero, hasta cierto punto, el principio de Hobbes; multiplíquense con nuestros deseos los medios de satisfacerlos, y se hará cada uno dueño de todo.

Así el niño á quien basta con querer para alcanzar, se cree árbitro del universo, reputa esclavos suyos a todos los hombres; y cuando al fin se ven en la precision de negarle algo, él, que cree que todo es posible cuando da órdenes, contempla esta repulsa como acto de rebelion; á su modo de ver, todas las razones qué se le dan en una edad incapaz de raciocinar, son meros pretestos; en todo ve mala voluntad; y exasperada su índole con la idea de una pretensa injusticia, coge odio a todo el mundo, y sin agradecer nunca la condescendencia, se indigna con toda oposicion.

¿Como he de creer yo que un niño enseñoreado así de la rabia, y devorado de las mas irascibles pasiones, pueda ser nunca feliz? ¡Feliz él! es un déspota; es á la par el mas vil de los esclavos, y la mas miserable de las criaturas. Niños he visto yo educados de esta manera, que querian que derribaran de un empujon una casa, que les dieran la veleta que estaba en lo alto de una torre, que parasen la marcha de un regimiento para oir mas tiempo los tambores, y que hendian el aire con sus gritos, sin querer escuchar á nadie, así que tardaban en complacerlos. En vano se esforzaban todos á contentarlos; irritándose sus deseos con la facilidad de alcanzarlos, se empecían en cosas imposibles, sin hallar en todas partes mas que contradicciones, estorbos, penas y dolor. Riñendo siempre, siempre rabiando, siempre revoltosos, el dia se les iba en gritar y lamentarse. ¿Eran unos seres venturosos? Reunidas la flaqueza y la dominacion, solo engendran miseria y locura. De dos criaturas mimadas, la una aporrea la mesa, y la otra manda azotar la mar; mucho que aporrear y que azotar tendrán ántes de vivir contentos.

Si desde su infancia los hacen miserables estas ideas de imperio, ¿qué será cuando lleguen á grandes, y empiecen á dilatarse y multiplicarse sus relaciones con los demos hombres? Acostumbrados á ver que todo cede en su presencia, ¿cuanto estrañan, cuando entran en el tirando, ver que todo se les resiste, y bailarse estrujados con el peso de este universo que pensaban mover á su antojo? Sus insolentes ademanes, su pueril vanidad, solo les acarrean mortificaciones, destellos, y escarnio; beben agravios como agua; presto pruebas crueles les enseñan que ni conocen su estado ni sus fuerzas: no pudiéndolo todo, creen que nada pueden. Tanto desusado estorbo los desalienta; les envilecen tantos desprecios; se tornan cobardes, medrosos, soeces, y caen tanto mas bajo que su condicion, cuanto mas arriba que ella se habían encumbrado.

Volvamos á la primitiva regla. La naturaleza formó a los niños para que fuesen amados y socorridos; ¿pero los formó acaso para que los acatasen y temiesen? ¿Les dió el ademan tremendo, el mirar severo, la voz áspera y amenazadora para que infundieran miedo? Bien comprendo que el rugido de un leon ponga pavor á los animales, y que tiemblen al ver su terrible melena; pero si se vió alguna vez un espectáculo indecente, odioso, risible, es el que presenta un cuerpo ele magistrados, con su jefe al frente, en trago de

ceremonia, postrados ante un niño en mantillas perorándole en pomposos periodos, y él en respuesta llora y babea.

Contemplando en sí misma la infancia. ¿hay en el orbe un ser mas flaco, mas miserable, mas á merced de cuanto tiene cerca, que mas necesite piedad, solicitud y amparo, que un niño? ¿No parece que si tiene tan grato semblante, y tan cariñoso ademan, es solo para que todo cuanto á él se acerque tome parte en su debilidad, y anhele por socorrerle? ¿Pues qué cosa hay mas repugnante, mas contraria al órden, que ver á un niño imperioso y de mala condicion dar ordenes á todo cuanto le rodea, y tomar con descaro el tono de amo con aquellos á quienes basta abandonarle para que él perezca?

Por otra parte, ¿quien no ve que la flaqueza de la edad primera en tantas maneras encadena al niño, que es inhumanidad añadir á esta sugestiona nuestros antojos, privándole de una libertad tan limitada, ele que tan poco abuso puede hacer, y de que tan inútil para él como para nosotros es privarle? Si no hay objeto que sea tan digno de mofa coma un niño altanero, tampoco le hay que merezca tanta lástima como un niño medroso. Puesto que con la edad de razon empieza la servidumbre civil, ¿para qué es hacer que preceda á ella la servidumbre privada? Consintamos que haya un instante de la vida exento de este yugo que no nos impuso la naturaleza, y dejemos á la infancia el uso de la libertad natural, que, á lo ménos la desvía por un tiempo, de los vicios que en la esclavitud se contraen. Vengan esos institutores severos, esos padres esclavos de sus hijos; vengan unos y otros con sus frívolas objeciones; mas ántes de alabar sus métodos, escuchen y aprendan el de la naturaleza.

Vuelvo á la práctica. Ya he dicho que nada se le debe dar á vuestro hijo porque lo pide, sino porque lo necesita ([25]), y que no debe hacer nada por obediencia sino solo por necesidad; de suerte que las voces obedecer y mandar se proscribirán de su diccionario, y mas todavía las de obligacion y deber; pero las de fuerza, necesidad, impotencia y apremio, deben ocupar mucho lugar. Antes de la edad de razon no es posible tener idea ninguna de los seres morales, ni las relaciones sociales; por tanto se ha de evitar, cuanto dable fuere, el uso de las voces que las espresan, no sea que el niño aplique al punto ó estas voces ideas falsas, que luego no sabremos; ó no podremos destruir. La primera falsa idea que en su cabeza halle entrada es la semilla del error y el vicio; por tanto es necesario poner mucha atencion en este,

primer paso. Haced que miéntras que solo le muevan las cosas sensibles, todas sus ideas se paren en las sensaciones; haced que solo distinga por todas partes en torno de sí el mundo físico; de lo contrario, estad cierto de que no os prestará oido, ó de que se hará del mundo moral de que le hablais nociones fantásticas, que no podreis horrar en su vida.

Discurrir con los niños era la grande máxima de Locke, y hoy es la mas usual; pero me parece que no es el fruto que de ella se saca lo que debe hacerla muy apreciable, y yo por mí no veo cosa mas tonta que esos niños con quienes tanto han discurrido entre todas las facultades del hombre, la razon, que, por decirlo así es un compuesto de todas las demas, es la que con mas dificultad y lentitud se desenvuelve; ¡y de ella se quieren valer para desenvolver las primeras! La obra maestra de una buena educacion es formar un hombre racional; ¡y pretenden educar á un niño por la razon! Eso es empezar por el fin, y querer que la obra sea el instrumento. Si los niños escuchasen la razon, no necesitarian que los educaran; pero con hablarles desde su edad mas tierna una lengua que no entienden, los acostumbran á contentarse con palabras, á censurar todo cuanto les dicen, á tenerse por tan sabios como sus maestros, á hacerse ergotistas y revoltosos; y todo cuanto de ellos piensan alcanzar por motivos de razon, nunca lo alcanzan sino por los de codicia, miedo, ó vanidad, que siempre hay precision de juntar con ellos.

Esta es la fórmula á que con corta diferencia se pueden reducir todas las lecciones de moral que se dan y pueden darse á los niños:

EL MAESTRO.

No se debe hacer eso.

EL NIÑO.

¿Y porqué no se debe hacer?

EL MAESTRO.

Porque es mal hecho.

EL NIÑO.

¡Mal hecho! ¿Qué es mal hecho?

EL MAESTRO.

Lo que te prohiben.

EL NIÑO.

¿Y porqué es malo hacer lo que me prohiben?

EL MAESTRO.

Te castigarán por no haber obedecido,

EL NIÑO.

Yo lo haré de manera que no lo sepan.

EL MAESTRO.

Te acecharán.

EL NIÑO.

Me esconderé.

EL MAESTRO.

Te lo preguntarán.

EL NIÑO.

Mentiré.

EL MAESTRO.

No se debe mentir.

EL NIÑO.

¿Porqué no se debe mentir?

EL MAESTRO.

Porque es mal hecho, etc.

Este círculo es inevitable: sálgase de él, y el niño no os entiende. ¿No son útilísima estas instrucciones? Mucho celebraria saber con qué se puede sustituir este diálogo; el mismo Locke se hubiera visto atascado. Conocer el bien y el mal, penetrarse de la razon de las obligaciones humanas, no es negocio de un niño.

La naturaleza quiere que los niños, ántes de ser hombres, sean niños. Si queremos pervertir este órden, produciremos frutos precoces que no tendrán madurez ni gusto, y que se pudrirán muy breve; tendremos doctores muchachos y viejos niños. Tiene la infancia modos de ver, pensar, y sentir, que le son peculiares; no hay mayor desatino que querer sustituirles los nuestros; tanto monta exigir que tenga un niño dos varas de alto; como razon de diez años. Y efectivamente ¿para qué le aprovecharia en su edad? Es la razon el freno de la fuerza, y el niño no necesita ese freno.

Probándoos á persuadir á vuestros alumnos la obligacion de la obediencia, con esta pretensa persuasion unis las amenazas y la fuerza, ó lo que es peor, las promesas y los alhagos; de suerte que movidos del cebo del interes, ó del apremio de la fuerza, fingen que los ha convencido la razon. Muy bien ven que les trae utilidad la obediencia, y detrimento la rebeldía, así que venís en conocimiento de una ó de otra; pero como todo cuanto les mandais es enfadoso para ellos, y siendo por otra parte siempre cosa penosa hacer la voluntad agena, se esconden para hacer la suya, convencidos de que hacen bien si queda oculta su in obediencia, pero resueltos á confesar que hacen mal, si los descubren, por temor de un mal mas grave. Como la razon de obligacion es de los alcances de esta edad, nadie hay en el mundo que ge la pueda hacer verdaderamente palpable ¡pero el temor del castigo, la esperanza del perdon, la importunidad, el atollamiento de responder, les sacan todas las confesiones que les piden, y creen que los han convencido cuando no han hecho mas que intimidarlos ó fastidiarlos.

¿Qué resulta de esto? Lo primero, que imponiéndoles una obligacion de que no están convencidos, los exasperais contra vuestra tiranía, y los re-

traeis de que os tengan cariño; que los enseñais á que se hagan disimulados, falsos, embusteros, para sonsacar recompensas ó evitar castigos; finalmente, que acostumbrándolos á encubrir siempre con un motivo aparente otro secreto, vosotros mismos les franqueais medios para que sin cesar os engañen, os impidan que conozcais su verdadero carácter, y os satisfagan con palabras vanas, cuando se presente la ocasion. Las leyes, me diréis, aunque obligatorias para la conciencia, usan tambien de apremio con los hombres adultos. Convengo en ello. ¿Pero quién son esos hombres, sino unos niños estragados polla educacion? Eso justamente es lo que se ha de precaver. Valeos de la fuerza con los libios y de la razon con los hombres; ese es el órden natural: el sabio no necesita leyes.

Tratad á vuestro alumno conforme á su edad; ponedle desde luego en su lugar, y retenedle en él de manera que no haga tentativas para salir de su puesto. Entónces será práctico en la leccion mas importante de la sabiduria, ántes de saber lo que es esta. No le mandeis nunca nada de cuanto hay en el mundo, absolutamente nada, ni dejeis que se imagine siquiera que pretendais tener en él autoridad ninguna; solo, si, sepa que es débil y vos sois fuerte; que por su osado y el vuestro necesariamente está á merced de vos; sépalo, apréndalo, y siéntalo; sienta cuanto ántes sobre su altiva cabeza el duro yugo á que sujeta la naturaleza al hombre, el pesado yugo de la necesidad, bajo el cual es fuerza que todo ser finito se rinda; vea esta necesidad en las cosas, y nunca en el capricho de los hombres [(26)]; sea el freno que le contenga la fuerza, y no la autoridad. No le vedeis las cosas de que deba abstenerse; estorbadle que las haga, sin esplicacion ni raciocinio; lo que le concedais, concedédselo á la primera palabra que diga, sin importunidades, sin ruegos, y mas que todo sin condicion. Conceded con gusto, y no negueis sin repugnancia; pero sean irrevocables todas vuestras repulsas; no os doble importunidad ninguna, sea el *no* dicho un muro de bronce contra el cual apénas haya el niño probado cinco ó seis veces sus fuerzas, que no se empeñará mas en echarle por tierra.

Así le haréis sufrido, sereno, resignado, sosegado, aun cuando no baya alcanzado lo que queria, porque es natural al hombre sufrir con paciencia la necesidad de las cosas, mas no la mala voluntad agena. Estas palabras, *no hay mas,* son una respuesta que nunca enfadó á niño ninguno, á ménos que sospechase que era mentira. En cuanto á lo demas; aquí no hay medio; es necesario ó no exigir de él nada absolutamente, ó doblegarle desde el prin-

cipio á la mus entera obediencia. La educacion peor es dejarle que fluctúe entre su voluntad y la vuestra, y que disputeis sin cesar de vos á él cual de los dos ha de ser el amo: mas quisiera que lo fuera él siempre.

Cosa muy estraña es que desde que se ocupan los hombres en la educacion de los niños, no hayan imaginado otros instrumentos para conducirlos que la emulacion, los zelos, la envidia, la vanidad, la ania el miedo vil, todas las pasiones mas peligrosas, las que mas presto fermentan, y las mas capaces de corromper el alma, aun ántes de que esté formado el cuerpo á cada instruccion precoz que quieren introducir en su cabeza, plantan un vicio en lo interior de su corazon; desatinados institutores piensan que lo aciertan de primor, cuando los hacen malos por enseñarles que sea la bondad, y luego nos dicen con magistral gravedad: ese es el hombre. Sí; ese es el hombre que vosotros habeis formado.

Todos los instrumentos se han probado ménos uno, precisamente el único que pueda surtir efecto, la libertad bien arreglada. No conviene que se encargue de educar un niño quien no le sepa conducir adonde quiera, por solas las leyes de lo posible y lo imposible. Como igualmente ignorala esfera de lo uno y lo otro, se ensancha ó se estrecha esta en torno de él, conforme uno quiere. Con solo el vínculo de la necesidad, sin que se disguste, se le encadena, se le empuja, ó se le contiene; con sola la fuerza de las cosas, se le torna dócil y manejable, sin dar introduccion al germen de vicio ninguno, porque las pasiones nunca se animan, cuando ningun efecto producen.

No deis á vuestro alumno leccion verbal de ninguna especie, que solo la esperiencia debe ser su maestra; ni le impongais género ninguno de castigo, porque no sabe qué cosa sea cometer culpa; ni le hagais nunca que pida perdon; porque no puede ofenderos. Privado de toda moralidad en sus acciones, nada puede hacer que sea moralmente malo, ni que merezca reprension ó castigo.

Ya veo al lector que asustado juzga de este niño comparándole con los nuestros, y se engaña. El perpetuo apremio en que teneis á vuestros alumnos exalta su vivacidad; cuanto mas encogidos están en vuestra presencia, mas alborotados son así que se escapan, porque es preciso que se rezaran, cuando puedan, del duro encogimiento en que os reteneis. Mas estrago causan en un lugar dos estudiantes de la ciudad, que todos los mozos del pueblo. Encerrad á un caballerato y á un lugarcillo en un cuarto; el primero

lo derribará, lo romperá todo, ántes que el otro se salga de su sitio. ¿Porqué así, si no es porque el uno se da priesa á abusar de un instante de licencia, miéntras que el otro cierto siempre de su libertad, nunca tiene prurito de hacer uso de ella? No obstante contemplados, ó violentados muchas veces los hijos de los aldeanos, todavía se hallan muy distantes del estado en que quiero yo que se crien.

Sentemos como máxima incontestable, que siempre son rectos los movimientos primeros de la naturaleza: no hay perversidad original en el pecho humano; no se halla en él ni un vicio solo que no se pueda decir como y por donde se introdujo. La única pasion natural del hombre es el amor de sí mismo, ó el amor propio tomado en sentido lato. Este amor propio en sí, ó relativamente á nosotros, es útil y bueno; y como no tiene necesaria relacion con otro en este respecto, es naturalmente indiferente: solo por la aplicacion que de él se hace y las relaciones que se le dan, se torna bueno ó malo. Hasta que pueda encenderse la antorcha del amor propio, que es la razon, conviene que no haga nada un niño, porque le ven ó le oyen, en una palabra nada con respecto á los demas, sino solo lo que le dicte la naturaleza; y entónces no hará cosa que no sea buena. No quiero yo decir que nunca haga estrago, que no se haga mal, que no rompa acaso un mueble rico, si se encuentra á mono. Pudiera hacer mucho mal, sin obrar mal, porque la accion mala pende de la intencion de causar daño, y él no tendrá nunca tal intencion. Si una vez sola la tuviese, todo estaría ya perdido, y seria malo casi sin remedio.

Tal cosa es mala en dictámen de la avaricia, que no lo es en el de la razon. Dejando á los niños con entera libertad de ejercitar su atolondramiento, conviene desviar de ellos todo cuanto pudiera hacerle costoso, y no dejarles á la mano cosa ninguna frágil y preciosa. Alhájese su estancia con muebles toscos y sólidos, sin espejos, ni porcelanas, ni efectos de lujo. En cuanto á mi Emilio, que educo en el campo, no habrá en su cuarto nada que le distinga del de un jornalero. ¿Que sirve adornarle con tanto esmero, cuando debe estar tan pocos ralos en él? Pero me equivoco; él mismo le adornará, y en breve veremos con que.

Si, no obstante vuestras precauciones, sucediere que cometa el niño algun desden, que rompa alguna pieza útil, no le castigueis por la negligencia vuestra; no le riñais; no oiga ni una palabra de reprension; no le dejeis ni columbrar siquiera que os ha dado un sentimiento; portaos exactamente

como si se hubiera roto el mueble por acaso; finalmente, creed que no habreis logrado poco, si podeis no decirle nada.

¿Me atreveré á esponer aquí la regla mas grande, la mas importante, y la mas útil de toda la educacion? Pues no es el ganar tiempo, sino el perderle. Lectores vulgares, perdonadme mis paradojas; fuerza es que las haga quien reflexiona; y dígase lo que se quiera; vale mas ser hombre paradójico que hombre preocupado. El intervalo mas peligroso de la vida humana es el del nacimiento hasta la edad de doce años: que es el tiempo en que brotan los errores y los vicios, sin que haya todavía instrumento ninguno para destruirlos; y cuando viene el instrumento, son tan hondas las raices, que no es ya tiempo de arrancarlas. Si dieran los niños un salto repentino desde el pecho de sumadle hasta la edad de razon, pudiera convenirles la educacion que les dan; pero, segun el progreso natural, es menester una en todo opuesta. Seria necesario que no se valiesen de su alma hasta que poseyese esta tocias sus facultades, porque, es imposible que vea la antorcha que le presentais cuando está ciega, y que en la inmensa llanura de las ideas siga una senda que la razon señala con casi imperceptibles rasgos aun para los ojos mas linces.

Así la educacion primera debe sér meramente negativa. Consiste no en ensenar la virtud ni la verdad, sino en preservar de vicios el corazon, y de errores el ánimo. Si pudierais no hacer nada, ni dejar hacer nada; si pudierais traer sano y robusto á vuestro alumno hasta la edad de doce años, sin que supiera distinguir su mano derecha de la izquierda, desde vuestras primeras lecciones se abririan los ojos de su entendimiento á la razon; sin resabios ni preocupaciones, nada habria en él que se pudiese oponer á la eficacia de vuestros afanes. En breve se tornaria en vuestras manos el mas sábio de los hombres; y no haciendo nada al principio, hariais un portento de educacion.

Obrad en todo al reves de lo que se usa, y casi siempre hareées y los maestros no ven la hora de enmendar, corregir, reprender, acariciar; amenazar, prometer instruir, hablar en razon. Haced cosa mejor; sed racional; y no raciocineis con vuestro alumno, con especialidad para hacer que apruebe lo que le desagrada; porque traer al estricto la razon en cosas desagradables, para en hacérsela fastidiosa, y desacreditarla muy de temprano en un alma que todavía no os capaz de entenderla. Ejercitad su cuerpo, sus órganos, sus sentidos, sus fuerzas; pero mantened ociosa su alma cuanto mas tiempo fuere posible. Temed todos los efectos anteriores al juicio que los valúa.

Contened, parad las impresiones que le vengan de fuera; y por estorbar que nazca el mal, no os acelereis á producir el bien, porque nunca es tal cuando no le alumbra la razon. Reputad á ventaja todas las dilaciones, que no es grangear poco el adelantar ácia el término sin perder nada; dejad que maduro la infancia en los niños. Finalmente, si se hiciere necesaria alguna leccion, guardaos de dársela hoy, si podeis dilatarla sin riesgo basta mañana.

Otra consideracion que confirma la utilidad de este método, es la de la índole particular del niño, que es necesario conocer bien para saber qué régimen moral le conviene. Cada espíritu tiene su forma peculiar, segun la cual necesita ser gobernado; y para sacar fruto de los afanes que se toman, importa gobernarle por esta forma y no por otra. Hombre prudente, acecha por mucho tiempo la naturaleza, observa bien á tu alumno ántes que le digas una palabra, deja que primero con entera libertad se manifieste el germen de su carácter, no le violentes en cosa ninguna para verle mas bien todo entero. ¿Piensas que es perdida para el niño esta época de libertad? Por el contrario, es la mas bien empleada, porque así apremies tú á no perder un punto solo en tiempo mas precioso, en vez que si empiezas á obrar ántes que sepas lo que es menester hacer, obrarás á la aventura; espuesto á engañarte, tendrás que volver atras, y te hallarás mas lejos de la meta, que si le hubieras dado ménos priesa á tocarla. No hagas como el avaro, que pierde mucho por no querer perder nada. Sacrifica en la edad primera un tiempo que volverás á ganar con usura en edad mas avanzada. El médico prudente no da con atolondramiento sus remedios desde la primera vista: primero que recete algo al doliente, estudia bien su temperamento; empieza tarde á curarle, pero le sana, miéntras que el que se precipita mucho le mata.

¿Pero donde pondrémos á este niño para educarle así, como un ser insensible, como un autómata? ¿Le colocarémos en el globo de la luna, ó en una isla desierta? ¿Le apartaremos de todos los humanos? ¿No le ofrecerá continuamente el mundo el espectáculo y el ejemplo de las pasiones? ¿Se verá nunca otros niños de su tiempo? ¿No verá á sus parientes, á sus vecinos, á su nodriza, á su ama, á su lacayo, á su mismo ayo, que al cabo no ha de ser un ángel?

Fuerte es y sólida esta objecíon. ¿Pero os he dicho yo que fuese fácil empresa la de una educacion natural? ¡O hombres! ¿es culpa mia si habeis hecho dificultoso todo cuanto es bueno? Conozco estas dificultades, las con-

fieso, y acaso son insuperables; pero siempre es cierto que aplicándose á obviarlas, se obvian hasta cierto punto. Yo señalo la meta adonde debe dirigirse la carrera; no digo que se pueda. llegar á ella, pero sí que el que mas se acerque sacará mas ventajas.

Acordaos de que ántes de acometer la empresa de formar un hombre, es mantener haberse uno mismo hecho hombre, y hallar en si propio el ejemplo que se debe proponer. Miéntras que no tiene todavía conocimiento el niño, hay tiempo para disponer todo cuanto á él se acerco, de manera que no se presenten á sus primeras miradas otros objetos que los que le conviene ver. Haceos respetar de todo el mundo; empezad haciéndoos querer, pava que procure cada uno complaceros. No sereis árbitro del niño, si no lo sois de todo cuanto le rodea; y nunca será esta autoridad suficiente, si no va cimentada en la estimacion de la virtud. No se trata de apurar su bolsillo y esparcir dinero á manos llenas; nunca he visto que el dinero hiciese bien quisto á nadie. No ha de ser uno avaro ni duro, ni ha de compadecer la miseria que puede aliviar; pero es en balde abrir las arcas, si no se abre tambien el corazon, el de las damas permanecerá cerrado. Vuestro tiempo, vuestra solicitud, vuestro afecto, vos mismo, eso es lo que habeis de dar, porque, aunque mas hagais, se echa de ver que vuestro dinero no sois vos. Prendas hay de interes y benevolencia que son mas eficaces, y realmente mas provechosas que todas las dádivas. ¡Cuantos desventurados, y enfermos, mas que limosna necesitan con consuelo!; cuantos oprimidos á quienes mas sirve la proteccion que el dinero! Poned en paz las personas que se malquistan, precaved los pleitos; amonestad á los hijos de sus obligaciones, á los padres de la indulgencia; promoved matrimonios felices, estorbad las vejaciones; usad con prodigalidad del crédito de los parientes de vuestro alumno, amparando al flaco á quien niegan justicia; y que oprime el poderoso. Declaraos firme sustento de los desdichados. Sed justo, humano, benéfico: no hagais solo limosnas, haced caridad; mas alivian las obras de misericordia que el dinero. Amad á los otros, y es amarán; servidlos, y os servirán; sed; hermano suyo, y serán hijos vuestros.

Esta es otra razon porque yo quiero educar á Emilio en el campo, lejos de la canalla de criados, los últimos de los humanos despues de sus amos; lejos de las depravadas costumbres de las ciudades, que el pulimentado barniz que les dan hace atractivas y contagiosas para los niños; en vez de que los vicios de los jornaleros, sin ornato y con toda su selvática rusticidad, mas

son que para seducir para dar en rostro, cuando no se saca fruto de imitarlos.

En una aldea será mas árbitro el ayo de los objetos que quiera presentar al niño; su reputacion, sus palabras, y su ejemplo tendrán una autoridad que no pudieran tener en la ciudad: como es útil á todo el mundo, todos anhelarán por complacerle, por hacerse estimar de él, por presentarse al discípulo, como quisiera en efecto el maestro que fuesen; y si no se enmiendan del vicio se abstendrán del escándalo, que es todo cuanto para nuestro objeto necesitamos.

Cesad de achacar á los demas vuestros propios yerros; ménos corrompe á los niños el mal que ven, que el que vosotros les enseñais. Sermoneando siempre, moralizando siempre, y siempre pedantes, con una idea que les sugereis creyendo que es buena, les dais otras veinte que nada valen; llenos de lo que teneis en la cabeza, no veis que efecto produzcas en la suya, ¿En todo ese copioso flujo de palabras con que sin cesar los enfadais, creeis que no haya una que entiendan trastocadamente. ¿Pensais que no comenten á su modo vuestras difusas esperiencias, y no hallen materia para formar un sistema á su alcance, que cuando llegue el lance, sepan oponeros?

Escuchad á uno de estos hombrecillos que acaban de aleccionar; dejadle charlar, proponer cuestiones, desbarrar á su sabor, y vais á pasmaros del estrado giro que á vuestros raciocinios ha dado en su cabeza; todo lo confunde, todo lo trastrueca, os impacienta, y os aflige á veces con imprevistos reparos; os fuerza á que os calleis, ó le hagais callar: ¿y qué puede pensar de este silencio de un hombre que tanto se perece por hablar? Si una vez alcanza este triunfo, y lo conoce, á Dios educacion; en este punto todo se acabó; ya no procura instruirse, procura refutaros

Maestros zelosos, sed sencillos, prudentes, circunspectos; no os deis priesa á obrar, como no sea para estorbar que otros obren; recítelo sin cesar, diferid, si es posible, una instruccion buena, por temor de dar una mala. En esta tierra de que hubiera la naturaleza hecho el primer paraiso del hombre, temed no hagais el oficio del tentador, queriendo dar á la inocencia el conocimiento del bien y el mal; no pudiendo impedir que se instruya el niño con los ejemplos que vea, ceñid toda vuestra vigilancia á imprimir en su ánimo estos ejemplos con la imagen que le convenga.

Las pasiones impetuosas producen mucho efecto en el niño que las presencia, porque tienen señales muy sensibles que le hacen mucha impresion, y le fuerzan á poner mucha atencion en ellas. Especialmente la ira es tan estrepitosa en sus arrebatos, que es imposible no conocerla en hallándose cerca. No preguntémos si es esta una ocasion adecuada para un pedagogo de hacer un soberbio discurso. Fuera los soberbios discursos; nada de todo eso, ni una palabra. Dejad hablar al niño atónito con la escena, no dejará de haceros preguntas. Obvia es la respuesta, y sacada de los mismos objetos que han hecho impresion en sus sentidos. Ve un rostro inflamado, ojos que echan fuego, un ademan amenazador; oye gritos, señales todas de que no está el cuerpo en su estado natural. Decidle seriamente, sin afectacion ni misterio: ese pobre hombre esta malo, tiene un rebato de calentura. Aquí podeis aprovechar la ocasion para darle en pocas palabras idea de las enfermedades y sus efectos; porque tambien son cosa natural, y uno de los vínculos de la necesidad á que se debe reconocer sujeto.

¿Es posible que en virtud de esta idea, que, no es falsa, no contraiga desde muy niño cierta repugnancia de entregarse á los escesos de las pasiones que mirará como enfermedades? ¿Creeis que semejante nocion dada en sazon no produzca mas saludables efectos que el mas fastidioso sermon de moral? Ved ahora las consecuencias para lo venidero de esta nocion ya estais autorizado, si alguna vez os veis precisado á ello, á tratar á un niño rabioso como ó un niño enfermo; á encerrarle en su cuarto, en su cama, si fuere necesario; á tenerle á dieta, á asustarle á él mismo con sus nacientes vicios, á hacérselos odiosos y temibles, sin que pueda nunca mirar como castigo la severidad que acaso os vereis precisado á usar para curarle. Y si á vos mismo os sucede en algun momento de vivacidad salir de la frialdad, y la moderacion que con tanto esmero debeis conservar, no procureis encubrirle vuestro yerro; decidle ingenuamente como una cariñosa queja: Amiguito, me has puesto malo.

En cuanto á lo demas, importa que todas los gracias que pueda dictar al niño la sencillez de ideas en que esta criado nunca se anoten en su presencia, ni se citen de manera que pueda él saberlo.

Uno imprudente carcajada de risa puede echar ó perder la faena de seis meses, y causar un irreparable perjuicio para toda la vida. No puedo repetirlo sobrado, que, para ser árbitro del niño, es preciso serlo de sí propio. Me figuro á mi niño Emilio, en la fuerza de una quimera cutre dos vecinas, que

se va á la mas enfurecida, y le dice en tono de compasion: *Vecinita, Vm. esta mala, mucho lo siento*. Ciertamente no quedará sin efecto este arranque en los espectadores, y acaso en las actrices. Sin reirme, sin reñirle, sin elogiarle, me le llevo de grado ó por fuerza ántes que pueda reconocer este efecto, ó á lo ménos ántes que en él piense; y me doy priesa á distraerle con otros objetos que muy presto se le hagan olvidar.

No es mi ánimo detenerme en todas las menudas circunstancias, sino solo sentar las máximas generales, y dar ejemplos en los lances dificultosos. Tengo por imposible que en el seno de la sociedad pueda llegar un niño á la edad de doce años, sin que se le dé alguna idea de las relaciones de hombre a hombre, y la moralidad de las acciones humanas. Basta con esmerarse en que no le sean necesarias estas nociones hasta lo mas tarde que sea posible; y cuando se hayan hecho inevitables, en ceñirlas á la utilidad presente, solo para que no se crea dueño de todo, y no haga mala otro sin escrúpulo y sin saberlo. Caractéres hay blandos y pacíficos, que se pueden conducir sin peligro basta muy léjos en su primera inocencia; pero tambien hay naturales violentos cuya ferocidad se desenvuelve muy temprano, y que es necesario apresurarse á hacerlos hombres, para no verse obligado á encadenarlos.

Nuestras primeras obligaciones son relativas a nosotros; nuestros primitivos afectos se concentran en nosotros mismos; todos nuestros movimientos naturales se refieren primero á nuestra conservacion y á nuestro bienestar. Así que el primer afecto de la justicia no nos viene de la que debemos, sino de la que nos deben; y por eso es uno de los adefesios de las educaciones comunes el hablar siempre de sus obligaciones á los niños, y nunca de sus derechos, empezando por decirles lo contrario de lo que necesitan; cosa que ni pueden entender, y que no puede interesarlos.

Si tuviera pues que conducir á uno de los que acabo de suponer; diria: un niño nunca acomete á las personas sino á las cosas [(27)]; y en breve le enseña la esperiencia á respetar á cuantos tienen mas fuerza y edad; pero las cosas no se defienden á si mismas. Por tanto la primera idea que se le ha de dar no tanto es la de la libertad cuanto la de propiedad; y para poder tener esta idea, es menester que tenga alguna cosa propia. Citarle sus vestidos, sus muebles, sus juguetes, es no decirle nada, porque, si bien dispone de estas cosas, no sabe por qué ni como las pasé. Decirle que las tiene porque se las han ciado, no es adelantar nada, porque para dar es necesario tener: luego hay una propiedad que antecedió á la suya; y lo que se le quiere esplicar es

el principio de la propiedad, ademas de que la donacion es una convencion, y todavía no puede saber el niño que es convencion [28]. Ruégoos, lectores, que noteis en este ejemplo y en otros cien mil, como atestando la cabeza de les niños de palabras que no tienen significacion ninguna á su alcance, creen sin embargo que les han dado instruccion.

Trátase pues de subir al origen de la propiedad, porque de aquí debe nacer la primera idea de ella. El niño que vive en el campo tomará alguna nocion de las faenas rústicas; para esto no se necesitan mas que ojos, y espacio, y él tiene uno y otro. En toda edad, y sobretodo en la suya, quiere el hombre crear, imitar, producir, dar señales de, actividad y potencia. Así que vea dos veces cavar una huerta, sembrar, nacer, crecer los legumbres, ya querrá ser hortelano.

En virtud de los principios arriba establecidos, no me opongo á su deseo; por el contrario le favorezco, tomo parte en él, trabajo con él, no por hacer su gusto, sino por hacer el mio; á lo ménos él lo cree así: yo soy su mozo de huerta; ínterin tiene él brazos, cavo yo la tierra; toma él posesion sembrando un haba; y cierto mas sagrada y respetable es esta posesion que la que de la América meridional tomó Núñez Balboa en nombre del rey de España, plantando su estandarte en las playas del mar del Sur.

Todos los dias venimos á regar las habas, y las vemos nacer con arrebatos de júbilo. Aumento yo esto júbilo diciéndole: *esto te pertenece*; y esplicándoles entónces este término de pertenencia, le hago conocer que ha gastado en este plantío su tiempo, sus faenas, sus penas, finalmente su persona; que en esta tierra hay una cosa que es parte de él mismo, y que puede reclamar contra cualquiera, como pudiera sacar su brazo de la mano de otro hombre que se la tuviera asida contra su voluntad.

Hete, que llega un dia corriendo con la regadera en la mano. ¡O espectáculo, ó dolor! han arrancado todas las habas, toda la tierra está removida, ni aun el sitio es conocido. ¡Ha! ¿qué se ha hecho mi trabajo, la obra mia, el dulce fruto de mis sudores y afanes? ¿Quién me ha robado mi caudal? quién me ha cogido mis babas? Este pecho nuevo se levanta en peso; el sentimiento primero de la injusticia vierte en él su amargura acerosa; corre de sus ojos un raudal de lágrimas; desconsolado el niño llena el viento de gritos y sollozos. Entro yo á la parte de su dolor y su indignacion; indagamos,

nos informamos, hacemos pesquisas; al fin descubrimos que el hortelano ha cometido el daño, y le llamamos.

Mas ahora nos hallamos muy léjos de nuestra cuenta. Sabiendo el hortelano de lo que nos quejamos, empiece á quejarse con nías violencia que nosotros. ¡Con que Vms., Señores, son los que me han echado á perder mi trabajó! Habia sembrado yo unos melones de Valencia, cuyas pepitas me las habian dado como un tesoro; queria regalarles algunos cuando estuvieran maduros; y héteme que por sembrar sus malditas habas, me han arrancado mis melones que ya estaban nacidos, y que nunca podré volver á hacerme con ellos. Me han hecho Vms. un perjuicio irreparable, y se han privado del gusto de comer melones exquisitos.

JUAN-JACOBO.

Perdonemoslo Vm., pobre Roberto; tenia Vm. empleado aquí su trabajo, sus faenas. Bien veo que hemos hecho mal en echar á perder su obra; pero haremos venir otras pepitas de melones de Valencia, y no trabajaremos la tierra ántes de saber sí no ha puesto alguno mano á ella primero que nosotros.

ROBERTO.

Bah, sí es así, Señores, bien pueden Vms. echarse á dormir, porque aquí no hay tierras baldías. Yo trabajo la que benefició mi padre; cada uno hace por su parte lo mismo, y todas las tierras que ven Vms. tienen dueño mucho tiempo hace.

EMILIO.

Señor Roberto, ¿con qué se perderán muchas veces las pepitas de melon?

ROBERTO.

Perdone Vm. que no, niño, porque no tenemos muchos señoritos tan atolondrados como Vm. Nadie toca al jardin de su vecino, y respeta cada uno el trabajo de los demas, para que esté seguro el suyo.

EMILIO.

Pero yo no tengo huerta.

ROBERTO.

¿Qué me importa á mí? Si Vm. me echa á perder la mía, no le dejaré que se pasée en ella, porque, mire, no quiero yo perder mis faenas.

JUAN-JACOBO.

¿No podríamos componernos con el buen Roberto? que nos dé á mi amiguito y á mí un rincon de su huerta para cultivarle, á condicion de que le darémos la mitad de lo que produzca.

ROBERTO.

Yo se le doy á Vms. sin esa condicion. Pero acuérdense de que iré á cavar sus habas, si tocan á mis melones.

En este ensayo sobre el modo de inculcar á los niños las nociones primitivas, vemos como naturalmente la idea de propiedad sube al derecho del primer ocupante por el trabajo. Esto es claro, obvio, saucillo, y siempre al alcance del niño. Desde aquí hasta el derecho de propiedad y las permutas, no falta mas que un paso, dado el cual no se debe pasar adelante.

Tambien se ve que una esplicacion que estrecho aquí en dos páginas de escrito será acaso negocio de un año en la práctica, porque en la carrera de las ideas morales no es posible adelantar sin suma lentitud, ni es por demas el esmero que se ponga en afianzar cada pisada. Ruégoos, maestros mozos, que reflexioneis en este ejemplo, y os acordeis de que en todo mas deben consistir en accion vuestras lecciones que en discursos, porque con facilidad se olvidan los niños de lo que han dicho y lo que les han dicho, pero no de lo que han hecho y les han hecho.

Las instrucciones de esta especie se deben, como he dicho, dar mas temprano ó mas tarde, segun acelera ó retarda la necesidad de ellas la índole pacífica ó revoltosa del alumno; su uso es de una palpable evidencia; pero, para no omitir nada importante en las cosas dificultosas, demos todavía otro ejemplo.

Vuestro niño díscolo echa á perder todo cuanto toca: no os enfadeis; desviad de él todo cuanto pueda echar á perder. Rompe los muebles de su servicio, pues no os deis priesa á darle otros; dejadle que sienta todo el daño de la privacion. Quiebra los vidrios de sus ventanas; dejad que le de el viento de dia y de noche, sin curaros de sus resfriados, que vale mas que se resfríe que no que sea loco. No os quejeis nunca de las incomodidades que os causa, pero haced de modo que sea él el primero que las sufra. Al cabo haceis poner los vidrios sin decir nada. Los vuelve á quebrar: pues mudad entónces de método; decidle con sequedad, pero sin enojo: las puertas vidrieras son mias; yo las he hecho poner allí, y quiero resguardarlas: luego le encerrais en un cuarto oscuro sin ventanas, A tan estraño proceder grita, alborota: nadie le escucha. Presto se cansa y muda de estilo; se lamenta, solloza; preséntase un criado, y el alborotador le ruega que le saque de allí. Sin buscar pretestos para no hacerlo, le responde el criado: *sí, que no tengo yo vidrieras á mi ventana, y* se marcha. Al fin, cuando haya pasado el niño muchas horas en su encierro, el tiempo suficiente para sufrir mucho fastidio, y que no se le olvide la leccion, le sugerirá alguien la idea de que os proponga un convenio en virtud del cual le restituyais su libertad, y no quiebre él mas vidrios. No desea otra cosa; os mandará á buscar, vendréis luego, hará su propuesta, y la admitiréis al instante diciéndole; es cosa muy bien pensada; ambos ganarémos en ello; ¿por qué no te ocurrió ántes esa idea? Luego, sin exigir protestas ni confirmaciones de su promesa, le daréis un cariñoso abrazo, y le llevaréis al punto ó su aposento, considerando este convenio como tan inviolable y sagrado cual si se hubiera hecho con solemne juramento. ¿Qué idea creeis que le dé este modo de proceder, de la fe de los convenios y su utilidad? O yo me engaño, ó no hay sobre la haz de la tierra ni un niño siquiera; no estragado ya, que á despecho de esta conducta piense en romper a sabiendas una vidriera. Sígase el encadenamiento de todo esto; cuando hacia el bribonzuelo un agujero para sembrar un haba, no pensaba que abria un calabozo donde no tardaria en encerrarle su ciencia ([29]).

Ya estamos en el mundo moral, ya está la puerta abierta al vicio; con las convenciones y las obligaciones nacen la mentira y el engaño. Así que es posible hacer lo que no es debido, queremos ocultar lo que no debimos hacer; así que el interes esfuerza á prometer, otro interes mayor puede hacer violar la promesa; solo se trata de violarla con impunidad, y el recurso nat-

ural es esconderse y mentir. No habiendo podido precaver el vicio, ya estamos en caso de castigarle. Estas son las miserias de la vida humana, que empiezan con sus errores.

Lo que he dicho basta para dar á entender que nunca se ha de dar á los niños un castigo como castigo, sino que les debe siempre sobrevenir como natural consecuencia de una mala accion. Así no declameis contra la mentira, no los castigueis precisamente porque han mentido; pero haced que cuando mintieren, recaigan en su cabeza todos los malos efectos de la mentira, como el no ser creidos aun cuando hablen verdad, el ser acusados del mal que no hayan hecho, aun cuando le nieguen. Pero expliquemos qué cosa es mentir en los niños.

Dos géneros hay de mentira: la de hecho, que se refiere á lo pasado; y lo de derecho, relativa á lo futuro. Verificase la primera, cuando niega uno que ha hecho lo que hizo, ó afirma que ha hecho lo que no hizo, y generalmente, cuando á sabiendas habla contra la verdad de las cosas: la otra consiste en prometer uno lo que no tiene ánimo de cumplir, y en general en manifestar una intencion contraria á la que tiene. Alguna vez pueden ambas mentiras hallarse en una sola [30], pero aquí las considero solo en cuanto á sus diferencias.

El que esperimenta la necesidad, que tiene del socorro de los demas, y no cesa de ser objeto de su benevolencia, ningun interes tiene en engañarlos; por el contrario, le tiene muy obvio en que vean las cosas como son, por temor de que se engañen en detrimento suyo. Así es claro que no es natural á los niños la mentira de hecho; pero la necesidad de mentir la produce la ley de la obediencia, porque siendo esta penosa, se zafan en secreto., cuanto mas pueden, de ella; y el interes presente de evitar la reprension ó el castigo, puede mas que el remoto de hablar verdad. ¿Pero en la educacion libre y natural, por que ha de mentir vuestro hijo? ¿Qué tiene que ocultaros? Ni le reprendeis, ni le castigais por nada, ni exigis nada de él. ¿Por qué no os ha de decir todo cuanto haya hecho con tanta ingenuidad como al chicuelo camarada suyo? El no puede prever mas peligro en confesárselo á uno que á otro.

Todavía es ménos natural la mentira de derecho, puesto que las promesas de hacer ó abstenerse son actos convencionales, que salen fuera del estado natural y derogan la libertad. Hay mas; todas las obligaciones de los niños

son nulas en sí, atendiendo á que no pudiendo esplayarse su corta vista mas allá de lo presente, no saben lo que hacen cuando se obligan. Obligándose, apénas puede mentir un niño, porque no pensando mas que en salir de apuro en el actual instante, le parece indiferente todo medio que no tiene actual efecto; nada promete cuando promete por un tiempo futuro, y soñolienta todavía su imaginacion no sabe estender su estado á dos épocas distintas. Si pudiese librarse de llevar azotes, ó que le dieran un cucurucho de dulces con prometer tirarse mañana por el balcon, al instante lo prometeria. Por eso las leyes no hacen cuenta ninguna de las obligaciones de los niños y y cuando mas severos los padres y maestros exigen que cumplan con ellas, solo es en lo que deberia hacer el niño, aun cuando no lo hubiera prometido.

Así que obligándose no puede mentir el niño, pues que al obligarse no sabe lo que hace. No es lo mismo cuando falta á una palabra, lo cual tambien es una especie de mentira retroactiva, porque muy bien se acuerda de que dió esta palabra; pero no ve la importancia de cumplirla. Incapaz de pensar en lo futuro, no ve las consecuencias de las cosas; y cuando falta á sus obligaciones, nada hace contra la razon de su edad.

De aquí se sigue que todas las mentiras de los niños son obra de los maestros, y que querer enseñarles á que digan la verdad es querer enseñarles á que mientan. Con el anhelo que tienen por dictarles reglas, gobernarlos, instruirlos, nunca encuentran instrumentos bastantes para conseguirlo; quieren ligar con mas coyundas su alma con infundadas máximas ron preceptos sin razon, y prefieren el que sepan su leccion y mientan, que el que se queden ignorantes y verídicos.

Nosotros que solo damos á nuestros alumnos lecciones de práctica, y que mas bien queremos que sean buenos que sabios, no exigimos de ellos la verdad, por temor de que la encubran, ni les hacemos que prometan nada que puedan incurrir en la tentacion de no cumplir. Si durante mi ausencia se ha cometido algun mal cuyo autor ignoro, me guardaré mucho de acusar de él á Emilio, ó de preguntarle *¿fuíste tú?*[31] Porque ¿qué otra cosa haria con esto que enseñarle á que lo niegue? Y si por su índole poco flexible me fuerza á que haga algun convenio con el, dispondré de manera mis medidas que siempre proceda de él la propuesta, y nunca de mí; que cuando se haya obligado, siempre tenga un interes sensible y actual en cumplir su palabra; y que si alguna vez faltare á ella, la acarrée esta mentira males que vea que salen del órden mismo de las cosas y no de la venganza de su ayo. Lejos

pues de ser necesario el recurso de espedientes tan crueles, casi estoy cierto de que muy tarde sabrá Emilio qué cosa es mentir, y de que cuando lo sepa se pasmará mucho, no pudiendo comprender para que pueda ser buena la mentira. Cosa clara es que cuanto mas independiente hago su ventura de la voluntad como del juicio hago, mas desarraigo de él todo interes de mentir.

Quien no tiene priesa de instruir, tampoco la tiene de exigir, y se tonta tiempo para no exigir nada fuera de sazon. Entónces se forma el niño, porque no se echa á perder. Pero cuando un atolondrado de preceptor que no sabe que hacerse, le obliga á cada instante á que prometa esto ó aquello sin distincion, ni eleccion, ni medida, fastidiado, abrumado el niño con todas estas promesas, las descuida, se olvida de ellas, las desdeña en fin, y contemplándolas como cláusulas de un vano formulario, tiene á juguete hacerlas y violarlas. Si quereis que sea fiel en el cumplimiento de su palabra, sed vos recatado en exigírsela.

Lo que acabo de esplicar circunstanciadamente acerca de la mentira, se puede aplicar bajo muchos respectos á todas las demas obligaciones que al paso que se las prescriben á los niños, se las hacen no solo aborrecibles, mas tambien impracticables. Predicándoles en la apariencia la virtud, le hacen amar todos los vicios; y se los inspiran, prohibiéndoles que los contraigan. Si los quieren hacer piadosos, los llevan á que se aburran á la iglesia, haciéndoles que sin cesar barbullen oraciones entre dientes, y los fuerzan á que aspiren á la dicha de no tener precision de encomendarse á Dios. Para inspirarles la caridad, les hacen dar limosna, como si tuviesen los maestros á ménos el darla ellos propios. ¡Ha! que no es el niño quien debe dar, sino el maestro, quien por mucho afecto que tenga á su alumno, no le debe ceder este honor, y sí debe darle á conocer que en su edad no es todavía acreedor á él. Es la limosna una accion de hombre que sabe el valor de lo que da, y la necesidad que tiene su semejante. El niño que nada de eso conoce, no puede contraer en dar mérito alguno; que da sin caridad ni beneficencia, casi con vergüenza, cuando fundándose en el ejemplo que le dais, colige que solo los niños son los que dan, y que los grandes nunca dan limosnas.

Nótese que nunca hacen dar al niño otras cosas que aquellas cuyo valor no conoce, piezas de metal que lleva en el bolsillo, y que solo para eso le sirven. Antes daria un niño cien doblones que mi bollo. Dígase á este pródi-

go repartidor, que dé cosas á que tenga apego, sus juguetes, sus dulces, su merienda, y en breve veremos si le habeis hecho verdaderamente liberal.

Tambien hallan otro recurso para esto, yes volver al instante al niño lo que ha dado, de suerte que se acostumbra á dar todo aquello que sabe que le van á volver. No he visto en los niños mas que estas dos especies de generosidad: dar lo que para modales sirve, ó dar lo que están ciertos que les han de restituir. Haced de manera, dice Locke, que por esperiencia se convenzan de que siempre el mas liberal mas bien librado sale; eso es hacer al niño liberal en la apariencia, y avaro en la realidad. Añade que así contraerán los niños el hábito de la liberalidad: sí, de una liberalidad usurera que mete aguja por sacar reja. Al hábito del alma se ha de atender, no al de las manos á esta se parecen todas las demas virtudes que se enseñan á los niños. ¡Y por predicarles virtudes tan sólidas; consumen en la tristeza sus primeros años! Cierto que es atentísimamente semejante educacion.

Maestros dejaos de dengues; sed virtuosos y buenos, y grábense vuestros ejemplos en la memoria de vuestros alumnos ínterin pueden penetrar en su corazon. En vez de darme priesa á exigir del mio obras de caridad, mas quiero hacerlas yo en su presencia, y quitarle basta la facultad de imitarme en esto, como una honra que no compete á su edad, porque importa que no se acostumbre á reputar las obligaciones de los hombres por meras obligaciones de niños. Y si al ver que asisto á los pobres, me hace preguntas sobre esto, y hallo que sea tiempo de responderle [32], le diré: «Amigo mio, esto consiste en que cuando los pobres consintieron en que hubiera ricos, prometieron los ricos mantener á todos aquellos que ni con sus bienes ni con su trabajo pudieran sustentarse.»—«¿Con que tambien Vm. lo prometió?» responderá. Sin duda; yo no soy dueño del caudal que reside en mis manos no es con la condicion anexa á su propiedad.»

Entendido este discurro (y ya se ha visto como sepa de poner al niño en estado de entenderle), á otro que á Emilio le vendria tentacion le imitarme, conduciéndose como hombre rico: en tal caso estorbaria á lo ménos que lo hiciese con ostentacion; mas quisiera que me robase mi derecho, y se escondiese para dar. Este fraude es propio de su edad y el único que le perdonara yo.

Bien sé que las virtudes de imitacion son todas virtudes de jimio, y que una buena accion hecha, no porqué lo es sino porque la hacen otros, no es

moralmente buena. Empero es menester hacer que imiten los niños los actos cuyo habito queremos que contraigan, pues que en su edad todavía no siente nada su corazon, ínterin llega tiempo de que por discernimiento y amor del bien puedan hacerlos, imitador es el hombre; lo es hasta el animal; la propension á imitar sale de la naturaleza bien ordenada, pero en la sociedad degenera en vicio. Imita el jimio al hombre que teme, y no á los animales que desprecia; y cree bueno lo que un ser mejor que él hace. Entre nosotros, por el contrario, imitan nuestros micos lo hermoso para sobarlo y ridiculizarlo; íntimamente convencidos de su villanía se procuran igualar con lo que vale mas que ellos; ó si se esfuerzan á imitar lo que les parece digno de admiracion, en la eleccion de los objetos se echa de ver el perverso gusto de los imitadores, que mas quieren engañar á los otros ó hacer elogiar su talento, que hace mas sabios ó mejores. Entre nosotros el fundamento de la imitacion procede del deseo de trasladarse siempre fuera de sí propio. Si salgo á buen puerto con mi empresa, no tendrá por cierto Emilio semejante deseo: así fuerza sera que renunciemos al bien aparente que pueda producir.

Profundizad todas las reglas de vuestra educacion, y á buen seguro las hallareis todas al revés de la razon, particularmente en lo que toca á las virtudes y á las costumbres. La única leccion, de moral que conviene á la infancia, y la que mas importa en cualquiera edad, es no hacer nunca mal á nadie. El mismo precepto de hacer bien, si no va subordinado á este, es peligroso, equivocado y contradictorio. ¿Quién hay que bien no baga? todo el mundo es benéfico, el perverso como los otros, á costa de cien miserables hace á uno dichoso: de aquí provienen todas nuestras calamidades. Negativas son las mas sublimes virtudes, y por eso mismo son mas dificultosas, porque ni se puede hacer alarde de ellas, ni las paga aquel tan suave deleite para el pecho humano, de que se vaya otro contento de con nosotros. ¡O, cuanto bien hace ele necesidad á sus semejantes aquel, si alguno entre ellos tal hay, que nunca les hace mal, ¡Cuan intrépido animo cuan esforzado carácter para ello necesita no raciocinando acerca de esta máxima, procurando ponerla en práctica, se reconoce cuan grande y penosa cosa sea acomodar con ella su conducta [33].

Acabo de dar alguna concisa idea de las precauciones con que quisiera yo que á los niños se les dieran las instrucciones que á veces no se les pueden negar, sin es ponerlos á que hagan daño á los demas ó á sí propios, y con especialidad á contraer males hábitos, que luego serian dificultosos de cor-

regir; pero estemos ciertos de que rara vez nos veremos en esta necesidad con niños educados como deben serlo, porque no puede ser que se vuelvan indóciles, malos, embusteros, ansiosos, si no se han plantado en su corazon los vicios que todos los hacen; de suerte que lo que sobre este punto llevo dicho mas se aplica á las reglas que á las escepciones, pero son mas comunes estas escepciones al paso que los niños tienen mas ocasiones de salir de su estado, y contraer los vicios de los hombres. Los que se educan en el tráfago del mundo, necesitan por precision instrucciones mas precoces que los que son educados en la soledad. Así seria preferible esta educacion, aun cuando no hiciese mas que dar tiempo de madurar á la infancia.

Otro género hay de escepciones contrarias respecto de aquellos que una índole feliz hace superiores á su edad. Así como hay hombres que nunca salen de la infancia, los hay que, por decirlo así, no se paran en ella, y son hombres casi desde que nacen. Es lo malo que esta última escepcion es rarísimas, difícil cosa atinar con ella, y figurándose cada madre que puede un niño ser un portento, no duda que su hijo lo sea: hacen mas; atribuyen á indicios estraordinarios los mismos que denotan el órden acostumbrado: la viveza, las prontitudes, el atolondramiento, las ingenuidades graciosas; señales todos característicos de la edad, y que mas claro demuestran que el niño no es mas que niño. ¿Qué hay que estrañar que aquel á quien hacen hablar mucho, y le permiten que diga todo lo que le venga á la cabeza, que ni le ata atencion ni respeto ninguno, por acaso te coja alguna feliz ocurrencia? Mucho mas estraño fuera que no tuviera ninguna, como lo fuera que cutre mil mentiras no predijese nunca un astrólogo ninguna verdad, Tanto mentirán, decia Enrique cuarto, que al fin darán con la verdad. El que quiera hallar dichos agudos no tiene mas que hacer que echarse ú decir tonterías. Haga Dios mucho bien a tantas y tantas personas que no tienen mas mérito para ser muy obsequiadas.

Los mas brillantes pensamientos se pueden encontrar en el cerebro de los niños, ó mas bien los dichos mas agudos en su boca, como los diamantes de mas subido precio en sus manos, sin que por eso ni los pensamientos ni los diamantes sean suyos; en esta edad no hay propiedad verdadera de ninguna especie. Las cosas que dice un niño no son para él lo que para nosotros, ni les atribuye las mismas ideas: estas, si algunas tiene, están en su cabeza sin órden ni conexion; nada hay bajo ni seguro en todo cuanto piensa. Examínese ese pretenso portento; en ciertos instantes hallaremos en él un muelle

de una actividad estremada, una claridad de entendimiento que hiende las nubes; mas frecuentemente parece un entendimiento flojo, lacio, y como cercado de una densa niebla. A veces corre mas que nosotros, á veces se queda parado. En ciertos instantes diríamos: es un ingenio sublime; de allí á un rato, es un tonto, y siempre nos equivocaríamos, que al cabo no es mas un niño. Es un aguilucho que hiende un instante el aire, y vuelve luego á caerse en su nido.

Tratadle como es propio de su edad, no obstante las apariencias, y guardaos de apurar sus fuerzas por haber querido darles sobrado ejercicio. Si se calienta este centro nuevo, si veis que empieza á hervir, dejadle fermentar primero libremente, pero no le esciteis nunca, porque no se exhale todo; y cuando se hubieren evaporado los primeros espíritus, comprimid y contened los restantes, hasta que andando los años se convierta todo en calor vivificante y verdadera fuerza. Si no lo hiciereis, perderéis el tiempo y el trabajo, destruiréis lo que habeis construido; y despues de haberos locamente embriagado con todos esos vapores inflamables, solo os quedará un bagazo sin fuerza.

De los niños atolondrados se hacen los hombres vulgares, no sé que haya observacion mas general y cierta que esta. No hay cosa mas dificultosa que distinguir en la infancia la estupidez real de la aparente y mentira estupidez que es preludio de ánimo fuerte á primera vista aparece estraño que tengan ambos estremos tan semejantes signos, pero debe ser así, porque en una edad en que todavía no tiene el hombre idea verdadera ninguna, la diferencia que media entre el que tiene mucho ingenio y el que no tiene ninguno, consiste en que este solo admite ideas falsas., y aquel que no halla ninguna verdadera las desecha todas; pareciéndose al estúpido que no es capaz de nada, en que nada le conviene. La única señal que puede distinguirlos pende del acaso, el cual puede presentar al último una idea á su alcance, miéntras que el primero siempre y en todos casos es el mismo. Caton el menor parecia durante su infancia un imbécil en su casa: era callado y terco; este era el juicio que de él formaban. En la ante-cámara de Syla fué donde aprendió á conocerle su tio. Si no hubiera entrado en esta ante-cámara, acaso le hubieran creido un bruto hasta la edad de razon; si no hubiera vivido César, acaso hubieran tratado de visionario á este mismo Caton que adivinó su funesto ingenio, y tan de lejos previó sus proyectos. ¡O cuan espuestos están á engañarse los que deciden con tanta precipitacion de los niños! Son muchas

veces mas niños que ellos. En una edad bastante avanzada he visto á un hombre que me honraba con su amistad, y que su familia y sus amigos le tenian por un entendimiento corto. Esta escelente cabeza se maduraba en silencio; de repente se manifestó filósofo, y no dudo de que la posteridad le asigne un honroso y eminente lugar entre los que mas bien han raciocinado, y los mas profundos metafísicos de su siglo.

Respetad la infancia, y no os deis priesa á juzgarla ni para bien ni para mal. Dejad que se anuncien, se prueben y se confirmen largo tiempo las escepciones, ántes que para ellas adopteis métodos particulares. Dejad que obre largo tiempo la naturaleza, ántes de meteros á obrar en su lugar no sea que impidais la eficacia de sus operaciones. Decis que conoceis lo que vale el tiempo, y no le querais perder, y no echais de ver que mas se pierde usándole mal que no empleándole, y que mas lejos está de la sabiduria un niño mal instruido, que uno que no lo está nada ¡Os asusta el verle consumir sus años primeros en no hacer nada; ¡Como! ¿no es nada ser feliz? ¿no es nada saltar, jugar, y correr todo el dia? En su vida estará tan ocupado. Platon en su República que tau austera creen, educa á los niños en fiestas, juegos, cánticos y pasatiempos: parece que todo lo tiene hecho, cuando los ha enseñado á divertirse bien; y hablando Séneca de la antigua juventud romana; siempre, dice, estaba en pie, y nada le enseñaban que hubiese de aprender sentada. ¿Perdia algo por eso cuando llegaba á la edad viril? Asústeos poco esta pretensa ociosidad. ¿Qué dijérais de uno que por aprovecharse de toda la vida no quisiera dormir? Dijérais: es un insensato, no goza del tiempo, ántes se le quita, y por evitar el sueño corre á la muerte. Pensad que aquí sucede lo mismo, y que es la infancia el sueño de la razon.

La causa de la pérdida de los niños es su aparente facilidad de aprender, y no vemos que esta misma facilidad es prueba de que nada aprenden. Liso y pulimentado su cerebro repite como un espejo los objetos que se le presentan, pero nada se le queda, nada penetra. El niño retiene las palabras, las ideas se reflejan; los que las escuchan las entienden, él solo no las entiende.

Aunque sean la memoria y el raciocinio dos facultades esencialmente distintas, no obstante no se desenvuelve verdaderamente la tuya sin la otra. Antes de la edad de razon el niño no recibe ideas, sino imágenes; y media esta diferencia de unas á otras, que no son mas las imágenes que pinturas absolutas de los objetos sensibles, y que las ideas son nociones de los objetos determinadas por sus relaciones. Una imagen puede existir sola en el

alma que se la representa; pero toda idea supone otras. El que imagina, se ciñe á ver; el que concibe, compara. Meramente pasivas son nuestras sensaciones, en vez de que todas nuestras percepciones o ideas proceden de un principio activo que juzga: mas adelante demostrarémos esto.

Así digo que no siendo los niños capaces de juicio, no tienen verdadera memoria. Retienen sonidos, figuras, sensaciones, rara vez ideas, y mas vara vez sus enlaces. Sí me objetan que aprenden algunas nociones elementales de geometría, creen que han probado algo en contra de mi asercion, y por el contrario la comprueban: hacen ver que lejos de saber raciocinar por sí propios, ni siquiera saben retener los raciocinios de los otros; si no síganse esos geómetras chicos en su método, y veréis que solo han retenido la impresion de la figura y los términos de la demostracion. A la mas leve objecion nueva no saben que responder; invertid la figura, y no saben donde están. Todo su saber se queda en la sensacion, y no llega al entendimiento: su misma memoria es poco mas perfecta que las otras facultades, puesto que casi siempre es menester que vuelvan á aprender, cuando son grandes, las cosas cuyas palabras aprendieron siendo niños.

Estoy no obstante muy lejos de pensar que no hagan los niños ninguna especie de raciocinios ([34]). Veo por el contrario que raciocinan muy bien de todo cuanto conocen y tiene relacion con su presente y sensible interes. Pero en lo que nos engañamos, es acerca de sus conocimientos, atribuyéndoles los que no poseen, y haciendo que raciocinen acerca de lo que no pueden comprender. Tambien nos engañamos cuando queremos que hagan aprecio de consideraciones que en manera ninguna los mueven, como la de su interes venidero, de su felicidad cuando sean hombres, de la estimacion que, cuando sean grandes, se grangearán; discursos que, dirigiéndose á seres privados de toda prevision, nada absolutamente significan con ellos. Pues todos los estudios á que fuerzan á estos pobres desventurados, se eran sobre estos asuntos enteramente agenos de su inteligencia: juzgúese qué atencion pueden poner en ellos.

Los pedagogos que con tanto boato nos preconizan las instrucciones que dan á sus discípulos, cohechados están para hablar de otra manera; no obstante, por su misma conducta se echa de ver que piensan exactamente como *yo*. ¿Porque, al cabo, qué es lo que les enseñan? Voces, mas voces, y siempre voces. Entre las diversas ciencias que de enseñarles se alaban, muy bien se guardan de escoger las que les fueran verdaderamente provechosas,

porque serian ciencias de cosas, y no harian progresos en ellas, sino las que al parecer se saben cuando se conocen los términos, blason, geografía, cronología, lenguas, etc.:estudios todos tan distantes del hombre, y con especialidad del niño, que milagro fuera si algo de todo esto pudiera serle útil una vez sola en su vida.

Estrañaran que mire como una de tantas inutilidades de la educacion el estudio de los idiomas; mas téngase presente que aquí solo hablo de los estudios de la edad primera; y digan lo que quieran, creo que hasta los doce ó quince años, ningun niño, exceptuando los portentos, ha aprendido verdaderamente los idiomas. Convengo en que si el estudio de las lenguas solo fuese el de las palabras, esto es el de las figuras ó de los sonidos que las espresan, pudiera este estudio convenir á los niños; pero mudando las lenguas los signos, tambien modifican las ideas que representan. Por las lenguas se forman las cabezas, y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas. Sola la razon es general; el raciocinio tiene en cada lengua su forma peculiar: diferencia que en parte pudiera muy bien ser causa ó efecto de los caracteres nacionales; y lo que al parecer confirma esta conjetura, es que en todas las naciones del mundo la lengua sigue las vicisitudes de las costumbres, y con ellas se conserva ó se altera.

Entre estas diversas formas el uso da una al niño, y es la única que hasta la edad de razon conserva. Para tener dos, fuera necesario que supiese comparar ideas, ¿y como las ha de comparar, cuando apénas está en estado de concebirlas? A cada cosa le puede dar mil signos diferentes, pero á cada idea no le puede dar mas de una forma; así no puede aprender á hablar mas de una lengua. No obstante aprende, me dicen, muchas; niégolo. He visto algunos de estos portentos chicos que se figuraban que hablaban cinco ó seis lenguas, y los he oido hablar sucesivamente aleman con palabras latinas, con palabras francesas, con palabras italianas; manejaban á la verdad cinco ó seis diccionarios, pero nunca hablaban mas que aleman. En una palabra, dense á los niños tantos sinónimos cuantos se quieran: se mudarán sus voces no su lengua, que nunca sabrán mas que una.

Por encubrir en esto su incapacidad, los ejercitan con preferencia en las lenguas muertas, de las cuales no hay jueces que no puedan ser recusados. Como se ha perdido, muchos siglos hace, el uso familiar de estas lenguas, nos ceñimos á imitar lo que hallamos escrito en los libros; y eso llaman hablarlas. Siendo ese el latin y el griego de los maestros, aprecíese el de los

discípulos. Apenas han aprendido de memoria su rudimento del cual ni una sola palabra entienden, cuando les enseñan primero á poner un discurso castellano en palabras latinas; fuego, cuando están mas adelantados, á zurcir en prosa frases de Ciceron, y en verso centones de Virgilio. Creen entónces que hablan latin: ¿quien no lo ha de contradecir?

En cualquiera estudio que sea, nada son los signos representantes sin la idea de las cosas representadas. No obstante á estos signos limitan siempre al niño, sin poder hacer nunca que comprenda cosa ninguna de las que representan. Cuando piensan que le enseñan la descripcion de la tierra, solo le enseñan á conocer mapas; le enseñan nombres de ciudades, de paises, de rios, que no concibe él que existan en otra parte que en el papel donde se los muestran. Me acuerdo de que ví, no se donde, una geografía que empezaba así: *¿qué es el mundo? Una bola de carton*. Esta precisamente es la geografía de los niños. Asiento como incontestable, que despues de dos años de esfera y cosmografía, no hay ni siquiera un niño de diez años, que en virtud de las reglas que le han dado, supiera ir de Madrid á Getafe. Asiento como incontestable, que no hay uno que con un plano del jardin del Retiro sepa seguir sus vueltas y revueltas sin enturbiarse hijos son los doctores que saben á punto fijo la situacion de Pekin, Ispahan, Méjico, y todos los pueblos de la tierra.

Dicen que conviene que se ocupen los niños en estudios que solo necesitan ojos, y así podria ser si hubiere estudios que solo ojos necesitaran; pero no sé que hay ninguno.

Por consecuencia de un error mas ridículo todavía, les hacen que estudíenla historia, imaginándose que está á su alcance, porque no es mas que una recopilacion de hechos. ¿Mas qué entienden por la palabra hechos? ¿Creen que sea tan fácil comprender las relaciones que determinan los hechos históricos, que sin trabajo se forme su idea en el espíritu de los niños? ¿Creen que se pueda separar el verdadero conocimiento de los sucesos del de sus causas, del de sus efectos, y que tan poca sea la conexion de lo histórico con lo moral, que pueda conocerse uno sin otro? ¿Si en las acciones humanas no veis mas que los movimientos estemos y meramente físicos, qué es lo que en la historia aprendeis? nada absolutamente; y privado este estudio de todo interes, no os causa mas gusto que instruccion. Si quereis apreciar estas acciones por sus relaciones inmorales, probaos á hac-

er que entiendan vuestros alumnos estas relaciones, y veréis entónces si es la historia para su edad.

Lectores, no perdais nunca de vista da que no es quien os habla un sabio ni un filósofo, sino un hombre sencillo, amante de la verdad, sin partido ni sistema; no solitario que como comunica poco son los hombres, tiene ménos ocasiones para empaparse en sus preocupaciones, y le queda mas tiempo para reflexionar acerca de lo quemas golpe le da, cuando trata con ellos. Ménos en razones que en hechos se fundan mis principios; y no creo que pueda hacer cosa mejor que referiros de tiempo en tiempo algun ejemplo de las observaciones que me los han dictado, para poneros en estado de juzgar de su verdad.

Habia ido al campo á pasar algunos dias en casa de una buena madre de familias, que cuida con mucho esmero de sus hijos y su educacion. Una mañana que presenciaba yo las lecciones del mayor, su ayo, que le habia instruido muy bien en la historia antigua, tratando de Alejandro, habló del suceso tan sabido del médico Filipo, del cual han hecho un cuadro, y ciertamente lo merece. El ayo, hombre de mérito, hizo acerca de la intrepidez de Alejandro muchas reflexiones que no me gustaron, pero que por no desacreditarle en el concepto de su alumno, no quise contradecir. A la hora de comer, no dejáron, segun es costumbre, de hacer charlar mucho al buen chiquillo, que con la viveza natural en su edad, y la esperanza de aplauso, dijo mil necedades, y entre ellas algunos destellos de agudeza, que eran causa de que se olvidaran de lo demas. Llegó al fin la historia del médico Filipo, que contó con mucho donaire y desenvoltura. Despues del acostumbrado tributo de elogios que exigia la madre y el niño esperaba, disension la gente acerca de lo que habia dicho. Los mas vituperaban la temeridad de Alejandro; algunos, á ejemplo del ayo, exaltaban su valor y entereza: lo cual me hizo ver que ninguno de los circunstantes via en que se cifraba la hermosura del rasgo. A mí me parece, les dije, que si en la accion de Alejandro hubo el menor valor, ó la menor entereza, no es otra cosa que una locura. Reunióse entónces todo el mundo, y convinieron en que fué una locura. Iba á responder y á enardecerme, cuando llegándose á mi oido una muger que á mi lado estaba, y no, habia desplegado los labios, en voz baja me dijo: cállate, Juan-Jacobo, que no te entenderán. Miréla, dióme golpe, y callé.

Sospechando por muchos indicios que mi doctor imberbe no habia entendido palabra de la historia que tan bien nos habia contado, le cogí por la mano despues de comer, dí con él un paseo por el coto, y habiéndole hecho preguntas á su sabor, ví que mas que á ninguno le parecia admirable el valor tan decantado de Alejandro. ¿Pero sabeis en que le cifraba? en el de beberse de mi trago un brebage de mal gusto, sin vacilar, sin hacer ascos. El pobre chico, á quien habian hecho tomar una purga, no hacia quince dias, y que la habia tomado con infinito trabajo, todavía tenia el mal gusto en la boca; la muerte, el tósigo no eran á su entender otra cosa que sensaciones desagradables, y no concebia él otro veneno que las hojas de sen. Hemos de confesar no obstante que habia hecho la entereza del héroe mucha impresion en su corazon novel, y que á la primera purga que fuese necesario tragar, estaba resuelto á ser un Alejandro. Sin meterme en esplicaciones que evidentemente escedian su capacidad, le exhorté á llevar adelante tan loable resolucion, y me volví riéndome dentro de mí propio de los padres y maestros que piensan que enseñan la historia á los niños. Fácil cosa es hacerles coger en la boca las palabras de reyes, imperios, guerras, conquistas, leyes; pero cuando se tratare de atribuir ideas claras á estas palabras, habrá mucha distancia de la conversacion del hortelano Roberto á todas estas esplicaciones.

Mal satisfechos algunos lectores con el *cállate, Juan-Jacobo,* veo que preguntarán donde hallo la sublimidad de la accion de Alejandro. ¡Desventurados! ¿como la habeis de entender, si es necesario que os lo digan? En que Alejandro creia en la virtud, en que creia á riesgo de su cabeza, á riesgo de su propia vida, en que era capaz su alma generosa de creer en ella. ¡O, qué hermosa profesion de fe era la bebida ríe esta purga! No, nunca mortal hizo un á tan sublime. Si se halla algun Alejandro moderno, muestrénmenle con semejantes rasgos.

Si no hay ciencia de voces, tampoco hay estudio que convenga á los niños; si no tienen verdaderas ideas, no tienen verdadera memoria, porque yo no llamo así la que solo retiene las sensaciones. ¿A qué vale imprimir en su cabeza un catálogo de signos que para ellos nada representan? ¿No aprenderán los signos cuando aprendan las cosas? ¿Para qué es darles el trabajo inútil de que los aprendan dos veces? Y á vueltas de eso, ¡cuan peligrosas preocupaciones les empiezan á inspirar, haciendo que tengan por ciencia palabras que no tienen para ellos ningun significado! Desde la primera palabra con que se satisface el niño, desde la primera cosa que

aprende, porque otro se lo dice, sin que él vea para que sirve, se ha perdido su discernimiento; mucho tiempo tendrá que lucir con los necios, ántes de reparar esta pérdida [35].

No; si la naturaleza da al cerebro del niño esa flexibilidad que le hace idóneo para recibir todo género de impresiones, no es para que en él se impriman nombres de reyes, fechas, términos de blason, de esfera, de geografía, y todas esas palabras que airada significan para su edad, ni en ninguna otra son de provecho, y con que abruman su estéril y triste infancia; sino para qué todas las ideas que puede concebir y le son útiles, todos las que á su felicidad se refieren y deben un dia darle luces acerca de sus obligaciones, se graben desde muy temprano en caracteres indelebles, y le sirvan para que se conduzca, mi entras dure su vida, del modo que conviene á su ser y á sus facultades.

Sin estudiar en libros, no por ese permanece ociosa la especie de memoria que puede tener un niño; se le imprima y se le acuerda todo cuanto ve, todo cuanto oye; guarda dentro de su cabeza un protocolo de las acciones y los discursos de los hombres; y todo cuanto á él se acerca es el libro con que, sin pensar en ello, continuamente enriquece su memoria basta tanto que lo pueda aprovechar su razon. En la eleccion de estos objetos, en la atencion de presentarle sin cesar los que pueda conocer, y ocultarle los que deba ignorar, consiste la verdadera arte de cultivar en él esta primera facultad; así se ha de procurar formar su alma de conocimientos, de modo que le sirvan para su educacion en su juventud y para su conducta en todos tiempos. Verdad es que este método no forma portentos chicos, ni hace lucir las ayas y los preceptores; pero forma hombres juiciosos, robustos, de cuerpo y entendimiento sano, que sin haber sido el pasmo de los demas cuando niños, son acatados en siendo grandes.

Emilio nunca aprenderá nada de memoria, ni siquiera fábulas; aunque sean las de Samaniego, con todo su mérito; porque las palabras de las fábulas así son fábulas, como las de la historia son la historia. ¿Como es posible ser uno tan ciego que á la fábula la llame la moral de los niños sin notar que el apólogo los divierte engañándolos; que seducidos por la mentira no advierten la verdad, y que aquello que se hace para que les sea grata la instruccion, les estorba para que se aprovechen de ella. Pueden las fábulas instruir a los hombres, pero á los niños es menester decirles la verdad sin dis-

fraz; luego que con un velo se la encubren, no se toman el trabajo de descorrerle.

Hacen que aprendan los niños las fábulas de Samaniego, y ni siquiera uno hay que las entienda; y todavía fuera peor que las entendieran, porque de tal manera es enredada su moral; y tan poca proporcion con su edad guarda, que mas que á la virtud los incitarla al vicio. Otras paradojas, me diréis. Sea en buena hora; pero veamos si son verdades.

Sustento que no entiende un niño las fábulas que le hacen que aprenda, porque, aunque mas nos empeñemos en hacer que las comprenda, la instruccion que de ellas queremos sacar nos precisa á introducir ideas que él no alcanza, y porque la forma poética que tienen, ayudándole, á que las tome de memoria, es causa de que con mas dificultad las conciba; de suerte que á costa de la claridad se compra el recreo. Sin hablar de la muchedumbre de fábulas que nada tienen que pueda ser inteligible ó provechoso para los niños, y que con tanta falta de discernimiento les hacen que aprendan, porque se hallan juntas con las tiernas, ciñámonos á las que el autor parece haber hecho para ellos.

De las pocas fábulas que en la coleccion de Samaniego hay adaptables á los niños, mía de las que mejor pueden entender es la del cuervo y el zorro, imitada con mucha felicidad de La Fontaine. La moral de esta fábula es comun de toda edad; los niños la aprenden con gusto, y es una de las que mas bien comprenden; analicémosla pues, y examinémosla con cuidado.

En la rama de un árbol,

Bien ufano y contento,

Con un queso en el pico

Estaba él Señor cuervo.

¿Quién era el que estaba *ufano y contento?* ¿el árbol ó el cuervo? ¿Como ha de entender el niño esta inversion? Es poética, me dirán; fija la entonacion en el cuervo, que es el sugeto que deba resaltar; Buenas son todas esas razones para mí, no para el niño, que solo debe oir frases sencillas, y construcciones fáciles y naturales.

¿Que quiere decir *Señor cuervo?* ¿De quién es un cuervo Señor? ¿Qué significa Señor? Este epiteto se le da por burla. ¿Cuando oiga llamar señor á

uno no se figurará que es el cuervo agarrado del queso? Rara vez se equivocará; pero esas no son las lecciones que quereis que tomen vuestros alumnos.

¿Como puede un cuervo tenor un queso en el pico, sin que se caiga? ¿Comen queso los cuervos? ¿Son esas las lecciones de historia natural que dais á vuestros hijos? No salgais nunca de la verdad.

Del olor atraido

Un zorro muy maestro.

¡Que olor da este queso que desde la rama del árbol penetra hasta la madriguera del zorro! ¿Gusta este de queso?

Poco estrago harian en los corrales, si no los frecuentaran mas que las lecherías,

¡Muy maestro! ¿qué es lo que el zorro enseña? Bien sé que es maestro y doctor en tretas, y que no puede aplicarse epiteto con mas felicidad; pero esto lo sé yo, y no lo sabe el niño. Es preciso que le digáas cual es la índole natural del zorro, y cual la de convencion que le atribuyen los fabulistas. ¿Y quereis que os entienda? Menester fuera para ello una poética del apólogo.

Le dijo estas palabras,

A poco mas ó ménos.

¿Con que hablan los zorros? ¿Su habla la entienden los cuervos? ¿Qué has de responder, ó discreto preceptor, á una pregunta tan natural del niño?

A poco mas ó ménos es un ripio que ni para el niño, ni para mí tiene disculpa.

Tenga usted buenos días,

Señor cuervo, mi dueño.

¡Mi dueño! ¿Qué quiere decir dueño?

El que tiene esclavos. ¿Con que el zorro es esclavo del cuervo?

Vaya, que estais donoso.

Mono, lindo en estremo.

¡Con qué arte el maulero gradúa los elogios! Arte perdido para el chico.

Mono precedido del verbo *estar* siempre es un elogio; cuando le antecede *ser;* suele ser improperio. Para Emilio *estar mono,* cuando sea grande; siempre lo tendrá á baldon; niño no lo entenderá.

Yo no gasto lisonjas,

Y digo lo que siento.

¿Qué son *lisonjas?* ¿hay quien *las gasta?* ¿quien *diga lo que no siente?* ¡Pobre niño, qué de lecciones de vicios hay que darte, que ninguna necesitabas! La profesion de veracidad del astuto zorro es nuevo lazo al imprudente y vanidoso cuervo tendido: ¿pero tú, como has de apreciar sus artes, ó mas bien la habilidad del poeta?

Que si á tu bella traza

Corresponde el gorgeo,

Juro á la Diosa Ceres,

Siendo testigo el cielo,

Que tú serás el Fénix

De sus vastos imperios.

¡Qué valentía en la espresion! ¡qué nobleza! ¡qué hermosa poesía! ¡cuantas cosas que el niño no puede apreciar!

¡Juro! ¿Que es jurar? ¿Desventurado de tí, preceptor, si á esplicárselo á un niño de seis años te atreves!

¿Qué cosa es una Diosa? ¿hay Dioses machos y hembras? ¿Quién es Cerces? ¿Quereis que empiece el niño á cursar mitología? ¿Quereis que de su edad sea el ciclo, la tierra, la naturaleza entera hecha teatro de la mentira?

¿Qué pájaro es el Fénix? Nuevas patrañas, y nuevas ficciones. ¿Tan estrecho recinto es el de las verdades, que tanta priesa os dais en sacar de él á vuestro alumno?

Al oir un discurso

Tan dulce y halagüeño,

De vanidad llevado,

Quiso cantar el cuervo.

Nueva explicacion de lo que es *vanidad,* y de sus efectos, como si no valiera mas que Emilio no lo supiera, y como si no fuera esta feliz ignorancia natural consecuencia de nuestra educacion.

Abrió su negro pico,

Dejó caer el queso.

Lo estraño es que no se le hubiese caido mucho ántes, por mas apretado que con su *negro pico* le tuviese.

El muy astuto zorro,

Despues de haberlo preso.

Haberle debiera decir, no *haberlo*. Emilio no escucha nunca frases incorrectas de boca de su ayo; por eso siempre es conforme á buena regla su sintaxis, y castizas sin espresiones.

Le dijo: Señor bobo,

Pues sin otro alimento

Quedais con alabanzas

Tan hinchado y repleto.

¿Con que *bobo* es aquel que engañan pícaros? La definicion podrá muy bien ser exacta: ¿pero conviene enseñársela á un niño? El cuervo no ha quedado *hinchado y repleto* con *las alabanzas,* sino hambriento y mohino. El adulador triunfante afila el puñal del escarnio para clavársele mas hondo a la víctima. Si el ayo no le penetra de toda la perversidad del zorro, perdió la fábula su mérito. Si se la esplica, ¡cuan intempestiva y arriesgada leccion le da!

Digerid las lisonjas,

Miéntras digiero el queso.

¡Digerir lisonjas! ¡Osada y feliz metáfora! ¿Y la entiende un niño de siete años?

Esta análisis, que parece tan circunstanciada, lo fuera mas, si hubiéramos seguido todas las ideas de la fábula, reduciéndolas á las sencillas y elemen-

tales de que se compone cada una. Pero? quién se figura que necesita de esta análisis, para que la entiendan los niños?

Ninguno de nosotros es tan filósofo, que sepa sustituirse á un niño. Vamos ahora á la moral.

Pregunto si es bueno instruir á un niño de seis años en que hay hombres que mienten y adulan porque les conviene. Podríamos cuando mas instruirle en que se hallan chuscos que se divierten con la necia vanidad de los chicos, y se rien á sus solas de ellos; pero el queso lo echa á perder todo: no tanto los ensenamos á que no se dejen caer del pico, como á que se le hagan caer á otro. Esta es su segunda paradoja, y no la que ménos importa.

Estudíense los niños cuando aprenden las fábulas, y se verá que cuando están en estado de hacer aplicacion de ellas, casi siempre hacen la contraria de lo que es el ánimo del fabulista; y en vez de enmendarse del defecto de que quiere este curarlos ó preservarlos, se inclinan á amar el vicio con que se saca ventaja de los defectos de los demas, en la fábula que hemos analizado, se burlan los niños del cuervo, y se aficionan todos al zorro; en la de la cigarra y la hormiga, creeis que toman de aquella ejemplo, y de quien le toman es de esta. Nadie gusta de ser desairado; siempre escogerán el papel brillante, que es la eleccion del amor propio, y la mas natural. ¡Pero cuan horrible leccion para la infancia! El mas aborrecible de los monstruos fuera un niño despiadado y avariento, que supiera lo que le pedian y lo negara: Pues todavía hace mas la hormiga, que le enseña á escarnecer cuando niega socorro.

En todas las fábulas en que uno de los personajes es el leon ó el águila, como de ordinario es el que mas brilla, nunca deja el niño de hacerse leon ó águila; y si le encargan de alguna particion, instruido por su modelo, buena cuenta tiene de cargar con todo. Pero, cuando derriba el escarabajo los huevos del águila, es otra cosa; entónces el niño no es águila, que es escarabajo, y aprende á tirar pelotas de inmundicia á los que no se atreve á acometer de firme.

En la fábula del lobo flaco y el perro grueso, en vez de la leccion que le quieren dar, toma una de licencia. No me olvidaré nunca de que ví llorar mucho á una niña que la habian llenado de desconsuelo con esta fábula, exhortándola sin cesar ó que fuera dócil. Costó mucho saber la causa de su

llanto; al fin se supo. La pobre chica se aborria de estar atada; se sentia pelado el cuello, y lloraba porque no era lobo.

De suerte que la moral de la primera fábula que hemos citado es para el niño una leccion de soez adulacion; la de la segunda una de inhumanidad; la de la tercera de sátira, y la de la cuarta de independencia. Esta última leccion superflua para un alumno, no es tampoco mas conveniente á los vuestros. Cuando les dais preceptos que se contradicen, ¿qué fruto esperais de vuestros afanes? Pero acaso toda la moral de mis objeciones contra las fábulas, es un motivo para que vosotros las conserveis. En la sociedad son indispensables dos morales distintas, una en palabras y otra en acciones, y ciertamente que en nada se parecen una á otra. La primera se encuentra en el catecismo, y allí se está; la segunda en las fábulas de Samaniego para los niños.

Compongámonos, señor de Samaniego. Yo por mí prometo leeros con gusto y atencion, ó instruirme con vuestras tabulas, porque espero que no me equivocaré acerca del objeto de ellas; pero permitidme que no consienta que estudie mi alumno ni una siquiera, hasta que me probeis que le conviene aprender cosas de las cuales ni la cuarta parte entienda; y que en las que pueda comprender no enhile la vereda opuesta, y en vez de enmendarse huyendo de lo que hace el burlado, no quiera imitar al burlador.

Eximiendo así de toda obligacion á los niños, les quito los instrumentos de su mayor miseria, que son los libros. El arete de la infancia es la lectura, y casi la única ocupacion en que sabemos emplearla. De doce años apénas sabrá Emilio que cosa es un libro. Pero es necesario á lo menos, me dirán, que sepa leer. Convengo en ello: necesario es que sepa leer cuando le sea útil la lectura, hasta entónces solo sirve para fastidiarle.

Si nada debe exigirse de los niños por obediencia, se sigue que ninguna cosa agradable ni útil pueden aprender, como no conozcan la actual y presente utilidad que les acarrea, ¿si no, qué motivo les escitaria á aprenderlo? El arte de hablar y oir hablar á los ausentes; el de comunicarles desde lejos sin intermedio nuestros sentimientos, voluntades y deseos, es un arte cuya utilidad se puede hacer palpable á todas las edades. ¿Qué milagro ha convertido tan agradable y al arte, en tormento de la infancia? El haberla violentado á que se aplique á él contra su voluntad, y el usarle para cosas que ella no entiende. Se puede un niño cuidarse mucho de perfeccionar el in-

strumento con que le atormentan; pero haced de modo que sirva este mismo instrumento para su diversion, y en breve se aplicará á él, aunque sea contra vuestra voluntad.

Se mira como asunto muy importante el averiguar los mejores métodos de aprender á hacer: inventan cartones, barajas, y convierten el aposento de un niño en un obrador de imprenta. Locke quiere que aprenda á leer con dados. ¿No es una invencion esquisita? ¡Qué miseria! Medio mas cierto que todos esos es el que siempre echan en olvido, el deseo de aprender. Infundid al niño este deseo, y dejad luego á un lado vuestros cartones y vuestros dados, que todo método sera bueno para él.

El interes actual, este es el gran móvil, el único que conduce con certeza y va lejos. Algunas veces recibe Emilio de su padre, de su madre, de sus parientes, de sus amigos esquelas de convite para una comida, para un paseo, para una partida de pesca, para ver una feria; las esquelas son cortas, claras, y están muy bien escritas. Es preciso hallar uno que se las lea, y este uno no siempre se encuentra á punto fijo, ó paga al niño en la misma moneda la falta de condescendencia que este tuvo con él el dia antes; así se deja pasar la ocasion, la hora. Al fin le leen la esquela; pero ya no es tiempo. ¡Ha; si hubiera uno sabido leer! Otras se reciben igualmente cortas, ¡y el contenido es tan interesante! Quisiéramos probarnos á descifrarlas unas veces hallamos quien nos ayude; otras no quieren. A puro descrismarnos desciframos al fin la mitad de la esquela; se trata de ir mañana á comer requesones... pero no sabemos adonde, ni con quien..... ¡Cuantos esfuerzos hacemos por leer lo demas! Creo que Emilio no necesite cartones. ¿Hablaré ahora del escribir? No; que me da vergüenza divertirme en estas boberías en un tratado de educacion.

Una palabra sola añadiré que constituye una máxima importante, y es que por lo comun alcanza uno con mucha facilidad y prontitud lo que no se da mucha priesa á alcanzar. Casi estoy cierto de que sabrá perfectamente Emilio leer y escribir ántes que tenga diez años, precisamente porque me importa, poquísimo que sepa hacerlo ántes de los quince; pero mas quisiera que nunca supiese leer, que comprar esta ciencia á precio de todo cuanto puede hacerla útil. ¿Para qué le servirá la lectura, cuando le hayan aburrido para siempre de leer? *Id in primis cavere oportebit, ne studia, qui amare nondum, potest, oderit et amaritudirem semel perceptam etiam ultra rudes annos reformidet*([36]).

Cuanto mas insisto acerca de mi método inactivo, mas reconozco que se esfuerzan las objeciones. Si nada aprende de vos vuestro alumno, aprenderá de los demas. Si con la verdad no precaveis el error, aprenderá mentiras, las preocupaciones que temeis darle, las recibirá de todo cuanto á él se acerca; se introducirán por todos sus sentidos, ó estragarán su razon aun ántes de que se forme; ó bien entorpecido su entendimiento por tan dilatada inaccion se absorverá en la materia. Desacotumbrándole á pensar en su infancia, se le privará de esta facultad para todo lo demas de su vida.

Paréceme que con facilidad pudiera responder á estas objeciones: ¿pero á qué viene dar siempre respuestas? Si mi método responde por sí propio á las objeciones, es bueno; si no responde, nada vale. Sigo adelante.

Si conformandoos con el plan que acabo de delinear, seguis reglas directamente opuestas á las establecidas; si en vez de lanzar á remotos distancias el entendimiento de vuestro alumno; en vez de estraviarle sin cesar en apartados climas, en otros siglos, y hasta en los estremos de la tierra, y hasta en los cielos; os aplicais á retenerle siempre dentro de él propio, y á que esté atento á lo que inmediatamente le loca, le hallareis capaz de percepcion, de memoria y hasta de raciocinio; este es el órden de la naturaleza. Al paso que se convierte en activo el ser sensitivo, adquiere discernimiento con proporcion á sus fuerzas, y solo con la fuerza sobrante de la que necesita para conservarse, se desenvuelve en él la facultad especulativa idónea para emplear en otros usos este esceso de fuerza. ¿Quereis cultivar la inteligencia de vuestro alumno? Cultivad las fuerzas que esta ha de gobernar. Ejercitad continuamente su cuerpo: hacedle robusto y sano, para hacerle racional y cuerdo; trabaje, obra, corra, grite, esté en movimiento siempre; sea hombre por el vigor, y en breve lo será por la razon.

Es cierto que lo embruteceriais con esto método, si estubieseis siempre dirigiéndole, siempre diciéndole: vete, vente, quédate, haz esto, no hagas lo otro. Si sus brazos son siempre conducidos por vuestra cabeza, la suya viene á serle inútil. Acordaos de nuestras convenciones; si sois un pedante, es inútil que me leais.

Miserable error es creer que perjudique el ejercicio corporal á las operaciones del ánimo, como si no hubiesen de andar acordes estas dos operaciones, y no debiese dirigir siempre una á otra.

Dos especies hay de hombres cuyos cuerpos están en continuo ejercicio, y que seguramente piensan tan poco unos como otros en cultivar su razon, conviene á saber, los aldeanos y los salvages. Los primeros son rústicos, toscos, desmañados; los otros, célebres por su mucha cordura, lo son tambien por la sutileza de su inteligencia y de sus invenciones; en general no hay ente mas torpe que un lugareño, ni mas listo que un salvage. ¿De donde procede esta diferencia? de que como aquel hace siempre lo que le mandan, ó lo que vió hacer á su padre, ó lo que ha hecho él desde su niñez, siempre se guia por la práctica; y ocupado sin cesar durante una vida casi maquinal en las mismas faenas, él hábito y la obediencia sustituyen en él la razon. Otra cosa es en cuanto al salvage; no estando adieto á sitio ninguno, no teniendo faena prescrita, no obedeciendo á nadie, ni siguiendo otra ley que su voluntad, se ve precisado á raciocinar para cada accion de su vida; y ántes de haber contagiado de antemano las consecuencias, ni se menea, ni da un paso. Así cuanto mas se ejercita su cuerpo, unas se ilustra su entendimiento; crecen en uno su fuerza y su razon, y se aumentan una por otra.

Sapientísimo preceptor, veamos cual de nuestros dos alumnos se parece al salvage y cual al villano. Sujeto en todo el vuestro á una autoridad enseñante, nada hace como no sea por disposicion agena; no se atreve á comer cuando tiene hambre, ni á beber cuando tiene sed, ni á reirse cuando está alegre, ni á llorar cuando está triste, ni á presentar una mano por otra, ni á menear el pie si no se lo prescriben; en breve no será osado á alentar sin seguir vuestras reglas. ¿En qué quereis que piense, si pensais en todo en vez de él? Cierto de vuestra prevision, ¿qué necesita él tenerla? Viendo que os encargais de su conservacion de su bien estar, se siente desembarazado de este afan; su juicio descansa en el vuestro; todo cuanto no le vedais, lo hace sin reflexion, sabiendo que en ello no corre riesgo. ¿Qué necesidad tiene de aprender á prever la lluvia? Bien sabe que en vez de él contemplais vos las nubes. ¿Qué necesita calcular su paseo? No teme que dejeis que se le pase la hora de comer. Miéntras no le prohibis que coma, come; cuando se lo prohibis, no come, sin escuchar el dictamen de su estómago, sino el vuestro. En balde enervais su cuerpo en la inaccion, no, por eso haceis mas flexible su entendimiento; muy al contrario, desacreditais enteramente la razon en su ánimo, haciéndole gastar la poca que tiene en las cosas que mas inútiles le parecen. No viendo nunca para que sirve, se figura al fin que no es buena para nada. Lo peor que puede sucederle, cuando discurre mal, es que le

reprendan, y esto le sucede tantas veces, que ya no hace caso; no le asusta riesgo tan frecuente.

Hallais no obstante que tiene despejo, y le tiene en efecto para charlar con las mugeres, con el estilo de que he hablado ya; pero llegue la ocasion de arriesgar su persona, de resolverse en un lance arduo, y le veréis cien veces mas tonto y mas torpe que el hijo del mas rústico paleto.

Pero mi alumno, ó mas ántes el de la naturaleza, ejercitado muy de temprano á bastarse á sí propio en cuanto es posible, no se acostumbra á recurrir á los demas, y ménos todavía á hacer alarde de su mucho saber; en cambio juzga, provee, raciocina en todo cuanto dice con el relacion inmediata. No charla, que obra; no sabe ni una palabra de cuanto en el mundo sucede, pero muy bien sabe hacer todo cuanto le conviene. Como sin cesar está en movimiento, se ve precisado á observar muchas cosas, á conocer muchos efectos; muy presto adquiere mucha esperiencia; aprende las lecciones de la naturaleza, no de los hombres; tanto mejor se instruye, cuanto en parte ninguna ve la intencion de instruirlo. Así se ejercitan á la par su espíritu y su cuerpo. Obrando siempre conforme á su propio pensamiento y no al ageno, continuamente casa dos operaciones; y al paso que se fortalece y robustece, se hace racional y juicioso.

Medio para alcanzar un dia lo que creen incompatible, y que han reunido casi todos los grandes hombres, la fuerza del cuerpo y del ánimo, la razon de un sabio y el vigor de un atleta.

Institutor jóven, un arte difícil te predico, que es el de dirigir sin preceptos, y hacerlo todo sin hacer nada Convengo en que no es este para tu edad; que no es idóneo para hacer que luzca tu talento, ni granjearte aprecio con los padres; pero es el único para conseguir el fin. Nunca conseguirás formar sabios, si no formas primero tunantuelos: esta era la educacion de los Espartanos; en vez de pegar los niños á los libros, los enseñaban á robar lo que habian de comer. ¿Eran por eso toscos los Espartanos, cuando grandes? ¿Quién no sabe la energía y el donaire de sus prontitudes? destinados siempre á vencer á sus enemigos, en todo género de guerra los arrollaban, y tanto como sus golpes temian sus dichos los parlanchines Atenienses.

En las educaciones que con mas esmero se hacen, manda el maestro y cree que dirige; y quien en efecto dirige es el niño, que se vale de lo que de él exigis para alcanzar de vos lo que se le antoja, y haceros pagar con ocho

dias de condescendencia una hora de aplicacion á cada instante es necesario entrar en convenios con él. Estos tratados que proponeis á la manera vuestra, y que ejecuta él á la suya, siempre paran en beneficio de sus voluntariedades, especialmente si se incurre en la torpeza de estipular, como una condicion que ha de redundar en beneficio suyo, lo que está cierto que ha de alcanzar, ora cumpla con la condicion que le ponen, ora falta ella. Por lo comun mucho mejor lee el niño en el alma del maestro, que este en el corazon del niño; y debe ser así, porque toda cuanta sagacidad hubiera ejercitado, el niño entregado á sí propio en cuidar de su conservacion personal, la ejercita ahora en sacar su libertad natural de las cadenas de su tirano; miéntras que este, que no tiene tan urgente interes en adivinar lo que el otro piensa, halla algunas veces que mas le conviene dejarle con su pereza ó su vanidad.

Tomad con vuestro alumno el camino opuesto; crea él que siempre es el amo, y serlo siempre vos de verdad.!No hay tan completa sujecion como la que conserva las apariencias de la libertad, porque así la voluntad misma está cautiva. ¿No está á merced de vos un pobre niño que nada sabe, nada puede, ni nada conoce? ¿No disponeis, con relacion á él, de todo cuanto á él se acerca? ¿No sois árbitro de darle las impresiones que querais? ¿No están en vuestra mano sin que ello sepa, sus faenas, sus juegos, sus deleites, sus penas, todo? Sin duda no debe hacer mas de lo que él quiera; pero solo lo que vos quisiereis que haga, debe él querer; no debe dar un paso sin que le hayáis previsto de antemano, ni desplegar los labios sin que sepais lo que va á decir.

Entónces se podrá entregar á los ejercicios corporales que pide su edad, sin embrutecer su entendimiento; entónces, en vez de imaginar tretas para eludir un imperio incómodo, le veréis que únicamente se ocupa en sacar de todo cuanto halle á la mano el fruto mas provechoso para su actual bien estar; entónces os pasmará la sutileza de sus invenciones para apropiarse todos los objetos que puede alcanzar, y disfrutar verdaderamente de los cosas sin el auxilio de la opinion.

Dejándole de este modo árbitro de sus voluntades, no fomentaréis sus antojos. En no haciendo mas de lo que le pete, presto hará solo aquello que deba hacer; y aunque su cuerpo esté en continuo movimiento, cuando se trate de su interes actual y sensible, ya veréis como se desenvuelve toda la razon de que es capaz mucho mejor y de un modo mas adaptable para él, que en estudios de mera especulacion.

De esta suerte viendo que no pensais en quitarle su gusto, sin desconfiarse de vos, y no teniendo porque ocultaros nada, ni os engañará, ni os mentirá; se manifestará sin rebozo como él es; le podréis estudiar á vuestras anchuras, y preparar en torno de él las lecciones que querais darle, sin que nunca se figure él que las recibe.

Tampoco acechará vuestras costumbres con sudosa curiosidad, ni se complacerá secretamente en cogeros en culpa flagrante. Gravísimo es este inconveniente que precavemos, Ya he dicho que una de las primeras solicitudes de los niños es descubrir el flaco de los que los gobiernan. Esta inclinacion conduce á la malicia, pero no proviene de ella; procede de la necesidad de eludir una autoridad que les es enojosa. Procuran sacudir el yugo que les imponen y que los abruma; y los defectos que á sus maestros les hallan les ofrecen para esto medios sumamente adecuados. Entre tanto adquieren el hábito de observar los defectos de las personas, y complacerse en encontralos. Claro es que hemos cegado un minero de vicios en el corazon de Emilio, que como no tiene interes ninguno en encontrar mis defectos, no los buscará, ni le vendrá la idea de indagar los de los demas.

Toda esta práctica parece dificultosa, porque en efecto no se piensa en ella; pero en realidad no lo es. Hay derecho para suponeros con las luces necesarias para ejercer la profesion que habeis escogido; es de presumir que conoceis el progreso natural del corazon humano, que sabeis estudiar el hombre y el individuo, que de antemano sabeis á que se inclinará la voluntad de vuestro alumno con motivo de todos los objetos que á su edad interesen, y cuya reseña le hagais pasar. ¿Poseer pues los instrumentos y saber usarlos bien, no es ser árbitro de la operacion?

Me objetais los caprichos del niño, y no teneis razon. Nunca el capricho de los niños es parto de la naturaleza, sino de una mala disciplina; consiste en que han obedecido ó mandado y ya he dicho cien veces que no debia ser ni uno ni otro. Vuestro alumno no tendrá otros caprichos que los que vos le habreis dado; justo es que pagueis la pena de vuestras culpas. Pero, me diréis, ¿como se han de remediar estos? Aun eso es posible, con otra conducta, y mucha paciencia.

Me habia encargado por espado de algunas semanas de un niño acostumbrado no solo á hacer su voluntad, sino á que la hiciera todo el mundo, por consiguiente voluntarioso en demasía. Desde el primer dia, para poner

aprueba mi condescendencia, quiso levantarse á media noche. Cuando mas bien dormia yo, se tira de la cama, coge su ropa de casa, y me llama. Levántome, enciendo luz; no queria él otra cosa: al cabo de un cuarto de hora le da sueño, y vuelve á acostarse muy satisfecho con su prueba. Dos dias despues la reitera con igual fruto, y sin la mas leve señal de impaciencia por mi parte. Al volverse á acostar me dió un abrazo, y yo le dije con mucho sosiego: amiguito, bueno está, pero no vuelvas a hacerlo. Llamó este dicho su curiosidad, y la siguiente noche deseoso de saber si me atreveria á desobedecerle, no dejó de volverse á levantar á la hora, y llamarme. Pregúntele qué queria. Díjome que no podia dormir. *Malo es eso,* le repliqué, y me estuve quieto. Rogóme que encendiese luz. *¿Para qué?* y me estuve quieto. Ya empezaba á ponerle en confusion mi estilo lacónico. Fuése á tientas á buscar el eslabon, y fingió que encendia yesca; yo no podia contener la risa oyendo los golpes que se daba en los dedos. Convencido al fio da que no podria salirse con la suya, me trajo el pedernal á la cama: yo le dije que para nada le necesitaba, y me volví del otro lado. Entónces empezó á dar carreras por el cuarto como un atolondrado, gritando, cantando, metiendo mucha bulla, dándose golpes contra la mesa y las sillas, que tenia buen cuidado de que no fueran muy fuertes, sin dejar por eso de chillar mucho, esperando meterme miedo. Nada de esto aprovechaba; y eché de ver que contando con un elocuente sermon ó con mi enfado, no sabia que hacerse con mi serenidad.

Resuelto no obstante á vencer mi paciencia á fuerza de terquedad, siguió en su gresca con tanto fruto, que al fin monté en cólera; y previendo que lo iba á echar á perder todo con mi impertinente arrebato, tomé la determinacion siguiente. Levantéme sin decir nada, busqué el eslabon, que no hallé; se le pido, y me le da, no cabiendo en sí de gozo por haber triunfado de mí. Echo yesca, enciendo luz, agarro de la mano á mi hombrecillo, le llevo con mucho sosiego á un gabinete inmediato cuyas ventanas estaban bien cerradas, y donde no habia nada que hacer pedazos; le dejo en el á oscuras, y torciendo la llave, me vuelvo á acostar sin hablarle palabra. No se me pregunte cual seria la batahola; contaba yo con ella, y así no hice caso. Al fin cesa la bulla; pongo el oido, oygo que se está arreglando, y me tranquilizo. Al otro dia de mañana entro en el gabinete, y me encuentro á mi alborotadorcillo tendido en una camilla, y durmiendo á pierna suelta, que bien lo debia necesitar despues de tanta faena.

No paró en esto el negocio. Supo la madre que habia pasado el niño los dos tercios de la vida fuera de la cama. ¡Jesús, qué desgracia! poco ménos que muerto estaba el chico. Viendo este que era buena ocasion para vengarse, hizo el malo, sin proveer que nada iba á sacar. Llamaron al médico. Era el tal médico por desgracia para la madre un chuzon que se aplicaba á aumentar sus temores por reirse de ellos. Díceme al oido: déjelo Vm. por mi cuenta, que yo le prometo que por algun tiempo quede curado el muchacho del antojo de estar malo. Efectivamente le recetó dieta y no salir del cuarto, y aun se le encomendó al boticario. Yo gemia al ver á esta pobre madre con quien jugaban todos cuantos tenia cerca, escepto yo solo a quien cogió horror, precisamente porque no la engañaba.

Despues de quejas muy agrias, me dijo que su hijo era delicado, que era el único heredero de la familia, que era necesario conservarle á cualquier precio, y que no queria que le quitaran su gusto. En esto era yo de su mismo dictámen; pero llamaba cita quitarle su gusto el no obedecerle en tocio. Ví entónces que era necesario tomar el mismo estilo con la madre que con el hijo, y díjele con mucha serenidad: Señora, yo no sé como se educan los herederos, y mas es, que tampoco quiero aprenderlo; con que arréglese Vm. como le parezca. Necesitaban de mí algun tiempo mas: el padre hizo las paces; escribió la madre al preceptor que se diera priesa á volver; y viendo el niño que no sacaba provecho con interrumpirme el sueño ni con estar malo, se resolvió á dormir y á tenor salud.

No es dable imaginarse á cuantas manías semejantes habia sujetado el tiranuelo á su malhadado ayo, porque se hacia la educacion á vista de la madre, que no conseniía que desobedecieran en nada al heredero. Fuese la hora que fuera, cuando queria salir de casa, era necesario estar dispuesto á conducirle, ó mas bien á seguirle, y se esmeraba siempre en escoger el rato que via mas ocupado á su ayo. Quiso usar del mismo imperio conmigo, y vengarse por el dia del sosiego en que tenia por fuerza que dejarme de noche. Me allané a todo sin repugnancia, y empecé por poner en claro á sus propios ojos el gusto que en contentarle tenia; luego, cuando se trató de sanarle de su manía, tomé otro giro.

Lo primero fué preciso que él viera que la culpa era suya, y eso no fué dificultoso. Sabiendo que los niños solo piensan en el momento presente, me tomé la fácil ventaja de la prevision; hice que bailara en casa una diversion á que sabia yo que era muy aficionado; y cuando mas embebido estaba

en ella, le fuí á proponer que diéramos un paseo; se negó á ello; insistí, no hizo caso; fué preciso que yo cediese, y notó preciosamente en sí esta señal de sujecion.

El dia siguiente fué mi vez. Se aburrió, y yo lo habia compuesto todo para que así sucediese; por el contrario parecia que estaba yo muy ocupado. No era menester tanto para determinarle. No dejó de venir á sacarme de mi labor para que le llevara al instante á paseo; neguéme, y él se empeñó. No, le dije; pues que tú haces tu voluntad, yo haré la mia; no quiero salir. Bien está, replicó con viveza, yo saldré solo. Como quisieres; y me vuelvo á mi faena. Se viste algo inquieto al ver que yo le dejaba, y no le imitaba, Ya para salir, viene á despedirse: yo me despido de él; procura meterme miedo contándome las caminatas que va á hacer; al oirle, hubiera pensado que iba al cabo del mundo. Sin alterarme, le deseo buen viage, y con eso crece su desasosiego; afecta sin embargo serenidad en el semblante, y al salir dice al lacayo que le siga. Advertido este responde que no tiene lugar, y que ocupado por órden mía, primero debe obedecer á mí que á él. De esta vez no sabe el niño donde está. ¿Como en de concebir él que le dejen salir solo, cuando se cree el ser que importa á todos los demas, y piensa que cielo y tierra se interesan en su conservacion? No obstante empieza á reconocer su flaqueza; corresponde que se va á encontrar solo entre gentes que no le conocen; ve, de antemano los riesgos que va á correr: solo su obstinacion mantiene ya la porfía; baja en lentos pasos y muy confuso la escalera. Por fin asoma por la calle, algo consolado del mal que pueda sucederia, con la esperanza que me le achaquen á mí.

Aquí le aguardaba yo. Estaba todo dispuesto de antemano; y como se trataba de una especie de escena pública, habia alcanzado el consentimiento de su padre. Apenas habia andado algunos pasos, cuando oye á mano izquierda y á derecha que habla la gente de él. Vecino, ¡qué bonito niño! ¿adonde va así solo? Se va á perder; voy á decirle que entre en casa. Vecina, no hagais tal. ¿No veis que es un chulillo que le han echado de casa de sus padres, porque no podian hacer carrera de él? No metamos chulos en casa; dejadle que vaya adonde quiera. Pues con bien vaya, y Dios le guie, que sentiria que le sucediera alguna desgracia. Algo mas lejos encuentra unos pillos casi de su misma edad, que le provocan, y hacen burla de él. Cuanto mas adelanta, mas estorbos encuentra. Solo y sin amparo, se mira hecho la

irrision de todo el mundo, y no sin estrañarlo ve que sus medias de seda y sus hebillas doradas no infunden respeto ninguno.

No obstante uno de sus amigos que él no conocia, y á quien yo habia dado la comision de que no le perdiera de vista, le seguia paso á paso sin que él lo entendiese, y se llegó á él cuando fué tiempo. Este papel parecido al del mayordomo del Duque en la ínsula de Sancho, requeria un hombre de talento, y mi amigo le desempeñó á toda mi satisfaccion. Sin meterle mucho miedo, ni desalentarle en demasía, tan bien le dió á entender la imprudencia de su cascabelada, que me le trajo al cabo de media hora blando, confuso, y sin atreverse á alzar los ojos.

Por remate de su desastrada escepcion, precisamente al tiempo que entraba él, salia su padre y le encontró en la escalera. Fué preciso decir de donde venia, porque no estaba yo con él [37]. Hubiera querido el pobre chico estar siete estados debajo de tierra. Sin pararse en darle una larga reprension, le dijo su padre con mas sequedad de lo que yo esperaba: Cuando quiera Vm. salir solo, puede hacerlo; pero como no quiero tener un bandido en mi casa, si sucede otra vez, tenga Vm. cuenta con no volver mas. Yo le recibí sin burlarme de él, sin echarle nada en cara, pero con alguna gravedad; y con temor de que sospechase que era juguete cuanto habia sucedido, no le quise sacar á paseo aquel dia. Al otro, ví con suma satisfaccion que pasaba conmigo en ademan de un triunfador por delante de las mismas personas que el dia ántes se habian burlado de él, porque le habian hallado solo, bien se colige que no me volveria á amenazar de que saldria sin mí.

Por estos medios y otros semejantes conseguí en el poco tiempo que con él estuve, que hiciera todo cuanto yo queria sin mandarle, sin prohibirle nada; sin sermones ni exhortaciones, y sin fastidiarle con lecciones inútiles. Cuando yo hablaba, él estaba satisfecho; pero mi silencio le infundia temor: conocia que iba mal algo, y siempre sacaba la leccion de la misma cosa. Volvamos á nuestro asunto.

Estos ejercicios continuos, abandonados de este modo á sola la direccion de la naturaleza, no solo fortalecen el cuerpo sin embrutecer el alma, sino que por el contrario constituyen en nosotros la única especie de razon de que sea capaz la primera edad, y que es mas necesaria en todas. Nos enseñan á conocer bien el uso de nuestras fuerzas, las relaciones de nuestros cuerpos con los cuerpos que nos rodean, y el uso de los instrumentos natu-

rales que están á nuestra disposicion, y convienen á nuestros órganos. ¿Hay estupidez qué iguale á la de un niño educado siempre en el aposento y sin salir de las faldas de su madre? No sabe que cosa es peso y resistencia, y quiere arrancar un árbol, ó levantar una roca. La primera vez que salí yo de Ginebra, queria alcanzar á un caballo á galope; tiraba piedras al monte de Saleve, que dista dos leguas: irrision de todos los niños del lugar, me miraban como un verdadero idiota á los diez y ocho años, se aprende en filosofía que es la palanca, y no hay chico de lugar de doce, que no se sepa servir de ella mejor que el primer mecánico de la academia. Cien veces mas aprovechan á los estudiantes las lecciones que unos con otros toman en los patios del colegio, que cuanto les enseñan en la cátedra.

Contemplad á un gato que por la primera vez entra en un aposento: visita, mira, husmea, no está parado ni un punto, de nada se fía hasta que tocio lo ha examinado y conocido. Lo mismo hace un niño que empieza á andar, y que entra, por decirlo así, en el vasto espacio del mundo. La diferencia consiste toda tu que con la vista comun del niño y del gato, juntan para observar, el primero las manos que le dió la naturaleza, y el segundo el sutil olfato con que le dotó. Bien ó mal cultivada esta disposicion hace á los niños mañosos ó torpes, pesados ó listos, atolondrados ó prudentes.

Siendo el primer movimiento natural del hombre el medirse con todo cuanto le rodea, y esperimentar en cada objeto que ve todas las cualidades sensibles que pueden tener relacion con el, su primer estudio es una especie de física esperimental relativa á su propia conservacion, y de que le apartan los estudios especulativos, ántes que haya reconocido su sitio en la tierra. Mientras que dedicados y flexibles sus órganos se pueden ajustar en los cuerpos en que deben obrar, y que puros aun sus sentidos están exentos de ilusiones es tiempo de ejercitar unos y otros en las funciones que les son peculiares; es tiempo de aprender á conocer las relaciones sensibles que con nosotros tienen las cosas; y como todo cuanto se introduce en el entendimiento humano pasa por los sentidos, la rezan primera del hombre es una razon sensitiva, que es la que á la razon intelectual le sirve de basa: así nuestros primeros maestros de filosofía son nuestros pies, nuestras manos y nuestros ojos. Sustituir libros á todo esto, no es enseñarnos á raciocinar, es, sí, enseñarnos á valernos de la razon agena, es enseñarnos á creer mucho y no saber nunca nada.

Para ejercitar un arte, es necesario grangearse los instrumentos de él; y para poder emplear con utilidad estos instrumentos, es necesario hacerlos tan sólidos que resistan á su uso. Así para aprender á pensar, es necesario ejercitar nuestros miembros, nuestros sentidos y nuestras órganos, que son los instrumentos de nuestra inteligencia; y para sacar toda la utilidad posible de estos instrumentos, es necesario que el cuerpo que nos los suministra, esté robusto y sano, De suerte que lejos de que se forme sin dependencia del cuerpo la verdadera razon del hombre, la buena constitucion corporal es la que hace fáciles y seguras las operaciones del entendimiento.

Cuando hago ver como se ha de emplear la dilatada ociosidad de la infancia, especifico circunstancias que parecerán ridículas. ¡Donosas lecciones, me dirán, que valiéndonos de vuestra propia crítica, se ciñen á enseñar lo que nadie necesita aprender ¿Para qué es consumir el tiempo en instrucciones que por sí mismas se toman siempre, y que no cuestan afanes ni desvelos? ¿Qué niño de doce años hay que no sepa todo cuanto quereis enseñar al vuestro, y ademas lo que le han enseñado sus maestros?

Os engañais, señores, que yo enseño á mi alumno un arte muy largo, muy penoso, y que seguramente no saben los vuestros, el arte de ser ignorante, porque la ciencia del que no cree que sabe mas de lo que sabe se ciñe á poquísima cosa. Vosotros dais ciencia: para bien sea; yo me ocupo en el instrumento que sirve para adquirirla. Cuentan que habiendo enseñado un dia con mucha pompa los Venecianos el tesoro de san Marcos á un embajador de España, la enhorabuena que este les dió fué decirles, despues de haber mirado debajo de la mesa: *Quì non c'e la radice, Aquí no está la rais*. Nunca veo un preceptor hacer alarde de lo que sabe su discípulo, sin que me den tentaciones de decirle otro tanto.

Todos cuantos han reflexionado sobre el modo de vivir de los antiguos, atribuyen á sus ejercicios de gimnástica aquel vigor de cuerpo y alma que mas eminentemente los distingue de los modernos. Del modo que Montaigne apoya este dictámen, hace ver cuan penetrado estaba de él: asi no cesa de inculcarle de mil modos. Hablando de la educacion de un niño: para arreciarle el alma, es necesario, dice, endurecerle los músculos; acostumbrándole al trabajo, le acostumbramos al dolor; es preciso avezarle á la aspereza de los ejercicios, para domesticarle con la aspereza da la dislocacion, el dolor cólico, y todas las dolencias. En solo el punto de ejercitar mucho el cuerpo de los niños están acordes todos, el sabio Locke, el buen Rollin, el

erudito Fleuri, el pedante Crouzas, que en todo lo demas tanto discuerdan. Este es el mas cuerdo de sus preceptos, y el que siempre es y será desatendido. Ya he dicho lo suficiente acerca de su importancia; y como no es posible dar en esta materia razones mas perentorias, ni reglas mas acertadas que las que se encuentran en el libro de Locke, me remitiré á él, tomándome la libertad de añadir á sus observaciones algunas mias.

Los miembros de un cuerpo que crece deben estar todos á su anchura dentro de su trage: nada debe estorbar su incremento ni su movimiento; nada ha de estar sobrado justo, ni pegado al cuerpo; ninguna ligatura. El trago francés, incómodo y mal sano para los hombres, es particularmente perjudicial para los niños, bataneados, parados en su circulacion los humores, y encenagándose en el sosiego aumentado por la vida inactiva y sedentaria, se corrompen y ocasionan el escorbuto; enfermedad que cada dia se propaga unas entre nosotros, y que apénas conocían los antiguos, porque su modo de vestir y vivir los preservaba de ella. Lejos de remediar este inconveniente el tinge de ahusar le aumenta, y por quitar á los niños algunas ligaduras, les aprieta tocio el cuerpo. Lo mejor que hay que hacer es que traigan vaquero el mas tiempo que sea dable, darles luego vestidos muy anchos, y no empeñarse en que lleven el tallo ajustado; lo cual solo sirve para desfigurársela. Sus defectos de cuerpo y alma provienen casi todos de una misma causa, de querer que sean hombres ántes de tiempo.

11 á y colores alegres y colores tristes: los primeros gustan mas á los niños, y tambien les caen mejor, de suerte que no veo que haya motivo para no seguir en esto lo que naturalmente les conviene; pero así que prefieren un tejido porque es rico, ya está entregado su corazon al lujo, á todas las veleidades de la Opinion; y cierto no les viene este gusto de ellos propios. No es posible ponderar cuanto influyen en la educacion la eleccion de los vestidos, y los motivos para escogerlos. No solo hay madres ciegas que prometen á sus hijos gala en recompensa, tambien vemos ayos tan desatinados que amenazan á sus alumnos con ponerles en castigo un vestido mas fusco y mas sencillo. Si no estudiais mejor, si no mirais mas por la ropa, os vestirán como á aquel chico de lugar, que es lo mismo que si le dijesen: Sabed que no es mas el hombre que lo que le hace su trago, y que todo cuanto valeis se cifra en el que llevais. ¿Qué nos pasmamos de que se aproveche la juventud de lecciones las cuerdas, que solo el adorno estime, y que por solo el esterior valúe el mérito!

Si tuviera que sanar lo cabeza de un niño echado así á perder, me esmerarla en que fuesen sus mas ricos vestidos los mas incómodos, que estuviese siempre oprimido, siempre violento, siempre de mil maneras sujeto; luciera que se huyesen la alegría y la libertad de su magnificencia; si se quisiese meter á jugar con otros niños vestidos con mas sencillez, al instante cesaria todo, desapareceria todo. Finalmente de tal modo le fastidiara, le hartara de su boato; de tal manera le hiciera esclavo de su vestido dorado, que seria el torcedor de su vida, y veria con ménos susto el calabozo mas negro que los preparativos de su engalanamiento. Miéntras no se haya hecho el niño esclavo de nuestras preocupaciones, siempre es su primer deseo el estar á su gusto y libre; el trage mas sencillo, mas cómodo, y que ménos le sujeta, es siempre para él el mas precioso.

algún hábito del cuerpo que conviene para los ejercicios, y otro que conviene mas para la inaccion. Dejando esta á los humores un curso igual y uniforme, debe resguardar el cuerpo de las alteraciones del aire; y haciéndole la otra que pase sin cesar de la agitacion al sosiego, y del calor al frio, le debe acostumbrar á las mismas alteraciones. De aquí se sigue que las personas caseras y sedentarias se deben arropar bien en todo tiempo, para conservar su cuerpo en un temple uniforme, casi el mismo en toda estacion y á todas las horas del dia. Por el contrario, siempre deben llevar vestidos ligeros los que van y vienen al viento, al sol y á la lluvia; los que se mueven mucho y andan la mayor parte del tiempo *sub dio,* para habituarse á todas las vicisitudes del aire y grados de temple, sin hallarse incomodados. A unos y á otros aconsejaria que no mudasen de Ira ge con la mudanza de estaciones, y esta será la práctica constante, de mi Emilio, con lo cual no quiero decir que lleve por el verano su vestido de hibierno, como las personas sedentarias, sino que el hibierno lleve su vestido de verano como las laboriosas. Este ultimo fué el estilo que usó toda su vida Isaac Newton, y vivió ochenta años.

La cabeza toco ó nada cubierta en todas las estaciones. Los antiguos Egipcios la llevaban siempre descubierta; los Persas se la cubrian con abultadas tiaras, y todavía hoy se la cubren con espesos turbantes, cuyo uso, segun Chardin, es necesario por el aire del pais. Tan otro parage he notado [38] la distincion que hizo Herodoto en un campo de batalla, cutre los cráneos de, los Persas y los Egipcios. Y como importa que se tornen los huesos de la cabeza mas duros, mas compactos, ménos frágiles y ménos porosos, para

armar mejor el cerebro no solo emitía las heridas, sino contra los resfriados, las fluxiones, y todas las impresiones del aire, habeis de acostumbrar á vuestros hijos á que anden siempre con la cabeza descubierta en hibierno y verano, de noche y de dia. Y si por limpieza, y porque no se les enreden los cabellos, les quereis dar un gorro de noche, que sea un gorro menudo, claro, y semejante á la redecilla en que meten los Bascos el pelo. Bien sé que la mayor parte de las madres, mas movidas que la observacion de Chardin que de mis razones; creerán que en Ludas partes encuentran el aire de Persia; pero yo no he escogido á mi alumno Europeo para hacerle Asiático.

Generalmente hablando, arropan mucho á los niños, y especialmente durante la primera edad. Mas conviniera endurecerlos para el frio que para el calor; el mucho frio no los incomoda nunca cuando los dejan espuestos á él desde muy temprano; pero dejando el tejido de su cutis, todavía muy tierna y muy lacia, sobrado libre el paso á la transpiracion, les acarrea con el mucho calor una consternacion inevitable. Por eso se nota que mueren mas niños en el mes de agosto que en otro mes ninguno. Por otra parte, la comparacion de los pueblos del norte con los del mediodia prueba que se hace mas robusto el que aguanta el esceso del frió que el del calor. Pero al paso que crezca el niño y se fortalezcan sus fibras, acostumbradle poco á poco ó arrostrar los rayos del sol; y yendo por grados, le endureceréis sin riesgo para los ardores de la zona tórrida.

En medio de los varoniles y cuerdos preceptos que nos da Locke, incurre en contradicciones que no se esperaban de racionador tan exacto. Este mismo hombre que quiere que se bañen los unios el verano en agua Helada, no quiere que cuando estén caldeados beban agua fria, ni que se acuesten en el suelo en los parages húmedos ([39]). Pero ¿una vez que quiere que les zapatos de los niños cojan agua en todos tiempos, dejarán de cogerla cuanto tenga calor el niño? ¿Y no se le pueden hacer del cuerpo con relacion á los pies las mismas inducciones que hace él de los pies con relacion á las manos, y del cuerpo ron relacion al rostro? Si quereis, le diria, que sea todo el hombre rostro, y por qué llevais á mal que quiera yo que sea todo pies?

Para impedir que beban los niños cuando tienen calor, prescribe que los acostumbren á comer un mendrugo de pan ántes de beber. Es cosa muy estraña que cuando el niño tenga sed, sea menester darle de comer; tanto monta darle de beber, cuando tenga hambre. Nunca me persuadirán á que sean tan desarreglados nuestros primeros apetitos, que no los podamos sat-

isfacer sin espoliemos á la muerte. Si así fuese, se hubiera destruido cien veces el linage humano ántes que se hubiera sabido lo que habia de hacerse para conservarlo.

Siempre que Emilio tenga sed, quiero que fe den de beber; quiero que le den agua pura, y sin preparacion ninguna, ni aun la de templarla, aunque esté bañado en sudor, y aunque sea en el corazon del hibierno. La única atencion que encomiendo, es distinguir la calidad de las aguas. Si el agua es de rio, dádsela al instante como de él sale: si es de fuente, es menester dejarla algun tiempo al aire ántes de beberla. En las estaciones de calor están calientes los rios, no así las fuentes que no han recibido el contacto del aire; es preciso aguardar á que se pongan al temple de la atmósfera. Pero no es cosa natural ni frecuente el sudar el hibierno, especialmente en campo raso; porque como el aire frio pega sin cesar en el cutis, repercute dentro el sudor, y estorba que se abran los poros lo suficiente para darle paso libre. Pero no pretendo yo que en el hibierno se ejercite Emilio junto á un buen fuego, sino fuera, á la inclemencia, en mitad de los hielos. Mientras que se caliente haciendo y tirando pelotas de nieve, dejémosle que beba cuando tenga sed; siga ejercitándose despues de beber, y no tomamos desmán ninguno. Y si por algun otro ejercicio entra en sudor y tiene sed beba frio, aun en este tiempo; haced, sí, por llevarle algo lejos, y poco á poco á que busque agua; y con el frió que se supone, se habrá refrescado, cuando llegue, lo suficiente para beber sin riesgo ninguno. Sobretodo tomad estas precauciones, sin que las eche él de ver. Mas quisiera que estuviera algunas veces malo que mirando sin cesar por su salud.

Los niños necesitan de mucho sueño, porque hacen un ejercicio violento; uno sirve de correctivo á otro: por eso vemos que necesitan de ambos. La noche es el tiempo del sosiego señalado por la naturaleza; es observacion constante que es mas sosegado y mas sereno el sueño miéntras que está el sol bajo del horizonte, y que el aire caldeado con sus rayos no mantiene en tanta calma nuestros sentidos. Así ciertamente el mas saludable hábito es el de levantarse y acostarse con el sol. De donde se colige que en nuestros climas tienen el hombre y los animales generalmente necesidad de dormir mas tiempo en hibierno que en verano. Pero no es tan sencilla, tan natural, tan exenta de azares y revoluciones la vida civil, que debamos acostumbrar al hombre á esta uniformidad, hasta el punto de hacérsela necesaria. Sin duda es preciso sujetarse á reglas; pero poder violarlas sin peligro, cuando lo re-

quiere la necesidad, es la primera de todas las reglas. No afemineis imprudentemente á vuestro alumno en la continuidad de un apacible sueno que nunca sea interrumpido. Abandonadle primero sin apremio á la ley de la naturaleza; pero tío os olvideis de que en nuestros países debe ser superior á esta ley; que debe poder acostarse larde, levantarse temprano, ser despertado ó deshora, pasar las noches en pie, sin incomodarse. Empezando desde muy niño, yendo siempre poco á poco y por grados se acostumbra el temperamento á las mismas cosas que le destruyen, cuando le sujeta á ellas despues de formado.

Importa acostumbrarse cuanto ántes á malas camas; que es el modo de no encontrar ninguna tal. Generalmente hablando, la vida Aura, una vez ¿ella acostumbrados, multiplica nuestras sensaciones gratas; y la vida muelle prepara una infinidad de sensaciones desagradables. Las personas educadas con sobrada delicadeza no pueden dormir como no sea en lechos de pluma; las que están acostumbradas á acostarse en tablas duermen en cualquiera parte, que no hay lecho duro para quien así que se acuesta se duerme.

Un mullido lecho, donde en pluma ó en plumazon uno se entierra, derrite y disuelve, por decirlo así, el cuerpo. Los riñones envueltos con sobrado calor se caldean, y de aquí con frecuencia resultan la piedra ú otros achaques, y infaliblemente una complexion delicada que de todos es causa.

La mejor cama es la que mejor sueño infunde, y esa nos la mullimos Emilio y yo todo el dia. No necesitamos que nos traigan esclavos de Persia para hacernos la cama, que cavando la tierra volvemos nuestros colchones..

Por esperiencia sé yo que cuando esta bueno un niño, es fácil hacerle dormir ó velar segun se quiere. Cuando se ha acostado el niño y fastidia con su charlar á su criada, le dice esta: *duérmete,* que os come si le dijera: *ten salud,* cuando está malo. El verdadero modo de hacerle dormir es fastidiarle á él. Hablad tanto que le preciseis á que se calle, y presto se dormirá: de algo sirven los sermones; lo mismo es predicarle que mecerle; pero si os servís por la noche de este narcótico, tened cuenta con no serviros de él de dia.

Alguna vez despertaré á Emilio, no tanto porque no se acostumbre á dormir mucho tiempo, cuanto por acostumbrarle á todo, hasta que le despierten, y hasta que le despierten subitamente. Pero, en cuanto á lo demas, muy corto fuera mi talento para mi empleo, si no supiera forzarle á que se

despertara por sí, y á que se levantara, por decirlo así, á voluntad mía, sin que le dijese yo una palabra.

Si no duerme lo bastante, le hago que columbre para el dia siguiente una mañana fastidiosa, y tendrá por congracia todo cuanto pueda gastar en dormir: si duerme mucho, le anuncio, para cuando se despierte, una diversion de su gusto. SÍ quiero que se despierte a una hora fija, le digo: mañana á las seis vamos á pescar, ó á pasearnos tí tal parte: ¿quieres venir? Dice que sí, me ruega que le llame; se lo prometo, ó no se lo prometo, segun conviene: si tarda en levantarse, halla que me he ido. Desgracia fuera que no aprendiera á despertarse por sí dentro de puro.

En cuanto á lo demas, si sucediese, que fuera cosa rara, que tuviera inclinacion un niño indolente á enconcharse en la pereza, no deberíamos dejarle entregado á es La inclinacion, que totalmente Ir entorpeceria, sino administrarle un estimulante que le despertara. Se entiende que no se trata efe hacerle obrar de por fuerza, sino de moverle por algun apetito que le escite; y escogido con discernimiento este apetito en el órden de la naturaleza, nos conduce á dos fines á un mismo tiempo.

No imagino cosa ninguna que con un poco de maña no se pueda hacer que gusten de ella y aun con pasion los niños, sin estilar ni su vanidad, ni su emulacion, ni sus zelos bástannos su viveza y su espíritu de imitacion, especialmente su alegría natural, instrumento que tiene asa tan sólida, y que preceptor ninguno ha sabido manejar. En todos los juegos en que están convencidos que no es mas que juego, sin quejarse, y riéndose, sufren lo que sin eso no sufrirían sin verter raudales de lágrimas. Diversiones son de los salvages mozos las largas abstinencias, los golpes, la quemazon, toda especie de tormentos; prueba de que hasta el dolor tiene condimento que le quita su amargura; pero no á todos los maestros atañe saber preparar este manjar, ni acaso á todos los discípulos el paladearle sin hacer muecas. Si no pongo cuidado, otra vez me voy á descarriar en escepciones.

No obstante lo que ninguna admite es la sujecion del hombre al dolor, á los niveles de su especie, ó los desmanes y peligros de la vida, á la muerte en fin. Cuanto mas con estas ideas le familiaricemos, mas le sanaremos de la importuna sensibilidad que con el mal junta la impaciencia de aguantarle; mas con las angustias que aun pueden alcanzarle le domesticaremos, mas le quitaremos, como hubiera dicho Montaigne, la aguijadura de la estrañeza, y

será mas invulnerable y dura su alma, siendo su cuerpo la cota-malla que despunte todos los dardos que en lo vivo pudieran herirle. Un solo azar habrá verdaderamente sensible para él, que es morir; y tambien, como las inmediaciones de la muerte no son la muerte misma, apénas la sentirá en calidad de tal; no morirá, por decirlo así; estará muerto ó vivo, y nada mas. De él sí que hubiera podido decir el mismo Montaigne, lo que de un rey de Marruecos dijo, que nadie tan dentro de la muerte habia vivido. Son, como las demas virtudes, la constancia y la entereza aprendizajes de la infancia; pero no se enseñan á los niños diciéndoles su nombre, sino haciéndoselas saborear ántes que sepan lo que son.

Pero tratándose de morir, ¿como nos conduciremos con nuestro alumno con relacion al riesgo de las viruelas? ¿Se las inocularemos en su primera infancia, ó aguardaremos á que se contagie naturalmente? La primera determinacion, mas conforme con nuestra práctica, exime de peligro la edad en que es mas preciosa la vida, á riesgo de la que ménos lo es, si puede calificarse de riesgo mía inoculacion bien administrada. La segunda es sin embargo mas conforme á nuestros principios generales, de dejar obrar en todo la naturaleza en las solicitudes que se complace en tomar sola, y que abandona, así que quiere el hombre entrar á la parte. Siempre está dispuesto el hombre de la naturaleza: dejemos que le inocule este maestro, que mejor que nosotros escogerá el instante oportuno.

No se colija de aquí que desapruebo yo la inoculacion, porque el raciocinio en virtud del cual eximo de ella á mi alumno no es adaptable á los vuestros. Vuestra educacion los prepara á que no sanen de las viruelas, si de ellas son acometidos; si los dejais contagiará la aventura, probable es que perezcan de ellas. Veo que los varios paises en tanto mas se resisten á la inoculacion cuanto mas necesaria se les hace, y con facilidad se echa de ver la razon. Apenas me dignaré de ventilar esta cuestion con relacion á mi Emilio. Será inoculado ó no lo será, segun los tiempos, los lugares, las circunstancias; que esto es casi indiferente para él. Si le inoculamos las viruelas, sacaremos la utilidad de proveer y conocer de antemano su dolencia, que algo es; pero si naturalmente se contagia, le habremos preservado del médico, que es mas todavía.

Siempre una educacion esclusiva cuyo único blanco es distinguir de la plebe á los que la han recibido, prefiere á los instrucciones mas comunes, y por eso mismo mas útiles, las mas costosas. Así todos los mozos educados

con esmero aprenden á montar á caballo, parque eso cuesta caro; pero ninguno aprende á nadar, porque nada cuesta, y porque puede un artesano nadar tan bien como el primero, lo obstante, sin haber entrado en un picadero, monta un caminante a caballo, se tiene firme, y se sirve de él para cuanto necesita; pero dentro del agua el que no nada se ahoga, y nadie nada sin haber aprendido. Por fin nadie está obligado á montar á caballo sopean de la vida, en vez de que un peligro á que tantas veces nos vemos espuestos nadie está cierto de evitarle. Emilio se hallará en agua como en tierra. ¡Así pudiera vivir en todos los elementos! Si fuera posible enseñarle á volar por los al res, haría de algun águila, y una salamandra, si fuera dable endurecerle al fuego.

Temen que se ahogue un niño cuando aprende á nadar: ora se ahogue cuando aprende ó por no haber aprendido, será siempre culpa vuestra. La vanidad sola es la que nos hace temerarios; nadie lo es cuando no le mira ninguno. Emilio no lo seria, aunque le contemplase el universo entero. Como no pende del riesgo el ejercicio, en un canal del coto de su padre aprenderla á atravesar el Helesponto; pero es preciso acostumbrarse con el riesgo, para aprender á perderle el miedo; y esta es parte esencial del aprendizage de que acabo de hablar. En cuanto á lo demas, siempre atento á medir con sus fuerzas el peligro, y á tomar siempre parte en él, no tendré que mezclar imprudencias cuando arregle el cuidado de su conservacion por el que debo á la mia.

Mas chico que un hombre es un niño; no tiene su razon ni su fuerza; pero oye y ve tan bien como él, ó con poquísima diferencia; tiene el paladar tan sensible, aunque no sea tan delicado, y distingue al igual de él los olores, si bien no tiene su sensualidad. Las primeras facultades que en nosotros se forman y se perfeccionan son los sentidos; por tanto son las primeras que deberian cultivarse, y las únicas que se echan en olvido, ó que mas se descuidan.

Ejercitarlos sentidos, no solo es hacer uso de ellos, sino tambien es aprender á juzgar bien por ellos, aprender, por decirlo así, á sentir, porque no sabemos palpar, ver, ni oir, sino como hemos aprendido.

Hay un ejercicio meramente natural y mecánico, que sirve para robustecer el cuerpo sin dar asidero ninguno al juicio: nadar, correr, brincar, hacer bailar una peonza, tirar piedras, todo eso es escelente; ¿pero no tenemos

masque brazos y piernas? ¿No tenemos tambien ojos y oidos? ¿Son superfinos estos órganos para el uso de los primeros? No ejerciteis esclusivamente las fuerzas, ejercitad á una los sentidos que las dirigen; sacad toda la utilidad posible de ellos; verificad luego la impresion de uno por la de otro: medid, contad, pesad, comparad. No empleeis la fuerza ántes de valuar la resistencia; haced siempre de manera que preceda al uso de los medios la valuacion del efecto. Interesad al niño á que nunca haga esfuerzos insuficientes ó superfluos. Si le acostumbrais a que así prevea el efecto de todos sus movimientos, y á que rectifique con la esperiencia sus errores, ¿no es cosa clara que cuanto mas obre, mas discernimiento grangeará?

¿Se trata de mover una masa? Si cojo una palanca muy larga, gastará sobrado movimiento; si la coge muy corta, no tendrá la suficiente fuerza; la esperiencia le ensena á escoger el palo que justamente necesita lista discrecion no es superiora su edad. ¿Se trata de llevar una carga? Si quiere cogerla tan pesada como la pueda llevar, y no probarse con ninguna que no pueda levantar, ¿no será forzoso que con la vista valúe su peso? ¿Sabe ya comparar masas de la materia misma y de distinto volumen? pues escoja masas de un mismo volumen y distintas materias, menester será que se aplique á comparar sus pesos específicos. Yo ví á un jóven muy bien educado, que no quiso creer, ántes de hacer la esperiencia, que un cubo lleno de astillas de madera de encina pesase ménos que el mismo cubo lleno de agua.

No podemos disponer igualmente del uso de todos nuestros sentidos. Uno hay, que es el tacto, cuya accion no se suspende nunca miéntras estamos en vela, que está esparcido sobre la entera superficie de nuestro cuerpo como un vigía atento á darnos aviso de cuanto puede ofendernos. Tambien es el sentido cuya esperiencia en virtud de este continuo ejercicio degrado ó por fuerza adquirimos mas presto, y por consiguiente que ménos particularmente necesitamos cultivar. No obstante observamos que los ciegos tienen el tacto mas seguro y mas sagaz que nosotros, porque careciendo de la guia de la vista, se ven forzados á aprender á sacar únicamente del primero de estos sentidos los juicios que nosotros debemos al segundo. ¿Pues, por qué no nos ejercitamos á andar como ellos á lo oscuro, á conocer los cuerpos que podemos tocar, á juzgar de los objetos que nos rodean, en una palabra á hacer de noche y sin luz todo cuanto hacen ellos de dia y sin ojos? Miéntras que luce el sol, les llevamos ventajas; en tinieblas son ellos nuestras guias. Ciegos somos la mitad de la vida, con la diferencia de que los verdaderos

ciegos siempre saben conducirse, y de que nosotros no nos atrevemos á dar un paso en lo horroroso de una oscura noche. Tenemos luces, me dirán. ¡Con que, siempre maquinas! ¿Y quién os dice que os han de seguir en todas partes, cuando las necesiteis? Yo por mí mas quiero que lleve Emilio sus ojos al cabo de sus dedos, que tenerlos en la tienda de un cerero.

¿Estais encerrado en un edificio en la oscuridad de la noche? dad una palmada, y por la resonancia del sitio vereis si es vasto ó reducido el recinto, si estais en medio ó en un rincon á medio pie de la pared el aire ménos ambiente y mas reflejado causa otra sensacion en el rostro. ¡No salgáis de un sitio, y volveos sucesivamente á todos lados, si hay una puerta abierta, os la indicará un corriente ligero, de aire. ¿Vais en un barco? por el modo con que os pegare el aire en el rostro, conoceréis no solamente la direccion que llevais, mas tambien si os lleva despacio ó apriesa la corriente del rio. Solo de noche pueden hacerse bien estas observaciones, y otras mil análogas; pues por muy atentos que queramos estar á ellas de dia claro, siempre nos ayudará ó nos distraerá la vista, y se nos ira el hilo. Se redoblante, hasta aquí todavía no nos hemos valido de mano, ni de baston.

¡Cuantos conocimientos oculares se pueden adquirir por el tacto, aun sin tocar cosa ninguna!

Muchos juegos nocturnos. Este consejo es mas importante de lo que parece. La noche asusta naturalmente á los hombres, y algunas veces á les animales [(40)]: á pocas personas libran de este tributo la razon, los conocimientos, el talento y el valor. Pensadores he visto yo, espíritus fuertes, filósofos, militares intrépidos de dia claro, que de noche temblaban como mugercillas si oían menearse uno hoja en un árbol. Este pavor le atribuyen á los cuentos de las nodrizas, y se engañan, porque tiene una causa natural. ¿Cual es esta causa? La misma que hace desconfiados á los sordos, y supersticiosa la plebe: la ignorancia de las cosas que nos rodean, y de lo que en torno de nosotros sucede [(41)]. Pues que estoy acostumbrado á ver desde lejos los objetos, y á prever de antemano sus impresiones, ¿como no he de suponer mil seres, mil movimientos que me puedan perjudicar, sin que sea posible resguardarme de ellos, cuando nada veo de lo que tengo cerca? Vano es que sepa que estoy seguro en el sitio en que me hallo; nunca lo sé tan bien como si lo viera por mis ojos: por tanto siempre tengo un motivo de temor que no tenia de clan, claro. Cierto es que sé que un cuerpo

estrado rara vez puede obrar en el mio sin anunciarse con algun ruido; por eso ¡cuan en alerta tengo sin cesar el oido! Al menor ruido cuyo motivo no puedo averiguar, me fuerza el interes de mi conservacion á que al instan le suponga todo cuanto debe ponerme en atalaya, y por consiguiente todo cuanto mas capaz es de asustarme.

¿No oygo nada absolutamente? no por eso quedo sosegado; porque al cabo tambien sin ruido pudieran sobrecogerme. Menester es suponga las cosas como estaban ántes, como deben estar todavía, que vea lo que no veo. Precisado así á dar carrera á mi imaginacion, en breve ya no soy árbitro de ella, y sirve para sobresaltarme mas lo que para serenarme habia trabajado. Si oigo bulla, oigo ladrones; si nada oigo, veo fantasmas; la vigilancia que me inspira el afán de conservarme solo me infunde motivos de temor: todo cuanto debe tranquilizarme existe solo en mi razon; mas fuerte el instinto me dice cosas enteramente diferentes. ¿Qué sirve pensar que nada hay que temer, pues que entónces nada hay que hacer?

Descubierta la causa del mal, ella misma indica el remedio. En todas cosas el hábito mata la imaginacion; solo los objetos nuevos la despiertan, en los que todos los dias vemos, no es la imaginacion la que obra, que es la memoria; y esa es la razon del axioma *ab assuetis nonfit passio, de las cosas acostumbradas no resulta pasion;* porque solo con el fuego de la imaginacion se encienden las pasiones. Así no discurrais con el que querais sanar del miedo de la oscuridad; llevadle con frecuencia á sitios oscuros, y estad cierto de que todos los argumentos de la filosofía no valdrán tanto como esta costumbre. A los albañiles no se les anda la cabeza encima de los tejados, y no vemos que conserve miedo á la oscuridad quien con ella se habitúa.

De aquí resulta una nueva utilidad de los juegos nocturnos, que á la primera se añade; pero para que se aficione el niño á estos juegos, no puedo recomendar nunca sobrado la mucha alegría. No hay cosa mas triste que las tinieblas: no encerreis á vuestro niño dentro de un calabozo; entre riéndose en la oscuridad; vuélvase a reír ántes de salir de ella; y miéntras estuviere en el parage oscuro, que la idea de la diversion que, ha dejado, y que al salir volverá á encontrar, le defienda de las fantásticas imaginaciones que pudieran acometerle.

Un término hay en la vida, pasado el cual quien adelanta retrocede. Conozco que he pasado ya este término. Otra calima vuelvo, por decirlo así, á empezar. El vacio, de la edad madura que de mí se ha hecho sentir, me retrata el dulce tiempo de mis primeros años. Haciéndome viejo, me vuelvo niño, y con mas gusto me recuerdo de lo que de ches años que de lo que de treinta hacia. Perdonadme, lectores, si de mi propio saco alguna vez mis ejemplos, porque para componer bien este libro, es necesario que le componga con gusto.

Estaba yo en un lugar á pupilage en casa de un ministro protestante llamado el señor Lambercier, y conmigo un primo mas vivo que yo, y que trataban como heredero, miéntras que, lejos de mi padre, yo no era mas que un pobre huérfano. Era mi primo Bernardo gran mandria, de noche sobre todo. Le daba yo tanta matraca de su miedo, que fastidiado de mis bravatas el señor Lambercier quiso poner á prueba mi buen ánimo. Una noche de otoño, que hacia muy oscuro, me dió la llave del templo, y me dijo que fuera á buscar en el púlpito la biblia que se habia dejado olvidada; y para mearme en la honra, añadió algunas palabras que no me dejaron la posibilidad de no admitir la comision. Fuíme sin luz, y aun habría sido peor; era preciso pasar por el cementerio, y yo le atravesé con mucho denuedo, porque miéntras he estado á ciclo raso, nunca he tenido miedo de noche.

Al abrir la puerta, oí en la bóveda cierto murmullo confuso que me pareció voces humanas, lo cual empezó á dar al traste con mi entereza romana. Abierta la puerta, quise entrar; pero apénas hube andado algunos pasos, cuando me detuve. Contemplando la profunda oscuridad que en este vasto recinto reinaba, me sobrecogió un terror que hizo que se me erizaran los cabellos; retrocedo, salgo, y doy á correr temblando. En el patio hallé un perro llamado Sultán, que con sus alhagos me hizo cobrar ánimo. Avergonzado con mi sus Lo me vuelvo á tras, procurando llevar conmigo á Sultán, que no quiso seguirme. Paso á toda priesa el umbral de la puerta, y entro en la iglesia; mas apénas estuve dentro, cuando me volvió el susto, pero con tanta fuerza que perdí el tino; y aunque estaba el púlpito á la derecha, y lo sabia yo muy bien, le busqué mucho tiempo á la izquierda, me enredé entre los bancos, no supe donde estalla; y no puliendo dar con el púlpito ni con la puerta, me trastorné todo de un nido indecible. Al fin doy con la puerta, logro salir del templo, y me desvío como la vez primera, resuello ó no volverá entrar solo como no fuese de dia claro.

Vuelvo hasta casa. Al ir á entrar, distingo la voz del señor Lambercier que daba grandes carcajadas de risa. Veo que son por mí, y con la confusion de verme espuesto á ellas, dudo sí abriré la puerta. En este intervalo oygo que la hija del señor Lambercier, asustada con mi tardanza, dice á la criada que tome el farol, y al señor Lambercier que salga á buscarme, escoltado de mi intrépido primo, al cual no hubieran dejado de atribuir toda la honra de la desperdicio. Al instante se disipan todos mis sustos, y no me queda otro que el de que me cojan en mi fuga: corro, vuelo al templo; sin equivocarme, sin andar á tientos, llego al púlpito, subo, agarro la biblia, doy un salto abajo, en otros tres estoy fuera del templo, olvidándome hasta de cerrar la puerta; entro en el cuarto sin respiracion; tiro la biblia sobre el bufete, azorado, pero palpitando de gozo por haber ganado por la mano al socorro que me destinaban.

Preguntarme si cito este rasgo como dechado que se haya de seguir, y como ejemplo de la alegría que en esta especie de ejercicios exijo. No; pero le cito en prueba de que no hay cosa que mas baga cobrar ánimo á uno que con las sombras de la noche está asustado, que el oir en un aposento inmediato una compañía reunida reirse y conversar tranquilamente. Quisiera yo que en vez de divertirse el ayo solo con su alumno, se juntasen por las noches muchos cincos de buen humor; que no los hiciesen ir separados al principio, sino muchos juntos, y que ninguno se aventurase enteramente solo, sin estar cierto de antemano de que no se asustaria mucho.

No imagino cosa mas provechosa y agradable que semejantes juegos, si con un poco de maña se ordenan. Harta en una gran sala una especie de laberinto con bufetes, taburetes, sillas, y biombos. En las intocables vueltas y revueltas de este laberinto colocaria, en medio de ocho á diez cajas de trampa, otra caja casi semejante, bien atestada de confites; designarla en términos clavos, pero sucintos, el sitio preciso en que se encuentra la caja buena; darla la indicacion suficiente para que la distinguieran personas mas atentas y ménos atolondradas que criaturas [42]; luego, despues de haber sorteado los contrincantes, los enviaría á buscar uno tras de otro; basta que encontrase la caja buena; lo cual cuidaría yo de hacer mas difícil á proporcion de su maña.

Figúraos un Hércules chico que llega con su caja en la mano, ufano de su escepcion. Se pone la caja encima de la mesa, y se abre con toda ceremonia. Desde aquí oigo las carcajadas de risa, el Hucheo de la cuadrilla alegre,

cuando en vez de los dulces que se esperaban; se encuentran con un abejorro, un escarabajo, un carbon, una bellota, un nabo, ú otra cosa así, muy bien puesta encima de una cama de helecho ó de algodon. Otras veces, en un cuarto acabado de enjalbegar, se colgará cerca de la pared algun juguete, algun dijecillo que se trate de traer sin tocará la pared. Apénas entre el que le traiga, cuando si en algo ha fallado á la condicion, el pico del sombrero blanco, la punta del zapato, la falda ó la manga del vestido nos pondrán en claro su poca maña. Con esto basta, y aun sobra acaso para dar á conocer el espíritu de esta especie de juegos. Si os lo han de decir todo, no me leais.

¡Cuantas ventajas saca de noche á los demas hombres uno así educado! Acostumbrados sus pies á pisar firme en las tinieblas; ejercitadas sus manos á aplicarse con facilidad ó todos los, cuerpos inmediatos, lo conducirán sin dificultad aun en la oscuridad mas densa. Llena su imaginacion de los juegos nocturnos de su niñez, con dificultad se retratará objetos tremendos. Si cree que oye carcajadas de risa, en vez de las de los duendes serán para él las de los niños sus antiguos camaradas: si se representa una asamblea, no será el aquelarre de las brujas, sino el aposento de su ayo. Como la noche solo le acuerda ideas alegres, nunca será para si horrorosa, y en vez de temerla la amará. ¿Se trata de una desperdicio militar? Dispuesto estará á cualquier hora, lo mismo solo que con su tropa. Entrara en el campo de Saul, le andará toda sin estraviarse, llegara hasta la tienda del Rey sin despertar á nadie, y se volverá sin ser visto. ¿Es necesario robar los caballos de Reso? dirigios á él sin rezelo. Entre hombres educados de otra manera, con dificultad hallaréis con un Ulises.

He visto algunas personas que, dando sustos á las niños, los quieren acostumbrar á que pierdan el miedo de noche. Este método es malísimo; produce un efecto diametralmente opuesto al que se desea, y solo sirve para hacerlos mas medrosos cada dia. No pueden serenarnos ni la razon ni el hábito acerca de la idea de un peligro actual cuyo grado y especie no conocemos, ni acerca de acometimientos que muchas veres nos han hecho. Pero ¿como nos cercioraremos de que nunca nuestro alumno estará espuesto á semejantes azares? Me parece que el mejor consejo que para precaverlos le podemos dar es el siguiente. En este caso, le dijera yo á mi Emilio, te hallas tú en el de una justa defensa, porqué no te permite tu agresor que sepas si quiere hacerle daño, ó solo meterte miedo; y como se ha puesto en parage ventajoso, ni la fuga es refugio seguro para tí. Así que coge con denuedo al

que te embista de noche, hombreó animal, nada importa; apriétale, tenle asido con toda su fuerza; si forceja por desasirse, sacúdele, no andes parco en tus golpes; y diga ó haga lo que quisiere, no sueltes presa hasta que sepas lo que es: es presumible que te enseñe la esplicacion que no habia mucho que temer, pero este modo de agasajar á los graciosos los debe naturalmente escarmentar de volver á hacerlo.

Aunque entre todos nuestros sentidos sea el tacto el que mas continuamente ejercitamos, no obstante permanecen sus juicios, como ya he dicho, mas imperfectos y toscos que los de ningun otro, porque de continuo mezclamos con su uso el de la vista, y alcanzando los ojos al objeto ántes que la mano, sin esta juzga casi siempre el alma. En cambio los juicios mas seguros son los del tacto, precisamente porque son los mas limitados, porque como no se estienden mas allá que adonde pueden alcanzar nuestras manos, rectifican el atolondramiento de los ¿lemas sentidos, que se lanzan sobre objetos que apénas perciben, miéntras que todo lo que percibe el tacto lo percibe bien. Añádase que juntando, cuando nos acomoda, la fuerza de los músculos con la accion de los nervios, por una sensacion simultánea unimos, con el juicio del temple, los tamaños y las figuras, el del peso y la solidez. He esta suerte, al mismo tiempo que es el tacto entre todos los sentidos el que mas bien nos instruye de la impresion que en nuestro cuerpo pueden hacerlos estrados, tambien es el que con mas frecuencia nos sirve, y el que mas inmediatamente nos da los conocimientos necesarios para nuestra conservacion.

Puesto que el tacto ejercitado suple la vista, ¿por qué no ha de poder tambien suplir el oido hasta cierto punto, una vez que eseñan los sonidos en los cuerpos sonoros conmociones sensibles al tacto? Poniendo una mano en el cuerpo de un violon, puede uno sin el auxilio de los ojos ni de los oidos, por solo el modo de vibrar y estremecerse la madera, distinguir si el son del instrumento es grave ó agudo, si procede de la prima ó del bordon. Ejercítese el sentido en estas diferencias, y no dudo que con el tiempo pueda uno llegará ser tan sensible que entienda un trozo de música por los dedos. Esto supuesto, es claro que con facilidad pudiéramos hablar á los sordos en música, porque como los tonos y los tiempos no son ménos idóneos para combinaciones regulares que las articulaciones y las voces, pueden tomarse igualmente por elementos del discurso.

Ejercicios hay que embotan el sentido del tacto, haciéndole mas obtuso; por el contrario otros le dan filo y le tornan mas esquisito y delicado. Uniendo los primeros mucho movimiento y fuerza con la continua impresion de los cuerpos daros, ponen áspera y callosa la cutis, quitándole el sentimiento natural; los últimos son los que este mismo sentimiento le varían con un ligero y frecuente tacto, de suerte que atenta el alma á impresiones continuamente repetidas adquiere la facilidad de discernir todas sus modificaciones, linios instrumentos de música es palpable en la diferencia: el tocamiento duro y que lastima del violon, del contrabajo, y aun del violín, hace los dedos mas flexibles, pero acartona las yemas. El tocamiento liso y bruñido del clave hace tan flexibles los dedos y al mismo tiempo mas sensibles las yemas: en esto es preferible el clave.

Importa que se endurezca la cútis á las impresiones del aire, y que pueda arrostrar sus alteraciones, porque ella es la que defiende Lodo lo demas. Fuera de esto, no querría que aplicada la mano sobrado servilmente á las mismas faenas se llegara á endurecer, ni que hecha casi huesosa la cutis de ella perdiese aquel sentir esquisito que da á conocer cuales son los cuerpos por donde la pasamos y seguir la especie de contacto á veces hace que en la oscuridad nos estremezcamos de diversos modos.

¿Por qué ha de ser necesario que lleve siempre mi alumno un pellejo de loro debajo de las plantas dolos pies? ¿Seria tan malo que el suyo propio pudiera, si fuese necesario, servirle de suela? Claro es que en esta parte la delicadeza del cútis nunca puede servir para nada, y muchas veces puede ser perjudicial. Cuando despertando los Ginebrinos á media noche en lo mas rudo del hibierno se encontraron con el enemigo dentro de la ciudad, mas presto hallaron sus fusilas que sus zapatos. Si ninguno de ellos hubiera sabido anclar descalzo, ¿quién sabe si hubiera sido tomada Ginebra?

Armemos sin cesar al hombre contra los azares inesperados. Ande Emilio en todo tiempo por las mañanas, descalzo de pie y pierna por el aposento, por la escalera, por el jardin; lejos de reñirle le imitaré, sin tener mas cuidado que el de apartar el vidrio. Presto hablaré de las faenas y juegos manuales. En cuanto á lo demas, aprenda á ejecutar todos los pasos que favorezcan las evoluciones del cuerpo, á llevar en todas las posturas una planta desembarazada y sólida, sepa saltar adelante, en alto, encaramarse sobre un árbol, escalar una tapia; halle siempre su equilibrio; vayan todos sus movimientos y ademanes ordenados por las leyes de la ponderacion, mucho

tiempo ántes de que venga la estática á explicárselos. Por el modo con que se apoya su pie en tierra, y descansa su cuerpo en su pierna, debe conocer si su postura es buena ó mala. Un sentar seguro siempre tiene gracia, y las mas firmes posturas tambien son las mas elegantess. Si fuera yo maestro de baile, no haría todas las monerías de Marcel [43], que son buenas para la tierra donde él las hace; pero en vez de enseñar eternamente á pernear á mi alumno, le llevaria al pie de un peñasco: allí le diria la postura que se ha de tomar, como se han de llevar la cabeza y el cuerpo, qué movimiento se ha de hacer, de qué modo se ha de poner unas veces el pie y otras la mano, para seguir con ligereza los senderos escarpados, ásperos y rudos, y lanzarse de punta en punta, subiendo unas veces y bajando otras. Mejor le haria émulo de un gamo que bailarin de ópera.

Tanto cuanto concentra el tacto sus operaciones en lomo del hombre, tanto estiende la vista las suyas lejos de él, y esto es lo que las lince falaces: de una mirada abraza el hombre la mitad de su horizonte. En la muchedumbre de sensaciones simultáneas y juicios que estas escitan, ¿como no se ha de equivocar en ninguno? Por tanto la vista es el mas defectuoso de nuestros sentidos, precisamente porque se estiende mas, y porque dejándose muy atras á todos los demas, son sobrado prontas y vastas sus operaciones para que puedan ellos rectificarlas. Mas hay: las ilusiones mismas de la perspectiva nos son necesarias para llegar ú conocer la es tension y comparar sus partes. Sin falsas apariencias nada veríamos lejos; sin las gradaciones de luz y tamaño no podríamos valuar distancia ninguna, ó mas bien no la habría para nosotros. Si en dos árboles iguales no pareciese el que está cien pasos de nosotros tan alto y tan claro como el que está diez, los pondríamos uno al lado de otro. Si distinguiésemos todas las dimensiones de los objetos con su medida verdadera, no veríamos espacio ninguno, y todo nos pareceria encima de nuestro ojo.

Para juzgar del tamaño de los objetos y de su distancia, no tiene el sentido de la vista irías que una medida, conviene á saber, la apertura tan ángulo que en nuestros ojos forman; y como esta es un efecto simple de una causa compuesta, el juicio que en nosotros provoca deja indeterminada cada causa particular, ó es necesariamente defectuoso. Porque ¿como he de distinguir con la vista sola singulares bajo el que veo un objeto mas chico que otro, es así porque efectivamente es mas chico el objeto, ó porque está mas distante?

Por tanto es preciso seguir aquí un método inverso al anterior; doblar la sensacion en vez de simplificarla, verificarla siempre por otra; sujetar ef órgano visual al táctil, y reprimir, por decirlo así, la impetuosidad del primer sentido por el paso pesado y regulado del segundo. Por no acomodarnos ó esta práctica, son inexactísimas nuestras medidas por valuacion. No tenemos exactitud ninguna en la ojeada para fallar de las alturas, las longitudes, las profundidades y las distancias; y la prueba de que no es tanto culpa del sentido cuanto de su uso, *es* que los ingenieros, los agrimensores, los arquitectos, los albañiles, los pintores tienen generalmente la ojeada mucho mas segura que nosotros, y aprecian con mas ajuste las medidas de estension, porque proporcionándoles en esto su oficio la esperiencia que nosotros no nos curamos de adquirir, remueven el equívoco del ángulo por las apariencias que le acompañan, y determinan con mas exactitud á sus ojos la relacion de ambas causas de este ángulo.

Todo cuanto da movimiento al cuerpo sin violentarle, siempre es fácil alcanzarlo de los niños. Mil medios hay de interesarlos á que midan, conozcan y valúen las distancias. Allí hay un cerezo muy alto; ¿qué haremos para alcanzar cerezas? ¿es buena para eso la escalera del pajar? Allá hay un arroyo muy ancho: ¿como la atravesarémos? ¿Cogerá á las dos orillas una de las tablas del patio? Quisiéramos pescar desde vuestra ventana en los fosos de la quinta: ¿cuantas brazas ha de tener nuestro cordel? Querria hacer un columpio cutre estos dos árboles; ¿nos bastará con una cuerda de dos toesas? Me dicen que en la otra casa tendrá nuestro aposento veinte y cinco pies cuadrados:? crees que nos convenga? ¿Será mayor que este? tenemos mucha hambre; allí hay dos lugares, ¿á cual de los dos llegaremos ántes para comer? etc.

Trastrábase de ejercitar á correr á un niño indolente y perezoso, que no tenia inclinacion ni á este ni á ningun otro ejercicio, aunque le destinasen para el estado militar; se habia persuadido, no sé como, á que un hombre de su clase nada debia hacer y nada saber, y que su nobleza le debia servir de brazos, de piernas, y todo género de mérito. Apénas la maña del mismo Chiron hubiera bastado para hacer de caballerito tal un Aquilea de pies ligeros. Crecia tanto mas la dificultad, cuanto que no queria yo mandarle nada absolutamente, habiendo desterrado de mis derechos las exhortaciones, las promesas, las amenazas, la emulacion, y el deseo de lucir: ¿como le habia de inspirar el de correr sin decirle nada? Correr yo mismo, hubiera sido

medio poco seguro y espuesto á inconvenientes; tratábase tambien por otra parte de sacar de este ejercicio algun objeto de instruccion para él, con el fin de acostumbrar las operaciones de la máquina y las del juicio á que fuesen siempre acordes. Resolvíme á hacer lo que sigue; yo, esto es, el que en este ejemplo habia.

Cuando salia á pasear con él por las tardes, metia algunas veces en la faltriquera dos tortas de un género que á él le gustaban mucho; nos comíamos cada uno la suya en el paseo [44], y nos volvíamos muy satisfechos. Reparó un dia que no llevaba tres tortas; él solo hubiera podido comerse seis sin incomodarse; engulle muy presto la suya, y me pide la tercera. No, le respondí: yo tambien me la comeria de muy buena gana, ó la partiríamos; pero mas quiero verla ganar al que mas corra de aquellos dos muchachos que allí están. Llamélos, enseñéles mi torta, y propúsoles la condición: no deseaban otra cosa. Se colocó la torta encima de una ancha piedra, que nos sirvió de meta; señalóse la carrera; fuímos á sentarnos: dada la señal, parten los muchachos; el vencedor cogió la torta, y se la comió sin misericordia en presencia de los espectadores y del vencido.

Esta diversion valia mas que la torta; pero no prendió al principio, ni surtió efecto ninguno. No me cansé ni me dí priesa, que es la institucion de los niños un oficio en que es menester saber desperdiciar tiempo para ganarle. Continuamos *en* nuestros paseos: unas veces tomábamos tres tortas, otras cuatro, y de tiempo en tiempo habia una ó dos para los demas corredores. Si no era muy grande el premio, tampoco los contenedores eran ambiciosos: el quedo ganaba era elogiado, felicitado; todo se hacia con aparato. Para dar motivo á las revoluciones y aumentar el interes, señalaba carrera mas larga, y admitia á muchos concurrentes. Apenas entraban en la liza, formaban corro para verlos todos cuantos pasaban; los animaban con aclamaciones, con gritos, con palmoteos, via alguna vez á mi hombrecito dar saltos en su asiento, levantarse, gritar cuando iba uno á alcanzar ó á dejar atras á otro; eran para él los juegos olímpicos.

No obstante los concurrentes usaban á veces de superchería; se detenian mutuamente, ó se tiraban al suelo, ó tiraba piedras uno al pasar otro. Esto me dió motivo á separarlos, y á hacerlos salir de distintos, puntos, aunque igualmente distantes de la meta; en breve se verá la razon de esta prevision, porque debo circunstanciar muy por menudo este importante asunto.

Aborrido de ver que comiesen siempre mirándolo él tortas que le daban mucha dentera, vino el señor cabellerito á imaginarse al fin que para algo podia servir el correr bien, y viendo que tambien él tenia dos piernas, empezó á probarse á hurtadillas. Guárdeme yo muy bien de darle á entender que sabia su ejercicio, pero bien ví que habia salido con mi estratagema. Cuando se creyó con fuerza suficiente, y ántes que él penetré yo su designio comenzó á importunarme para que le diera la torta que quedaba: niégosela; empéñase él y con ademan de despecho me dice: bien está; póngala Vm. encima de la piedra, señale el campo, y lo verémos. Vaya, le dije sonríendome, á como si un caballero habia de saber correr! Sacarás mas gana y no con que hartarla. Picado con mi búrleta, tanto conato pone que gana el premio; si bien es la verdad que hice yo la liza corta, y tuve cuidado de no admitir al que mas bien corria. Dado este primer paso, bien se entiende que me fué fácil tenerle siempre en vilo. En breve le cogió tanta aficion á este ejercicio, que sin valimiento ninguno estaba casi cierto de vencer en la carrera á mis tunantes, por largo que fuese el espacio.

Conseguida esta utilidad, resultó otra en que no habia yo pensado. Cuando pocas veces ganaba el premio, se le comía casi siempre solo, como hacían sus concurrentes; pero cuando se hubo acostumbrado ó la victoria, se hizo generoso, y muchas veces partia con los vencidos. Esto me hizo hacer á mí propio una observacion moral, y me enseñó cual fuese el verdadero principio de la generosidad.

Siguiendo en señalar en distintos parajes los sitios, de donde debia cada uno empezar á mismo punto su carrera, sin que pensara él en ello, hice desiguales las distancias; de suerte que como tenia uno mas camino que andar que otro para llegar á la misma meta, era el agravio visible; pero aunque dejaba á mi discípulo que escogiese, no sabia aprovecharse de esta ventaja. Sin atender á la distancia, siempre escogia el camino mas llano; de suerte que como fácilmente preveia yo, su eleccion, era casi árbitro de hacer que perdiera ó ganara la torta segun queria, y esta maña llevaba á mas de un fin. No obstante, como mi ánimo era que conociese la diferencia, procuraba hacer que le diese en rostro; pero, aunque indolente cuando estaba en sosiego, tan arrebatado era en sus juegos, y tanto de mí se fiaba, que me costó un diablo indecible el hacer que conociera que no jugaba limpio. Conseguílo al fin no obstante su atolondramiento, y me dió las quejas. Díjele yo: ¿qué quejas son esas? En una dádiva que quiero hacer, ¿no soy árbitro

de las condiciones? ¿Quién te manda que corras? ¿Te he dado palabra de señalar lizas iguales? ¿No puedes escoger? Escoge la mas corta, que nadie te lo estorba. Pues ¿como no echas de ver que tú eres el privilegiado, y que esa desigualdad de que te quejas es todo en beneficio tuyo, si sabes sacar partido de ella? Estaba esto claro; entendiólo, y para escoger fue menester examinar de mas cerca. Primero quiso contar los pasos; pero la medida de los pasos de un niño es defectuosa y lenta; y ademas empecé yo á multiplicar las carreras en un mismo dia; y convertida entónces la aficion en una especie de pasion, era de sentir tener que perder en medir las lizas el tiempo que en correrlas podia gastarse. Mal se adapta la viveza de la infancia con estas dilaciones: ejercitase por tanto á ver mas bien, á valuar la distancia con la vista. Poco me costó criticas mantener esta aficion y darle pábulo. Finalmente, con pocos meses de pruebas y errores enmendados, de tal modo se formó el compas visual, que cuando le figuraba *yo* una torta fija en un objeto remoto, tenia casi tan infalible la ojeada como la cadena de un agrimensor.

Como entre todos los sentidos la vista es aquel cuyos juicios ménos pueden separarse del alma, es necesario mucho tiempo pava aprender á ver; es necesario comparar mucho tiempo la vista con el tacto, para acostumbrar al primero de estos dos sentidos á que nos dé cuenta fiel de las figuras y las distancias: sin el tacto, y sin el movimiento progresivo, les ojos mas linees del mundo no pudieran darnos idea ninguna de la estension. Para una ostra el universo entero no debe ser mas que un punto; y ninguna otra cosa le pareceria, aunque la animase un espíritu humano. Solo á puro andar, palpar, numerar, y medirlas dimensiones, aprendemos á valuarlos;pero, si midiésemos siempre, descansando el sentido en el instrumento, nunca se afinaria. Tampoco es necesario que pase un niño desde la medida repentinamente á la valuacion; es menester primero que siguiendo en comparar por partes lo que de censuro no puede comparar, á alícuotas exactas sustituya algunas por valuacion, y que en de aplicar siempre la medida con la mano, se acostumbre á aplicarla con la vista sola. No obstante quisiera yo que sus primeras operaciones se verificaran con medidas reales, para que enmendase sus errores, ó si alguna falaz apariencia le quedara en el sentido, que aprendiese á rectificarla con un juicio mas acertado. Hoy medidas naturales que son casi las mismas en todas partes; los pasos de un hombre, el alcance de sus brazos, su estatura, Cuando valúa el niño lo alto de un piso, puede servirle de vara de medir su ayo; si estima la altura de una torre, varéela con las casas;

si quiere saber las leguas de distancia, cuente las horas de camino, y sobretodo no hagamos nada de esto por él, hágalo él mismo.

No es posible aprender á juzgar bien acerca de la estension y tamaño de los cuerpos, sin aprender tambien, á conocer sus figuras, y aun á imitarlas, porque en realidad de la perspectiva pende absolutamente esta imitacion de las leyes; y sin formarse alguna nocion de ellas no es posible valuar la estension por sus apariencias. Los niños, grandes imitadores, todos se prueban á dibujar: yo quisiera que continuara el mio este arte, no precisamente por el arte en si, sino para ajustar la vista, y hacer flexible á la mano; que en general poquísimo importa que sepa tal ó tal ejercicio, con tal que adquiera la perspicacia del sentido, y el buen hábito del cuerpo que con ese ejercicio se grangea. Mucho me guardaré de tomarle un maestro de dibujo, que solo imitaciones le dé á imitar, y solo dibujos le haga dibujar: quiero que no tenga otro maestro que la naturaleza, ni otro modelo que los objetos; quiero que tenga presente el original mismo, no el papel que le representa; que dibuje una rasa por una casa, un árbol por un árbol, un hombre por un hombre, para que así se acostumbre á observar bien los cuerpos y sus apariencias, no á creer que mentidas y convencionales imitaciones son imitaciones verdaderas. Aun le disuadirá de que bosqueje nada de memoria en ausencia de los objetos, hasta que con la frecuencia de observaciones se imprima bien en su imaginacion la figura exacta de ellos; no sea que pierda el cocimiento de las proporciones, á la aficion á las bellezas naturales, sustituyendo á la verdad de las esas extravagantes y fantásticas figuras.

Bien sé que de este modo hará mucho tiempo chafarotes, ántes que llaga cosa que algo represente; que tardará mucho en adquirir la elegancia de los contornos, y el rasguear ligero de los dibujantes, y que acaso nunca discernirá los efectos pintorescos y el gusto acendrado del dibujo; pero en cambio contraerá ciertamente ojeada mas justa; mano mas firme; conocimiento de las verdaderas relaciones de tamaño y figura que median entre los animales, las plantas y los cuerpos naturales, con una esperiencia mas pronta del juego de la perspectiva. Esto precisamente era lo que yo queria conseguir, siendo mi ánimo no tanto que sepa imitarlos objetos como conocerlos; mas quiero que me haga ver una mata de acanto, y que no dibuje tan bien el elogiable de un chapitel.

En cuanto á lo demas, tanto en este como en los otros ejercicios, no pretendo que se divierta mi alumno solo, que quiero que fe sea mas grato, en-

trando yo sin cesar á la parte con él. No quiero que tenga otro émulo que yo, pero seré su camino sin dejarle vado, y sin riesgo; esto hará interesantes nuestras tareas, sin escitar zelos entre los dos. Tomaré el lápiz á ejemplo suyo, y me serviré al principio de él con la misma mala maña. Aunque fuese un Apeles, me haré un pintamonas. Empezaré dibujando un hombre tomo los que dibujan los lacayos cillas paredes; una barrad cada brozo, otra á cada pierna, y los dedos mas gruesos que los brazos. Mucho tiempo despues vendremos á notar el uno ó el otro esta desproporcion; observaremos que la pierna tiene espesor, y que este no es el mismo en toda ella; que tiene el brazo longitud determinada con relacion al cuerpo, etc. En estos adelantamientos, iré, cuando mas, al igual suyo, ó me adelantaré á él tan poco, que siempre le será fácil alcanzarme, y muchas veces dejarme.

Buscaremos colores y pinceles, procuraremos imitar el colorido de los objetos y toda su apariencia, no ménos que su figura; iluminarémos, pintarémos, chafarrinarémos; pero en todos nuestros chafarotes nunca cesaremos de estar al acecho de la naturaleza, ni haremos nada que no sea á presencia del maestro.

No teniamos adornos para nuestro aposento, ya los hemos encontrado. Hago poner marcos á nuestros dibujos, tapados con hermosos cristales para que nadie los toque, y viendo que permanecen en el estado en que los hemos puesto, que tenga cada uno interes en no descuidar los suyos. Los coloco por órden en torno del cuarto; cada dibujo repelido veinte y treinta veces, y manifestando á cada ejemplar el adelantamiento del autor, desde el punto en que no es mas la cosa que un cuadro casi informe, hasta aquel en que están representados con la verdad mas exacta su fachada, su perfil, sus proporciones, y sus sombras. ¡No pueden ménos de ofrecernos de continuo estas gradaciones cuadros para nosotros interesantes, curiosos para los demas, y de escitar sin cesar nuestra emulacion á los primeros, á los mas toscos de estos dibujos, les pongo marcos muy brillantes y muy dorados que les dan realce; pero cuando es ya mas exacta la imitacion, y realmente bueno el dibujo, entónces no le pongo mas que un marco negro muy sencillo, que no necesita de mas adorno que el propio, y fuera lástima que se llevara el ribeteado la atencion que el objeto se merece. De suerte que cada uno de nosotros anhela á merecer la honra del marco comun; y cuando quiera el uno despreciar el dibujo del otro y le condenará al marco dorado. Algun dia

se haria acaso proverbiales entre nosotros estos marcos dorados, y nos pasmaremos de que haya tantos que se hagan justicia haciéndoselos poner.

He dicho que no estaba la geometría al alcance de los niños; pero es culpa nuestra. No conocemos que no es nuestro método el suyo, y que lo que para nosotros es el arte de discurrir, para ellos es el de ver. En vez de darles nuestro método, mas bien hallamos en tomar el suyo, porque nuestro modo de aprender la geometría tanto es asunto de imaginacion como de raciocinio. Cuando está enunciada la preposicion, es necesario imaginar la demostracion, esto es hallar de que preposicion ya sabida debe ser consecuencia, y entre todas las que de la misma proposicion pueden sacarse, escoger precisamente aquella de que se trata.

De este modo el raciocinador mas exacto, como no sea inventivo, se quedará atascado. ¿Pero qué sucede? Que en vez de hacer que hallémos las demostraciones, nos las dictan; que en vez de enseñarnos á raciocinar, raciocina el maestro por nosotros, sin ejercitar mas que nuestra memoria.

Haced figuras exactas, combinadlas, ponedlas una encima de otra, ejercitad sus relaciones; hallaréis toda la geometría elemental yendo de observacion en observacion, sin que ni de definiciones, ni de problemas, ni de ninguna otra forma demostrativa se trate, como no sea la mera superposicion. Yo por mí no pretendo enseñar la geometria á Emilio; él ha de ser quien á mí me la enseñe: yo indagaré las relaciones, y él las hallará, porque las indagaré de modo que se las haga hallar. Por ejemplo, en vez de servirme de un compas para trazar un círculo, le trazo con una punta al cabo de un hilo que gira sobre un esa. Luego, cuando quiera yo comparar unos radios con otros, se burlará de mí Emilio, y me hará ver que tendido siempre un mismo hilo no puede haber trazado distancias desiguales.

Si quiero medir un ángulo de sesenta grados, desde el vértice de este ángulo describo, no un arco, sino un círculo entero, porque con los niños no se ha de suplir nunca nada. Encuentro que la porcion del círculo comprendida entre los dos lados del ángulo es la sexta parte del circulo. Luego desde el mismo vértice describo otro círculo mayor, y hallo que tambien este segundo arco es la sexta parte de su círculo. Describo tercer círculo concéntrico con el cual repito la misma prueba, y la continúo con nuevos círculos, hasta que pasmado Emilio de mi estupidez me advierta que cada arco, grande ó

pequeño, comprendido en el mismo ángulo, ha de ser siempre la sexta parte de su círculo, etc. Muy presto Llegarémos al uso del semi círculo graduado.

Para probar que los ángulos formados por oblicuas son iguales á dos rectos, describen un círculo; yo por el contrario hago de manera que Emilio note primero esto en el círculo, y le digo luego: ¿si quitásemos el círculo y dejásemos las líneas rectas, mudarian de tamaño los ángulos, etc.?

Se descuida mucho la exactitud de las figuras, todos la suponen, y se aplican á la demostracion. Entre nosotros, por el contrario, nunca se tratará de demostración: nuestro mas importante asunto será tirar líneas muy derechas, muy justas, muy iguales, hacer un cuadrado muy perfecto trazar un círculo muy redondo.

Para verificar la exactitud de la figura, la examinaremos por todas sus propriedades sensibles, y esto nos dará motivo ó descubrir cada dia otras nuevas. Doblaremos por el diámetro los dos semicírculos, por la diagonal las dos mitades del cuadrado; compararemos nuestras dos figuras, para ver aquella cuyas ovillas se adaptan con mas puntualidad, y que por consiguiente está mas bien hecha; disputaremos acerca de si debe existir siempre esta igualdad de particion en los paralelogramos, los trapecios, etc. Alguna vez nos probaremos á adivinar el resultado de la esperiencia ántes de hacerla, procuraremos encontrar razones, etc.

La geometría para mi alumno no es mas que el arte de usar bien la regla y el compas, y no la debe confundir con el dibujo, en que nunca empleará ni uno ni otro de estos dos instrumentos. Se encerrarán debajo de llave la regla y el compas; rara vez se le permitirá su uso, y eso por poco tiempo, para que no se acostumbre á embadurnar papel; pero podremos alguna vez llevar nuestras figuras á paseo, y tratar de lo que hayamos hecho ó queramos hacer.

No me olvidaré nunca de que ví en Turin á un mozo á quien siendo niño habian enseñado las relaciones de los contornos y las superficies, dándole cada dia á que escogiese hostias impetratorias de todas las figuras geométricas. El golosuelo habia apurado el arte de Arquimedes por bailar aquella que mas tenia que comer.

Cuando juega un niño al volante, se ejercita en ajustar el ojo y el brazo; cuando pega con la cuerda á una peonza, aumenta su fuerza, sirviéndose de

cl!a, pero nada aprende. Algunas veces he preguntado por que no ejercitaban á los niños en los mismos juegos de maña que á los hombres; en la pala, el mallo, el billar, el arco, la pelota de viento, los instrumentos de música: siempre me batí respondido que de estos juegos muchos estudian sus fuerzas, y que para los demas no estaban bastantemente formados sus miembros y órganos. Estas razones las hallo infundadas; pues aunque no tenga un niño la estatura de un hombre, no por eso deja de vestir un trago de la misma hechura. No quiero yo decir que juegue con nuestras botas en un billar de tres pies de alto, ni que vaya ó hacer partidas á los juegos de pelota, ni que pongan en su mano delicada una fuerte pala, sino que juegue en una sala cuyas vidrieras se pongan en resguardo con arambres; que al principio se sirva de pelotas blandas, que sus primeras palas sean de palo, luego de pergamino, y al fin de cuerdas de vihuela mas tirantes á proporcion de sus adelantamientos. Preferis el volante porque causa ménos y no tiene peligro: haceis mal por dos motivos. El volante es juego de mugeres, pero no hay una siquiera que no haya de una pelota en movimiento. No debe su blanca cutis acostumbrarse á cardenales, ni son contusiones lo que en su rostro ha de estamparse. ¿Pero nosotros, destinados á ser vigorosos, creemos llegarlo hacer sin afan? ¿De qué defensa seremos capaces, si nunca somos acometidos? Siempre se juegan con descuido los juegos en que puede uno ser desmañado sin riesgo; pero ninguna cosa desentumece tanto los brazos como tener que cubrir la cabeza, ni aguza tanto la vista como el tener que guardar los ojos. Lanzarse de un estremo de la sala á otro, juzgar del bote de una pelota todavía en el aire, volverla con una mano firme y vigorosa; estos juegos que tan bien sientan al hombre, todavía sirven unas para formarle.

Dicen que son muy blandas las fibras del niño. Menos empuje tienen, pero son flexibles: débil es su brazo, pero al fin es un brazo; y guardando la proporcion, debe hacerse con él todo lo que con otra semejante máquina se hace. No tienen los niños en las manos maña ninguna, por eso quiero yo que se la den: un hombre que no tuviera mas ejercicio que ellos, tampoco la tendria; nosotros, hasta despues de habernos servido de nuestros órganos, no podemos conocer su uso. Solo con una dilatada esperiencia aprendernos á sacar ventaja de nosotros mismos, y esta esperiencia es el verdadero estudio á que no nos podemos aplicar sobrado pronto.

Todo cuanto se hace se puede hacer. Pues no hay cosa mas comun que ver niños listos y mañosos, que tienen en los miembros la misma agilidad que pudiera tener un hombre. En casi todas las ferias los vemos que ejecutan equilibrios, que andan sobre las manos, que saltan y bailan en la maroma. ¡Por espacio de cuantos años han llevado la gente á la comedia italiana las compañías de niños! ¿Quién no ha oido hablar en Alemania y en Italia de la compañía pantomima del célebre Nicolini? ¿Ha notado nunca nadie en estos niños movimientos ménos desenvueltos, posturas ménos graciosas, ménos justo oido, baile ménos ligero que en los bailarines consumados? Aunque tengan abultados cortos y poco movibles los dedos, ¿quita eso que sepan escribir y dibujar muchos niños de una edad que apénas saben otros agarrar el lapiz ni la pluma? Todavía se acuerda todo Paris de una inglesilla que de diez años ejecutaba cosas portentosas en el clave [45]. Yo he visto á un hijo de un magistrado, calculo de ocho años, que ponian encima de la mesa á los postres, como una figura de ramillete, y que tocaba un violin tamaño casi como él, y pasmaba con su ejecucion á los mismos artistas.

Todos estos ejemplos y otros cien mil prueban que es imaginaria la ineptitud que para nuestros ejercicios suponen á los niños, y que si vemos que algunos no los desempeñan, consiste en que nunca se han ejercitado en ellos.

Diránme acaso que incurro yo aquí con relacion al cuerpo en el defecto del cultivo prematuro que con relacion al entendimiento condeno en los niños. Es mucha la diferencia; porque uno de estos progresos es aparente, y el otro es real. He probado que el entendimiento que al parecer tienen no le tienen, en vez de que todo cuanto parece que hacen lo hacen. Debemos por otra parte reflexionar en que todo esto no es ó no debe ser mas que juego, fácil y voluntaria direccion de los movimientos que les pide la naturaleza; arte de variar sus pasatiempos para que les sean mas gratos, sin que nunca los convierta en faena la violencia. ¿Porque al cabo, en qué se han de divertir, que no pueda yo convertirlo en materia de instruccion? Y aun cuando no pudiese, con tal que se diviertan y se vaya el tiempo sin inconveniente, de nada importan por ahora los adelantamientos; en vez de que cuando es necesario aprender precisamente esto ó lo otro, hágase lo que se haga, nunca es posible que se consiga sin violencia, sin enfado y sin aburrirse.

Lo que he dicho acerca de los dos sentidos cuyo uso es mas continuo y mas importante, puede servir de ejemplo sobre el modo de ejercitar los

otros. Igualmente se aplican la vista y el tacto á los cuerpos quietos que á los que se mueven; pero como solo la ondulacion del aire puede mover el sentido del oido, los cuerpos en movimiento son los únicos que hacen ruido ó suenan; y si todo estuviese quieto, nunca oiríamos nada. Así de noche, en que nosotros no nos movemos si no queremos, no tenemos que temer otros cuerpos que los que se mueven; y nos importa estar con el oido alerta; para poder juzgar por la sensacion que nos transmite este, si es grande ó chico, y si está cerca *ó* lejos el cuerpo que la causa, y sí es débil ó fuerte su pulsacion, el aire pulsado está sujeto á repercusiones que le reflejan, que repiten la sensacion formando ecos, y que hacen que se oiga el cuerpo ruidoso ó sonoro en otro sitio que donde se halla. Si aplicamos el oido al suelo en un llano ó en un valle, oimos las voces de los hombres ó las pisadas de los caballos desde mucho mas lejos que cuando estamos en pie.

Del mismo modo que hemos comparado la vista con el tacto, será bueno compararla con el oido, y saber cual de las dos impresiones, saliendo á la par del mismo cuerpo, llegará ántes á su órgano. Cuando ve uno el fuego de un canon, todavía se puede resguardar del tiro; pero así que oye el ruido, ya no es tiempo, que está la bala encima. Podemos juzgar de la distancia á que se llama una tormenta, por el intervalo que media entre el relámpago y el trueno. Haced de manera que conozca el niño tedas estas esperiencias, que haga las que esten á su alcance, y que las otras las encuentre por induccion; pero cien veces mas quiero que no las sepa, que sea necesario el que se las digáis.

Tenemos un órgano que corresponde al oido, conviene á saber el de la voz, y no tenemos ninguno que corresponda á la vista, ni repetimos los colores como los sonidos. Huevo medio de cultivar aquel sentido, ejercitando el órgano activo y el pasivo mio por otro.

Tres especies de voz tiene el hombre, que son la voz hablada ó articulada, la voz cantada ó melodiosa, y la voz patética ó acentuada, que es el idioma de las pasiones, y que anima el cauto y la palabra. Estas tres especies de voz las tiene el niño como el hombre, pero no las sabe amalgamar entro sí; se ríe como nosotros, grita, se queja, clama, gime, pero no sabe mezclar estas inflexiones con las otras dos voces. La música perfecta es la que mejor reúne las tres voces. Los niños son incapaces de esta música, y su canto nunca tiene alma. Del mismo modo, en la *voy,* hablada su idioma no tiene acento; gritan, mas no acentúan; y así como en sus razonamientos hay poca

energía, tambien hay poco acento en su voz. Nuestro alumno tendrá el habia todavía mas llana y mas sencilla, porque no habiéndose despertado aun sus pasiones, el idioma de estas no se unirá con el suyo. No le vayais á dar papeles de comedia ó tragedia para que los represente, ni á enseñarle, como dicen, á declamar, que tendrá sobrado sentido para que sepa dar tono á cosas que no puede entender, y espresion á efectos que nunca esperimentó.

Enseñadle á que hable lisa y llanamente, con claridad, á que pronuncie con tersura y sin afectacion, á que conozca y siga el acento gramatical y la prosodia, á que siempre alce la voz lo suficiente para que le oigan, pero no mas recio, que es el defecto ordinario de los niños educados en colegios: nada superfluo en cualquiera cosa que sea.

Del mismo modo, en el canto haced justa, igual, flexible y sonora su voz, y sensible á la medida y á la armonía su oido; nada mas. La música imitativa y teatral no es para su edad; no quisiera ni aun que cantase palabras; y si las quisiera cantar, procuraria componer yo canciones *ex profeso* para él, que fuesen interesantes para su edad, y las sencillas como sus ideas.

Bien es de creer que dándome tan poca priesa á que aprenda á leerlo escrito, ménos me la daré á enseñarle á leer la música. Desviemos del cerebro toda atencion sobrado penosa, y nonos aceleremos á lijar su entendimiento en signos de convencion. Confieso que esto presenta alguna dificultad aparente; porque aunque á primera vista parezca que no es mas necesario para saber cantor el conocer las notas, que para saber hablar el conocer las letras, hay sin embargo la diferencia de que cuando hablamos enunciamos nuestras propias ideas, y cuando cantamos no enunciamos sino las agenas; y para enunciarlas, es preciso que sepamos leerlas. Pero lo primero, en lugar de leerlas puede oírlas, que un canto con mas puntualidad se espresa todavía al oido que á los ojos. Ademas de que para saber bien la música, no basta repetirla, que es preciso componerla; lo uno se debe aprender con lo otro; sin lo cual nunca se sabe bien. Ejercitad á vuestro músico chico á que haga primero frases muy regulares y muy cadentes, á que luego las ligue cutre sí con una modulacion muy sencilla, finalmente á que note sus distintas relaciones con una puntuacion correcta; lo cual se hace con una buena eleccion de cadencias y pausas. Sobre todo nunca cauto estravagante, nunca patético ni espresivo; melodía siempre cauta y sencilla, que derive siempre de las cuerdas esenciales del tono, y que de tal manera indique siempre el bajo,

que sin dificultad le sienta y le acompañe el niño; porque para formarse el oido y la voz, nunca debe cantar corno no sea al clave.

Para señalar mas los sonidos, los articulamos cuando pronunciamos; de aquí ha venido el uso de solfear con ciertas sílabas. Para distinguir los grados, es preciso dar nombres á estos grados y á sus Varios términos fijos; de donde los nombres de los intervalos, y tambien las leí ras del alfabeto con que se señalan las teclas del clave y las notas de la escala. *C* y *A* designan sonidos fijos, invariables, que siempre los dan las mismas teclas. Otra cosa son do y *la: do* constantemente es la tónica de un modo mayor, ó la mediante de un modo menor; la constantemente es la tónica de un modo menor, ó la seta nota de tu modo mayor. Así las letras señalan los términos inmutables de las relaciones de nuestro sistema musical, y las sílabas señalan los términos homólogos de las relaciones semejantes en diversos tonos: las letras indican las teclas del clave, y las silabas los grados del modo. Los músicos franceses han embrollado de estrada manera estas distinciones, confundiendo el sentido de las sílabas con el de las letras; y doblando inútilmente los signos de las teclas, sin haber dejarlo ninguno para espresar las cuerdas de los tonos, de suerte que para ellos do *y C* son siempre una misma cosa; y no es tal ni debe ser, porque entónces ¿para que sirve *C* Por eso, su modo de solfear es escesivamente difícil, sin ser provechoso para nada, y sin dar idea ninguna clara al entendimiento; pues es cierto que por este método estas dos silabas de y *mi,* por ejemplo, pueden igualmente significar una tercera mayor, menor, superflua, ó diminuta. ¿Por qué rara fatalidad sucede que el pais de este mundo en que mas hermosos libros se escriben sobre la música, sea donde con mas trabajo se aprende?

Sigamos con nuestro alumno práctica mas sencilla y mas clara; no haya para él mas de dos modos cuyas relaciones siempre sean las mismas, y siempre con las mismas silabas indicadas. Ya sea que cante ó toque un instrumento, sepa establecer su modo en cada uno de los doce tonos que pueden servirle de basa; y ora module en *C*, en *D,* en *G,* etc., sea siempre la final do *o la,* segun el modo. De esta manera siempre os entenderá; las relaciones esenciales del modo para ajustarse cuando cante ó toque, las tendrá siempre presentes, será mas limpia su ejecucion y mas rápidos sus progresos. No hay cosa mas ostra vagan te que lo que llaman los Franceses solfeo natural, que es desviar las ideas propias de la cosa, para sustituir otras agenas que no hacen mas que descarnar. Lo utas natural es solfear por trasposi-

cion, cuando está el modo transportado, Pero sobra de música: enseñadla como querais; con tal que nunca sea mas que un pasatiempo.

Ya estamos advertidos del estado de los cuerpos estrados con relacion al nuestro, de su peso, su figura, su color, su solidez, su tamaño, su distancia, su temple, su sosiego y su movimiento. Estamos instruidos en cuales son los que nos convictas arrimar ó desviar, en lo que hemos a e hacer para vencer su resistencia ú oponerle una que nos preserve de que nos hagan mal; pero no basta con esto: nuestro cuerpo se estenúa sin cesar, y sin cesar necesita renovarse. Aunque tengamos la facultad de mudar otros cuerpos en nuestra propia sustancia, no es indiferente la eleccion, que no todo es alimento para, el hombre: y entra las sustancias que pueden serlo, unas le convienen mas y otras menos, segun la constitucion de su especie, el clima en que vive, su particular temperamento, y el régimen de vida que le prescribe su estado.

Nos moriríamos de hambre ó envenenados, si fuese preciso esperar, para oseo; los alimentos que nos convienen, á que nos hubiese enseñado la esperiencia á conocerlos y elegirlos; pero la suma bondad, que del deleite de los seres sensibles hizo el instrumento de su conservacion, nos advierte de lo que á nuestro estómago conviene, por lo que á nuestro paladar le agrada. Naturalmente no hay para el hambre mas seguro médico que su propio apetito; y observándole en su primitivo estado, no dudo de que entónces los ahinco los que mas gratos le parecían fuesen tambien los mas sanos.

Mas hay. No solo proveyó el autor de las cosas á las necesidades que nos dió, mas tambien á las que nosotros mismos nos darnos; y para que siempre vayan de acelerado el deseo con la necesidad hace que caí bien y se alteren nuestros gustos con nuestro modo de vivir. Cuanto mas nos apartamos del estado de naturaleza, mas perdemos nuestros gustos naturales, ó mas bien nos forma el hábito segunda naturaleza, que de tal manera sustituimos á la primera, que ninguno conoce á esta.

De aquí se sigue que los gustos mas naturales tambien deben ser los mas sencillos, porque son los que con mas facilidad se transforman; en vez de que irritándolos y afinándolos nuestros caprichos, á minan una forma que no varia. El hombre que no es todavía de pais ninguno se hará sin dificultad á los estilos de cualquiera pais que fuere; pero el hombre de un pais no se vuelve nunca el de otro.

Esto me parece cierto en todos sentidos, y todavía mas aplicándolo al sentido del gusto. La leche es nuestro primer alimento; solo por grados nos acostumbramos á los sabores fuertes; al principio nos repugnan. Frutas, legumbres, yerbas, y en fin algunas carnes asadas sin condimentó y sin sal componían los banquetes de los primeros hombres ([46]). La primera vez que bebe vino un salvage, hace una mueca y 1c escupe; y aun cutre nosotros el que ha vivido hasta los veinte años sin gustar licores fermentados, no puede despues acostumbrarse á ellos; todos seríamos abstemios, si no nos hubieran dado vino en nuestros primeros años. En fin, eso mas universales son nuestros gustos que son mas sencillos; lo que con mas frecuencia repugna son los manjares compuestos. ¿Hemos visto á ninguno tener asco del agua y el pan? Esta es la huella de la naturaleza, y esta será tambien nuestra regla. Conservemos al niño su primitivo gusto lo unas que fuere posible, sea sencillo y comun su alimento, no se familiarice su paladar sino con sabores que tengan poco realce, y no se formo un gasto esclusivo.

Aquí no examino si este modo de vivir es ó no mas sano, porque no le considero bajo este aspecto. Bástame para que le prefiera, con saber que es el mas conforme á la naturaleza, y el que con mas facilidad á cualquiera otro puede acomodarse. Los que dicen que es menester acostumbrar á los niños á los alimentos que han de usar cuando grandes, me parece que discurren mal. ¿Por qué ha de ser el mismo su alimento, cuando su método de vicia es tan distinto? Un hombre exhausto con el trabajo, los cuidados y las penas, necesita alimentos suculentos que le renueven los espíritus del cerebro; un niño que viene de holgarse, y cuyo cuerpo está creciendo, necesita de un alimento abundante que le haga mucho quilo. Por otra parte, el hombre hecho tiene ya estado, empico y domicilio: ¿pero quién puede estar cierto de lo que guarda la fortuna al niño? En cosa ninguna le hemos de dar forma tan determinada, que le cueste mucho mudarla cuando fuere preciso. No hagamos que se muera de hambre en otro pais, si no se lleva arrastrando detras á un cocinero francés, ni que diga un dia que solo en Francia saben comer. ¡Donoso elogio! entre paréntesis. *Yo* por mí dijera que al contrario los Franceses son los que no saben comer, pues que tanto arte necesitan para que puedan comer de un plato.

Entre nuestras varias sensaciones, las del gusto son las que generalmente nos hacen mas impresion; por eso tenemos mas Interes en juzgar con acierto de las sustancias que han de hacer parte de la nuestra, quede las que no

hacen mas que arrimarse á ella. Mil cosas hay indiferentes para el tacto, para el oido y para la vista; pero casi nada es indiferente para el gusto. Ademas, la actividad de este sentido toda es física y material: es el único que nada dice á la imaginacion, á lo ménos aquel en cuyas sensaciones tiene ménos parte; en vez de que la imaginacion y la imitacion mezclan con frecuencia lo moral con la impresion de los demas. Por eso en general los pedios tiernos y voluptuosos, los caracteres afectuosos y verdaderamente sensibles, los agitan con facilidad los otros sentidos, y los deja tibios este. Pero de eso mismo que parece que hace inferior el gusto á los demas, y mas despreciable la inclinacion que á él nos entrega, saco yo por conclusion, que el mecho que mas conviene para gobernar á los niños, es conducirlos por la boca. El móvil de la gula *es* particularmente preferible al de la vanidad, porque la primera es un apetito de la naturaleza, que inmediatamente pende del sentido; y la segunda, obra de la opinion, sujeta al capricho de los hombres, y á todo género de abusos. La gula es la pasion de la infancia; esta pasion no resiste á ninguna otra, á la menor rivalidad desaparece. ¡Ha! creedme; sobrado presto cesará el niño de pensar en lo que coma, y cuando esté bien ocupado su corazon, no le ocupará mucho su paladar. Cuando fuere grande, mil impetuosos afectos estoparán la gula, y no harán mas que inflamar la vanidad; porque sola esta pasion se aprovecha de todas las demas, y al fin acaba con tedas. Algunas veces he examinado las personas que hacin mucho caso de los buenos bocados, que, así que se despertaban pensaban en lo que habian de comer aquel dia, y describian con mas puntualidad un banquete, que hasta Polibio en describir una batalla; y he visto que todos esos pretensos hombres eran niños de cuarenta años sin vigor ni consistencia, *fruges consumere nati, para comer los frutos nacidos*. *Vicio* es la gula de los corazones que no tienen sustancia. Toda el alma de un goloso está en su paladar, solo para comer fué nacido, en su estúpida incapacidad, solo en la mesa está en su lugar, solo de los platos sabe juzgar; dejémosle sin envidiarle este cargo, que mas le vale que otro para nosotros y para él.

Temer que se arraigue la gula en un niño capaz de algo, es precaucion de un corto entendimiento. En la infancia solo se piensa en lo que se come; en la adolescencia no se piensa en eso, todo es bueno, y hay otras ocupaciones. No querría, no obstante, que hiciéramos imprudente uso (le tan mezquino resorte, y que á la honra de hacer una ilustre accion le diéramos por puntal un buen plato. Pero una vez que la infancia toda no es ó no debe ser mas que juegos y alegres pasatiempos, no veo por qué motivo á ejercicios mera-

mente corporales no se les haya de dar premio material y sensible. Si un chico Mallorquín, viendo una cesta encima de un árbol, la derriba con la honda, ¿no es justo que se aproveche de ella, y que repare con un buen almuerzo lo fuerza que en ganarle ha gastado? ([47]) Si un niño Espartano, arrostrando los riesgos de cien azotes, se mete con maña dentro de una cocina, roba una vulpeja viva, se la lleva envuelta en la ropa, y arañado, mordido, desgarrado, por no sufrir la afrenta de que le cojan, se deja el niño despedazar las entrañas sin arquear las cejas, sin dar un ay, ¿no es justo que al fin se aproveche de su presa, y que se la coma despues que ella le ha comido? Nunca debe ser recompensa una buena comida; ¿pero por qué no ha de ser alguna vez efecto del afan que por grangeársela se ha tomado? no mira Emilio la torta que encima de la piedra he puesto como premio de haber corrido bien; pero sabe, sí, que el único medio de alcanzar esta torta es llegar á ella ántes que ninguno.

No contradice esto las máximas que arriba dejo asentadas acerca de la sencillez de los manjares, porque para alhagar el apetito de los niños no se trata de oscilar su sensualidad, sí solo de satisfacerla; y esto se consigue con las cosas mas ordinarias del mundo, si no se trabaja en afinarles el gusto. Su continua apetencia que escita la necesidad de crecer, es un condimento seguro que en ellos equivale á otros muchos. Frutas, queso algun bollo algo mas delicado que el pan comun; y sobretodo el arte de distribuir esto con sobriedad, es lo que basta para llevar ejércitos de niños al cabo del mundo, sin inspirarles aficion á los sabores vivos, ni esponerse á empalagarles el gusto.

Una de las pruebas de que no es natural al hombre la aficion á la carne, es la indiferencia con que miran los niños este manjar, y la preferencia que todos ellos dan á los alimentos vegetales, como los lacticinios, la pastelería, la fruta, etc. Mucho importa no estragar esta aficion primitiva, y no hacer carniceros á los niños, sino por su salud por su carácter; porque, esplique como quieran la esperiencía, lo cierto es que los que mucha carne comen, generalmente hablando, son mas crueles y feroces que los otros hombres: observacion que es de Lodos tiempos y paises. Bien notoria es la inhumanidad inglesa ([48]). Por el contrario los Gauros son los mas pacíficos de los hombres ([49]). Todos los salvajes son crueles, y no los incitan sus costumbres á que lo sean: de sus alimentos proviene esta crueldad; van á la guerra como á la

caza, y tratan, como si fueran osos, ó los hombres. Aun en Inglaterra no son oidos como testigos los carniceros, ni tampoco los cirujanos ([50]).

Los perversos atroces se endurecen para los homicidios bebiendo sangre. Homero pinta á los Cíclopes que comian carne, como hombres horrorosos, y á los Lotofagos como pueblo tan amable que al punto que se habia probado su trato, se olvidaba el huésped de su pais por vivir con ellos.

«Pregúntasme, decia Plutarco, por que se abstenia Pytágoras de comer la carne de las alimañas; pero preguntate yo qué ánimo de hombre tuvo el primero que acercó á su boca una carne manida, que con el diente quebrantó los huesos de un bruto espirado, que hizo que le sirvieran plato de cuerpos muertos, de cadáveres, y que tragó en su vientre miembros que un instante atrás musían, balaban, andaban y veian. ¿Como pudo su diestra ahondar un hierro en el corazon de un ser sensible? ¿como pudieron soportar sus ojos una muerte? ¿como pudo ver sangrar, desollar, desmembrar un pobre animal indefenso? ¿como pudo contemplar el jadear de las carnes? ¿como no le hizo el olor levantar el estómago? ¿como no sintió repugnancia y asco, como no le embargó el horror, cuando vino á manejar la podre de las heridas, y á limpiar la negra y cuajada sangre que las cubria?

Por tierra arrastran pieles desolladas;

Mugen al fuego carnes espetadas;

Devorólos el hombre estremecido,

Y oyó dentro del vientre su gemido.

Esto fué lo que de imaginar y de sentir hubo la vez primera que venció la naturaleza para celebrar este horrible banquete, la primera vez que tuvo hambre de una alimaña viva, que quiso comer de un animal que todavía pacía, y que dijo como habia de degollar, de despedazar, de cocer la oveja que le lamia las manos. De los que empezaron estos crueles banquetes, no de los que los dejan, hay por que pasmarse; aunque aquellos primeros pudieran justificar su inhumanidad con disculpas que faltan á la nuestra, y que faltándonos, nos hacen cien veces mas inhumanos que ellos.

Mortales amados de los dioses, nos dirian aquellos primeros hombres, comparad los tiempos, ved cuan felices sois vosotros, y cuanto nosotros éramos miserables. La tierra reden formada, el aire cargado de vapores, to-

davía no eran dóciles al órden de las estaciones; mal segura la corriente de los ríos por todas partes arrasaba sus riberas, estanques y lagos y hondos marjales inundaban las tres cuartas partes de la superficie del orbe, y el otro cuarto le ocupaban riscos y estériles selvas, río daba de sí la tierra fruta ninguna sazonada; no teniamos aperos de labor ningunos, no sabíamos el arte de servirnos de ellos; y para quien nada habia sembrado jamas llegaba el tiempo de la cosecha. Así de continuo nos acosaba el hambre. En el hibierno, nuestros manjares ordinarios eran el helecho y las cortezas de los árboles. Algunas verdes raices de brezo y de grama eran nuestro regalo; y cuando podian hallar los hombres algun fabuco, algunas bellotas ó nueces, bailaban de gozo en lomo de un roble ó de una haya, al son de alguna rústica cantilena, apellidando madre y nodriza suya la tierra: estas eran sus fiestas, estos sus únicos juegos; todo lo demas de la vida humana solo era dolor, penalidad y miseria.

» Finalmente, cuando lucerna y desnuda la tierra ninguna cosa nos ofrecía, precisados á agraviar la naturaleza por conservarnos, nos comimos á los compañeros de nuestra miseria mas ántes que perecer con ellos. ¿Pero á vosotros, hombres crueles, quién os fuerza á derramar sangre? Ved la afluencia ele bienes que os cerca, cuantos estos os produce la tierra, cuantas riquezas os dan los campos y las viñas, qué de animalos os brindan con su leche para alimentaros, y con su vellocino para abrigaros, ¿Qué mas les pedis? ¿qué furia os incita á cometer tantas muertes, hartos de bienes y manando en víveres? ¿Por qué mentis contra nuestra madre, acusándola de que no puede alimentaros? ¿Por qué pecáis contra Ceros, inventora de las sacras leyes, y contra el gracioso Baco, consolador de los mortales, como si sus pródigos dones no bastasen pava la conservacion del linage humano? ¿Como teneis ánimo para mezclar en vuestras mesas huesos con sus suaves frutos, y para comer con la lecho la sangre de los animales que os la dieron? Las panteras y los leones, que llamais vosotros fieras, siguen por fuerza su instinto, y por vivir matan á los otros brutos. Pero vosotros, cien veces mas que ellos fieros, resistís sin necesidad á vuestro instinto por abandonaros á vuestras crueles delicias. No son los animales que comeis los que á los demas se comen; no los comeis esos animales carniceros, que los imitais: solo de inocentes y mansos brutos teneis hambre, de los que no hacen mal á nadie, de los que con vosotros se amistan, de los que os sirven, y devoráis en pago de sus servicios.

¡O matador contra la naturaleza! si te empeñas en sustentar que te crió esta para devorar á tus semejantes, á seres de carne y hueso, que como tú sienten y viven, ahoga el horror que á tan espantosos banquetes te inspira; mata tú propio á los animales, digo con tus manos mismas, sin hierro, sin cuchilla; destrózalos con tus uñas, como hacen los leones y los osos; muerde ese toro, hazle pedazos, ahonda en su piel tus garras, cómete á ese cordero vivo, devora sus carnes humeantes, bebete con su alma su sangre. ¡Te estremeces á ¡no te atreves á sentir que entre tus dientes palpita una carne viva! ¡Hombre compasivo, que empiezas matando el animal, y luego te le comes, para hacer que dos veces muera! No basta con eso; todavía te repugna la carne muerta, no la pueden llevar tus entrañas; fuerza es transformarla al fuego, cocerla, asarla, sazonarla con drogas que la disfracen; necesitas de pasteleros, de cocineros, de hombres que te quiten el horror de la muerte, y te atraen cuerpos muertos, para que engañado el sentido del gusto con estos disfraces nos deseche lo que le horroriza, y paladee con deleite cadáveres cuyo aspecto ni aun los ojos hubieran podido sufrir.»

Aunque sea este trozo ageno de mi asunto, no me he podido resistir á la tentacion de copiarle, y creo que pocos lectores no lo lleven á mal.

En cuanto á lo demas, sea cual fuere el régimen que adoptaréis para los niños, con tal que solo los acostumbreis á manjares comunes y sencillos, dejadlos que coman, que corran y que jueguen cuanto quieran, y estad ciertos de que nunca comerán de sobra ni tendrán ahiteras; pero si los teneis hambrientos la mitad del tiempo, y hallan medio de frustrar vuestra vigilancia, se resarcirán con todo su poder; y comerán hasta hartarse, hasta reventar. Si nuestra gula es sin tasa, consiste en que le queremos dar otras reglas que las de la naturaleza. Siempre arreglando, prescribiendo, añadiendo y quitando, todo lo hacemos con la balanza en la mano; pero no está esta balanza á medida de nuestro estómago sino de nuestro capricho. Vengo á mis ejemplos: en casa de los aldeanos, el arca del pan y la despensa de la fruta nunca se cierran; y ni los hombres ni los niños saben indigestiones.

No obstante si sucediese que comiese un niño en demasía, lo cual con mi método no creo posible tan fácil es entretenerle con pasatiempos de su gusto, que lograríamos secarle de abstinencia, sin que él hiciera aprecio. ¿Corno se les pasan por alto ú todos los institutores tan fáciles y eficaces medios? Refiere Herodoto, que acosados los Lidios de una cruel carestía, se imaginaron inventar los juegos y otros pasatiempos con los cuales engaña-

ban divertidos el hambre, y pasaban los dias enteros sin pensar en comer ([51]). Cien veces acaso han leido vuestros eruditas institutores este pasage, sin ocurrióles la aplicacion que de él puede hacerse á los niños. Me dirá acaso alguno de ellos, que no deja el niño de buena gana la comida por ir á estudiar su leccion. Teneis razon, maestro: no pensaba yo en esa diversion.

Es el olfato respecto del sentido del gusto lo que la vista respecto del tacto; que le precede, y le advierte del modo que le ha de mover tal ó tal sustancia, y le dispone á que la busque ó la evito, segun la impresion que de ella recibe de antemano el olfato he oido decir que en los salvages no hacían los olores la misma impresion que en nosotros, y que juzgaban de un modo diferente de los que eran buenos y malos, bien lo creo. Los olores son en sí mismos sensaciones débiles, que mueven mas la imaginacion que el sentido, y que ménos impresion hacen por lo que dan que por lo que prometen. Esto supuesto, siendo por su modo de vivir tan diferentes los gustos de los unos de los de los otros, deben ser causa de que formen juicios muy opuestos sobre les sabores, y por consiguiente sobre los olores que los anuncian. Con tanto gusto debe un Tártaro husmear un cuarto hediondo de caballo muerto, como un cazador nuestro una perdiz medio podrida.

Muestras sensaciones ociosas, como la que la fragancia de las flores de un cuadro de jardin; no deben de ser sensibles para hombres que andan mucho para que se diviertan en pasearse, y que no trabajan lo suficiente para hallar deleite en el descanso. Gentes que siempre están con hambre poco gusto pueden tener en aromas que no anuncian cosa de comer.

El sentido de la imaginacion es el olfato. Como entona con fuerza los nervios, debe agitar mucho el cerebro; por eso aviva por un instante el temperamento, y al cabo le consume. En el amor causa efectos muy conocidos: no es el suave aroma de un gabinete de tocarlo tan débil red como se cree, y no sé si dar el parabién ó compadecer al hombre cuerdo y poco sensible, ú quien nunca hizo palpitar el olor de las flores que en su seno lleva su amada.

Así no debe ser muy activo el olfato en la edad primera, en que aun es poco susceptible de emocion la imaginacion animada por pocas pasiones, y en que aun no hay la suficiente esperiencia para prever con un sentido lo que otro nos promete. Esta consecuencia la confirma enteramente la observacion; siendo cierto que en la mayor parte de los niños es todavía obtuso y

casi rudo este sentido, y no porque no sea en ellos tan esquisita la sensacion como en los hombres, y acaso mas, sino porque no uniendo con ella ninguna otra idea, no se mueven fácilmente á sentir pena ni dolor: ni tampoco los atormenta ni los alhaja como á nosotros. Creo que sin salir del mismo sistema, ni recurrir á la anatomía comparada de ambos sexos, hallaríamos con facilidad la razon por que sienten las mugeres en general los olores con mas viveza que los hombres.

Dicen que los salvages del Canadá se hacen desde niños tan sutil el olfato, que aunque licuen perros, no se dignan servirse de ellos para cazar, y que se sirven ¿si mismos de perros. Comprando en efecto que si enseñásemos á los niños á descubrir por el lirismo su comida, como descubre el perro la caza, acaso conseguiríamos perfeccionarles el olfato hasta el mismo punto; pero en la realidad no veo que puedan ellos aplicar este sentido a cosas de mucha utilidad, como no sea para darles á conocer sus relaciones con el gusto: y la naturaleza ha cuidado de precisamos á que nos enteremos en estas relaciones. La accion de este último sentido la ha hecho inseparable de la del otro, colocando cerca sus órganos: y poniendo en la boca una comunicacion inmediata entre ambos, de suerte que nada gustamos sin husmearlo. Quisiera sin embargo que no se alterasen estas relaciones naturales para engañar ó un niño, cubriendo por ejemplo con un grato aroma lo de abrido de una purga, porque entónces es sobrado grande la discordancia de los dos sentidos para que se pueda engañar; y como el sentido mas activo absorbe ef efecto del otro, no toma la purga con ménos asco; este se es tiende á todas las sensaciones que al mismo tiempo le hacen impresion; y cuando se le presenta la mas débil, luego su imaginacion le acuerda la otra; un gravísimo aroma se torna para él en un olor repugnante: así aumentan nuestras imprudentes precauciones la suma de las sensaciones desagradables á cesta de las gratas.

Fáltale hablar en los siguientes libros de la cultura de una especie de sexto sentido, llamado sentido comun, no tanto porque es comun de todos los hombres, cuanto porque resulta del uso bien arreglado dé los demas sentidos, y porque nos da á conocer la naturaleza de las cosas por el conjunto de todas sus apariencias. Por consiguiente no tiene este sentido órgano peculiar: solo reside en el cerebro; y sus sensaciones, que son meramente internas, se llaman percepciones ó ideas. Por el número de estas ideas se mide la ostension de nuestros conocimientos; su limpieza y su claridad constituyen

justo el entendimiento; y el arte de compararlas entre sí es lo que llamamos la razon humana. De suerte que lo que llamaba yo razon sensitiva ó pueril, consiste en formar ideas simples por el conjunto de ¡michas sensaciones; y lo que llamo razon intelectual ó humana, en formar ideas complexas por el conjunto de muchas ideas simples.

Suponiendo ahora que sea mi método el de la naturaleza; y que no me haya equivocado en la aplicacion, liemos traído á nuestro alumno, atravesando el pais de las sensaciones, hasta la última frontera de la razon pueril; el primer paso que vamos á dar mas allá debe ser un paso de hombre. Pero, ántes de empeñarnos en esta nueva carrera, demos una vista á la que acabamos de andar. Cada edad, y cada estado de la vida tiene su perfeccion idónea, su especie de madurez que le es peculiar. Muchas veces hemos oido hablar de un hombre formado; contemplemos á un niño formado: espectáculo que será mas nuevo, y acaso no ménos grato para nosotros.

Tan pobre es y tan estrecha la existencia de los seres finitos, que cuando solo vemos lo que existe nunca somos conmovidos. Las ficciones son las que ornan los objetos reales; y si no añade la imaginacion su embeleso á lo que hace impresion en nosotros, el estéril gusto que se goza, ciñéndose al órgano, deja siempre helado el corazon. Ornada con los tesoros del otoño la tierra hace alarde de una riqueza que pasma la vista; pero no enardece aquella admiracion que es mas nacida de la reflexion que del sentimiento. En la primavera, casi Mermas las campiñas con nada se cubren todavía, no dan sombra los bosques, no hace mas que apuntar la verdura, y á su aspecto ya se inflama el corazon. Al ver cual renace la naturaleza, nosotros mismos nos sentimos reanimar; rodéanos la imagen del deleite: y las compañeras del contentamiento, las suaves lágrimas, prestas siempre á unirse con odo delicioso afecto, están ya á nuestros párpados asomadas; pero en balde es tan bullicioso, tan vivo y tan grato el aspecto de la vendimia; nosotros le contemplamos siempre con ojos enjutos.

¿De que procede esta diferencia*!* De que marida la imaginacion con el espectáculo de la primavera que el de las estaciones han de seguirla; á esas yemas tiernas que columbra la vista; agrega las flores, las frutas, las sombras, y á veces los misterios que estas pueden cubrir. En un punto reúne tiempos que ven sucederse, y mira ménos los objetos como han de ser que como desea, porque de ella pende el escogerlos. En el otoño, al contrario, nada mas tiene que ver que existe. Si queremos llegar á la primavera, nos

detiene embolismo, y helada la imaginacion fallece entre la nieve y las escarchas.

Este es el manantial del embeleso que hallamos en contemplar mía hermosa infancia con preferencia á la perfeccion de la madura edad. ¿Cuando disfrutamos de un gusto verdadero en ver á un hombre? cuando hace la memoria de sus acciones, que retrocedamos sobre su vida, remozándole, por decirlo así, á nuestros ojos. Si nos vemos ceñidos á contemplarle como él es, ó á suponerle cual en su vejez ha de ser, todo nuestro gusto le disipa la idea de la naturaleza decadente; que ninguno hay en ver en acelerados pasos caminar un hombre á la tumba, y todo lo afea la imagen de la muerte.

Pero cuando me figuro un niño de diez ó doce años, sano, robusto, bien formado para su edad, no escita en mi una idea que no sea grata, ora para lo presente, ora paralo venidero: véole ferviente, vivo, animado, sin roedora solicitud, sin penosa y dilatada prevision, empapado todo en su ser actual, y gozando una plenitud de vida que parece que fuera de él quiere estenderse. Antevéole en otra edad ejercitando el sentido, el entendimiento, las fuerzas que en él de dia en dia se desenvuelven: le contemplo niño, y me contenta; imaginale hombre, y me contenta mas; su ardiente sangre inflama al parecer la mia; creo que vivo con su vida, y me remoza su viveza.

Da la hora: ¡ha, qué mudanza! Empáñame al instante sus ojos; húyese su alegría; á Dios gustos, á Dios juegos y retozo. Un hombre severo y enojado le ase de la mano, le dice con gravedad:*vamos, niño, y* se le lleva. En el aposento donde entran, columbro libros. ¡Libros! ¡qué tristes muebles para su edad! Dejase llevar el pobre niño, da una desconsolada mirada á todo cuanto le rodea, se calla, y se parte hinchados los ojos en llanto que no se atreve á verter, y preñado el pecho en sollozos que no es osudo á exhalar.

O tú que no tienes que temer cosa semejante, tú para quien ningun tiempo de la vida es tiempo de aburrimiento y violencia, tú que ves llegar sin zozobra el dia, y sin impaciencia la noche, y que cuentas por tus contentos las horas, ven, amable y venturoso alumno mio, ó consolarnos con tu presencia de la partida de ese desdichado; ven... Ya llega, y cuando se acerca siento yo una impresion de gozo que veo que él participa. Su amigo, su camarada, el compañero de sus juegos es quien le llama; citando me ve, está cierto de que no se pasará mucho rato sin encontrar pasatiempo; nunca de-

pendemos uno de otro, pero siempre estamos de acuerdo, y con nadie nos hallamos tan bien como uno con otro.

En su semblante, en su ademan, en su planta se anuncian el contento y el el embarazo; brilla en su rostro la salud; sus pasos firmes le dan un aspecto de vigor; delicado su color, sin ser empalagoso, nada tiene de una afeminada molicie; ya le han estampado el aire y el sol el honroso cuño de su sexo; aunque todavía no afinados sus músculos ya empiezan á señalar algunos lineamentos de su naciente fisonomía; si aun no anima sus ojos el calor del sentimiento, tienen á lo ménos toda su nativa serenidad; que ni los han enturbiado largas tristezas, ni sus mejillas las han surcado perdurables llantos. Contemplad en sus movimientos ágiles pero firmes la viveza de su edad, la entereza de la independencia, la esperiencia de multiplicados ejercicios. Tiene la presencia despejada y libre, quiero no insolente ni vana; su rostro, que nunca se pegó á los libros, no se deja caer al pecho, y no es necesario decirle: *alza la cabeza,* que nauta se la hiciéron bajar la vergüenza ni el miedo.

Dadle lugar en medio de la asamblea: examinadle, señores, hacedle preguntas, no temais su impertinencia, ni su charlar, ni sus imprudentes cuestiones. No tengais recelo de que de vosotros se apodere, de que pretenda que solo os ocupeis en él, y que no podáis quitárosle de encima.

No aguardeis tampoco de él floridas razones, ni que os diga lo que yo le haya dictado; no esperáis otra cosa que la verdad ingenua y sencilla, sin arreos, sin afeites y sin vanidad. Lo malo que haya hecho, ó lo que pensare, os lo dirá con tanta franqueza como lo bueno, sin curarse en manera ninguna del efecto que en vosotros baga lo que él dijere; y usará de la palabra con todo el candor de su primera institucion.

Nos complacemos en vaticinar bien de los niños, y sentimos el hijo de necedades que casi siempre viene á desbaratar las esperanzas que quisiéramos fundar en alguna feliz ocurrencia que por casualidad les viene á la boca. Si rara vez da el mio esperanzas semejantes, nunca causará este sentimiento, porque nunca dice palabras inútiles, ni se abandona á un charlar que sabe que nadie escucha.. Son limitadas, pero limpias sus ideas; si nada sabe de memoria, sabe mucho por esperiencia; si no lee tan bien como otro niño en nuestros libros, lee mas bien en el de la naturaleza; su entendimiento no está en su lengua, está en su cabeza; ménos memoria tiene

que discernimiento; no sabe hablar mas que un idioma, pero entiende lo que dice; y si no habia tan bien como los demas hablan, en cambio obra mas bien que los demas obran.

No sabe qué cosa sea práctica, estilo, habito; lo que hizo ayer no influye en lo que hoy hace [52]; nunca sigue formulario, ni se sujeta á la autoridad *ó* al ejemplo; ni obra ó habia, sino como le acomoda. No aguardeis por tanto de él razonamientos estudiados, ni afectados modales; si siempre la fiel espresion de sus ideas, y la conducta que nace de sus inclinaciones.

Solo hallaréis en él un corto número de nociones morales que á su estado actual se refieren, ninguna acerca del estado relativo de los hombres: ¿y para qué le servirían puesto que un niño no es todavía miembro activo de la sociedad? Habladle de libertad, de propia edad, *y* hasta de convención: hasta algo puede saber; sabe por que no debe hacer daño á otro, para que no se le hagan á él; sabe por que lo suyo es suyo, y por que lo ageno no es suyo: en saliendo de esto, nada mas sabe. habladle de obligacion, de obediencia, no sabe lo que le quereis decir; mandadle algo, no os entenderá; pero decidle: si me haces tal gasto, te lo agradeceré cuantío se ofrezca, al punto se dará priesa á complaceros, porque lo que mas desea es ensanchar su dominio, y granjearse en vos derechos que sube que son inviolables. Acaso no siente ocupar lugar, hacer de hombre, y ser tenido en algo; pero si este último motivo le incita, ya ha salido de lo naturaleza, y no habeis cerrado bien de antemano todos los portillos de la vanidad.

Por su parte, si alguna asistencia necesita, se la pedirá indistintamente al primero que encuentre; se la pediria al Rey lo mismo que á su lacayo: hasta ahora todos los hombres para él son iguales. Por el ademan con que ruega, veis que reconoce que no le debeis nada; sabe que lo que solicita es gracia. Tambien sabe que la humanidad inclina á otorgarla. Sencillas y lacónicas son sus espresiones; su voz, su mirar, su semblante, indican un ser tan acostumbrado *á* que le concedan lo que pide, como que se lo nieguen; que ni tiene la rastrera y servil sumision de un esclavo, ni el acento imperioso de un amo, sino una confianza modesta en su semejante, la noble y tierna blandura de un ser libre, pero sensible y flaco, que implora la asistencia de otro ser libre, pero fuerte y benéfico. Si le otorgais lo que os pide, no os dará las gracias, pero conocerá que ha contraido una deuda. Si se lo negais, no se quejará, ni insistirá, por que sabe que fuera inútil: no dirá, me lo han

negado; mas dirá, no podia ser; y como ya he dicho, no se enoja nadie contra la necesidad bien conocida.

Dejadle solo en libertad, miradle obrar, sin decirle nada; contemplad lo que haga, y del modo que lo hace. No necesitando convencerse de que es libre, nunca hace nada por atolondramiento, y solo por hacer un acto de potencia en él mismo. ¿No sabe que siempre es árbitro de sí propio? Es ligero, ágil, listo; tienen sus movimientos toda la viveza de su edad, pero no veis uno que no vaya encaminado á un fin. Sea lo que fuere lo que hacer quiera, nunca acometerá nada que esceda sus fuerzas, porque las tiene bien esperimentadas, y las conoce; siempre serán sus medios adaptados á su intento, y rara vez obrará sin estar cierto de conseguir lo que pretende. Sus ojos tendrán atencion y discernimiento: no irá bobamente a hacer preguntas á los demas acerca de todo cuanto ve; pero examinará por sí propio, y se afanará por averiguar lo que quiere saber ántes de preguntarlo. Si se halla en un atolladero no previsto, se turbará ménos que otro; sí hay peligro, tambien ménos se asustará. Como aun está sin ejercicio su imaginacion, y nada hemos hecho para avivarla, no ve mas que lo que hay; solo en lo que valen valúa los riesgos, conservando siempre su presencia de ánimo. La necesidad le aguija con sobrada frecuencia para que coceo contra su aguijon; desde que nació va uncido á su yugo, y ya está acostumbrado á él, y dispuesto á todo.

Ya se ocupe ó ya se divierta, una y otra cosa son para él indiferentes; sus juegos son sus quehaceres, no ve distincion ninguna. A todo cuanto hace aplica un conato que hace reír, y una libertad que agrada infinito gusta, manifestando en uno la forma de su inteligencia y la esfera de sus conocimientos. ¿No es espectáculo peculiar de esta edad, espectáculo que embelesa y mueve, el ver á un lindo niño, alegres y vivos los ojos, sereno y contento el semblante, risueña y desembarazada la fisonomía, hacer jugando las cosas mas serias, ó profundamente ocupado en los mas frívolos pasatiempos?

¿Quereis ahora juzgarle por comparacion? Juntadle con otros niños, y dejadle obrar; vereis en breve cual estimas verdaderamente formado, cual se acerca mas á la perfeccion de su edad. De los niños de la ciudad ninguno es mas mañoso que él, y é es mas fuerte que otro ninguno, á los lugareños de su edad los iguala en fuerza, y los aventaja en maña. Todo cuanto está al alcance de la infancia, lo juzga, lo discurre, y lo preveo mas bien que todos

ellos. ¿Se trata de obrar, correr, saltar, menear cuerpos, levantar masas, valuar distancias, inventar juegos, ganar premios? diríamos que tiene la naturaleza á su mandado, con tanta facilidad á su voluntad lo dobla todo. Su destino es guiar, gobernar á sus iguales: el talento y la esperiencia valen para él el derecho y la autoridad. Dadle el trage y el nombre que os acomode; poco importa: en todas parles tendrá la primacía, en todas será el caudillo de los demas, que reconocerán su superioridad: sin querer mandar, será el árbitro; sin creer que le obedecen, le obedecerán.

Ha llegado á la madurez de la infancia, ha vivido vida de niño, no ha comprado su perfeccion á costa de su felicidad; por el contrario, una ha contribuido á otra. Si ha grangeado la plenitud de la razon de su edad, ha sido venturoso y libre en cuanto su constitucion permitia que lo fuese. Si la Parca fatal viene á segar con él la flor de nuestras esperanzas, no lloraremos de consuno su vida y su muerte, no exasperaremos nuestro dolor con la memoria del que le hayamos causado; diremos, á lo ménos gozó de su infancia; nada de cuanto le habia dado la naturaleza dejamos que perdiese.

El principal inconveniente de esta primera educacion es que solo los hombres sagaces la aprecian, y que un niño educado con tanto esmero seria reputado por un tunante á los ojos del vulgo. Mas atento un preceptor á su interes que al de su discípulo, se aplica á hacer ver que no pierde el tiempo, y que el dinero que le dan es bien ganado; le da un peculio que con facilidad se pueda sacar á lucir y enseñar cuando se quiera; no importa que sea útil lo que, enseña, con tal que se vea con facilidad. Sin tino ni discernimiento acumula cien fárragos en su memoria. Cuando se trata de examinar al niño, le hacen que deslíe su género; le enseña, quedan satisfechos, vuelve á liar su fardo, y se marcha. No es tan rico mi alumno, ni tiene fardo que desliar, ni otra cosa que enseñar que á sí propio. Pero un niño, así como un hombre, no se ve en un instante. ¿Cual es el observador que á la primera ojeada sepa distinguir los lineamientos que le caracterizan? Sí, los hay, pero pocos; y de cien mil padres, apenas uno se hallará de esta especie.

Las cuestiones sobrado multiplicadas fastidian y aburren á todo el mundo, y con mas razon á los niños. Al cabo de pocos minutos se cansa su atencion, no escuchando que les dice un preguntador terco, y responden á la aventura. Este modo, de examinarlos es vano y pedante; á veces una palabra cogida al suelo retrata mas bien su inteligencia y sentido que pudieran hacerlo largos discursos; pero es preciso cuidar de que no sea esta palabra dic-

tada por otro, ni casual. Es preciso tener mio mucho discernimiento para apreciar el de un niño.

Oí contar al difunto mylord Hyde, que un amigo suyo de vuelta de Italia, despues de tres años de ausencia, quiso examinar los adelantamientos de su hijo de edad de nueve ó diez años. Fuése un dia á pasear con él y su ayo á un llano donde se estaban divirtiendo unos estudiantes en echar cometas al aire. El padre al pasar pregunta á su hijo: *¿Donde está la cometa cuya sombra vemos?* Sin pararse, sin alzar la cabeza, responde el niño: *en el camino ancho*. Y efectivamente, añadia mylord Hyde, el camino ancho está entre nosotros y el sol. Así que oyó su padre esta respuesta abraza al niño, y concluyendo su exámen, se va sin añadir palabra. Al siguiente dia envió al ayo la obligacion de una pension vitalicia, ademas de su sueldo.

¡Qué hombre era este padre, y qué lujo debia prometerse! La pregunta es acomodada á su edad, y muy sencilla la respuesta; pero nótese la limpieza de discernimiento pueril que supone. Así amansaba el alumno de. Aristóteles aquel célebre caballo que no habia podido domar picador ninguno.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

EMILIO,

ó

DE LA EDUCACION.

LIBRO TERCERO.

SI bien todo el curso de la vida hasta la adolescencia es una época de flaqueza, un punto hay en la duracion de esta primera edad, en que habiéndose dejado atras el progreso de las necesidades al de las fuerzas aunque el animal que crece es todavía en sentido absoluto flaco, es fuerte en el relativo. Como no están todavía desenvueltas todas sus necesidades, son mas que suficientes sus fuerzas actuales para satisfacer las que tiene. Muy flaco seria como hombre; como niño es muy fuerte.

¿De donde procede la flaqueza del hombre? De la desigualdad que media entre su fuerza y sus deseos. Nuestras pasiones son las que nos hacen flacos, porque son menester mas fuerzas para contentarlas que las que nos repartió naturaleza; tanto monta disminuir los deseos, como aumentar las fuerzas: sobran á aquel que puede mas de lo que desea; de verdad que es un ser fortísimo. Este es el tercer estado de la niñez, y de él voy actualmente á tratar. Sigo llamándola niñez, porque me falta un término propio para expre-

sarla; acercándose esta edad á la de la adolescencia, sin ser aun la de la pubertad.

Con mucha mas prontitud se desenvuelven las fuerzas del niño ó los doce ó trece años que sus necesidades. Todavía no se ha hecho sentir de él la mas violenta y la mas terrible de todas; hasta el mismo órgano permanece imperfecto, y para salir de su imperfeccion, parece que espera á que le apremie la voluntad. Poco sensible á las inclemencias del aire y las estaciones, sin temor las arrostra; sírvele de abrigo su calor naciente; de condimento su apetencia; todo cuanto alimenta es bueno para su edad; si tiene sueño, se tiende en el suelo y duerme; en todas parles se ve cercado de cuanto necesita; no le empece ninguna necesidad imaginaria; nada puede con él la opinion; sus deseos no van mas allá que sus brazos; y no solo se puede bastar á sí propio, sino que tiene mas fuerza de la necesaria: esta es la única época de la vida en que en este caso ha de encontrarse.

Bien preveo la objecion. No me dirán que tenga el niño mas necesidades de las que yo supongo, pero me negarán que tenga la fuerza que le atribuyo, sin atender á que hablo de mi alumno, y no de esos muñecos ambulantes que viajan de un cuarto á otro; que cavan una maceta, y llevan cargas de carton. Diránme que hasta la virilidad no se manifiesta la fuerza viril; que lo único que á los músculos puede dar la consistencia, la actividad, el tono y el empuje de donde resulta la verdadera fuerza, es la elaboracion de los espíritus vitales en los vasos propios, y su difusion por todo el cuerpo. Esa es la filosofía del gabinete, mas yo apelo á la esperiencia, En vuestras campiñas veo muchachos grandes que cavan, binan, llevan el arado, cargan toneles de vino, conducen la barreta tan bien como su padre; por hombres los tendriamos, si no los vendiera la voz. Aun en nuestras ciudades hay chicos aprendices de herrero, de estrangero, de herrador que casi son tan robustos como sus maestros, y que no tendrian mucha ménos maña, si á tiempo los hubieran ejercitado. Si hay diferencia, y convengo en que la hay, repito que no es tanto, ni con mucho, como la de los deseos fogosos de un hombre á los limitados de un niño. Ademas de que aquí no tanto se trata de fuerzas físicas, cuanto de la fuerza y capacidad del entendimiento que las suple ó las dirige.

Este intervalo en que puede mas el individuo de lo que desea, si bien no es la época le su mayor fuerza absoluta, es., como llevo dicho, la de su mayor fuerza relativa. ¡Epoca la mas preciosa de la vida; época que se va para

no volver mas, época muy breve, y tanto mas breve, que, como en adelante verémos, mas le importa emplearla bien!

¿Pues qué ha de hacer con este sobrante de facultades y fuerzas que ahora tiene de mas, y que le hará falta en otra edad? Procurará emplearle en tareas que puedan aprovecharle cuando fuere necesario; sembrará, por decirlo así, en lo venidero lo superfluo de su estado actual: hará el niño robusto provisiones para el hombre flaco; pero no colocará sus almacenes ni en arcas que puedan robarle, ni en graneros que no posee; para apropiarse verdaderamente sus grange ías, lo pondrá en sus brazos, en su cabeza, dentro de sí propio. Ya es llegado el tiempo de trabajan, de instruirse, de estudiar: y nótese que no soy yo quien arbitrariamente hago esta eleccion, que es la naturaleza quien la indica.

Límites tiene la humana inteligencia; y no solo no puede saberlo un hombre todo, si no que ni siquiera puede saber todo aquello poco que saben los demas hombres. Puesto que toda proposicion contradictoria de una falsa es verdadera, tan inagotable es el número de las verdades como el de los errores. Hay por tanto una eleccion que hacer en las cosas que deben ensenarse, y en el tiempo que conviene aprenderlas. Entre los conocimientos que podemos adquirir, unos son falsos, otros inútiles, y otros sirven para ensoberbecer á aquel que los posee. El corto niñero de los que realmente contribuyen á nuestro bien estar es el único acreedor á las investigaciones de un sabio, y por consiguiente de un niño que querernos que lo sea. No se trata de saber cuanto hay, sino lo que es realmente útil.

Tambien se han de quitar de este corto número las verdades para cuya inteligencia se requiere un entendimiento ya hecho; las que suponen el conocimiento de las relaciones del hombre, que no puede adquirir el niño; las que, aunque ciertas en sí, disponen un alma sin esperiencia á que sobre otras materias se forme ideas falsas.

Ya nos hallamos ceñidos á un círculo muy estrecho con relaciona la existencia de los cosas; ¡pero cuan inmensa esfera forma aun este círculo por la capacidad de la inteligencia de un niño! Tinieblas del entendimiento humano, ¿qué temeraria mano fué osada á tocar á vuestro velo? ¡Qué de simas miro abiertas por nuestras vanas ciencias en torno de este desventurado mozo! O tú, que le vas á guiar por estos peligrosos senderos, y á descorrer ante sus ojos la sagrada cortina de la naturaleza, tiembla: asegúrate bien

primero de su cabeza y de la tuya; teme no sea que al uno ó al otro se le vaya, y acaso á entrambos. Teme los alhagüenos afeites de la mentira; teme no te embriaguen los inciensos de la soberbia. Acuérdate, acuérdate sin cesar de que nunca fué perniciosa la ignorancia, de que solo el error es funesto, y de que no porque no sabemos nos escribamos, sino porque nos imaginamos que sabemos.

Pudieran sus progresos en la geometría serviros como prueba y medida cierta para el desarrollo de su inteligencia; pero así que puede discernir lo que es útil de lo que no lo es, conviene usar de muchas contemplaciones y arte para traerle á estudios especulativos. Si se quiere por ejemplo que busque una medía proporcion entre dos líneas, llegase de manera que necesite hallar un cuadrado igual á un rectángulo dado: si se tratase de dos medias proporcionales, seria menester primero hacer que le interesara el problema de la duplicacion del cubo, etc. De este modo nos vamos acercando por grados á las nociones morales que distinguen el bien del mal. Hasta aquí no hemos conocido mas ley que la de la necesidad: ahora tenemos cuenta con lo que es útil: en breve llegaremos á lo que es decente y bueno.

Un mismo instinto anima las distintas facultades del hombre; á la actividad del cuerpo que procura desarrollarse se sigue la del espíritu que procura instruirse. Primero los niños solo son bulliciosos, luego son curiosos, y bien dirigida esta curiosidad es el móvil de la edad á que hemos llegado. Distingamos siempre las inclinaciones que proceden de la naturaleza, de las que son parto de la opinion. Un ardor hay de saber que solo se funda en el deseo de ser reputado sabio, y otro que nace de una curiosidad natural del hombre respecto de cuanto de cerca ó de lejos puede interesarle. El innato deseo del bien-estar, y la imposibilidad de satisfacer con plenitud este deseo, son causa de que sin cesar anhele á nuevos medios de contribuir á ello. Este es el primer principio de la curiosidad; principio natural del corazon humano, pero que solo se desenvuelve en proporcion de nuestras pasiones y nuestras luces. Supóngase un filósofo relegado en una isla desierta con instrumentos y libros, cierto de pasar en ella solo lo restante de su vida; no se curará mas del sistema del mundo, de las leyes de la atraccion, ni del cálculo diferencial: acaso no abrirá en toda su vida un libro; pero no se descuidará en visitar basta el postrer rincon de su isla, por dilatada que esta sea. Por tanto descartemos tambien de nuestros primeros estudios los conocimientos que

naturalmente no son del agrado del hombre, y ciñámonos á los que nos hace desear el instinto.

Esta isla del género humano es la tierra; el objeto que mas impresion lince en nuestros ojos es el sol. Así que empezamos á desviarnos de nosotros, se deben versar nuestras primeras observaciones en una y en otro. Por eso únicamente se versa la filosofía de casi todos los pueblos salvages en divisiones imaginarias de la tierra y en la divinidad del sol.

¡Qué salto! dirán acaso. Hace un momento que solo nos ocupábamos en lo que nos toca, en lo que inmediatamente nos rodea; y hétenos á deshora corriendo el globo, y no parando hasta el cabo del mundo. Este sallo es efecto del, progreso de nuestras fuerzas, y de la propension de nuestro espíritu. En el estado de suficiencia y pujanza, nos reconcentra dentro de nosotros el afan de conservarnos, en el de fuerza y pujanza, nos saca fuera el anhelo de esplayar nuestro ser, y nos empuja lo mas lejos que es posible; pero como no conocemos aun el mundo intelectual, no se adelanta mas allá nuestro pensamiento que nuestros ojos, ni se estiende nuestro entendimiento á unas que al espacio que mide.

Transformemos en ideas nuestras sensaciones, pero no saltemos de repente de los objetos sensibles á los intelectuales, que por los primeros hemos de llegar á los últimos. Sean siempre los sentidos las guias del espíritu en sus primeras operaciones. No consultemos otro libro que el mundo, ni otra instruccion que los hechos. El niño que lee no piensa, no hace mas que leer; y en vez de instruirse solo aprende palabras.

Haced que vuestro alumno atienda á los fenómenos de la naturaleza, y en breve le haréis curioso; pero si quereis dar pábulo á su curiosidad, no os deis priesa á satisfacerla. Proporcionad las cuestiones á su capacidad, y dejad que él las resuelva. Que nada sepa porque se lo hayáis dicho, sino porque lo haya comprendido él mismo; que invente la ciencia, y no la aprenda. Si una vez sustituis en su entendimiento la autoridad á la razon, ya no discurrirá mas, y jugará con él la opinion agena.

Quereis enseñar la geografía á ese niño, y le vais á buscar globos, esferas y mapas; ¡cuanta máquina! ¿A qué vienen todas esas representaciones? ¿Por qué no principiais enseñándole el objeto mismo, para que á lo ménos sepa de lo que se trata?

Una tarde serena nos vamos á pasear á un sitio propicio, donde bien descubierto el horizonte deja ver de lleno el sol en su ocaso, y observamos los objetos que hacen que se reconozca el sitio donde se ha puesto. Al dia siguiente volvemos á tomar el fresco al mismo sitio, ántes que el sol salga. Le vemos annunciarse de lejos con las flechas de fuego que delante de él lanza.

Auméntase el incendio, aparece todo el oliente inflamado: su brillo hace esperar el astro mucho tiempo ántes que se descubra: á edita instante creernos que estamos á ver; vérnosla en el. Destella como un relámpago un punto brillante y al instante á en el espacio todo, desvanécese el velo de las tinieblas, y cae: reconoce el hombre su mansion, y la halla hermoseada. Durante la noche ha cobrado nuevo vigor la verdura; el naciente dia que la alumbra, los rayos primeros que la doran, la enseñan cubierta de luciente aljófar de rocío que reflejan á los ojos los colores y la luz. El coro reunido de las aves saluda en sus conciertos al padre de la vida; en este instante ni una sola esta callada; débil aun su trinar, es mas lento y mas blando que lo demas del dia, que de lo soñoliento de su apacible despertar se resienten. El concurso de todos estos objetos deja en el pecho una impresion de serenidad que penetra hasta el alma; Media hora hay entónces de embeleso á que hombre ninguno resiste; que no deja tibio á ninguno espectáculo tan bello, tan magnífico, tan delicioso.

Rebosando en el entusiasmo que esperimenta, quiere el maestro comunicársela á su discípulo, y cree que le mueve participándole las sensaciones que á él le han movido, ¡Mero disparate! En el coraron del hombre es donde reside la vida del espectáculo de la naturaleza, y para verle es preciso sentirle. Distingue el niño los objetos, mas no puede distinguir las relaciones que los estrechan, ni puede oir la dulce harmonía de su concierto. Es necesaria una esperiencia que no ha adquirido, son necesarios afectos que no ha esperimentado, para sentir la impresion compuesta que resulta á la par de todas estas sensaciones. Si no ha andado mucho tiempo por áridas llanuras, si no han tostado sus plantas ardientes arenales, si nunca le sofocó la abrasada reverberacion de las peñas heridas del sol, ¿como ha de recrearle el frescor de una hermosa madrugada? ¿Como han de hechizar sus sentidos el aroma de las flores, el embeleso de la verdura, las húmedas perlas del rocío, la muelle y tierna alfombra del césped? ¿Qué emocion regalada le ha de causar el gorgear de los pajarillos, si aun no conoce los acentos del deleite y el amor? ¿Como ha de enajenarle el nacimiento de dia tan sereno, si aun no

le sabe pintar su imaginacion los guatos con que puede llenarle? ¿Como en fin le ha de enternecer la hermosura del espectáculo de la naturaleza, si no sabe qué mano la adornó tan pomposamente?

No digais al niño razones que no puede entender: lejos las descripciones, lejos la elocuencia, lejos las figuras, y lejos la poesía. Ahora no se traía de sentimiento ni gusto; seguid siendo claro, sencillo, y tranquílo: sobrado breve vendrá el tiempo de que le hableis en otro estilo.

Educado conforme al espíritu de nuestras máximas, acostumbrado á sacar de sí propio Lodos sus instrumentos, y á no recurrir nunca á otro hasta haber reconocido su insuficiencia, á cada objeto nuevo que ve le examina mucho tiempo sin decir nada. Es pensativo, no pregunton. Ceñíos á presentarle los objetos en sazon oportuna, luego, cuando veais bastantemente ocupada su curiosidad, hacedle alguna pregunta lacónica que le ponga en la via de su solucion.

En esta ocasion, despues que hayais contemplado con él el sol naciente, que le hayais hecho reparar los montes que ácia el oriente se vean, y los demas objetos inmediatos; y que le hayais dejado que charle á su sabor sobre todo, observad un rato de silencio, como si pensarais en algo con mucho ahinco, y decidle luego: estoy pensando en que ayer por la tarde se puso el sol allí, y esta madrugada ha salido allí. ¿Como puede ser eso? No digais mas: si os hace preguntas, no respondais á ellas; hablad de otra cosa. Dejadle que piense él, y estad cierto de que lo hará.

Para que se acostumbre un niño á poner atencion, y que le haga mucha impresion una verdad sensible, es necesario que le cause algunos dias de inquietud ántes que dé con ella. Si de este modo no concibe esta lo bastante; todavía hay medio de hacerla mas palpable, y es invertir la cuestion; pues que si no sabe como va el sol de su ocaso á su nacimiento, sabe á lo ménos como va de su nacimiento á su ocaso, sus ojos solos se lo enseñan. Ilustrad la primera cuestion con la otra: ó es vuestro alumno absolutamente estúpido, ó la analogía está terciará que no puede ménos de comprenderla. Esta será su primera leccion de cosmografía.

Como siempre procedemos lentamente de idea sensible en idea sensible, como nos familiarizamos mucho tiempo con una misma ántes que pasemos á otra, y finalmente como nunca precisamos á nuestro alumno á que ponga atencion, incluso habrá que andar desde esta primera leccion bosta conocer

el curso del sol, y la figura de la tierra; sin embargo como están conexos con el mismo principio todos los movimientos aparentes de los cuerpos celestes, y la primera de estas observaciones conduce á todas las demas, ménos dificultad cuesta, aunque sea necesario mas tiempo, llegar desde una revolucion diurna al cálculo de los eclipses, que entender bien la causa de la sucesion del dia y la noche.

Puesto que gira el sol en torno del mundo, debe describir un círculo, y todo círculo debe tener un centro; eso ya lo sabemos. Este centro no le podemos ver, porque está en lo interior de la tierra; pero en su superficie podemos señalar dos puntos opuestos que le correspondan. Un asador que pase por los tres puntos, y se prolongue hasta el ciclo por una y otra parte, será el eje del mundo y del movimiento diurno del sol. Una perinola redonda que ruede representará al cielo rodando sobre su eje; las dos puntas de la perinola son los dos polos: el niño tendrá mucha satisfaccion en conocer el uno; y se le enseño á la cola de la Osa menor. Ya tenemos diversion para por la noche; poco á poco nos familiarizamos con las estrellas, y de aquí nace la primera aficion de conocer los planetas y observar las constelaciones.

Hemos visto salir el sol por san Juan; le vamos á ver salir tambien por navidad, ó cualquier otro dia sereno de hibierno, porque ya es sabido que no tenemos pereza, y que no nos arredra el frio. Esta segunda observacion tengo cuenta con hacerla en el mismo sitio en que hicimos la primera; y mediante alguna maña para hacer que en ello se note, no deja uno de nosotros dos de decir: ¡Ha, ha! ¡cosa rara! ¡el sol ya no sale en el mismo sitio! Aquí están nuestras antiguas demarcaciones, y ahora ha salido allí, etc. Luego hay un oriente de verano, y otro de hibierno, etc..... Maestro jóven, ya estás en el camino. Deben bastaros estos ejemplos para enseñar con mucha claridad la esfera, representando el mundo con el mundo, y el sol con el sol.

Generalmente hablando, nunca sustituyáis el signo á la cosa, á ménos que no podais hacer ver esta; porque el signo absorbe la atencion del niño, y hace que se olvide de la cosa representada.

Paréceme la esfera armilar una máquina mal compuesta, y ejecutada con malas proporciones, aquella confusion de círculos, y las estrañas figuras que en ellos graban, hacen que se dé aire á una gregueria que asusta la inteligencia de los chicos. La tierra es muy pequeña, y los círculos muy grandes; al-

gunos, como los coluros, son absolutamente inútiles; cada círculo es mas ancho que la tierra; el espesor del carton les da una forma sólida, que hace que se miren como masas circulares realmente existentes; y cuando decis al niño que todos estos círculos son imaginarios, ni sabe lo que ve, ni entiendo cosa ninguna.

Nunca sabemos subrogarnos á los niños; ni nos acomodamos á sus ideas, sino que les atribuimos las nuestras; y siguiendo siempre nuestros propios raciocinios, con verdades bien eslabonadas, solo amontonamos en sus cabezas estravagancias y errores.

Dispútase acerca de la preferencia entre la análisis ó la síntesis para estudiar las ciencias. No siempre es necesario escoger; posible es á veces resolver y componer en una misma investigacion, guiando al niño por el método de enseñanza, cuando cree él que no hace mas que analizar. Empleando entónces juntamente una y otra, se servirian recíprocamente de prueba. Saliendo á la par de los dos puntos opuestos, sin pensar que anda el mismo camino, estrañaria mucho encontrarse, y no podria ménos de serle muy grata esta sorpresa. Quisiera por ejemplo tomar la geografía por ambos estremos, y unir con el estudio de las revoluciones del globo la medida de sus partes, empezando por el sitio de su habitacion. Mientras que estudia el niño la esfera, y se traslada así á los cielos, traedle á la division de la tierra, y enseñadle primero su propia morada.

Serán sus dos primeros puntos de geografía el pueblo donde vive, y la casa de campo de su padre; luego los lugares intermedios, luego los rios de las inmediaciones, y al final aspecto del sol y el modo de orientarse liste es el punto de reunion. Haga el mismo el mapa de todo esto; mapa muy sencillo, y formado primero con dos objetos solos, á los cuales va añadiendo poco á poco los temas, al paso que va sabiendo ó valuando su distancia y su posicion. Ya se ven las ventajas que le hemos acarreado con ponerle un compas en los ojos.

No obstante será necesario sin duda guiarle algo, pero muy poco, y sin que él lo eche de ver. Si se engaña, dejadle, no enmendeis sus yerros; esperad sin decir palabra, que esté él en estado de verlos y enmendarlos por sí propio; ó cuando mas, en hallando ocasion propicia, traed á pelo alguna operacion que se los haga ver. Si nunca se engañara, no aprenderia tan bien. En cuanto á lo demas, no tratamos de que sepa con puntualidad la

topografía del pais, sino el modo de instruirse en ella: poco importa que tenga ó no los mapas en la cabeza, con tal que entienda bien lo que representan, y tenga ideas claras del arte que sirve para levantarlos. Notad la diferencia del saber de vuestros alumnos á la ignorancia del mio. Aquellos salieron los mapas, y este los hace. Ya tenemos nuevos adornos para su aposento.

Acordaos sin cesar de que no es el espíritu de mi institucion el enseñar muchas cosas al niño, sino el no permitir nunca que se introduzcan en su cerebro ideas que no sean justas y claras. Aun cuando nada supiese, poco me importo, con tal que no se engañe; y si planto verdades en su cabeza, es solo por preservarle de los errores que en su lugar aprenderia. Con lentos pasos vienen la razon y el discernimiento; pero las preocupaciones acuden de tropel, y de estas es necesario preservarle. Mas si considerais la ciencia en sí misma, os meteis en un mar sin fondo ni orillas, lleno todo de bajíos; y nunca llegaréis á puerto de salvamento. Cuando veo á un hombre que prendado del amor de los conocimientos se deja arrastrar de su embeleso, y corre de uno y otro sin saber parar, se me figura que veo á un muchacho cogiendo conchas á la orilla del mar, y cargando con ellas; luego con la codicia de mas que ve, las tira, y coge otras, hasta que abrumado con el mucho peso, y no sabiendo donde escoger, las arroja al fin todas, y se vuelve con las monos vacías.

Durante la edad primera nos sobraba el tiempo, y solo procurábamos perderle, por no emplearle mal. Ahora es todo lo contrario, que no tenemos el que basta para hacer todo cuan lo seria útil. Mirad que se acercan las pasiones, y que así que llamen á la puerta, vuestro alumno solo en ellos pondrá toda su atencion. La edad serena de la inteligencia es tan breve, se huye con tanta rapidez, y hay que emplearla en tantas cosas indispensables, que es locura querer que baste para hacer sabio á un niño. No se trata de enseñarle las ciencias, sino de inspirarle la aficion á ellas, y darle métodos para que las aprenda cuando se desenvuelva mas bien esta aficion. Este certísimamente es el principio fundamental de toda buena educacion.

Este es tambien el tiempo de acostumbrarle poco á poco á que ponga atencion seguida en el mismo objeto; pero nunca debe ser esta efecto de la violencia, sino siempre ciclo gusto ó del deseo: es necesario tener mucha cuenta con que no le incomode, y llegue á aburrirle. Estad siempre con el ojo alerta, y en todo caso dejadlo todo élites que se fastidie; porque nunca

importa tanto que aprenda, como que no haga cosa ninguna contra su voluntad.

Si os hace preguntas, responded lo que fuere necesario para dar pábulo á su generosidad, no para dejarle harta: pero con especialidad cuando veais que en vez de proponer cuestiones para instruirse, se echad divagar, y á incomodaros con preguntas necias, callaos al punto, cierto de que ya entónces no se cura de la cosa, sino solo de esclavizaros á sus interrogatorios. Menos cuenta se ha de tener con las palabras que dice, que con el motivo que le hace hablar. Esta advertencia, ménos necesaria hasta aquí, empieza á ser de la mas alta importancia así que empieza a discurrir el niño.

Una cadena hay de verdades generales en virtud de la cual penden todas las ciencias de principios comunes de todas, y sucesivamente se desenvuelven; este encadenamiento es el método de los filósofos. No es de este del que aquí tratamos. Otra hay certeramente distinta, en la cual cada objeto particular viene eslabonado con otro anterior, y se trae detras de sí al que sigue. Este órden que siempre mantiene con una continua curiosidad la atencion que todos los estudios requieren, es el que sigue la mayor parle de los hombres, y el que con especialidad conviene á los niños. Cuando nos orientamos para levantar nuestros mapas, fué preciso trazar meridianas. Dos puntos de interseccion entre las sombras iguales de la mañana y la tarde son una escelente meridiana para un astrónomo de trece años. Pero estas meridianas se borran; se necesita tiempo para trazarlas, obligan á trabajar siempre en un mismo sitio: tanta solicitud y tanta sujecion le aburririan al fin. Ya lo hemos previsto, y remediado á ello de antemano.

Otra vez me voy á meter en mis largas y circunstanciadas esplicaciones. Ya escucho, lectores, vuestras murmuraciones, y las arrostro, que no quiero sacrificar tí vuestra impaciencia la mas útil parte de este libro. Tomad la resolucion que os parezca acerca de mis prolijidades, que yo tengo tomada la mía acerca de vuestras quejas.

Mucho tiempo hacia que habíamos notado mi alumno y yo que el ámbar, el vidrio, la cera, y otros varios cuerpos estregados atraian las pajillas, y que otros no las atraían. Por casualidad encontramos uno que tiene una virtud mas rara todavía, que es atraerá alguna distancia, y sin que le entreguen, las limaduras y otros pedacillos de hierro. ¡Cuanto tiempo nos divierte esta cualidad, sin poder descubrir en ella otra cosa mas! Por fin encontramos que

se comunica al hierro mismo, tocado al imán de cierta maneja. Un dia vamos á la plaza: un jugador de malos atrae con un mendrugo de pan un ánade de cera que nada en un barreno de agua. Estrenándolo mucho, no decimos sin embargo, es un hechicero, porque no sabemos qué cosa sea un hechicero. Tocando sin cesar efectos cuyos causas ignoramos, no nos damos priesa á decidir de nada, y nos estamos quietos hasta que hallamos ocasion para salir de nuestra ignorancia.

De vuelta á casa, á puro hablar del ánade de la plaza, se nos pone en la cabeza imitarle: cogemos una fuerte aguja, bien tocada; á la piedra iman, la rodeamos con cera blanca, á que damos lo mejor á que podemos la figura de un ánade, de manera que el cuerpo le atraviese la aguja, y la cabeza de esta haga el pico. Ponemos en agua el ánade, arrimamos al pico un mango de llave, y con un júbilo que no es difícil comprender cuentos que nuestro ánade sigue la llave, precisamente lo mismo que el de la plaza seguia el mendrugo de pan. Observar en que direccion se queda el ánade en el agua cuando le dejan quieto, eso es cosa que podremos hacer otro dia. Por ahora ocupados enteramente en nuestro objeto, no queremos otra cosa.

Aquella tarde misma volvemos á la plaza con pan preparado en nuestras faltriqueras; y así que ha hecho el jugador de manos su habilidad, mi doctorcillo, que ya no se podio contener, le dice que la habilidad aquella no es dificultosa, y que tambien él liará lo mismo. Cógenle la palabra: saca al instante de su faltriquera el pan donde está metido el pedazo de hierro; al acercarse á la mesa, le late el corazon; presenta el pan casi temblando; viene el ánade y le sigue. Con el palmoteo y las aclamaciones del corro se le va la cabeza, no está en sí. Confuso el jugador de manos vierte no obstante á abrazarle, y á darle el parabien, rogándole que le honre, al otro dia con su presencia, y añadiendo que juntará mas gente, para que aplaudan su habilidad. Ufano mi naturalista chico quiere charlar, pero yo le tapo la boca y me le llevo colmado de elogios.

Hasta el otro dia cuenta el niño los minutos con una visible impaciencia. Convida á todos cuantos encuentra, quisiera que presenciase su gloria todo el linage humano; aguarda la hora con ansia, salo mucho ántes de la hora: vuela al sitio aplazado; ya está formado el corro. Al entrar en él, se ensancha su corazon novel. Antes se han de hacer otros juegos; el jugador de manos se esmera, y ejecuta mil lindezas; el niño nada de todo eso ve; se afana, suda, apénas alienta; pasa el tiempo manejando en la faltriquera el

mendrugo de pan, temblándole la mano con la impaciencia. Al fin llega su vez, y el maestro le anuncia al público con mucha pompa. Se acerca con alguna vergüenza, saca su pan.... ¡O vicisitud de las cosas humanas! el ánade, tan manso la víspera, está hoy Urano; en vez de presentarle el pico, le vuelve la cola, y se va; huye del parí y de la mano que se le presenta con tanta diligencia como ántes le seguis. Despues de mil pruebas inútiles y hucheadas siempre, se queja el niño del que le han engañado, de que han sustituido otro ánade al de la víspera, y reta al jugador de manos á que alagara este. Sin responderle, coge el titerero un mendrugo de pan, se le presenta al ánade, y al instante viene á la mano que le retira. Agarra el niño el mismo mendrugo de pan: pero lejos de aprovechar mas que ántes, ve que el ánade hace burla de él, y que da vueltas en derredor del barreño; por fin se va lleno de confusion, y sin atreverse á aventurarse á que le hucheen de nuevo.

El jugador de cubiletes toma entónces el mendrugo de pan que habia traido el niño, y se sirve de él con tanto fruto como del suyo: saca el hierro delante de todo el mundo, otras risadas á costa nuestra; luego con este pan, sacado el hierro, atrae como ántes el ánade. Lo mismo hace con otro mendrugo cortado á presencia de teda la gente por tercera mano; otro tanto hace con su guante, con la yema del dedo; por fin se pone en mitad del corro, y con el tono enfático propio de estas gentes, declara que no será ménos obediente á su voy que á su ademan; háblale, y obedece el ánade; dícele que vaya á mano derecha, y va á la derecha, que vuelva, y vuelve; que de una vuelta, y la da; tan pronto como la órden es el movimiento. Los reiterados aplausos son otras tantas afrentas para nosotros. Nos escapamos sin ser vistos, y nos encerramos en nuestro cuarto, sin ir á contar nuestras victorias á todo el mundo, como habíamos proyectado.

Al dia siguiente por la mañana llaman á la pueril, voy á abrir, y me encuentro con el hombre de los cubiletes, que se queja con mucha moderacion de nuestra conducia. ¿Qué nos habia hecho para que quisiéramos desacreditar sus juegos, y quitarle que ganara el pan? ¿Qué milagro es saber atraer un ánade de cera, para que se quiera comprar esta honra á costa de la subsistencia de un hombre de bien? A fe mia, Señores, que si tuviera yo otro talento para poder vivir, poco alarde haria de este. Podian Vms. creer que un hombre que ha pasado su vida ejercitándose en esta mezquina industria, sabe de esto mas que Vms. que solo se ocupan en ella algunos ratos. Si al principio

no he enseñado á Vms. mis artes magistrales, consiste en que no conviene darse priesa á hacer atolondra tú en té reseña de lo que uno sabe; tengo siempre buen cuidado de reservar mis mejores habilidades para un lance, y despues de esta me quedan otras muchas para enfrenar á mozos imprudentes en cuanto á lo demas, Señores, vengo muy de buena gana á decir á Vms. un secreto que tanto les ha dado que hacer, rogándoles que no abusen de él en detrimento mio, y que otra vez sean mas circunspectos.

Entónces nos enseña su máquina; y con la mayor estrañez vemos que no consiste mas qué en un grande y fuerte iman, que movia sin ser visto un niño escondido debajo de la mesa.

Recoge el hombre su máquina, y despues de haberle nosotros dado las gracias, y pedíole perdon, queremos hacerle un regalo, y él no le admite: «No, Señores; no estoy tan satisfecho con Vms., que quiera admitir sus dádivas; los dejo reconocidos mal de su grado, y esa es mi única venganza. Sepan Vms. que en todas las condiciones se halla generosidad: yo llevo dinero por mis habilidades, y no por mis lecciones.»

Al salir, me dirige á mí en voz alta y con particularidad una reprension. Disculpo, me dice, sin dificultad á este niño, que solo ha pecado por ignorancia. Pero Vm., caballero, que debia conocer su culpa, ¿por qué se la dejó cometer? Una vez que viven Vms. juntos, el de mas edad le debe al otro sus solicitudes y sus consejos; la esperiencia de Vm. es la autoridad que le debe conducir. Citando sea grande, y se arrepienta de los yerros de su mocedad, le echará á Vm. la culpa de todos aquellos de que no le haya advertido.

Se va, y nos deja muy confusos á entrambos. Me afeo mi muelle blandura; prometo al niño que otra vez la sacrificaré á mi interes, y que le advertiré de sus yerros ántes que los cometa; porque se acerca el tiempo de que van á mudar nuestras relaciones, y á suceder la severidad del maestro á la condescendencia del camarada: esta mudanza debe venir por grados; es menester preverlo todo; y preverlo muy de lejos.

Al dia siguiente, volvemos á la plaza á verla habilidad cuyo secreto sabemos. Nos arrimamos con un profundo respeto á nuestro Sócrates titerero; apenas nos atrevemos á alzar los ojos hasta él: nos hace mil cortesías, y nos coloca con una distincion que es para nosotros nuevo desaire. Hace sus habilidades como acostumbro; pero se divierte, y se recrea mucho tiempo en la del añade; mirándonos muchas veces con ademan altivo. Todo lo sabe-

mos, y no alentamos. Si se atreviese mi alumno á abrir siquiera la boca, fuera un niño que merecia ser hecho pedazos.

Mas de lo que parece importa lo circunstanciado de este ejemplo. ¡Cuantas lecciones en una sola! ¡Cuantas mortificaciones trae consigo el primer movimiento de vanidad! Maestro mozo, acechad con cuidado este movimiento primero. Si sabeis de este modo hacer que de él nazcan desaires y desgracias estad cierto de que en mucho tiempo no se suscitará segunda,; Cuanto preparativo! diréis. Convengo en ello; y todo nada mas que para hacer una brújula que le sirva de meridiana.

Habiendo conocido que obra el iman atravesando los demas cuerpos, nos damos priesa á hacer una máquina semejante á la que hemos visto; una mesa agujereada, un barreño muy llano puesto encima de esta mesa, y lleno de algunas líneas de agua, un ánade hecho con algun mas esmero, etc. Siempre atentos en torno del barreño, notamos por fin que cuando el ánade se está quieto siempre conserva la misma direccion con corta diferencia. Seguimos la experiencia, examinamos esta direccion; vemos que es de mediodia á norte: no se necesita mas; ya está hallada nuestra brújula, ó tanto monta; ya estamos en la física.

Hay distintos climas en la tierra, y distintos temples en estos climas. Varían las estaciones de un modo mas sensible á medida que se acerca uno al polo; todos los cuerpos se comprimen con el frio, y se dilatan con el calor; mas mensurable es este efecto en los licores, y mas sensible en los espirituosos: de aquí viene el termómetro. El viento pega en el rostro; luego el aire es un cuerpo, un fluido, que se siente, aunque no sea posible hacerle visible. Meted un vaso boca abajo en el agua, y no se llenará á ménos que dejeis salida al aire; luego el aire es un fluido resistente. Empujad con mas fuerza el vaso, y entrará el agua en una parte del espacio que ocupa el aire, sin poder llenar totalmente este espacio; luego el aire es compresible basta cierto punto. Una pelota llena de aire bota mas bien que llena de cualquiera otra materia; luego el aire es un cuerpo elástico. Si tendido en el baño levantais horizontalmente el brazo hasta sacarle del agua, le sentiréis cargado de un peso terrible; luego el aire es un cuerpo pesado. Poniéndole en equilibrio con otros fluidos, puede medirse su peso; de aquí el barómetro, el sifon, la escopeta de viento, la máquina neumática. Con esperiencias no ménos toscas se encuentran todas las leyes de la estática y la hidrostática. No quiero que para nada de todo esto entre en un gabinete de física esperi-

mental, que no me gusta todo ese aparato de instrumentos y máquinas. Del aspecto científico acaba coa la ciencia, O asustan todas estas máquinas á un niño, ó le distraen y le quitan sus figuras la atencion que en sus efectos debiera poner. Quiero que nosotros mismos hagamos todas nuestras máquinas, y no quiero empezar haciendo el instrumento ántes que la esperiencia; pero quiero que despues de haber como por acaso columbrado la esperiencia, inventemos poco á poco el instrumento que ha de verificarla. Mas quiero que no sean tan justos y perfectos nuestros instrumentos, y que tengamos ideas mas líquidas de lo que deben ser, y de las operaciones que de ellos deben resultar. Por primer leccion de estática, en vez de ir á buscar balanzas, atravieso un palo en el respaldo de una silla, mido la longitud de las dos parles del palo en equilibrio, por uno y otro lado pongo pesos diferentes, unas veces iguales, y otras desiguales; y tirando ó empujando el palo lo que fuere necesario, descubro al fin que resulta el equilibrio de la proporcion recíproca entré la cantidad de los pesos y la longitud de las palancas. Ya está mi físico chico idóneo para rectificar balanzas, ántes de haber visto ninguna.

Sin disputa ninguna se adquieren nociones mas claras y seguras de las cosas que aprende uno así por sí propio, que de las que por enseñanza de otro se saben; y ademas de que no se acostumbra la razon á sujetarse servilmente á la autoridad, se torna uno mas ingenioso para hallar relaciones, ligar ideas, inventar instrumentos, que cuando, adoptándolo todo esto como nos lo dan, dejamos que se aplaste nuestro espíritu en la desidia, como el cuerpo de un hombre que, siempre vestido; calzado, servido por sus criados, y arrastrado por sus caballos, pierde al cabo la fuerza y el uso de sus miembros. Alabábase Boileau de que habia enseñado á Racine á versificar con dificultad. Con tantos admirables métodos para abreviar el estudio de las ciencias, necesitaríamos quien nos diera uno para aprenderlas con trabajo.

La mas palpable utilidad de estas lentas y laboriosas investigaciones, es que, en medio de los estudios especulativos, mantienen la actividad del cuerpo y la agilidad de los miembros, y que sin cesar conforman las manos para las faenas y usos que aprovechan al hombre. Tanto instrumento inventado para que en nuestras esperiencias nos guíen, y suplan la exactitud de los sentidos, hacen que no nos curemos de ejercitar estos. El grafómetro nos ahorra que valúemos la magnitud de los ángulos, los ojos que con puntualidad median las distancias se fian de la callena que en vez de ellos las mide;

la romana exime de que juzgue con la mano el peso que por aquella conozco. Cuan Lo mas ingeniosas son nuestras herramientas, mas torpes y rudos se tornan nuestros sentidos: y á puro amontonar máquinas en derredor, ninguna hallamos dentro de nosotros.

Pero cuando gastamos en fabricar estas máquinas la maña que les sustituía, cuando en hacerlas empleamos la sagacidad que necesitábamos para no usarlas, ganamos sin pérdida ninguna, agregamos el arte á la naturaleza, y sin tornarnos ménos mañosos, nos hacemos mas ingeniosos. En vez de pegar á un niño encima de libros, ocupándole en un obrador, trabajan sus manos en beneficio de su entendimiento: se hace filósofo, cuando piensa que no es mas que un operario. Finalmente acarrea este ejercicio otras utilidades de que hablaré mas abajo: y veremos de que modo es posible encumbrarse á las verdaderas funciones del hombre desde los juguetes de la filosofía.

Ya he dicho que no convienen á los niños, ni aun cuando rayan con la adolescencia, los conocimientos meramente especulativos; pero, sin hacer que se suman en las honduras de la física sistemática, haced de manera que se liguen todas sus esperiencias una á otra por algun género de deduccion, para que con el auxilio de este encadenamiento las puedan colocar con Arden en su espíritu, y acordarse de ellas cuando fuere necesario; porque muy dificultoso es que hechos y aun raciocinios aislados se queden mucho tiempo en la memoria cuando falla asidero para traerlos á ella.

En la investigacion de las leyes de la naturaleza, empezad siempre varios mas sensibles y mas comunes fletamentos, y acostumbrad a vuestro alumno á que crea que estos fenómenos son hechos y no razones. Cojo una piedra, finjo que la dejo en el aire; abro la mano, y se cae la piedra. Veo á Emilio muy atento, y de pregunto: ¿por qué se ha caido esta piedra?

¿A qué niño le parará esta cuestion?

A ninguno, aun á Emilio, si no he puesto mucho esmero en prepararle á que no sepa responder á ella. Dirán todos que cae la piedra porque es pesada.? Y qué es lo pesado? Lo que cae. ¿Luego la piedra se cae porque se cae? Aquí se queda parado de veras mi filósofo cinco. Esta será su primer leccion de física sistemática; y ya sea que le aproveche ó no para esta ciencia, siempre será una leccion de razon sana.

Al paso que crece la inteligencia del niño, nos obligan otras razones importantes á escoger con mas escrupulosidad sus ocupaciones. Luego que llega á conocerse á sí proprio lo bastante para entender en qué consiste su bienestar, luego que puede comprender relaciones tan vastas, que por ellas pueda juzgar de lo que le conviene y lo que no, ya entónces está en estado de conocer la diferencia que hay del trabajo á la diversion, y de mirar esta como un desahogo de aquel. Ya pueden formar parte de sus estudios Objetos realmente útiles, y convencerse él de que debe poner en ellos aplicacion mas constante que la que en meros pasatiempos ponía, desde temprano enseña al hombre la ley de la necesidad, que cada instante renace ¡que haga lo que no es de su agrado, por precaver lo que mas penoso le seria. Este es el uso de la prevision; y de esta prevision bien *ó* mal arreglada nace toda la sabiduría, y la miseria humana toda.

Todo hombre quiere ser feliz; pero para conseguirlo, es necesario saber qué cosa es la felicidad. Tan sencilla es la del hombre natural como su vida; en no padecer se vincula: la constituyen la salud, la libertad y lo necesario. Otra cosa es la felicidad del hombre moral; mas aquí no tratamos de esta. No puedo repetir lo bastante que solo los objetos meramente físicos pueden interesar a los niños; á aquellos especialmente en quien no han hecho despertar la vanidad, y que no han sido de antemano estragados con la ponzoña de la opinion.

Cuando preven sus necesidades ántes de sentirlas, ya está muy adelantada su inteligencia, y empiezan á conocer el valor del tiempo. Entónces importa acostumbrarlos á que encaminen su empleo á objetos útiles, pero de utilidad palpable para su edad, y que sus luces alcancen. No se les debe presentar tan breve todo aquello que tiene conexion con el órden moral y con el uso de la sociedad, porque no son capaces de entenderlo. Necedad es exigir de ellos que se apliquen á cosas que vagamente les dicen que son para bien suyo; sin que sepan qué bien es este, y que les aseguran que les han de aprovechar cuando sean grandes, sin que ningun interes por ahora tengan en ese pretenso provecho que no pueden comprender.

No haga nada el niño porque se lo dicen: aquello solo es bueno para él, que por tal lo reconoce. Si le lanzáis siempre mas allá de sus luces os figuráis que teneis prevision, y os falta totalmente, Por armarle con algunos vanos instrumentos de que acaso no hará nunca uso, le quitáis el instrumento mas universal del hombre., que es la sana razon; le acostumbráis á que

siempre se deje guiar, á que nunca sea mas que una máquina en manos agenas. Quereis que sea dócil cuando cinco; querer es eso que sea crédulo y burlado cuando grande. Sin cesar le decis: «Todo cuanto de tí solicito es en beneficio tuyo; pero no eres tú capaz de conocerlo. ¿Que me importa á mí que hagas ó no lo que exijo por tí solo te afanas». Con todas esas buenas razones que ahora le decís para que adquiera discrecion, le disponeis á que se deje alucinar un dia de las que le diga un iluso, un alquimista, un truhan; un pícaro ó un loco de cualquier genero, para que caiga en sus lazos, ó que dé en su locura.

Importa que sepa un hombre muchas cosas cuya utilidad no puede comprenderla un niño; ¿pero es necesario ni posible que aprenda un niño todo cuanto importa que el hombre sepa? Procurad enseñar á un niño todo cuanto es útil para su edad, y vereis que con eso sobra para llenar su tiempo. ¿Por qué quereis, en detrimento de los estudios que hoy dia le convienen, aplicarle á los de mi edad á que tan incierto es que no haya de llegar? Pero, me direis, ¿será acaso tiempo de aprender lo que debe saberse cuando llegue el caso de hacer uso de ello? No lo sé; pero lo que sé es que no es posible aprenderlo ántes, porque son nuestros verdaderos maestros la esperiencia y el sentimiento, y nunca el hombre siente lo que al hombre le, conviene fuera de las relaciones en que él se ha encontrado. Sabe el niño que ha de llegar á ser hombre: todas las ideas que del estado de hombre formarse puedo son para él motivos de instruccion; pero acerca de las ideas de este estado, superiores á su capacidad, debe permanecer en absoluta ignorancia. No es mas todo mi libro que la prueba no interrumpida de este principio de educacion.

Desde el punto que hemos conseguido dar á nuestro alumno una idea de la palabra *útil,* ya tenemos un fuerte agarradero mas para conducirle; porque le hace mucha impresion esta voz, atendiendo á que para con él solo tiene un significado relativo á su edad, y á que ve claramente la relacion de ella con su actual bienestar á vuestros lejos no les Lace mella esta voz, porque no os habeis esmerado en darles una idea de ella, que no estudiese su capacidad, y porque encargándose otros de proporcionarles cuanto les es útil, nunca necesitan de pensar en ello, ni saben qué cosa sea la utilidad.

¿*Para qué sirve eso*? Esta será en adelanté la espresion sagrada, la espresion que entre él y yo ha de determinar todas las acciones de nuestra vida: está la cuestion con que infaliblemente rebatiré yo todas las suyas y que

pondrá freno á esa muchedumbre de necias y fastidiosas preguntas con que fatigan sin dejarles vagar y sin frutos niños á cuantos tienen cerca de sí, ménos por sacar provecho, que por ejercitar en ellos algun genero de imperio. Aquel á quien enseñan, como la leccion, mas importante, que nada quiera saber que no sea útil, pregunta como Sócrates, y no propone cuestion ninguna, sin darse primero a sí propio la cuenta que ántes de resolverla sabe que van á pedirle.

Y qué poderoso instrumento os pongo en las manos para obrar en vuestro alumno. Como no sabe las razones de nada, le teneis ya casi reducido á silencio cuando querais; ¡y por el contrario, qué ventaja sacareis de vuestros conocimientos y vuestra esperiencia, para hacerle ver la Utilidad de cuanto le propongais! Porque, no hay equivocaros, hacerle ésta pregunta es enseñarle á que él tambien os la haga; y debeis contar con que para todo aquello que en adelante le propongais, no dejará de preguntaros á ejemplo vuestro; *¿para qué sirve eso?*

Este es acaso el lazo que con mas dificultad evita un ayo. Si, á la cuestion del niño, procurando solamente salir del pantano, dais una razon siquiera que no sea él capaz de entender, al ver que discurrís segun vuestras ideas y no seguir las suyas, creerá que lo que le decís sirve para vuestra edad, y no para la de él, cesará de fiarse de vos, y todo se ha perecido. ¿Cual es pues el maestro que se quiera quedar corto, y confesar á su alma no que no tiene razon? Todos llevan por regla el no confesar sus yerros, año cuando los cometen; yo al contrario llevaria la de confesar aun los que no hubiese cometido, cuando no pudiera poner á su alcance mis razones: así in á conducta siempre sin mancha trunca le seria sospechosa en su ánimo, y conservaria mas crédito con él atribuyéndome culpas no cometidas, que logradlos maestros ocultando las que realmente cometen.

Considerad lo primero, que rara vez debela vos proponerle lo que él ha de aprender: á él toca desearlo, indagarlo, hallarlo; á vos ponerlo á su alcance, hacer con maña que nazca este deseo, y darle medios para que le satisfaga. De aquí se infiere que deben ser vuestras cuestiones poco frecuentes, pero selectas; y como os propondrá á vos él muchas mas que no vos á él, siempre estareis ménos en descubierto, y con mas frecuencia en caso de decirle *: ¿Para qué puede ser útil el saber lo que me preguntais?*.

Ademas, como poco importa que aprenda esto ó lo otro, con tal que conciba bien lo que apremie, luego que no podáis darle acerca de lo que le decís una esplicacion que sea buena para el, no le deis ninguna. Decidlo sin rebozo: no tengo respuesta buena que darte; no llevaba yo razon, dejemos eso. Si era realmente inoportuna vuestra instruccion, no hay inconveniente ninguno en abandonarla totalmente; si no lo era, con un poco de esmero en breve bailareis ocasion para hacer palpable su utilidad.

No me gustan las explicaciones con largas razones; los muchachos atienden poco á ellas, y ménos las retienen en la cabeza. Cosas, cosas. No me cansaré nunca de repetir que atribuimos mucho valor á las palabras;y con nuestra educacion parlanchina, parlanchines es lo que formamos.

Supongamos que miéntras estoy yo estudiando con mi alumno el curso del sol y el modo de orientarse, me interrumpe de golpe preguntándome pava qué sirve todo eso. ¡Qué elocuente razonamiento lo voy á hacer! ¿como me aprovecho de la ocasion de instruirle de una muchedumbre de cosas en la respuesta á su cuestion, especialmente si hay quien á nuestra conferencia se halle presente [53]! Le hablaré de la utilidad de los viages, de los beneficios que del comercio redundan, de las producciones peculiares de cada clima, de las varias costumbres de los pueblos, del uso del calendario, de la computacion del regreso de las estaciones para la agricultura, del arte de la navegacion, del modo de dirigirse en la mar y seguir con puntualidad su camino, sin saber uno donde está: meteré en mi esplicacion la política, la historia natural, la astronomía, y hasta la moral y el derecho de gentes, de modo que mi alumno conciba tina alta idea de todas estas ciencias, y mucho deseo de aprenderlas. Cuando todo esto le baya dicho, habré hecho alarde de verdadero pedante, y no habrá él comprendido ni siquiera una palabra. Muchos ganas le quedarían de preguntarme como ántes para que es bueno el orientarse; mas no se atreve, porque yo no me enfade: mas cuenta le tiene fingir que entiende lo que le han obligado á que escuche. Así se hacen las brillantes educaciones.

Pero educado nuestro Emilio mas á lo pintan, y á quien con tanto trabajo hemos hecho de tan dura penetracion nada de todo eso escucha á la primer palabra que no entiende se escapa, va á brincar por el cuarto, y me deja que perore solo, busquemos solucion mas tosca, que mi aparato científico nada vale para él.

Observábamos la posicion del bosque al norte del Pardo, cuando me interrumpió con su impertinente cuestión: *¿Para qué sirve eso?* Tienes razon, le dijo pensaremos en ello mas despacio; y si hallamos que para nada sirve este estudio, no trataremos nunca de él, que no nos falta en que entrenen útilmente el tiempo. Nos ocupamos en otra cosa, y no se vuelve á hablar de geografía en todo lo demas de la tarde.

Al dia siguiente por la mañana le propongo un paseo ántes de almorzar: no desea él otra cosa; siempre están dispuestos los chicos para correr, y este tiene buenas piernas. Trepamos al bosque, á travesamos prados, nos estraviamos, no sabemos donde nos hallamos; y tratándose de volver, no podemos topar con el camino. Pasase el tiempo, arrecia el calor, tenemos hambre; aguijamos, vamos vagando acá y allá, y solo encontramos bosques, barbechos y llanos, sin señal ninguna por donde podamos venir en conocimiento del sitio en que estamos. Bien caldeados, muy molidos, y muy hambrientos, con todas nuestras carreras no hacemos otra cosa que descarriarnos mas y mas. Al fin nos sentamos á descansar y á deliberar. Emilio, que supongo yo educado como otro niño cualquiera, no delibera, que llora; y no sabe que estamos á las puertas del Pardo, y que un mero hallar es lo que nos le esconde; pero para él este tallares una densa selva, porque un hombre de su estatura entre zarzas está enterrado.

Pasado un rato de silencio, le digo con ademan inquieto: querido Emilio, ¿qué harémos para salir de aquí?

EMILIO, *sudando y llorando á lágrima viva*.

Yo no lo sé. Estoy cansado; tengo hambre; tengo sed; no puedo mas.

JUAN-JACOBO.

¿Crees que estoy yo en mejor estado? ¿piensas que me quedara por llorar, si pudiera almorzar lágrimas? No se trata de llorar, sino de reconocer el sitio. Veamos tu relox: ¿qué hora es?

EMILIO.

Son las doce, y no me he desayunado.

JUAN-JACOBO.

Verdad es: las doce son, y no me he desayunado.

EMILIO.

¡O, qué hambre debe Vm. tener!

JUAN-JACOBO.

Lo malo es que la comida no me vendrá á buscar aquí. Son las doce; justamente es la hora en que ayer observábamos desde el Pardo la posicion del bosque. ¿Si pudiéramos observar del mismo modo desde el bosque la posicion del Pardo?....

EMILIO.

Sí; pero ayer víamos el bosque, y desde aquí no vemos el pueblo.

JUAN-JACOBO.

Ahí está el daño..... Si pudiéramos sin verle encontrar su posicion....

EMILIO.

¡Ha, querido amigo mio!

JUAN-JACOBO.

¿No decíamos que osaba el bosque?.....

EMILIO.

Al norte del Pardo.

JUAN-JACOBO.

¿Por consiguiente el Pardo ha de estar?...

Al mediodia del bosque.

JUAN-JACOBO.

Un medio tenemos para hallar el norte á las doce del dia.

EMILIO.

Sí; por la direccion de la sombra.

JUAN-JACOBO.

¿Pero y el mediodia?

EMILIO.

¿Como lo harémos?

JUAN-JACOBO.

El mediodia es la parte opuesta del norte.

EMILIO.

Verdad es; no hay mas que seguir la direccion contraria á la sombra. ¡Ha! este es el mediodia, este es el mediodia; seguro que esta ácia esta parte el Pardo; vamos ácia esta parte.

JUAN-JACOBO.

Puede que tengas razon; tomemos esa senda que atraviesa el bosque.

E*MILIO*, *danda palmadas, y un grito de alborozo*.

¡Ha! ya veo el Pardo; allí está enfronte de nosotros; todo él se ve. Vamos á almorzar, vamos á comer; corramos apriesa: para algo es buena la astronomía.

Tened cuenta con que si no dice esta última frase, no dejará de pensarla, y nada importa, con tal que no sea yo quien la diga. Ora, estad cierto de que no se olvidará en su vida de la leccion de este dia; en vez de que si no hubiera yo hecho mas que figurarle todo esto en su cuarto, al siguiente dia no se le hubiera acordado ni palabra de mis razones. Es preciso hablar en cuanto sea dable con las acciones, y decir solo aquello que no se puede hacer.

No espera el lector que le desprecie yo tanto que le dé un ejemplo de cada especie de estudios, pero trátese de lo que se tratare, nunca puedo exhortar lo bastante al ayo á que mida bien su prueba con la capacidad del alumno, porque, vuelvo á repetirlo, no es lo malo que no entienda, sino que crea que entiende.

Acuérdome de que queriendo dar á un niño aficion á la química, despues de haberle enseñado varias precipitaciones metálicas, le esplicaba como se hacia la Unta, dieren dolé que procedia su color negro de un hierro muy dividido, desprendido del vitriolo, y precipitado por un licor albarino. En mitad de mi docta explicacion, me paró el traidorzuelo con su cuestion que le habia enseñado, y me dejó atascado.

Habiéndolo pensado un rato, tomé una determinacion. Envié á buscar vino á la bodega del amo de casa, y otro á real el cuartillo á una taberna.

Puse en un frasquito disolucion de álkali fijo; luego teniendo delante dos vasos de los dos distintos vinos ([54]), le hablé así:

Muchos géneros se falsifican para hacer que parezcan mejores dé lo que son. Estas falsificaciones engañan la vista y el gusto; pero son perjudiciales, y con su hermosa apariencia hacen peor la cosa falsificada de lo que autos era.

Se falsifican con especialidad las bebidas, y mas que todas los vinos, porque es mas difícil de conocer el engaño, y aprovecha mas al engañador.

La falsificacion de los vinos ásperos ó acedos se hace con almártaga, que es una preparacion del plomo. Unido el plomo con los ácidos forma una sal muy dulce que corrige al paladar la aspereza del vino, pero que es ponzoña para los que le beben.

Por tanto es cosa importante, tintes de beber un vino sospechoso, saber si está ó no almartagado. Para descubrirlo, discurro yo de esta manera.

El licor del vino no solo contiene espíritu inflamable, como lo has visto por el aguardiente quede él se saca, sino que ademas contiene ácido, corno lo puedes conocer por el vinagre y el tártaro que tambien salen de él.

El ácido tiene afinidad con las sustancias metálicas, y uniéndose con ellas por disolucion forma una sal compuesta, corno el orin, por ejemplo, que no es otra cosa que un hierro disuelto por el ácido contenido en el aire ó en el agua, y tambien el cardenillo que es el cobre en disolucion por el vinagre.

Pero mas afinidad tiene todavía este ácido con las sustancias alkalinas que con las sustancias metálicas, de suerte que interviniendo las primeras en las sales compuestas de que acabo de hablar, se Ve forzado el ácido á soltar el metal á que estaba unido, para combinarse con el álkali.

Entónces desprendida la sustancia metálica del ácido en que estaba disuelta, se precipita, y pone turbio el licor.

Así si uno de estos dos vinos está aliñar ligado, la alagarta la tiene disuelta el ácido. Echando dentro un licor alkalino, forzará este al ácido á que suelte su presa para combinarse con él; y el plomo que ya no quedará en disolucion se volverá á manifestar, enturbiará el licor, y al que se precipitará en el fondo del vaso.

Si no hay ni plomo [55], ni metal ninguno en el vino, se combinará pacíficamente el álcali con el ácido [56]; quedará todo disuelto, y no se hará precipitacion ninguna.

Al fin derramé sucesivamente gotas de mi licor alkalino en ambos vasos: el del vino de casa permaneció claro diáfano, el otro se enturbió al instante; y al cabo de una llora vimos claramente precipitado el plomo en el fondo del vaso.

Este es; continué, el vino natural y puro, que se puede beber, y este el falsificado; que es una ponzoña. Por los mismos conocimientos cuya utilidad me preguntabas se descubre esto: el que sabe como se hace la tinta, tambien sabe conocer los vinos adulterados.

Muy contento estaba yo con mi ejemplo, y no obstante noté que no le habia hecho impresion al niño. Algun tiempo necesite para ver que habia hecho yo una tontería; porque ademas de la imposibilidad de que pudiera un niño de doce años seguir mi esplicacion, no cabia en su entendimiento la utilidad de esta experiencia, porque habiendo probado los dos vinos y gustándole ambos, no aplicaba idea ninguna á la voz de falsificacion que tan bien creía yo que le habia esplicado. Tampoco las otras palabras *mal sano, ponzoña,* tenian para él significado ninguno, y en este punto se hallaba en el mismo caso que el historiador del médico Felipo, que es el de todos los niños.

Las relaciones de los efectos con las causas cuya conexion novemos, los bienes y males de que no tenemos idea ninguna, las necesidades que nunca hemos sentido, son cosas nulas para nosotros: es imposible que nos interesen á que hagamos nada que se refiera á ellas. De quince años mira uno la felicidad de un sabio, como de treinta la bienaventuranza de los predestinados. Quien no conciba bien una y otra, poco hará por granjearlas; y todavía aun cuando las conciba, se afanará muy poco quien no las desee; ni sienta que le convienen. Fácil es convencer á un niño de que es fácil lo que quieran enseñarles; pero nada importa convencerle, si no logramos persuadirle. En balde hace la serena razon que aprobemos ó vituperemos, solo la pasion nos hace obrar; *¿y* como nos hemos de apasionar por intereses que no son los nuestros todavía?

No mostreis nunca al niño nada que no alcance él á ver: miéntras que casi es agena de él la humanidad, y que no podeis elevarle al estado de hombre, bajadle el hombre al estado de niño. Disponedle para lo que puede serle útil en otra edad, pero no le hableis de cosas cuya actual utilidad él no vea. En cuanto á lo demas, no hagais nunca comparaciones con otros niños; no tenga así que empieza á discurrir, rivales ni contrincantes, ni aun para correr, mas quiero cien veces que nunca aprenda lo que por velos ó vanidad aprendiera. Solo sí señalaré cada sitio los progresos que haga, y los compararé con los que el año siguiente hiciere; diréle: tantos dedos has crecido; ese es el foso que saltabas, la carga que llevabas; hasta aquella distancia tirabas una piedra; ese espacio corrias sin descansar, etc.: veamos lo que ahora haces. Así le escita sin darle zelos de nadie. Se querrá vencer, y debe hacerlo: no veo inconveniente ninguno en que sea émulo de sí propio.

Aborrezco los libros, porque solo enseñan á hablar de lo que uno no sabe. Dicen que grabó Hermes en columnas los elementos de las ciencias, para que no pudiera un diluvio borrar sus descubrimientos. Si los hubiera estampado bien en las cabezas de los hombres, la tradicion los hubiera conservado. Los monumentos en que con mas duraderos caractéres se graban los conocimientos humanos, son cerebros bien dispuestos.

¿Acaso no habria modo de aproximar tantas lecciones desparramadas en tantos libros, de reunirías en un objeto comun, que pudiera ser fácil verle, Interesante seguirle, y servir de estimulante, aun en esta edad? Si es posible inventar una situacion en que de un modo sensible al espíritu de un niño se manifiesten las naturales necesidades del hombre, y con la misma facilidad se desenvuelvan sucesivamente los medios de remediar estas mismas necesidades, el ejercicio primero que á su imaginacion se debe dar es la viva y natural pintura de este estado.

Ardiente filósofo, ya veo que se llama la vuestra. No os trabajeis, que esta situacion está hallada y descrita, y sin haceros agravio, mucho mejor que vos mismo la describiérais, á lo ménos con mas sencillez y verdad. Puesto que absolutamente necesitamos libros, uno hay, que á mi gusto es el tratado mas feliz de educacion natural. Este será el primer libro que mi Emilio lea; él solo compondrá por espacio de mucho tiempo toda su biblioteca, y siempre ocupará en ella un lugar distinguido. Será el testo al cual servirán de mero comentario todas nuestras conferencias acerca de las ciencias naturales, y él servirá de prueba del estado de nuestro discernimiento

durante nuestros progresos; y miéntras no se estrague nuestro gusto, siempre nos agradará la lectura. ¿Pues qué maravilloso libro es ese? ¿Es Aristóteles? ¿es Plinio? ¿es Buffon? No; que es Robinson Crusoe.

Solo en su isla, Robinson Crusoe privado del auxilio de sus semejantes, y de los instrumentos de todas las artes, procurándose no obstante su subsistencia y conservacion, y granjeándose hasta una especie de bien estar, es un objeto que á cualquiera edad interesa, y que hay mil medios de hacérsele grato á los niños. Así realizamos la isla desierta que me sirvió al principio de comparacion. Convengo en que no es este estado el del hombre social, y en que no es verosímil que haya de ser el de Emilio; pero por este estado debe apreciar todos los demas. El mas cierto medio de colocarse en esfera superior á las preocupaciones, y coordinar sus juicios segun las verdaderas relaciones de las cosas, es subrogarse á un hombre aislado, y juzgar de todo como debe juzgar este mismo hombre con relacion á su propia utilidad. Libra de todo su fárrago esta novela, empezándola por el naufragio de Robinson cerca de su isla, y concluyéndola con el arribo del navío que viene ¿sacarle de ella, será en uno la diversion y la instruccion de Emilio durante la época de que aquí tratamos. Quiero que pierda la cabeza ocupándose sin cesaren su fortaleza, en sus cabras, en sus plantíos; que aparecia circunstanciadamente, no en libros sino en las cosas, todo cuanto en caso semejante ha de saberse; que se figure que él mismo es Robinson; que se contemple vestido de, puedes, con una enorme gorra, un enorme sable, y todo el estrambótico atavío de figura, ménos el quitasol que no necesita.

Quiero que le afanen las medidas que Rubiera de tomar, si llegase á faltarle esto ó lo otro; que examine la conduela de su héroe; que averigüe si no ha omitido este nada, si no podia hacer cosa mejor; que note con atencion sus yerros, y los aproveche para no incurrir en ellos en lance igual: parque no dudeis de que forme el proyecto de ir a hacer un establecimiento semejante; que estas son las torres de viento de está venturosa edad, en que no se conoce otra dicha que lo necesario y la libertad.

¡Qué de recursos ofrece esta locura á un hombre hábil, que solo se la ha sugerido para aprovecharse de ella! Ansioso el niño por formar un almacén para su isla, aprenderá con mas ardor, que podrá enseñarle el maestro. Todo cuanto es útil querrá saberlo, y no querrá saber otra cosa: ya no necesitareis guiarle, que os vereis precisado a contenerle. Pero démonos priesa á establecerle en esta isla, miéntras que a ella ciñe su felicidad; porque se va ac-

ercando el dia en que si todavía quiere vivir en ella, no querrá vivir solo; y en que el salvage compañero de Robinson Domingo, que ya ahora le interesa poco, no pueda bastarle.

La práctica de las artes naturales, para las cuales puede ser suficiente un hombre solo, conduce á la investigacion de las artes industriales, que necesitan del concurso de muchos. Salvages y solitarios pueden ejercitar las primeras; pero solo en la sociedad pueden nacer las oleas, y la hacen indispensable. Mientras que solo se conoce la necesidad física se basta cada hombre á si propio; la introduccion de lo superfluo precisa á dividir y distribuir el trabajo; porque, sí bien es verdad que un hombre que trabaja solo no gana mas que la subsistencia de un hombre, ciento que trabajen de acuerdo ganarán para que subsistan docientos. Por tanto así que viven descansados parte de los hombres, es necesario que el concurso de brazos de los que trabajan supla por la ociosidad de los que nada hacen.

Debeis poner el mayor esmero en apartar del espíritu de vuestro alumno todas las nociones de las relaciones sociales que escedan su capacidad; pero cuándo por el encadenamiento de sus conocimientos os veais precisado á manifestarle la dependencia recíproca de los hombres, en vez de mostrársela por su aspecto moral, parad primero toda su atencion en la industria y las artes mecánicas, que hacen que sean unos útiles á otros. Paseadle de obrador en obrador, y no consintais nunca que vea operacion ninguna sin poner él manos á la obra; ni que salga del taller sin saber á fondo la razon de cuanto en él se hace, ó á lo ménos de cuanto haya observado, Para esto trabajad vos mismo, dadle ejemplo: para que se llaga maestro él, haceos vos aprendiz; y estad cierto de que aprendereis mas cosas con una llora de trabajo, que las que se le quedarian en la cabeza con un dia de explicaciones.

La estimacion pública se aplica á las diversas artes en razon inversa de su utilidad real. Mídese directamente esta estimacion por su misma inutilidad, y debe ser así. Las artes mas titiles son las que ménos ganan, porque se proporciona el número de operarios con la necesidad de los hombres y porque el trabajo necesario para todo el mundo permanece forzosamente á un precio que puede pagar el pobre. Por el contrario, esos personajes que no se llaman artesanos, sino artistas, trabajando únicamente para los ociosos y los ricos, ponen á sus bujerías precio arbitrario; y consistiendo solo en la opinion el mérito de estos vanos artefactos, hasta su subido precio es parte de él,

y se estiman á proporcion de lo que cuestan. No es debido á su uso el caso que de ellos hacen los ricos, sino á que no puede pagarlos el pobre. *Nolo habere bona, nisi quibus populus invedirit*[57].

¿Qué sera de vuestros alumnos si les dejais que adopten esta necia preocupacion, si vos mismo la favoreceis, si ven por ejemplo que entrais con mas atenciones en la tienda de un platero de oro que en la de un cerrajero? ¿Qué juicio se han de hacer del verdadero mérito de las artes, y el valor verdadero de las cosas, si en todas partes ven el precio de capricho en contradiccion con el que resulta de la utilidad real, y que cuanto mas cuesta una cosa, ménos vale? Desde el punto que dejeis que se introduzcan estas ideas en su cabeza, abandonad lo restante de su educación: mal que os pese, serán educados como todo el mundo, y habreis perdido catorce años de afanes.

Emilio, que piensa en amueblar su isla, tiene otro modo de ver. Mucho mas aprecio hubiera hecho Robinson de la tienda de un herrero de corte, que de todos los dijes de Geniani: el primero le hubiera parecido un hombre muy respetable, y el segundo un truhancillo.

«Mi hijo está destinado á vivir en el mundo, y no ha de vivir con sabios sino con locos: así es necesario que conozca sus locuras, una vez que quieren los hombres que por ellas los conduzcan. Vacuo puede ser el conocimiento real de las cosas, pero mas vale todavía el de los hombres y sus juicios; porque siendo el hombre en la sociedad humana el mayor instrumento del hombre, el mas sabio es el que mas bien se vale de este instrumento. ¿Qué sirve dar á los niños idea de un órden imaginario, en todo opuesto al que han de hallar establecido, y por el cual será fuerza que se arreglen? Dadles primero lecciones para que sean sabios, y luego se las aclareis para que disciernan en qué son los demas locos.»

Conformándose con estas especiosas máximas se afana la falsa prudencia de los padres en hacer esclavos á sus lujos de las preocupaciones en que los man Llenen, y la irrision de la insensata ludia, cuando piensan que la hacen instrumento de las pasiones en ellos ¡Cuantas cosas es necesario conocer, diles de conseguir el conocer al hombre! es el hombre el postrer estudio del sabio, ¡y pretendeis que sea el primero de un niño.! Antes de instruirle en nuestro modo de sentir, enseñadle á que primero le aprecie, ¿Es conocer una locura el reputarla á razon? Para ser sabio, es preciso discernir lo que no es conforme con la sabiduría, ¿Como ha de conocer vuestro hijo á los hom-

bres, si ni sabe jugar sus juicios, ni distinguir sus errores? Malo es saber lo que aquellos piensan, ignorando sí en su pensar aciertan ó yerran. Por tanto enseñadle primero lo que en sí mismas son las cosas, y luego le enseñareis lo que son á vista nuestra: as! sabrá comparar la opinion con la verdad, y elevarse sobre la esfera del vulgo, porque no conoce las preocupaciones quien las adopta, ni conduce al pueblo el que se le parece. Pero si empezáis instruyéndole en la opinion pública, ántes de enseñarle á que la estime en lo que vale, estad cierto de que, por mucho que hagáis, él se hará la suya, y nunca se la extirpareis. De aquí colijo que para hacer que sea un mozo de razon sana, es pretesto formar bien sus juicios, en vez de dictarle los nuestros.

Bien veis que hasta aquí no he hablado de los hombres á mi alumno, que hubiera tenido la razon sobrado sana para entenderme; aun no son para él bastante palpables sus relaciones con su especie, para juzgar por sí de los demas. No conoce otro ser humano que á sí propicio, y está aun muy lejos de conocerse; pero si forma pocos juicios acerca de su persona, á lo ménos son justos los que forma. No sabe cual es el puesto ¿le los demas, pero ve el suyo, y se tiene firme en él. En vez: de las leyes sociales que no puede conocer, le hemos aprisionado con las cadenas de la necesidad. Todavía casi no es mas que un ser físico, sigamos tratándole como tal.

Por la relacion sensible que con la utilidad, la seguridad; la conservacion y el bien-estar de él tienen, debe apreciar todos los cuerpos de la naturaleza y todos los oficios de los hombres. Mucho mas apreciable debe ser á sus ojos el hierro que el oro, y mas que el diamante el vidrio: del mismo modo estima mas á un albañil, á un zapatero que á Chopineau, y á todos los diamantistas de Europa; anticipamiento un pastelero es para él sugeto importantísimo, y toda la academia de historia la daria por el confitero de la calle de la Lechuga. Los plateros, los grabadores, los doradores, y los bordadores son en su dictamen unos meros haraganes que pasan su tiempo en juegos absolutamente inútiles; ni tampoco liare mucho coso de la relojería. El venturoso niño disfruta del tiempo, sin ser su esclavo le aprovecha, y no sabe lo que vale; la calma de las pasiones, que le lince siempre igual su sucesion, le sirve de instrumento para medirle cuando lo necesita ([58]). Cuando supuse que tenia un relox, como si le hiciera llorar, me fingía un Emilio vulgar para ser útil y que me entendiesen; porque en cuanto á lo que es del verdadero, niño tan distinto de los demas para nada serviria de ejemplo.

Giro órden hay no ménos natural y mas conforme á razon todavía, en virtud del cual se consideran las artes segun las relaciones de necesidad que la estrechan, colocando en primer lugar las mas independientes, y en el postrero las que de mayor número de otras artes penden. Este órden que presenta importantes consideraciones acerca del de la sociedad de lo general, es parecido al anterior, y sujeto al mismo trastorno en la estimacion de los hombres; de suerte que se emplean las materias primeras en oficios que no dan liorna, ni casi provecho, y que cuanto mas manos han mudado, mas honra tiene y crece mas el valor de la mano de obra. No examino aquí si es cierto que sea mayor la industria, y merezca mas recompensa en las minuciosas artes que dan á estas materias la última forma, que en el primer trabajo que las convierte en usuales a los hombres: digo solo que en cada cosa el arte, cuyo uso es mas general y mas indispensable, sin disputa es el que mas estimacion merece, y que aquella que necesita de ménos arles auxiliares, es tambien acreedora á mas aprecio que las que empican muchas mas, porque es mas libre, y raya mas con la independencia. Tales son las verdaderas reglas de la valuacion de las artes y la industria; todo lo demas es arbitrario, y pende de la opinion.

La primera y mas respetable de todas las artes es la agricultura: en segundo lugar colocara yo la herrería; la carpintería en tercero, etc. El niño que no le hayan seducido las preocupaciones vulgares, precisamente pensará así. ¡Cuantas importantes reflexiones sacará nuestro Emilio sobre este punto de su Robinson! ¿Qué pensará cuando vea que solo subdividiéndose, y multiplicando hasta lo infinito los instrumentos de unas y otras; se perfeccionan las artes? Dirá: ¡qué neciamente ingeniosas son todas esas gentes! Parece que tienen miedo de que les sirvan para algo sus dedos y sus brazos, segun la muchedumbre de instrumentos que inventan para no usarlos. Para ejercitar un arte sola se han sujetado á otras mil; y cada artífice necesita una ciudad entera. En cuanto á mi camarada y yo, nuestro ingenio le empleamos en nuestra maña, y nos hacemos herramientas que á todas partes podamos llevarlas. Todos esos sus gestos tan ufanos con su talento en Madrid nada sabrían en nuestra isla, y serian á su vez aprendices nuestros.

Lectores, no os pareis en solo el ejercicio del cuerpo y la habilidad de manos de nuestro alumno; contemplad sobre todo la direccion que á su pueril curiosidad le damos; contemplad que cabeza le vamos formando. En todo cuanto vea, en todo cuanto haga, lo querrá conocer todo, querrá saber

la razon de todo; de un instrumento en otro siempre querrá subir al primero; nada admitirá por suposicion; se negará á aprender lo que requiriese un conocimiento anterior que no tuviese: si ve hacer un muelle, querrá saber como se sacó de la mina el acero; si ve juntar las piezas de un arca, querrá saber como se cortó el árbol; si trabaja él, á cada herramienta que maneje no dejará de decir para sí: ¿si no tuviese yo esta herramienta, como hiciera para fabricar una semejante, ó para no necesitarla?

Empero un error que no es fácil evitar en las ocupaciones á que coge pasion el maestro, es que siempre supone la misma aficion al niño. Cuando la diversion del trabajo os arrastre, tened cuenta con que *no se* aburra sin atreverse á manifestároslo. El niño debe estar todo entero á la cosa; pero vos debeis es Lar todo entero al niño; observarle, acecharle sin intermision y sin que se eche de ver, prever de antemano todos sus sentimientos, y precaver los que no debe tener, ocuparle en fin de manera que no solo reconozca que es útil para la cosa, sino que se complazca en ella, á puro entender bien para que es bueno lo que hace.

Consiste la sociedad de las artes en permutas de industria, la del comercio en permutas de cosas, la de bancos en permutas de signos y dinero: todas estas ideas están conexas, y ya tenemos las nociones elementales de ellas; los cimientos de todo esto los pusimos desde la edad primera, con ayuda del hortelano Roberto. Ahora no nos queda que hacer otra cosa que generalizar estas ideas, y entenderlas á mas ejemplos, para hacer que comprenda el juego de tráfico en si mismo, haciéndosela sensible con las noticias de historia natural, que sobre las producciones peculiares de cada pais se versan: con las noticias de artes y ciencias, que á la navegacion atañen, finalmente con la mayor ó menor dificultad del transporte, segun la distancia de los sitios, y segun la situacion de las tierras, los mares, los ríos etc.

Sin permuta no puede existir ninguna sociedad, ni sin comun medida ninguna permuta, ni sin igualdad ninguna como medida. De suerte que es la ley primera de toda sociedad alguna igualdad de convencion, ora sea en los hombres, ora en las cosas.

Muy distinta la igualdad de convencion entre los hombres de la igualdad natural, hace necesario el derecho positivo, esto es el gobierno y las leyes. Los conocimientos políticos de un niño han de ser limpios y limitados, del

gobierno en general solo debe conocer lo que está conexo con el derecho de propiedad, de que ya tiene alguna idea.

La igualdad de convencion entre los cosas llevó ó inventar la moneda, porque estar, o es mas que un término de comparacion del valor de las cosas de distinta especie; y en este sentido es la moneda el verdadero vínculo de la sociedad: pero todo puede ser moneda; en otro tiempo lo era el ganado; las conchas lo son todavía en muchos pueblos; el hierro era moneda en Esparta, El cuero lo ha sido en Grecia, y la plata y el oro lo son en nuestros países.

Como de mas fácil transporte, los metales fueron generalmente escogidos por términos medios de todas las permutas, y estos metales fueron convertidos en moneda, por ahorrarse la medida ó el peso á cada permuta; porque no es el sello de la moneda otra cosa que un testimonio de que una pieza de tal manera sellada pesa tanto; y solo el príncipe tiene derecho á acuñar moneda, puesto que solo él tiene derecho á exigir que todo un pueblo dé crédito á su autoridad. Esplicado así el uso de esta invencion, la entiende el mas estúpido. Difícil es comparar inmediatamente cosas de distinta naturaleza, por ejemplo, paño con trigo; pero hallada una coraran medida, conviene á saber la moneda, es fácil que el fabricante y el labrados refieran el valor de las cosas que quieren permutar á esta comun medida. Si tal cantidad de paño vale tal suma de dinero, y tal cantidad de trigo Laminen vale la misma suma de dinero, infiérase que el mercader que recibe este trigo por su paño hace una permuta igual. Así por la moneda se hacen comensurables y se pueden comparar los bienes de distintas especies.

No paseis mas adelante, ni os metais á esplicar los efectos morales de esta institucion. En toda cosa importa esplicar bien el uso, élites de hacer ver el abuso. Si pretendierais hacer ver á los niños como hacen los signos que se descuiden las cosas, como han nacido de la moneda todas las fantasías de la opinion, como los países ricos en dinero deben ser pobres en todo, trataríais á estos niños no solo corno filósofos, sino como sabios, y querríais que entendieran lo que muy pocos filósofos han concebido.

¡En cuanta abundancia de objetos intermitente se puede versar la curiosidad de un alumno, sin dejar nunca las relaciones reales y materiales que en la esfera de su capacidad se encuentra, ni consentir que en su espíritu se suscite ni siquiera una idea que no pueda concebir! Cífrase el arte de mae-

stro en no recargar nunca sus observaciones de menudencias que con nada tengan conexion sino en aproximarle sin cesar á las grandes relaciones que debe conocer un dia, pava formar juicio sano sobre el buen y mal órden de la sociedad civil. Es necesario saber acomodar las conversaciones con que se le entretiene al niño con la forma que á su espíritu se le ha dado. Cuestion hay que apénas pudiera tomar la atencion de otro, y que va á desvelar á Emilio por espacio de seis meses.

Vamos á comer un dia á una casa opulenta; bailamos los preparativos de un banquete, mucha gen Lo; muchos palos, muchos, lacayos, un elegante y esquisito servicio. Todo este aparato de fiesta y deleite escita no sé que embriagues! Que ha ni traste con la cabeza de quien á él no está acostumbrado. Preveo el efecto de todo esto en mi mancebo. Mientras que se prolonga el festín, que se suceden los servidos, que se estudian mil estrepitosos dichos, me arrimo á él, y le digo al oido: ¿Por cuantas manos valúas que baya pasado ántes de llegar aquí, todo cuanto ves encima de la mesa? ¡Qué muchedumbre de ideas despierto en su cerebro con estas pocas palabras! al instante se disiparon todos los vapores del delirio. Piensa, reflexiona calcula, se inquieta. Mientras que alegres los filósofos con el vino, y acaso con sus vecinos, chochean y hacen los niños, está él filosofando solo en un rincon: me hace preguntas; no le quiero contestar, y le digo que otra vez le responderé; se impacienta, se olvida de comer y beber, no ve la hora de salir de la mesa para hacerme preguntas á su sabor. ¡Qué objeto para su curiosidad! ¡qué texto para su instruccion! Con un entendimiento sano que todavía no ha podido estragar cosa ninguna,¿qué ha de pensar del lujo, cuando contemple que se han puesto á contribucion todas las regiones del orbe, que acaso veinte millones de memas han trabajado por espacio de mucho tiempo, y ha costado la vida á miles de hombres, todo por presentarle á mediodia en pompa lo que va por la noche á depositar en su secreta?

Acechad atentamente las conclusiones secretos que en su interior saca de todas estas observaciones. Si le habeis guardado ménos bien de lo que yo supongo, puede tener la tentacion de dar otro giro ú sus reflexiones, y de tenerse por un personage importante en el mundo, viendo que tantos afanes concurren á guisarle su comido. Si preveeis este raciocinio, con facilidad le podeis obviar ántes que le haga, ó á lo ménos borrar al instante la impresion que en 61 haya hecho. No sabiendo apropiarse todavía las cosas de otro modo que por el gozo material, no puedo juzgar de la conveniencia ó dis-

crepancia que con él tienen como no sea por relaciones sensibles. La comparacion de una sencilla y rústica convida, preparada por el ejercicio, sazonada por la hambre, la libertad y la alegría, con tan magnífico festin, tan medido á compas, bastará para darle á entender que no trayéndole ningun beneficio real el banquete, y sacando tan satisfecho el estómago de la mesa del labriego como de la del asentista, no hay mas en una que en otra que pueda llamar suyo verdaderamente.

Imaginémonos lo que podrá decirle en tal caso su ayo. Acuérdate bien de estas dos comidas, y resuelve dentro de tí á cual te has hallado con mas gusto, en cual has notado mas alegría, en cual comieron los convidados con mas apetencia, bebieron con mas júbilo y de mejor gana, y se rieron mas de veras; cual duró mas tiempo sin pesadumbre, y sin que fuese necesario renovarla con otros servicios. Mira no obstante la diferencia: ese pan bazo que hallas tan sabroso, procede del trigo cogido por el labrador; su vino grueso y negro, pero sano y refrigerante, es de su propio viñedo; la mantelería está tejida con su cáñamo hilado en el hibierno por su muger, sus hijas y su críenla.; ningunas otras manos que las de su familia han hecho los preparativos de su mesa; el inmediato molino y el vecino mercado son para él los linderos del universo. ¿Fuí qué disfrutaste realmente de todo cuanto á la otra mesa la abastecieron las tierras remotas y la mano de los hombres? Si todo eso no hace que se coma mejor que has ganado con esa abundancia? ¿qué halda allí que para tí fuese? Si hubieras sido el amo de casa, podrá añadir, mas estrado hubiera sido todo para tí.; porque el afan de hacer alarde á los ojos de los demas de tu gozo habria acabado de quitártela hubieras tenido tú la solicitud, ellos el gusto.

Muy elocuente puede ser este razonamiento ¡pero nada vale para Emilio á cuyo alcance no está, y á quien nadie dicta sus reflexiones. Hablale con mas sencillez, decidle una mañana, despues de estas dos pruebas: ¿Adonde irémos á comer hoy? en derredor de aquel monte de plata, que tapa las tres cuartas partes de la mesa, y aquellos cuadros de llores de papel que para los postres sirven encima de espejes, en medio de aquellas mugeres con tanto encaje, que te tratan como un muñeco, y quieren que ya sea lícito lo que no saltes; ó á aquel lugar dos leguas de aquí, en casa de aquella buena gente que con tanto agasajo nos recibe, y tan buena nata nos da? No es dudosa la eleccion de Emilio; por que ni es vanidoso, ni parlanchin, ni puede aguantar la sujecion, y tampoco gusta de nuestros esquisitos platos, pero que siempre

está dispuesto á correr por el campo, y le gustan mucho la buena fruta, las buenas legumbres, la buena nata, y la buena gente [59]. En el camino nos ocurre naturalmente la reflexión: ya veo que esa multitud de hombres que trabajan para esos grandes banquetes, ó pierden su afan, ó no se curan mucho de nuestro deleite.

Mis ejemplos, buenos acaso para ira individuo, serán malos para otros mil. Si se entiende el espíritu de ellos, sabrán variarse segun fuere necesario: esta eleccion pende del estudio del talento peculiar de cada uno; estudio que pende de las ocasiones que de manifestar sus disposiciones naturales presentimos á los niños. Nadie imaginará que en el hueco de tres ó cuatro años que tenernos aquí que llenar, sea posible dar al niño, que con mas capacidad haya nacido, una idea de todas las artes y ciencias naturales, que liaste para que las aprenda un dia por si solo; pero haciendo que pasen por su vista todos los objetos que le importa conocer, le ponemos en caso de desarrollar su gusto y su talento, y de dar los primeros pasos ácia el objeto á que este le encamina, indicándonos la vereda que se le ha de allanar para auxiliar la naturaleza.

Otra ventaja de eslabonar así conocimientos adecuados aunque cortos, consiste en que de este modo se los indicamos por sus conexiones y sus relaciones, y que en la estimacion de él los coloramos todos en su lugar, precaviendo así la preocupacion tan comun en la mayor parte de los hombres de apreciar solo los estudios que han, cultivado, y no hacer caso de los donas. Quien ve bien el órden del todo, ve el sitio en que debe estar cada parte; quien ve bien una parte sola y la conoce á fondo, puede ser un varon científico: el primero es uno de sana razon; y ya os acordais de que no tanto nos proponemos grangear ciencia como sano juicio.

Sea como fuere mi método, no pende en mis ejemplos, que se funda en la medida de las facultades del hombre en sus distintas edades, y en la eleccion de las ocupaciones que convienen a sus facultades. Creo que con facilidad se encontraria otro método que al parecer produjera mejores efectos, pero si no fuese tan adaptable á la especie, ú la edad, y al sexo, dudo que se sacara de él igual fruto.

Al empezar este segundo período, nos hemos aprovechado de la superabundancia de nuestras fuerzas respecto á nuestras necesidades, para salir fuera de nosotros; nos hemos lanzado a los cielos; habernos medido la tier-

ra; hemos reconocido las leyes de la naturaleza; en una palabra hemos andado la isla entera: ahora tornamos a nosotros, y nos acercamos insensiblemente a nuestra morada. Por dicha, que de vuelta no encontramos aun encastillado el enemigo que nos está amenazando, y que se prepara á enseñorearse de dia.

¿Qué nos que hacer, habiendo ya observado todo cuanto nos rodea? Convertir en nuestro uso todo aquello que pademos apropiamos, y hacer que redunde nuestra curiosidad en provechoso nuestro bien estar. Hasta aquí hemos hecho provision de todo género de instrumentos, sin saber de cuales necesitaríamos. Acaso los nuestros inútiles para nosotros mismos podrán servir para otros, y acaso recíprocamente tendremos nosotros necesidad de los de ellos. De esta suerte nos tendrán cuenta á todos estas permutas; pero para hacerlas, es menester conocer nuestras mutuas necesidades; es menester que sepia cada uno lo que tienen los demas para su uso, y lo que de retorno puede él ofrecerles. Supongamos diez hombres, cada uno de los cuales tiene necesidades de diez especies. Es menester que para lo que cada uno necesita se aplique á diez especies de parcas; mas, atendida la diferencia de declinaciones y habilidades, al uno ménos bien esta faena, aquella al otro. Idóneos todos para cosas diferentes, narán unas mismas, y estarán mal servidos Formemos una sociedad de estos dichos hombres, y aplíquese cada uno por sí y por los otros nueve al género de ocupacion que mejor le convenga, perfeccionará cada uno la suya con un continuo ejercicio, y sucederá que muy bien abastecidos todos diez; les quedará todavía sobrante para otros. Este es el principio aparente de todas nuestras instituciones. No es del caso examinar aquí las consecuencias: esto ya lo he hecho en otro escrito ([60]).

En virtud de este principio, un hombre que se quisiera mirar como un ser aislado, sin conexion con nada y bastante para sí propio, no pudiera ménos de ser miserable. Ni aun subsistir le seria posible, porque hallando cubierta la tierra entera del *tuyo* y el *mio*, y no teniendo otra cosa suya que su cuerpo, ¿de donde habia de sacarlo que necesitase? Con salir del estado de naturaleza, precisamos á nuestros semejantes á que tambien le abandonen á nadie puede permanecer en él contra la voluntad de los demas; y fuera realmente dejarle, el querer permanecer en él; sin poder vivir, porque la primera ley de la naturaleza, es la solicitud de la propia conservacion.

De este modo se forman poco á poco en el espíritu de un niño las ideas de relaciones sociales, aun ántes que realmente pueda ser miembro activo de la sociedad. Bien ve Emilio que para adquirir instrumentos para su uso, tambien los necesita que sirvan para el de los demas y por los cuales pueda obtener en cambio las cosas que tiene menester, y que á ellos pertenecen. Con facilidad le traigo á que conozca la necesidad de estas permutas, y á que se ponga en estado de que le sean ventajosas.

Escelentísimo Señor, es menester que yo viva decía un desventurado autor satírico al ministro que le echaba en cara la infamia de su oficio. No *veo qué necesidad haya*, le respondió sin inmutarse el potentado, Esta respuesta, consciente en boca de un ministro, hubiera sido inhumana y falsa en la de cualquiera otro. Es menester que viva todo hombre. Este argumento á que da cada uno mas ó jaleados fuerza, á proporcion que mas ó ménos humanidad tiene me parece que no tiene réplica pava el que con respecto á sí propio le hace. Puesto que la mas violenta de cuantas aversiones nos inspira la naturaleza es la de morir, infiérase que se lo ha permitido todo á aquel que no tiene ningun otro medio posible de vivir. Los principios en virtud de los cuales aprende el varon virtuoso á menospreciar la vida, sacrificándola á su obligacion, están muy remotos de esta primitiva sencillez. ¡Venturosos los pueblos en que es dable ser bueno sin esfuerzo, y justo sin virtud! Si hay un miserable estado en el mundo en que no pueda vivir uno sin obrar mal, y en que sean los ciudadanos bribones por necesidad, no se debe en él ahorcar al malhechor, sino á quien le fuerza á que lo sea.

Luego que sepa Emilio qué cosa es la vida, será mi primera diligencia enseñarle á que la conserve. Hasta aquí no he distinguido los estados, las ¡jerarquías, y los caudales; y poco mas los distinguiré en adelante, porque el hombre es uno mismo en todos los estados; porque el vicio no tiene mayor capacidad de estómago que el pobre, ni digiere unas bien; porque no tiene el amo mas largos ni mas fuertes los brazos que los de su esclavo; porque un grande no es mas grande que un plebeyo; y en fin, porque siendo en todos unas mismas las necesidades naturales, los medios de satisfacerlas en todos deben ser iguales. Adaptad al hombre la educacion del hombre, no á lo que no es él. ¿No veis que con trabajar en formarle exclusivamente para fin estado, le haceis inútil para cualquier otro, y que, si á la fortuna le place, solo os habreis afanado en hacerle infeliz? ¿Qué cosa hay mas ridícula que un gran Señor pareciendo que en su miseria conserva las preocupaciones de

su nacimiento? ¿Qué cosa mas ví á que un rico que ha empobrecido, y que acordándose del desprecio que se debe á la pobreza, siente que se ha tornado el postrero de los humanos? El único recurso del primero es el oficio de público bribon; el del otro el de rastrero criado, con este lindo mote: *es menester que yo viva*.

Os fiais en el actual órden de la sociedad, sin reflexionar que está sujeto este órden á inevitables revoluciones, y que no os es dado prever ni precaver la que á vuestros lujos puede tocarles. Tórnase menudo el grande; tórnase pobre el rico; tórnase vasallo el monarca: ¿tan raros son los golpes de la fortuna, que os podais mirar como inmune de ellos? Acercándonos vamos al estado de crísis y al siglo de las revoluciones [(61)]. ¿Quién puede responderos de lo que entónces seréis? Todo cuanto han hecho los hombres, los hombres lo pueden destruir; no hay otros caracteres indelebles que los que estampa la naturaleza y no hace la naturaleza príncipes, ni ricos, ni grandes señores. ¿Pues qué hará en la bajeza ese sátrapa que solo habeis educado para la grandeza? ¿Qué hará en la pobreza ese publicarlo, que solo sabe vivir con oro? ¿Qué hará, privado de todo, ese opulento imbécil que ni de sí mismo sabe usar, y coloca su propio ser en lo que es ageno de él? ¡Venturoso el que sabe dejar el estado que le deja, y permanecer hombre ¿despecho de la suerte! Alaben cuanto quieran á ese rey vencido que se quiere sepultar como un frenético bajo las ruinas de su trono; yo le desprecio; veo que solo por su corona existe, y que nada absolutamente es si no es rey: pero el que la pierde, y vive sin ella, es entónces superior á ella. De la gerarquía de rey, que un cobarde, un perverso, un loco puede ocupar como otro cualquiera, asciende al estado de quien obre, que tan pocos hombres saben desempeñar. Triunfa entónces de la fortuna de la arrostra; todo se lo debe á sí solo; y cuando otra tosa que él no le queda que mostrar, no es nulo, que es algo. Si, mas quiero cien veces al rey de Siracusa de maestro de escuela de Corinto, y al, rey de Macedon á escribano en Roma, que a un malhadado Tarquino, que no sabe que hacerse si no reina, que al heredero del posesor de tres reinos, la befa de cualquiera que ádenostar su miseria es osado, errante de corte en corte, mendigando en todas partes auxilios, y en todas encontrando con desaires, por no saber hacer otra cosa que un oficio que ya no está en su mano.

El hombre y el ciudadano, sea cual fuere, no tiene otro caudal que dar ó la sociedad que a sí propio; todos los demas bienes suyos están en ella sin

su voluntad; y cuando es un hombre rico, ó no disfruta de su riqueza, ó la disfruta el público con él. En el primer caso roba á los demas aquello de que se priva, y en el segundo no les da nada; de suerte que le queda por pagar la deuda social toda entera, miéntras que solo con su caudal la satisface. Pero mi padre, cuando le grangeó, sirvió la sociedad Enhorabuena; pagó su deuda, mas no la vuestra. Mas debeis vos á los otros que si hubierais nacido sin caudal, una vez que nacisteis favorecido. No es justo que lo que ha hecho un hombre por la sociedad exima á otro de lo que le debe; porque como cada uno se debe todo entero, ninguno puedo pagar mas que por si; padre ninguno puede dejar por herencia á su hijo el derecho de ser inútil á sus semejantes: y eso es segun vos decis, lo que hace, dejándole sus riquezas, que son remuneracion y prueba de su trabajo. El que se come en la ociosidad lo que por sí propio no ha ganado, lo robo; y el acreedor del estado, á quien este paga no haciendo nada, poco se diferencia á mis ojos de un ladron que vive á costa de los caminantes. Fuera de la sociedad el hombre aislado, que a nadie debe nada, tiene derecho para vivir como se le antoja; pero en la sociedad, donde necesariamente vive á costa de los domas, les debe en trabajo lo que vale su manutencion; esto no sufre escepciones. Así el trabajar es obligacion indispensable del hombre social. Rico ó pobre, poderoso ó flaco, todo ciudadano ocioso es un pícaro.

Siendo esto así, la ocupacion que entre todas las que pueden proporcionar al hombre su subsistencia le acercamos al estado de naturaleza, es el trabajo manual; y éntrales condiciones todas, la del artesano es la mas independiente del hombre y de la fortuna. Solo de su trabajo pende un artesano; es libre, y tan libre cuanto es el labrador esclavo, porque este está alado á su campo cuya cosecha esta a discrecion agena: el enemigo, el príncipe, un poderoso vecino, se le pueden quitar; por él le pueden hacer mil vejaciones; pero si en un pais cualquiera molestan á un artesano, en breve tiene liado su líalo; se lleva sus brazos, y se va. No obstante la agricultura es el primer oficio del hombre, el mas honroso, el mas útil, y por consiguiente el mas noble que pueda ejercitar. No le digo á Emilio: aprende la agricultura ya la sabe. Está familiarizado con todas las faenas rústicas; ha empezado por ellas, y no has deja nunca de la mano. Dígole sí: cultiva la heredad de tus padres. Pero ¿si pierdes esta heredar!, ó no la tienes, qué has de hacer? Aprende un oficio.

¡A mi hijo un oficio! ¡artesano mi hijo! Señor, ¡qué pensamiento! Mas acertado, Señora, que el vuestro, que le querais reducir á que nunca pueda ser mas que un mylord, un marques, un príncipe, y yo le quiero dar un cargo que nunca pueda perder, cargo que en todos tiempos le honre, quicio elevarle al estado de hombre: decid lo que querais, ménos iguales tendrá á título de tal, que por todos los que de vos heredare.

La letra mata, y el espíritu vivifica. No tanto se trata de aprender un oficio por saberle cuanto por vencer las preocupaciones que le desprecian. Nunca os veréis precisado á trabajar para vivir. Eso es lo peor, eso. Pero no importa; no trabajeis por necesidad, trabajad por gloria: abajados al estado de artesano, para subir á mas alto grado que el vuestro. Para sujetar á vos la fortuna y las cosas, haceos primero independiente de ellas; y para dominar por la opinion, dominadle ántes.

Acordaos de que no pudo un arte de ingenio, sino un oficio, oficio verdadero, arte meramente mecánica, en que mas que la cabeza trabajen las manos, y con la cual nada haga caudal, pero que ponga á cualquiera en estado de no necesitarle. En casas donde no hay que temer el riesgo de que les falte que comer, he visto yo padres cuya prevision llega hasta darles á sus lujos conocimientos de que, en todo lance, puedan echar mano para mantenerse. Creen estos próvidos padres que han grangeado mucho, y nada granjean, porque los recursos que piensan que á sus hijos procuran penden de la misma fortuna contra cuyos tiros pretenden armarlos; de manera que con tollos sus Lucidos talentos, si no se encuentra el que los tiene en circunstancias propicias, se morirá de hambre, como si ninguno tuviese.

Supuesto que se trata de amaños y artería, tanto monta usarlos para mantenerse en la abundancia, como para volverse á grangear desde el seno de lo miseria con que reponerse, en su primer estado. Si cultivais artes que dan una utilidad proporcionada á la fama del artista; si os haceis idóneo para empleos que solo por valimiento se consiguen, ¿de qué os servirá todo eso, cuando aburrido con justicia del mundo, desdeñeis los medios sin los cuales no es posible hacerse lugar? Habeis estudiado la política y los intereses de los príncipes: bien está; pero ¿qué habeis de hacer con esos conocimientos, si no sabeis introduciros con los ministros, con las damas de la corte, con los jefes de covachuela, si no dais en el luto de gustarles, si no encuentran todos en vos el bribon que les conviene? Sois pintor á arquitecto: para bien sea, pero es necesario que sea conocida vuestra habilidad. ¿Quién os ha de

encargar un cuadro, si no sois de la academia, si no teneis proteccion, aunque sea para llenar un rincon de su antesala? Soltad esa regla y ese pincel; coged un simon, y andad de puerta en puerta, que así es como se grangea celebridad; pero ántes habeis de saber que todas esas ilustres puertas tienen porteros ó conciertes que solo entienden por gestos, y tienen los o idos en las roanos. ¿Quereis enseñar lo que habeis aprendido, y ser maestro de geografía, de matemáticas, de lenguas y de música, ó de dibujo? Para eso necesitáis discípulos, y por consiguiente elogiantes. No perdais de vista que mas vale ser embaidor que hábil, y que si no sabeis otro oficio que el vuestro, nunca sereis otra cosa que mi ignorante.

Ved cuan poca solidez tienen todos esos brillantes recursos, y de cuantos mas necesitáis para sacar de ellos utilidad. ¿ Y luego, qué os liareis en ese torpe avillanamiento? Sin instruiros, os envilecen los reveses de la fortuna; traído mas que nunca al estricote por la pública opinion, ¿como os habeis de levantar sobre las preocupaciones que son árbitros de vuestra suerte? ¿como despreciar los vicios y la bajeza que necesitais pava subsistir? Solo de las riquezas dependiais, ahora dependeis de los ricos; empeorado habeis de esclavitud, echándole la sobrecarga de la miseria. Pobre sois sin ser libre, que es el estado peor en que pueda caer el hombre, Pero si, en vez de recurrir a esos sublimes conocimientos destinados para ser alimento del alma y no del cuerpo, echáis mano, si hay necesidad, de vuestros brazos y del uso que de ellos sabeis hacer, desaparecen todas las dificultades, y es inútil toda artería; cesan de ser estorbo para vivir la probidad y el honor; no necesitáis ser embustero y cobarde en presencia de los grandes, en la de los bribones flexible y rastrero, complaciente vil de todo el mundo, emprestador ó ladronzuelo, que es casi lo mismo en aquel que nada tiene; no os mueve la opinion agena; no teneis que hacer corte á nadie, ni necio que adular, ni portero que ablandar, ni cortesana que pagar, y tributarle incienso, que es picor todavía. Manejen picaros en buen hora los negocios de entidad; poco os importa, que no ha de impediros eso que en vuestra vida oscura seáis hombre de bien, y ganeis el pan. Entrais en la primera tienda del oficio que habeis aprendido: maestro, necesito obra. Camarada, poneos allí, y trabajad. Antes que sea hora de comer, ya habeis ganado la comida: si sois sobrio y diligente, diles que piasen ocho dias, tendreis con que vivir otros ocho: habreis vivido libre, sano, sincero, laborioso y justo. No pierde el tiempo quien así le aprovecha.

Quiero absolutamente que aprenda Emilio un oficio. Oficio honroso á no menos, me direis. ¿Qué significa esa voz? ¿No es honroso todo oficio útil á público? No quiero que sea bordador, ni dorador; ni charolero, como el caballero de Locke; no quiero que sea músico, ni comediante, ni compositor de libros [62]. Menos estas profesiones y las demas que se les parecen, siga la que quiera, que no pretendo sujetarle en nada. Mas quiero que sea zapatero que no poeta; mas quiero que empiedre los caminos reales; que no que haga llores de porcelana. Pero, no direis, los corchetes; los espías, los verdugos son sugetos útiles. Del gobierno pende que no lo sean. Pero vamos, no decia yo bien: no basta con escoger un oficio útil, tambien es preciso que no requiera en las personas que la ejerciten propiedades de corazon odiosas y no compatibles con la humanidad. Volviendo por tanto á la primera es presion, tomemos un oficio honroso, pero no echemos nunca en olvido que no hay honra sin utilidad.

Un famoso autor de este siglo [63] cuyos libros están Henos de vastos proyectos y mezquinas ideas, habia hecho, como todos los sacerdotes de su comunion, voto de no tener muger propia; pero siendo mas escrupuloso que los demas acerca del adulterio, dicen que se resolvió á tener en casa criadas lindas, con las cuales resarcía lo mejor que podia el agravio que con esta temeraria promesa habia hecho á su especie, á la naturaleza, y al estado. Reputaba obligacion del ciudadano el dar otros a la patria; y con el tributo que en este género le pagaba, poblaba la clase de artesanos. Así que tenian edad para ello estos niños, les hacia aprender á todos el oficio que mas les petaba, excluyendo solo las profesiones ociosas, fútiles, ó espuestas á la moda, como la de peluquero, por ejemplo, que nunca es necesaria, y puede alegar a ser inútil de un dia á otro, si no Mi cansa la naturaleza de darnos pelo.

Este es el espíritu que debe guiarnos en la eleccion del oficio de Emilio, ó mas bien no compete hacer esta eleccion á nosotros, sino á él; porque habiendo el natural desprecio á las cosas inútiles arraigado en él las máximas en que está imbuido, nunca querrá gastar su tiempo en faenas de ningun valor, y en las cosas no conoce otro valor que el de su utilidad real; así necesita de un oficio que pudiera servir á Robinson en su isla.

Si tiene un niño particular ingenio para un arte, se saca la ventaja de ver saltar la primer chispa, y de estudiar su aficion, sus inclinaciones y su gusto,

haciendo que pase reseña á las producciones del arte y la naturaleza, atizando su curiosidad, y siguiéndole á donde esta le lleva. Pero es error frecuente, de que debeis precaveros, atribuir el efecto de la ocasion á fuego del Ingenio, y confundir con una inclinacion irresistible á tal ó cual arte aquel espíritu imitativo comun del hombre y del jimio, y que maquinalmente á entrambos los incita á que hagan lo que ven hacer, sin saber si para algo sirve. Lleno está el mundo de artesanos, y especialmente de artistas, que no tienen particular talento para el arte que profesan, y á que los aplicaron desde su primera edad, ó á impulso de que así les convenia, ó dejándose alucinar de un aparente fervor que del mismo modo hubieran tenido en otra parte cualquiera, si la hubiesen visto practicada. Aquel oye un tambor, y se reputa general; este ve levantar una casa, y quiere ser arquitecto. El oficio que ve hacer le prenda á cada uno, como vea que tiene estimacion.

Conocí á un lacayo que, viendo pintar y dibujar á su amo, se metió en la cabeza ser pintor y dibujante. Al punto que hubo formado esta resolucion, cogió el lapicero, que no dejó basta coger el pincel, el cual no dejará en su vida. Sin lecciones ni reglas se puso á dibujar todo cuanto hallaba á la mano. Tres años enteros pasó pagado de sus mamarrachos, sin desprenderse de ellos un punto como no fuera para cosas de su servicio, y sin desalentarse con el poco adelantamiento que su corta habilidad le dejaba que hiciera. Le he visto por espacio de seis meses de un verano muy caluroso, en una alcantarilla chica al mediodia, sentado, ó mas bien clavado todo el dia en una silla; delante de un globo, dibujar este globo, volverle á dibujar, empezar, y volver á empezar sin intermision; basta que hubo representado la curvatura de la esfera con la suficiente propiedad para quedar satisfecho con su trabajo. Al fin con el valimiento de su amo, y guiado por un artista, ha logrado dejar la librea, y sustentarse con su pincel. La perseverancia suple hasta cierto término por la habilidad: este término le ha alcanzado, y nunca irá mas adelante. Son dignas de loor la emulacion y la constancia de este honrado mozo, y siempre le estimarán por su aplicacion, su fidelidad, y sus buenas costumbres; pero nunca pintará otra cosa que muestras de tienda. ¿Quién no se hubiera engañado con su fervor, y señal de ingenio no le hubiera creido? Mucha diferencia hay de apasionarse á una ocupacion, ó ser apto para ella. Mas sagaces observaciones de lo que se piensa son necesarias para conocer la verdadera habilidad y el gusto verdadero de mi niño,que unas que sus disposiciones manifiesta sus deseos, y que siempre juzgamos por estos, porque no sallemos estudiar aquellas. Quisiera que nos

diese un escritor de juicio recto un tratado del arte de observar á los niños, arte que tanto importarla conocer, y del cual ni siquiera los elementos saben los maestros ni los padres.

Pero acaso ponemos aquí sobrada importancia en la eleccion de un oficio. Puesto que solo se trata de un trabajo manual, nada quiere decir esta eleccion para Emilio, y ya tenemos mas de la mitad del aprendizaje, con los ejercicios en que basta aquí le hemos ocupado. ¿Qué quereis que llaga? Para todo esta dispuesto: ya sebe manejar la pala y el azadon; sabe servirse del martillo, del torno, del cepillo, de la lima, y está familiarizado con las herramientas de todos los oficios. No mas se trata que de grangear de alguna de estas herramientas tan pronta y fácil práctica, que iguale en diligencia á los mejores oficiales que de ella se sirvan; y en este punto les saca á todos la imponderable ventaja de tener ágil el cuerpo y flexibles los miembros, para tomar sin dificultad todo género de posturas, y prolongar sin esfuerzo toda especie de movimientos. Tiene ademas justos y bien ejercitados sus órganos, y ya conoce toda la mecánica de las artes. Solo el hábito le falta para trabajar tan bien como el maestro, y el hábito se adquiere con el tiempo. ¿En cual de los oficios, cuya eleccion tenemos que hacer, empleará el tiempo suficiente para hacerse diligente en él? De esto solo tratamos.

Dad al hombre un oficio que convenga á su sexo, y al mancebo uno que convenga á sil edad; ni le agrada, ni le conviene toda profesion casera y sedentaria, que afemina el cuerpo, y le torna muelle. Nunca aspiró naturalmente un mancebo á ser sastre; y es necesario arte para inclinar á este oficio mugeril el sexo para el cual no fué destinado [64]. No pueden unas mismas manos manejar la aguja y la espada. Si fuera yo soberano, solo á las mugeres y á los cojos precisados á ocuparse como ellas, permitiria la costura y los oficios que se hacen con la aguja. Suponiendo necesarios los eunucos, hallo que es desvarío de los Orientales el hacerlos. ¿Por qué no se contentan con los que ha hecho la naturaleza, con esa muchedumbre de hombres cobardes cuyo corazon ha castrado, y que les sobrarían para lo que necesitan? Todo hombre flaco, delicado, medroso, fué condenado por la naturaleza, y destinado á vivir con las mugeres ó á su modo; ejercite pues alguno de los oficios que de ellas son peculiares, en llora buena; y si son absolutamente necesarios verdaderos eunucos, redúzcanse á este estado los hombres que su sexo deshonran, empleándose en ministerios que no le con-

vienen. Su eleccion indica el error de la naturaleza; enmendad este error de un modo ó de otro, y hareis mucho bien.

Vedo á mi alumno los oficios mal sanos, pero no los penosos, ni tampoco los peligrosos, que ejercitan á la par el ánimo y la fuerza, y son peculiares de los hombres solos; las mugeres no pretenden á ellos. ¿Como no tienen estos vergüenza de introducirse los que son de la jurisdiccion del sexo?

Luctantur paucæ; comedunt coliphia paucæ. Vos lanam trahitis, calasthisque peracta refertis Vellera...[65]

En Italia no se ven mugeres en las tiendas; y no puede imaginarse cosa mas triste que la vista de las calles de este pais, para los que están acostumbrados á las de Inglaterra y Francia. Cuando vía yo á mercaderes modistas que vendian á las damas cintas, perendengues, blondas y felpilla, me parecian muy ridículos estos delicados arreos en manos toscas, que mejor soplarian la fragua, y machacarian el yunque. Decia yo que en aquel pais deberian por represalias las mugeres poner tiendas de armeros y espaderos, he haga y venda. Cada uno las armas de su sexo, que para conocerlas es preciso manejarlas.

Mancebo, imprime a tus faenas la mano del hombre: aprende á manejar el hacha y la sierra; á cuadrar una viga, á subir a un tejado, á poner un techo, á afianzar las maestras y las soleras; y grita luego á la hermana para que te venga á ayudar a tu tarea, así como te decia ella que trabajases tú en su punto de encaje.

Sobrado es lo que digo para mis melindrosos coetáneos; bien lo veo, pero me dejo á veces llevar de la fuerza de las consecuencias. Si un hombre, sea quien fuere, tiene vergüenza de trabajar en público armado de una azuela, y un mandil de cuero por delante, solo un esclavo de la opinion veo en él, dispuesto a avergonzarse de sus buenas obras, así que ridiculicen al hombro de bien. Cedamos no obstante á la preocupacion de los padres torio cuanto no puede perjudicar á la sana razon de los hijos. No es necesario ejercitar todas las profesiones útiles, para honrarlos todas, basta con no tener ninguna por inferior á nosotros. Cuando nos dan á escoger, y nada nos determina por otra parte, ¿por qué no hemos de atender á la decencia, á la inclinacion, al agrado entre profesiones de la misma gerarquía?. Utiles son los trabajos de los metales, y acaso los mas titiles de todos; no obstante sin especial razon que á ello me mueva, no haré á vuestro hijo herrador, cerradero ni herrero;

no quisiera verle en la fragua con la figura de un cíclope. Tampoco le haré albañil, y mucho ménos zapatero. Menester es que se ejerzan todos los oficios; pero quien puede escoger, ha de tener cuenta con la limpieza, porque en este punto no hay opinion: los sentidos solos deciden. Finalmente, tampoco querria aquellas estúpidas profesiones, cuyos operarios sin industria y casi automáticos siempre en un mismo trabajo ejercitan sus tejedores, fabricantes de medias, aserradores de piedra; ¿para que vale emplear en semejantes oficios á hombres que discurren, si son máquinas que mueven á otras?

Bien examinado todo, el oficio que mas deseara yo que fuese de gusto de mi alumno, seria el de ebanista, el cual es limpio, útil, se puede ejercitar dentro de casa, mantiene en suficiente movimiento el cuerpo, requiere industria y maña en el artífice, sin que estén escluidos, en la forma de las obras que determina la utilidad, el fino gusto y la elegancia. Y si el talento de vuestro alumno tuviese una predileccion particular á las ciencias especulativas, no desaprobaria yo que le dieseis un oficio conforme á sus inclinaciones; que aprendiese, flor ejemplo, á fabricar instrumentos de unas temáticas, lentes, telescopios, etc.

Cuando aprenda Emilio su oficío, quiero yo aprenderle con él, porque estoy convencido de que nunca aprenderá bien lo que no aprendamos juntos. Así nos pondremos ambos en aprendizage, y no pretendéremos que nos traten como caballeros, sino como verdaderos aprendices que no lo son por via de chanza: ¿y por qué no lo hemos de ser de véras? Carpintero era el Czar Pedro en el astillero, y tambor en sus propias tropas: ¿pensáis que no era igual vuestro este príncipe por su mérito y su cuna? Bien veis que esto no se lo digo á Emilio, sino á vos cualquiera que seais.

Por desgracia no podemos pasar todo nuestro tiempo en el banco de ebanista. No solo somos aprendices del arte, somos tambien aprendices de hombre; y es mas penoso y largo el aprendizage de este oficio que el del otro. ¿Pues qué haremos? ¿Tomarémos un maestro de acepillar una hora ni dia, como se toma un maestro de baile? No, que no seríamos aprendices, sino discípulos; y no es tonto la ambicion nuestra el aprender el oficio, como elevarnos al estado de ebanista. Así soy de dictámen de que vayamos una ó dos veces á lo ménos cada semana á pasar todo el dia encasa del maestro, que nos levantemos á su hora, que nos pongamos al trabajo ántes que él, que comamos á su mesa, que trabajemos bajo sus órdenes; y que despues

de haber tenido la honra de cenar con su familia, nos volvamos, si queremos, á dormir á casa en nuestros duros lechos. Así se aprenden muchos oficios á la par y así se ejercita el trabajo de manos, sin echar en descuido el otro aprendizage.

Seamos sencillos cuando obramos bien, y no reproduzcamos la vanidad con nuestro afan en hacerle la guerra. Sujetarse á las preocupaciones, es ufanarse de haberlas vencido. Dicen que en virtud de un antiguo estilo de la casa Otomana, está obligado el Gran Señor á trabajar con sus manos; y todos saben que obras que salen de mano real no pueden ménos de ser obras maestras. Distribuye pues con munificencia estas obras maestras á los poten lados de la Puerta, y se paga la obra á proporcion de la elevacion del artífice. Lo malo que en esto veo yo no es la pretensa vejacion, que es por el contrario una cosa buena, porque precisando á los grandes á que partan con él los despojos del pueblo, eso ménos obligado se ve á robarle directamente el príncipe. Alivio necesario del despotismo es este, y sin él no pudiera subsistir este horroroso gobierno.

El verdadero inconveniente de este estilo consiste en la idea que á este pobre hombre le da de su mérito, que, como el rey Midas, ve que se convierte en oro todo cuanto toca, y no mira las orejas tan largas que á vueltas de eso le salen. Para que se le queden cortas á mi Emilio, preservemos sus manos de tan, poco talento, y provenga el valor de lo que haga de la obra y no del artífice. No consintamos que juzguen de las suyas, como no sea comparándolas con las de buenos maestros; valúese su trabajo por el trabajo mismo, y no porque es suyo. Decid de lo que esté bien hecho: *esto está bien hecho;* pero no añadais: *¿quién lo hizo*? Si dice él mismo, en ademan ufano y satisfecho *pues yo lo he hecho*, respondedle con reposada voz: tú, ú otro, nada importa; ello está bien trabajado.

Guárdate sobre todo, buena madre, de las mentiras que te preparan. Si sabe un hijo muchas cosas, desconfíate de todo cuanto sepa: perdido está, si tiene la desgracia de ser rico, y educarse en Paris, Miéntras esté con artistas hábiles, poseerá todos los talentos de estos; pero en apartándose de ellos, no tendrá ninguno. El rico en Paris lo sabe todo; solo el pobre es ignorante. Esta capital está llena de aficionados, y mas aun de aficionadas, que componen sus obras con ayuda de vecino. Conozco en hombres tres honrosas escepciones, y puede haber mas; pero no sé ninguna en mugeres, y dudo que

las haya. Generalmente se cobra fama en las artes como en el foro; y se hace uno artista y juez de los artistas, como doctor en leyes y magistrado.

Si una vez fuera sentado que es es relente cosa saber un oficio, en breve le sabrían vuestros hijos sin aprenderle, y se examinarían de maestros como los consejeros de Zuric. Nada de todo ese ceremonial para Emilio; nada de apariencias, la realidad siempre. No digan que sabe, y aprenda él en silencio haga siempre obras maestras, y no se examine nunca de maestro muéstrele el trabajo artífice, y no el título.

Si hasta aquí me he dado á entender, debo concebirse como con el hábito del ejercicio corporal y del trabajo manual, aficiono poco á poco á mi alumno á la reflexion y á la meditacion, para contrapesar en él la pereza que resultaria de su indiferencia á los juicios de los hombres, y de la calma de sus pasiones. Es menester que trabaje como un rústico y piense como un filosófico, pava que no sea tan haragán como un salvage. Todo el misterio de la educacion se cifra en que siempre los ejercicios del cuerpo y los del ánimo se sirvan de desahogo unos á otros.

Pues evitémos el anticipar las instrucciones que piden mas maduró entendimiento. No será Emilio mucho tiempo artesano, sin sentir por sí propio la desigualdad de condiciones, que primero apénas habia columbrado. Conforme á las máximas que yo le he enseñado, me querrá recíprocamente examinar. Como todo lo recibe de mí solo, y se encuentra tan cerca del estado de pobreza, querrá saber porque estoy yo tan distante de él, y acaso me hará preguntas escabrosas, que me cojan desapercibido. «Vm. es rico: me lo ha dicho así, y lo veo. Tambien el rico debe su trabajo á la sociedad, puesto que es hombre. ¿Pero qué hace Vm. ni por ella?» ¿Qué responderia á esto un ayo elocuente? No lo sé. Acaso seria tan tonto que hablase al niño de los afanes que por 61 se toma. Por lo que á mi hace, el taller me saca del atolladero. «Esa, querido Emilio, es escelente pregunta; y te prometo, en cuanto á mí toca, responder á ella, cuando por lo que tocare á tí respondas tú de modo que quedes satisfecho. Entre tanto cuidaré de restituir á los pobres y á tí lo que tengo de sobra, y en hacer cada semana una mesa ó un banco, para no ser totalmente inútil para todo.

Ya vuelto á nosotros mismos. Nuestro niño, que en breve va á dejar de serlo, ha entrado dentro de sí, y mas que nunca siente la necesidad que le encadena con las cosas. Despues de haber ejercitado primero su cuerpo y

sus sentidos, hemos ejercitado su espíritu y su razon: finalmente hemos reunido el uso de sus miembros con el de sus facultades, hemos hecho un ser activo y pensador, para dar la última mano al hombre, solo nos queda hacer un ser amante y sensible, esto es perfeccionar por el sentimiento un razon. Pero ántes que nos metemos en este nuevo órden de cosas, contemplemos aquel de donde salimos, y veamos, con la mayor puntualidad que ser pueda, hasta donde hemos llegado.

Nuestro alumno al principio solo tenia sensaciones, ahora tiene ideas: solo sabia sentir, y ahora juzga: porque deja comparacion de muchas sensaciones sucesivas ó simultaneas, y del juicio que uno forma de ellas, resulta una especie de sensacion mista ó complexa, que llamo yo idea. El modo de formar las ideas es lo que caracteriza el entendimiento humano. El entendimiento que solo forma sus ideas arreglándose á las relaciones reales, es un entendimiento sólido; el que ve las relaciones tales cuales son, un entendimiento justo; el que las valúa mal, entendimiento torcido; el que se fragua imaginarias relaciones que ni tienen realidad ni apariencia, es un loco; el que no compara, un simple. La mayor ó menor aptitud para comparar ideas *y* hallar relaciones, es lo que constituye en los hombres mas ó ménos entendimiento, etc.

No son mas las ideas sencillas que sensaciones comparadas. Juicios hay en las sensaciones simples, lo mismo que en las sensaciones complexas, que llamo yo ideas simples. En la sensacion, es el juicio meramente pasivo, afirma que se siente lo que se siente. En la percepcion ó idea, es activo el juicio; aproxima, compara, determina relaciones que no determina el sentido. Esta es toda la diferencia, pero es considerable. Nunca nos engaña la naturaleza; siempre somos nosotros los que nos engañamos.

Digo que es imposible que nos engañen nuestros sentidos, porque siempre es cierto que sentimos lo que sentimos; y en eso tenian razon los epicúreos. Las sensaciones bucen que incurramos en errores, solo por el inicio que nos place juntar con ellas cerca de las causas productivas de estas mismas sensaciones, ó cerca de las relaciones que entre sí tienen, ó cerca de la naturaleza de los objetos que nos hacen percibir. En esto pues, sí que se engañaban los epicúreos, afirmando que los juicios que formábamos en conformidad de nuestras sensaciones nunca eran errados. Sentimos nuestras sensaciones, mas no sentimos nuestros juicios, que los producimos.

Veo servirá un niño de ocho años un queso helado; lleva la cuchara á la boca, sin saber lo que es, y embargado del frio grita: *¡ha; este quema!* Esperimenta una sensacion vivísima, no conoce otra mas viva que el calor del fuego, y cree que esta es la que siente.No obstante se encana; el frió que le sobrecoge le causa dolor, pero no le quema; ni son semejantes estas dos sensaciones, puesto que los que han experimentado una y otra no las confunden. Luego no es la sensacion la que engaña, sino el juicio que de ella forma.

Lo mismo sucede con el que por la vez primera ve un espejo ó una máquina de óptica, ó el que entra en un hondo sótano en lo mas fuerte del hibierno ó del verano, ó el que mete en agua tibia la mano muy fria ó muy caliente: ó el que hace rodar entre los dedos cruzados una bolita, etc. Si se ciñe á decir lo que percibe, lo que siente, siendo meramente pasivo su juicio, es imposible que se engañe; pero cuando juzga de la realidad por la apariencia, es activo; compara, establece por induccion relaciones que no percibe; entónces se engaña, ó se puede engañar, y necesita de la esperiencia para enmendar ó precaver el error.

Enseñad de noche á vuestro alumno nubes que pasen entre él y la luna, creerá que la luna es la que anda en sentido contrario, y que las nubes están paradas. Generado así por una precipitada induccion: porque ve que por lo comun los objetos chicos se mueven y no los graneles, y porque las nubes le parecen mayores que la luna cuya distancia no puede valuar. Cuando en un barco que ya navegando, contempla desde algo lejos la ovilla, incurre en el error opuesto, y cree que ve correr la tierra, porque como no siente que se mueve, considera el barco, la mar ó el rio, y todo su horizonte, como un todo inmóvil, del cual solo le parece una parte la orilla que ve correr.

La primera vez que un niño ve un palo metido basta la mitad en el agua, ve un palo roto: la sensacion es verdadera, y no dejaria de serlo, aun cuando no supiésemos la causa de esta apariencia. Así, si le preguntais lo que ve, dice que un palo roto, y dice la verdad, porque es certísimo que tiene la sensacion de un palo roto. Pero cuando, engañado por su juicio, se adelanta á mas, y despues de haber afirmado que ve un palo roto, afirma que lo que ve es efectivamente un palo roto, entónces dice una cosa falsa. ¿Y porqué? porque se hace en tal caso activo; ya no juzga por inspeccion, sino por induccion, y afirma lo que no siente, conviene á saber, que el juicio que por un sentido recibe le ha de confirmar otro.

Puesto que proceden todos nuestros errores de nuestros juicios, es claro que si nunca tuviéramos necesidad de juzgar, tampoco la tendriamos de aprender ¿y nunca nos hallaríamos en caso de engañarnos, siendo mas felices con nuestra ignorancia, que con nuestro saber podemos serlo. ¿Quien puede negar que saben uní cosas verdaderas los sabios, que nunca sabrán los ignorantes? ¿Están por esa aquellos mas cerca de la verdad? Muy al contrario, mas se desvían cuanto mas adelantan, porque como hace todavía mas progresos la vanidad de juzgar que las luces, cada verdad que aprenden se interpola con cien juicios erróneos. De la última evidencia es que las compañías científicas de Europa no son otra cosa que escuelas públicas de mentira; y de seguro mas errores acreditados hay en la academia de ciencias, que en todo un pueblo de Hurones.

Puesto que cuanto mas saben los hombres mas se engañan, la ignorancia es el único medio de evitar el error. No juzgueis; y nunca os engañareis: leccion es esta de la naturaleza no ménos que de la razon. Esceptuando las inmediatas relaciones en cortísimo número y muy palpables que las cosas tienen con nosotros, naturalmente tenemos una profundísima indiferencia respecto de todo lo demas. No volveria un salvage la cabeza por ir á ver el juego de la mas hermosa máquina y todos los portentos de lo electricidad. *¿Qué me importa¿*es la espresion mas comun del ignorante, y la que mas conviene al sabio.

Pero por desgracia ya esta espresion nos sienta mal. Todo nos importa desde que de todo pendemos; y con nuestras necesidades se esplaya necesariamente nuestra curiosidad. Por eso le doy yo una muy grande al filósofo, y no se la doy al salvage liste de nadie necesita; el otro necesita de todo el mundo, y sobretodo de gentes á quien pasme su saber.

Diránme que salgo de la naturaleza; no lo creo. Esta escoge sus instrumentos, y no los arregla por la opinion, sino por la necesidad. Siendo esto así, las necesidades varían segun la situacion dé los hombres. Mocha diferencia hay entre el hombre natural que vive en el estado de naturaleza, y el hombre natural que vive en el estado de sociedad. No es Emilio un salvage que ha de ser relegado en un páramo, que es un sal vago destinado á morar en las ciudades. Es menester que sepa hallar en ellas lo que necesite, sacar utilidad de sus moradores, y vivir sino como ellos, á todos con ellos.

Puesto que en medio de tantas nuevas relaciones de que va á depender será fuerza que juzgue aunque no quiera, enseñémosle á que juzgue con acierto.

El mejor modo de aprender á juzgar con acierto, es el que mas tira á simplificar nuestras cosecuencias., y aun á poderlas omitir, sin incurrir en errores; de donde se infiere que despues de haber verificado mucho tiempo las relaciones de un sentido por las de otro, tambien es necesario aprender á verificar las relaciones de cada sentido por el mismo, y sin recurrir á otro; cada sensacion se nos convertirá entónces en una idea y será siempre esta idea conforme á la verdad. Esta es la especie de peculio que he procurado formar en esta tercer edad de la vida humana.

Requiere este modo de proceder una paciencia y circunspeccion de que son capaces pocos maestros, y sin la cual nunca aprenderá á juzgar el discípulo. Si cuando este, por ejemplo, se engaña acerca de la esperiencia del palo roto, os dais priesa á sacar el palo del agua para manifestarle su error, acaso le desengañareis: pero ¿qué le enseñareis? nada mas que lo que por sí propio hubiera aprendido. ¡O, que no es eso lo que hay que hacer! Menos se trata de enseñarle una verdad, que de hacerle ver como se ha de conducir para descubrirla siempre. Para instruirle mas bien, no se le ha de desengañar tan presto. Sírvamos Emilio y yo de ejemplo.

Lo primero, todo niño que haya recibido la educacion ordinaria no dejará de responder afirmativamente á la segunda de las dos preguntas propuestas. Dirá que dé seguro está el palo roto; pero dudo mucho que me dé Emilio la misma respuesta lío viendo que sea necesario tener ciencia ni aparentarla, nunca se da priesa á juzgar; solo por la evidencia juzga; y está muy distante de encontrarla en esta ocasion, sabiendo cuan espectantes están ilusion nuestros juicios por las apariencias, aunque no sea mas que en la perspectiva.

Como por otra parte sabe ya por esperiencia que mis mas frivolas preguntas llevan siempre un objeto que no percibe al principio, no tiene costumbre de responder atolondradamente á ellas; por el contrario, se desconfía, pone mucha atencion, y las examina muy por menudo ántes de responder. Nunca me da una respuesta, sin estar satisfecho con ella; y es muy mal contentadizo. Por fin ni yo nos picamos de que sabemos la verdad de las cosas, sino solo de que no incurrimos en errores. Mucha mas confusion nos causaria el contentarnos con una razon que no fuese buena, que no hallar

ninguna. *No* sé una espresion que á entrambos nos sienta bien, y que con tanta frecuencia repetimos, que ya nada cuesta á uno ni á otro. Pero sea que se le suelte este atolondramiento, ó sea que con nuestro cómodo *no sé* le evite, mi réplica es la misma: veamos, examinemos.

Este palo que tiene la mitad dentro del agua está fijo en situacion perpendicular. Antes que le saquemos del agua, ó que en él pongamos mano, ¡cuantas cosas para saber si, como parece, está roto, tenemos que hacer!

1° Desde luego damos una vuelta en derredor del palo, y vemos que la rotúrala da con nosotros. Luego nuestra vista es la que la muda de lugar, y la vista no mueve los cuerpos.

2° Miramos bien á plomo por el cabo del palo que está fuera del agua; entónces ya no es curvo el palo, y el cabo inmediato á nuestro ojo nos oculta exactamente la otra eternidad ([66]). Luego nuestro ojo ha enderezado el palo.

3° Meneamos la superficie del agua, y vemos que se dobla el palo en mutilas piezas, que se mueve haciendo recovecos, y sigue las ondulaciones del agua. ¿Basta el movimiento que damos á esta agua, para romper, ablandar y derretir el palo?

4° Damos salida al agua, y vemos que se endereza el palo poco á poco, á medida que va bajando el agua. ¿No es esto mas que lo suficiente para aclarar el hecho, *y* encontrar la refraccion? Luego no es cierto que nos engáñela vista, puesto que no necesitamos mas que de ella para rectificar los errores que le atribuimos.

Supongamos tan estúpido el niño que no dé con el resultado de estas experiencias; entónces es cuando se ha de llamar el tacto en socorro de la vista, En vez de sacar el palo del agua, dejadle en su situacion, y pase el niño la mano por él de un cabo á otro; no sentirá ángulo; luego no está roto el palo.

Diréisme que aquí no solo hay juicios, sino raciocinios en forma. Verdad es; ¿mas no veis que luego que nuestro espíritu ha llegado hasta las ideas, todo juicio es un raciocinio? La conciencia de toda sensacion es una proposicion, un juicio; luego, así que uno compara una sensacion con otra, raciocina. El arte de juzgar y el de raciocinar son puntualmente uno mismo. O nunca sabrá Emilio la dióptrica, ó quiero que la aprenda en derredor de

este palo. No habrá disecado insectos; no habrá contado las manchas del sol; no sabrá qué es un microscopio ni un telescopio, y se burlarán de su ignorancia vuestros doctos alumnos. Razon tendrán, porque ántes que se sirva de estos instrumentos, quiero yo que los invente, y bien veis que esto requiere mucho tiempo.

Este es el espíritu de todo mi método en esta parte. Si el niño hace rodar una bolita entre dos dedos cruzados, y cree que siente dos bolas, no le dejaré que mire, hasta que ántes se convenza de que no hay mas que una.

Estas dilucidadores bastarán, segun creo, para señalar con claridad los progresos que hasta aquí ha hecho el entendimiento de mi alumno, y el camino que en ellos ha seguido. Pero acaso os asustala muchedumbre de cosas que he presentado á sus ojos: temeis que abrume su inteligencia con tanto número de conocimientos: y es todo lo contrario, que mas le enseña que los ignore que aquel, lo quiera. Le muestro la senda de la ciencia, llana en verdad, pero larga, inmensa, que con lentes pasos se anda; le hago que dé los primeros para que reconozca la entrada, pero no le permito que se meta á mucha distancia.

Precisado ¿aprende por sí propio, usa de su razon, no en la agena; porque para que no tenga influjo ninguno la opinion, no se le ha dejar ala autoridad; y la mayor parte de nuestros errores nos vienen de los demas mucho mas que de nosotros. Debo resultar de este continuó ejercicio un vigor de espíritu semejante al que adquiere el cuerpo con el trabajo y la fatiga. Sacase de esto otra ventaja, y es que solo adelanta á proporcion de sus fuerzas. Ni el espíritu ni el cuerpo llevan mas carga de la que pueden llevar. Cuando se apropia el entendimiento las cosas ántes de depositarlas en la memoria, lo que saca de ella luego es suyo propio; pero si se ha cargado la memoria sin consultarle, se capone uno á no sacar nunca nada que sea propio de aquel.

Pocos conocimientos tiene Emilio, pero los que tiene son verdaderamente suyos, y nadie sabe nada. En el corto número de cosas que sabe y bien sabidas, es la mas importante que hay muchas que ignora y que un dia puede saber, muchas mas que saben otros y que no sabrá él en su vida, y una infinidad de ellas que nunca sabrá hombre ninguno. Tiene un espíritu universal, no por las luces sino por la facultad de adquirirlas, un espíritu despejado, inteligente, apto para todo, y como dice Montaigne, sino instruido, instructible. Bástame con que sepa hallar el *para qué sirve* en todo cuanto

llaga y el *por qué* en todo cuanto crea; porque repito que no es mi objeto darle ciencia, sino enseñarle á que la adquiera cuantío la necesite, hacer que la aprecie exactamente en lo que vale, y que ame la verdad sobre todas las cosas. Con este método adelanta uno poco, mas no da nunca paso inútil, y no se ve precisado á retroceder.

Solo conocimientos naturales y meramente físicos; tiene Emilio. Sí siquiera sabe el nombre de la historia, ni lo que es metafísica y moral. Conoce las relaciones esenciales del hombre con las cosas, pero no las velaciones morales del hombre con el hombre. Pocas ideas sabe generalizar, y pocas abstracciones hacer. Ve cualidades comunes de ciertos cuerpos sin raciocinar acerca de estas cualidades en si mismas. Conoce la ostension abstracta con el auxilio de las figuras de geometría, y la cantidad abstracta con el dolos signos del álgebra: estas figuras y estos signos son el sustentáculo de estas abstracciones, en que descansan sus sentidos. No procura conocer los cosas por su naturaleza, sino por las relaciones que le interesan, ni aprecia lo que es ageno de el de otro modo que con relacion á él propio; pero su valuacion es exacta y segura, que no tienen cabida en ella la convencion tu el capricho. De lo que mas aprecio hace, es de aquello que le es mas útil; y como nunca se desvia, de este modo de apreciar las cosas milita abre puerta á la opinion.

Emilio es laborioso, templado, sufrido, entero, animoso No inflamada su imaginacion nunca le abulta los peligros; pocos son los males que siente, y sabe padecer con teson, porque no ha aprendido á entrar en contienda con el destino. En cuanto a la muerte, todavía no está muy cierto de que cosa sea; pero acostumbrado á sujetarse sin resistirlo á la ley de la necesidad, cuando fuere necesario morir, morirá sin bregar ni sollozar; que eso es todo cuanto en este instan Le abominado de todos permite la naturaleza. Vivir libre y flojamente encadenado con las cosas humanas, es el mejor modo de aprender a morir.

En una palabra Emilio puede revindicar de la virtud todo cuanto dice relacion á él propio. Para poseer tambien las virtudes sociales, únicamente le falta el conocer las relaciones que las requieren; fáltanle únicamente luces que está preparado a recibir su espíritu.

Considérase sin referencia a los demas, y lleva a bien que no piensen los otros en él. Nada exige de nadie, y cree que á nadie debe nada. Solo está en

la sociedad humana, solo hace cuenta consigo, tambien tiene mas derecho á cantar consigo propio, porque es todo cuanto puede ser mio de su edad. Tío tiene errores, ó tiene solo aquellos que para nosotros son inevitables á no tiene vicios, ó solo tiene aquellos de que mortal ninguno puede preservarse. Tiene sano el cuerpo, ágiles los miembros, justo y despreocupado el ánimo, libre y exento de pasiones el corazon. El amor propio, que es la mas natural y la primera de todas ellas, apénas se ha despertado todavía en él. Sin perturbare! sosiego de nadie, ha vivido satisfecho, libre y feliz, en cuanto se lo ha permitido la naturaleza. ¿Quién pensará que un niño, que de esta manera ha cumplido sus quince años, haya perdido todos los pasados?

FIN DEL LIBRO TERCERO.

EMILIO,

Ó

DE LA EDUCACION.

LIBRO CUARTO.

¡CON qué velocidad pasamos por esta tierra! Antes que conozcamos el uso de la vida, ya se ha pasado el cuarto primero; el cuarto postrero se huye cuando ya hemos cesado de disfrutarla. De primero no sallemos vivir: en breve ya no podemos; y del intervalo que separa estos dos estremos inútiles, los tres cuartos del tiempo restante se los llevan el sucio, la fatiga, el dolor, la sujecion, y todo género de penalidades. La vida es corta, no tanto por lo poco que dura, cuanto porque de eso poco apénas hay rato que gocemos de ella. Por mas distante que esté la hora de la muerte del punto del nacimiento; sobrado breve será la vida, si no se llena bien este espacio.

Dos veces, por decirlo así, nacemos; una para existir, otra para vivir; para la especie la una, y la otra para el sexo. Yerran sin duda los que como un hombre imperfecto miran la muger; pero milita en favor de ellos la analogía. Hasta la edad núbil no descubren las criaturas de ambos sexos apariencia ninguna que las distinga; el mismo semblante, la misma figura, el mismo color, en todo son iguales: criaturas son los chicos, y criaturas las

chicas; un mismo nombre califica seres tan semejantes. Los varones en quienes estorban el ulterior desarrollo del sexo, toda su vida conservan esta conformidad, y siempre son criaturas adultas; y las mugares, que no la pierden, parece, bajo muelles aspectos, que nunca sean otra cosa.

Pero no está generalmente destinado el hombre á permanecer siempre en la niñez, que sale de ella en la época que La prescrito la naturaleza, y aunque bien fugaz este instan le critico, se estiende muy lejos su influjo.

Como antecede de lejos á la tormenta e¡bramido de la mar, así anuncia esta tempestuosa revolucion el murmurio de las nacientes pasiones, y una sorda fermentacion avisa de que se acerca el peligro. Mudanza en el genio, frecuentes enfados, agitacion continuo de ánimo tornan casi indisciplinable el niño; sordo entónces á la Coa que oía con docilidad, es el leon con la calentura; desconoce á quien le guía, y no quiere ya ser gobernado.

Con los signos morales de una índole que se altera, se unen sensibles mudanzas en todo su esterior. Desenvuélvese su fisonomía, y se imprime en ella su característico cuno, pardea y toma consistencia el vello suave que crece bajo de sus mejillas; muda su voz, ó mas bien la pierde; no es niño, ni hombre, y ni de uno ni de otro puede tomar el habla. Sus ojos, los órganos del alma, qué hasta ahora nada decían, hallan su espresion y su lengua; animalos un ardor naciente; todavía reina la santa inocencia en sus vivas miradas, pero ya han perdido su primera sencillez: ya siente que pueden decir mucho; empieza á saber bajarlas y á sonrojarse; se torna sensible ántes de saber lo que sien Le, inquieto sin motivo para usarlo. Despacio puede todo esto venir, y dejaros tiempo todavía; pero si es sobrado impaciente su viveza, si se convierte en furia su arrebato, si de un instante á otro se enternece y se irrita, si vierte sin causa llantos, si, cuando se arrima los objetos que empiezan á serle peligrosos, se agita su pulso y sus ojos se inflaman, si se estremece todo cuando la mano de una muger toca su mano, si cabe ella se turba y se intimida; Ulises, cuerdo Ulises, mira por tí; abiertas están las odres que con tanto afan guardabas cerradas; sueltos están ya los vientos; no abandones un punto el timon, ó todo se ha perdido.

Este es el segundo nacimiento de que he hablado; aquí nace de verdad el hombre á la vida, y nada humano es ageno de él. Hasta aquí nuestros afanes no han sitio otra cosa que juegos de niños; ahora es cuando adquieren verdadera importancia. Esta época, en que se concluyen las educaciones ordi-

narias, es propiamente aquella en que ha de empezar la nuestra; pero para esportee bien este nuevo plan, tomemos desde mas arriba el estado de las cosas que dicen relacion con él.

Son nuestras pasiones los principales instrumentos de nuestra conservación: luego tan vana como ridícula empresa es quererlas destruir; es lo mismo que censurar la naturaleza, y reformar la obra de Dios. Si dijera Dios al hombre que aniquilase las pasiones que le da, querria Dios y no querria, y se contradecirla á si propio. Nunca dicté tan desatinado precepto, no hay escrita semejante cosa en el corazon humano; y lo que quiere Dios que haga un hombre, no hace que otro hombre, se lo diga, que se indice él mismo, y lo escribe en lo íntimo de su corazon.

Siendo esto así el que quisiera estorbar que naciesen las pasiones, casi por tan loco le tendria yo como á aquel que quisiese aniquilarlas; y ciertamente me hubieran entendido muy mal los que creyesen que semejante proyecto hubiera hasta aquí sido el mio.

¿Argumentaria pues bien quien de que es natural al hombre tener pasiones, coligiese que son naturales todas cuantas sentimos en nosotros y vemos en los demas. Natural es su fuente, es verdad, pero corre abultada por mil raudales estrados; y es un caudaloso rio que sin cesar se enriquece con nuevas aguas, y en que apénas se encontrarian algunas gotas de las suyas primitivas. Son muy ceñidas nuestras pasiones naturales; instrumentos de nuestra libertad, y que conspiran á nuestra conservacion; de ageno nos vienen todas cuantas nos esclavizan y nos destruyen; no nos las da la naturaleza en detrimento suyo, nos las apropiamos nosotros.

La fuente de nuestras pasiones, el origen y principio de todas las demas, la única que con el hombre nace, y que niñez vive nunca le abandona, es el amor de si: pasion primitiva, innata, anterior cualquiera otra, y de la que todas las demas no son en cierto sentido, mas que modificaciones; y en este todas, si se quiere, son naturales. Pero tienen la mayor parte de estas modificaciones causas estradas, sin las cuales nunca existirian; y estas modificaciones, lejos de sernos provechosas, nos son perjudiciales; mudando su primer objeto, y pugnando con su principio: entónces se encuentra el hombre fuera de la naturaleza, y se pone en contradiccion consigo.

Siempre es bueno el amor de si mismo, siempre conforme al órden. Encargado con especialidad cada uno de su propia conservacion, su mas im-

portante y primera solicitud debe ser el estar sobre ella en continua vela: ¿y como ha de estar siempre en vela, si no le mueve el mas vivo interes?

Por tanto es preciso que nos amemos para conservarnos, y preciso que nos amemos mas que todas las cosas; y por consecuencia inmediata de este mismo efecto, amamos lo que nos conserva. Todo niño se aficiona á su nodriza: Rómulo se debió aficionar á la loba que le daba el pecho. Esta aficion es por el pronto incremente maquinal á todo individuo le atrae lo que favorece su bien estar, y le repele lo que le perjudica; no es mas esto que un ciego instinto. Lo que transforma en afecto este instinto, en amor la aficion, la aversion en odio, es la intencion manifiesta de perjudicarnos ó sernos útil. Nadie se apasiona por los seres insensibles que siguen el impulso que les han dado; pero aquellos de quienes esperamos daño ó beneficio en fuerza de su disposicion interna, de su voluntad, los que vemos que obran libremente en nuestro favor ó en contra nuestra, nos inspiran afectos análogos á los que nos manifiestan. Lo que nos sirve lo buscamos, pero lo que nos quiere servir lo amamos; huimos de lo que nos perjudica, pero aborrecemos lo que quiere dañarnos.

Es el efecto primero de un niño amarse á sí propio; y el segundo, que deriva del primero, amar á los que se le acercan; porque en el estado de flaqueza en que se halla, solo conoce las personas por la asistencia y las atenciones que recite. La aficion que tiene primero á su nodriza y á su rolla no es mas que habito; las busca porque las necesita, y porque se encuentra bien con ellas; mas es conocimiento en él que benevolencia. Mucho tiempo es menester para que comprenda que no solo le son inútiles, sino que quieren serlo; y entónces es cuando empieza á amarlas.

Por tanto un niño naturalmente es inclinado ala benevolencia, porque ve que todo cuanto se acerca á él tiene propension á asistirle, y de esta observacion saca el hábito de un afecto propicio á su especie; pero al paso que esplaya sus relaciones, sus necesidades, sus dependencias activas ó pasivas, se despierta el afecto de sus relaciones con otro, y produce el de las obligaciones y preferencias. Tórnase entónces el niño imperioso, zeloso, engañador y vengativo. Si le doblegan á que obedezca, como no ve para que sirve lo que le mandan, lo atribuye á antojo, á intencion de atormentarle, y se enfurece. Si le obedecen á él, así que algo solo resiste, lo mira como una rebeldía, como una determinacion de hacerle mal; aporrea la silla, ó la mesa, porque le ha desobedecido. El amor de si, que solo se realice

¿nosotros, está contento cuando están satisfechas nuestras verdaderas necesidades; pero el amor propio, que se compara, nunca está contento ni puede estarlo, porque como nos prefiere este afecto á los demas, tambien exige que nos prefieran los demas á ellos; cosa que no es posible. De este modo nacen del amor de sí las cariñosas y blandas pasiones, y del amor propio las irascibles y rencorosas; de suerte que lo que esencialmente hace bueno al hombre, es tener pocas necesidades, y compararse poco con los demas; y esencialmente malo, el tener muchas necesidades, y adherirse mucho á la opinion. Fácil es ver por este principio como se pueden encaminar á lo bueno ó á lo malo todas las pasiones de los niños y los hombres. Verdad es que no pudicicia siempre vivir solos, con dificultad vivirán siempre juntos, y que necesariamente crecerá esta dificultad aumentándose sus relaciones: y en esto particularmente los riesgos de la sociedad nos fiaren unas indispensables la diligencia y el arte para precaver en el corazon humano la depravacion que nace de sus nuevas necesidades.

El estudio que al conviene hombre es el de sus relaciones. Mientras que solo por su ser físico se conoce, se define estudiar en sus relaciones con las cosas, que es el empleo de su niñez; cuando empieza á sentir su ser moral, se define estudiar en sus relaciones con los hombres, que es el empleo de toda su vida, comenzando desde el instante á que hemos llegado.

Luego que necesita el hombre una compañera, ya no es un ser aislado, ni está solo su corazon, don esta nacen todas sus relaciones con su especie, y todas las afecciones de su alma; y en breve su pasion primera hace que fermenten todas las demas.

La inclinacion del instinto es indeterminada: un sexo es atraído ácia otro; este es el movimiento de la naturaleza. La eleccion, las preferencias, el cariño personal, son parto de las luces, las preocupaciones y el hábito: es menester conocimientos y tiempo para hacernos idóneos de amor; solo amamos desfiles de juzgar, y no preferimos hasta haber comparado. Fórmense estos juicios, sin que pensemos en ello, pero no por eso son menos reales. Digan lo que quieran, siempre honrarán los hombres el amor verdadero; porque, si bien nos descarrian sus rebatos, si bien no escluye del pecho que le siente cualidades odiosas, y si bien á veces las engendra tales, no obstante supone otras apreciables, sin las cuales no fuera el amante capaz de serlo. Esta eleccion que afirman ser opuesta á la razon proviene de ella. Al Amor le pintan ciego, porque tiene ojos mas linces qué los nuestros, y ve relaciones que no

podemos distinguir. Toda muger seria igualmente buena para quien no tuviese idea ninguna de mérito ni beldad y la mas á mano fuera siempre la mas amable. Tan lejos está de que venga el amor de la naturaleza, que es el freno y la regla de sus inclinaciones: por él, fuera del objeto amado, nada es un sexo con respecto al otro.

La preferencia que uno da, quiere alcanzarla; el amor debe ser mutuo. Para ser amado, es preciso hacerse amable; pava ser preferido, es preciso hacerse mas amable que otro, mas amable que ningun otro, á lo ménos á los ojos del objeto amado. De aquí la primera contemplacion de sus semejantes; de aquí las primeras comparaciones con ellos; de aquí la emulacion, las rivalidades, los zelos. Lleno el pecho de un afecto que rebosa, anhela por verterse fuera; en breve de la necesidad de una dama nace la de un amigo. El que siente cuan suave cosa es ser amado, quisiera que todo el mundo le amara; y cuando todos aspiran á preferencias, no puede ménos de haber muchos mal satisfechos. Nacen con el amor y la amistad las discusiones; los odios y las enemigas. Del seno de tantas pasiones diversas veo que se erige la opinion un trono incontrastable, y que siervos los estúpidos mortales de su imperio, avinagran en ágenos juicios su propia existencia.

Ensanchad estas ideas, y vereis de donde proviene á nuestro amor propio la forma que le es natural; y como cesando el amor de sí de ser un afecto absoluto, se convierte en altivez en los ánimos fuer. Les, en vanidad en los apocados., y en todos se alimenta á costa del prójimo. No teniendo germen esta especie de pasiones en el corazon de los niños, no pueden brotar por sí solas; nosotros somos los que las plantamos, y nunca echan en ellos raices, como no sea por nuestra culpa. Pero no sucede lo mismo en el corazon del mancebo; llegase lo que se quiera, contra nuestra voluntad nacerán en si. Así que es tiempo de variar de método.

Empecemos ton algunas importantes reflexiones acerca del estado de que aquí se trata. No ha determinado de tal modo la naturaleza el tránsito de la inicia á la pubertad, que en los individuos no varíe segun los temperamentos, y en los pueblos segun los climas. Saben todos las diferencias que en sola parle se observan en los países frios y en los cálidos, y ve cada uno que se forman los temperamentos ardientes cuan útiles que los demas, pero factible es engañarse acerca de las cosas, atribuyendo con frecuencia á lo físico lo que debe imputarse á lo morid que es uno de los mas frecuentes abusos de la filosofía de nuestro siglo. Lentas y tardías son las instrucciones

de la naturaleza, las de los hombres casi siempre prematuras. En, su primer caso, los sentidos despiertan la imaginacion, en el segundo, la imaginacion despierta los sentidos, y les da una precoz actividad que no puede ménos de enervar y debilitar primero á los individuos, y mas tarde la especie. Mas cierta y mas general observacion que la de la eficacia de los climas, es que siempre es mas temprana la pubertad y la potencia del sexo en los pueblos instruidos y cultos que en los ignorantes y bárbaros [67]. Tienen una rara sagacidad los niños para penetrar por medio de los melindrosos afeites de la decencia las malas costumbres que en enhebren. El aparado estilo que les dictan, las lecciones de honestidad que les dan, el velo misterioso que afectan correr ante sus ojos, son cebos que incitan su curiosidad. Por el modo como con ellos obran, claro es que lo que Ungen esconder de ellos, eso quieren que aprendan; y de todas cuantas instrucciones los dan, esta es la que mas les aprovecha.

Consultad la esperiencia, y veréis hasta que punto acelera este desatinado método la obra de la naturaleza, y estraga el temperamento, Esta es una de las causas principales de que degeneren las castos en las ciudades. Exhaustos muy en breve los mancebos, se quedan cincos, endebles, mal formados, envejecen en vez de crecer, como desfallece y muere ántes del otoño la vid que forzaron á que diera fruto de la primavera.

Es menester haber vivido en pueblos rudos y sencillos, para saber hasta que edad puede una venturosa ignorancia dilatar la inocencia de los niños. Un espectáculo que causa risa y ternura es ver ambos sexos, entregados á la confianzudo su corazon, en la flor de la edad y la hermosura prolongar los cándidos juegos de la niñez, y con su familiaridad misma manifestar lo puro de sus deleites. Finalmente, cuando viene á casarse esta amable mocedad, ambos esposos, que mutuamente se entregan las primicias de su persona, se quieren mas uno á otro ¡y una muchedumbre de sanos y robustos hijos son prenda de una union que nada puede alterar, y fruto de la cordura de sus primeros años.

Si no ménos por efecto de la educacion que por la accion de la naturaleza varia la edad en que adquiere el hombre la conciencia de su sexo, de aquí se infiere que puede acelerarse y retardarse esta edad segun el modo con que los niños se eduquen; y sí gran ge á ó pierde consistencia el cuerpo á proporcion que se retarda *á* se acelera este progreso, tambien se colige que cuanto mas nos apliquemos á retardarle, mas fuerza y vigor grangeará un

mozo. Todavía no hablo mas que de los efectos meramente físicos; en breve veremos que no se ciñen á estos las resultas.

Saco de estas reflexiones la solucion de la cuestion de si conviene dar luz á los niños desde temprano acerca de los objetos de su curiosidad, ó si vale mas alucinarlos con modestos errores. Pienso que no conviene ni uno ni otro. Lo primero, no les ocurre esta curiosidad sin haber dado motivo á ella: por tanto se ha de hacer de manera que no les venga á la idea, en segundo lugar, cuestiones que no está uno forzado á resolver no exigen que engañemos á aquel que nos las propone: mas vale imponerle silencio que responderle con una mentira. Poco estrañará esta ley, si hemos tenido cuidado de sujetarle á ella en las cosas indiferentes. Finalmente, si nos resolvemos á responderle, sea con la mayor sencillez, sin misterio, sin empacho, y sin sonrisa. Mucho ménos peligroso es satisfacer la curiosidad del niño que incitarla.

Sean siempre graves, cortas, resolutivas vuestra respuestas, y no parezca nunca que vaciláis. No es necesario añadir que han de ser verdaderas; no es posible enseñar á los niños el riesgo de que mientan a los hombres, sin que sientan los hombres el riesgo mas grave de mentir á los niños, una sola mentira del maestro que él descubra dió para siempre al traste con todo el fruto de la educacion.

En ciertas materias lo que mas convendria a los niños fuera una absoluta ignorancia, pero sepan muy temprano lo que no es posible, esconderles siempre. Es menester ó que no se despierte de numera ninguna su cusí os á dad, ó que se la satisfagan Antes de la edad en que no carece de peligro. En esta parte pende mucho vuestra conducta con vuestro alumno, de su particular situacion, de las sociedades que frecuenta, de las circunstancias en que preveais que podrá hallarse, etc. Aquí importa na dejar nada á la aventura; y si no estais cierto de hacer de modo que hasta los diez y seis años no sepa la diferencia de los sexos, ensenársela ántes que cumpla los diez.

No me gusta que afecten con los niños un estilo sobrado apurado, ni que se hagan largos circunloquios, que conozcan ellos, por evitar el nombrar las cosas con su nombre verdadero. En estas materias las buenas costumbres siempre tienen mucha sencillez; pero amancillada la imaginacion con el vicio torna delicado el oido, y fuerza á que se acrisole sin cesar la espresion.

No tienen malas consecuencias los términos toscos; lo que hemos de huir son las ideas lascivas.

Aunque sea el pudor natural al linage humano, naturalmente no le conocen los niños. Con el conocimiento del mal naco el pudor: ¿y como han de tener un afecto que se origina de aquel; si ni tienen ni deben tener este conocimiento? Darles lecciones de pudor y honestidad, os enseñarles que hay cosas torpes y deshonestas, inspirarles secreto deseo de saberlas. Tarde ó temprano se salen con ello, y la primer chispa que prende en la imaginacion, infaliblemente acelera el incendio de los sentidos. Quien se sonroja ya es culpado, que la verdadera inocencia de nada tiene vergüenza.

No tiene los niños los mismos deseos que los hombres; pero expuestos; como ellos, á la suciedad que repugna á los sentidos, de esta sola sujecion pueden tornarlas mismas lecciones de bien parecer. Seguid el espíritu de la naturaleza, que colocando en el mismo lugar los órganos de los secretos deleites y de las asquerosas necesidades, nos inspira las mismas atenciones en edades distintas; aquí por una idea, allá por otra; por la modestia al hombre, al niño por la limpieza.

Solo un medio eficaz veo para que conserven los niños su inocencia, y es que todos cuantos en derredor de ellos andan la amen y la respeten, sin lo cual todo el recato que con ellos procuran usar, tarde ó temprano se desmiente; una sonrisa, un guiñar de ojos, un ademan que se suelte, les dicen cuanto á callarles se esforzaban; bastándoles, para saberlo, ver que han querido escondérselo. La delicadeza de circunloquios y espresiones que usan entre sí las personas cultas, como suponen luces que no deben tener los niñas, es con ellos del todo impertinente; pero cuando de veras honramos su sencillez, con facilidad tomamos con ellos los términos que les convienen. Cierto candor hay de conversacion que sienta bien y aplace á la inocencia; y este es el verdadero estilo que desvía al nido de una peligrosa curiosidad. Hablándole con sencillez de todo, no le dejamos que sospeche que algo mas quede por decirle. Juntando con las palabras torpes las ideas desagradables que anuncian, se ahoga el primer fuego de la imaginación: no le vedamos que pronuncie estas palabras, ni que tenga estas ideas; pero sin que él lo piense, le infundimos repugnancia á que se las recuerde.

¡Y de cuantos atolladeros saca esta cándida libertad á los que, tomándola en su propio corazon, siempre dicen lo que conviene decir, y lo dicen siem-

pre como lo sienten!

¿Como se paren los niños? Cuestion peliaguda que naturalmente ocurre á los muchachos, y cuya discreta ó necia respuesta determina alguna vez de sus costumbres y su salud, miéntras les dura la vida. El modo mas corto que imagina una madre para zafarse de ella sin engañar á su hijo consiste en ponerle silencio. Bueno seria eso, si de antemano le hubieran acostumbrado á él en las preguntas indiferentes, y no sospechara que habia misterio en este nuevo estilo. Pero rara vez se ciñe la madre á eso. *Eso es secreto de las personas casadas* le dirá; *los chicos no han de ser tan curiosos*. Muy bueno es eso para que salga la madre del paso pero sepa que en despique de este estilo de menosprecio, estará el chico impaciente hasta saber el secreto de las personas casadas, y no tardará en aprenderle.

Permítanme referir una respuesta muy distinta que oí dar á la misma pregunto, y me pasmó cuanto mas cuanto salió de boca de una muger tan modesta en sus razones Como en sus modales, pero que cuando era necesario sabia hollar en beneficio de su hijo y en obsequio de la virtud, el infundado temor del que dirán, y los fútiles donaires de los juglares. No hacia mucho tiempo que habia arrojado el niño por los orines una piedrecilla que le habia despedazado la uretra; pero se le habia olvidado el pasado mal. *Mama* dijo el atolondraduelo, *¿como se paren los niños? Hijo mio,* respondió sin titubear su madre, las mugeres los paren con dolores que á veces les cuestan la vida. Ríanse los locos, escandalícense los necios; pero averigüenlos sabios si hallarán respuesta mas prudente y que se encamine con mas acierto al fin.

Lo primero, la idea de una necesidad natural y conocida del niño aparta de su imaginacion la de una operacion misteriosa; y las ideas accesorias de muerte y dolor envuelven aquella en un velo de tristeza que amortigua, la imaginacion y enfrena la curiosidad: el espíritu se ocupa todo en las consecuencias del parto ¡y no en sus causas, Las dolencias de la naturaleza humana, objetos de asco, imágenes de sufrimiento, son las dilucidaciones á que conduce esta respuesta, si la repugnancia que inspira deja al niño que las pregunte. ¿Por donde abrirán puerta á la inquietud de nacientes deseos diálogos dirigidos de esta manera? bien veis no obstante que no se ha alterado la verdad, ni ha sido necesario engañar al alumno en vez de instruirle.

Vuestros niños leen, y en sus lecturas adquieren conocimientos que, si no leyeran, no tendrian. Si estudian, se inflama y se afila la imaginacion con el silencio del gabinete. Si viven en el mundo, oyen una estravagante gerigonza, ven ejemplos que les hacen eco: tanto les han persuadido á que eran hombres, que en todo cuanto los hombres hacen, luego averiguan como pudiera convenirles á ellos; es menester que les sirvan de paula las acciones agenas, pues que les sirven de ley los agenos juicios. Los criados que se hace que de ellos pendan, les hacen su corte á costa de las buenas costumbres; rollas chistosas les dicen, ruando tienen cuatro años, dichos que la mas descarada no se atreveria á pronunciar delante de ellos, si tuviera quince. En breve se olvidan ellas de lo que dijeron, pero no se olvidan ellos de lo que oyeron. Las conversaciones indecentes disponen á las costumbres de un hombre relajado: el lacayo bribon hace al niño disoluto; y sirve el secreto del uno de lanza al del otro.

El niño educado conforme á su edad está solomo conoce otras aficiones que las del hábito; á su hermana la quiere como á su muestra, y como á su perro á su amigo. No siente que es de sexo ninguno, de ninguna especie: igualmente estrados son para él el hombre y la muger; nada de cuanto dicen ó hacen lo refiere él á si propio, no lo ve ni lo oye, ó no pone en ello atencion ninguna, ni le interesan sus ejemplos ni sus razonamientos: nada de esto hace impresion en él. Por este método no le inculco un artificioso error, déjele sí en la ignorancia de la naturaleza. Llega tiempo en que cuida la misma naturaleza de dar luces á su alumno, y ya entónces le ha puesto en estallo de aprovecharse sin riesgo de las lecciones que le da. Este es el principio: no es del caso circunstanciar las reglas; pudiendo servir de ejemplo para este los medios que con motivo de otros objetos he propuesto.

¿Quereis establecer órden y regla en las pasiones nacientes? ensanchad el espacio durante el cual se desenvuelven, para que tengan tiempo de irse colocando á medida que van naciendo. Entónces no las coordina el hombre, sino la naturaleza; y vuestra tarea seria dejarla que ponga en órden su trabajo. Si estuviera solo vuestro alumno, nada tendriais que hacer; pero todo cuanto le rodea inflama su imaginacion. Arrástrale el torrente de las preocupaciones, y para retenerle es fuerza empujarle en sentido contrario; es fuerza que el sentimiento refrene la imaginacion, y que la razon ponga silencio á la opinion de los hombres. La sensibilidad es el manantial de todas las pasiones, y la imaginacion determina su declive. Todo ser que sus rela-

ciones debe conmoverse cuando se alteran estas, y cuando imagina él ó cree que imagina otras que se adaptan mas á su naturaleza. Los errores de la imaginacion son los que transforman en vicios todas las pasiones de los seres limitados, basta las de los ángeles, si los hay; porque para que supiesen qué relaciones son las que se adaptan unas bien á su naturaleza, fuera preciso que conociesen la naturaleza de todos los seres.

Por tanto, todo el compendio de la humana sabiduría con respecto á las pasiones se cifra, 1° en conocer las verdaderas relaciones del hombre, tanto en la especie como en el individuo; 2° en coordinar, conforme á estas relaciones, todos los afectos del alma.

¿Pero es árbitro el hombre de coordinar sus afectos segun tales ó cuales relaciones? No cabe duda como sea árbitro de dirigir su imaginacion á tal ó cual objeto, ó de darle tal ó cual hábito. Ademas de que no tanto tratamos aqui de lo que un hombre puede hacer en sí mismo, cuanto de lo que podemos hacer con nuestro alumno, eligiendo las circunstancias en que le hayamos de colocar. Esplicar los medios mas aptos para mantenerle en el órden de la naturaleza, es decir de qué modo puede salir de él.

Miéntras que permanece su sensibilidad ceñida á su individuo, no hay cosa ninguna moral en sus acciones; solo cuando comienza a esplayar fuera de él, es cuando toma primero los afectos, y luego las nociones del bien y del mal, que le constituyen verdaderamente hombre y parte integrante de su especie. Así que desde luego es preciso parar en este primer punto nuestras observaciones. Estas son dificultosas, porque para hacerlas es menester desechar los ejemplos que tenemos á la vista, ó indagar aquellos en que se efectúan los desarrolles sucesivos conforme al órden de la naturaleza.

Un niño amoldado, culto, civilizado, que solo espera la potencia para poner en practícalas instrucciones que ha recibido, nunca se engaña acerca del instante en que le viene esta potencia. En vez de aguardarla, la acelera; escita en su sangre una precoz fermentacion; largo tiempo ántes de sentir deseos, sabe cual dehesar el objeto de ellos. La naturaleza no le escita, el es por el contrario el que la fuerza: nada tiene aquella que enseñarle cuando lo liare hombre, que ya por el pensamiento lo era mucho ántes de serlo en realidad.

Mas lentos y mas graduales son los pasos de la naturaleza. Poco á poco se inflama la sangre, se elaboran los espíritus, y se forma el temperamento.

El sabio artífice que dirige la fábrica, está atento á perfeccionar todos sus instrumentos ántes de ponerlos en acción: antecede á los primeros deseos una larga inquietud, los alucina una larga ignorancia, y desea uno sin saber qué. Agítase y fermenta la sangre; procura brotar fuera cierta superabundancia de vida. Anímanse los ojos *y* recorren los demas seres; empieza el mancebo á interesarse por aquellos que tiene cerca de sí; empieza á sentir que no fué formado para vivir solo: así se abre el corazon *á* los afectos humanos, y se hace capaz de cariño.

El primer afecto de que es capaz un mozo criado con esmero, no es el amor, sino la amistad. El primer acto de su naciente imaginacion es el de manifestarle que tiene semejantes, y la especie le mueve ántes que el sexo. La otra utilidad que se saca de prolongar la inocencia, es la de aprovecharse de la naciente sensibilidad para sembrar en el corazon del mancebo las primeras semillas de la humanidad. Beneficio tanto mas precioso, cuanto es el único tiempo de la vida en que pueden las mismas solicitudes coger óptimos frutos.

Siempre he visto que los mancebos estragados desde temprano, y abandonados á las mugares ya la disolucion, eran inhumanos y crueles, hacíalos impacientes, vengativos y furiosos la fogosidad de su temperamento: llena su imaginacion de un objeto solo, se negaba á todo lo demas; ni conocian compasion ni misericordia, y al menor de sus deleites hubieran sacrificado padre, madre, y el universo entero.

Por el contrario, al mozo educado con una feliz sencillez incitan los primeros movimientos de la naturaleza ó las tiernas y afectuosas pasiones: se conmueve su compasivo corazon con las penas de sus semejantes; se estremece alborozado cuando vuelve á ver á su camarada; saben sus brazos estrecharse en lazos cariñosos, saben sus ojos verter lágrimas de ternura; siente vergüenza si desagrada, y desconsuelo si ofende. Si él ardor de una sangre que se inflama le hace vivo, arrebatado, iracundo, descubre, pasado un instante, toda la bondad de su corazon en la efusion de su arrepentimiento; llora, gime por la herida que ha hecho; querria rescatar á precio de su sangre la que ha vertido: todo su arrebatóse apaga, y toda su altivez se humillo auto la conciencia de su yerro. ¿Ha sido él el ofendido con vehemencia de su enojo, una disculpa, una palabra le desarma; perdona los ágenos agravios con tan buena voluntad como resarce los suyos, no es la adolescencia la edad de venganza ni de la enemiga, que es la de la conmiseracion, la

clemencia y la generosidad. Sí, lo sustento, y no temo que me desmienta la esperiencia; un niño que no es de mal índole, y que hasta los veinte años ha conservado su inocencia, es, en esta edad, el mas generoso, el mejor, el mas amante, y el mas amable de los hombres. Nunca os dijeron cosa semejante; bien lo creo: educados vuestros ídolos en toda la corrupcion de los colegios, están muy distantes de saber eso.

La flaqueza del hombre es la que le hace sociable; nuestras comunes miserias son las que escitan nuestros corazones á la humanidad: nada le deberíamos, si no fuéramos hombres. Todo cariño es señal de insuficiencia; si no tuviera cada uno de nosotros necesidad de los damas, nunca pensaria en unirse con ellos. Así de nuestra misma enfermedad nace nuestra frágil dicha. Un ser verdaderamente feliz es un ser solitario; Dios solo disfruta de una felicidad absoluta: pero ¿quién de nosotros se forma idea de ella? Si un ser imperfecto se pudiera bastar á sí propio, ¿de qué disfrutaria segun nosotros? Estaria solo, y seria miserable. Se concibo que el quede nada necesita pueda amar algo;ni concibo que el que nada ama pueda ser feliz.

De aquí se sigue que ros aficionamos á nuestros semejantes no tan lo por el sentimiento de sus contentos cuanto por el de sus nenas porque en estos temas mas bien la identidad de nuestra naturaleza, y la seguridad del cariño que nos tienen. Si nos unen por interes nuestras necesidades comunes, nos unen por afecto nuestras comunes miserias. Menos amor que envidia inspira á los demas la presencia de un hombre feliz; con gusto le echaríamos en cara que usurpa un derecho que no tiene, gozando de una felicidad esclusiva; tambien padece nuestro amor propio, haciéndonos ver que no necesita este hombre de nosotros. ¿Mas quién es el que no se compadece del malhadado que ve sufrir? ¿Quién no le quisiera librar de sus males, si solo costara un descodara ello? ha imaginacion nos pone mas bien en lugar del miserable que del hombre feliz; y sentimos que el primero de estos es Lados nos toca mas de cerca que el último. La piedad es dulce, porque sustituyéndonos á aquel, que padece, sentimos no obstante la satisfaccion de no padecer como él; y la envidia amarga, porque la presencia de un hombre feliz lejos de subrogar al envidioso en su lugar, le causa el desconsuelo de no verse en él. El uno parece que nos exime de los males que sufre, y el otro que nos priva de los bienes que disfruta.

Por tanto si quereis excitar y mantener en el pecho de un mozo los movimientos prime ros de la sensibilidad naciente, y enderezar ácia la

beneficencia y la maldad su carácter, no hagais brotar en él, con la engañosa imagen de la felicidad emana, la soberbia, la vanidad, la envidia; no expongáis á sus ojos la pompa de las cortes, el fausto de los palacios, los atractivos del teatro; no le lleveis por las tertulias y las brillantes asambleas; no le hagáis ver lo esterior de la alta sociedad, basta que le luyáis puesto en estado de que por sí propio la aprecie. Enseñarle el mundo limites que conozca á los hombres, es estrañarle y no formarle, engañarle y no instruirle.

No son naturalmente los hombres ni reyes, ni potentados, ni cortesanos, ni ricos todos nacieron pobres y desnudos, sujetos todos á las miserias de la vida, á los pesares, á los males, á las necesidades, á toda especie de duelos, condenados en fin á muerte. Esto de verdad es propio del hombre; de esto no está exento mortal ninguno. Así empezad estudiando en la humana naturaleza lo que es mas inseparable de ella, lo que constituye mas bien la humanidad.

A los diez y seis años sabe el mancebo que cosa sea sufrir, porque ya ha sufrido; mas apenas sabe que tambien sufren otros seres: que verlo sin sentirlo no es saberlo; y como cien veces he dicho, el niño, que no imagina lo que sienten los demas, no conoce otros males que los suyos propios. Pero cuando el primer desarrollo inflama en él el fuego de la imaginacion, empieza á sentirse en sus semejantes, y moverse con sus querellas, ó padecer con sus duelos. Entónces debe la triste pintura de la realidad doliente oscilar en su pecho la primera ternura que haya esperimentado.

Si no es fácil notar este instante en vuestros hijos, ¿de quien os quejais? Tan presto los enseñais á que fijan afectos, tan breve les haceis que hablen su idioma, que, como siempre se esplican en el mismo estilo, vuelven contra vosotros mismos vuestras lecciones, sin dejaras medios ningunos pava que distingáis cuando, habiendo cesado de mentir, empieza á sentir lo que dicen. Ved empero á mi Emilio; de la edad á que le he conducido, ni sintió, ni mintió jamas. Antes de saber que es querer, á nadie ha dicho: ¡*te quiero!* no le han prescrito que semblante habia de poner cuando entrase en el cuarto de su padre, su madre, ó su ayo, enfermos; no de han enseñado el arte de afectar la tristeza que no tenia. No ha fingido que lloraba la muerte de nadie, porque no sube que cosa es morir. En sus modales descubre la misma insensibilidad que hay en su corazon. Indiferente para todo, ménos para sí,

como todos los niños, por nadie toma interes; y lo que distingue de los demas, es que no afecta que le toma, ni es falso como ellos.

Habiendo Emilio reflexionado poco acerca de los seres sensibles, tarde sabrá qué sea padecer y morir. Empezarán á agitar sus entrañas los quejidos y los giros; la vista de la sangre que corte le liará volver los ojos; no sé que angustia le cansarán las convulsiones de un animal moribundo, ántes que sepa de donde le vienen estos nuevos movimientos. No los tendria, si hubiera permanecido bárbaro y estúpido; si estuviera mas instruido, sabria cual es su fuente: ya ha comparado sobradas ideas para no sentir nada, y no las bastantes para concebir lo que siente.

Así nace la piedad, primer afecto relativo que mueve el pecho humano segun el órden de la naturaleza. Para tornarse piadoso y sensible, es menester que sepa el niño que hay seres semejantes á él, que padecen lo que ha padecido, que sienten los dolores que ha sentido, y otros de que elche tener idea, como que tambien puede sentirlos. Y efectivamente, como nos dejamos mover de la piedad, si no es trasladándonos fuera de nosotros, identificándonos con el animal que padece; dejando, por decirlo así nuestro ser por tomar el suyo? Solo en cuanto juzgamos que padece él, padecemos nosotros, y padecemos en el mas bien que en nosotros. De manera que ninguno se torna sensible basta que se anima su imaginacion, y empieza á trasladarle fuera de sí propio.

¿Pues qué tenemos que hacer para oscilar y mantener esta naciente sensibilidad, y para guiarla y seguirla en su natural declive, si no es presentar al mozo objetos en que pueda obrar la fuerza espansiva de su corazon, que le dilaten y le esplayen en los demas seres, que llagan que se halle en todas parles fuera de si; desviar con esmero los que le Coartan, le reconcentran, y ponen tirante el muelle del yo humano; quiero decir, en términos mas claros; oscilar en él la bondad, la humanidad, la conmiseracion, la beneficencia, todas las alagüeñas y suaves pasiones que agradan naturalmente á los hombres, y estorban que nazcan la envidia, la codicia, el rencor, todas las pasiones crueles y repulsivas, que no solo hacen, por decirlo así, nula, sino negativa la sensibilidad, y son un perpetuo torcedor de quien las esperimenta.

Creo que puedo resumir todas las anteriores reflexiones en dos ó tres máximos concisas, claras, y fáciles de comprender.

Máxima primera.

«No es propiedad del corazon humano ponerse en lugar de aquellos que son mas felices que nosotros, sino en el de los que son mas dignos de compasión».

Si se encuentran excepciones á esta máxima, mas son aparentes que reales. Así que nadie se sustituye en lugar del rico o del potentado con quien se estrecha; y aun cuando es sincera sola estrechez, no hace otra cosa que apropiarse parte de su bien estar. Algunas veces es amado aquel en su desgracia; pero miéntras está en prosperidad, no tiene otro amigo verdadero mas que aquel que, sin dejarse llevar de las apariencias, le compadece, á pesar de su prosperidad; mas bien que le envidia. Nos mueve la felicidad de ciertos estados, de la vida rústica y pastoral, por ejemplo. La envidia no envenena el embeleso de contemplar felices á estos buenos zagales, que verdaderamente nos interesan ¿Por qué así? porque reconocemos que somos árbitros de descender á este estado de inocencia y serenidad; y es un mal andar de cosas que solo escita ideas gratas, puesto que depende de nuestra voluntad el poder disfrutarle. Siempre es gustoso ver sus recursos, contemplar su propio caudal, aun cuando no quiere uno hacer uso de él.

De aquí se infiere que para escitar á un mozo á que sea humano, lejos de hacer que contemple admirado el brillante destino de los demas, es menester enseñársela por su aspecto triste, es menester hacérsele temer. Entónces por una evidente consecuencia de la debe abrirse él una vereda para la felicidad, sin seguir las huellas de nadie.

Máxima segunda.

Solo se compadecen en otro aquellos males de que uno mismo no se reputa exento».

Non ignara mali, miseris succurrere disco.

No conozco cosa mas hermosa, mas profunda, mas afectuosa, mas cierta que este verso.

¿Por qué no tienen compasion los reyes de sus vasallos? porque cuentan con que nunca han de ser hombres. ¿Por qué son tan duros los ricos con los pobres? porque no tienen miedo de llegar á serlo. ¿Por qué desprecia tanto la nobleza á la plebe? porque nunca un noble será plebeyo. ¿Por qué son generalmente los Turcos mas humanos, mas hospederos que nosotros?

porque como en su gobierno totalmente arbitrario siempre son precarias y vacilantes la fortuna y la potencia de los particulares, no contemplan el alabamiento y la miseria como un estado que es ageno de ellas [68]: mañana puede ser cada uno lo que hoy es aquel á quien favorece. Esta espresion que sin cesar se repite en las novelas orientales les comunica se qué ternura que no encuentra el lector en todos los aderezos de nuestra seca moral.

No acostumbreis pues si vuestro alumno á que desde la cumbre de su gloria contemple las penas de los desventurados, los afanes de los miserables, ni esperáis enseñarlo á que se compadezca da ellos, si los mira como agenos. Dadle bien á entender que la suerte de estos desventurados puede ser la suya; que todos sus males pueden embestir á desliera 5 que mil inevitables y no previstos acasos le pueden sumir en ellos de un instante á otro. Enseñadle á que no mire como estables la cuna, la salud, ni las riquezas; hacíanle ver todas las vicisitudes de la fortuna; presentadle ejemplos, demasiado frecuentes de personas que de un puesto mas encumbrado que el suyo han caído en un abismo mas hondo que aquel en que ve á estos desventurados: poco importa que haya ó no sido por su culpa; ahora no se trata de eso, ni él sabe todavía que cosa es culpa. No escedais nunca la esfera de sus conocimientos ni le ilumineis con otras luces que las que sean proporcionadas á su capacidad: no necesita saber mucho para conocer que no le puede responder toda la prudencia humana de si dentro de una hora ha de estar vivo ó muerto; de sí ántes que sea noche, no le liara crujir los dientes el dolor frenético; si dentro de un mes ha de ser rico ó pobre; si dentro de un año estará remando y aguantado el rebenque en una galera argelina. Y no le digais todo esto coa frialdad, como si lo enseñarais la doctrina cristiana; vea, sienta las humanas calamidades: removed, atemorizad su imaginacion con los peligros que cercan sin cesar á todo mortal; contemple en torno de él abiertas todas estas insondables simas, y estréchese con vos al oíros describirlas, de miedo de despeñarse en sus abismos. Así le haremos tímido y medroso, direis. Luego veremos; mas por ahora empecemos haciéndole humano, que es lo que unas nos importa.

Máxima tercera.

«La compasion que tenemos del mal ageno no se mide por la cantidad de este mal, sino por el sentimiento que atribuimos á los que le padecen.»

En tanto compadecemos á un desdichado en cuanto creemos que se reputa el digno de compasion. El sentimiento físico de nuestros males es mas limitado de lo que parece; pero lo que nos hace verdaderamente dignos de lástima, es la memoria que hace que sintamos su continuidad, y la imaginacion que los estiende al tiempo venidero. Esta pienso yo que es una de las causas que nos endurecen con los males de los animales mas que con les de los hombres, aunque igualmente nos debiera identificar con ellos la comun sensibilidad. No nos dolemos de una muía de carreta, que está en su caballeriza, porque no presumimos que miéntras come el pienso con ley á pie en los palos que ha recibido, y las fatigas que le esperan. Tampoco nos dolemos de un carnero que vemos placiendo, aunque sepamos que en breve ha de ser degollado, porque juzgarnos que no mueve su suerte. Así nos endurecemos por estension sobre el destino de los hombres, y se consuelan los ricos del mal que Lacen á los pobres, suponiéndolos tan estúpidos que no le sienten. Generalmente estimo, o lo que aprecie á cada uno la felicidad de sus semejantes, por el cuso que de ellos me parece que haré. Cosa natural es valuar en poco la dicha de las personas que uno tiene en poco. Así no os pasmeis de que los políticos traten al pueblo con tanto desdoro, ni de que afecten la mayor parle de los filósofos que tienen al hombre por tau malo.

El pueblo es lo que compone el linage humano; es tan corta cosa lo que no es pueblo, que no vale la pena de contarse. El mismo es el hombre en tollas las condiciones; y si es así, las mas numerosas son las que mas respeto merecen á los ojos de un pensador desaparecen todas las distinciones civiles: las mismas pasiones, los mismos afectos ve en un sugeto ilustre que en un galopo; solo distingue el estilo, y un colorido con mas ó ménos afeites; si alguna diferencia esencial los separa, es en detrimento de los mas disimulados. La plebe se manifiesta como ella es, y no es amable; pero es fuerza que los hombres decentes se disfracen: si se dejasen ver como ellos son, causarian horror.

Tambien dicen nuestros sabios que hay la misma dosis de pena y de bien estar en todas las condiciones. Máxima tan absurda como imposible de sustentar; porque, si todos son felices en igual grado, ¿qué necesidad tengo yo de incomodarme por nadie? Quédese cada uno como está, maltraten al esclavo, padezca el enfermo, perezca el desvalido; que nada ganan con mudar de estado. Hacen una enumeracion de las penas del rico y manifiestan la vaciedad de sus vanos contentos: ¡qué torpe sofisma! No provienen las penas

del rico de su estado, sino de él solo que abusa de su condicion. Aunque fuera todavía mas desventurado que el pobre, no seria digno de compasion, porque todos sus males son obra suya, y está en su mano ser feliz; mas las penalidades del miserable le vienen de las cosas, del rigor de la suerte que se agrava sobre él. No *hay* hábito que pueda quitarle el sentimiento físico de la fatiga, del desfallecimiento, del hambre: ni el entendimiento recto, ni la sabiduría valen para eximirle de los males de su estado. ¿Qué gana Epíteto con prever que le va á romper una pierna su amo? ¿Deja de rompérsela por eso? Con su mal junta el de la prevision. Cuando fuera la plebe tan inteligente como la suponemos estúpida, ¿qué otra cosa pudiera ser de lo que es?? Qué otra cosa pudiera hacer de lo que hace? Estudiad las personas de esta clase, y vereis que coa otro estilo tienen tanta perspicacia y mas razon que vosotros. Respetad vuestra especie y considerad que esencialmente consta de la coleccion de pueblos; y que aun cuando se quitaran de ellos todos los reyes y todos los filósofos de la tierra, poco se cebaria de ver, y no andaria peor el mundo. En una palabra, enseñad á vuestro alumno á que ame ó todos los hombres, hasta á los que los desestiman; haced que no se coloque en clase ninguna, sino que se halle en todas; hablad en su presencia con ternura del género humano, y aun á veces con lástima, mas nunca con desprecio. Hombre, no deshonres al hombre.

Por estas veredas y otras semejantes, bien opuestas á las trilladas, conviene introducirse en el corazon del mancebo para escitar en él los primeros movimientos de la naturaleza, para desenvolvérsele y dilatársele respecto ¿sus semejantes á esto añado que importa que con estos movimientos vaya mezclado cuanto ménos interes personal fuere posible, sobretodo nada de vanidad, ni emulacion, ni vanagloria, ni ninguno de aquellos afectos que nos fuerzan á que nos comparemos con los demas; porque nunca se hacen otras comparaciones sin cierta impresion de odio contra aquellos que nos disputan, la preferencia, aunque no sea mas que en nuestra propia estimacion. Fuéramos entónces cegarse ó enojarse, ser un tonto ó un perverso: procuremos evitar esta alternativa. Tarde ó temprano, dicen, se han de encender estas peligrosas pasiones, mal que nos pese. No lo niego: cada cosa tiene su tiempo y lugar; solo digo que no debemos contribuir á su nacimiento.

Este es el espíritu del método que conviene prescribirse. Aquí son inútiles los ejemplos, y los pormenores porque empieza ya la division casi in-

finita de caracteres, y cada ejemplo que yo diese acaso no convendria el uno entre cien mil. De esta edad empieza tambien en el maestro hábil la verdadera funcion de observador y de filósofo, que sabe el arte de sondear los corazones afanándose en formarlos.

Miéntras que el mozo no piensa todavía disfrazarse y que aun no lo ha aprendido, á cada objeto que le presentan se echa de ver en su ademan, en sus ojos, en sus acciones la impresion que hace en él; en su semblante se Icen todos los movimientos de su alma: á puro acecharlos, se consigue preverlos y al cabo dirigirlos.

Generalmente se nota que la sangre, las heridas, los gritos, los gemidos, el aparato de las operaciones dolorosas, y todo cuanto transmite á los sentidos objetos que sufren, embarga mas ántes y mas universalmente á todos los hombres. Como la idea de destruccion es mas compuesta, no hace la misma impresion; mas tarde y con ménos vigor mueve la idea de la muerte, porque nadie ha hecho la esperiencia de morir: es preciso haber visto cadáveres, para sentir las congojas de los agonizantes. Pero cuando una vez se ha formado bien en nuestro ánimo esta imagen, no hoy espectáculo mas horrible á nuestros ojos, ya sea á causa de la idea de total destruccion que entónces precuela á los sentidos, ó ya porque sabiendo que es inevitable este instante para todos, se siente uno conmovido con mas viveza con una situacion que está cierto que no puede ménos de ser la suya un dia. Tienen estas diversas impresiones sus modificaciones y sus grados que penden del carácter particular de cada individuo y de sus anteriores hábitos; pero son universales, y nadie está totalmente exento de el las. Unas hay mas tardías y ménos generales¸ que son mas peculiares de los pechos sensibles; estas son las que se reciben de las penas morales, de los dolores internos, de las aflicciones, de las largas pesadumbres, de la tristeza. Hombres hay á quienes solo los gritos y llantos los mueven; nunca les sacaron un suspiro los sordos y dilatados sollozos de un pecho sofocado de pesar;, nunca la presencia, de un andar abatido, de un rostro macilento y aplomado, de ojos amortecidos y exhautos ya de lágrimas, los han hecho llorar; nada significan para ellos las penas del ánimo; el suyo nada siente; echadles el fallo; no espereis de ellos otra cosa que inflexible rigor, dureza de corazon, y crueldad. Íntegros y justos podrán ser, mas nunca clementes, generosos, piadosos. Digo que podrán ser justos, si es posible que lo sea el hombre que no fuere misericordioso.

Pero no os deis priesa á juzgar de los mozos por esta regla, especialmente dé los que educados como deben serlo no tienen idea ninguna de las penas morales, que nunca les han causado; porque repito que solo los males que conocen pueden compadecer; y esta aparente insensibilidad, que solo procede de ignorancia, en breve se convierte en ternura, así que empiezan á sentir que en la vida humana hay mil dolores que no conocían. En cuanto á mi Emilio, como en su niñez ha tenido sencillez y recto discernimiento, estoy cierto da que tendrá sensibilidad y alma cuando sea grande, porque la verdad de los afectos tiene intima conexion con lo ajustado de las ideas.

¿Pero á qué viene recordarlo aquí? Mas de un lector, sin eluda, me echará en cara que me olvido de mi resolucion primera, y de que he prometido á mi alumno una constante felicidad. Desventurados, morí bandos, espectáculos de miseria y dolor, á qué felicidad, qué gustos para un corazon que empieza ó vivir! Su triste institutor, que tan plácida educacion le destinaba, solo le ha hecho nacer para que sufra. Esto dirán: ¿y qué me importa? Hacerte Feliz es lo que yo he prometido, y no hacer que lo pareciese. ¿Es culpa mi a, si alucinados siempre por la apariencia, la tomáis por realidad?

Consideremos á dos mancebos que han concluido su primera educacion, y entran en el mundo por dos puertas opuestas. De repente se encarama el uno al Olimpo, se esparce en la mas lucida sociedad; le llevan á la corte, á las casas de los grandes, de los ricos, de las lindas domas. En todas partes supongo que obsequian, y no examino el efecto que estos agasajos hacen en su razon; quiero que resista á ellos. Vuelan á encontrarle los deleites; cada dia le divierten objetos nuevos, y á todo se entrega con un interes que os cautiva. Le veis atento, diligente, curioso; os causa impresion su admiracion primera; presumís que está contento; pero contemplad la situacion de su alma; creeis que goza, y yo creo que padece.

¿Qué es lo que mira así que abre los ojos? Una muchedumbre de pretensos bienes que no conocia, que la mayor parte solo están un instante á su disposicion, y que parece que se le muestran solo para que su privacion de cause más desconsuelo. Si se pasea en un palacio, su inquieta curiosidad hace ver que en su interior se enoja, porque no es así la casa de sus padres. Todas sus preguntas os dan á entender que sin cesar se Compara con el amo de esta casa; y todo cuanto en este paralelo se queda él inferior, da filos á su vanidad irritándola. Si se topa con un mozo mas bien vestido que él le veo que en secreto murmura de la avaricia de sus padres. ¿Lleva él ropa de mas

precio? tiene el sentimiento de ver que otro le eclipsa ó por su cuna, ó por su ingenio, y que están desairadas todas sus galas al lado de un vestido de paño comun., lince ¿solo en una asamblea? ¿se pone de puntillas para que mas bien le vean?

¿Quién no se encuentra con una secreta disposicion á ajar el fulano y vanidoso adornan de un mozalbete presumido? en breve se mancomuna todo; inquiétanle las miradas de un varon grave; no tardan en llegar á sus oidos las búrlelas de un chuzon mordaz; y aunque solo uno le desdeñase, el menosprecio de este envenena al momento los aplausos de los demas.

Démoselo todo, no le escaseemos ni el mérito; ni las gracias; sea buen mozo, agudo, amable, obsequiado de las mugeres; pero como le obsequian ántes que él las quiera, mas ántes le volverán loco que enamorado: tendrá aventuras, pero no ardor ni pasion para disfrutar de ellas. Siempre ganados por la mano sus deseos, sin tener nunca tiempo para que nazcan en el seno de los deleites, solo el quebranto de la sujecion es lo que siente; el sexo destinado á hacer feliz el suyo le harta y le fastidia, aun ántes que le conozca; si sigue Frecuentándole, no es mas que por vanidad; y aun cuando lo tomara verdadera aficion, no será el único mozo, el único brillante, el único amable, ni serán siempre unas Artemisas sus damas.

Nada digo de los chismes, alevosías, bastardías, y todo género de pesares imprescindibles de semejante vida. La esperiencia del mundo he ce que se fatigue de el; solo hablo de los quebrantos anexos á la ilusion primera.

¡Qué contraposicion para el que, encerrado en el seno de su familia y sus amigos, se ha visto único objeto de todas sus atenciones, y que se mete de repente en un órden de cosas en que en tan poco es tenido; que se encuentra como anegado en una esfera estrada, él que por tanto tiempo fué el centro de la suya! ¡Cuantas afrentas, cuantos desaires ha de aguantar, ántes que pierda entre los estrados las preocupaciones de su mucha valía, que le inspiraron y que alimentaron en él los suyos! Todo, cuando niño, le cedia; todo acudia en tomo de él á su mandado ¡mozo, tiene que ceder a todo el inundo; ó si se descuida un poco y conserva su antiguo porte, con cuan duras lecciones se va á ver precisado á volver en si! El habito de alcanzar con facilidad el objeto de sus deseos le incita á desear mucho, y hace que sienta privaciones continuas. Todo cuanto le agrada se le antoja; cuanto tienen los otros quisiera tenerlo él; tocio lo codicia, á todo el mundo tiene envidia, en

todas partes quisiera dominar; le roe la vanidad; su corazon novel se inflama en ardor de desenfrenados deseos; con ellos se engendran el rencor y los zelos, de consuno toman vuelo todas las voraces pasiones; su agitacion le acompaña en el tráfago del mundo; le sigue todas las noches á su morada; entra desazonado consigo y con los demas; duérmese lleno de mil proyectos vanos, desasosegado con mil fantasías; y hasta en sus sueños le retrata su soberbia los ilusorios bienes cuyo deseo le acongoja, y que no ha de poseer en su vida. Este es vuestro alumno: veamos el mio.

Si es un objeto de tristeza el primer espectáculo que hace impresion en él, luego vuelve en si, lo primero que siente es un placer. Al ver quede cuantos males está exento, siente que es mas feliz de lo que creía ser. Participa de las penas de sus semejantes; pero es voluntaria y suave esta participacion. Disfruta á un tiempo de la compasion que tiene de sus males, y de la dicha que le exime de ellos; se siente en aquel estado de fuerza que nos esplaya mas allá de nosotros, y Lace que coloquemos en otra parle la actividad superfina para nuestro bien estar. Sin duda para dolerse del mal ageno, es necesario conocerle, pero no sentirle. Quien ha padecido ó teme padecer, se duele de los que padecen; pero el que está padeciendo, solo de sí se duele. Ahora pues, una vez que estando todos sujetos á los miserias de la vida, ninguno reparte con los otros mas sensibilidad que aquella que en la actualidad no necesita para si propio, se infiere que debe ser suavísimo el afecto de la conmiseracion, puesto que depone en favor nuestro; y que por el contrario siempre es desventurado un hombre duro, pues no le deja su corazon ninguna sensibilidad sobrante que pueda distribuir á los males agenos.

Atribuimos sobrado á felicidad sus apariencias: la suponemos donde ménos se halla; la buscamos donde no puede estar: la alegria es señal muy equívoca de la dicha. Muchas veces un hombre alegre es un desventurado que procura alucinar á los demas y atonlondrados sí propio. Ésas personas tan risueñas, tan despejadas, tan serenas en una concurrencia, casi todas son tristes y regañonas en su casa, y pagan sus criados la pena de la diversion que dan á sus sociedades. El verdadero contento, no es alegre, ni bullicioso; zeloso de tan suave afecto, quien le disfruta piensa en él, le paladea, y teme que se le evapore. Un hombre verdaderamente feliz halda poco, se ríe menos, y reconcentra, por decirlo así, la felicidad en torno de su corazon. Los juegos estrepitosos, la turbulenta alegrií encubren el tedio y los desabrimientos; pero la melancolía es amante de las suaves delicias ¡á los

gustos mas dulces los acompañan la ternura y las lágrimas, y hasta el gozo escesivo saca mas bien llantos que risa.

Si parece á primera vista que la variedad y muchedumbre de pasatiempos contribuyen á la felicidad, y si á primera vista parece que debe aburrir una vida igual;mirándolo mas atentamente, hallamos que por el contrario consiste el hábito mas suave del ánimo en una moderacion de gozos que deja poco asidero al deseo y al hastío. La inquietud de los deseos engendra la curiosidad y la inconstancia, y el vacío de los turbulentos deleites el aburrimiento. Nunca se aburre de su estado el que no conoce otro unas gustoso. Los sal vagos son los ménos curiosos y que ménos se aburren, de cuantos hombrea hay en el mundo; pava ellos todo es indiferente: no gozan de las cosas, sino de sí mismos; pasan la vida sin hacer nada y no se aburren nunca.

El hombre de mundo está todo entero en su mascarilla. Como casi nunca está consigo mismo, es un estrado para sí, y no se halla á gusto cuando se ve forzado á entrar en su interior. Para él lo que él es no es nada, lo que parece es el todo.

No puedo ménos de figurarme, en el semblante del mozo de que ántes he hablado, un no sé qué de importuno, melindroso, afectado, que desagrada, que repugna á las personas sin afeite; y en el del mio una interesante y cándida fisonomía, que manifiesta, el contento y la verdadera serenidad del ánimo, que inspira estimacion y confianza, y que parece que solo espera los desahogos de la amistad, para brindar con la suya á los que á él se acercan. Creen muchos que la fisonomía es el mero desarrollo de los lineamentos que ya ha bosquejado la naturaleza. Yo mas bien creyera que ademas de este desarrollo, se van formando insensiblemente y adquieren fisonomía los lineamentos del semblante humano con la frecuente y habitual impresion de ciertas afecciones del ánimo. Señalame estas afecciones en el rostro, no hay cosa mas cierta; y cuando se convierten en hábitos, deben dejar en él impresiones duraderas. De esta manera concibo yo que la fisonomía anuncia el carácter, y que alguna vez podemos juzgar de este por aquella, sin meternos en misteriosas esplicaciones que suponen conocimientos de que carecemos.

Solo dos afecciones bien señaladas tiene el niño, el gozo y el dolor; se ríe *ó* llora; para ciño hay intermedios, que sin cesar pasa de uno de estos movimientos á otro. Esta alternativa continua estorba que hagan en su rostro ninguna impresion constante y que adquiera fisonomía; peinen la edad

que mas sensible se conmueve con mas viveza ó mas constancia, las impresiones ya mas profundas estampan huellas que se borran con mas dificultad; y resulta del estado habitual del ánimo una colocacion de lineamentos que hace indeleble el tiempo. No es cosa rara sin embargo ver hombres que en diferentes edades mudando fisonomía. Muchos he visto yo en este caso, y siempre he hallado que los que habia podido observar y seguir bien, habían mudado tambien de pasiones habituales. Bien confirmada esta observacion sola me pareceria decisiva, y no es impertinente en un tratado de educacion, donde tanto importa juzgar por los signos estemos de los movimientos del alma.

No sé si, por no haber aprendido á imitar modales de convencion, ni á fingir afectos que no tiene, será ménos amable mi mancebo; aquí no tratamos de esto: solo sé (pie será mas amante; y muy duro de creer se me hace que el que á si solo se ama pueda disfrazarse tan bien que guste tanto como el que saca de su cariño á los demas un nuevo sentimiento de felicidad. Un cuanto á este mismo sentimiento, presumo que basta con lo que he dicho para guiar en este punto á un lector de sana razon, y hacer ver que no me contradigo.

Vuelvo por tanto á mi método, y digo; cuando se acerca la edad crítica; presentad á los mozos espectáculos que los entrenen y no que los oscilen: alucinad SU naciente imaginacion con objetos que, lejos de inflamar sus sentidos, repriman su actividad. Desviadlos de los pueblos grandes, donde acedera y preocupa las lecciones de la naturaleza el á modesto arreo de las mugeres, donde todo presenta á sus ojos deleites que no deben conocer hasta que sepan escogerlos. Traedlos á su primera morada, donde no deja la sencillez rústica que se desenvuelvan con tanta prontitud las pasiones de su edad; ó si los retiene en la ciudad su aficion á las artes, precaved con esta misma aficion una peligrosa ociosidad. Escoged con esmero sus sociedades, sus ocupaciones y sus pasatiempos: enseñadles solo pinturas al llago odas pero modestas, que los conmuevan sin seducirlos, y que ceben su sensibilidad sin agitar sus sentidos. Considerad tambien que en todas cosas hay escesos que temer, y que siempre las pasiones sin moderacion causan mayores daños de los que se desea evitar. No se trata de hacer de vuestro alumno un enfermero, de afligir su vista con objetos continuos de penas y quebrantos, de llevarle de enfermo ú enfermo, de hospital á hospital, del patíbulo á la cárcel: lo que conviene es apiadarle, y no endurecerle con la escena

de las miserias humanas. Si se le presentan mucho tiempo los mismos espectáculos, no sentirá la impresion de ellos, que á todo nos acostumbra el hábito; lo que se ve con frecuencia no se imagina, y la imaginacion sola es la que hace que sintamos los males agenos: así á puro ver morir y padecer, se tornan inhumanos los médicos y los clérigos. Conozca vuestro alumno la suerte del hombre y las miserias de sus semejantes, pero no las presencie á cada paso. Un objeto solo bien escogido, y manifestado en el punto de vista que conviene, le dará materia para enternecerse y reflexionar por espacio de un mes. No es tanto lo que ve, como el recapacitar lo que ha visto, lo que determina el juicio que de ello forma; y ménos procede la impresion duradera que de un objeto recibe, del objeto mismo que del punto de vista bajo el cual se le escita á que se acuerde de él. Así valiéndoos con economía de ejemplos, imágenes y lecciones, embotareis por mucho tiempo el aguijon de los sentidos, y entretendreis la naturaleza, siguiendo sus propias direcciones.

Al paso que adquiera luces, escoged ideas que se refieran á ellas; al paso que se inflamen sus deseos, buscad imágenes idóneas para reprimirlos. Un militar anciano, estimado no ménos por sus costumbres que por su valor, que conté que en su mocedad primera su padre, hombre de razon, pero muy devoto, viendo que su temperamento naciente no arrastraba: ácia las mugeres, liada omitió para Contenerle; pero conociendo al fin que no obstante todos sus afanos iba á soltárselo de las manos, se resolvió á llevarle á un hospital de galicosos, y sin prevenírselo le metió en una sala donde con curas Horrorosas espiaba una muchedumbre de estos desventurados los desórdenes que las habían motivado á la vista de escena tan asqueroso, que repugnaba, á un tiempo á todos los sentidos casi se cayó el mozo desmayado: «Anda, miserable disoluto,» díjole entónces con un tono vehemente su padre, «sigue la villana inclinacion que te arrastra; en breve será mucha fortuna la tuya, si te admiten en esta sala, donde victima de los dolencias mas infames, precisarás á tu padre á que dé y gracias á Dios por tu muerte.» Juntas estas cortas razones con el enérgico espectáculo que al mozo se le presentaba, lauta impresion le hicieron que nunca se le borró. Condenado por su profesion á pasar su mocedad en guarniciones, mas bien quiso aguantar toda la mofa de sus camaradas, que imitar su disolucion. «He sido hombre, me dijo, he tenido muchas piezas; pero nunca he podido mirar sin horror una muger pública. Maestro, pocos razonamientos; pero aprended á escoger

los sitio», los tiempos, las personas: dad á negó todas vuestras lecciones en ejemplos, y estad cierto de su eficacia.

De poca importancia es el empleo de la niñez: lo malo que en ella se introduce tiene remedio, y lo bueno que se liare, se puede hacer mas tarde. Pero no sucede lo mismo en la primera edad en que verdaderamente empieza á vivir el hombre. Nunca dura esta edad lo suficiente para el uso que debe hacerse de ella, y exige su importancia una solicitud sin intermisión: por eso insisto tanto en el arte de prolongarla. Uno de los mejores preceptos de la buena cultura es retardarlo todo en cuanto fuere posible. Haced lentos y seguros los adelantamientos; estorbad que se haga hombre el mancebo cuando no le falta ya nada para serlo. Mientras crece el cuerpo, se forman y se elaboran los espíritus destinados á dar fuerza á las fibras y bálsamo á la sangre: si haceis que tomen distinto curso, y que lo que estaba destinado á la perfeccion de un individuo sirva piara la formacion de otro, permanecen ambos en un estado de flaqueza, y se queda imperfecta la obra de la na tu raleza. Tambien las operaciones intelectuales se resienten de esta alteracion, y tan endeble el alma como el cuerpo solo desempeña funciones desmayadas y Hacas. Ni el valor ni el ingenio penden de miembros fuertes y robustos; y bien concibo que no acompañe la fuerza del ánimo a la del cuerpo, si no están bien dispuestos por otra parle los desconocidos órganos de la comunicacion de ambas sustancias; pero, aunque fuere buena la disposicion mutua de estos, siempre obraran sin energía, si no tienen otro principio que una sangre exhausta, depauperada, y privada de aquella sustancia que á todos los muelles de la máquina les da accion y fuerza. Generalmente se nota mas vigor de alma en los hombres que en los años de su mocedad se preservaron de una corrupcion prematura, que en aquellos cuyo desorden empezó así que á él se pudieron abandonar; y esta es sin duda una de las causas porque escoden por lo comun en valor y en razon los pueblos de sanas costumbres á los que las tienen estragadas. Estos se lucen únicamente en no sé qué mezquinas dotes delicadas y menudas que llaman ellos agudeza, sagacidad, sutileza; pero las vastas y nobles funciones de sabiduria y razon que honran y distinguen al hombre con nobles acciones, con virtudes, con afanes verdaderamente útiles, no se hallan mas que en los primeros.

Se quejan los maestros de que el ardor de esta edad hace la mocedad indisciplinable, y bien veo que es así: ¿pero no es de ellos la culpa? ¿No saben que así que han dejado que corra esta llama por los sentidos, no es

posible darle otra direccion? ¿Los frios y pesados sermones de un pedante borrarán en el espíritu de su alumno la imagen de los deleites que ha concebido? ¿desterrarán los deseos que atormentan su corazon? ¿amortiguarán el ardor de un temperamento cuyo uso sabe? ¿No se irritará contra los estorbos que se oponen á la única felicidad de que tiene idea? ¿Y qué otra cosa verá en la dina ley que le prescriben sin poderle hacer que la entienda, que la enemiga y la Voluntariedad de un hombre que se afana por atormentarle? ¿Es estraño que recíprocamente se enoje él, y lo aborrezca?

Bien se que haciéndose fácil puede hacerse uno ménos insufrible, y conservar una autoridad aparente; pero no veo para qué sirva la autoridad que conserva el ayo en su alumno fomentando los vicios que deberia enfrenar; que es como si, por calmar un fogoso caballo, le hostigara el picador á que se tirara por un despeñadero.

Lejos de que sea este ardor de la adolescencia un impedimento para la educacion, Mir él se perfecciona y se perilla; él es quien da un agarradero en el corazon de un mozo, cuando deja de ser ménos fuerte que Vos. Son Sus afecciones primeras las riendas con que dirigís todos sus movimientos: libre era, y ya le veo esclavizado. Miéntras que nada amaba, solamente dependia de sí propio y de sus necesidades; así que ama, depende de su cariño. De este modo se forman los vínculos primeros que le estrechan con su especie. No os figureis que dirigiendo ú esta su sensibilidad naciente, abrace al principio á todos los hombres, y que la espresion de linage humano signifique algo para él. No, que primero se ceñirá esta sensibilidad á sus semejantes, y para él sus semejantes no son personas que no conoce, sino aquellas con quienes tiene estrechan; aquellas que la costumbre le ha hecho que las quiera ó que las necesite; aquellas que ve con evidencia que tienen modos de pensar y de sentir comunes con los suyos; aquellas que ve que están espuestas á las penas que ha padecido, y que se complacen en los contentos que ha disfrutado; en una palabra aquellas en quienes es para él mas notoria la identidad de naturaleza, y que por tanto cuanto mas inclinacion á querlas. Ni ántes de haber cultivado en mil maneras su índole, y de hacer repetidas reflexiones cerca de sus propios afectos y de los que en los demas observe, podrá llegar á generalizar bajo la idea abstracta de humanidad sus nociones individuales, y á reunir á sus particulares afecciones las que pueden identificarle con su especie.

Haciéndose capaz de cariño, se hace sensible al de los demas, y por este mero hecho átenlo á las señales de este cariño [69]. ¿Veis qué nuevo imperio vais á granjearos en él? ¡Con cuantas cadenas habeis ceñido su corazon, ántes que lo echase él de ver! ¡Qué ha de sentir cuando mirando por si contemple lo que por él liabais hecho; cuando se pueda comparar con los demas mancebos de su edad, y compararos á y s con los otros ayos! Digo cuando él lo vea; tened empero cuenta can no decírselo, que si se lo decís no lo verá él. Si exigís de él obediencia en pago de los afanes que por él os habeis tomado, pensará que le habeis cogido en un lazo, y dirá entre sí que, cuando fungíais que le servíais sin interes, pretendíais cargarle con una deuda, y á dejarle con un contrato sin su consentimiento. Vano será que alegueis que lo que de él exigis es por su bien.; al cabo exigís, y exigís en virtud de lo que habeis hecho en su beneficio sin su anuencia. Cuando un desventurado toma el dinero que fingen que le dan, y se encuentra enganchado contra su voluntad lucháis contra la injusticia ¿pues no sois todavía mas injusto cuando pretendeis que pague vuestro alumno el valor de afanes que no habia admitido?

Mas rara fuera la ingratitud si fueran ménos frecuentes los beneficios á usura. Lo que nos hace bien lo amamos; ¡qué es un afecto tan natural! La ingratitud no se alberga en el corazon humano, mas sí el interes; y ménos favorecidos hay ingratos, que bienhechores interesados. Si me vendeis vuestras dádivas; ajustare el precio que por ellas quiero pagar; pero si ántes que me dais para venderme luego á como queráis, cometeis un fraude; que lo que hace inapreciables los dones es el ser gratuitos. El corazon no recibe leyes sino de sí propio: el que quiere encadenarle le da suelta, y quien le deja libre ese le encadena.

Cuando tira el pescador el cebo al agua, viene el pez, y se está quieto sin recelo; pero cuando cogido del anzuelo que el cebo escondía, siente que sacan la caña, procura escaparse. ¿Es el pescador el bienhechor, y el pez el ingrato? ¿Se ha visto nunca que se olvide de su bienhechor uno de quien este no se acuerde? por el contrario, siempre habla de él con gusto, no piensa en él sin enternecerse; si halla ocasion para hacerle ver, con algun no esperado servicio, que se acuerda de los suyos, ¡con qué júbilo interior satisface entónces su gratitud! ¡con cuanto alborozo se da á conocer! ¡con qué gozo le dice: ya es llegada mi vez! Esta es la voz de la naturaleza, que nunca hubo quien pagase con ingratitud un beneficio verdadero.

Pues si es la gratitud un afecto natural, y si no destruís por culpa vuestra su eficacia estad cierto de que cuando empiece vuestro alumno á conocer lo que valen vuestros afanes, será agradecido, con tal que vos mismo no les pongáis precio, y que os den en su corazon una autoridad que ninguna cosa podrá destruir. Pero ántes que consigáis esta ventaja, tened cuenta con no privaros de ella alegándole su valor. Ensalzarle vuestros servicios, es hacérselos inaguantables; y el olvidarlos es hacérselos acordar. No menteis nunca lo que os debe, sino lo que á si propio se debe, hasta que sea el tiempo de tratarle como hombre. Dejadle toda su libertad para tornarle dócil; huid de él para que os busque; elevad su alma hasta el noble afecto de la gratitud, no hablándole nunca mas que de su interes. No he querido que le dijesen que era por su bien lo que hacían, hasta que estuviese en estado de entenderlo; porque en esta expresion solo hubiera listo vuestra dependencia, y os hubiera mirado como criado suyo.

Pero ahora que empieza á sentir qué cosa es querer, tambien siente lo suave del vínculo que puede estrechar á un hombre con lo que quiere; y en el zelo que hace que os afaneis, sin cesar por él, ya no ve la adhesion de un esclavo, sino el cariño de un amigo. Ninguna cosa pues tiene tanto poder sobre el corazon humano como la voz bien conocida de la amistad, porque sabemos que nunca nos habla, sino por nuestro propio interes. Podemos creer que se engaña a un amigo, mas no que quiere engañarnos. Algunas veces nos resistimos á sus consejos, pero nunca los despreciamos.

Al fin entramos en el órden moral: acabamos de dar segundo paso de hombre. Si aquí fuera lugar oportuno, trataria de hacer ver como de los primeros movimientos del corazon se originan las primeras voces de la conciencia: y como de los afectos de amor y odio nacen las nociones primeras del bien y del mal. Hiciera ver que *justicia y bondad* no solo son palabras abstractas, meros seres morales formados por el entendimiento, sino verdaderas afecciones del alma iluminada por la razon, y que solo son un progreso coordinado de nuestras primitivas afecciones; que no es posible establecer ninguna ley natural por la razon sola, y sin acudirá la conciencia; y que es fantástico todo el derecho de la naturaleza, si no va fundado en una necesidad natural al corazon humano [(70)]. Pero contemplo que no tengo que componer aquí tratados de metafísica y moral, ni corsos de estad ¡o de ningun género; bástame con señalar el órden y el progreso de nuestros sen-

timientos y conocimientos con relacion á nuestra constitucion. Otros acaso demostrarán lo que no hago yo mas que indicar.

No habiendo mi Emilio contemplado basta ahora mas que á sí propio,la primer mirada que pone en sus semejantes le incita á que se comparo con ellos; y el primer afecto que escita en él esta comparacion, es anhelar al primer puesto. Este es el punto en que se convierte el amor de sí en amor propio; y en que empiezan á brotar todas las pasiones que tienen conexion con esta. Pero para resolver si entre estas pasiones, las que en su carácter hayan de dominar han de ser blandas y humanas, ó crueles y dañadoras, si han de ser pasiones de benevolencia y comiseracion, ó de codicia y envidia, es necesario saber en que sitio se reconocerá entre los hombres, y que género de estorbos podrá creer que tiene que remover piara colocarse en el lugar que pretende ocupar.

Para guiarle en esta investigacion, habiéndole ya hecho ver á los hombres por los accidentes comunes de la especie, es preciso manifestárselos ahora por sus diferencias: y aquí se le debe dar á conocer la medida de la desigualdad natural y civil, y la pintura de todo el órden social.

Es menester estudiar la sociedad por los hombres y los hombres por la sociedad: los que quieran tratar aparte de la política y de la moral no entenderán palabra de una ni otra. Aplicándonos primero á los relaciones primitivas, vemos la impresion que en los hombres deben hacer, y las pasiones que de ellas deben originarse, y vemos que reciprocamente por el progreso de las pasiones se multiplican y se estrechan estas relaciones No tanto la fuerza de los brazos como la moderacion de los ánimos es la que hace independientes y libres á los hombres. Aquel que desea pocas cosas, con pocas personas está unido; pero confundiendo siempre nuestros vanos deseos con nuestras necesidades físicas, los que en estas últimas han cimentado la sociedad humana, han reputado causas lo que eran á efectos, y así se han descarriado en todos sus raciocinios.

En el estado de naturaleza hay una igualdad de hecho indestructible y real, porque no es posible que en este lado sea tan grande la mera diferencia de Hombre á hombre, que constituya dependiente á uno de otro. En el estado civil hay um, igualdad de derecho vana y fantástica, porque los mismos medios destinados para mantenerla sirven para destruirla, y parque agregada la pública fuerza al ms? fuerte para oprimir al flaco rompe la especie de

equilibrio en que los habia puesto la naturaleza [71]. De esta primera contradiccion se derivan tedas las que se notan en el órden civil entre la realidad y la apariencia. Siempre, será sacrificada la muchedumbre al corto número, y el público interes al particular; siempre servirán, de instrumentos para la violencia y armas para la iniquidad los especiosos nombres de subordinacion y justicia: de donde se colige que las clases distinguidas que se pretenden útiles para las demas, no son efectivamente útiles sino para sí propias á costa de las demas; y por esto debemos juzgar del aprecio en que, segun Injusticia y la razon, merecen ser tenidas, hallanos ver si la gerarquía que se han tomado contribuye mas á la felicidad de los que la ocupan, para saber el juicio que debe formar cada uno de nosotros acerca de su propia suerte. Este es el estudio que ahora nos importa; pero para que saquemos fruto de él, es necesario conocer primero el corazon humano.

Si solo se tratase de hacer ver á los mozos la mascara del hombre, no habria necesidad de ensenársela, que de sobra la verían ellos; pero puesto que el hombre no es su máscara, y que no queremos que se dejen engañar del relumbron, cuando les pinteis el hombre, retratádselo como él es, no para que le Cojan odio, sino para que le tengan lástima, y no se le quieran parecer; que este es; á mi ver, el mas juicioso afecto que a un hombre pueda inspirar su especie.

Con este fin, importa seguir aquí un camino opuesto al que hasta ahora habernos seguido, y ántes instruir al mozo por la agena esperiencia que por la suya propia. Si le engañan á él los hombres, les tomará aborrecimiento; pero si le respetan, y ve que mutuamente se engañan, les tendrá lástima. Decia Pitágoras que era parecido el espectáculo del mundo al de los juegos olímpicos: los unos ponen tienda, y solo piensan en su ganancia; los otros aventuran su persona, y buscan la gloria; los otros se contentan con ver los juegos, y no son estos los peores.

Quisiera que de tal modo fuera selecta la sociedad de un mancebo, que tuviera buena opinion de los que con él viven, y que le enseñáramos á conocer tan bien el mundo, que la tuviese mala de todo cuanto en id Lacen. Sepa que naturalmente es bueno el hombre, siéntalo en sí, y juzgue de su prójimo por si mismo; pero vea como deprava y pender Le la sociedad á los hombres; encuentre en las preocupaciones de estos la vena de todos sus vicios; tenga inclinacion á estimar á cada individuo, pero desprecie la muchedum-

bre; vea que todos llevan casi una misma máscara, pero sepa que hay rostros mas hermosos que la mascara que los encubre.

Es menester confesar que este método tiene sus inconvenientes, y que es difícil ponerle en práctica; porque si desde tan temprano se le ve observador, y si le ejercitáis á que aceche con tanta atencion las acciones buenas, le liareis maldiciente y satírico, decisivo, y pronto á fallar: se acostumbrará á la odiosa satisfaccion de bailar en todo siniestras interpretaciones, y *á* no echar á bien ni aun lo que es bueno á lo ménos se liará con el espectáculo del vicio, y verá sin horror á los malos, como se acostumbra uno á ver sin compasion á los desventurados, y en breve la perversidad general no tanto le servirá de leccion cuanto de disculpa, diciendo en su interior que si es tal el hombre, no deba querer él ser de otro modo.

Y si quereis instruirle por principios, y hacer que con la naturaleza del corazon humano conozca la aplicacion de las causas esternas que convierten en vicios nuestras inclinaciones, trasladándole á deshora de los objetos sensibles á los intelectuales, usáis de una metafísica que no está él en estado de entender; incurriendo en el inconveniente, que hasta aquí con tanto afan hemos evitado, de darle lecciones que lo parezcan, y de sustituir en su inteligencia la experiencia y la autoridad del maestro á su experiencia propia, y al adelantamiento de su razon.

Para remover ambos obstáculos á la par, y poner á su alcance el corazon humano sin arriesgarse á estragar el suyo, quisiera yo enseñarle á Sos hombres á lo lejos, enseñárselos en otros tiempos y en otros paises, y de suerte que pudiera ver la escena sin poder nunca obrar en ella. Esta es la época de aprender la historia, con ella leerá en los corazones sin las lecciones de la filosofía; con ella, mero espectador, los verá sin interes ni pasion, como juez suyo, no como cómplice, ni como acusador.

Para conocer á los hombres, es necesario verlos obrar. En el mundo los olmos hablar; muestran sus dichos y esconden sus acciones; pero en la historia están patentes estas, y los juzgamos por los hechos. Hasta sus dichos sirven para valuarlos, porque comparando lo que dicen con lo que hacen, vemos en uno lo que son, y lo que quieren parecer: cuanto mas se encubren, mejor los conocemos.

Por desgracia este estudio adolece de inconvenientes y riesgos de varias especies. Difícil cosa es colocarse en un punto de vista desde el cual po-

damos juzgar con equidad á nuestros semejantes. Uno de los vicios principales de la historia consiste, en que retrata mucho mas á los hombres por sus malas facciones que por las buenas: como solo interesa por las revoluciones y las catástrofes, miéntras que crece y prospera un pueblo en la bonanza de un gobierno pacífico; nada habia de el, ni empieza á mentarle basta que este, no pudiéndose ya bastar á sí propio, se ingiere en los negocios de los comarcanos, ó deja que estos se metan en los suyos, no le ilustra basta que ya está decadente, principiando todas nuestras historias por donde se debieran concluir. Con mucha puntualidad tenemos la historia de los pueblos que se destruyen, la que nos falta es la de los pueblos que se multiplican, que son tan felices y tan discretos que linda Lidie que decirnos de dios; y con efecto, aun en nuestro tiempo, vemos que los gobiernos que mas bien se conducen son aquellos de que ménos se balita. Solo sabemos el mal «y apénas forma época el bien» Los malos solamente son famosos; los buenos son puestos en olvido ó ridiculizados. Semejante el Tiempo á un rio caudaloso, dice liaron, nos trace aquello que es mas ligero y siéndonos sólido: Lodo lo que mas peso tiene se va al fondo, y se queda tragado en su vasto cauce. De este modo la historia, como la filosofía, calumnian sin cesar el linage humano.

Demas de que falta mucho para que los hechos que describe la historia sean la pintura exacta de estos hechos como ellos sucedieron; pues mudan de forma en la cabeza del historiador, amoldándose por sus intereses, y repitiéndose en sus preocupaciones. ¿Quién es aquel que sabe colocar al lector exactamente en el sitio de la escena, para que vea un suceso como él fué? Todo lo disfraza la ignorancia ó la parcialidad. Aun sin alterar un rasgo histórico, con solo ensanchar ó estrechar las circunstancias que á él se refieren, cuantos distintos semblantes le podemos dar! Poned un objeto mismo en diferentes puntos de vista, apenas se parecerá el propio, y con todo no habrá variado otra cosa que los ojos del espectador. ¿Basta, en obsequio de la verdad, contarme un hecho verdadero, si me le hacen ver de distinto modo que sucedió? ¡Cuantas veces un árbol mas ó menos, un peñasco á mano derecha ó izquierda, un torbellino de polvo levantado por el viento, han decidido del éxito de una batalla, sin que nadie lo haya conocido! ¿Quita eso que os diga el historiador la causa de la derrota ó la victoria tan resueltamente corno si en todas parles se hubiera encontrado? Pues, ¿qué me importan los hechos en sí mismos, cuando no sé la razon de ellos? ¿ni qué leccion me puede dar un suceso cuya verdadera causa ignoro? Uno rueda el

historiador, pero se la fragua él; y la crítica misma, con que tanta bulla meten, no es mas que el arte de conjeturar, el arte de escoger de muchas mentiras la que tiene mas aire de la verdad.

¿No habeis leído nunca las guerras civiles de Granada, ó cualquiera otro libro de la misma especie? El autor elige un suceso conocido; acomodándole luego á sus ideas, ordenándole con circunstancias que inventa, con personajes que nunca existieron, y con imaginarios retratos, acuna ficciones y mas ficciones para amenizar la lectura. Poca diferencia veo cutre estas novelas y nuestras historias, como no sea que el novelista se abandona mas á su propia imaginacion, y el historiador se cine mas á la agena: ¿lo cual añadiré, si quieren, que aquel se propone un objeto moral, bueno ó malo, y este no se cura de eso.

Diránme que ménos interesa la fidelidad de la historia que la verdad de las costumbres y caracteres;y que con tal que esté bien pintado el cora ¡son humano, poco importa que sea fiel la admiracion de los sucesos: porque ¿al cabo, añaden, qué se nos da de hechos que sucedieron dos mil años baca? Tienen razon, sí están dibujados los retratos conformó al natural; pero, si la mayor parte no tienen otro modelo que la imaginacion del historiador, ¿no incurrimos en el inconveniente que queríamos evitar, otorgando á la autoridad de los escritores lo que le queríamos quitar ú la del maestro? Si mi alumno solo ha de ver pinturas de fantasía, mas quiero que sea el dibujo de mi mano que de la de otro; que á lo ménos se las adaptaré mas bien á él.

Los historiadores peores para un mancebo son los que juzgan. Hechos, hechos, y juzgue él propio; que así aprenderá á conocer á los hombres. Si 1c guia sin cesar el juicio del autor, no hace otra cosa que ver por ojos agenos; y así que estos le faltan, no ve nada.

Dejo aparte la historia moderna, no solo porque no tiene fisonomía ninguna, y porque nuestros hombres son todos parecidos, sino porque nuestros historiadores, atentos solo á lucirse, no piensan mas que en hacer retratos con colores muy vivos, y que no se parchen á nada ([72]). En general los antiguos hacen ménos retratos, y gastan ménos agudeza y mas sentido en sus juicios; y todavía entre estos os menester mucho tino para escoger bien: no se han de tomar al principio los mas juiciosos, sino los mas sencillos. Pero quisiera poner en manos de un mancebo á Polybio, ni á Salustio; Tácito es el libro de los ancianos, los mozos no son capaces de en tenderle; es

preciso aprender á ver en las acciones humanas los primeros ligamentos del corazon del hombre, ántes de probarse á sondear sus abismos; yes preciso saber leer bien en los hechos ántes de leer en las máximas. Solo á la esperiencia conviene la filosofía en máximas; nada debe generalizar la juventud, toda su instruccion se ha de ceñir á reglas particulares.

Thucidides es á mi ver el verdadero dechado de los historiadores. Los hechos los cuenta sin juzgarlos, pero no omite ninguna de las circunstancias que nos pueden poner en osado de juzgarlos por nosotros mismos. Todo cuanto refiere lo pone avista del lector; lejos de interponerse entre los lectores y los sucesos, se esconde; y cree uno, no que lee, sí que ve. Por desgracia siempre habla de guerra, y en todas sus narraciones no vemos casi otra cosa que la que ménos instruye, que es batallas. Casi la misma discrecion y el mismo defecto tienen la retirada de los diez mil, y los comentarios de Cesar. Sin retratos ni máximas; pero fluido, cándido, lleno de las circunstancias mas calmes de agradar y de interesar, el buen Heredoto acaso fuera el mejor de los historiadores, si no degeneraran con frecuencia estas mismas circunstancias en pueriles simplicidades, mas idóneas para estragar el gusto de la juventud, que para formarle: por tanto se necesita discernimiento para leerle. Nada digo de Tito-Livio, ya le vendrá su turno; pero es político, es retórico, es todo cuanto para esta edad no conviene.

En general es defectuosa la historia, en que solo menciona hechos sensibles y señalados, los cuales pueden lijarse con nombres, lugares y fechas; pero siempre permanecen desconocidas las lentas y progresivas causas de estos hechos, que no se pueden asignar del mismo modo. Muchas veces atribuyen á una batalla perdida ó ganada el motivo de una revolucion que élites de esta batalla ya se habia hecho inevitable. La guerra no hace mas que manifestar sucesos determinados ya por causas morales que rara vez saben ver los historiadores.

El espíritu filosófico ha llamado á este objeto las reflexiones de varios escritores de este siglo; pero dudo que salga mas apurada la verdad de su trabajo. Habiéndose apoderado de todos ellos la maula de sistemas, ninguno procura ver las cosas como son, sino como concuerdan con su sistema.

Añádase á estas reflexiones, que la historia maní fiesta mucho mas la aficiones que los hombres; estos solo en ciertos instantes privilegiados los coge con sus vestidos de ceremonia; solo espolie al hombre público, el cual

se ha ataviado para ser visto; no le sigue dentro de su casa, de su gabinete, en medio de su familia, de sus amigos; solo cuando está representado le pinta, y harto mas que su persona nos retrata su trage.

Para empezar el estudio del corazon humano mas quisiera, la lectura de las vidas particulares, porque entónces en balde se esconde el hombre, que á todas partes le persigue el historiador; no le deja ni un instante de vagar, ni un rincon en que se pueda zafar de los penetrantes ojos del espectador; y cuando piensa el mio que está mas escondido, mas bien le da á conocer el otro. «Aquellos, dice Montaigne, que escriben las vidas, mas departen de los consejos que de los sucesos, mas en lo que adentro sucede que en lo que afuera acontece, esos son mas de mi gusto; y por eso Plutarco es mi hombre.»

Verdad es que es muy distinta la índole de los hombres juntos, ó de los pueblos, del carácter del hombre en particular, y que fuera imperfectísimo nuestro conocimiento del corazon humano, si no le examináramos tambien en la muchedumbre. Pero lo es ménos cierto que ántes de juzgar de los hombres es preciso estudiar al hombre, y que quien perfectamente conociese las inclinaciones de cada individuo, podria combinar todos sus electos en el cuerpo del pueblo.

Tambien aquí es menester recurrir á los antiguos, por las razones que ya he dicho, y ademas porque desterradas del estilo moderno todas las circunstancias, familiares y bajas, aunque verdaderas y características, con tanto arreo aparecen loa hombres en las vidas privadas de nuestros autores, como en la escena del mundo, No ménos severa en los escritos que en las acciones, la decencia solo permite ya decir en público lo que permite que en público se haga y como no es posible mostrar á los hombres como no sea en perpetúa representacion, no los conocemos mas en nuestros libros que en nuestros teatros. Cien veces se harán y se tornarán á hacer las vidas de los reyes, sin que tengamos Suetonios [73].

Plutarco se aventaja en estas mismas menudencias en que nosotros no somos osados á meternos Tiene gracia inimitable para retratar á los grandes varones de las cosas menudas; y tan feliz en la eleccion de sus rasgos, que muchas veces una palabra, una sonrisa, un ademan le bastan para caracterizará su héroe. Con un chiste vuelve Anibal el esfuerzo á su ejército asustado, y le hace marchar riéndose a la batalla que le dio la Italia; Agesilao, á

caballo en una caña, sin hace querer al vencedor del gran rey: Cesar, atravesando una pobre aldea, y discurriendo con sus amigos, sin pensarlo deja ver al picaro que decía que solo queria ser igual á Pompeyo: Alejandro bebe una purga sin decir palabra, y este es el mas hermoso instante de su vida: Arístides escribe su propio nombre en una concha, y justifica así su mote: Filopeno, tirando la capa, corta leña en la cocina de su huésped. Este es el arte verdadero, de pintar. No se manifiesta la fisonomía en los grandes rasgos, ni en las grandes acciones el carácter; en frioleras es donde se descubre el natural. Las cosas públicas son ó muy comunes, ó tienen mucho aderezo y la dignidad moderna no permite á nuestros historiadores que hablen de casi ningunas mas.

Indisputablemente fué Turena uno de los mas claros varones del siglo pasado, y ha tenido un escritor valor para hacer interesante su vida con menudas circunstancias que le dan á conocer, y lo hacen amar, pero ¡cuantas se ha visto precisado á suprimir, que de hubieran hecho mas conocido y mas amado! Una sola citaré, que sé de buen original, y que se hubiera guardado Plutarco de omitir, pero que Ramsai se hubiera guardado de escribir, aun cuando la hubiese sabido.

Un dia de verano que hacia mucho calor, estaba asomado á la ventana de su antecámara el vizconde de Turena en chupetín blanco, y en gorro: llega uno de sus criados, y engañado con el vestido cree que es un pinche de cocina con quien tenia mucha familiaridad. Acercándose bonitamente por detrás, y con mano no muy ligera le pega una terrible palmada en las nalgas. Vuélvense al instante el aporreado: mírale el criado, y conoce temblando á su amo. Hincase de rodillas fuera de sí: «Excelentísimo señor, pensé que era á Jorge. Y aunque hubiera sido Jorge, dice Turena estragándose el trasero, no venia al caso pegar tan de recio.» Miserables, esto es lo que no os atreveis á decir. No tengáis pues nunca naturalidad, ni entrañas: templad, endureced vuestras corazon es de acero en vuestra vil decencia; haceos despreciables á fuerza de dignidad. Pero tú, buen mancebo, que lees este rasgo, y sientes enternecido toda la blandura de ánimo que acredita aun en el primer movimiento, lee tambien las miserias de este gran varon, así que se trataba de su cuna y su nombre. Contempla que este mismo Turena era quien ponia estudio en ceder el sitio preferente en todas partes á su sobrino, para que viesen que este niño era caudillo de una casa soberana. Junta estas

contraposiciones, ama la naturaleza, desprecia la opinion, y conoce al hombre.

Poquísimas personas hay capaces de comprender el efecto que en el espíritu novel de un mancebo pueden producir lecturas dirigidas de esta manera. Cargados con libros desde nuestra infancia, acostumbrados á leer sin pensar, tanto ménos impresion nos lince lo que leemos, cuanto que teniendo ya dentro de nosotros las pasiones y las preocupaciones de que están llenas las historias y las vidas de los hombres, nos parece natural todo cuanto liaren, porque estamos fuera de la naturaleza y por nosotros juzgamos á los ¿lemas. Pero representémonos a un mozo educado segun mis máximas; figurémonos á mi Emilio, con quien hemos empleado diez y ocho años de cuidados continuos, sin otro objeto que conservarle recto el juicio y sano el corazon; figurémonos que, al levantar el telon, pone por la vez primera la vista en la comedia del mundo, ó mas bien que colocado detras de la escena mira á los actores ponerse y quitarse sus trages, y que cuenta las sogas y poleas cuyo torpe prestigio engaña los ojos de los espectadores. Muy en breve al primer asombro se seguirán en él afectos de vergüenza y de desden de su especie: se indignará contemplando á todo el linage humano, hecho irrision de si propio, envileciéndose con estos juguetes de criaturas; se alegrará al mirar que se hacen pedazos sus hermanos por sueños, y que se convierten en fieras por no haberse sabido contentar con ser hombres.

Mediante las naturales disposiciones del alumno, si el maestro escobe con un poco de tino y prudencia sus lecturas, y si le sugiere un poco las reflexiones que de ellas ha de sacar, será para él este ejercicio un curso de filosofía práctica, ciertamente mejor y mas bien hecho que todas las ranas especulaciones con que embrollan en las aulas el entendimiento de nuestra juventud. Cuando despues de haber escuchado los novelescos proyectos de Pyrro, le pregunta Cyneas que utilidad real le habrá de traer la conquista del mundo, que no pueda sin Lauto para disfrutarla desde entónces, solo vemos nosotros un dicho agudo; pero Emilio verá en él una discretísima reflexion que hubiera el igualmente hecho, y que nunca se borrará de su ánimo, porque no halla en este ninguna preocupacion contraria que pueda estorbar su impresion. Cuando luego, leyendo la vida de este disparatado, baile que todos sus vastos designios vinieron á parar este morir en manos de una muger, en vez, de maravillarse de este pretenso heroísmo. ¿qué oirá cosa ha de ver en todos las proezas de tan ilustre capitán, y en todas las arterias de

tan consumado político, que otros tantos pasos dados en busca de la malhadada leja que con una ignominiosa, muerte debía acabar con sus proyectos y su vida?

No todos los conquistadores han sido muertos, ni á todos los usurpadores se les han frustrado sus empresas; felices parecerán muchos á los ánimos embebidos en las opiniones vulgares; pero el que sin pararse en las apariencias solo juzga por el estado de sus corazones de la felicidad de los hombres, en sus triunfos mismos verá sus miserias; verá (pie con su fortuna crecen y toman mas vuelo sus deseos *y* sus roedores cuidados; los verá perder corriendo la respiracion; sin llegar nunca á la meta; verlos semejantes á aquellos caminantes inespertos que por la vez primera atraviesan los Alpes, y que á cada montaña piensan que se los dejan atras, y cuando han trepado á la cumbre, encuentran desalentados montañas mas al Las que se les oponen.

Despues de avasallados sus conciudadanos y destruidos sus rivales, Augusto rigió por espacio de cuarenta años el mas vasto imperio que ha existido: ¿pero todo este inmenso poder le quitaba que se pegase con la cabeza en las paredes, y que hinchase de gritos su vasto palacio, pidiendo á Varo sus legiones es terminadas? Aun cuando hubiera vencido á todos sus enemigos, ¿para qué le hubieran servido sus inútiles triunfos, miéntras que sin cesar en torno de él le nacia todo género de pesares, miéntras que sus mas queridos amigos aspiraban á quitarle la vida, y se vía reducido á llorar la ignominia ó la muerte de sus deudos lodos? Quiso el desventurado gobernar el mundo, y no supo gobernar su casa. ¿Qué resultó de esta negligencia? Vió morir en la flor de su edad á su sobrino, á su hijo adoptivo, á su yerno; su nieto tuvo que comer el pelote de su cama para prolongar pocas horas su miserable existencia; su hija y su nieta, despues de haberle cubierto de infamia, murieron, una de hambre y miseria en u na isla desierta, y otra en la cárcel á manos de un corchete: finalmente él mismo, postrera reliquia de su malhadada familia, se vid forzado por su propia muger á dejar por su muerte su sucesion á un monstruo. Tal fué la suerte de este árbitro del mundo, tan célebre por su felicidad y su gloria. ¿Como he de creer que uno solo de los que tanto se admiran de ellas, las quisiese comprar á este precio?

He tomado por ejemplo la ambicion, pero el juego presenta lecciones semejantes de todas las humanas pasiones á aquel que quiere estudiar la historia para conocerse, y tomarse sabio á costa de los muertos. Se acerca el tiempo en que tendrá la vida de Antonio una instruccion mas inmediata para

el mancebo que la de Augusto. En los estrados objetos que á su vista se presentan durante estos nuevos estudios, no se reconocerá Emilio á sí propio; pero sabrá de antemano apartar la ilusion de las pasiones ántes que nazcan; y al ver que en tocios tiempos han obcecado á los hombres, vivirá provenido de que tambien podrán obcecarle á él, si se deja arrastrar de ellas ([74]). Bien sé que estas lecciones no le son muy adaptables, y que acaso cuando se necesiten serán insuficientes y tardías; mas acordaos de que no son esas las que de este estudio he querido sacar. Cuando le empecé, me propuse otro fin; y cierto, si este fin no se consigue, la culpa será del maestro.

Considerad que así que se ha desenvuelto el amor propio, sin cesar se pone en accion el *yo* relativo, y que nunca observa el mancebo á los otros sin volver sobre sí y compararse con ellos. Por tanto se trata de saber en qué sitio se colocará entre sus semejantes despues que los baya examinado. Por el modo como hacen que dan la historia los jóvenes, veo que los transforman, por decirlo así, en todos los personages que ven; que hacen esfuerzos para que se supongan unas veces Ciceron, otras Trajano, otras Alejandro; que los desalientan cuando entran dentro de sí; y que á cada uno le inspiran el desconsuelo de no ser mas que él propio. Ciertas utilidades tiene este método, que yo no disputo; pero si en estos paralelos sucediere tina sida vez que quiera mas mi Emilio ser otro que él, aunque fuere este otro Sócrates, aunque fuere Caton, todo falló; quien empieza á tenerse por estrado, no tarda en olvidarse enteramente de sí.

Los filósofos no son los que mas bien conocen ó los hombres, que solo los miran por entre las preocupaciones de la filosofía; y no conozco estado ninguno en que tantas haya, filas sano juicio forma de nosotros un salvaje que un filósofo. Este sien Le sus vicios, se indigna con los nuestros, y dice; todos somos malos; el otro nos contempla sin emocion, y dice: sois locos. Tiene razon, porque nadie hace mal por hacer mal. Mi alumno es este sal vago, con la diferencia de que como Emilio ha reflexionado mas, ha comparado mas ideas, y ha visto mas de cerca nuestros errores, está mas en atalaya contra sí propio, y solo falla de lo que conoce.

Nuestras pasiones son las que nos irritan contra las de los demas; nuestro interes el que hace que aborrezcamos á los malos; si no nos hiciesen mal ninguno, les tendriamos mas lástima que odio. El mal que nos hacen los malos es causa de que nos olvidemos del que se hacen á sí propios. Con mas facilidad les perdonáramos sus vicios, si pudiéramos saber cuanto cas-

tigo les da por ellos su mismo corazon. Sentimos la ofensa, y no vemos el castigo; aparentes son las ventajas, interna la pena. No ménos atormentados están los que piensan que cogen el fruto de sus vicios, que si no hubiera salido con su designio; el objeto ha variado, la zozobra es la misma: en balde hacen alarde de su fortuna, y nos esconden su corazon, su conducta nos le descubre á su despecho; pero para verle bien, es menester que el nuestro no se le parezca.

Nos seducen en los otros las pasiones que son comunes con las nuestras, y nos repugnan las que perjudican á nuestros intereses; por una inconsecuencia que proviene de ellas, vituperamos en los demas lo que quisiéramos imitar. Son inevitables la aversion y la ilusion, cuando se ve uno forzado á sufrir de otro el mal que él hiciera si se hallase en su lugar.

¿Pues qué seria necesario para observar á los hombres? Tener mucha interes en conocerlos, y mucha imparcialidad para juzgarlos; un pecho tan sensible que concibiese todas las pasiones humanas, y tan sereno que no las experimentase. Si en la vida hay un instante propicio para este estudio, es el que he escogido para Emilio: mas ántes le hubieran sido agenos los hombres; mas tarde se hubiera parecido á ellos. La opinion, cuya accion ve, no se ha grangeado imperio en que todavía, ni las pasiones, cuyo efecto siente, han agitada aun su pecho. Es hombre, y le interesan sus hermanos; es equitativo, y juzga a sus semejantes. Pero en verdad que si los juzga bien, no querrá estar en lugar de ninguno de ellos, porque estando fundado el blanco de cuantos afanes se toman en preocupaciones que él no tiene, le parece un blanco en el aire. Todo cuanto él desea, lo tiene á la mano. De quien ha de pender, pues que se basta á sí propio, y está exento de preocupaciones? Tiene brazos, salud ([75]), moderacion, pocas necesidades, y con que satisfacerlas. Criado en la mas absoluta libertad, el mas grave mal que concibe es la servidumbre. Compadece á esas miserables reyes esclavos de todo cuanto les obedece; compadece á esos fingidos sabios encadenados con su vana reputacion; compadece á esos necios ricos, mártires de su fausto compadece á esos que hacen gala de su sensualidad, y toda su vida viven empalagados por dar á entender que se deleitan. Compadeciera á un enemigo que le luciera daño á el, porque en su maldad veria su miseria, y diria entre sí: cuando este hombre se ha puesto en la necesidad de hacerme mal, ha hecho que penda su suerte de la mía.

Otro paso mas, y tocamos á la meta. Es el amor propio un instrumento útil, pero peligroso; hiere con frecuencia la mano que de él se sirve, y rara vez hace provecho sin causar estrago. Considerando Emilio su lugar en el género humano, y viéndose tan felizmente colocado, le vendrá tentacion de honrar su razon con lo que es efecto de la vuestra, y de atribuir á mérito suyo lo que á su dicha ha debido. Dirá entre sí: yo soy sabio, y los hombres son locos. Los compadecerá despreciándolos; dándose el parabién, se tendrá en mas; y sintiéndose mas feliz que ellos, se reputará por mas acreedor a serlo. Este es el error mas temible, porque es el mas difícil de desarraigar. Si se hubiera de quedar en este estado, poco le hubieran aprovecha de todos nuestros afanes á y si fuera necesario escoger, no sé si no preferiria yo la ilusion de las preocupaciones á la de la soberbia.

No se engañan los claros varones acerca de su superioridad, que la ven, la sienten, y no por eso son ménos modestos. Cuanto mas poseen, mas conocen lo mucho que les falla. Menos los envanece su elevacion sobre nosotros, que los humilla el sentimiento de su miseria; y en los bienes esclusivos que disfrutan, tienen sobrada rectitud de razon para hacer vanidad de una dádiva que les fue hecha. Puede el hombre de bien ufanarse de su virtud, porque es suya; pero ¿por qué ha de estar ufano un hombre de talento? ¿Qué hizo Don Jorge Juan para no ser Torres? ¿que hizo Cervantes para no ser Avellaneda?

Aquí es otra Cosa todavía mucho mas diferente. Quedémonos siempre en el órden comun, á mi alumno no le he supuesto ni ingenio trascendental, ni un entendimiento obtuso; que le he escogido de una inteligencia ordinaria, para hacer ver lo que puede la educacion en el hombre. Los casos raros van todos fuera de regla. Así cuando á consecuencia de mis afanes, prefiere Emilio su modo de ser, de ver y de sentir, al de los demas, tiene razon, pero cuando por eso se cree de mas escelente naturaleza, y de mejor índole que la de ellos, Emilio yerra, se equivoca: es fuerza desengañarle, ó mas ántes precaver el error, á fin que no sea ya tarde cuando queramos desvanecerle.

No hay locura de que no se pueda sanar á un hombre que no sea loco, como no sea la de la vanidad; que de esta ninguna otra cosa corrige que la esperiencia, si algo de ella corregir puede; en su cuna á lo ménos podemos estorbar que tome incremento. No os metais en largos argumentos para probar al mancebo que es hombre como los demas, y espuesto á las mismas flaquezas: haced que lo esperimente, ó no lo sabrá nunca. Aquí estamos en

un caso de escepcion á mis propias reglas, que es el de especie voluntariamente á mi alumno.; á todos los desmames que le puedan probar que no es mas discreto que nosotros he mil maneras se repetirla la aventura del titiritero, dejaria que los aduladores sacasen de él el partido que se les antojara si unos atolondrados le hacian cometer algun disparate, le dejarla que sintiese las consecuencias de él: si unos tahúres le persuadian ú que jugase con ellos, les dejaria que le trampeasen su dinero[76]; dejaria que le lisonjeasen, que le descañonasen, que le vaciasen el bolsillo; y cuando viéndole sin un cuarto, hicieron burla de él, les daria las gracias en presencia de él, por las lecciones que se hubiesen tomado el trabajo de darle. Los únicos lazos de que con esmero le preservaria serian los de las cortesanas; y la única contemplacion que con él tendria seria entrar á la parte en Codos los riesgos que le dejara correr, y en todos los desaires que consintiera que le hiciesen. Todo lo aguantaria en silencio, sin quejarme, sin echárselo en cara, sin articularle ni una palabra; y estad cierto de que con esta prudencia nunca desmentida, todo cuanto por él me vea padecer le hará mas impresion que lo que él mismo padeciere.

No puedo ménos de reprender aquí la pretensa dignidad de loe ayos que, por representar el impertinente papel de jabí os, desairan a sus alumnos, tratándolos con afectacion como si fueran niños, y distinguiéndose siempre de ellos en todo cuanto los obligan á hacer. Muy lejos de abatir así su pecho juvenil, no omitáis cosa ninguna para estar su ánimo; hacedlos iguales vuestros, para que así lo sean; y si todavía no pueden ellos ensalzarse hasta vos, abajos sin escrúpulo ni vergüenza basta ellos. Contemplad que mas que en vos se cifra vuestra honra en vuestro alumno; tomad parte en sus yerros, para que se enmiende de ellos; cargaos con su ignominia, para borrarla: imitad á aquel valiente Romano que, viendo huir su ejército y no pidiendo reunirle, dió á correr al frente de sus soldados, gritando: «no huyen, que siguen á su capitán.» ¿Cedió esta accion en su desdoro? Léjos de eso: con sacrificarla aumentó su gloria. La fuerza de la obligacion y la hermosura de la virtud se llevan de calle contra nuestra voluntad nuestro voto, y derrocan nuestras desatinadas preocupaciones. Si me dieran una bofetada, desempeñando mis obligaciones junto á Emilio, lejos de vengarme, me ufanaria en todas parles de haberla recibido; y dudo que se hallase en el mundo hombre tan villano que por eso no me respetara mas todavía.

No quiere decir esto que deba suponer el alumno que son las luces del maestro tan cortas como las suyas y que con lauta facilidad se deja seducir. Buena es esta opinion para un nido que, no sabiendo ver ni comparar nada, pone todo el mundo á nivel suyo, y solo se fía de aquellos que efectivamente saben nivelarse con el. Pero un mancebo de la edad de Emilio, y de tanta razon como él, no es tan necio que así se deje alucinar, ni seria bueno que lo fuese. De otra especie es la confianza que en su ayo debe tener; que debe estribar en la autoridad de la razon, en la superioridad de luces, en las ventajas que ya es capaz de conocer el mancebo, y cuya utilidad aprecia para sí. Convencido está por una dilatada experiencia de que le quiere su conductor; ahora se debe convencer de que este es un varon discreto, ilustrado, que desea su felicidad, y sabe lo que puede grangeársela. Debe saber que por su propio interes le conviene escuchar sus consejos. Si se dejase pues el maestro engañar como el discípulo, perderla el derecho de exigir de él deferencia, y darle lecciones. Menos todavía debe suponer el alumno que á sabiendas le deje el maestro caer en lazos, y que ponga asechanzas á su simplicidad. Pues ¿qué se ha de hacer para evitar estos dos inconvenientes? Lo mejor y lo mas natural; ser sincero y sencillo como él; avisarle de los riesgos á que se espolie; manifestárselos con claridad, palpablemente, pero sin exageracion, sin enojo, sin pedantes circunloquios, especialmente sin dictarle como preceptos vuestros consejos, hasta que se conviertan en tales, y se haga, absolutamente preciso este estilo imperioso. Y si despues de esto se empeña, como sucederá con mucha frecuencia, no le digáis entónces nías palabra; seguidle; imitadle, con alegría, con descoco; abandonaos, divertios, tanto como él, si fuere dable. Si las consecuencias se hacen muy serias, siempre estais á punto de detenerlas; y entre tanto el mozo que ve vuestra prevision y vuestra condescendencia, ¡cuanta impresion le hará la una, y cuanto le enternecerá la otra! Todos sus yerros son otros tantos vínculos que os da para contenerle, cuando sea menester. Pues, lo que constituye aquí el mayor arte del maestro, es traer á pelo las ocasiones, y dirigir de tal manera las exhortaciones, que de antemano sepa cuando ha de ceder, y cuando se ha de obstinar el jóven, para rodearle por todas partes con las lecciones de la esperiencia, sin esponerle nunca á riesgos muy graves.

Advertidle de sus yerros ántes que es que los cometa; cuando los haya cometido, no se los reprendais, que no hariais mas que encender y enfurecer

su amor propio. Leccion que repugna no aprovecha. No sé que haya mayor sandez que la espresion:

¿No te lo habia yo dicho? El modo mejor de hacer que se acuerde él de lo que le dijimos, es hacer cuenta que lo hemos olvidado. Por el contrario, cuando le veáis confuso por no haberos creído, templad su humillacion con buenas palabras. Ciertamente os tomará cariño, viendo que por él os olvidáis de vos, y que en vez de aumentar su dolor, le consolais. Mas si á su desconsuelo añadis reprensiones, os cogerá rencor, y llevará á empeño el no daros oidos, aunque no sea mas que por probaros que no es de vuestro dictamen acerca de la utilidad de vuestros consejos.

La forma de vuestros consuelos tambien puede ser para él una leccion tanto mas útil cuanto no se desconfía de ella. Si le decis: presumo que otros mil incurren en iguales yerros, dejáis chafada su vanidad, y le corregís con apariencias de compadeceros de él; porque es disculpa que deja muy mortificada á aquel que se precia de valor mas que los domas hombres, el consolarle con su ejemplo; es hacerle entender que lo mas á que puede aspirar es á creer que no valen mas que él.

El tiempo de los yerros es el de las fábulas, que, censurando al culpado bajo un disfraz estrado, le instruyen sin ofenderle; y entónces comprende que no es mentira el apólogo, por la verdad que á si propio se aplica. El niño que nunca fué engañado con alabanzas no entiende palabra de la fábula que ántes he examinado; pero el atolondrado que acaba de servir de irrision á un adulador concibe maravillosamente que el cuervo era un majadero. Así de un hecho saca una máxima; y la experiencia, que presto se le hubiera olvidado, se graba en su juicio con el auxilio de la fábula. No hay conocimiento moral que no pueda grangear uno con la agena experiencia ó con la suya propia. En los lances en que es peligrosa esta esperiencia, saca de la historia su leccion; cuando no puede traer la prueba muy funestas consecuencias, bueno es que quede el mancebo expuesto á ella; y luego, por medio del apólogo, se compendian en que hacían simas los casos particulares que conoce.

No quiero decir con esto que se deban desenvolver ni aun enunciar estas máximas. No hay cosa mas vana, ni mas mal entendida, que la moralidad con que concluye la mayor parle de las fábulas; como si no debiera bailarse difundida esta moralidad en todo el contesto de cada, una, de manera que

fuese palpable para el lector. Pues ¿por qué poniendo al fin esta moralidad,le quitan la satisfaccion de encontrarla el por sí? El talento de instruir consiste en que coja el discípulo gusto á la instruccion; y para que guste de ella, no ha de quedar de tal manera pasiva su inteligencia en todo cuanto le digáis, que nada absolutamente tenga que hacer para entenderos. Es menester que el amor propio del maestro deje siempre algun asidero al suyo; es menester que pueda decir en sí mismo; concilio, penetro, obro, me instruyo. Una de las cosas que hacen inaguantable el Pantalon de la comedia italiana, es el afan que se loma por esplicar al patio las simplezas que este entiende demasiado, No quiero que un ayo sea Pantalon, y mucho ménos un autor. Siempre se ha de dar uno á entender, mas no siempre todo lo ha de decir; el que todo lo dice poco dice, porque al fin nadie le escucha. ¿Qué significan los cuatro versos que añade Samaniego á la fábula del leon y el raton? ¿Se teme que no le hayan entendido? ¿Necesita tan buen pintor poner debajo de lo que pinta el nombre, como Orbaneja? Lejos de generalizar así su moralidad, la particulariza, la ciñe en algun modo á los ejemplos que cita, y estorba que se aplique á otros. Quisiera que ántes de poner en manos de un mozo las fábulas de este escelente autor, se quitasen todas las conclusiones en que se loma el trabajo de espinar lo que con tanto donaire como claridad acaba de decir. Si solo con ayuda de la esplicacion entiende vuestro alumno la fábula, estad cierto de que ni tampoco con ella la entenderá.

Tambien importarla dar á estas fábulas órden mas didáctico y mas conforme con el progreso de los afectos y luces del intuía. ¿Donde hay cosa mas desatinada que seguir puntualmente el órden numérico del libro, sin tener cuenta con la ocasion ni la necesidad? Por ejemplo, la zorra y las uvas, luego la cierva y la vida, luego el asno cargado de reliquias, etc. Todavía tengo sentado en el estómago este asno, porque me acuerdo de haber visto á un disco de un marques, destinado ¿ser gentilhombre, y á quien todo el dia le apestaban con hablarle de tan ilustre destino, que leyó esta fábula, la cogió de memoria, la dijo y la repitió cien y cien veces, sin ocumo nunca el mas leve reparo contra el oficio que le querian dar. No solo no he visto nunca que luciera un niño aplicacion sólida de las fábulas que aprendía, mas tampoco que nadie se curase de hacer que tal aplicacion hiciese. Pretesto es de este estudio la instruccion moral; pero el verdadero objeto de la madre y del niño no es otro que hacer que se ocupe toda una concurrencia en oirle decorar sus fábulas: por eso se le olvidan todas cuando llega á grande, y no

se trata de decirlas de coro, sino de aprovecharse de ellas. Repito que es propio de hombres solamente el instruirse en las fábulas; y este es el tiempo de que Emilio empiece.

Señalo desde lejos, porque tampoco quiero yo decirlo todo; las sendas que desvían del camino recto, para que se sepan evitar. Creo que siguiendo la que he indicado, comprará vuestro alumno el conocimiento de los hombres y de sí mismo lo mas barato que puede ser; y que le poneis en caso de contemplar los vaivenes de la fortuna sin envidiar la suerte de sus validos, y de estar satisfecho consigo sin reputarse por mas sabio que los demas. Tambien habeis empezado á hacerle actor para hacerle espectador: es preciso finalizar; porque desde el palio se ve la apariencia de los objetos, pero en las tablas se ven como realmente son. Para abarcar la totalidad, es preciso colocarse en el punto verdadero de vista; y es necesario acercarse para ver las menudas circunstancias. ¿Pero con qué titulo se introducirá un mancebo en los negocios del mundo? ¿Que derecho tiene para que le inicien en estos tenebrosos misterios? Enredes de galanteos ciñen los intereses de su edad; solo de si dispone todavía, que es como sí de nada dispusiera. La mas vil de las mercaderías es de hombre, y de nuestros importantes derechos de propiedad siempre es el de la persona el que vale ménos que ninguno.

Cuando veo que en la edad de la mayor actividad se coartan los estudios de los mancebos á objetos meramente especulativos, y que luego sin la menor esperíencia los lanzan á deshora en el mundo y su tráfago; hallo que no ménos pugnan con la razon que con la naturaleza, y no estrado que tan pocas gentes sepan conducirse. ¿Qué idea tan estravagante ha sido el enseñarnos tantas cosas inútiles, miéntras qué en nada es tenido el arle de obrar? pretenden formarnos para la sociedad, y nos instruyen como si debiera Cada uno de nosotros vivir meditando en una celda solo, ó tratando de negocios aéreos con personas indiferentes. Pensáis que enseñáis á vivir á vuestros hijos, cuando les enseñáis ciertas contorsiones de cuerpo, y ciertas espresiones de formular y que nada significan. Yo tambien he enseñado á vivir á mi Emilio, que ha aprendido á vivir consigo mismo, y ademas á ganar su pan. Pero esto no basta. Para vivir en el mundo, es preciso que sepa tratar con los hombres, que conozca los instrumentos que en ellos dan agarradero; es preciso que calcule la accion y reaccion del interes particular en la sociedad civil, y que prevea con tanta exactitud los sucesos, que rara vez se engañe en sus empresas, ó á lo ménos que tome siempre los mejores

medios para llevarlas al cabo. Las leyes no permiten ó los mancebos que vaquen á sus asuntos propios, ni que dispongan de su caudal: ¿pero de qué les servirian estas precauciones, si no pudiesen hasta la edad prescrita adquirir esperiencia ninguna? Nada habrían grangeado con la dilacion, y tan bozales estarían á los veinte y cinco años como á los de quince. Sin duda se ha de estorbar que un jóven obcecado por su ignorancia, ó engañado por sus pasiones se perjudique á sí propio; pero en cualquiera edad es permitido ser benéfico, en cualquiera edad pueda uno, bajo la direccion de un varon prudente, amparar a los menesterosos que solo necesitan un apoyo.

Las nodrizas, las madres se aficionan á las criaturas por los afanes que estas les cuestan; el ejercicio de las virtudes sociales planta en lo interior de los corazones el amor de la humanidad, y haciendo bien nos hacemos buenos: no conozco práctica mas segura. Ocupad á vuestro alumno en todas cuantas buenas obras estén A su alcance; sea siempre su Interes el de los desvalidos; no los asista solo con su bolsillo, mas tambien con sus solicitudes; sírvalos, ampárelos, conságreles su persona y su tiempo; hágase su agente de negocios; que en su vida jamas ha de desempeñar un empleo tan noble. ¡Cuantos oprimidos que nunca hubieran sido escuchados, alcanzarán justicia, cuando por ellos la solicite con aquella esforzada entereza que infunde la práctica de la virtud; cuando aportille las casas de los ricos y los poderosos; cuando vaya, si es necesario, á echarse á las plantas del monarca para que se oiga la voz de los menesterosos, á quienes su miseria todas las avenidas obstruye, y que por miedo de recibir castigo por los males que padecen, ni aun se atreven á quejarse!

¿Pero harémos de Emilio un caballero andante, un enderezado! de tuertos, un paladín? ¿Se irá á meter en los asuntos públicos, á hacer con los grandes, con los magistrados, con el príncipe de sabio ¡*y* de defensor de las leyes de procurador á casa de los jueces, y de abogado en los tribunales? cada de todo eso sé. Los nombres de escarnio y frusleria no mudan la esencia de las cosas hará todo cuanto sepa qué es bueno y provechoso, y nada mas; y bien sabe que todo aquello que desdice de su edad no puede ser provechoso ni bueno. Sus primeras obligaciones sabe que las ha contraído consigo mismo; que deben desconfiarse los jóvenes de sí propios, ser circunspectos en su conducta, respetuosos delante de las personas de mayor edad, mirados y recatados para no hablar sin que venga al caso, modestos en las cosas indiferentes, pero valientes para hacer bien, y resueltos en

hablar verdad. Así eran aquellos ilustres Romanos que, antes de ser admitidos en los cargos, gastaban su mocedad en perseguir el delito y patrocinar la inocencia, sin otro interes que el de instruirse en servicio de la justicia y en amparo de las buenas costumbres.

No gusta Emilio de bulla ni de quimeras, no solo entre los hombres ([77]), mas tampoco entre los animales. Nunca azuza (los perros para que riñan, ni hace que un perro corra tras de un gato. Este espíritu pacífico es efecto de su educacion, que no habiendo dado pábulo al amor propio y á una alta opinion de si mismo, le ha desviado de que buscase sus delicias en la dominacion y en la desdicha agena. Padece cuando ve padecer, que es un afecto natural. Lo que hace que se endurezca un jóven, y tenga gusto en ver atormentar á un ser sensible, es que por una reflexion de vanidad se contempla exento de las mismas penas por su discrecion ó su superioridad. El que ha sido preservado de esta disposicion de ánimo no puede incurrir en el vicio que es consecuencia de ella. Así Emilio gusta de la paz; la imagen de la felicidad es alagüeña para el; y mira como medio de participar de ella el contribuir á producirla. No he supuesto que cuando ve desventurados se ciñese á aquella conmiseracion estéril y cruel que se limita á compadecerse de los males, que puede remediar. En breve le da su activa beneficencia luces que con un pecho mas duro, no hubiera adquirido, ó no hubiera adquirido hasta mi olio mas tarde. Si ve que reina la discordia entre sus camaradas, procura reconciliarlos; si ve afligidos se informa del motivo de su afliccion; si ve que dos sugetos se aborrecen, quiere averiguar la causa de su enemiga; si ve que gime un oprimido por las vejaciones de un poderoso y un rico, averigua las odiadas artes que son capa de estas vejaciones; y en el interes que le inspiran todos los desvalidos¡nunca son para él indiferentes los medios de poner fin á sus males, ¿Pues qué tenemos que hacer para sacar utilidad de estas disposiciones de un modo que no desdiga de su edad? Regular sus solicitudes y sus conocimientos, y emplear su fervor en aumentarlos.

No me canso de repetirlo, reducid todas las lecciones que deis á la juventud, á ejemplos y no á razones; nada aprendan en los libros de cuanto les pueden enseñar la esperiencia. ¡Qué proyecto tan estravagante es ejercitarlos á que hablen sin tener nada que decir; creer que lea liaren sentir en los bancos de una aula la energía del idioma de las pasiones, y toda la fuerza del arte de la persuasion, sin que tengan interes en persuadir á nadie tosa ninguna! Todos los preceptos de la retórica parecen mera parladuria á quien

no ve como ha de usarlos en beneficio suyo. ¿Qué importa á un estudiante saber como hizo Anibal para determinar ¿í sus soldados ó que pasaran los Alpes? Si en vez de esas magníficas arengas, le dijeseis lo que ha de hacer para persuadir á su catedrático á que le dé asueto, estad cierto de que pondria mas atencion en vuestras reglas.

Si quisiese enseñar la retórica á un jóven cuyas pasiones estuviesen ya Lodos desenvueltas, sin cesar le presentaria objetos capaces de lisonjear estas pasiones, y examinaria con él qué estilo deberia usar con los demas hombres para inducirlos á que fuesen propicios a sus deseos. Empero no está mi Emilio en situacion tan ventajosa para el arte oratoria; ceñido Casi á solo lo necesario físico, ménos necesita de los demas que los demas necesitan de él; y como nada tiene que pedirles para sí, lo que Ies quiere persuadir no le importa tanto que le cause sensible conmocion. De aquí se sigue que generalmente debe usar de un estilo sencillo y poco figurado. Por lo comun se esplica con propiedad, y solo para que le entiendan. Es poco sentencioso, porque no ha aprendido á generalizar sus ideas; y usa pocas imágenes, porque rara vez se apasiona.

No obstante no quiere esto decir que sea flemático y frio, que ni su edad, ni sus costumbres, ni sus inclinaciones se lo permiten: en el ardor de la adolescencia, contenidos y cohobados en su sangre los espíritus vivificantes producen en su juvenil corazon un calor que brilla en sus miradas, que se siente en sus razones, y se manifiesta en sus acciones. Ha tomado acento su estilo, y alguna vez vehemencia. EL noble afecto que le inspira le da elevacion y fuerza: penetrado del tierno amor de la humanidad, cuando habia transmite los movimientos de su ánimo; su ingenuidad generosa tiene no sé qué, que embelesa mas que la artificiosa elocuencia de los demas; ó mas ántes solo él es de verdad elocuente, puesto que no tiene que hacer mas que manifestar lo que siente para comunicárselo á los que le escuchan.

Cuanto mas lo pienso, me convenzo mas de que poniendo de esta manera en accion la beneficencia, y sacando de nuestro buen ó mal éxito reflexiones acerca de la causa de uno ó de otro, pocos conocimientos útiles hay que no puedan cultivarse en el espíritu de un mozo, y que con todo el saber verdadero que en los colegios se puede aprender, aprenderá ademas una ciencia mas importante todavía, que es la aplicacion de esta doctrina á los usos de la vida. No es posible que interesándose tanto por sus semejantes, no aprenda muy temprano á pesar y valuar las acciones los gustos y las inclinaciones

de estos, *y á* atribuir generalmente su justo valora lo que puede acarrear utilidad ó detrimento al bien de los hombres, con mas tino que aquellos que, no interesándose por nadie, nunca, hacen nada por otro, Los que nunca tratan mas que de sus propios asuntos se apasionan en demasía para que con rectitud puedan juzgar de las cosas. Refiriéndolo todo; sí solos, y sacando de su Interes solo las ideas del bien y el mal, se llenan la cabeza de mil preocupaciones, y en todo cuanto puedo oponer el menor óbice á su utilidad, al punto ven el trastorno del universo.

Explayemos el amor propio sobre los demas seres, casi le transformaremos en virtud, y no hay pecho humano en que no se halle la raíz de esta virtud. Cuanto ménos inmediata conexion tiene con nosotros el objeto de nuestra solicitud, ménos temible es la ilusion del interes particular; cuanto mas se generaliza este ínteres, mas equitativo se torna, y no es en nosotros el amor del lenguaje humano otra cosa que el amor de la justicia. Por tanto, si queremos que Emilio ame la verdad, si queremos que la conozca, retengámosle siempre lejos de sí mismo en los negocios. Mientras mas consagre su solicitud á la felicidad agena mas discreta y sagaz será aquella, y ménos se engañará acerca de lo que es bueno ó malo; empero no lo consintamos nunca ciegas preferencias, fundadas en acepcion de personas, ó en injusta preocupacion de ánimo. ¿Por qué ha de hacer perjuicio á uno por servir á otro? Poco le importa á quien le ha de caber en suerte mas dicha, con tal que contribuya él á la mayor dicha de todos; que ese es el primer interes del sabio despues del interes privado, porque cada uno es parte de su especie, y no de otro individuo.

Así que para estorbar que degenere la piedad en flaqueza, es preciso generalizarla, y explayarla á todo el género humano. Entónces no nos dejamos llevar de ella, cuando no va acorde con la justicia, porque entre todas las virtudes es la justicia la que mas contribuye al bien comun de los hombres. Por razon, y por nuestro amor debemos todavía mas compasion á nuestra especie que á nuestro prójimo; y es es mayor crueldad con los hombres á piedad que se tiene en los males.

En cuanto á lo demas, no nos olvidemos de que todos estos medios por los cuales la tizo á mi alumno fuera de su propio ser, tienen no obstante tina relacion directa con él, puesto que no solo resulta de ellos un gozo interior, sino que haciéndole benéfico en provecho ageno, trabajo en su propia instruccion.

Primero habia presentado los medios, y ahora hago ver el efecto, Cuan grandes ideas miro que poco á poco se coordinan en su cabeza ¡Qué sublimes afectos sofocan en su pecho el germen de tas mezquinas pasiones! ¡Qué limpieza de juicio, qué atinada razon contemplo formarse en él con el cultivo de sus propensiones, con la esperiencia que aprisiona los deseos de una grande alma en el coto estrecho de la posibilidad, y hace que un hombre superior á los demas, no pudiendo ensalzarlos hasta su esfera, sepa abajarse á la de ellos! Sin su entendimiento se graban los verdaderos principios de la justicia, los verdaderos dechados de la hermosura, todas las relaciones morales de los seres, y todas las ideas de órden; ve el lugar de cada cosa, y la causa que de él la desvía; ve lo que puede hacer bien, y lo que lo estorba; conoce sin haberlas esperimentado, las ilusiones y la accion de las humanas pasiones.

Sigo adelante, arrastrado de la fuerza de las cosas, pero sin engañarme acerca del juicio que van á formar mis lectores. Mucho tiempo hace que me ven en loa países de la fantasía, y yo los veo siempre en los de la preocupacion. Cuando me aparto tanto de las opiniones vulgares, no por eso las dejo de tener presentes al entendimiento; y las examino y las medito, no para seguirlas, ni para desecharlas, sino para pesarlas en la balanza de la razon. Siempre que esta me fuerza á que me desvié de ellas, tengo ya por cosa sabida, instruido por la esperiencia, que no me han de imitar: sé que, empeñados en no reputar posible otra cosa que lo que ven, se persuadirán á que el jóven que aquí figuro es un ser imaginario y fantástico, porque se diferencia de aquellos con quienes le comparan; sin hacerse cargo de que es fuerza que se diferencie de ellos, puesto que habiendo sido educado de un modo totalmente distinto, movido de afectos diametralmente contrarios, instruido de diversa manera que ellos, mucho mas estrado seria que se les pareciese, que no que fuese cual yo le supongo, lío es este el hombre del hombre, que es el hombre de la naturaleza; y ciertamente debe ser muy estrado á sus ojos.

Al empezar esta obra, nada suponía que no pudiese observar todo el mundo lo mismo que yo, porque hay un punto, conviene á saber el nacimiento del hombre, del cual todos igualmente salimos; pero cuanto mas adelantamos, yo para cultivar la naturaleza, y vosotros para depravarla mas nos desviamos unos de otros. De seis años se diferenciaba en poco mi alumno de loa vuestros que aun no habiais tenido lugar para desfigurar; ahora en

nada se parecen; y la edad de hombre formado, á que se va acercando, le debe mostrar con una forma absolutamente diversa, si no he perdido todas mis tareas. La suma de lo que han adquirido puede que con corta diferencia sea igual por una y otra parte, pero las cosas que han adquirido no son parecidas. Os pasma encontrar en el uno afectos sublimes de que no hay en los otros ni el menor germen; pero considerad que estos son ya todos filósofos y teólogos, ántes que sepa siquiera Emilio qué cosa es filosofía ni que haya oido ni aun mentar á Dios.

Así si me dijesen: nada de cuanto suponeis existe; los mozos, no son así, tienen tal ó cual pasion, hacen esto ó lo de mas allá: es como si afirmasen que un peral nunca es un árbol alto, porque los que en nuestros jardines vemos todos son enanos.

Ruego á estos jueces tan prontos en censurar, que consideren que lo que ellos dicen, lo mismo lo sé yo que ellos; que verosímilmente he meditado mas tiempo, y que no teniendo interes ninguno en engalanarlos, tengo derecho para exigir que se tomen mas espacio para averiguar en qué me engaño; que examinen bien la constitucion del hombre; que sigan los primeros desarrollos del coraron en tal ó cual circunstancia, para que vean cuanto puede diferenciarse mi individuo de otro por sola la fuerza de la educacion; que comparen luego la mía con los efectos que le atribuyo, y me digan en qué he discurrido mal: y nada me quedará que responderles.

Lo que mas afirmativo me hace, y segun creo, me disculpa de que lo sea, es que en vez de dejarme llevar del espíritu de sistema, otorgo lo médica que ser puede al raciocinio, y solo me fío de la observacion. No me fundo en lo que he imaginado, sino en lo que he visto. Verdad es que no he ceñido mis espécimen Los al coto de los muros de un pueblo, ni á una sola clase de personas; pero despues de haber comparado tantas clases y pueblos cuantos he podido ver en el espacio de una vida consagrada á observarlos, he quitado como artificial lo que pertenecía á un pueblo y no á otro, lo que era peculiar de un es Lado y no de otro; y solo he mirado como tocante sin disputa al hombre lo que era comun de todos de cualquier edad, clase y nacion que fuesen.

Bajo de este supuesto, si conforme á este método señores desde su niñez á un mozo que no haya recibido forma particular, y que penda lo ménos que sea posible de la autoridad y la opinion agena, ¿á quién pensais que mas se-

meje: á mi alumno, ó á los vuestros? Esta me parece que es la cuestion que se ha de resolver para saber si me he descarriado.

No empieza el hombre con facilidad á pensar; pero así que empieza, ya no cesa. Quien ha pensado pensará siempre, y ejercitado una vez el entendimiento en la reflexion, ya no puede permanecer en sosiego. Así pudiéramos creer que hago ó mucho, ó muy poco; que no es naturalmente el espíritu humano tan pronto en abrirse; y que despues de haberle dado medios fáciles que no tiene, le retengo sobre tiempo encerrado en un círculo de ideas de que ya debe haber salido.

Pero considerad lo primero que, si que remos formar el hombre de la naturaleza, no por eso tratamos de hacerle un salvage, y relegarle en lo enmarañado de las selvas, sino de que metido en el torbellino social, no se deje arrastrar ni de las pasiones, ni de las opiniones de los hombres; de que vea por sus ojos, y sienta por su corazon; de que no le gobierne autoridad ninguna, como no sea la de su propia razon. En esta situacion, claro es que la muchedumbre de objetos que hacen impresion en él, los frecuentes afectos que le mueven, los diversos medios de satisfacer sus necesidades reales, le deben dar muchas ideas que nunca hubiera tenido, ó que hubiera adquirido con mas lentitud. Se ha acelerado el progreso natural del ánimo, pero no se ha invertido. El mismo hombre que debe permanecer estúpido en las selvas, debe tornarse racional y sensato en las ciudades, cuando sea en ellas mero espectador. No hay cosa mas idónea para hacer á uno sabio que las locuras que ve sin participar en ellas; y aun aquel que participa en ellas se instruye, con tal que no se alucine, ni le engañe el error de los que las cometen.

Considerad por otra parte que limitados por nuestras facultades á las cosas sensibles no presentamos casi ningun agarradero á las nociones abstractas de la filo en Sofía, y á las ideas meramente intelectuales. Para llegar á ellas, es menester ó desprendernos del cuerpo á que con tanta fuerza estamos adheridos, ó hacer de objeto en objeto un progreso gradual y lento; ó finalmente salvar con velocidad y casi de un salto el intervalo con un paso giganteo de que no es capaz la niñez, y para el cual aun los adultos necesitan muchos escalones hechos *ex profresso* para ellos. El primero de estos escalones es la primera idea abstracta; pero con mucha dificultad concibo como se pensó en construirle.

El Ser incomprensible que todo lo abarca, que da movimiento al mundo, y forma todo el sistema de los seres, ni es vis Hile á nuestros ojos, ni palpable á nuestras manos, ni accesible á ninguno de nuestros sentidos: patente está la obra, pero oculto el artífice. No es chico negocio conocer al fin que existe; y cuando hemos llegado basta aquí, cuando nos preveníamos ¿quién es? ¿donde está? se confunde y se descarria nuestra inteligencia, y no sabemos que pensar.

Quiere Locke que empecemos por el estudio de los espiritáis, y juego pasemos al de los cuerpos. Así se anda por la senda de las preocupaciones, la supersticion y el error, no por la de la razon, ni la de la naturaleza bien ordenada; que eso es taparse los ojos para aprender á ver. Es menester haber estudiado mucho tiempo los cuerpos para formase nocion de los espíritus, y sospechar que empaten. El órden contrario solo sirve para establecer el materialismo.

Y en efecto, una vez que son nuestros sentidos los instrumentos primeros de nuestros conocimientos, los seres corpóreos y sensibles serán los únicos de que inmediatamente tengamos idea. La palabra *espíritu* no tiene significacion ninguna para quien no ha filosofado. Para la plebe y para los niños un espíritu es un cuerpo. ¿No imaginan espíritus que gritan, hablan, dan golpes, y nielen bulla? Me confesarán pues que espíritus que tienen brazos y lenguas se parecen mucho á cuerpos. Po r eso todos los pueblos del mundo, sin especular los Judíos, se fraguaron dioses corpóreos. Nosotros mismos, Con nuestros términos de Espíritu, Trinidad, Personas, la mayor parte somos verdaderos antropomórficas. Confieso que nos enseñan á decir que Dios está en todas parles; pero tambien creemos que el aire está en todas parles, á lo ménos en nuestra atmósfera; y la misma voz de *espíritu* no significa en su origen otra cosa que *soplo* y *viento*. Luego que se acostumbra una persona á decir palabras que no entiende, es fácil hacerle que diga cuanto se quiera.

La conciencia de nuestra accion en los demas cuerpos debió primero hacernos creer que, cuando obraban estos en nosotros, era de un modo semejante á aquel con que obramos nosotros en ellos. Así empezó el hombre animando todos los seres cuya accion sentía. Conociéndose ménos fuerte que la mayor parte de estos seres, y no sabiendo hasta donde alcanzaba su potencia, la supuso ilimitada, haciendo dioses así que hizo cuerpos. En los primeros tiempos, asustados los hombres con todo, no vieron cosa ninguna

muerta en la naturaleza. No ménos lenta que la idea del espíritu fué para formarse en ellos la de la materia, porque tambien esta es una abstraccion. De suerte que llenaron de dioses sensibles el universo. Los astros, los vientos, las montañas, los ríos, los árboles, las ciudades, y hasta las casas, todo tenia su alma, su dios, y su vida. Los muñecos de lona, los *mantillos* de los salvages, y los fetiches de los negros, todas las obras de la naturaleza y de los hombres fueron las divinidades primeras de los mortales; el politeísmo filé su primera religion, y lo sera siempre de todo hombre flaco y medroso que no tenia tan cultivado el espíritu que reúna el sistema total de los seres en una sola idea, y dé significado á la voz *sustancia* que es en la realidad la mayor de las abstracciones. Por tanto, todo niño que cree en Dios necesariamente es idólatra, ó algo ménos antropomorfila; y si una vez ha visto la imaginacion á Dios, milagro será que le conceda luego el entendimiento á este error justamente nos lleva la idea de Locke.

Cuando hemos llegado, no sé como, á la idea abstracta de la sustancia, vemos que, para admitir una sustancia única, seria forzoso suponer en ella cualidades incompatibles que se escluyen mutuamente, como el pensamiento y la estension; esta que esencialmente es divisible, y aquel que escluye toda divisibilidad. Concebimos por oirá parte que el pensamiento, ó si se quiere el sentimiento, es una cualidad primitiva, inseparable de la sustancia á que pertenece; y que lo mismo es la estension, con respeto á su sustancia. De donde se infiere que los seres que pierden una de estas cualidades, pierden la sustancia á que pertenece esta; por consiguiente, que no es mas la muerte que una separacion de sustancias, y que los seres en que se hallan retiñidas estas dos cualidades, se componen de las dos sustancias á que pertenecen dichas cualidades.

Considerad ahora la distancia que todavía media entre la nocion de las dos sustancias y la de la naturaleza divina; entre la incomprensible idea de la accion de nuestra alma en nuestro cuerpo, y la de la accion de Dios en todos los seres. Las ideas de creacion, de aniquilacion, de ubiquidad, de eternidad, de omnipotencia, las de los divinos atributos; todas esas ideas que á tan pocos hombres es dado ver tan confusas y tan oscuras como ellas son, y que ninguna oscuridad tienen para la plebe, porque no comprende cosa ninguna de ellas, ¿como se han de presentar con toda su fuerza, esto es coa toda su oscuridad, á inteligencias bisoñas, todavía ocupadas en las primeras operaciones de los sentidos, y que solo conciten lo que tocan? En

vano están abiertos en derredor de nosotros los abismos de lo infinito; no sabe un ni no asustarse de ellos, porque su profundidad no la pueden sondear ojos tan flacos. Todo para los niños es infinito; á nada saben ponerle linderos; y no porque Lacen la medida larga, sino porque tienen corto el entendimiento; y mas he notado que el infinito le colocan ante mas acá que mas allá de las dimensiones que conocen. Un espacio inmenso mas le Valuarán por sus pies que por sus ojos; y no le estenderán hasta mas allá de adonde pueden ver, sino basta mas allá de adonde pueden ir. Si les hablan del poder de Dios, le tendrán por casi tan fuerte como su padre. Como en todas cosas su conocimiento es para ellos la medida de las posibilidades, siempre lo que les dicen la reputan menor de lo que saben. Así son los juicios naturales de la ignorancia y la flaqueza de entendimiento. Ayax hubiera temido entrar en batalla con Aquiles, y reta á Júpiter á la pelea, porque conoce á Aquiles; y no conoce á Júpiter. Un aldeano Suizo, que se tenia por el mas opulento de los hombres, y á quien le procuraban esplicar qué cosa era un rey, preguntaba con altivo ademan, si podria el rey tener cien vacas en la montaña.

Bien preveo que no pocos lectores estrenaron ver que sigo toda la edad primera de mi alumno sin hablarle de religion á los quince años no sabia todavía si tenia un alma, y acaso aun no es tiempo de que lo aprenda á los diez y ocho porque, si ántes que sea de sazon lo aprende, corre peligro que no lo sepa en toda su vida.

Si hubiera de pintar la estupidez enfadosa, retratarla un pedante enseñando el catecismo á unos niños, si quisiera volver loco á un niño, le obligaria á que se esplicara lo que dice cuando dice la doctrina. Me objetarán que siendo misterios la mayor parte de los dogmas del cristianismo, aguardar á que sea capaz de concebirlos el espíritu humano, no es aguardar á que el niño sea hombre, sino á que ya no sea hombre á eso respondo lo primero, que hay misterios que es imposible, no solo que un hombre los conciba, sino que los crea; y no veo lo que se grangea con enseñárselos á los niños, corno no sea enseñarles desde temprano ó mentir. Digo ademas que para admitir los misterios, es necesario comprender á lo ménos que son incomprensibles; y los niños no son siquiera capaces de esta comprension. No hay verdaderos misterios pava la edad en que es todo misterio.

Es necesario creer en Dios para salvarse. Mal entendido este dogma es el principio de la sangrienta intolerancia, y causa de todas esas vanas in-

strucciones que han dado un golpe de muerte á la la. Son humana, acostumbrándola á que se contente con voces. Sin duda no se debe perder un punto para merecer la salvacion eterna; pero si basta, para alcanzarla, con repetir ciertas palabras, no veo lo que nos quila que llenemos de maricas y papagayos el cielo, tanto como de niños.

La obligacion de creer supone posibilidad. El filósofo que no creo obra mal, porque hace mal uso de la razon que ha cultivado y porque está en estado de entender los verdades que deseen. ¿Pero qué cree el niño que profesa la religion cristiana? lo que concibe; y concibe tan poco lo que lo hacen que diga, que sí le dicen lo contrario, lo adoptará con la misma docilidad. Asunto es de geografía la fe de los niños, y de no pocos adultos. ¿Serán premiados por babor nacido en Roma mas bien que en la Meca? Al mismo le dicen que se debe honrar á Mahoma, y dice que honra á Mahoma; al otro que se debe honrar á la Virgen, y dice que honra á la Virgen. Uno baria lo que el otro hace, si á entrambos mutuamente los trasladaran de jornada. ¿Es posible que nos fundemos en dos afectos tan semejantes, para enviar a uno al ciclo y el otro al infierno? Cuando dice un niño que cree en Dios, no es en Dios en quien cree, sino en Perico ó en Juanico que le dicen que hay una cosa que llama Dios, y lo cree á la manera de Eurípides;

¡O Jove! que este nombre es de tu esencia

Lo que puede alcanzar mi inteligencia [78].

Nosotros afirmamos que ningun niño que muera ántes de tener uso de razon, será privado de la bienaventuranza tierna: lo mismo creen los católicos de los niños que han recibido el bautismo, aunque nunca hayan o ¡do hablar de Dios. Luego hay casos en que puede uno salvarse sin creer en Dios; y es los casos se verifican, ya en la infancia, ya en la demencia, cuando no es capaz el espíritu humano de las operaciones necesarias para reconocer la Divinidad. Toda la diferencia que de vos á mí noto, consiste en que afirmais vos que tienen esta capacidad los niños á los siete años, y que yo no se la otorgo ni aun á los quince. Ora vaya yo errado, ora tenga razon, no se trola aquí de un artículo de fe, sino de una mera observacion de historia natural.

En virtud del mismo principio, es claro que tal hombre que ha llegado *á* viejo sin creer en Dios, no por eso será privado de su presencia en el otro mundo si no ha sido su ceguedad voluntaria, y digo que no siempre lo os. Lo confesáis así de los simples que priva una enfermedad de sus facultades

espirituales, mas no de su cualidad de hombres, ni por consiguiente del derecho á los beneficios de su criador. ¿Pues por qué no convenís tambien en lo mismo respecto de aquellos que desviados de toda sociedad desde su riñen hayan tenido una vida absolutamente silvestre, privados de las luces que solo se adquieren con el trato de los hombres [79]? Porque está demostrado que no es dable que semejante salvage pueda nunca elevar sus reflexiones basta conocer al verdadero Dios. Ros dice la razon que solo por sus culpas voluntarias es un hombre merecedor de castigo, y que no se le puede imputar á delito una ignorancia invencible: de donde se infiere une ante la eterna justicia todo aquel que creyera, si tuviese las necesarias luces, es reputado creyente, y que no habrá otros incrédulos castigados que aquellos que cierran su corazon á la verdad.

Guardémonos de anunciar la verdad á los que no están en estado de comprenderla; que eso es querer sustituirle el error. Mas valiera no tener idea ninguna de la Divinidad, que tenerlas soeces, fantásticas, injuriosas, indignas de ella; que ménos anal es desconocerla que ultrajarla. Mas quisiera, dice el buen Plutarco, que creyesen que no habia Plutarco en el mundo, que sí dijesen que era Plutarco injusto, envidioso, celoso, y tan tirano, que exige mas de lo que deja facultad que hagan.

Consiste el mayor daño de las disformes imágenes de la Divinidad que imprimen en el espíritu de los niños, en que permanecen en él toda la vida, y en que cuando son hombres no conciben otro Dios que el de los niños, en Suiza ví á una buena y pía madre de familias tan convencida de esta máxima, que no quiso instruir en la religion á su hijo en la primera edad, porque no fuese que, satisfecho con esta ruda instruccion, se descuidase en tomar otra mejor cuando llegase r¡tener uso de razon. Oía este niño hablar siempre de Dios con recogimiento y reverencia; y cuando queria hablar él, le imponían silencio, como que era una materia muy sublime, y muy alta para él. Este recato incitaba su curiosidad, y aspiraba su amor propio al instante de conocer este misterio que con tanto esmero le ocultaban. Cuanto ménos le hablaban de Dios, tanto ménos consentían que él hablase, y mas se ocupaba de él: este nido vía á Dios en todas partes. Lo que yo rozaria de este estilo misterioso, afectado con imprudencia, fuera que exaltando en demasía la imaginacion de un mancebo, se le tocásela cabeza, y que al fin le hiciesen un fanático en vez de hacerle un creyente.

Pero no temamos semejante cosa de mi Emilio, que desviando constantemente su atencion de todo cuanto excede su capacidad, escucha con la mas profunda indiferencia las cosas que no entiende. Hay tantas en que está habituado á decir: no es eso de mi competencia, que una de mas casi no le embaraza; y cuando le empiezan á inquietar estas altas cuestiones, no es porque las ha oido agitar, sino porque el natural progreso de sus luces encamina su investigaciones ácia estas materias.

Ya hemos visto por qué senda el espíritu humano cultivado se acerca á estos misterios, y sin apremio confesaré que aun en el seno de la sociedad no alcanza á ellos hasta una edad mas adelantada. Pero como hay en la misma sociedad causas inevitables por las cuales se acelera a progreso de las pasiones, si no aceleramos en la misma proporcion el progreso de las luces que sirven para regular estas pasiones, saldríamos entónces verdaderamente del órden de la naturaleza, y se romperia el equilibrio. Cuando no somos árbitros que impedir que se desempolvan las primeras con sobrada rapidez, es preciso encender las que de las otras les han de corresponder con rapidez igual; de suerte que no se interviniera el órden, que no se separe lo que debe ir en uno, y que el hombre todo entero en todos los instantes de su vida no esté en este punto por una de sus facultades, y en aquel otro por las demas.

¡Qué dificultad miro suscitarse aquí! dificultad eso mas grave, que ménos consiste en las cosas que en la pusilanimidad de los que no se atreven á resolverla. Empecemos á lo ménos teniendo ánimo para proponerla. Debe ser un niño educado en la religion de su padre: siempre le prueban con mucha facilidad y victoriosamente, que la tal religion, sea la que fuere, es la única verdadero; que todas las demas son meras estravagancias y disparates. En este punto la fuerza de los argumentos pende absolutamente del pais donde los proponen. Véngase un Turco, que en Constantinopla tiene por tan ridículo el cristianismo, á ver lo que piensan del mahometismo en Madrid. En materia de religion es donde nías particularmente es tiránica la opinion. ¿Pero nosotros que en todas cosas pretendemos quebrantar su yugo; nosotros que nada queremos dejar á la autoridad; nosotros que nada queremos enseñar á nuestro Emilio que en cualquiera pais no pudiera él aprender por sí propio, en qué religion le educaremos? ¿á qué secta agregaremos al hombre de la naturaleza? Me parece que es muy obvia la respuesta; no le agregaremos á esta ni á la otra, pero le pondremos en estado de, que elija aquella á que deba conducirle el mejor uso de su razon.

Incedo per ignes Suppositos cineri doloso [80].

No importa: hasta aquí el zelo y la buena fe han suplido en mí la prudencia, y espero que no me abandonen estos fiadores cuando mas los necesito. Lectores, no relegareis de mí precauciones indignas de un amante de la verdad, que nunca me olvidaré de mi emblema; pero lícito es que me desconfíe de mis opiniones. En vez de deciros de mi cabeza lo que pienso, os diré lo que pensaba uno que valía mas que yo. Salgo por fiador de la verdad de los hechos que voy á referir, y que realmente pasaron por el autor del papel que traslado aquí á vosotros toca ver si se pueden sacar de él reflexiones provechosas acerca de la materia que estamos tratando. No os propongo como regla el dictamen de otro, ni el mio; os le presento para que le examineis.

«Treinta años hace que en una ciudad de Italia un mancebo expatriado se vía reducido á la última miseria. Habia nacido calvinista; pero á consecuencia de una muchachada hallándose fugitivo, el pais estrado, y sin recurso, mudó de religion para comer. En esta ciudad habia un hospicio para los conversos, y entró en él. Mientras le instruían sobre la controversia, le inspiraron dudas que no tenia, y le enseñaron lo malo que no sabia: oyó dogmas nuevos, vió costumbres todavía mas nuevos, las vió, y estuvo en poco que fuese víctima de ellas. Quiso escaparse, y lo encerraron; se quejó, y le castigaron por sus quejas: á merced de sus tiranos, se vió tratar como delincuente por no haber querido ceder al delito. Figúrense el estado de su juvenil corazon los que saben cuanto enoja la primera prueba de la violencia y la injusticia á un pecho sin esperiencia. Corrian de sus ojos lágrimas de rabia, sofocábale la indignación: imploraba el ciclo y los hombres, de todo el mundo se fiaba, y de nadie era escuchado. Solo vía criados adíes sujetos al infame que le ultrajaba, ó cómplices del mismo delito, que escarnecían su resistencia, y le oscilaban á que los imitara. Perdido era sin un honrado eclesiástico que por un asunto vino al hospicio, y con quien halló modo de consultar secretamente. Era este eclesiástico pobre, y necesitaba de todo el mundo ¡peco todavía necesitaba mas de él el desventurado; y no dudó aquel en favorecer su evasion, á riesgo de ganarse un peligroso enemigo.

El mozo que se habia zafado del vicio para recaer en la miseria, y que lidiaba sin fruto contra su estrella, creyó por mi instante que la habia vencido. Ad primer crepúsculo de buena fortuna, se olvidó de su protector y de sus desgracias. El breve recibió el castigo de esta ingratitud ¡todas sus esperanzas se disiparon: por mas que le favoreciese su juventud, sus novel-

escas ideas lo echaban todo á perder. Como no poseía ni talento, ni maña suficiente para abrirse una fácil vereda, y ni sabia ser malo ni moderado, á tantas cosas aspiró que nada pudo conseguir; y habiendo recaído en su antigua miseria, sin pan y sin albergue, á pique de morirse de hambre, se volvió á acordar de su bienhechor.

Vuelve á él; le encuentra, y es bien recibido; su vista acuerda al eclesiástico una buena accion que habia hecho, y siempre esta memoria regocija el alma. Era este hombre naturalmente humano y compasivo; sentía por las suyas las penas agenas, y las comodidades no habían empedernido su pecho; finalmente su buena Índole se habia fortificado con las lecciones de la sabiduría, y con una ilustrada virtud. Recibe al mancebo, le busca un albergue; le recomienda, parte con él su pobre pitanza, que apénas bastaba para dos. Hace mas; le instruye, le consuela, le enseña el arte dificultoso de sufrir con paciencia la adversidad. ¿Hombres preocupados, hubierais aguardado esto de un sacerdote, y en Italia?

Era este honrado eclesiástico un pobre presbítero saboyano, que por un lance de mocedad se habia indispuesto con su obispo y habia atravesado los montes buscando recursos que no tenia en su pais. No le faltaba talento ni literatura; y siendo de una presencia interesante, habia encontrado protectores que le colocaron en casa de mi ministro para ser ayo de su hijo. Preferia la pobreza á la dependencia, y no sabia el modo de conducirse con los grandes no estuvo mucho tiempo con este; pero cuando le dejó, conservó su estimación: y como vivia con prudencia, y se hacia querer de todo el mundo, se lisonjeaba de que se reconoceria al cabo con su obispo, y que le daria esto algun pobre curato en la montaña para vivir los años que le quedaban: este era el último término de su ambicion.

Interesábale una inclinacion natural por el mancebo fugitivo, y le examinó con atencion vió que ya la mala fortuna habia marchitado su corazon; que el oprobio y el menosprecio habían abatido su valor; y que convertida su altivez en amargo despecho, en la injusticia y la dureza de los hombres, solo le dejaban ver el vicio de su naturaleza, y lo fantástico de la virtud. Habia visto que la religion solo sirve de disfraz al interes, y el sagrado culto de salvaguardia *á* la hipocresía: en la sutileza de las vanas disputas habia visto el cielo y el infierno hecho premio ó castigo de juegos de vocablos; la sublime y primitiva idea de la Divinidad la habia visto desfigurada con las desatinadas imaginaciones de los bombees, y convencido de que pava creer

en Dios era fuerza renunciar á la razon que hemos recibido de él, se desdeñaba igualmente de nuestros ridículos sueños, y del objeto á que los aplicamos. Sin saber nada de lo que existe, sin imaginar nada acerca de la generacion de las cosas, se sumió en su estúpida ignorancia, con un profundo desprecio de todos cuantos pensaban que salivan mas que él.

El olvido de toda religion para en olvidarse de las obligaciones del hombre. Ya estaba andado este camino basta mas de la mitad en el corazon del licencioso mancebo, aunque no era un muchacho de mala índole; pero como la incredulidad y la miseria la sufocasen poco á poco, corria rápidamente á su pérdida, le aguardaba con las costumbres de un pordiosero la moral de un ateista.

El mal casi inevitable, no estaba todavía absolutamente consumado. El mancebo tenia conocimientos; habian cultivado su educacion, y estaba en aquella venturosa edad, en que fermentando la sangre empieza á dar calor al alma, sin esclavizarla al furor de los estudios. La suya todavía tenia toda su elasticidad. Su tímido carácter y su vergüenza nativa suplían á la sujecion, y prolongaban en él la época en que con tanto afan manteneis á vuestro alumno. El aborrecible ejemplo de una torpe depravacion y de un vicio sin embelesos, lejos de animar su imaginacion, la habia amortiguado. Por mucho tiempo en vez de la virtud le servio de escudo el fastidio para conservar su inocencia; que debía rendirse á mas alhagüeñas seducciones.

El eclesiástico vió el peligro y los remedios: no le arredraron las dificultades, complacíase en su obra, y se resolvió á perfeccionarla, restituyendo á la virtud la víctima que habia librado de las garras de la infancia. Tomó muy despacio la ejecucion de su plan: animábase su esfuerzo con lo noble del motivo, y le inspiraba medios dignos de su zelo. Seguro estaba, cualquiera que fuese el éxito, de que no seria tiempo perdido el que emplease en conseguirle; que siempre se sale con su designio el que solo quiere hacer bien.

Empezó granjeando la confianza del prosélita con no venderle sus beneficios, con no hacerse importuno; con no echarle pláticas, con ponerse siempre á su alcance, con hacerse chico pava igualarse con él. Me parece que era un tierno espectáculo ver á un varon grave que se hacia camarada de un tunante, y la virtud que se acomodaba al estilo de la licenciosidad para triunfar de ella con mas certidumbre. Cuando venia el atolondrado á darle parte de sus locas es estravagancias y á esplayarse con él, le escuchaba el sacer-

dote, le dejaba desahogarse; sin aprobar lo mato, se interesaba en todo: nunca paraba su charla con una impertinente censura; y el gusto con qué pensaba el mozo que le escuchaban, aumentaba el que sentían en decirlo todo. Así hizo su confesion general sin pensar en confesarse.

Despues de bien estudiados sus afectos y su carácter, vió claro el sacerdote que, ser ignorante para su edad, se habia olvidado de todo cuanto le importaba saber, y que el oprobio á que le habia reducido la fortuna sofocaba en él todo verdadero afecto del bien y el mal. Un grado hay de embrutecimiento que priva de vida el alma; y en el que la voz interior no se hace oir de aquel que solo piensa en mantenerse. Para preservar al desventurado mozo de esta muerte moral, empezó despertando en el amor propio y la estimacion de sí mismo: hacíale ver un porvenir mas dichoso en el buen empleo de su talento; reanimaba en su corazon un generoso ardor, contándole las nobles acciones de otros; y haciéndole que tributase su admiracion á los que las habían hecho, le volvía el deseo de hacer otras semejantes. Para desprenderle insensiblemente de su ociosa y vagabunda vida, le hacia que estractara libros selectos; y fingiendo que necesitaba de estos estrados, mantenia en él el noble afecto de la gratitud. Instruíale indirectamente con sus libros; le hacia que recobrase buena opinion de sí mismo para que no se reputara un ser inútil para todo bien, y no quisiese tornar á hacerse despreciable á sus propios ojos.

Por una friolera se conocerá el arte que usaba este hombre benéfico para que el corazon de su discípulo salióse insensiblemente de la bajeza, sin que al parecer pensase él en instruirle. Eira el eclesiástico de tan notoria probidad y tan atinado discernimiento, que mas querian muchas personas depositar en él sus limosnas, que en manos de los ricos curas de las ciudades. Un dia que le habían dado un poco de dinero para distribuírsele á los pobres, a título de tan tuvo el mancebo la vileza de pedirle parte de él. No, le dijo el eclesiástico; somos hermanos, vos sois cosa mia y vió debo llegar á este depósito para mi uso. Luego le dejó de su propio dinero lo que le habia pedido. Lecciones de esta naturaleza rara vez dejan de surtir efecto en el corazon de un mozo que no está totalmente estragado.

Me canso de hablar en tercera persona, y es trabajo superfluo, porque bien conoceis, amado conciudadano, que yo propio soy este desventurado fugitivo: me miro como muy distante de los desórdenes de mi mocedad, para no atreverme á confesarlos, y bien merece la mano que de ellos me li-

bró, que á costa de algun rubor tribute á lo ménos alguna honra á sus beneficios.

Lo que mas impresion me hacia era ver en la y ida privada de mi digno maestro la virtud sin hipocresía, la finalidad sin flaqueza, razonamientos siempre rectos y sencillos, y la conducta acorde siempre con ellos. No vía que se informase de si los que asistia iban, ó no, á misa, si se confesaban á menudo, si ayunaban los dias de vigilia, si comian de viernes, ni que les impusiese otras obligaciones semejantes, que el que no las desempeña, aunque se muera de hambre, ninguna asistencia tiene que esperar de los devotos.

Animado por estas observaciones, lejos de hacer yo alarde en su presencia del afectado fervor de un nuevo converso, no le escondia mucho mi modo de pensar, y no vía que se escandalizase, á veces hubiera podido decir en mi interior me permite mi indiferencia al culto que he abrazado, por la que ve que tambien profeso a aquel en que he nacido, y sabe que ya no es fin desden asunto de partido. Pero ¿que habia de pensar cuando algunas veces la via aprobar dogmas contrarios a los de la iglesia romana, y tener al parecer en poco todas sus ceremonias?

Hubiérale creido protestante encubierto, si de hubiera visto observar con ménos escrúpulo aquellos mismos estilos de que parecia que hacia muy poco caso pero sabiendo que á sus solas desempeñaba sus obligaciones de sacerdote con tanta puntualidad como a presencia del público, no sabia yo como es dictar estas contradicciones. Esceptuando el defecto que en otro tiempo habia ocasionado su desgracia, y de que no parecia muy bien enmendado, era ejemplar su vida, irreprensibles sus costumbres, honestas y prudentes sus palabras. Viviendo con él con la mayor intimidad, cada dia aprendia á respetarle mas y habiendo con tanta bondad grangeado enteramente mi coraron, aguardaba con curiosa inquietud que llegase la hora de saber en qué principios fundaba la uniformidad de tan singular vida.

No vino esta hora tan breve. Antes de descubrirse con su discípulo se esforzó á que fructificasen en las semillas de razon y bondad que habia plantado en su alma. Lo que mas difícil era destruir en mí, era una altiva misantropía, cierta exasperacion contra los ricos y los odiosos del modelo, como si lo fueran á mi costa; y fuera su pretensa felicidad usurpacion de la una. Inclinábame en demasía á esta sañuda indignacion la loca vanidad de la juventud, que cocea contra la huminacion; y el amor propio, que mi men-

tor procuraba despertar en mi; incitándome á la soberbia, representaba todavía mas viles los hombres á mis ojos, y con el odio de ellos juntaba el menosprecio.

Sin impugnar directamente esta arrogancia, impidió que se convirtiese en dureza de ánimo; y sin quitarme la estimacion de mi propio la hizo ménos desdeñosa con mi prójimo. Siempre desviando las apariencias vanas, y manifestándome los males reales que encubren, me ensenaba á lamentarlos errores de mis semejantes, á que me enternecieran sus miserias, y á tenerles compasion mas que envidia. Movido á conmiseracion de las humanas flaquezas por la íntima conciencia de las suyas propias, veía en todas partes los hombres víctimas de sus propios vicios y de los ágenos; veia gimiendo los pobres bajo el yugo de los ricos, y los ricos bajo el de las preocupaciones. Creedme, me decía, nuestras ilusiones lejos de disimularnos nuestros males, los aumentan, dando valor á lo que no le tiene, y haciéndonos sensibles á mil sonadas privaciones, que no sentiríamos sin ellas. Cifrada está la paz del ánimo en el menosprecio de todo cuanto puede turbarla: el que ménos sabe disfrutar de la vida, es el que mas aprecio hace de ella, y aquel que con mas anhelo aspira á la felicidad, siempre es el mas miserable.

¡Ha, qué tristes pinturas! esclamaba yo con amargura: si es necesario negarse á todo, ¿de qué nos ha servido el nacer? y si se ha de tener en menosprecio hasta la misma felicidad,¿quién es el que sabe ser feliz? Yo soy respondió un dia el sacerdote, en un tono que me chocó. ¡Vos feliz! ¡con tan pocos bienes de fortuna, tan pobre, desterrado, perseguido, vos sois feliz! ¿Y qué habeis hecho para serlo? Hijo mio, replicó, con mucho gusto os lo diré.

Dióme á entender que; despues de haber oido mis confesiones, me queria hacer las suyas. Verteré en vuestro pecho, me dijo dándome un abrazo, todos los sentimientos de mi corazon, y me vereis, sino como soy, á lo ménos como yo mismo me veo. Cuando hayáis oido toda mi confesion de fe, cuando conozcais bien el estado de mi alma, sabreis por que me reputo feliz, y, si pensais como yo, lo que teneis que hacer para serlo vos. Pero estas confesiones no son asunto de un instante; se requiere tiempo para esplicaros todo cuanto pienso acerca del destino del hombre y del verdadero valor de la vida: aplacemos hora y sitio cómodo para abandonarnos en paz á esta conferencia.

Manifesté deseo de oirle, y fué señalado el plazo no mas tarde que á la siguiente mañana. Estábamos en verano; nos levantamos al rayar el dia. Llevóme fuera de la ciudad, á una empinada colina cuya falda atravesaba el Po, y desde donde por entre las feraces riberas que baña se descubria su curso; la cadena inmensa de los Alpes coronaba á lo lejos el pais; al ras daban ya en los llanos los rayos del sol naciente, y delineando en las campiñas con sus luengas sombras los árboles, los collados, y las casas, enriquecian con mil y mil juegos de luz el mas hermoso espectáculo que pueda embelesar los humanos ojos. Parecia que la naturaleza se ostentase ante nosotros con toda su magnificencia, para ofrecernos texto á nuestra conferencia. Aquí; habiendo contemplado con silencio un rato estos objetos, el hombre de paz me habló de esta manera».

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

EMILIO,

Ó

DE LA EDUCACION.

Continuacion del libro cuarto.

PROFESION DE FEDEL PRESBITERO SABOYANO.

HIJO mio, no espereis de mí ni profundos discursos, ni científicos razonamientos. Ni soy un gran filósofo, ni me curo mucho de serlo, pero tengo alguna vez sana razon, y siempre amo la verdad. No quiero argumentar con vos, ni ménos tratar de convenceros; bástame manifestaros lo que pienso con la sencillez de mi corazon. Consultad durante mis razones el vuestro, que es todo cuanto os ruego. Si me engaño, no es con malicia; hasta esto para que no me sea imputado mi error á delito: y cuando del mismo modo os engañaseis vos, poco perjuicio resultaria. Si pienso bien, comun es de

ambos la razon; y el mismo micros tenemos en escucharla; ¿por qué no habeis de pensar como yo?

Nací un pobre aldeano, destinado por mi condicion á labrar la tierra; pero creyeron que era mejor que aprendiese á ganar el pan con el oficio de sacerdote, y hallaron medio para hacer que estudiase. Seguramente ni mis pudres ni yo pensábamos en indagar lo que era bueno, verdadero y útil, sino lo que era menester saber para recibir las órdenes. Aprendí lo que querian que aprendiese; dije lo que querian que dijese, me obligué como quisieron, y fuí ordenado de sacerdote; mas en breve esperimenté que cuando me obligué ¿no ser hombre, prometí mas de lo que podia cumplir.

Nos dicen que es la conciencia obra de las preocupaciones; no obstante por mi esperiencia propia sé que contra todas las leyes humanas se obstina en seguir el órden de la naturaleza. En balde nos prohiben esto ó aquello, nunca el remordimiento nos acusa con energía cielo que nos permite la naturaleza bien ordenada, y con mas canon de lo que nos prescribe. O buen mancebo, todavía no se ha esplicado á vuestros sentidos: vivid dilatado tiempo en el venturoso estado en que su vea es la de la inocencia; acordaos que mas la ofende quien se le adelanta, que quien se le opone; es menester aprender primero á resistir; para saber cuando es posible ceder sin culpa.

Desde mi mocedad he respetado en el matrimonio la primera y mas sacrosanta institucion de la naturaleza. Habiéndome privado del derecho de sujetarme á él, me resolví á no profanarle porque, no obstante mis aulas y mis estudios, siempre habia vivido una vida sencilla y uniforme, y habia conservado en mi espíritu toda la claridad de las primitivas luces; que no las habian oscurecido las máximas del mundo, desviado por mi pobreza de las tentaciones que dictan los sofismas del vicio.

Lo que causó mi pérdida fué justamente esta determinacion; mi respeto del tálamo ageno puso mis culpas patentes: fué necesario espiar el escándalo; arrestado, suspenso, espulgo, fuí víctima mas de mis escrúpulos que de mí incontinencia; y por las reprensiones que acompañaron mi desgracia, quedé convencido de que hasta muchas veces agravar la culpa para evitar el castigo.

Con pocas esperiencias semejantes anda mucho camino un espíritu reflexivo. Al ver trastornadas con tristes observaciones las ideas que tenia de la justicia, de la honestidad y de todas las obligaciones humanas, cada dia

perdía alguna de las opiniones en que me habian criado: y no bastando las que me quedaban para formar mi cuerpo que se pudiese sustentar por sí propio, sentí que poco á poco se oscurecía en mi entendimiento la evidencia de los principios, hasta que finalmente reducido á no saber que pensar, llegué al punto mismo en que vos os hallais; con la diferencia de que mi incredulidad fruto tardío de una edad mas madura, y mas lentamente formada, debía ser mas dificultosa de desarraigar.

Hallábame en aquella disposicion de incertidumbre y duda que exige Descartes para la investigacion de la verdad: estado capas de poca dura, lleno de inquietud y zozobra, y en que solo nos deja el interes del vicio ó la pereza del ánimo. No tenia tan estragado el corazon, que no hallase complacencia en él; porque no hay cosa que conserve mas el hábito de reflexionar, que vivir mas satisfecho consigo que con su fortuna.

Meditaba por tanto acerca de la triste suerte de los mortales fluctuando en este mar de humanas opiniones, sin timon, sin brújula; y abandonados á sus tempestuosas pasiones, sin mas guia que un piloto inesperto que no conoce el camino, y no sabe ni de donde viene, ni adonde va. Decia dentro de mí; amo la verdad, la busco, y no puedo conocerla; muéstrenmela, y me abrazo estrechamente con ella: ¿por qué se ha de esconder al anhelo de un corazon que fue formado para adorarla?

Aunque muchas veces he sufrido males mas graves, nunca he vivido vida tan constantemente ingrata como en estos tiempos de disturbios y congoja, en que vagando sin cesar de una en otra duda solo sacaba de mís meditaciones dilatadas incertidumbre, contradicciones y oscuridad acerca de la causa de mi ser, y de la regla de mis obligaciones.

¿Como es posible ser escéptico por sistema y por convencimiento? no puedo comprenderlo. O no existen estos filósofos, ó son los mas desventurados de los mortales. Para el espíritu humano es violento ademas el estado de duda acerca de las cosas que nos importa el conocer; no perseveró en él mucho tiempo; de un modo ó de otro mal de su grado se resuelve, y mas quiere engañarse que dejar de creer alguna cosa.

Aumentaba mi confusion el haber nacido en una iglesia que de todo falla, que no permite duda ninguna; un punto que desechase me obligaba á desechar todo lo demas, y la imposibilidad de admitir tantas decisiones absurdas

hacia que me repugnasen hasta las que no lo eran. Diciéndome: creelo todo, me impedían que creyera nada, y no sabia donde detenerme.

Consulté á los filósofos, registré sus libros, examiné sus varias opiniones; todos los encontré arrogantes, afirmativos, dogmáticos, basta en su pretenso escepticismo; que nada ignoraban, que nada probaban, y que se burlaban unos de otros; y este punto comun de todos me pareció el único en que tuviesen razon. Triunfantes cuando acometen, son flacos cuando se defienden. Si pesáis las razones, solo las tienen para destruir; si contais los votos, cada uno está reducido al suyo; solo en disputar están acordes: escucharlos no era modo de salir de mi incertidumbre.

Concebí que la primera causa de esta portentosa diversidad de pareceres es la insuficiencia del espíritu humano, y su soberbia la segunda. No tenemos la medida de esta máquina inmensa, no podemos calcular sus relaciones; no conocemos ni sus primeras leyes, ni su causa final; nos ignoramos á nosotros mismos; no conocemos ni nuestra naturaleza, ni nuestra principio activo; apénas sabemos si es el hombre un ser simple ó compuesto; por todas partes nos cercan impenetrables misterios, misterios superiores á la region sensible; creemos que tenemos inteligencia para penetrarlos, y solo tenemos imaginacion. Por medio de este mundo imaginario se abre cada uno una senda que cree que es la buena; mas ninguno puede saber si la suya conduce á la mota. No obstante queremos penetrarlo todo, conocerlo todo; la única cosa que no sabemos, es ignorar lo que no nos fué dado saber. Mas queremos determinarnos á la aventura, y creer lo que no existe, que confesar que ninguno de nosotros puede ver lo que existe. Pequeñas partes de un gran todo, cuyos linderos se nos esconden, y que su autor abandona á nuestras locas disputas, tan vanos somos que pretendemos fallar lo que este todo es en sí y lo que con relacion á él somos nosotros.

Dado que estuviesen los filosófo en estado de descubrir la verdad, ¿quién de ellos se interesaria par la verdad? Bien sabe cada uno que no tiene mas fundamento su sistema que los demas; empero le sustenta, porque es suyo ni uno solo hay que si llegase á conocer lo verdadero y lo falso, no prefiriese la mentira que ha encontrado, á la verdad descubierta por otro. ¿Donde está el filósofo que por su gloria no engañara á sabiendas el linage humano? ¿Donde el que en lo íntimo de su corazon se propone otro objeto que distinguirse? Con tal que se coloque en superior esfera de la vulgar, con tal que eclipse el brillo de sus émulos, ¿qué mas pide? Lo esencial es pensar

de otro modo que los demas. Con los creyentes es atoo; con los ateos fuera creyente.

El primer fruto que saqué de estas reflexiones fué aprender á ceñir mis investigaciones ó lo que inmediatamente me interesaba á vivir sosegarlo en una profunda ignorancia de todo lo demas, y á no tomar inquietud por la duda, sino de las cosas que me importaba saber.

Tambien comprendí que, lejos de sacarme de mis inútiles dudas, no liarían los filósofos otra cosa que multiplicar las que me acongojaban, sin resol ver ninguna. Tomé por tanto otro guia, y dije entre mí: consultemos la luz interior, queme descarriará ménos de lo que me descarrian estos; ó á lo ménos será mi error el mio, y ménos que depravaré siguiendo mis propias ilusiones, que abandonándome á sus mentiras.

Repasando entónces en mi espíritu las varias opiniones que desde que nací me habia formado, ví que aunque ninguna de ellas fuese tan evidente que inmediatamente determinase el convencimiento, tenian grados diferentes de verosimilitud, y que el asenso interior las admitía, ó las repugnaba con distinta medida. Conforme á esta primera observacion, comparando cutre sí todas estas distintas ideas en el silencio de las preocupaciones, hallé que la primera y la mas comun tambien era la mas sencilla y la mas racional; y que para reunir todos los votos, no le faltaba mas que ser la última que hubiese sido propuesta. Imaginaos todos vuestros filósofos antiguos y modernos, que primero han apurado sus estrafalarios sistemas de fuerzas, de acasos, de fatalidad, de necesidad, de átomos, de mundo animado, de materia viviente, de toda especie de materialismo, y despues de ellos todos el ilustre Clarke iluminando el mundo, anunciando finalmente al Ser de los seres, y al dispensador de las cosas: y con cuan universal admiracion, con qué unánimes aplausos hubiera sido recibido este nuevo sistema tan vasto, tan consolador, tan sublime, tan idóneo para ensalzar el ánimo, para cimentar en una basa la virtud, y en mio tan pasmoso, tan luminoso, tan sencillo, y que en mi dictamen presenta ménos cosas incomprensibles al espíritu humano, que absurdos en cualquiera otro se hallan! Decia entre mí; comunes son de todos las objeciones que no tienen solucion, porque es muy limitado el espíritu humanó para resolverlas; así nada prueban contra ninguno en particular: ¡pero que diferencia en las pruebas directas! ¿No debe preferirse el único que todo lo esplica, cuando no sufre mas dificultad que los demás?

Teniendo el amor de la verdad por única filosofía, y por único método una regla fácil y llana que me dispensa de la vana sutileza de los argumentos, por esta regla vuelvo al exámen de los conocimientos que me interesan, resuelto á admitir como evidentes todos aquellos á que en la sinceridad de mi corazon no pueda negar asenso, por verdaderos todos los que me parezca que están conexos con estos primeros necesariamente, y á dejar todos los demas en la incertidumbre, sin descebarlos ni admitirlos, y sin afanarme en aclarados cuando no conducen á ninguna casa útil en la práctica.

¿Pero quien soy yo? ¿qué derecho tengo para juzgar las cosas, y qué es lo que determina mis juicios? Si estos son arrastrados forzados por las impresiones que recibo, en balde me fatigo en estas investigaciones, que ó no se liarán, ó se harán por si solas, sin que me meta yo á dirigirlas. Por tanto es preciso poner primero mi contemplacion en mí para conocer el instrumento de que me quiero servir; y hasta cuanto puedo fiarme de su uso.

Existo, y tengo sentidos por los cuales soy conmovido. Esta es la primera verdad que me hace impresion, y á que estoy forzado á dar asenso. ¿Tengo un sentir peculiar de mi existencia, ó la siento por solo mis sensaciones? Esta es mi primera duda, que por ahora no me es dable resolver, porque como continuamente me mueven sensaciones, ó inmediatamente, ó por la memoria, ¿como he de poder saber si es el sentir del jóven una cosa fuera de estas mismas sensaciones, y si puedo ser independiente de ellas?

Dentro de mí suceden mis sensaciones, puesto que me hacen sentir mi existencia; pero su causa es agena de mí; puesto que me mueren sin su voluntad, y que no pende de mí el producirlas, ni el aniquilarlas. Así concibo con claridad que no son una misma cosa mi sensacion que está en mí, y su causa ó su objeto que está fuera de mi.

Así que no solo existo yo, sino que existen otros seres, conviene á saber los objetos de mis sensaciones; y aun cuando estos objetos fuesen meras ideas, siempre es cierto que yo no soy estas ideas.

Ahora pues, todo cuanto siento fuera de mí y obra en mis sentidos, lo llamo materia; y todas ¡as porciones de materia, que concibo reunidas en seres individuales, las llamo cuerpos. De esta suerte liada significan para mi todas las disputas de los idealistas y los materialistas, y son fantásticas sus distinciones sobre la apariencia y la realidad de los cuerpos.

Ya estoy tan cierto de la existencia del universo como de la mia. Reflexiono luego sobre los objetos de mis sensaciones; y encontrando en mi la facultad de compararlas, me siento blindado de una fuerza activa que ántes no sabia que tenia.

Percibir es sentir, comparar es juzgar; juzgar y sentir no son una misma cosa. En la sensacion, se me presentan los objetos separados, aislados, como están en la naturaleza; por la comparacion, los muevo, los trasplanto por decirlo así, los pongo uno encima de otro para fallar de su diferencia ó de su semejanza, y en general de todas sus relaciones. En mi entender; la facultad distintiva del ser activo ó inteligente consiste en poder dar un significado á la palabra es. En balde busco en el ser meramente sensitivo aquella fuerza que tiene á gente que sobrepone y que luego falla, no puedo descubrirla en su naturaleza. Este ser pasivo sentirá separadamente cada objeto; tambien sentirá el objeto total formado de ambos; pero como no tiene fuerza ninguna para replegarlos uno encima de otro, nunca los comparará, ni les juzgará.

Ver dos objetos á la par, no es ver sus relaciones, ni juzgar de sus diferencias, percibir muchos objetos unos fuera de oíros, no es numerarlos. En un mismo instante puedo tener idea de un palo grande y de un palo chico sin compararlos, sin juzgar que mio es mas chico que otro, como puedo ver de una vez mi mano entera sin contar mis dedos ([81]). Estas ideas comparativas, mas grande, mas chicos lo mismo que las ideas numéricas de uno de dos, etc, ciertamente no son sensaciones, aunque solo con ocasion de las sensaciones las produzca mi espíritu.

No dicen que el ser sensitivo distingue unas sensaciones de otras por las diferencias que entre sí tienen estas mismas sensaciones: esto pide esplicacion. Cuando son diferentes las sensaciones, las distingue el ser sensitivo por sus diferencias cuando son semejantes, las distingue porque las siente unas fuera de otras. Sino, ¿como habia de distinguir en en una sensacion simultanea dos objetos iguales y precisamente fuera necesario que confundiese estos dos objetos, y los creyese uno mismo, especialmente en un sistema que pretende que no son estensas las ideas representativas de la estension.

Cuando se han percibido las dos sensaciones que se han de comparar, ya está hecha su impresion; cada objeto está sentido; los dos lo están, pero no

por eso está sentida su relacion. Si el juicio de esta relacion fuese una mera sensacion, y si únicamente me viniese del objeto, nunca me engallarian mis juicios, puesto que nunca es falso que sienta lo que siento.

¿Pues por qué me engaño yo acerca de las relaciones de estos tíos palos, sobretodo si no están paralelos? ¿Por qué digo, por ejemplo, que el palo chico es la tercera parte del grande, miéntras que no es mas que la cuarta? ¿Por que no es conforme la imágen, que es la sensacion, con su modelo, que es el objeto? Porque soy activo cuando juzgo, porque la operacion que compara es defectuosa; y porque mi entendimiento, que juzga las relaciones, mezcla sus errores con la verdad de las sensaciones que solo muestran los objetos.

Añádase á esto una reflexion que pasmará si se piensa bien en ella, y es que si fuéramos meramente pasivos en el uso de nuestros sentidos, no habria entre otros comunicacion ninguna; ni nos seria posible conocer que el cuerpo que tocamos, y el objeto que vemos, fuesen uno mismo. O nunca sentiríamos nada fuera de nosotros, ó habria para nosotros cinco sustancias sensibles, cuya identidad no tendriamos medio ninguno de conocer.

Demos tal ó cual nombre á aquella fuerza de mi espíritu que aproxima y compara mis sensaciones; llamémosla atencion, meditacion, reflexion, ó como queramos; siempre es cierto que está en mí y no en las cosas, que yo solo soy quien la produzco, aunque solo la produzca con ocasion de la impresion que en mí hacen los objetos. Sin ser árbitro de sentir á no sentir, lo soy de examinar mas ó ménos lo que siento.

Luego no soy un ser meramente sensitivo y pasivo, sino mi ser inteligente y activo; y diga lo que quiero la filosofía, me atreveré á pretender la honra de pensar. Solo sé que la verdad está en la cosas y no en mi espíritu que las juzga, y que cuanto ménos de mio pongo en los juicios que hago, mas cierto estoy de acercarme á la verdad de suerte que mi regla de abandonarme mas al sentimiento que á la razon, la confirma la razon misma.

Habiéndome asegurado, por decirlo así, de mí proprio, empiezo á mirar fuera de mí, y no sin estremecerme me contemplo arrojado, perdido en este vasto universo, y como anegado en la inmensidad de los seres, sin saber nada de lo que son, ni absolutamente, ni entre sí, ni con respecto á mí. Los estudio, los observo, y el primer objeto que se me presenta para compararlos, soy yo propio.

Todo cuanto percibo por los sentidos es materia, y deduzco todas las propiedades esenciales de la materia de las cualidades sensibles que me la hacen conocer, y que de ella son inseparables. Véola unas veces en movimiento, y otras en quietud ([82]); de donde colijo que no le son esenciales ni la quietud, ni el movimiento; pero que siendo el movimiento una accion es efecto de una causé cuya ausencia es la quietud. Asi cuando nada obra en la materia, no se mueve; y por lo mismo que es indiferente para la quietud y para el movimiento, es su estado natural permanecer en quietud.

En los cuerpos percibo dos especies de movimientos, conviene á saber movimiento comunicado y movimiento espontáneo. En el primero, es la causa motriz agena del cuerpo movido; y en el segundo, está la causa en el mismo cuerpo. No colegiré de aquí que elmovimiento de un relox de faltriquera, por ejemplo, sen espontáneo, porque si no obrase en él ninguna cosa agena del muelle no haria esfuerzo por enderezarse, ni tiraria la cuerda. Por la misma razon, tampoco concederé la espontaneidad ni los fluidos, ni aun al fuego que constituye su fluidez ([83]).

Preguntarme si son espontáneos los movimientos de los animales, y os diré que no lo sé, pero que la analogía induce á afirmarlo así. Tambien me preguntareis como sé yo que hay movimientos espontáneos, y os diré que lo sé porque lo siento.

Quiero mover mi brazo y le muevo, sin que tenga este movimiento otra causa inmediata que su voluntad. En balde fuera procurar destruir con argumentos esta íntima conciencia mia, que es mas fuerte que toda evidencia; tanto montaria probarme que no existo.

Si no hubiese espontaneidad ninguna en las acciones de los hombres, ni en nada de cuanto se hace en la tierra, todavía nos hallaríamos mas atascados para imaginar la causa primera de todo movimiento. Yo por mi, de tal manera me siento persuadido de que el estado natural de la materia es permanecer en quietud, y de que por sí misma no tiene fuerza ninguna para obrar, que al punto que veo un cuerpo que se mueve, juzgo, ó que es un cuerpo animado, ó que le ha sido comunicado el movimiento; y repugna mi espíritu á asentir ú una materia no organizada que por sí misma se mueva, ó que produzca alguna accion.

Sin embargo este universo visible es materia desparramada y muerta ([84]), que nada tiene en su todo de cuanto constituyo la union, la organizacion, el

sentimiento comun de las parles de un cuerpo animado, puesto que es cierto que nosotros, que somos partes, en manera ninguna nos sentimos en el todo. Este mismo universo está en movimiento; y en sus movimientos regulares, uniformes, sujetos á leyes constantes, nada tiene de aquella libertad que se parezca á los espontáneos del hombre y los animales. Luego no es el mundo un vasto animal que por sí propio se mueva; luego tienen sus movimientos una causa agena de él, la cual yo no percibo; pero la persuasion interna de tal manera me Lace sensible esta causa, que no puedo ver moverse el sol, sin imaginarme una fuerza que le empuja; ó si gira la tierra, creo que siento una mano que la hace girar.

Si es necesario admitir leyes generales cuyas relaciones escúdales con la materia no percibo yo, ¿qué habré adelantado? Estas leyes no son seres reales, sustancias, luego tienen algun otro fundamento que no conozco. Va experiencia y la observacion nos han dado á conocer las leyes del movimiento; estas leyes determinan los efectos sin manifestar las causas, y no bastan para explicar el sistema del inundo y los fenóménos celestes. Descartes formaba con cubos el cielo y la tierra; pero no pudo dar el primer vaivén á estos cubos, ni poner en accion su fuerza centrífuga, sin valerse del movimiento de rotacion. Newton ha encontrado la ley de la atraccion; pero la atraccion sola en breve reducirla el universo á una masa inmóvil, y ha sido necesario juntar con esta ley una fuerza proyectil, para hacer que describan curvas los cuerpos celestes. Díganos Descartes qué ley física ha hecho dar vueltas á sus torbellinos; muéstrenos Newton la diestro que ha lanzado á los planetas la tangente de sus órbitas.

No existen las primeras causas del movimiento en la materia; esta recibe el movimiento y le comunica, mas no le produce. Cuanto las observo la accion de las fuerzas de la naturaleza, que obran unas en otras, mas me convenzo que de efecto en efecto siempre vendremos á parar á una voluntad por causa primera; porque suponer un progreso infinito de causas, es no suponer ninguna. En una palabra, todo movimiento que no es producido por otro, solo puede proceder de un acto espontáneo, voluntario, los cuerpos inanimados no obran mas que por el movimiento, y no hay accion verdadera sin voluntad. Este es mi primer principio. Creo que una voluntad mueve el universo y anima la materia: este es mi primer dogma, ó mi primer articulo de fé.

¿Como una voluntad produce una accion física y corporal? No lo sé, pero esperimento que la produce en mi. Quiero obrar, y obro; quiero mover mi cuerpo, y se mueve; pero es cosa incomprensible y de que no hay ejemplo que un cuerpo inanimado y en quietud se venga á mover por sí mismo, ó produzca el movimiento. Por sus actos, y no por su naturaleza, me es notoria la voluntad: conozco á esta como causa motriz; pero concebir la materia produciendo el movimiento, es en términos claros concebir un efecto sin causa, es no concebir absolutamente nada.

Tan imposible es concebir como mi voluntad mueve mi cuerpo, cuanto lo es como mis sensaciones se imprimen en mi alma; y no atino por que ha parecido uno de estos misterios mas fácil de esplicar que el otro. Por lo que á mí toca, ora sea pasivo, ora activo, absolutamente incomprensible me parece el medio de union de ambas sustancias. Cosa es muy estraña que aleguen esta misma imposibilidad para confundir las dos sustancias, como si se esplicaran mas bien operaciones de tan distinta naturaleza con un solo sugeto que con dos.

Oscuro es el dogma que acabo de establecer, es cierto; pero al fui presenta un significadlo, y nada tiene que repugne ni á la razon, ni á la observacion: ¿podemos decir otro tanto del materialismo? ¿No es claro que si fuese el movimiento de esencia de la materia, seria inseparable de esta, que siempre estaria en el mismo grado, que seria él mismo siempre en cada porcion de materia, que seria incomunicable, que no podria aumentar ni disminuir, y que ni siquiera pudiéramos concebir la materia en quietud? cuando me dicen que el movimiento es en ella necesario, pero no esencial, quieren alucinarme con palabras que serian mas fáciles de refutar si algo mas significasen: porque ó le viene el movimiento á la materia de sí misma, y entónces es esencial de ella: ó si le viene de una causa estraña, solo es necesario en la materia en cuanto obra en ella la causa motriz; y volvemos entónces á la primera dificultad.

Las ideas generales y abstractas son el manantial de los mas crasos errores de los hombres; nunca hizo la gerigonza de la metafísica descubrir ni siquiera una verdad, y La llenado la filosofía de disparates que causan rubor, así que se les quitan las palabras retumbantes con que vienen disfrazados. Decidme, amigo mio, si cuando os baldan de una fuerza ciega esparcida en toda la naturaleza, ofrecen alguna idea á vuestro espíritu. Creen que con los vocablos vagos de fuerza universal, de movimiento necesario, dicen

algo, y no han dicho cosa ninguna. No es otra cosa la idea de movimiento que la de mudanza de un lugar á otro: no hay movimiento sin una direccion; porque no puede un ser individual moverse á la par en todos sentidos. ¿Pues en que sentido se mueve necesariamente la materia? ¿Tiene toda la materia en globo un movimiento uniforme, ó tiene cada átomo el suyo propio? Segun la primer idea, debe todo el universo formar una maso indivisible y sólida; segun la última, solo formará un Huido incoherente y desparramado, sin ser dable que nunca se reúnan dos átomos. ¿En qué direccion se efectuará este movilmente comun de toda la materia? ¿Será en linea recta ó circular, ácia arriba ó ácia abajo, á la derecha ó á la izquierda?

¿Si tiene cada molécula de materia su peculiar direccion, cuales serán las causas de todas esas direcciones y diferencias? Si no hiciese cada molécula de materia mas que girar sobre su propio centro, nunca saldria nada de su lugar, ni habria movimiento comunicado; y aun fuera necesario que este movimiento circular fuese determinado en algun sentido. Atribuir á la materia el movimiento por abstraccion, es decir una cota que nada significa; darle movimiento determinado, es suponer una causa que le determino. Cuanto mas multiplique las fuerzas particulares, mas causas nuevas tendré que esplicar, sin hallar nunca agente ninguno comun que las dirija. Lejos de poder imaginar órden ninguno en el concurso fortuito de los elementos, ni siquiera puedo imaginar su discordia, y mas incomprensible es para mí el cáos del universo que, su harmonía. Bien entiendo que pueda no ser inteligible para el espíritu humano el mecanismo del mundo; pero así que un hombre se mete á esplicarle, debe decir cosas que entiendan los hombres.

Si la materia movida me demuestra una voluntad, la materia movida segun ciertas leyes me demuestra una inteligencia: que es mi segundo artículo de fé. Obrar, comparar, escoger, son las operaciones de un ser activo y pensador: luego existe este ser. ¿Donde veis su existencia? vais á decirme. No solo en los cielos que giran, en el astro que nos alumbra; no solo en mí mismo, sino en la oveja que pace, en el pájaro que vuela, en la piedra que cae, en la hoja que se lleva el viento.

Juzgo del órden del mundo, aunque ignore para qué fin fué hecho, porque para jugar de este órden me basta comparar entre sí las partes, estudiar su concurso, sus relaciones, y notar su consonancia. No sé por que existe el universo; pero no dejo de ver como está modificado; no dejo de distinguir la interna correspondencia por la cual se dan mutuo auxilio los seres que le

componen. Soy semejante á el hombre que por la vez primera viese un flor de faltriquera abierto, que no dejaria de admirarle el trabajo, aunque rio supiese el uso de la máquina, ni viese el horario. No sé, diria, para que sirve todo esto; pero veo que cada pieza está hecha para las demas: me maravilla el artífice en lo circunstanciado de su trabajo, y estoy cierto de que todas estas ruedas, que así andan acordes, concurren á un fin comun con que no me es posible atinar.

Comparemos, los fines particulares, los medios, las velaciones coordinadas de todo género, luego escuchemos el sentimiento interno: ¿qué entendimiento sano se puede negar á su testimonio? ¿á qué ojos no preocupados no les anuncia el órden sensible del universo mía inteligencia suprema? ¡cuantos sofismas hay que aclarar para desconocer la harmonía de los seres, y el concurso admirable de cada pieza para la conservacion de las demas! Háblenme cuanto quieran de combinaciones y acasos: ¿qué sirve que me reduzcan al silencio, si no logran persuadirme? ¿y como me han de quitar el sentimiento voluntario que á mi despecho los desmiente? Si se combinaron de mil maneras los cuerpos organizados ántes de tomar formas constantes y si se formaron primero estómagos sin bocas, pies sin cabezas, manos sin brazos, órganos imperfectos de todo género que han perecido por no haberse podido conservar, ¿por qué no se ofrece ya á nuestra vista ninguna de estas pruebas informes? ¿por qué se ha prescrito al cabo la naturaleza lejos á que de primero no se habia sujetado? No debo estrañar que suceda una cosa cuando es posible, y cuando la dificultad del suceso la compensa la cantidad de suertes; así lo confieso. Si viniesen no obstante á decirme que unos caracteres de imprenta, tirados á la aventura, habian dado la Eneida toda entera, no me dignaria de dar un paso para verificar que era mentira. Os olvidais, me dirán, de la cantidad de suertes. ¿Pero cuantas de estas suertes es menester que suponga para invererosimil la combinacion? ¿Por mí, que sola una veo, tengo que apostar lo infinito contra uno que no es su produccion efecto del acaso. Añádase que suertes y combinaciones nunca darán otra cosa que productos de la misma natura loza que los elementos que se combinan, que nunca la organizacion y la vida resultarán de un choque de átomos, y que un químico que combine estos no fiará que en su crisol sientan y piensen ([85]).

Pasmado y casi escandalizado he leido á Nieuventit. ¿Cómo pudo probarse este hombre á componer un libro de las maravillas de la naturaleza

que manifiestan la sabiduria de su autor? Tan abultado como el mundo seria su libro, y no habria apurado la materia; y luego que uno quiere meterse á circunstanciar, se pierde de vista la mayor maravilla, que es la harmonía y la concordancia del todo. Sola la organizacion de los cuerpos vivientes y organizados es el abismo del espíritu humano; la insuperable valla que ha puesto la naturaleza entre las varias especies, para que no se confundieran, manifiesta sus intenciones con la mas palpable evidencia. No se ha contentado con establecer el órden, que ha tomado medidas ciertas para que nada le pudiera perturbar!.

No hay un ser en el universo que bajo algun aspecto no se le pueda considerar como centro comun de todos los demas, en torno del cual se coordinen todos, de suerte que todos son recíprocamente fines y medios unos con relacion á otros. Se pierde y se confunde nuestro espíritu en esta infinidad de relaciones, que ni una sola está perdida ó confundida en la naturales. ¡Cuantas suposiciones absurdas leyes que hacer para deducir esta harmonía del ciego mecanismo de la materia fortuitamente movida! En bable cubren su greguería los que niegan la unidad de intencion que se manifiesta en las relaciones de todas las partes de este gran todo, con abstracciones con coordinaciones, con principios generales con términos emblemáticos; bagan lo que quieran, no puedo yo concebir un sistema de seres tan constantemente ordenados, sin concebir una inteligencia que le ordene. Se pende de mí creer que baya podido la materia pasiva y muerta producir seres vivientes y sensitivos; que una fatalidad ciega haya podido producir seres inteligentes; que lo que no piensa haya podido producir seres que piensen.

Por tanto creo que está gobernado el mundo por una voluntad poderosa y sabia; lo veo así, ó mas bien lo siento, y me importa saberlo. ¿Pero es este mundo eterno ó criado? ¿Hay un principio único de las cosas? ¿Hay dos ó muchos; y cual es la naturaleza de ellos? No lo sé: ¿y qué me importa? Al paso que me interesen estos conocimientos, liaré esfuerzos por adquirirlos; basta tanto renuncio de ociosas cuestiones que pueden causar inquietudes á mi amor propio, pero que son inútiles para conducirme, y oscilen los alcances de mi razon.

Acordaos de que no dicto como doctrina mi dictámen, sino que le manifiesto. Ora sea eterna ó criada la materia, ora baya un principio pasivo ó no le haya, siempre es cierto que el todo es uno, y anuncia una inteligencia única; porque nada veo que no esté coordinado á un mismo sistema, y no con-

curra al mismo fin, conviene á saber la conservacion del todo en el órden establecido. Este ser que quiere y puede, este ser activo por sí mismo y finalmente este ser, sea cual fuere, que mueve el universo y coordina las cosas todas, le llamo yo Dios. A este nombre agrego las ideas de inteligencia, potencia y voluntad, que he reunido, y la de bondad, que es consecuencia necesaria de ellas, pero no por eso conozco mas bien al ser que habia llamado; igualmente se esconde á mis sentidos y á mí entendimiento; cuanto mas pienso en él, mas me confundo: sé con toda certeza que existe, y que existe por si mismo: sé que mi existencia está subordinada á la suya, y que todas cuantas cosas conozco se encuentran en el mismo caso. En todas partes reconozco á Dios en sus obras; le siento en mí, le veo en derredor de mi; pero así que quiero contemplarle en sí mismo, así que quiero indagar donde está, quien es, cual es su sustancia, huye de mí, y perturbado mi espíritu ninguna cosa distingue.

Penetrado de mi insuficiencia, nunca discurriré acerca de la naturaleza de Dios, si no me veo forzado por la conciencia de sus velaciones conmigo. Siempre son temerarios estos raciocinios, ni elche abandonarse á ellos un varon prudente sin estremecerse, y seguro de que no es capan de profundizarlos; porque lo que mas injurioso es para la divinidad no es que no pensemos en ella, sino que pensemos mal de ella.

Habiendo descubierto los atributos pollos cuales concibo su existencia, vuelvo á mí, y averiguo qué lugar ocupo en el órden de las cosas que gobierna la Providencia, y que puedo yo examinar. Sin disputa me encuentro en el primero por mi especie, puesto que por mi voluntad, y por los instrumentos que están en mi mano para ejecutarla, tengo mas fuerza para obrar en todos los cuerpos que me cercan, ó para aumentar ó atenuar la eficacia de su accion en mí, segun me conviene, que la que tiene ninguno de ellos para obrar en mí contra mi voluntad por solo el impulso físico; y por mi inteligencia soy el único que tiene inspeccion en el todo, ¿Qué ser en la tierra, si no es el hombro, sabe observar á todos los demas, medir, calcular, prever sus movimientos y afectos, y maridar, por decirlo así, el sentimiento de la comun existencia con el de su existencia individual? ¿Qué cosa tan ridícula es pensar que todo lo hizo Dios para mí, si soy yo el único que sabe referirlo todo á él?

Así es cierto que el hombre es el monarca de La naturaleza, á lo ménos en la tierra que habita, porque no solo doma los animales todos, no solo

dispone por su industria que los elementos, sino que solo él en la tierra sabe disponer de ellos, y se enseñorea por la contemplacion, hasta de los mismos asiros á que no puede acercarse. Enséñenme otro animal en la tierra que sepa hacer uso del fuego, que sepa maravillarse del sol. ¡Y que, no de poder observar y conocer los seres y sus relaciones, sentir qué cosa sea el órden, la beldad, la virtud contemplar el universo, enaltecerme hasta la mano que le rige; he de poder amar lo bueno, practicarlo, y me he de comparar á los brutos! Alma villana, tu triste filosofía es la que te hace semejante á ellos; ó mas ántes en balde pretendes envilecerte: tu ingenio reclama contra tus principios, tu benéfico pecho desmiente tu doctrina, y hasta el abuso de tus facultades comprueba en despecho tuyo su escelencia.

Yo por mí, que no tengo sistema que sustentar; hombre sencillo y verídico que no arrastra la manía de ningun partido, y que no aspiro á la honra de ser caudillo de secta, satisfecho con el puesto en que me ha colocado Dios, despues de él no veo cosa mejor que mi especie; y si hubiese de elegir mi lugar en el órden de los seres, ¿que otro mas alto pudiera elegir que ser hombre?

Ménos me ufana esta reflexion que me enternece; porque este estado no le elegí yo, ni era debido al mérito de un ser que aun no existia. ¿Como puedo mirarme tan privilegiado, sin darme el parabién de desempeñar tan honroso puesto, y bendecir la diestra que en él me colocó? De mi reflexion primera acerca de mí nace en mi corazon un afecto de gratitud y bendicion al autor de mi especie, y de este afecto, mi tributo primero á la Divinidad benéfica. Adoro el Supremo Poder, y me enternecen sus beneficios. No necesito que me enseñen este culto, que me le dicta la misma naturaleza. ¿No es natural consecuencia del amor de sí amar lo que nos ampara, y honrar lo que nos hace bien?

Pero, cuando para conocer luego mi puesto individual curen especie, contemplo su economía, sus gerarquías diversas, y los hombres que las ocupan, ¿donde estoy? ¡Que esperpento! ¿Qué se ha hecho el órden que habia observado? ha imagen de la naturaleza solo me presentaba harmonía y proporciones; la del lenguage humano solo ofrece confusion y desorden, Berna la concordia entre los elementos; ¡y se hallan los hombres en el caos! Los brutos son felices; ¡su rey solo es miserable. ¡O sabiduría! ¿donde están tus leyes? ¡O Providencia! ¿asi gobiernas el mundo? Ser benéfico, ¿qué es de tu poder? Veo el mal sobre lo faz de la tierra.

¿Creeriais, a un amigo mio, que de estas tristes reflexiones y estas entreabre; contradicciones se formaron en mi entendimiento las sublimes ideas del alma; que basta aquí no habian resultado de mis investigaciones? Meditando acerca de la naturaleza del hombre, creí descubrir en él dos principios distintos: uno que le elevaba al estudio de las eternas verdades, al amor de la Justicia y de la belleza moral, á las regiones del mundo intelectual en cuya contemplacion se cifran las delicias del sabio; y otro que le retraia soezmente á si mismo, que le esclavizaba al imperio de los sentidos, y de las pasiones, que son ministros suyos, y por ellas cortaba el vuelo á cuantas ideas grandes y nobles le dictaba el sentimiento del primero. Sintiéndome arrastrado, embutido por estos dos contrarios movimientos, decia entre mí: no, el hombre no es uno; yo quiero, y no quiero; á la par me siento esclavo y libre; veo lo bueno, lo apruebo, y obra mal, soy activo cuando escucho la razon, pasivo cuando me arrastran mis pasiones; y cuando me rindo, mi tormento mas duro es sentir que podia hacer resistencia.

Escuchad sin desconfianza, mancebo, que yo seré ingenuo siempre. Si la conciencia es obra de las preocupaciones, errado voy sin duda, y no hay moral demostrada; mas si es natural propension ti el hombre anteponerse á todo, y si no obstante es innato el primer sentimiento de la justicia en el corazon humano, remueva estas contradicciones el que hace al hombre un ser simple, y no reconozco entónces mas que una sola sustancia.

Notad que por la voz sustancia curtiendo en general el ser dotado de una cualidad primitiva, haciendo abstraccion de toda modificacion particular ó secundaria: de suerte que si todas las cualidades primitivas que conocemos se pueden reunir en un mismo ser, no debemos admitir mas que una sustancia; pero si hay cualidades que recíprocamente se escudan, habrá tantas sustancias diferentes cuantas esclusiones de esta especie puedan hacerse. Reflexionareis vos esto; á mí, diga Locke lo que quisiere, me basta conocer la materia como estensa y divisible, para estar cierto de que no puede pensar; y cuando venga un filósofo á decirme que sienten los árboles y piensan las peñas, en balde me enredará en sutiles argumentos, que solo podré reputarle un sofista de mala fe, que mas quiere dar sentimiento á las piedras, que otorgar al hombre un alma ([86]).

Supongamos un sordo que niegue la existencia dé los sonidos, porque nunca han hecho impresion en su oido. Pongo delante de él un instrumento da cuerdas, y tengo tocar su ilusion en un instrumento oculto, el sordo ve

vibrar la cuerda, y le digo yo, el sonido es el que hace eso. Nada de eso, me responde; la causa de la vibracion de la cuerda está en ella misma; es cualidad comun de todos los cuerpos el vibrar así. Pues mostradme, le replico, esta vibracion en los otros cuerpos, ó á lo ménos su causa en esta cuerda. No puedo, irme dice el sordo; pero porque no concibo como vibra esa cuerda, ¿quereis que vaya á esplicarlo por medio de vuestros sonidos de que no tengo la mas leve idea? Eso es esplicar un oscuro oscuro por una causa mas oscura todavía. O haced que sienta yo vuestros sonidos, ó digo que no existen.

Cuanto mas reflexiono acerca del pensamiento y la naturaleza del espíritu humano, mas me convenzo de que se parece el raciocinio de los materialistas al de este sordo; y efectivamente sordos son á la voz interior, que en un tono que es difícil no escuchar les grita: una maquina no piensa, no hay movimiento ni figura que produzca la reflexión: alguna cosa dentro de tí procura romper los vínculos que te estrechan: no es el espacio tu medida, ni es el orbe entero bastante vasto para tí; tus afectos, tus descose, tu inquietud, tu misma soberbia tienen otro principio que ese estrecho cuerpo en que le sientes encadenado.

Ningun ser material es activo por sí propio, y yo lo soy. En balde me lo disputan, que lo siento así; y este sentimiento que en mí habia es mas fuerte que la razon que le oponen. Tengo un cuerpo en que obran los otros, y que obra en ellos: es indubitable esta accion recíproca, pero mi voluntad es independiente de mis sentidos, consiento ó resisto, me rindo ó soy vencedor; y siento perfectamente en raí propio cuando hago lo que he querido hacer, ó cuando no hago otra cosa que ceder á mis pasiones. Siempre tengo potencia para querer, no siempre fuerza para ejecutar. Cuando me dejo llevar de las tentaciones, obro segun el impulso de los objetos estemos; cuando me eolio en cara esta flaqueza, solo escucho mi voluntad: soy esclavo por mis vicios, y libre por mis remordimientos; solo cuando me depravo, y cuando finalmente estorbo que se levante la voz del alma contra la del cuerpo, se borra en mí la conciencia de mi libertad.

La voluntad solo la conozco por la íntima conciencia de la mia, y no tengo mas conocido el entendimiento. Cuando me preguntan cual es la causa que determina mi voluntad, pregunto yo cual es la que determina mi juicio; porque es claro que estas dos causas no son mas que una sola; y sí comprendemos bien que es activo el hombre en sus juicios, que su entendimiento no

es mas que la potestad de comparar y juzgar, venimos que la libertad es otra potestad semejante, ó derivada de aquella; elige el bien como ha juzgado la verdad; y si erróneamente juega: dige mal. ¿Pues cual es la causa que determina su voluntad? Su juicio. ¿Y cual es la que determina su juicio? Su facultad inteligente, su potestad de jugar; la causa determinante la tiene dentro de sí mismo. En pasando unas adelante, nada entiendo.

Sin duda no soy libre para no querer mi propio bien, no soy libre para querer mi mal; pero en eso mismo se cifra mi libertad, en que solo lo que me conviene puedo querer, ó lo que pienso que me conviene, sin que ninguna cosa agena de mi me determine. ¿Se infiere que de mi no sea árbitro, de que no soy árbitro de ser otro que yo?

Reside el principio de toda accion en la voluntad de un ser libre y no es posible subir mas arriba. La voz que no significa nada no es la de libertad, que es la de necesidad. Suponer algun acto, algun efecto que no derive de un principio activo, es verdaderamente suponer efectos sin causa, incurrir en el círculo vicioso. O no hay primer impulso, ó todo primer impulso no tiene escusa ninguna anterior, y no ha y verdadera voluntad sin libertad. Luego el hombre es libre en sus acciones, y como tal animado por una sustancia inmaterial; este es mi tercer articulo de fé. De estos tres primeros con facilidad colegiréis todos los demas, sin que siga yo contándolos.

Si es activo y libre el hombre, obra por si propio; todo cuanto hace libremente está fuera del sistema ordenado por la Providencia, y no puede ser imputado á esta. No quiere Dios el mal que hace el hombre, cuando este abusa de la libertad que le da; pero no le estorba que le llaga, ora porque de parte de un ser tan flaco es nulo este mal á sus ojos, ora parque no pudiera estorbarlo sin violentar su libertad, y hacer mayor mal abajando su naturaleza, hizóle libre no para que obrase mal, sino bien por su eleccion; púsole en estado de que hiciera esta eleccion, usando bien de las facultades de que le dotó; pero de tal manera limitó sus fuerzas, que no pudiese, abusando de la libertad que le dejó, perturbar el órden general. En el hombre recae el mal que este hace, sin variar en nada el sistema del mundo, y sin estorbar que á despecho de sí mismo se conserve el género humano. Quejarse de que no le impida Dios que obre mal, es quejarse de que le hizo de escelente naturaleza, de que juntó con sus acciones la moralidad que las ennoblece, y de que le dió derecho á la virtud. La dicha suprema es el contento de si propio; y para merecer este contento somos moradores de la tierra y dotados de lib-

ertad, somos tentados por las pasiones y enfrenados por la conciencia. ¿Qué mas podia hacer en beneficio nuestro la misma potencia divina? ¿Podia hacer contradictoria nuestra naturaleza, dando el premio de las buenas obras á quien no tuviese la potestad de obrar mal? ¡Qué! ¿por estorbar que fuese malo el hombre, le habia de ceñir al instinto, y hacerle bruto? No, Dios de mi alma, nunca te acusare de que formaste á imagen luya la mia, pava que como tú pudiera yo ser libre, venturoso y bueno.

El abuso de nuestras facultades es lo que nos hace desventurados y malos. De nosotros nos vienen nuestros pesares, nuestras zozobras, nuestras congojas, el mal moral sin disputa es obra nuestra, y nada fuera el mol físico sin nuestros vicios que nos le han hecho sensible. ¿No nos hace sentir nuestras necesidades la naturaleza para nuestra conservacion? ¿No es señal el dolor corporal de que se descompone la maquina, y aviso para que acudamos al remedio? La muerte.... ¿No envenenan los malos su vida y la nuestra? ¿Quién querria vivir siempre en medio de ellos? Es la muerte el remedio de los males que os haceis; no ha querido la naturaleza que siempre padecieseis la cuan pocos males vive sujeto el hombre que vive en la primitiva sencillez! sin dolencias casi como sin pasiones, ni prevée ni siente la muerte; cuando la siente, le hacen que la desee sus achaques, y no es ya entónces para él un mal. Si con ser lo que somos nos contentáramos, no tendriamos por qué lamentar nuestra suerte; pero afanando por un imaginario bien-estar, nos acarreamos mil males reales. Mucho que padecer le aguarda á quien no sabe aguantar un leve dolor. El que con el desarreglo de su inda ha estragado su constitucion, y con remedios quiere restablecerla, al mal que siente añade el que tome; la prevision de la muerte se la torna horrible y se la acelera ¡cuanto mas se esfuerza á huir de ella, mas la siente; y toda su villa está muerto de susto, querellándose de la naturaleza por los males que ofendiéndola se ha hecho él á sí propio.

Hombre, no busques el autor del mal; que este autor eres tú mismo, no existe otro mal que el que tú haces ó padeces, y uno y otro vienen de ti. El mal general solo se puede hallar en el desdicen, y en el sistema del mundo veo un desden que nunca se desmiente. El mal particular solo consiste en el sentimiento del ser que placiere; y no ha recibido el hombre este sentimiento de la naturaleza, sino que él se le ha dado, el dolor poco de donde asirse en quien esta siendo reflexionado poco, no tiene prevision ni memoria.

Quitad nuestros fatales adelantamientos, quitad nuestros errores y nuestros vicios, quitad la obra del hombre, y todo esta bien.

Donde todo está bien no hay injusticia. La justicia es inseparable de la bondad; la bondad es por consiguiente efecto necesario de una potencia ilimitada y del amor de sí, esencial de todo ser que se siente. El que todo lo puede esplaya, por decirlo así; su existencia con la de los seres. Producir y conservar son el acto perpetuo de la potencia, que no obra en lo que no existo; Dios no es el Dios de los muertos, y no pudiera ser destructor y malo sin perjudicarse. El que lo puede todo solo puede querer lo que es bueno ([87]). Luego el Ser soberanamente bueno, porque es soberanamente poderoso, tambien debe ser soberanamente justo; sin lo cual se contemplaria á si propio, porque el amor del órden que da origen al órden se llama *bondad*, y el amor del órden que le conserva se llama *justicia*.

Dios, dicen, nada debe á sus criaturas, lo creo que les debe todo cuanto les prometió cuando les dio el ser; y prometerles un bien es darles la idea, y hacerles que sientan la necesidad de él. Cuanto mas me retraigo dentro de mí, cuanto mas me examino, mas claro leo escritas estas palabras en mi alma: *se justo y y serás feliz*. Mas no es así si contemplamos el actual estado de cosas; prospera el malo, y el justo vive oprimido. Ved la indignacion que con nosotros escita mirar frustrada esta esperanza. Exáltase la conciencia y murmura contra su autor; gimiendo le grita: me has engañado.

¡Te he engañado, temerario! ¿quién te lo ha dicho? ¿Está tu alma aniquilada? ¿Has cesado de existir? ¡O Bruto, ó hijo mio! ¡no amancilles en la muerte tu noble vida, no dejes en los campos de Filipo con tu cadáver tu gloria y tus esperanzas! ¿Por qué dices que la virtud no es nada: cuando va la tuya á gozar la paga merecida? Piensas que vas á morir: no, á vivir vas, y entónces cumpliré yo todo cuanto te he prometido.

Dijéramos, al oir las murmuraciones de los impacientes mortales, que les debe Dios la recompensa ántes que el mérito, y que está obligado á pagar adelantada su virtud. ¡O! seamos primero buenos, y luego seremos felices. No exijamos el premio ántes de la victoria, ni el salario ántes de la faena. No son coronados en la liza, decía Plutarco, los vencedores de nuestros juegos sacros, sino despues que toda la han corrido.

Si os inmaterial el alma, puede sobrevivir al cuerpo; y si lo sobrevive, está justificada la Providencia. Cuando no tuviese otra prueba de la inmate-

rialidad del alma que el triunfo del malo y la opresion del justo en este mundo, esto solo me quitaria toda duda. Tan manifiesta contradiccion y tan chocante disonancia en la universal harmonía haria que procurase resolverla. Diria: no se acalla todo para nosotros con la vida, todo torna al órden con la muerte á la verdad me veria atascado con la cuestion de saber donde esta el hombre, cuando se destruye todo lo sensible que habia en 61 y mas no es sola dificultad ninguna para mí, que he reconocido en él dos sustancias. Cosa muy sencilla es que percibiéndolo todo por mis sentidos durante mi vida corporal, se me esconda lo que en la esfera de estos no se halle. Cuando se ha disuelto la union del cuerpo con el alma, concibo que se puede destruir el uno y conservar la otra. ¿Porqué la destruccion de aquel ha de acarrear la de esta? Por el contrario, como son de tan distinta naturaleza, se hallaban por su union en un estado violento; y cuando cesa esta union, vuelven ambas á su natural estado: y la sustancia activa y viviente recobra toda aquella fuerza que gastaba en moverla pasiva y muerta.

¡Ay! en demasía me hacen sentir mis vicios, que solo es media vida laque vive el hombre en la tierra, y que hasta la muerte del cuerpo no empieza la vida del alma.

¿Pero cual es esta vida? ¿es inmortal el alma por su naturaleza? No lo sé. Mi entendimiento limitado nada concibe sin límites; todo lo que llaman infinito se me esconde. ¿Qué puedo negar ó afirmar, qué raciocinios hacer acerca de lo que no puedo concebir? Creo que sobrevive el alma al cuerpo lo bastante parala conservacion del órden: ¿quien sabe si lo bastante para que dure siempre? Concibo no obstante como se gasta y se destruye el cuerpo con la division de sus parles, mas no pueda concebir semejante destruccion del ser pensador; y no imaginándome de qué modo puede morir, presumo que no morirá. Una vez que me consuela esta presuncion, y que no pugna con la razon, ¿por qué he de dásela? abandonarme á ella?

Siento mi alma, la conozco por el sentimiento y el pensamiento; sé que existe, sin saber cual es su esencia; que no puedo discurrir sobre ideas que no tengo. Lo que sé, es que la identidad del yo solo se prolonga por la memoria, y que pava ser efectivamente el mismo, es preciso que me acuerde de haber sido. Ahora bien, no pudiera acordarme despues de mi muerte de lo que he sido durante mi vida sin tambien acordarme de lo que he sentido, y por consiguiente de lo que he hecho; y no dudo de qué constituya un dia esta memoria la felicidad de los buenos y el suplicio de los mal-

os. En la tierra mil ardientes pasiones observen el sentimiento interno, y acallan el remordimiento. Los desaires, los sinsabores que acarrea el ejercicio de las virtudes, estorban que se sienta su embeleso todo. Pero cuando libres de las ilusiones que nos causan el cuerpo y los sentidos, gocemos de la contemplacion del Ser Supremo y de las eternas verdades cuyo manantial es él; cuando embargue todas las potencias de nuestra mente la beldad del órden, y cuando únicamente nos ocupemos en comparar lo que habernos hecho con lo que debimos hacer, entónces recobrará la voz de la conciencia su fuerza y poderío; entónces el deleite puro que nace del contento de si propio, y el amargo desconsuelo de haberse envilecido, distinguirán con inagotables sentimientos el destino que cada lino se hubiere preparado. No me pregunteis, ó buen amigo mio si habrá otras fuentes de pena y gloria y no lo sé: y las que me imagino bastan pava consolarme en esta vida, y hacerme esperar otra. No digo que serán remunerados los buenos; ¿porque, qué otro bien puede esperar un ser es consciente, que vivir conforme á su naturaleza? digo, sí, que serán felices, porque habiéndolos criado sensibles su autor, el autor de toda justicia, no los crió para padecer; y no habiendo ellos abusado en la tierra de su libertad, no han frustrado por culpa suya su destino: no obstante han padecido en esta vida, serán por tanto indemnizados en la otra. Ménos estriba este sentir en los méritos del hombre que en la nocion de bondad que me parece inseparable de la divina esencia. No hago otra cosa que suponer la observancia de las leyes del órden, y Dios constante consigo mismo ([88]).

No me pregunteis tampoco si serán perdurables las penas de los malos, y si se aviene con la bondad del autor de su ser el condenarlos perpetuo tormento; tambien lo ignoro y no tengo la vana curiosidad de abordar cuestiones superfluas. ¿Qué me importa lo que ha de ser de los malos? Tan poco me interesa su suerte. Todavía creeré con dificultad que sean condenados á eternos suplicios. Si se venga la suprema Justicia, se venga en esta vida: vosotras, ó naciones, vosotras y vuestros errores sois los ministros suyos. Los males que os haceis los emplea en castigar los delitos que os les han acarreado. En vuestros insaciables pechos, roídos de envidia, de avaricia y de ambicion, las vengativas pasiones castigan vuestras maldades en medio de vuestra engañosa prosperidad. ¿Qué es necesario buscar el infierno en la otra vida, si desde esta reside en el corazon del perverso?

Donde se acaban nuestras perecederas necesidades, donde cesan nuestros dementes deseos, tambien deben de cesar nuestras pasiones y nuestros delitos. ¿De qué perversidad han de ser capaces unos espíritus puros? ¿Cuando de nada necesiten, por qué han de ser malos? Si, sueltos de nuestros torpes sentidos, se sufra toda su felicidad en la contemplacion dé los seres, solo lo bueno pueden querer: ¿y es posible que el que cesa de ser malo sea por siempre miserable? Esto es lo que me inclino á creer, sin tener afán por resolverme, ¡O ser clemente y bueno! sean los que fueren tus decretos, los adoro: sí en toda la eternidad castigas á los malos, mi flaca razon se anonada ante tu justicia; mas si el tiempo ha de apagar los remordimientos de estos desventurados, si han de tener fin sus males, y si la misma paz nos espera á todos un dia, te doy las gracias, ¿No es el malo hermano mio? ¡Cuantas veces he temido tentacion de imitarle ¡Despréndase con su miseria de la malignidad que la acompañaba; sea feliz como yo; y lejos de escitar mi envidia su dicha, se acrecentará con ella la mia.

Contemplando de esta suerte á Dios en sus obras, y estudiándole por aquellos atributos suyos que me importaba conocer, he llegado á esplayar y aumentar por grados la idea, primero imperfecta y limitada, que me formaba de este ser inmenso. Pero si se ha hecho mas noble y mas vasta esta idea, tambien ménos proporcion guarda con la razon humana. Al paso que en espíritu me acerco á la luz eterna, me turba y me deslumbra su resplandor, y me veo precisado á abandonar todas las nociones terrenales que me ayudaban. Eso es ya Dios sensible y corpóreo; la suma inteligencia que gobierna el inundo no es ya el mismo mundo: en balde exalto y trabajo mí mente en concebir su incomprensible esencia. Cuando contemplo que ella es la que da actividad y viciad la sustancia viviente y activa que gobierna los cuerdos animados; cuando me dicen que mi alma á es espiritual, y que Dios es un espíritu, me enoja este apocamiento de la divina esencia; como si fueran de la misma naturaleza Dios y mi alma; como si no fuera Dios el único ser absoluto, el único verdaderamente activo, el que siente, piensa, quiere por si mismo, y del cual Imitemos recibido el pensamiento, el sentimiento, la actividad, la voluntad, la libertad y el ser. Solo porque quiere que seamos libres, lo somos; y es su inexplicable sustancia con respecto á nuestras almas lo que son nuestras almas con respecto á nuestros cuerpos. ¿Ha criado la materia, los cuerpos, los espíritus, el mundo? no lo sé. La idea de creacion me confunde y escedo mi capacidad; la creo hasta donde puedo concebirla; pero sé que ha formado él universo y todo cuanto existe.; que todo lo ha he-

cho, todo lo ha ordenado. Sin duda Dios es eterno; ¿pero puede abarcar mi espíritu la idea de eternidad? ¿Porqué me he de contentar con voces sin ideas? Concibo sí que es ántes que todas las cosas, que será miéntras estas subsistieren, y mas allá, si hubiese Lodo da acabarse un dia. Si un ser que yo no concibo da la existencia á otros seres, oscuro es esto ó incomprensible; pero que se conviertan por sí mismos el ser y la nada uno en otro, es tan palpable contradiccion y un absurdo visible.

Dios es inteligente; pero ¿como lo es? El hombre es inteligente cuando discurre, y la inteligencia suprema no necesita discurrir; para ella no hay premisas ni consecuencias; tampoco hay proposicion: es meramente intuitiva igualmente ve todo cuanto es y todo cuanto puede ser; todas las verdades son para ella una sola idea, como todos los lugares un solo punto, y todos los tiempos un momento solo. La potencia humana obra por medios, la potencia divina obra por sí misma. Dios puede porque quiere; su voluntad constituye su poder. Dios es bueno, no hay cosa mas manifiestas; pero la bondad es en el hombre el amor de sus semejantes, y la bondad de Dios es el amor del órden; porque por el órden mantiene cuanto existe, y liga con el todo cada parte. Dios es justo; estoy convencido de ello, y es á consecuencia de su bondad: la injusticia de los hombres es obra de ellos, no de Dios: el desorden moral, que contra la Providencia da testimonio á los ojos de los filósofos, la demuestra á los míos. Pero la justicia humana consiste en dar á cada uno lo que le pertenece, y la divina en pedirle á todos cuenta de lo que les ha dado.

Y si llego sucesivamente á descubrir estos atributos de que no tengo idea absoluta ninguna, es porque camino por consecuencias forzosas, y haciendo buen uso de mi razon; pero los afirmo sin comprenderlos, y en la realidad esto es no afirmar nada En balde digo: Dios es de tal manera, lo conozco, y lo pruebo; pero no por eso concibo como puede ser Dios de tal manera.

Finalmente, cuanto mas me afano en contemplarla infinita esencia, ménos la concibo; pero existe, eso me basta; cuanto juntos la concibo, mas la adoro. Humillado lo digo: Ser de los seres, yo existo porque tú existes; meditando sin cesar en el encumbro hacia mi fuente mal uso mas sublime de mi razon es anonadarse en tu presencia; el rapto de mi espíritu, el embeleso de mi flaqueza es mirarme absorto en la grandeza tuya.

Habiendo deducido de esta manera las principales verdades que me importaba averiguar, de lo impresion de los objetos sensibles y del sentido interno que me incita á que juzgue de las causas segun mis luces naturales, fáltame ahora indagar qué máximas de conducta debo sacar de ellas, y qué reglas me he de prescribir para desempeñar mi destino en la tierra segun la intencion del que en ella me ha puesto. Siguiendo siempre mi método, no saco estas reglas de les principios de una recóndita filosofía: pero las bailo en lo interior de mi corazon, grabadas en indelebles caracteres por la naturaleza. Bástame con consultarme acerca de lo que quiero hacer: Lodo cuanto siento que es bueno, es bueno á todo cuanto siento que es malo; es malo: el mejor de todos los casuisticas es la conciencia; y solo cuando altercamos con ello, recien ménos á las sutilezas del raciocinio. La primera solicitud nuestra es por nosotros mismos: no obstante; ¡cuantas veces nos dice la VOZ interior que, procurando por nuestro bien á costa del ageno obramos mal! Pareamos que seguimos el impulso de la naturaleza, y lo resistimos; escuchamos lo que dice á nuestros sentidos, y nos desentendemos de lo que grita en nuestros corazones: el ser activo obedece, el pasivo manda. La conciencia es la voz del alma, las pasiones son las del cuerno. ¿En estrado épico se contradigan con tanta frecuencia estos dos idiomas? ¿y cual debemos en tal caso eren; hará tan á menudo nos engaña la razon que nos sobra derecho para recusarla; pero nunca nos engaña la conciencia, que es la verdadera guia del hombre, y es con respecto al alma lo que es el instinto con respecto al cuerpo ([89]): quien la sigue obedece á la naturaleza, y no tome descarriarse. Importante es este punto, prosiguió mi bienhechor, viendo que le iba yo á interrumpir: permitid que me detenga algo mas en aclararle.

Consiste toda la moralidad de nuestras acciones en el juicio que formamos de ellas nosotros mismos. Si es cierto que lo bueno sea bueno, debe serlo en lo interior de nuestro corazon, como en nuestras obras; y la paga primera de la virtud es sentir uno que la practica. Si es conforme la bondad moral con nuestra naturaleza, no puede el hombre tener sano y bien constituido el espíritu, sino en cuanto es bueno: si no lo es, y si es malo el hombre naturalmente, no puede dejar de serlo sin corromperse; y no es en él la bondad otra cosa que un vicio contra la naturaleza. Destinado á hacer daño á sus semejantes, como el lobo á degollar la obeja, un hombre humano fuera un animal tan depravado como un lobo compasivo; y sola la virtud nos dejara remordimientos.

Volvamos á nuestro interior, mi amado jóven; examinemos, dejando aparte todo interes personal; adonde propenden nuestras inclinaciones. ¿Qué espectáculo es para nosotros mas alagüeño, el de la dicha ó el de los tormentos ágenos? ¿Qué es lo que con mas gusto hacemos, y lo que despues que lo liemos hecho nos deja mas grata impresion, un acto de beneficencia, ó un agravio? ¿Por quién os interesais en vuestros teatros? ¿Os causan complacencia los delitos atroces? ¿verteis lágrimas por, el castigo de los facinerosos que los cometieron? Todo es indiferente para nosotros, dicen, ménos nuestro interes; y es todo lo contrario: los atractivos de la amistad, de la humanidad, nos consuelan de nuestros pesares; y, aun en nuestros gustos, estaríamos muy solitarios, y seriamos muy miserables si no tuviésemos con quien participarlos. Si no hay afecto moral ninguno en el pecho humano, ¿de donde le vienen esos rebatos de admiracion de las heroicas acciones, esos raptos de amor de los ánimos sublimes? ¿Qué relacion tiene con nuestro interes privado este entusiasmo de la virtud? ¿Por qué quisiera yo ser Caton que despedaza sus entrañas, mas que no Cesar triunfante? Quitad de nuestros corazones el amor de la belleza, y quitáis todo el embeleso de la vida. Aquel en cuya mezquina alma han sofocado las villanas pasiones estos deliciosos afectos; aquel que, á puro reconcentrarse dentro de si, consigue no amar mas qucá sí propio, no siente mas rebatos; nunca palpita de jubilo su helado corazon, nunca humedece sus párpados una suave ternura, de nada disfruta; no siente, no vive el malhadado, es ya cadáver.

Pero sea cual fuere el número de malos en la tierra, pocas hay de aquellas almas cadavéricas que, escepto su interes, se han tornado insensibles á todo cuanto es justo y bueno. Solo nos agrada la Iniquidad, en cuanto nos aprovechamos de ella; en todo lo demas queremos que sea amparado el inocente. ¿Vemos en una calle, ó en un camino real un acto de injusticia ó da violencia? al punto se suscita en lo Interior de nuestro corazon un movimiento de indignacion y cólera, que nos persuado á tomar la defensa del oprimido; pero nos contiene una obligacion mas poderosa, y nos quitan las leyes el derecho de ampararla inocencia. Si por el contrario presenciamos un acto de clemencia y generosidad, ¡que de amor, qué de admiracion nos inspira! ¿Quién es el que no dice: yo quisiera haber hecho otro tanto? Cierto, muy poco nos importa que haya sido inicuo ó justo un hombre, dos mil años hace; y no obstante nos mueve el mismo interes en la historia antigua, que si hubieran sucedido aquellos acontecimientos en nuestro tiempo. ¿Qué me hacen á mí los delitos de Catalina? ¿Tengo miedo de ser víctima

suya? ¿Pues por qué le miro con tanto horror como si fuera mi contemporáneo? No solo aborrecemos á los malos porque nos hacen mal, sino porque son malos. No solo queremos nosotros ser felices y tambien queremos la felicidad agena; y esta felicidad, cuando no nos cuesta nada, aumenta la nuestra. Finalmente aun á su despecho tiene uno compasion de los desventurados; y padece con su mal quien de el es testigo. Ni aun los mas perversos pueden desprenderse totalmente de esta propension, que á veces los pone en contradiccion consigo mismos. El forajido que desnuda á los caminantes todavía cubre la desnudez del pobre; y el asesino mas feroz sustenta al hombre que cae desmayado.

Hablan del grito del remordimiento, que castiga en secreto los delitos ocultos, y á veces los hace patentes. ¡Ay! ¿quién de nosotros no oyó nunca esta importuna voz? Hablamos por esperiencia, y quisiéramos sofocar este tiránico afecto que tanto tormento nos causa. Obedezcamos á la naturaleza, conoceremos con cuanta dulzura reina, y qué embeleso, cuando la hemos escuchado, hallamos en damos buen testimonio de nosotros mismos. El malo se teme y se huye; se divierte saliendo de sí propio; vuelve en torno de si ojos inquietos y busca un objeto que le distraiga; sin la amarga sátira, sin la sarcástica mofa, siempre estaria triste; su único gusto es la risa que escarnece. Por el contrario, la serenidad del justo es interior; no es su risa de malicia, sino de alegría: en sí propio lleva la vena de ella; tan alegre está solo como en mitad de una concurrencia; y no saca su contentamiento de los que se acercan á el, que se les comunica.

Poned la vista en todas las naciones del mundo recorred las historias todas; en medio de tantos inhumanos y extravagantes cultos, en medio de esa portentosa diversidad de costumbres y caracteres, en todas partes encontrareis las mismas ideas de justicia y honestidad, en todas los mismos principios de moral, en todas tas mismas nociones del bien y el mal. El antiguo paganismo fraguó Dioses abominables que hubieran sido castigados en la tierra, como facinerosos, y que no ofrecían otra imagen de la suprema felicidad que atrocidades que cometer, y pasiones que saciar. Pero en vano descendía de la morada eterna el vicio armado de una autoridad sagrada; que el instinto moral lo repelía lejos del corazon humano. Los que celebraban la disolucion de Júpiter, tributaban su admiracion á la continencia de Xenocrates; adoraba la casta Lucrecia á la impúdica Venus; sacrificaba al Pavor el llamado intrépido; invocaba al Dios que mutiló á su padre; y sin

exhalar una queja, recibía la muerte de mano de la suya luis divinidades mas despreciables fueron acatadas por los mas altos varones. La voz sacrosanta de la naturaleza, mas recia que la de los Dioses, se hacia respetar en la tierra, y parecía que aprisionaba el delito con los culpados allá en los cielos.

Así que en lo interior le nuestras almas hay un principio innato de justicia y virtud, conforme al cual juzgamos, á despecho de nuestras propias máximas, por buenas ó malas las acciones agenas y las nuestras; y á este principio doy yo nombra de conciencia.

Pero al oir esta voz, se suscitan por todas parles los clamores de los pretensos sabios. Errores de la infancia, preocupaciones de la educacion, esclaman todos unánimes. Nada hay en el espíritu humano mas que lo que se introduce en él polla esperiencia, y no juzgamos de cosa ninguna, como no sea por las ideas adquiridas. Aun hacen mas; se atreven á desechar esta universal y evidente concordancia de todas las naciones; y contra la uniformidad que resplandece en los juicios de los hombres, van á buscar en las tinieblas algun oscuro ejemplo conocido de ellos solos; como si aniquilara la depravacion de un pueblo todas las propensiones de la naturaleza, y como si, así que se encuentran monstruos, nada fuera ya la especia. ¿Pero de qué sirve al escéptico Montaigne el afan que se toma pura desenterrar en un rincon de la tierra una costumbre opuesta á las nociones de la justicia? ¿De qué le sirve conceder á los más sospechosos viageros una autoridad que les niega á los autores mas fidedignos? ¿Destruirán acaso algunos inciertos y estrambóticos estilos, fundados en causas locales, la general induccion que se saca del concurso de todos los pueblos, opuestos en todo lo demas, y en este punto solo concordes? O Montaigne, tú que te alabas de ingenuidad y veracidad, sé sincero y verídico, si puedo serlo un filósofo, y nadie se halla un pais en la tierra donde sea delito guardar el ser clemente, generoso, benéfico; donde sea despreciable á hombre de bien, y el pérfido honrado.

Cada uno, dicen, contribuye al bien público por su ínteres. ¿Pues de donde viene que oí justo contribuye á él en detrimento suyo? ¿Que es correr á morir por su propio interes? Sin duda nadie obra que no sea por su bien; pero si no hacemos cuenta de los bienes morales, nunca explicaremos por el interes personal mas acciones que las de los malos; y es de creer que nadie hará la tentativa de esplicar las otras. Muy abominable filosofía fuera aquella que se atollara en las acciones virtuosas; que no pudiera zafarse de las

dificultades, sin fraguar paro ellas soeces intenciones y motivos ágenos de la virtud; que se viera forzada á envilecer á Sócrates y calumniar á Régulo. Si semejantes doctrinas pudieran brotar en nuestro pais, se suscitarla sin cesar contra ellas, la voz de la naturaleza, juntamente con la de la razon, y no dejaria ni ó uno solo de sus partidarios la disculpa de que lo fuese de buena fé.

No es mí ánimo meterme aquí en discusiones metafísicas que escoden mi capacidad y la vuestra, y que en la realidad á nada conducen. Ya os he dicho que no queria filosofar con vos, sino ayudaros á que consulteis vuestro corazon. Cuando se probasen todos los filósofos del mundo que me engaño, si sentis vas que lleva razon, no quiero otra cosa.

No es menester mas para esto que distinguir nuestras ideas adquiridas de nuestros afectos naturales, porque necesariamente sentirnos untes de conocer; y como no aprendemos á querer nuestro bien y evitar nuestro mal, sino que la naturaleza nos infunde esta voluntad, del mismo modo son en nosotros el amor de lo bueno y el odio de lo malo tan naturales como el amor de nosotros mismos. Se son los actos de la conciencio juicios, son afectos: aunque todas nuestras ideas nos vienen de lo estertor, los afectos que las valúan son internos, y por ellos solos conocemos la discrepancia ó analogía que existe entre nosotros y las cosas que debemos evitar ó buscar.

Para nosotros existir es sentir; nuestra sensibilidad es indisputablemente anterior á nuestra inteligencia, y ántes de tener ideas hemos tenido afectos ([90]). Sea cual fuere la causa de nuestro ser, ha provisto esta á nuestra conservacion dándonos afectos que convienen con nuestra naturaleza; y no puede negarse que á lo ménos estos sean innatos. Estos afectos por lo que hace al individuo, son el amolle si, el miedo del dolor, el horror de la muerte, el deseo del bien-estar. Pero si el hombre es sociable, como no lo podemos dudar, por su naturaleza, ó formado á lo ménos para serlo, solo lo puede ser por afectos innatos relativos á su especie; porque si meramente atendemos á la necesidad física, es cierto que debe esta dispersar á los hombres ántes que aproximados. Ora, del sistema moral formado por estas dos especies de relaciones consigo mismo y con sus semejantes, nace el impulso de la conciencia del hombre. No es amar lo bueno, el conocerlo: no tiene el hombre esto conocimiento innato; pero al punto que se lo da á conocer su razon, le incita la conciencia á que lo ame; y este afecto, sí, que es innato.

Por tanto no creo, amigo mio, que sea cosa imposible esplicar por consecuencias de nuestra naturaleza el principio inmediato de la conciencia, aun sin dependencia de la razon. Aun cuando fuera imposible, no seria necesario; porque una vez que los que niegan este principio reconocido y admitido por todo el lenguage humano no prueban que no exista, sino (pie se ciñen á afirmarlo; cuando afirmamos nosotros que existe, tanto fundamento tenemos como ellos, y ademas milita por nosotras el testimonio interno, y la voz de la conciencia, que da testimonio en favor de si propia. Si nos deslumbran los primeros albores del juicio, y al principio confunden los objetos á nuestra vista, aguardemos á que se vuelvan á abrir y se fortifiquen nuestros flacos ojos; y en breve tornaremos á ver estos mismos objetos con la luz de la razon, como nos los mostraba desde, luego la naturaleza: ó mas ántes seamos mas sencillos y ménos vanos; ciñámonos á los afectos primeros que dentro de nosotros bailamos, puesto que al cabo nos vuelve á ellos el estadio, cuando no nos ha descarriado.

¡Conciencia, conciencia, divino instinto; inmortal voz del Cielo; guía segura de un ser ignorante y flaco, empero inteligente y libre; infalible juez de lo bueno y lo malo, que haces al hombre semejante á Dios! tú constituyes la escelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones; sin tí, nada siento en mí que me ensalzo sobre los brutos, como no sea el privilegio triste de descarriarme de errores en errores en pos de un entendimiento sin reglas y de una razon sin principios.

Gracias al cielo, que estarnos ya libres en todo ese espantable aparato de filosofía; que podemos ser hombres suelen ser doctos; no tendremos precision de gastar nuestra vida estudiando la moral, que á ménos costa liemos hallado guía mas seguro en el inmenso laberinto de opiniones humanas. Pero no basta con que baya este guia, es menester saber conocerle y seguirle. ¿Si habia con los corazones de todos, por que hay tan pocos que le entiendan? ¡ha! porque nos habla la lengua de la naturaleza, miéntras que todo contribuye á que de ella nos olvidemos. Tímida es y medrosa la conciencia, se complace en la paz y el retiro; el mundo y el bullicio la asustan: las preocupaciones, de que la fulgen luja, son sus mas crueles enemigos; se huye ó se calla en su presencia; la estrepitosa voz de estas ahoga la suya, y estorba que sea oída; el fanatismo se atreve á contrahacerla, y á dictar en su nombre el delito. A. fuerza de verse despedida, al fin se hostiga; enmudece, y no nos

responde; y despues de haberla despreciado largo espacio, cuesta tanto Llamarla corno costó espoléela.

¡Cuantas veces me he fatigado en mis investigaciones rail la frialdad que en mí sentía! ¡Cuantas veces me hicieron inaguantables mis primeras meditaciones el aburrimiento y la tristeza que vertían sobre ellas sus ponzoñas! Mi árido corazon se entregaba con tibio y desmayado zelo al amor de la verdad. Decía yo: ¿por qué me he de afanar en buscar lo que no existe? EL bien moral es una patraña; no hay otra cosa buena que los deleites sensuales. ¡O! ¡cuan difícil es recobrar el gusto de los deleites del al ni a, cuando una vez se ha perdido!; y cuanto mas difícil adquirirle quien nunca le ha tenido! Si existiese un hombre tan miserable, que en toda su vida nada hubiese hecho cuya memoria lo dejase contento consigo mismo y satisfecho de haber vivido, fuera Incapaz este hombre de conocerse nunca; y no habiendo sentido la bondad que conviene á su naturaleza, permaneceria malo por fuerza, y seria eternamente infeliz. ¿Creeis empero que haya en todo el orbe un solo hombre tan depravado, que no baya abandonado nunca su corazon á la tentacion de obrar bien? Tan natural es y tan suave esta tentacion, que no es posible resistir siempre á ella; y la memoria del deleite que una vez ha causado basta para que se nos acuerde de ella sin cesar. Por desdicha, al principio es penosa de satisfacer; se hallan mil razones para negarse á la inclinacion de su corazon; le coarta una falsa prudencia en los límites del yo humano; son necesarios mil esfuerzos de valor para atreverse á dejárselos aíras. Complacerse en obrar bien, es el premio de las buenas obras, premio que no se alcanza sin haberlo ántes merecido; No hay cosa mas amable que la virtud; pero es preciso gozar de ella, para hallarlo así. Cuando queremos abrazarla, semejante al Proteo de la fábula, se reviste al principio de mil espantosas figuras, y al fin solamente se deja ver en la suya de aquellos que no han soltado presa.

Embatido sin cesar por mis naturales afectos que me hablaban en favor del interes comun, y mi razon que todo lo referia á mí, toda mi vida hubiera tatuado en esta alternativa continua, obrando mal, amando lo bueno, y siempre contrario á mí mismo, si no hubieran otras nuevas luces iluminado su corazon si la verdad, que fijó mis opiniones, no hubiera tambien afianzado mi conducta, y me hubiera puesto acorde conmigo. En balde queremos apoyarla virtud en sola la razon: ¿qué basa sólida le podemos dar? Dicen que la virtud es el amor del órden, ¿Pero acaso puede mas conmigo y debe poder

mas este amor que el de mi bien-estar? Denme una razon clara y suficiente para que yo le prefiera á este. En la realidad su pretenso principio os un mero juego de vocablos, porque yo tambien digo que el vicio es el amor del órden, tomándole en otro sentido. Un órden moral hay en todas partes donde hay sentimiento ó inteligencia. La diferencia consiste en que el bueno se coordina con referencia al todo, y el malo coordina el todo con referencia á él. Este se Lace el centro de todas las cosas; el otro mide su radio, y se queda en la circunferencia. Entónces está coordinado con referencia al centro comun, que es Dios, y con referencia á todos los círculos con céntricos, que son las criaturas. Si no existe la Divinidad, el malo solo discurre; el bueno es un insensato.

¡O Hijo mio! ¡ojalá que sintáis un dia de qué carga se encuentra uno aliviado, cuando despues de haber agotado la vanidad de las opiniones humanas, y probado lo amargo de las pasiones, halla en fin tan cerca de si la vereda de la sabiduría, el premio dé los afanes de esta vida, y la fuente de ¡la felicidad de que habia desesperado! Todas las obligaciones de la ley natural, borradas casi de mí corazon por la injusticia de los hombres, se retratan en el en nombre de la justicia eterna que me las impone, y me las ve desempeñar. Ya solo siento en mi la obra y el instrumento del gran Ser que quiere el bien y que le hace, y que hará el mio por el concurso de mi voluntad con la suya, y el buen uso de mi libertad: me conformo con el órden que ha establecido, seguro de disfrutar yo un dia de este órden, y encontrar en él mi felicidad; ¿porque, qué felicidad hay mas dulce que sentirse coordinado en un sistema en que está bien todo? Acometido del dolor, le llevo en paciencia contemplando que es transitorio, y que viene de un cuerpo que no es mio. Si hago sin testigo una buena accion, sé que es vista, y saco testimonio para la otra vida de mi conducta en esta. Cuando padezco una injusticia, digo: el justo Ser que todo lo gobierna sabrá indemnizarme de ella; las necesidades de mi cuerpo, las miserias de mi vida me linean mas tolerable la idea de la muerte, que esos ménos vínculos tendré que romper, cuando sea fuerza abandonarlo todo.

¿Por qué está mi alma sujeta á mis sentidos, y encadenada á este cuerpo que la esclaviza y la apremia? No lo sé: ¿me fuéron comunicados acaso los juícios de Dios? Pero puedo formar sin temeridad modestas conjeturas. Digo que si hubiera permanecido libre y puro el espíritu humano, ¿qué mérito contraeria en amar y seguir el órden que viese establecido, y que

ningun interes tuviese en perturbar? Cierto es que seria feliz; pero faltaria á su felicidad el mas alto grado, la gloria de la virtud y el buen testimonio de si; seria semejante á los ángeles, y sin duda el varon virtuoso será nías que ellos. Unida el alma con un cuerpo mortal con vínculos no ménos poderosos que incomprensibles, el afan de la conservacion de este cuerpo la escita á que todo lo refiera á él, y le da un interes contrario al órden general, que no obstante es capaz de ver y amar; entónces el buen uso de su libertad viene á ser al mismo tiempo el mérito y la recompensa, y se labra una inalterable felicidad, peleando contra sus pasiones terrenales, y manteniéndose en su voluntad primera.

Y si aun en este estado de abatimiento en que durante esta vida nos hallamos son legitimas todas nuestras inclinaciones, si todos nuestros vicios provienen de nosotros. ¿por que nos quejamos de que somos dominados por ellos? ¿Por qué achacamos al autor de las cosas los males que nos hacemos nosotros, y los enemigos que contra nosotros armamos? ¡Ha! no estraguemos al hombre, y siempre será bueno sin dificultad, siempre toca sin remordimientos. Los culpados que se pretenden forzados al delito son tan mentirosos como perversos: ¿como no ven que la flaqueza de que se se quejan es obra de ellos propios; que proviene su primera depravacion de su voluntad; que á fuerza de querer ceder á las tentaciones, al cabo les ceden en su despecho, y las hacen irresistibles? Sin duda que ya no pende de ellos el no ser malos y flacos; pero de ellos pendió el no tornarse tales. ¡Oh ¡cuan fácilmente permaneciéramos árbitros de nosotros y de nuestras pasiones, aun durante esta vida, si, cuando aun no están formados nuestros hábitos, cuando se empieza el entendimiento ¿abrir, supiéramos ocuparle en los objetos que debe conocer para valuar los que no conoce, si quisiéramos sinceramente ilustrarnos, no para lucirnos á los ojos ágenos, sino para ser buenos y cuerdos segun nuestra naturaleza, para hacernos felices con el cumplimiento de nuestras obligaciones! Si nos parece fastidioso y arduo este estudio, consiste en que, cuando pensamos en el, ya estamos estragados por el vicio, y abandonados ya á nuestras pasiones. Antes que conozcamos lo bueno y lo malo, ya hemos sentado nuestros juicios; y refiriéndolo todo luego á esta falsa medida, á nada le atribuimos su justo valor.

Una edad hay en que libre todavía el corazon, pero ardiente, inquieto, y ansioso de la felicidad que no conoce, la busca con curiosa Incertidumbre, y engañado por los sentidos se fija el fin en su vana imagen, y presume hallar-

la donde no reside. Sobrado tiempo han durado en mí estas ilusiones. ¡Ay! que las he conocido muy tarde, y no he podido totalmente disiparlas, y durarán tanto como este cuerpo mortal que las causa, á lo ménos en balde me seducen, que ya no me engañan; las tengo en lo que son: las sigo despreciándolas: y lejos de mirar en ellas el objeto de mi felicidad, veo su rémora. Así aspiro al instante en que, libre de los grillos del cuerpo, sea yo sin contradiccion, sin particion, y en que solo necesite de mí para ser feliz; entre tanto, desde esta vida lo soy, porque estimo en poco todos sus males, porque la contemplo como agena de mi ser, y porque de mi pende todo el bien que puedo sacar de ella.

Para encumbrarme de antemano, en cuanto ser puede, á este estado de felicidad, de fuerza y libertad me ejercito en las sublimes contemplaciones. Medito en el órden del universo, no para esplicarle con sistemas vanos, sino para maravillarme de él sin cesar, para adorar al sabio autor que en él se hace sentir. Converso con él, embebo todas mis facultades en su divina esencia; me enternezco con sus beneficios, le bendigo por sus dádivas; pero no oro. ¿Qué le habia de pedir? ¿que por mí mudara el curso de las cosas, que obrara milagros en beneficio mio? No, esto ruego temerario mereceria ser castigado mas bien que escuchado. Tampoco le pido la potestad de obrar bien: ¿por qué le he de pedir lo que me habia dado? ¿No me ha dado la conciencia para amar lo bueno, la razon para conocerlo, la libertad para elegirlo? Sí obro mal, no tengo disculpa; obro porque quiero: pedirle que mude mi voluntad, fuera pedirle lo que me pide él; fuera querer que hiciera él mi faena, y que cobrara yo el salario; no estar satisfecho con mi estado, fuera no querer ser hombre, fuera querer otra cosa de lo que existe, fuera querer el desorden y el mal. ¡Manantial de justicia y verdad, Dios clemente y bueno! confiado en tí, el supremo deseo de mi corazon es que se cumpla tu voluntad. Uniendo con ella la mía, hago lo que haces tú, me conformo con tu bondad, y creo que gozo adelantada la suma felicidad que es su paga.

Con una justa desconfianza de mí propio, la única cosa que le pido, ó mas bien que de su justicia aguardo, es que rectifique mi error si voy descaminado, y si este error me es peligroso. Aunque de buena fe, no por eso me repulo infalible: las opiniones mías, que mas ciertas me parecen: son acaso otras tantas falsedades: porque, ¿qué hombre no está adicto alas suyas? ¿Tí cuantos están en todo conformes? en balde viene de mí la ilusion que me engaña, él es el único que de ella puede sanarme. He hecho cuanto he podido

por alcanzar la verdad, perú es la muy alta su fuente: cuando me faltan las fuerzas para ir mas adelante, ¿en qué puedo ser culpado? A ella le loca acercarse.

Habia hablado con vehemencia El BUEN SACERDOTE; estaba conmovido, y yo tambien lo estaba: me figuraba que oía el divino Orfeo cantar los primeros himnos, y enseñar á los hombres el culto de los Dioses. Veia no obstante una muchedumbre de objeciones que oponerle, y no le opuse ni una, porque eran ménos sólidas que enredosas, y porque militaba la persuasion en su favor. Al paso que volaba en mi su conciencia, parecía que la mía me confirmaba cuanto habia él dicho.

El sentir que me acabais de esponer, le dije, me parece mas nuevo por lo que confesáis que no sabeis, que por lo que decis que creeis. Con corta diferencia hallo en en él teísmo ó la religion natural, que la afectacion de los cristianos confunde con el ateísmo ó La religion; doctrina que es la Diametralmente opuesta. Pero en el actual estado de mi fe tengo que subir ántes que bajar para admitir algunas opiniones, y encuentro que es dificultoso quedarse cabalmente en el punto en que estais, á ménos de ser tan cuerdo como vos. Para ser á lo ménos tan sincero, quiero consultar conmigo. El sentido interno es el que á ejemplo vuestro me debe guiar, y vos mismo me habeis ensenado que no es negocio de un momento el hacer que responda, cuando por largo espacio le hemos hecho que enmudeciese. Vuestros razonamientos los llevo en mi corazon; es necesario que los medite. Si despues de haberme mirado bien en ello, quedo tan convencido como vos, sereis mi postrer apóstol, y yo seré prosélito vuestro hasta la muerte. Seguid no obstante instruyéndome: solo me habeis dicho la mitad de lo que debo saber. Hablad me de la revelacion, de las escrituras, de esos dogmas oscuros por los cuales desde mi niñez voy vagando, sin poder ni concebirlos ni creerlos, y sin saber admitirlos ni desecharlos.

Sí, hijo mio, me respondió dándome un abrazo, acabaré de deciros lo que pienso; no quiero abriros á medias mi pecho; pero era necesario el deseo que me manifestais para autorizarme á no tener con vos reserva ninguna. Hasta aquí nada os he dicho que no creyera que podia seros provechoso, y de que no estuviera yo íntimamente persuadido. Muy distinto es el exámen que me queda que hacer; solo descubro confusion, oscuridad, misterio, y camino con incertidumbre y desconfianza. Me determino temblando, y mas bien que mi dictamen os digo mis dudas. Si fuera mas estable vuestro sentir,

titubearia para deciros el mio; pero en el sentido en que os hallais, sacaréis ventaja de pensar como yo ([91]). En cuanto á lo demas, no atribuyais á mis palabras mas autoridad que la de la razon: no sé si voy errado. Dificultoso es que quien argumenta no tome alguna vez el estilo afirmativo; pero acordaos de aquí aquí todas mis aseveraciones son meros motivos de dudar. Indagad vos mismo la verdad, que yo por lo que á mí hace solo os prometo buena fe.

En mi esposicion solo habeis visto la religion natural; cosa estrada es que sea necesaria otra. ¿Por donde he de venir yo en conocimiento de esta necesidad? ¿Cual puede ser mi culpa en servirá Dios segun las luces que ha dado á mi entendimiento, y segun los afectos que inspira á mi corazon? ¿Qué pureza de moral, qué dogma provechoso para el hombre y que honre ¿su autor, puedo yo sacar de una doctrina positiva, que no pudiera sin ella sacar del buen uso de mis facultades? Mostradme lo que podamos añadir, para gloria de Dios, para bien de la sociedad, y para mi utilidad propia, á las obligaciones de la ley natural, y qué virtud derivareis de un culto nuevo, que no sea consecuencia riel mio. Por la razon sola adquirirnos las mas altas ideas de la Divinidad. Mirad el espectáculo de la naturaleza, escuchad la voz interior: ¿no lo ha dicho Dios todo á nuestros ojos, á nuestra conciencia, á nuestro juicio? ¿Qué mas nos han de decir los hombres? Con sus revelaciones no hacen mas que avillanar á Dios, atribuyéndole las pasiones humanas, Lejos de poner en claro las nociones del gran Ser, veo que las complican los dogmas particulares; que lejos de ennoblecerlas, las envilecen; que añaden absurdas contradicciones á los incomprensibles misterios que lo cercan; que hacen soberbio, intolerante, cruel al hombre que en vea de cimentar la paz en la tierra, la talan á hierro y fuego. Me propongo la cuestion para qué sirve todo esto, y no sé qué respuesta dar. Solo veo los delitos de los hombres y las miserias del linaje humano.

Dícenme que era necesaria una revelacion para ensenar á los hombres de qué modo queria Dios ser servido en prueba de ello asignan lo diversidad de los extravagantes cultos que han instituido, y no miran que esta misma, diversidad proviene de la manía de las revelaciones. Así que les ocurrid á los pueblos hacer que Dios hablara, cada uno lo hizo hablar á su modo, y decir lo que él quiso. Si solamente hubieran escuchado lo que dice Dios al corazon del hombre, nunca habria habido mas que una religion en la tierra.

Era necesario un culto uniforme; sea en buen hora: ¿pero tan importante era este punto, que fuese preciso todo el aparato de la potencia divina para establecerle? No confundamos con la religion el ceremonial de la religion. El culto que pide Dios es el del corazon; y este, cuando es sincero, siempre es uniforme. Vanidad muy loca es figurarse que tanto interes tome Dios en la forma del vestido del sacerdote, en el órden de las palabras que pronuncia, en los ademanes que hace en el altar, y en todas sus genuflexiones. He, amigo mio, empínate lo mas que puedas, siempre te quedarás al ras de lo tierra. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad: esta es la obligacion de todas las religiones, de todos les países, y de todos los hombres. En cuanto al culto esterior, si debe ser uniforme para el buen órden, ese es mero asunto de policía, y no se necesita para eso revelacion.

No hice al principio todas estas reflexiones. Llevado de las preocupaciones de la educacion, y de aquel peligroso amor propio que siempre quiere poner al hombre mas alto que su esfera, no pudiendo encumbrar mis conceptos locos hasta el gran Ser, me afanaba por bajarle hasta mi. Acercaba las relaciones infinitamente distantes que median entre su naturaleza y la mía: queria mas inmediatas comunicaciones, instrucciones mas precoces; y no contento con hacer que Dios se semejara al hombre, para ser yo privilegiado entre mis semejantes, queria sobrenaturales autos, queria un culto esclusivo, queria que me hubiera dicho Dios lo que á otros no habia dicho lo que no habian otros entendido como yo.

Considerando el punto ó que habia llegado como el punto comun de donde salían todos los creyentes para llegar á un culto mas ilustrado, solo hallaba en los dogmas de la religion natural los elementos de toda religion. Contemplaba esa diversidad de sectas que reinan en el mundo, y que se acusan mutuamente de error y mentira; preguntaba: *¿cual es la buena?* y me respondía cada uno: la mía; decía cada uno: yo solo y mis partidarios pensamos bien; todos los demas van errados. *¿Y como sabeis que es buena vuestra secta?* Porque lo ha dicho Dios ([92]) ¿Y quién os dijo que lo habia dicho Dios? Mi pastor que lo sabe. Mi pastor me dice que haga esto; y lo creo; me asegura que mienten todos los que dicen otra cosa que él, y no los escucho.

¿Con que no es ama misma la verdad pensaba yo y lo que para mí es verdad puede ser para otro mentira? ¿Si es uno mismo el método al que sigue el camino recio y del que va descarriado, qué mérito ó qué culpa mas licué

uno que otro? Efecto es del acaso su eleccion; es una Iniquidad imputársela; es recompensar ó castigar por haber nacido en tal ó cual pais. Atreverse á decir que nos juzga Dios de ese modo, es agraviar su justicia.

O son buenas y agradables á Dios todas las religiones, ó si hay una que prescriba él á los hombres, y los castigue porque no la conocen, le ha dado indicios ciertos y manifiestos para que la distingan y conozcan por la única verdadera: estos indicios son de todos tiempos y de todo pais, sensibles igualmente para todos los hombres grandes y chicos, ignorantes y sabios, Europeos, Indios, Africanos, sal vagos. Si hubiera una religion en la tierra, fuera de la cual solo hubiese pena eterna, y si en un pais cualquiera del mundo no le hubiera hecho impresion su evidencia á un solo mortal de buena fe, seria el Dios de esta religion el mas inicuo y el mas cruel de los tiranos.

¿Buscamos sinceramente la verdad? pues no atribuyamos nada al derecho del nacimiento de la autoridad de nuestros padres y pastores, pero acrisolemos al exámen de la conciencia y la razon todo cuanto nos enseñaron desde nuestra niñez. Vano es clamarme: sujeta tu razon; lo mismo me puede decir el que me engañe; para sujetar mí razon necesito razones.

Toda la teología que puedo adquirir por mí propio, con la contemplacion del universo y el buen uso de mis facultades, se cinc á lo que ántes os he esplicado. Para saber mas, es menester echar mano de medios extraordinarios. Estos medios no pueden ser la autoridad de los hombres; porque no siendo hombre ninguno de distinta especie que yo, todo cuanto él naturalmente conoce puedo yo conocerlo, y otro hombre se puede engañar lo mismo que yo: cuando creo lo que él dice, no es porque lo dice, sino porque lo prueba. Así el testimonio de los hombres no es otro en la realidad que el de mi razon misma, y nada añade á los medios naturales que me ha dado Dios para conocer la verdad.

Apóstol de la verdad, ¿qué me teneis que decir que no pueda juzgarlo yo? Dios mismo ha hablado; escuchad su revelacion. Eso es otra cosa. Dios es otra hablado: cierto gran palabra es esa. ¿Y á quién ha hablado? ¿á hablado á los hombres. ¿Pues por qué no he oido yo lo que ha dicho? Ha encargado á otros hombres que os repitiesen sus palabras. Ya entiendo: son hombres los que me vienen á decir lo que Dios ha dicho. Mas hubiera querido habérselo oido á Dios mismo y no le hubiera costado mas trabajo, y hubiera

yo estado exento de seduccion. Os preserva de ella manifestando la mision de sus enviados. ¿Como así? Con milagros. ¿Y donde están esos milagros? En los libros. ¿Y quién ha compuesto esos libros? Hombres. ¿Y quién ha visto esos milagros? Hombres que los aseguran. ¡Con que siempre testimonios humanos! ¡siempre hombres que me cuentan lo que han contado otros hombres! ¡Cuantos hombres entre Dios y yo! Hagamos no obstante, examinemos, compararemos, verifiquemos. ¡O! si se hubiera dignado Dios de dispensarme de todo este tráfago, ¿le habria servido yo con ménos buena voluntad.

Contemplad, amigo mio, en que horrible descuido me he metido; de cuan inmensa erudicion he menester para subir á las mas remotas antigüedades, para examinar, pesar, confrontarlas profecías, las revelaciones, los sucesos, todos los monumentos de fe propuestos en todos los países del inundo, para señalar las épocas, los lugares, los autores, las ocasiones.

¡Cuan acendrada crítica necesito para distinguir las piezas auténticas dé las supuestas, para compararlas objeciones con las respuestas las versiones con los originales, piara decidir de la imparcialidad de los testigos, de su sano juicio, de sus luces; para saber si no han suprimido nada, nada medido, nada invertido, mudado ó falsificado; para remover las contradicciones que aun quedan; para fallar acerca del peso que debe tener el silencio de los contrarios en los hechos que cernirá ellos se alejan; si conocido son estas alejaciones; si han hecho de ollas el suficiente aprecio para responder; si eran tan comunes los libros, que fuesen á sus manos los nuestros; si hornos tenido la buena fe bastante para dejar correr entre nosotros las suyas, y que subsistiesen sus mas fuertes objeciones como ellos las habian hecho!

Reconocidos por indisputables todos estos monumentos, luego es necesario venir á las pruebas de la mision de sus autores; es necesaria saber á fondo las leyes de las suertes, las probabilidades eventivas, para fallar que prediccion se puede cumplir sin milagro; la índole de los idiomas originales para distinguir lo que en estos idiomas es prediccion, de lo que solo es figura oratoria; qué sucesos se hallan en el órden de la naturaleza, y cuales salen de este órden; para decir hasta que pinito puede un hombre astuto fascinar los ojos de los simples, y pasmar hasta las personas ilustradas; averiguar de qué especie ha de ser un portento, y qué autenticidad ha de tener, no solo para ser creído; sino para que merezca ser castigado quien de él dudare; comparar las pruebas dé los falsos y verdaderos milagros, y hallar reglas

ciertas paro discernirlos: en fin decir por qué escogió Dios para comprobar su palabra, medios que tienen ellos tanta necesidad de ser comprobados, como si se mofase de la credulidad de los hombres, y evitase á sabiendas los verdaderos medios de persuadirlos.

Supongamos que se digne la magestad divina abajarse lo bastante para hacer á un hombre órgano de sus voluntades; ¿es cosa racional y justa exigir que obedezca todo el género humano á la voz de este ministro sin dársela á conocer por tal? ¿Es equitativo no darle otras credenciales que algunos signos particulares obrados á presencia de pocas personas oscuras, y que todos los demas hombres nunca sabrán de otro modo que por oídas? En todos los países del inundo, si se tuviesen por verdaderos todos los portentos que la plebe y los simples dicen que han visto, seria cada secta la buena; mas portentos habria que sucesos naturales; y el mejor de todos los milagros fuera que donde hay fanáticos perseguidos no hubiese milagros.

El inalterable órden de la naturaleza es lo que pone mas potente la diestra sabia que la rige; si sucedieran frecuentes escepciones, no sabria que decirme; y creo muy de veras en Dios para creer en tantos milagros que son tan indignos de él.

Si viene un hombre hablándonos en este estilo: mortales yo os anuncio la voluntad del Altísimo; á mi voz reconoced al que me envia; mando que el sol mude su curso, que las estrellas se coloquen de distinto modo, que los montes se abajen, que las ondas se levanten, que tome otro semblante la tierra. ¿Quién al instante no reconoceria en estas maravillas al árbitro de la naturaleza? Esta no obedece ú los impostores; sus milagros se hacen en encrucijadas, en páramos, en aposentos; y allí fascinan á su antojo un corto número de espectadores ya dispuestos á creerlo todo. ¿Quién se atreverá á decirme cuantos testigos de vista son necesarios para que sea fidedigno un portento? Si vuestros milagros á destinados á probar vuestra doctrina, necesitan ellos de pruebas, ¿para que sirven? lo mismo se adelantaba no haciéndolos.

En fin falta el exámen mas importante en la doctrina que se anuncia porque puesto que los que dicen que Dios hace milagros en la fierra pretenden que los imita algunas voces el diablo, con los portentos mas bien averiguados no estamos mas adelantados que antes; y una vez que, aun en presencia de Moises, se atrevian los magos de Faraon á hacer los mismos

signos que aquel Inicia, por órden espresa de Dios, ¿por que en ausencia suya no habrían aspirado á la misma autoridad con los mismos títulos? Con que así, despues de haber probado la doctrina con el milagro, es preciso probar el milagro con la doctrina ([93]), para no atribuir la obra del demonio á obra de Dios, ¿Que pensais de este círculo vicioso?

Como viene esta doctrina de Dios, debe traer estampado el sagrado carácter de la Divinidad; no solo debe aclararlas ideas confusas que acerca de ella ha bosquejado el raciocinio en nuestra mente, sino que tambien debe proponernos un culto, una moral, y máximas que convengan á los atributos por solos los cuales concebimos su esencia. De suerte que al meramente nos enseñase cosas absurdas y disparatadas, si solo nos inspirase afectos de aversion á nuestros semejantes y de susto de nosotros mismos, si nos pintase un Dios airado, adoso, vengativo, parcial, rencoroso con los hombres, un Dios de guerra y de combates, dispuesto siempre á destruir y á fulminar, siempre hablando de tormentos, de penas, y que se alaba de castigar aun á los inocentes; este Dios terrible no atraeria mi corazon, y me guardaria de dejarla religion natural por abrazar estotra; porque bien veis que de necesidad habria que elegir. Se es vuestro Dios el nuestro, dijera yo ú sus sectarios. El que empieza escogiendo un pueblo solo, y proscribiendo lo demas del linage humano, no es el padre comun de los hombres; el que destina al fuego eterno la mayor parte de sus criaturas, no es el Dios clemente y bueno que me ha manifestado mi razon.

Esta en cuanto á los dogmas me dice que deben ser claros, luminosos, de una evidencia que dé golpe. Si es insuficiente la religion natural, es por la oscuridad que deja en las altas verdades que nos ensena: á la revelacion toca enseñamos estas verdades de un modo palpable para el espíritu humano, ponerlas á su nivel, hacer que las conciba para que las crea. Por el entendimiento se fortalece y se afianza la fe; la mas clara es infaliblemente la mejor de todas las religiones: el que carga de misterios y contradicciones él culto que me predica, me enseña con eso mismo á que me desconfié de él. No es un Dios de tinieblas el Dios que yo adoro, ni me ha dotado de entendimiento para vedarme que haga uso de que decirme que sujete mi razon, es agraviar á su autor. Un ministro de la verdad no tiraniza la razon, que la alumbra.

Hemos dejado aparte toda autoridad humana, y sin esta no veo como puede convencer un hombre á otro cuando le predica una doctrina dis-

paratada, Hagamos por mi instante que se agarren, estos dos hombres, y averigüemos lo que se podrán decir con aquella aspereza de estilo tan general en ambos partidos.

EL INSPIRADO.

La razon os enseña que el todo es mayor que la parte; pero yo os enseño, de parte de Dios, que la parte es la que es mayor que el todo.

EL ARGUMENTISTA.

¿Y quién sois vos para atreveros á decirme que se contradice Dios? ¿A quién he de creer mas bien, á él que me enseña por la razon las verdades eternas, ó á vos que de su parte me anunciáis un absurdo?

EL INSPIRADO.

A mí; porque mí instruccion es mas positiva; y voy á probaros de un modo invencible que él es quién me envia.

EL ARGUMENTISTA.

¡Como! ¿me probaréis que Dios es quien os envia á dar testimonio contra el? ¿De qué género han de ser vuestras pruebas para convencerme de que es mas cierto que me bable Dios por boca vuestra que por el entendimiento que me ha dado?

EL INSPIRADO.

¡El entendimiento que os ha dado!!Hombre mezquino y vano! ¡como si fueseis vos el primer impío que con su razon estragada se descarria por el pecado!

EL ARGUMENTISTA.

Varon de Dios, tampoco fuerais vos el primer bellaco que en prueba de su mision ofrece su arrogancia.

EL INSPIRADO.

¡Qué! ¡tambien dicen denuestos los filósofos!

EL ARGUMENTISTA.

Algunas veces; cuando les dan ejemplo los santos.

EL INSPIRADO.

¡O! yo tengo derecho para deciros, que hablo de parte de Dios.

EL ARGUMENTISTA.

Bueno fuera enseñar el título, ántes de usar del privilegio.

EL INSPIRADO.

Mi título es auténtico; la tierra y los cielos testifican en mi abono. Seguid atentamente mis raciocinios, por vida vuestra.

EL ARGUMENTISTA.

¡Vuestros raciocinios! no mirais lo que decis. ¿Enseñarme que me engaña mi razon, no es refutarlo que en vuestro abono me dijere? El que quiere recusarla razon ha de convencer sin valerse de ella; porque supongamos que con vuestros argumentos me convenzais, ¿como he de saber yo si mi razon estragada por el pecado, es la que hace que me rinda á lo que me decis? Por otra parte, qué prueba? qué demostracion podreis emplear nunca mas evidente que el axioma que ha de destruir? Tan creible es que un buen silogismo sea una falsedad, como que la parte sea mayor que el todo.

EL INSPIRADO.

¡Qué diferencia! Mis pruebas no tienen réplica, que son de un órden sobrenatural.

EL ARGUMENTISTA.

¡Sobrenatural! ¿Qué significa esa voz, que no la entiendo?

EL INSPIRADO.

Mutaciones en el órden de la naturaleza, profecías, milagros, todo género de portentos.

EL ARGUMENTISTA.

¡Portentos! ¡milagros! nunca ví nada de todo eso.

EL INSPIRADO.

Otros lo vieron por vos. Enjambres de testigos..... el testimonio de los pueblos

EL ARGUMENTISTA.

¿Es el testimonio de los pueblos de órden sobrenatural?

EL INSPIRADO.

No; pero cuando es unánime, es indisputable.

EL ARGUMENTISTA.

No hay cosa mas indisputable que los principios de la razon, y no es posible comprobar con el testimonio de hombres mi absurdo. Vuelvo á repetirlo; veamos esas pruebas sobrenaturales, porque el testimonio del género humano no lo es.

EL INSPIRADO.

¡O corazon empedernido! no os habla la gracia.

EL ARGUMENTISTA.

No es culpa mia; porque, segun vos decis, es necesario haber recibido ya la gracia para saber pedirla. Habladme vos en vez de ella.

EL INSPIRADO.

¡Ha! eso es lo que estoy haciendo, y no me escuchais. ¿Mas qué decis de las profecías?

EL ARGUMENTISTA.

Lo primero digo que así he oido profecías como visto milagros. Ademas digo que ninguna profecía forma autoridad para mí.

EL INSPIRADO.

¿Satélite de Lucifer! ¿y por qué no forman autoridad las profecías para vos?

EL ARGUMENTISTA.

Porque, para que la formasen, serian necesarias tres cosas, cuyo concurso es imposible; conviene á saber, que hubiese yo sido testigo de la profecía, que lo fuese del suceso, y que fuese cosa demostrada que no ha podido casualmente cuadrar este con la profecía; porque aunque fuese esta mas determinada, mas clara, unas luminosa que un axioma de geometría, puesto que la claridad de una prediccion hecha á la aventura no hace imposible que se

cumpla, cuando sucede este cumplimiento, en rigor nada prueba que favorezca al que le predijo.

Ved á lo que se reducen vuestras pretensas pruebas sobrenaturales, vuestros milagros y vuestras profecías á creerlo todo esto sobre la palabra de otro, y á sujetar á la autoridad de los hombres la autoridad de Dios que habia á mi razon. Si pudieran recibir algun menoscabo las verdades eternas que concibe una inteligencia, cesaria de haber para mí ningun género de certidumbre; y lejos de estar cierto de que me habiais de parte de Dios, ni siquiera estaria seguro de que Dios existe.

Muchas dificultades son estas, hijo mio, y no lo he dicho todo. Entre tantas religiones diversas que recíprocamente se proscriben y se escluyen, una sola es la buena, si hay alguna que lo sea. Para reconocerla, no hasta con examinar una, empresa se examinarlas todas, que en malcria ninguna debemos condenar sin oir ([94]); es preciso comparar las objeciones con las pruebas*)* es preciso saber lo que opone cada uno á los demas, y lo que les responde. Cuanto mas demostrado nos parece un sentir, mas debemos indagar en que se fundan los hombres para no hallar que lo esté. Muy sencillo ha de ser el que era que basta con oir á los doctores de su partido para instruirse en las razones del partido contrario. ¿Donde hay teólogos que de buena fe hagan gala? ¿donde los que, para rebatir las razones de sus contrarios, primero no las debiliten? ¿Se luce cada uno en su partido; pero tal hay que en medio de los suyos está muy ufano con sus pruebas, y que representaria un papel muy tonto entre las personas de otro partido. ¿Os quereis instruir en los libros? ¡cuanta erudicion habreis de adquirir, cuantas lenguas de aprender, cuantas bibliotecas de registrar, cuan inmensa lectura de hacer! ¿Quien me guiará para la eleccion? Con dificultad se hallaran en un pais los mejores libros del partido contrario, con mas razon no se encontrarán los de todos los partidos; y cuando se hallasen, en breve los rebatirían. El ausente siempre sale cargado, y razones flacas dichas con arrogancia eclipsan con facilidad las fuertes que se esponen con desden. Por otra parte, las mas veces no hay cosa que mas engañe que los libros, ni que con ménos fidelidad represente el sentir de los que los han escrito. Cuando habeis querido juzgar de la fe católica por el libro de Bossuet, os habeis hallado muy desviado de vuestra idea, despues de haber vivido con nosotros. Habeis visto que la doctrina con que se responde á los protestantes no es la que se enseña al pueblo, y que no se parece el libro de Bossuet, las instrucciones de nuestras

pláticas. Para apreciar bien una religion, no se ha de estudiar en los libros de sus secuaces, es preciso ir á aprenderla al pais, que es causa muy distinta. Cada uno tiene sus tradiciones, su sentido, sus prácticas, sus preocupaciones, que forman el espíritu de su creencia, y que se ha de unir con ella para juzgar bien.

Cuantos pueblos crecidos no imprimen sus libros ni leen los nuestros! ¿Como han de decidir de nuestras opiniones? ¿como liemos de decidir nosotros de las suyas? Nos burlamos de ellos, y ellos nos desprecian; y si los ridiculizan nuestros viajeros, para pagárnoslo no les falta otra cosa que viajar por nuestros países. ¿En qué tierra no se bailan personas de juicio, de Inicua fe, de honradez, amantes de la verdad, que para abrasarla solo anhelan á conocerla? No obstante cada uno la halla en su culto, y reputa absurdos los de las demas naciones: luego, ó estos cultos de estrados países no son tan extravagantes como nos lo parecen, ó la razon que en los nuestros encontramos nada prueba.

Tres religiones principales tenemos en Europa: la una admite una revelacion sola, la otra admite dos, y la otra tres. Cada una de ellas detesta y maldice las otras dos, las acusa de obcecacion, de endurecimiento, de obstinacion, y de mentira. ¿Qué hombre imparcial se atreverá á fallar cutre ellas, sin haber primero pesado bien las pruebas, y bien escuchado sus razones? La que solo admite una revelacion es la mas antigua, y parece la mas segura; la que admite tres es la mas moderna, y parece la mas consiguente; la que admite dos, y desecha la tercera, bien puede ser la mejor, pero ciertamente tiene todas las preocupaciones en contra suya; la inconsecuencia es de bulto.

De las tres revelaciones los libros sagrados están escritos en lenguas ignoradas de los pueblos que las siguen: los Judíos ya no entienden el hebreo; los Cristianos no entienden el hebreo ni el griego á ni los Turcos ni los Persas entienden el árabe; y los mismos Arabes modernos ya no hablan la lengua de Mahoma, ¿No es cierto un modo muy sencillo de instruir á los hombres, hablarles siempre un idioma que no entienden? Están traducidos estos libros, dirán, ¡buena respuesta! ¿Quién me asegurará de que estén puntualmente traducidos, ni de que sea posible que lo estén? ¿y cuando Dios hace tanto que habla con los hombres, á que viene que sea necesario intérprete?

Nunca concebiré que lo que todo hombre está obligado á saber esté contenido en libros, y que el que no pueda consultar estos libros, ni personas que los entiendan, sea castigado por una involuntaria ignorancia. ¡Siempre libros! ¡qué manía! Porque está llena la Europa de libros, los tienen los Europeos por indispensables, sin atender á que en las tres cuartas partes de la tierra nunca han visto uno. ¿No están escritos por hombres todos los libros? ¿Pues como ha de necesitar de ellos para conocer sus obligaciones? ¿y qué medios para conocerlas tenia ántes que se hubieran escrito esos libros? O aprenderá estas obligaciones por sí propio, ó está dispensado de saberlas.

Nuestros católicos meten mucha bulla con la autoridad de la iglesia: ¿pero qué sacan con eso, si necesitan tanto aparato de pruebas para establecer es La autoridad, como las otras sectas para fundar directamente su doctrina? La iglesia decide que la iglesia tiene derecho de decidir. Cierto, la autoridad está bien probada. Salid de esto, y os meteis en todas nuestras discusiones.

¿Conoceis á muchos cristianos que se hayan tomado el trabajo de examinar escrupulosamente lo que alega el judaismo contra ellos? Si algunos han visto algo, ha sido en los libros de los cristianos. ¡buen modo de instruirse en las razones de sus contrarios! ¿Pero qué han de hacer? Si alguno se atreviera en nuestro pais á publicar un libro, afirmando y esforzándose aprobar que Jesucristo no es el Mesías, castigaríamos al autor, al editor y al librero ([95]). Esta policía es cómoda y segura para tener siempre razon: es cosa muy divertida refutar á gentes que no se atreven á chistar.

Aquellos de nosotros que pueden conferenciar con los Judíos están poco mas adelantados. Los desventurados se sienten á discrecion nuestra; la tiranía que se ejercita con ellos los hace medrosos; saben lo poco que cuestan á la caridad cristiana la crueldad y la injusticia: ¿qué se han de atrever á decir sin arriesgarse ú que gritemos al blasfemo? La codicia nos da celo, y son sobrado vicios para no ser culpados. Los mas eruditos y mas ilustrados siempre son los mas circunspectos. Convertireis á algun miserable cohechado para calumniar su secta; hareis hablar á algunos viles ropavejeros que cederán por adularos; os ufanaréis con su ignorancia ó su cobardía, miéntras que se reirán en silencio sus doctores de mies ira estupidez. ¿Pero creeis que en paises donde se reconocieran seguros, fuera tan fácil arrollar con ellos? En la Sorbona es claro, como el dia, que las predicciones del Mesías se aplican á Jesucristo; y cutre los rabinos de Amsterdam, no es ménos claro

que ninguna conexion tienen con él. ¡Nunca creeré que me han dicho todas sus razones los Judíos, miéntras no tengan un estado libre, escuelas, y universidades, donde puedan hablar y disputar sin riesgo: solo entónces podremos saber lo que tienen que alegar.

En Constantinopla dicen los Turcos sus razones, y nosotros no nos atrevemos á decir las nuestras; allí nos toca echarnos por los suelos. Si exigen los Turcos de nosotros el mismo respeto á Mahoma en quien no creemos, que da los Judíos exigimos nosotros á Jesucristo en quien tampoco ellos creen, ¿obran mal los Turcos? ¿obramos nosotros bien? ¿Por qué principio de equidad resol veremos esta cuestion?

Los dos tercios del linage humano no son ni Judíos, ni Mahometanos, ni Cristianos; ¡y cuantos millones de hombres no han oido mentar nunca á Moisés, ni á Jesucristo, ni á Mahoma! Lo niegan; y sustentan que van nuestros misioneros;a todas parles: eso con facilidad se dan. ¿Pero van acaso á lo interior del Africa, todavía desconocido, y donde hasta ahora nunca penetró Europeo ninguno? ¿Van á la Tartaria mediterránea, siguiendo á caballo los aduares errantes, adonde nunca se acercó un estrangero y que lejos de haber oido hablar de El Papa, apénas conocen el gran Lama? ¿Van á los inmensos continentes de la América, donde naciones enteras no saben todavía que pueblos de otro mundo han puesto el pie en el suyo? ¿Van al Japon, de donde los han hecho espeler para siempre sus malas artes, y donde las generaciones que nacen solo conocen á sus predecesores como á entremetidos astutos, que con un fervor hipócrita habian venido á apoderarse con fingida blandura del imperio? ¿Van á los serrallos de los príncipes del Asia, á anunciar el evangelio á millones de pobres esclavas? ¿Qué delito han cometido las mugeres de esta parte del mundo, para que no les pueda predicar la fe misionero ninguno? ¿Se irán todas al infierno por haber vivido reclusas?

Aun cuando fuese cierto que se anunciase el evangelio en la tierra entera, ¿qué se grangearia con eso? La víspera del dia que llegó un misionero á un pais, ciertamente se murió alguien que no pudo oirle. Ahora bien, decidme ¿qué haremos con este alguien? Aunque en todo el universo no se hallase mas que un hombre solo á quien no hubiesen predicado á Jesucristo, tan fuerte seria la objecion con respecto, á este hombre único como con respecto á la cuarta parte del genero humano.

Cuando se hicieron oir los ministros del evangelio de los pueblos remotos, ¿qué les dijeron que estos pudiesen conforme á razon creer sobre su palabra, y que no exigiese la comprobacion mas escrupulosa? Me anunciáis un Dios nacido y muerto, dos mil años hace, al otro estremo del mundo en no sé que pueblezuelo, y me decis que se condenarán todos cuantos no creyeren en este misterio. Cosas muy estradas son esas para creerlas tan de presto por sola la autoridad de un hombre que no conozco. ¿Por qué ha hecho vuestro Dios que sucedieran allá tan lejos todos esos acontecimientos, queriendo obligarme á que me instruyera de ellos? ¿Es un delito ignorar lo que sucede en los antípodas? ¿Puedo adivinar yo que hay en otro hemisferio un pueblo hebreo, y una ciudad de Jerusalen? Tanto valiera obligarme á saber lo que pasa en la Luna. Decis que vos habeis venido á enseñármelo; pero ¿por qué no venisteis á enseñárselo á mi padre? ¿ó por qué condenais á aquel buen viejo, porque nunca lo supo? ¿Ha de ser eternamente castigado por vuestra pereza, él que era tan bueno, tan benéfico, y que solo anhelaba por la verdad? Sed de buena fe, poneos luego en mi lugar: ved si por vuestro dicho solo debo creer todos las increíbles cosas que me decis: y conciliar tantas injusticias con el justo Dios que me anunciais. Dejadme por vuestra vida que vaya á visitar ese milagroso pais, donde paren las vírgenes, donde nacen, comen, padecen y mueren los dioses y que vaya á saber por que trataron á Dios como á un facineroso los moradores de esa Jerusalen? Decis que no le conocieron por Dios. ¿Pues qué haré yo que nunca Te habia oido mentar, hasta que vos me habeis hablado de él? Añadis que han sido castigados, dispersados, oprimidos, esclavizados, que ninguno de ellos se acerca ya á la misma ciudad. Ciertamente bien merecido se lo tienen: ¿pero que dicen los moradores de ahora del deicidio de sus predecesores? Le niegan, y tampoco reconocen por Dios á Dios. Pues lo mismo era en tal caso dejar allí á los descendientes de los primeros.

¡Qué en esa misma ciudad donde murió Dios! ni los antiguos ni los nuevos moradores le han conocido ¿y quereis que le conozca yo que he nacido dos mil años despues, á dos mil leguas de distancia? ¿No veis que ántes de dar crédito á ese libro que llamáis sagrado, y del cual nada entiendo, debo saber por otros que vos cuando y por quien fué compuesto, como se ha conservado, como ha llegado á vos, las razones que alegan los que en su pais le desechan, aunque sepan tan bien como vos todo cuanto me enseñais? Bien veis que es forzoso de toda necesidad que vaya yo á Europa, al

Asia, á la Palestina á examinarlo todo por mí propio: fuera menester que hubiese perdido el juicio para escucharos hasta entónces.

No solo me parece racional esta respuesta, sino que defiendo que así debe hablar en semejante caso todo hombre de juicio, despidiendo lejos de si al misionero que ántes de verificar sus pruebas se quiere dar priesa á instruirle y bautizarle. Sustento pues que no hay revelacion contra la cual no tengan las mismas objeciones tanta fuerza como contra el cristianismo, y aun mas. De donde se identifique que si no hoy mas que una religion verdadera, y si está obligado todo hombre á seguirla sopean de condenacion eterna, es necesario pasar la vida estudiándolas todas, profundizándolas, comparándolas, corriendo los paises donde están establecidas. Nadie está exento de la primera obligacion del hombre, nadie tiene derecho á fiarse en el juicio ageno. El artesano que solo vive de su jornal, el gañan que no sabe leer, la tímida y delicada doncella, el enfermo que apénas se puede levantar de la cama, todos sin escepcion deben estudiar, meditar, viajar, correr el mundo: no habrá pueblo estable y dijo la tierra entera estará cubierta de peregrinos que irán con enormes gastos y dilatadas fatigas á comprobar, comparar, examinar por sí mismos los diversos cultos que se siguen. Entónces á Dios oficios, artes, ciencias humanas, y todas las ocupaciones civiles: ya no puede haber otro estudio que el de la religion: el que haya disfrutado de la mas robusta salud, empleado mas bien el tiempo, hecho mejor uso de su razon, vivido mas años, sabrá con gran trabajo, cuando sea viejo, á que se ha de atener; y mucho será si ántes de su muerte aprende en que culto hubiera debido vivir.

¿Quereis mitigar este método, y dar un asidero, por menudo que sea, á la autoridad de los hombres? Al punto se lo restituis todo; y si obra bien el hijo de un cristiano, que sigue sin un profundo exámen, la religion de su padre, ¿por que ha de obrar mal el hijo de un Turco que igualmente sigue la religion del suyo? ¡Cuantos son en Roma muy buenos católicos, que por la misma razon serian muy buenos musulmanes si hubiesen nacido en la Meca! ¡y recíprocamente, cuantos sugetos honrados son muy buenos Turcos en Asia, que serian muy buenos cristianos en nuestro pais! Desafío á todos los intolerantes del mundo á que respondan á esto cosa que satisfaga á un hombre de juicio.

Estrechados por estas razones, prefieren los unos hacer injusto á Dios, y castigar á los inocentes por el pecado de su padre, primero que renunciar de

su inhumano dogma; los otros se zafan de la dificultad despachando oficiosamente á un ángel para que instruya á todo aquel que hubiere vivido moralmente bien en una invencible ignorancia. ¡Que donosa invencion la de este ángel No contentos con esclavizarnos á sus máquinas, tambien constituyen á Dios en la necesidad de usarlas.

Ved, hijo mio, á que absurdos conducen la soberbia y la intolerancia, cuando quiere cada uno abundar en su sentido, y creer que tiene razon con esclusion de lo restante del linage humano. Llamo en testimonio á este Dios de paz que adoro y que os anuncio, de que han sido sinceras todas mis investigaciones; pero viendo que eran y que siempre serian sin fruto, y que me engolfaba en un mar sin ovillas, he vuelto atras, y he estrechado mi fe en mis primitivas nociones. Nunca he podido creer que me mandara Dios, sopena del infierno, saber tanto. Así que he encerrado todos sus libros. Uno solo hay abierto á los ojos de todos, que es el de la naturaleza; y en este grande y sublime libro aprendo á servir y á adorar ni su divino autor. Ninguno tiene disculpa si no lo lee, porque habla á todos los humanos una lengua inteligible parala mente de todos. Aun cuando hubiera yo nacido en una isla desierta, aun cuando no hubiese visto á otro hombre que á mí propio, aun cuando nunca me hubiesen dicho lo que antiguamente sucedió en un rincon del mundo; si ejercito mi razon, si la cultivo, si hago buen uso de las facultades inmediatas que me da Dios; por mí mismo aprenderé á conocerle, á amarle, á amar sus obras, á querer el bien que quiere el, y á desempeñar por complacerle todas mis obligaciones en la tierra. ¿Que otra cosa mas me enseñará todo el saber de los mortales?

En cuanto á la revelacion, si yo discurriese mejor ó fuese mas instruido, acaso veria su verdad, y su utilidad, para los que tienen la dicha de reconocerla; pero si hallo en su favor pruebas que no puedo rebatir, veo tambien objeciones que no puedo resolver. Tantas raciones sólidas hay en favor y en contra, que no sabiendo á que determinarme, ni la admito ni la desecho ¡solo desecho la obligacion de reconocerla para salvarse, porque esta pretensa obligacion es incompatible con la justicia de Dios, y lejos de remover así los estorbos para la salvacion, los hubiera multiplicado y hecho insuperables para la mayor parte del género humano. Esceptuando este punto, permanezco en una respetuosa duda. No tengo la presuncion de reputarme infalible: otros han podido decidir lo que me parece indeciso; yo discurro por

mí, no por dios; ni los vitupero, ni los imito; su juicio puede ser mejor que el mio, pero no es mi culpa si no es el mio.

Confiésoos por otra parte que la santidad del evangelio es un argumento que habla á mi corazon. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡cuan mezquinos son junto á este ¿Es posible que un libro tan sencillo y tan sublime sea obra de hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia refiere no sea mas que un hombre? ¿Es ese el tono de un entusiasta, ó de un ambicioso sectario? ¡Qué blandura, qué pureza en sus costumbres! qué tierna gracia en sus instrucciones! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus razonamientos! ¡qué sagacidad y qué tino en sus respuestas! ¡que imperio en sus esplosiones! ¿Donde está el hombre, donde el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin flaqueza ni estenuacion? Cuando pinta Platon su justo imaginare ([96]), cubierto de todo el oprobio del delito, y acreedor á todas las recompensas de la virtud, retrata punto por punto á Jesucristo; tan de bulto es la semejanza, que la han visto todos los Padres, y que no es posible engañarse, ¡Qué preocupaciones, qué obcecacion, ó qué mala fe ha de tener quien se atreva á comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de Maria! ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates muriendo sin dolor sin ignominia, sustentó fácilmente hasta el fin su papel; y si su vida no hubiera honrado esta fácil muerte, dudaríamos sí con todo su talento fué Sócrates otra cosa que un sofista. Dicen que inventó la moral, pero otros ántes que él la habian practicado: no hizo mas que poner en lecciones sus ejemplos. Justo habia sido Arístides ántes que hubiera dicho Sócrates qué cosa era la justicia; Leonidas habia muerto por su pais, autos que hubiera dictado Sócrates como una obligacion el amor de la patria; sobria era Esparta, ántes que hubiera loado Sócrates la sobriedad; ántes que hubiera definido la virtud, abundaba en virtuosos varones la Grecia. ¿Pero donde habia aprendido Jesús en su pais aquella pura y elevada, moral cuyo ejemplo y lecciones solo él ha dado ([97])? En él seno del mas furioso fanatismo ss hizo escuchar la mas alta sabiduría, y la sencillez de las virtudes mas heroicas honró al mas vil de todos los pueblos, La muerte de Sócrates, filosofando con tranquilidad con sus amigos, es la mas suave que pueda descansar de Jesús espirando en los suplicios, afrentado, escarnecido, maldito de un pueblo entero, es la mas horrible que sea dable temer. Sócrates tomando la copa envenenada bendice al que con lágrimas se la presenta; Jesús en medio de un suplicio horroroso ora por sus verdugos encarnizados. Sí, si la vida y muerte de Sócrates son

de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios. ¿Diremos que se inventó de cabeza la historia del evangelio? Amigo mio, nadie inventa asi; y los hechos de Sócrates en que ninguno pone duda están ménos comprobados que los de Jesucristo. En la realidad esto es desviar la dificultad sin destruirla, mas incomprensible fuera que cuatro (98) hombres hubiesen de comun acuerdo fabricado este libro, que el que, uno solo haya dado materia para él. Nunca hubieran imaginado unos autores judíos ni aquél estilo ni aquella moral; y presenta el evangelio caracteres de verdad tan grandes, tan de bulto, tan perfectamente inimitables, que el inventor seria todavía mas asombroso que el héroe. Con todo eso, este mismo evangelio está lleno de cosas increíbles, de cosas que repugnan á la razon, y que no es posible que conciba ni que admita ningun hombre de razon. ¿Qué se ha de hacer en medio de todas estas contradicciones? Ser siempre circunspecto y modesto, hijo mio, respetar en silencio lo que no podemos ni desechar ni comprender, y humillamos en presencia del gran Ser que es el único que sabe la verdad.

Este es el involuntario escepticismo en que me he quedado; pero no es mi escepticismo de manera alguna penoso, porque no se tiende á los puntos esenciales en la práctica, y porque estoy decidido acerca de los principios de todas mis obligaciones. Sirvo á Dios en la sencillez de mi corazon, y no procuro saber mas que lo que importa para mi conducta. En cuanto á los dogmas que ni influyen en las acciones ni en la moral, y que tantos se atormentan por escudriñar, no me tomo atan por ellos. Todas las religiones particulares las miro como otras tantas instituciones saludables que en cada pais prescriben un modo uniforme de honrar á Dios con un culto público, y pueden todas tener sus motivos en el clima, el gobierno y la índole del pueblo, ó en alguna otra causa local que baga una preferible á otra, segun los tiempos y los lugares. Todas las creo buenas, cuando en ellas sirve uno á Dios como conviene, El culto esencial es el del corazon; Dios no desecha su homenaje, cuando es si necio, sea cual fuere la forma en que se le ofrezca. Llamado en la que profeso al servicio de la iglesia, desempeño con toda la posible exactitud las funciones que se me prescriben, y me remorderia la conciencia, si faltara voluntariamente á ellas en un pitillo. Despues de una dilatada suspension, sabeis que por empeño del Señor de Mellamle alcance licencia de volver al ejercicio de mis funciones, para ayudarme; á ganar la vida. Otras veces decia misa con la ligereza á que se acostumbra uno, aun en las cosas mas graves, cuando las hace con mucha frecuencia; desde mis nuevos principios, la celebro con mas veneracion: me lleno de la me gestad

del Ser Supremo de su presencia, de la insuficiencia del espíritu humano que concibe tan poco de lo que tiene referencia con su autor. Contemplando que le presento las preces del pueblo en una forma prescrita, sigo o escrupulosidad todos los ritos, recito con atencion, me aplico á no omitir nunca ni la menor palabra, ni la menor ceremonia: cuando se acerca el instante de la consagracion, me recojo para iniciativa con todas las disposiciones que la iglesia y la grandeza del sacramento requieren; procuro anonadar mi razon ante la Inteligencia suprema, y digo en mí: ¿quién eres tu para medir el poder infinito? Pronuncio con respeto las palabras sacramentales, y doy á su eficacia cuanta fe pende de mí. Sea lo que fuere acerca de este incomprensible misterio, no temo ser castigado el dia del juicio por haberle nunca profanado en mi corazon.

Honrado con el sagrado ministerio, aunque en la postrer clase, nunca haré ni diré nada que me baga indigno de desempeñar sus obligaciones sublimes; predicaré siempre la virtud, á los hombros, los exhortaré á que obren bien, y miéntras pueda les daré el ejemplo. Se quedará por nada el hacer que amen la religion; no quedará por mí el confirmar su fe en los dogmas verdaderamente útiles y que están obligados todos á creer, pero no plega á Dios que les inculque nunca el cruel dogma de la intolerancia; que nunca los incite á detestar á su prójimo, á decir á otros hombres: estais condenados ([99]). Si estuviera en un puesto mas notable, pudiera esta reserva acarrearme malas consecuencias; pero soy muy cinco para tener mucho por que temer, y no puedo caer mucho mas abajo de donde estoy. En cualquier evento, no blasfemaré contra la divina justicia, ni mentiré contra el Espíritu Santo.

Mucho tiempo he tenido la ambicion de ser honrado con un curato; todavía la tengo, mas ya no lo espero. ¡O buen amigo mio! no encuentro mas hermoso cargo que el de cura. Un buen cura es un ministro de bondad, como un buen mugís á ráelo un ministro de justicia. Un cura nunca tiene que hacer mal; si no siempre puede hacer bien por si propio, siempre le está bien el solicitarle, y muchas veces lo alcanza cuando se sabe dar á respetar. No si me dieran un pobre curato de buenos aldeanos en una de nuestras montañas para que lo sirviera, seria feliz, porque me parece que haria mis feligreses felices. No los baria ricos, pero entraria á la parte de su pobreza; le quitarla la ignominia y el menosprecio mas inaguantables que la indigencia. Les haria que amasen la concordia y la igualdad, que á veces espejen la miseria y siempre la hacen tolerable. Guando viesen que en nada lo pasaba

yo mas bien que ellos, y que no obstante vivia contento, aprenderian á consolarse de su suerte, y á vivir contentos como yo. En mis pláticas ménos me adherirla al espíritu de la iglesia que al del evangelio, donde es sencillo el dogma y la moral sublime, donde se ven pocas prácticas de religion, y muchas obras de caridad. Antes de enseñarles lo que se debe hacer, siempre me esforzaria á practicarlo, para que se con venciesen de que pensaba todo cuanto les dijere. Si tuviese protestantes en mis inmediaciones ó en mi parroquia, no los distinguiria de mis verdaderos feligreses en todo cuanto respeta á la caridad cristiana; los persuadiria á todos igualmente que se amasen unos á otros, que se considerasen como temíanos, que respetasen tudas las religiones, y que viviesen en paz cada uno en la suya. Creo que incitar á uno á que abandone aquella cuque nació, es incitarle á que obre nial, y por consiguiente obrar nial uno propio. Mientras que no tengamos luces mas claras, mantengamos el órden público, respetemos las leyes en torio pais, no perturbemos el culto que prescriben, no incitemos á los ciudadanos á la in obediencia, porque no sabemos de positivo si es mi bien piara ellos el dejar por otras opiniones las suyas; y sabemos con toda certidumbre que es un mal desobedecer á las leyes.

Acabo, amado jóven, de deciros de boca mi profesion, como la lee Dios en mi corazon: vos sois el primero á quien se la he hedió, y sois acaso el único á quien se la haré en mi vida. Mientras que subsista alguna buena creencia entre los hombres, no se han de perturbar los ánimos serenos, ni sobresaltar la fe de los simples con dificultades que no puedan resolver, y que los inquieten sin alumbrarlos á pero cuando todo está resentido, debemos conservar el tronco á costa de las ramas. Las conciencias agitadas, inciertas, casi apagadas, y en el estado en que he visto la vuestra, necesitan que las fortifiquen y las despierten; y para restablecerlas sobre la basa de las eternas verdades, es necesario acabar de arrancar los postes que bambolean, y en que todavía creen encontrar apoyo.

Estais en la edad crítica en que el entendimiento abre cabida á la certidumbre, en que el corazon adquiere su forma y se carácter, y en que se determina uno para toda la vida, ora sea para lo bueno, ora pava lo malo. Mas larde se ha endurecido la sustancia, y los curios nuevos ya no marcan. Mancebo, recibid en vuestra alma, flexible todavía, el sello de la verdad. Si estuviese mas seguro de mí mismo, hubiera usado con vos un estilo dogmático y decisivo; pero soy hombre, ignorante, espuesto á errar: ¿qué podia

hacer? Os he manifestado sin rebozo mi corazon; lo que tengo por cierto, os lo he presentado como tal; os he presentado como dudas mis dudas, y como opiniones mis opiniones; os he dicho mis razones para dudar y para creer: ahora toca á vos decidir. Os habeis tomado tiempo; cuerda precaucion que me hace formar buena idea de vos. Poned primero vuestra conciencia en estado de que quiera que la alumbren: sed sincero con vos mismo; apropiaos de mi sentir lo que os haya persuadido, y desechad lo demas. Aun no os ha depravado tanto el vicio que corrais riesgo en escoger. Os propondria que conferenciáramos entre los dos; pero el que disputa se exalta; en la argumentacion se introducen la vanidad y la obstinacion, y no hay buena fe. Amigo mio, no disputeis nunca, porque en la disputa ni se ilustra uno propio, ni ilustra á los demas. Yo no me he resuelto hasta despues de largos años de meditacion, y me atengo á mi resolucion; mi conciencia esta serena, y mi corazon satisfecho. Si quisiera volver á entablar nuevo exámen de mi sentir, no le emprenderia con amor mas puro de la verdad; y ya ménos activo mi espíritu no estaria tanto en estado de conocerla. Me quedare como estoy, no sea que insensiblemente convirtiéndose la aficion á la contemplacion en pasion ociosa, me entibie en el ejercicio de mis obligaciones, ó no sea que recaiga en mi pirronismo primero, sin encontrar fuerzas para salir de él. Mas en la mitad de mi vida ha pasado ya; solo me queda el tiempo necesario para aprovechar lo restante de ella, y borrar mis yerros con mis virtudes. Si me engaño, es contra mi voluntad. Bien sabe el que lee en lo íntimo de mi corazon, que no estoy apegado á mi ceguedad. No pudiendo zafarme de ella por mis propias luces, el único medio que me queda para salir de ella es una buena vida; y si de las piedras mismas puede Dios suscitar hijos á Abraham, todo hombre tiene derecho para esperar que sera iluminado, con tal que se haga merecedor.

Si os persuaden mis reflexiones á que penseis como yo, ú adoptar mi modo de sentir, y á que tengamos la misma profesion de fe, escuchad el consejo que os doy. No espongais de nuevo vuestra vida á las tentaciones de la miseria y la desesperacion; no la dejeis arrastrar con ignominia á merced de los estrangeros, y cesad de comer el vil pan de la limosna. Tornaos á vuestra patria, reconciliaos con la religion de vuestros padres, seguidla con ánimo sincero, y no la abandoneis nunca: es muy sencilla y muy santa; y entre todas las religiones de la tierra creo que es aquella cuya moral es mas apurada, y que mas satisface la razon. No os causen pesadumbre los gastos del viage, que se os aprontarán. No temais tampoco la mala vergüenza de

un arrepentimiento afrentoso; el cometer la culpa debe causar sonrojo, no el repararla. Todavía estais en la edad en que se perdona todo, pero en que ya no se peca impunemente. Cuando querais dar oidos á vuestra conciencia, desvanecerá su grito mil vanos obstáculos. Reconoceréis que en la incertidumbre en que vivimos, es presuncion que no tiene disculpa profesar otra religion que aquella en que uno ha nacido, y falsedad no practicar con sinceridad la que uno profesa. Si nos descarriamos, nos quitamos una poderosa disculpa delante del tribunal del soberano juez. ¿No perdonará mas bien el error en que fué uno criado, que á el que se atrevió á escoger por si propio?

Hijo mio, conservad vuestra alma siempre en estado de desear que baya un Dios, y nunca lo dudareis. En cuanto á lo demas, sea cual fuere la resolucion que tomareis, penetraos bien de que las verdaderas obligaciones de la religion son independientes de las instituciones humanas; de que el verdadero templo de la Divinidad es el pecho del justo; de que en todo pais y toda secta, se cifra el sumario de la ley en amará Dios sobre todas las cosas, y á su prójimo como á si mismo; de que no hay religion que dispense de las obligaciones de la moral; de que estas son las únicas verdaderamente esenciales; de que la primera de estas obligaciones es el culto interno, y de que sin la fe no existe ninguna verdadera virtud.

Huid de aquellos que, con protesto de esplicar la naturaleza, siembran en los corazones humanos doctrinas que desconsuelan, y cuyo aparente escepticismo cien veces es mas afirmativo y mas dogmático que el estilo decisivo de sus contrarios. Con el arrogante protesto de que ellos solos son ilustrados, sinceros, de buena fe, á ni penosamente nos sujetan á sus tajantes decisiones, y pretenden que admitamos por principios verdaderos de las cosas los ininteligibles sistemas que en su imaginacion se han forjado. Derribando en tanto, destruyendo, llorando á sus plantas todo cuan Lo respetan los hombres, privan á los afligidos de la postrera consolacion de su miseria; quitan á los ricos y á los potentados el único freno de sus pasiones; desarraigan de lo llorado de los corazones el remordimiento del delito la esperanza de la virtud, y todavía se jactan de ser los bienhechores del linage humano. Dicen que nunca es la verdad perniciosa á los hombres: lo mismo que ellos pienso yo, y eso en mi entender es vehemente prueba de que no es la verdad lo que enseñan ([100]).

Buen mancebo, sed sincero y verídico sin arrogancia; sabed ser ignorante, y no engañareis ni á vos ni á los demas. Si un dia la cultura de vuestro

talento os pone en estado de hablar con los hombres, habladles siempre conforme á vuestra conciencia, sin curaros de sus aplausos. El abuso del saber engendra la incredulidad. Todo sabio desdeña el sentir vulgar; cada uno de ellos quiere tener el suyo propio. La soberbia filosofía para en el espíritu fuerte, como la ciega devocion en el fanatismo. Evitad entrambos estremos; permaneced siempre firme en la vía de la verdad, ó de lo que os parezca que lo es en la sencillez de vuestro corazon, sin nunca desviaros de ella por vanidad ó por flaqueza. Atreveos á confesar á Dios entre los filósofos atreveos á predicar á los intolerantes la humanidad. Solo os hallaréis de vuestro partido; pero con vos mismo llevareis un testimonio que os dispensará del de los hombres Ora os amen, ora os aborrezcan, ora lean ó desprecien vuestros escritos, nada importa. Decid lo que sea verdadero, haced lo que sea bueno; lo que al hombre importa, es cumplir con sus obligaciones en la tierra, olvidándose de si trabaja para sí. Hijo mio, el interes particular nos engaña; pero nunca engaña la esperanza del justo.

He trasladado este escrito, no como regla de lo que se debe sentir en materia de religion, sino como un ejemplo del modo como es posible discurrir con su alumno, para no apartarse del método que he procurado establecer. Si no queremos ceder ni á la autoridad de los hombres, ni á las preocupaciones del pais donde hemos nacido, las meras luces de la razon no pueden en la institucion de la naturaleza llevarnos mas adelante la religion natural; y á esta me ciño con mi Emilio. Si ha de tener oirá, no tengo derecho tí ser en esta parte su guia; á él solo le toca escogerla.

Trabajamos concertándonos con la naturaleza, y miéntras que esta forma el hombre físico, formamos nosotros el hombre moral; pero no son iguales nuestros adelantamientos. Ya el cuerpo es fuerte y robusto, cuando el alma es todavía endeble y flaca; y por mas que el arte humano se afane, siempre el temperamento antecede á la razon. Hasta aquí todo muestro esmero le hemos puesto en refrenar el uno y escitar la otra, para que fuese siempre el hombre uno, lo mas que posible fuera. Desenvolviendo su índole, hemos alucinado su naciente sensibilidad, y la hemos regulado cultivando su razon. Los objetos intelectuales moderaban la impresion de los objetos sensibles. Subiendo al principio de las cosas, le lientos zafado del Imperio de los sentidos; cosa sencilla era del estudio de la naturaleza encumbrarse á la investigacion de su hacedor.

Cuando hemos llegado aquí, ¡qué de nuevos asideros en nuestro alumno tenemos! ¡qué de medios nuevos de hablar á su corazon! Entónces si que halla su verdadero interes en ser bueno, en obrar bien lejos de la vista de los hombres y sin que á ello le fueren las leyes, en ser justo entre Dios y él, en cumplir con su obligacion, aun á costa de su vida, y en llevar en su corazon estampada la virtud, no solo por el amor del órden al cual prefiere cada uno siempre el amor de sí, sino por el amor del autor de su ser, amor que con este mismo amor de sí se confunde; para disfrutar al fin de la felicidad duradera que, despues de haber hecho buen uso de esta vida, le prometen en la otra la serenidad de una buena conciencia y la contemplacion del Ser Supremo. Sálgase de aquí y solo injusticia, hipocresía y mentira entre los hombres veo; el intentes personal, que en la concurrencia puede necesariamente mas que todas las cosas, enseña á cada uno á ataviar el vicio con máscara de virtud. Labren todos los demas hombres el bien mio á costa del suyo; refiérase todo á mí solo; perezca, si es menester, el linage humano en la pena y la miseria por ahorrarme un momento de hambre y dolor: este es el idioma interior de todo incrédulo que discurre. Sí, lo sustentaré toda mi vida; cualquiera que en su corazon ha dicho: no hay Dios, y habla de otro modo, es un mentiroso ó un insensato.

Lector y en balde me afano, bien veo que vos y yo nunca verémos á mi Emilio bajo el mismo aspecto; siempre os le figuraréis semejante á vuestros mozos, atolondrado siempre, petulante, veleidoso, vagando de fiesta en fiesta de diversion en diversion, sin poder fijarse nunca en nada, y os reiréis de ver que le presento yo como un contemplativo, un filósofo, Un verdadero teólogo, en vez de un mancebo ardiente, vivo, arrebatado, fogoso, en la mas ferviente edad de la vida. Diréis: este sonador siempre sigue con su fantástica imagen; cuando nos da un alumno á su modo, no solo le forma, sino que le crea, le saca de su cerebro; y creido de que sigue sin cesar la naturaleza, se aparta de ella á cada momento, yo, cuando comparo mi alumno con los vuestros, apénas hallo en que puedan semejarse. Criado de tan distinto modo, es casi un milagro si en algo se les parece, Como ha pasado su niñez con toda la libertad que se toman ellos en su juventud, en esta empieza á seguir la regla á que sujetaron á los otros cuando eran niños: esta regla por ellos es un azote; le cogen horror, y no ven mas en ella que la dilatada tiranía de los maestros; no creen que salen de la infancia, si no sacuden toda especie de yugo ([101]); entónces se indemnizan de la luenga sujecion en que

los retuvieron, como un cautivo, libro de sus grillos, estiende, agita, y dobla sus miembros.

Por el contrario, Emilio se honra con hacerse hombre y sujetarse al yugo de la razon naciente; ya formado su cuerpo no necesita los mismos movimientos, y se comienza á parar por sí propio, miéntras que medio desenvuelto su espíritu procura recíprocamente tomar su vuelo. De suerte que la edad de razon para los tinos es la edad de la licencia, y para el otro se torna la edad del raciocinio.

¿Quereis saber si están ellos ó él mas cerca de la naturaleza? contemplad las diferencias en los que se han desviado ménos de ello, observad la juventud de los lugares, y ved si es tan petulante como la vuestra. «Durante la infancia de los salvages, dice el Señor Lebeau, siempre están en movimiento, y se ocupan en varios y negros que les agitan el cuerpo; mas apenas han rayado con la edad de la adolescencia, se tornan tranquilos, pensativos, y no se aplican mas que á juegos serios ó de suerte ([102])» Habiéndose educado Emilio con toda la libertad de los mozos villanos y salvages, debe mudar y quedarse parado como ellos, cuando llegue á grande: toda la diferencia consiste en que en vez de obrar únicamente por jugar ó alimentarse, en sus ocupaciones y en sus juegos ha aprendido á pensar. Cuando ha llegado por esta via á este término, se halla ya dispuesto para aquella en que le introduzco: los sugetos que reflexion que le presento ceban su curiosidad, porque son hermosos en sí, nuevos para él, y está en estado de comprenderlos. Vuestros mozos al contrario ahitos, aburridos con vuestras insípidas lecciones, con vuestras luengas pláticas, con vuestros perdurables catecismos, ¿como no se han de negar á la aplicacion que tan triste les han hecho, á los posados preceptos con que no han cesado de abrumarlos, á las meditaciones sobre el autor de su ser, que les han presentado como enemigo de sus gustos? A todo esto le han cogido aversion, tedio, y repugnancia; la violencia ha engendrado en ellos la antipatía: ¿como quereis que en ello se ocupen, así que pueden disponer de sí? Se necesitan novedades para agradarles, y no gustan de nada de cuanto se dice á los niños. Lo mismo sucede con mí alumno; cuando es hombre, le hablo como á hombre, y solo le digo cosas nuevas; precisamente porque aburren á los otros, deben de ser de su gusto.

De esta suerte le hago ganar tiempo de dos modos, retardando, en beneficio de la razon, los progresos de la naturaleza. ¿Pero he retardado efectivamente estos progresos? No; que no he hecho mas que estorbar que los

acelere la imaginacion; he contrapesado con lecciones de otra especie las precoces lecciones que recibe el mozo de otra parte. Miéntras que le arrastra el torrente de nuestras instituciones, atraerle en sentido contrario por oirás instituciones, no es sacarle de su puesto, no es mantenerle en él.

En fin llega el verdadero instante de la naturaleza; es preciso que llegue. Una vez que es preciso que el hombre muera, preciso es que se reproduzca, para que dure la especie y se conserve el órden del mundo. Cuando, por los signos de que he hablado, anteveais el instante crítico, al punto abandonad para siempre con él vuestro antiguo estilo. Todavía es vuestro discípulo, pero ya no es vuestro alumno, que es vuestro amigo, es un hombre; tratadle como tal.

¿Que he de abdicar mi autoridad, cuando se me hace mas necesaria? ¿He de abandonar el adulto á sí propio en el instante que ménos se sabe conducir, y que son mayores sus estravios? ¿He de renunciar de mis derechos, cuando mas le importa que use de ellos? ¡Vuestros derechos! ¿quién os dice que les renuncieis? Ahora es cuando en beneficio de él empiezan. Hasta aquí solo por malla ó por fuerza alcanzabais de él lo que queriais; ni conocia la autoridad, ni la ley de la obligacion; era necesario que le apremiarais ó le engañarais para que os obedeciera. Mirad empero con cuantas nuevas cadenas habeis aprisionado su corazon: la razon, la amistad, la gratitud, mil afectos le hablan con un tono que no puede él desconocer, y todavía no le ha ensordecido el vicio á su voz; todavía solo es sensible á las pasiones de la naturaleza, ha primera de todas, que es el amor de sí; le abandona á vos, y tambien os le abandona el hábito. Si un rebato instantáneo os quita, el arrepentimiento os lo restituye al punto; el afecto que con vos le estrecha es clónico permanente; los demas todos se siguen y se borran unos á otros. No dejeis que se corrompa, y siempre será dócil; ya está pervertido cuando empieza á manifestar rebeldía.

Confieso que si oponiéndoos abiertamente á sus nacientes deseos los traíais con necedad de culpas, en breve no os escuchará; pero asi que abandoneis mi método, de nada salgo por fiador. No perdais nunca de vista que sois el ministro de la naturaleza, y nunca seréis su enemigo.

¿Pero qué determinacion se ha de tomar? No queda aquí otra alternativa que favorecer su inclinaciones ó sujetarlas; ser con él condescendiente ó

tirano: y tan peligrosas consecuencias acarrean ambas, que hay mucho que titubear para la eleccion.

El medio primero que para resolver esta dificultad se ofrece, es casarle cuanto abales, que es sin disputa la salida mas segura y mas natural pero dudo que sea la mejor ni la mas útil, Mas abajo diré mis raciones; entre tanto confieso que se deben casar los mozos desde la edad núbil; pero llegan á esta edad ántes que seo tiempo, y nosotros somos los que se la hemos anticipado, cuando se debe prolongar hasta su madurez.

Si con escuchar las inclinaciones y seguir las indicaciones bastase, en breve fuera asunto concluido; pero tantas contradicciones median cutre los derechos de la naturaleza y nuestras leyes sociales, que para cocinarlos es necesario ladearse y tergiversar sin cesar: es necesario usar mucho arte para estorbar que el hombre social sea totalmente artificial.

Por las razones que ántes he espuesto, contemplo que con los medios que he dado, y otros semejantes, puede á lo ménos dilatarse hasta los veinte años la ignorancia dé los deseos y la pureza de los sentidos: tan cierto es esto, que entre los Germanos el mancebo que ántes de esta edad perdía la virginidad era tenido por infame; y con razon atribuyen los autores á la continencia de estos pueblos, durante su mocedad, el vigor de su constitucion, y la muchedumbre de sus hijos.

Esta misma época se puede prolongar mucho, y hace pocos siglos que no habia cosa mas comun, aun en Francia. Entre otros ejemplos, notorios, el padre de Montaigne, hombre no ménos escrupuloso y verídico que robusto y sano; juraba que se habia casado virgen de treinta y tres años, despues de haber servido mucho tiempo en las guerras de Italia; y en los escritos del hijo se puede leer la jovialidad y el vigor que de mas de sesenta años conservaba el padre. Por cierto la opinion contraria, se funda en nuestras preocupaciones y nuestras costumbres, unas que en el conocimiento de la especie en general

Puedo por tanto omitir el ejemplo de nuestra juventud; que nada prueba para quien no ha sido educado como ella. Considerando que la naturaleza en esta materia no tiene época lija que no se pueda anticipar ó retardar, pienso que puedo, sin salir de su ley, suponer que Emilio, por mis desvelos, ha permanecido basta entónces en su primitiva inocencia, y veo que va á finalizar esta época. Cercado de peligros que crecen sin cesar, va á

desligárseme, por mas que yo haga. Al primer lance, y este lance no tardará en presentarse, va á seguir el ciego instinto de los sentidos; y mil se pueden apostar contra uno á que se va á perder. Mucho he reflexionado acerca de las costumbres de los hombres, para que se me esconda el invencible influjo de este primer momento en lo restante de su vida. Si disimulo y finjo que hada veo; se vale de mi riqueza; creyendo que me engaña, me desprecia, y soy cómplice de su perdida; si me pruebo á traerle al buen camino, ya no es tiempo, no me escucha; me torno incómodo, aborrecible, inaguantable; poco tardará que desprenderse de mi. Un solo partido prudente tengo que tomar, que es hacerle responsable de sus acciones á sí propio, preservarle á lo ménos de los laxos del error, y hacer que vea palpables los peligros que le cercan. Hasta aquí le contenia por su ignorancia; ahora es preciso contenerle por sus luces.

Muy importantes son estas nuevas instrucciones, y conviene tomar las cosas desde mas arriba. Este es el tiempo de ajustar, por decirlo así, con él mis cuentas; de manifestarle el empleo de su tiempo y el mio; de declararle lo que es él y lo que soy yo; lo que he hecho, y lo que él ha hecho; lo que nos debemos uno á otro; todas sus relaciones morales, todos los empeños que ha contraido, y los que con él se han contraido; hasta que punto ha llegado en el progreso de sus facultades, el comino que le queda por andar, las dificultades que encontrará, los medios de salvar estas dificultades, en que le puedo yo valer todavía, y en que puede valerse él solo; finalmente el punto crítico en que se halla, los nuevos riesgos que lo cercan, y todas las razones sólidas que le deben convencer de que ha de vigilar con atencion sobre sí, ántes de dar oidos ó sus nacientes deseos.

Observad que, para conducir á un adulto, es preciso practicar lo opuesto de todo cuanto habeis hecho para conducir á un niño. No titubeeis en instruirle de los peligrosos misterios que tonto tiempo y con tanto esmero le habeis ocultado. Una vez que es necesario que los sepa al cabo, importa que ni de otro ni de si propio los aprenda; una vez que de hoy mas está destinado á pelear, es preciso, para que no le cojan de sorpresa, que conozca á su enemigo.

Nunca los mozos que se encuentran hábiles en estas materias, sin saber como, se han instruido impunemente. Como no puede esta imprudente instruccion tener objeto honesto, amancilla á lo ménos la imaginacion de los que la adquieren, y los dispone para los vicios de los que se la dan. Mas

hay; se insinúan los criados en el ánimo de un niño, se grangean su con fianza, le hacen que mire á su ayo como un triste y enfadoso personage: y uno de los asuntos mas favoritos de sus coloquios secretos es hablar mal de él. Cuando el alumno hace esto, se puede retirar el maestro, que nada bueno puede ya conseguir.

¿Pero por qué escoge el niño confidentes particulares? Siempre por la tiranía de los que le gobiernan. ¿Por qué se habia de esconder de ellos, si no se viera forzado á esconderse? ¿Por qué se habia de quejar, si no tuviera motivos de queja? Naturalmente son sus confidentes primeros; por el ansia con que les viene á decirlo que piensa, vemos que cree que solo á medias ha pensado hasta que se lo ha dicho. Estad cierto de que si no teme el niño de vos ni plática ni reprension, siempre os lo dirá todo, y que no se atreverán á dar de él nada que deja callaros, cuando estén ciertos de que todo os lo ha de decir.

Lo que mas me hace creerme en mi método, es que siguiendo sus efectos con la mayor exactitud que me es dable, no veo una situacion en la vida de mi alumno, que no me deje alguna grata imagen de él. En el punto mismo en que arrastran los furores del temperamento, y en que, irritado contra la mano que le contiene forceja, y empieza á deslizó ráeme, en sus agitaciones y sus rebatos todavía encuentro su sencillez primera; su corazon tan puro como su cuerpo no conoce mas el disfraz que el vicio: ni las reprensiones ni el menosprecio le han acobardado, nunca el miedo vil le enseñó á disfrazarse, Tiene toda la falta de cautela de la inocencia; es ingenuo sin escrúpulo; todavía no sabe para qué conduce el engañar. No se escita un movimiento en su mente que no me le digan sus ojos ó su boca; y muchas veces los aféelos que esperimenta los distingo yo ántes que él.

Miéntras que siga manifestándome con esta libertad su alma, y diciéndome con gusto lo que siente, nada tengo que temer, todavía no está inmediato el peligro; pero si se torna mas tímido, mas cauteloso, si columbro en sus conversaciones la primer confusion de la vergüenza; ya se desenvuelve el instinto, ya empieza ó juntarse con él la nocion del mal: no hay que perder un instante, y si no me doy priesa á instruirle, en breve se instruirá él á despecho mio.

Mas de un lector, aun cuando adopte mis ideas, pensará que no se trata aquí mas que de una conversacion entablada á la aventura con el mancebo,

y que está todo concluido. ¡O que no se gobierna así el corazon humano! Si nada significa lo que se dice, si no se ha preparado el instante de decirlo. Antes de sembrar, es preciso cabar la tierra: con dificultad brota la semilla de la virtud; son indispensables muchas labores para que eche raices. Una he las cosas que hacen mas inútiles las predicaciones, es que las dirigen indistintamente á todo el mundo sin eleccion ni discernimiento. ¿Como pueden pensar que convenga un mismo sermon á tantos oyentes, dispuestos tan de diverso modo, y que se diferencian tanto en talento, en genio, en edad, en sexo, en estado y en Opinion? Acaso no hay dos á quienes pueda convenir lo que se dice á todos; y tan poca constancia tienen todas nuestras afecciones, que no hay acaso dos instantes en la vida de cada hombre, en que el mismo razonamiento haga en él la misma impresion. Juzgase si, cuando inflamados los sentidos engañan el entendimiento y tiranizan la voluntad, es tiempo de escuchar las graves lecciones de la sabiduría. Así no hableis nunca en razón á los mozos, ni aun en la edad de razon, sin ponerlos primero en estado de que os den nidos. La mayor parte de los razonamientos son perdidos mas por culpa de los maestros que por la de los discípulos. Casi las mismas cosas dice el pedante que el institutor; pero aquel las dice sin ton ni son; y este solo cuando está cierto de su ciencia.

Como un sonámbulo errante anda dormido á orillas de un precipicio en que se caeria si de repente le despertaran, así mi Emilio en el sueño de la ignorancia evita riesgos que no distingue: si lo despierto sobresaltándole, está perdido. Procuremos primero apartarle del precipicio, y luego le despertaremos para mostrársele desde mas lejos.

La lectura, la soledad, la ociosidad, la vida muelle y sedentaria, el trato con las mugeres y con los mozos; estos son los peligrosos senderos que de su edad puede pisar, y que le retienen sin cesar al lado del peligro. Por otros objetos sensibles alucino sus sentidos: abriendo otro curso á sus espíritus, los desvío del que empezaban á tomar; ejercitando en penosos afanes su cuerpo, suspendo la actividad de la imaginacion que le arrastra. Cuando trabajan mucho los brazos, descansa la imaginacion, cuando está muy cansado el cuerpo, el corazon no se inflama. La precaucion unas fácil y mas pronta es sacarle del peligro local. Primero me le llevo fuera de las ciudades, lejos de los objetos aptos para causarle tentaciones. Pero no basta; ¿que en que desierto, en que agreste asilo evitará las imágenes que le persiguen? No sirve apartar los objetos peligrosos, si no se aparta tambien su memoria: si

no tengo arte para desprenderle de todo, si no le distraigo de sí propio, tanto valia dejarle donde estaba.

Emilio sabe un oficio, pero aquí este oficio no es nuestro recurso; gusta y entiende de agricultura, mas no nos basta la agricultura: las ocupaciones que conoce se han hecho una costumbre para él; cuando las practica, es como si no hiciera nada; piensa en otra cosa; y obran aparte su cabeza y sus brazos. Necesita una ocupacion nueva que por su novedad le interese, que le tenga en vilo, que le agrade, le aplique y le ejercite; una ocupacion á que coja pasion, y que le embeba todo.

La única pues, que á mi parecer reúne todas estas condiciones, es la caza. Si en algun tiempo es la caza una diversion inocente, si en alguno conviene al hombre, ahora es cuando se ha de echar mano de ella. Emilio posee todo cuanto se necesita para aventajarse en ella; es robusto, mañoso, paciente, infatigable. Infaliblemente cogerá aficion á este ejercicio, se entregará á él con todo el calor de su criad, y á lo ménos por un tiempo perderá las peligrosas inclinaciones que nacen de la molicie. La caza endurece no ménos el corazon que el cuerpo; acostumbra á la sangre, á la crueldad á Diana la han hecho enemiga del amor, y la alegoría es muy propia: los delirios del amor solo nacen en un Hondo sosiego; un ejercicio violento sofoca los tiernos afectos. En las selvas, en los sitios agrestes, tan distintas son las impresiones del amante y del cazador, que los mismos objetos les presentan imágenes totalmente diversas. Las frescas sombras, los cotos, los suaves albergues del primero retratan al otro ateos, batidas y jarales; donde el uno no oye mas que pastoriles flautas, ruiseñores, y dulces trinos, se figura el otro las trompas y los gritos de cazadores; uno imagina dríades y ninfas; otro picadores, jaurías y caballos. Paséaos en el campo con estos dos hombres de tan distinta especie; por la diferencia de su estilo, luego echaréis de ver que no tiene para ellos la tierra un aspecto parecido, y que tan diferente es el giro de sus ideas como la índole de sus gustos.

Bien entiendo como se reúnen estos gustos, y como se baila al fin tiempo para todo: pero no se parten así las pasiones de la mocedad; dadle una sola ocupacion á que se aficione, y en breve se olvidará de todas las demas. La variedad de los deseos procede de la de los conocimientos; los placeres primeros que conocemos son por mucho espacio los únicos á que anhelamos, No quiero que piase Emilio su mocedad entera matando animales monteses, ni tampoco pretendo justificar en todo esta feroz pasion; bástame con

que me sirva lo bastante para suspender otra pasion mas peligrosa todavía, de manera que me escuche con serenidad cuando le hablare de ella, y me dé tiempo para pintársela sin escitarla.

Epocas hay en la vida humana cuyo destino es que no las olvidemos nunca. De esta especie es para Emilio la de la instruccion de que hablo, que debe influir en lo restante de su vida. Procuremos por tanto grabarla en su memoria, de suerte que nunca salga de ella. Uno de los errores de nuestro siglo es emplear la razon sobrado desnuda, como si los hombres fuesen meros espíritus. Descuidando la lengua de los signos que hablan á la imaginacion, liemos perdido el mas enérgico de los idiomas. Siempre es débil la impresion de la palabra, y mejor hablan al corazon los ojos que los oidos. Queriendo dejárselo todo al raciocinio, liemos reducido á palabras nuestros preceptos, y nada liemos esplicado con acciones. En razon sola no es activa; algunas veces contiene, pocas escita, y nunca hizo nada grande.

Discurrir siempre, es la manía de los espíritus apocados: los ánimos esforzados tienen otro idioma, y este idioma es el que persuade y el que hace obrar.

Noto que en los siglos modernos no tienen los hombres mas asidero unos en otros que la fuerza y el interes, en vez de que los antiguos obraban mucho mas por la persuasion, por las afecciones del ánimo, porque no descuidaban la lengua de los signos. Celebrábanse con solemnidad todas las convenciones para hacerlas mas inviolables: ántes que estuviese la fuerza establecida, eran los Dioses los magistrados del linage humano; á presencia de ellos ajustaban los particulares sus tratados, sus andanzas, pronunciaban sus promesas: la faz de la tierra era el libro donde se conservaban sus archivos: las hojas de este libro, abierto sin cesar á los ojos de todos, eran las rocas, los árboles, los montones de piedras consagrados por estos actos, y acatados con respeto de aquellos hombres bárbaros. El pozo del juramento, el pozo del viente y viviente, el antiguo roble de Mambré, el monton del testigo; esos mil los rudos, pero augustos, monumentos de la santidad de los contratos: ninguno hubiera sido osado á atentar con sacrílega mano á estos monumentos, y mas segura estaba la fe de los hombres con la fianza de estos mudos testigos, que hoy lo está con todo el rigor vano de las leyes

En el gobierno, el augusto aparato de la potencia real imponia respecto á los pueblos, ; eran para estos cosas sagradas las señales de dignidad, el

trono, el cetro, la vestidura de púrpura, la corona, la diadema: estos respetados signos hacian venerable al varon que vean ornado de ellos; y al punto que hablaba, sin soldados y sin amenazas era obedecido. Ahora que afectan la abolicion de estos signos ([103]), ¿qué resulta de este menosprecio? Que se borra de todos los corazones la magestad real, que los reyes solo se hacen obedecer á fuerza de tropas, y que solo en el temor del castigo está vinculado el respeto de los vasallos. Ya no se toman los reyes el trabajo de llevar su diadema, ni los grandes los distintivos de sus dignidades; pero necesitan tener siempre cien mil brazos prontos para hacer ejecutar sus órdenes: y aunque acaso esto les parezca mas hermoso, fácil es ver que al cabo este cambio no les ha de traer provecho.

Lo que han hecho con la elocuencia los antiguos es cosa portentosa; pero no solo consistía esta elocuencia en hermosos discursos bien coordinados, y nunca produjo mas efecto que cuando ménos hablaba el orador. Lo que con mas viveza decian no lo espresaban con palabras, sino con signos; no lo decian, que lo mostraban. El objeto que nos ponen á los ojos conmueve la imaginacion, escita la curiosidad retiene el espíritu en acecho de lo que van á decir; y muchas veces este objeto solo lo dice todo. ¿Trasibulo y Tarquino cortando las cabezas de adormideras, Alejandro poniendo su sello en la boca de su privado, Diógenes andando delante de Zenon, no hablaban mejor que con largos discursos? ¿Qué circuito de palabras hubiera declarado con tanta propiedad las mismas ideas? Metido Dario con su ejército en la escusa recibe de parte del rey de los Escitas un pájaro, una rana, un raton y cinco Hechas: entrega el embajador su presente, y se vuelve sin decir palabra. Fué entendida tan terrible arenga, y Dario á toda priesa se volvió para su pais como pudo. Sustitúyase á estos signos una carta; cuanto mas amenazadora sea, ménos asustará; será una baladronada de que se hubiera mofado Dario.

¡Qué atencion no ponian los Romanos en la lengua de los signos! Vestiduras distintas segun las edades, segun las condiciones; togas, sayos, pretestas, bulas, esclavos, sillas cureles, lictores, haces, hachas, coronas de oro, de hierbas, de hojas, oraciones, triunfos; todo entre ellos era aparato, representacion, ceremonia, y todo hacia impresion en los corazones de los ciudadanos. Importaba al estado que se juntase el pueblo en tal sitio mas bien que en cual; que viese ó no viese el Capitolio; que estuviese ó no vuelto ácia el senado; que deliberase este y no aquel dia. Les acusados mudaban de trago, tambien le mudaban los candidatos; los militares no ensalzaban

sus proezas bélicas, que ensenaban sus heridas. Cuando la muerte de César, me imagino que uno de nuestros oradores, que quiero inflamar el pueblo, deja exhaustos todos los lugares comunes del arte para hacer una patética descripcion de sus heridas, su sangre, su cadáver: Antonio, aunque elocuente, no dice nada de eso: hacen traer el cuerpo. ¡Qué retórica!

Pero insensiblemente me lleva esta digresion lejos de mi asunto, contó con otras muchas me sucede, y son sobrado frecuentes mis desviaciones para que puedan ser largas y tolerables: así vuelvo á la materia.

No discurrais nunca con sequedad con la juventud ¡revestid de un cuerpo la razon, si quereis hacérsela sensible. Haced que atraviese por el corazon el idioma del entendimiento, para que se haga escuchar. Vuelvo á repetir que los frios argumentos pueden determinar nuestras opiniones, mas no nuestras acciones; nos hacen creer, y no obrar: lo que se debe pensar se demuestra, no lo que se debe hacer. Si esto es cierto tratándose de todos los hombres, con mas razon lo será tratándose de los mozos todavía envueltos en sus sentidos, y que solo piensan en cuanto imaginan.

Así que me guardaré muy bien, aun despues de los preparativos de que he hablado, de ir á deshora al aposento de Emilio á hacerle un largo y pesado razonamiento acerca del asunto en que le quiero instruir. Primero conmoveré su imaginación: escogeré el tiempo, el sitio, los objetos mas propicios á la impresion que deseo escitar; llamaré, por decirlo así, la naturaleza entera por testigo de nuestra conferencias; atestiguaré con el Ser eterno, cuya obra es, de la verdad de mis palabras; le haré juez entre Emilio y yo; señalaré el sitio donde estamos, las rocas, los bosques, las montanas que nos rodean, por monumentos de sus empeños y los míos: en mis ojos, en mi acento, en mi ademan brillarán el entusiasmo y el ardor que quiero inspirarle. Hablaré entónces, y me escuchará, me enterneceré, y se conmoverá. Penetrándome en lar santidad de mis obligaciones, haré que mas respete las suyas; animaré la fuerza del argumento con imágenes y figuras; no seré largo y difuso en máximas frias, sino abundante en afectos que rebosen; será mi razon grave y sentenciosa, pero nunca dirá lo suficiente mi corazon. Mostrándole entónces todo cuanto por él he hecho, se lo mostraré como hecho por mi propio provecho; y en mí tierno cariño verá la razon de todos mis afanes. ¡Qué sorpresa, qué agitacion le voy á causar, mudártelo repentinamente de estilo! En vez de estrechar su ánimo hablándole siempre de su interes, solo del mio le hablaré de hoy mas, y le tocaré mas en lo vivo; infla-

maré su juvenil corazon en todos los afectos de amistad, de generosidad, de gratitud, que ya he hecho que nazcan en él, y que tan suave cosa es alimentar. Le apretaré con mi pecho derramando lágrimas de ternura, y le diré: tú eres mi caudal, mi hijo, la obra mia; mi dicha la espero de la tuya: si frustras mis esperanzas, me robas veinte años de mi vida, y cansas la desventura de mis ancianos años. Así se hace uno escuchar de un mancebo, y graba en lo íntimo de su corazon la memoria de lo que le dice.

Hasta aquí he procurado dar ejemplos del modo como debe instruir un ayo á su discípulo en los lances arduos. Lo mismo me he tentado á hacer en este; pero despues de repetidas pruebas renuncio de ello, convencido de que es sobrado melindrosa nuestra lengua para consentir nunca en un libro el candor de las primeras instrucciones sobre ciertas materias.

El idioma castellano dicen que es casto, y yo le creo muy obsceno, porque me parece que no consiste la castidad de un idioma en evitar con esmero las espresiones lascivas, sino en no tenerlas. Efectivamente, para evitarlas es preciso pensar en ellas, y es difícil en todos sentidos enunciarse con pureza en lengua castellana; Mas hábil siempre el lector en hallar significaciones obscenas, que el autor en removerlas, con todo se escandaliza y se alborota. ¿Como no ha de contraer mancilla lo que pasa por oidos impuros? Por el contrario, un pueblo de buenas costumbres Llene términos propios para todas las cosas, y estos términos siempre son castos, porque siempre se usan castamente.

No es posible imaginar idioma mas modesto que el de la Biblia, precisamente porque todo está dicho con candor; pues para hacer inmodestas las mismas cosas, basta con ponerlas en castellano. En lo que yo he de decir á mi Emilio nada habrá que no sea honesto y casto á sus oidos; pero para que los lectores lo tuviesen por tal, fuera necesario que tuvieran el corazon tan puro como el suyo.

Tambien pienso que pudieran ocupar un lugar útil en las conferencias de moral, á que este asunto nos dará materia, algunas reflexiones acerca de la pureza del discurso y de la falsa delicadeza del vicio; porque, cuando aprenda el idioma de la honestidad, Laminen debe aprender el de la decencia, y es necesario que sepa porque son tan distintas estas dos lenguas. Sea como fuere, yo sustento que en vez de los vanos preceptos con que ántes de tiempo fatigan las ideas de la juventud, y de que se burla esta en llegando á la

edad en que le serían oportunos; si se espera, si se prepara el instante de hacerse escuchar, si entónces se le espolien las leyes de la naturaleza con toda su verdad; si se le manifiesta la sancion de estas rarísimas leyes en los malos físicos y morales que su infraccion les acarrea á los delincuentes; si hablándole del incomprensible misterio de la generacion, con la idea del atractivo que dió á este acto el autor de la naturaleza se junta la del cariño esclusivo que le hace delicioso, la de las obligaciones de fidelidad pudor que le cercan, y que doblan su embeleso desempeñando su objeto; si pintándole el matrimonio, no solo como la mas dulce de las sociedades, sino como el mas inviolable y el mas sacrosanto de todos los contratos, se le deducen con fuerza todas las razones que hacen respetable para todos los hombres tan sagrado vínculo, y cubren de odio y maldicion á cualquiera que es osado á amancillar su pureza, si se le hace una pintura de bulto y verdadera de los horrores de la disolucion, de su estúpido embrutecimiento, del insensible declive por el cual el primer desorden conduce a todos, y arrastra finalmente á su pérdida ó quien á él se entrega; si se le demuestra, digo, con evidencia de qué modo con el amor de la castidad van unidos la salud, la fuerza, el valor, las virtudes, el mismo amor, y todos los verdaderos bienes del hombre; sustento que entónces se lo hará que desee y ame esta misma castidad, y que se hallará dócil su ánimo ó los medios que le diéremos para conservarla, porque el que la conserva la respeta, y aquel solo la desprecia que la ha perdido.

No es cierto que sea indomable la propension al nial, y que no sea uno dueño de vencerla ántes de haber adquirido el hábito de rendirse á ella. Dice Aurelio Víctor que muchos arrebatados de amor Compraron voluntariamente con su vida una noche de Cleopatra; y no es imposible este sacrificio en la embriaguez de la pasion. Pero supongamos que viese el aparato del suplicio, cierto de perecer en los tormentos pasado un cuarto de hora, el hombre mas furioso, y que se posea ménos de sus sentidos; no solo este hombre se ¡luna superior desde aquel punto á las tentaciones, sino que le costaria poco resistirse; ellas, en breve le distraeria de su gozo la horrorosa imagen con que vendrian acompañadas, y siempre repelidas se cansarian de volver. La tibieza sola de nuestra voluntad es la que constituye nuestra flaqueza; siempre somos fuertes para ejecutar lo que queremos con fuerza: *volenti nihil difficile, nada es difícil para quien quiere*. ¡O! si detestáramos el vicio tanto cuanto amamos la vida, con tanta facilidad nos abstuviéramos

de una culpa agradable, como de una mortal ponzoña en un manjar delicioso.

¿Quién no ve que si todas las lecciones que acerca de este punto se dan á un mancebo son sin fruto, consiste en que no tienen la razon propia de su edad, y en que en todas edades importa revestir la razon de formas que la llagan amable? Habladle con gravedad cuando fuere necesario; pero tenga siempre lo que le digais un atractivo que le fuerze á que os escuche. No os opongais con sequedad á sus deseos, no ahogueis su imaginacion, guiadla no sea que engendre monstruos. Habladle del amor, de las mugeres, de los deleites; haced que en vuestras conversaciones encuentre un embeleso que alague su juvenil corazon; no omitais nada para que os haga su confidente: solo á título de tal seréis verdaderamente maestro suyo. ¡No temais entónces que le aburran vuestras conferencias, que mas de lo que querais os hará hablar.

¡No dudo un instante de que si conforme á estas máximas he sabido tomar todas las precauciones necesarias, y decir á mi Emilio las cosas que se adaptan con la coyuntura á que ha llegado con el progreso de los años, no venga él por si mismo al punto á que le quiero traer, que no se ponga con anhelo bajo mi seguro, y que con todo el calor de su edad no me diga asustado con los peligros que ve que le cercan: ¡O amigo mio, amparador mio, maestro mio! volved á tomar la autoridad que quereis abandonar en el punto que mas me importa que la conserveis; hasta aquí la teniais por mi flaqueza; de hoy mas la tendréis por mi voluntad, y será para mí eso mas sagrada. Defendedme de todos los enemigos que me sitian, y sobretodo de los mas aleves que dentro de mí llevo; vigilad sobre vuestra obra, para que permanezca digna de vos. Quiero obedecer á vuestras leyes, quiero siempre, y esa es mi voluntad constante; si alguna vez os desobedezco, será en mi despecho: tornadme libre amparándome contra mis pasiones que me hacen violencia; estorbad me que sea su esclavo, y forzadme á ser mi árbitro propio, no obedeciendo á mis sentidos, sino á mi razon.

Cuando hayais traido á vuestro alumno á este punto (y si á él no viniere, culpa será vuestra), guardaos de cogerle muy pronto la palabra, no sea que si alguna vez le parece sobrado penoso vuestro imperio, se crea con derecho de zafarse de él, acusándoos de que le cogisteis desprevenido. En este instante son oportunas la gravedad y la discrecion; y tanto mas respeto le impondrá este estilo, cuanto será la primera vez que haya visto que lo tomais.

Diréisle por tanto: mancebo con mucha ligereza contraeis arduos empeños; necesario fuera que les conocieseis, pava tener derecho ú formarlos: no sabeis con que furor arrastran los sentidos á vuestros semejantes en la honda sima de los vicios con el cebo del deleite. No teneis un alma villana, bien lo sé; nunca violaréis vuestra, fe, pero ¡cuantas veces os arrepentiréis de haberla empeñado! ¡cuantas veces maldeciréis á quien os ama; cuando por libraros de los males que os amenazan se vea forzado á haceros el corazon pedazos! Así agitado Ulises del canto delas sirenas clamaba á sus conductores que le desatasen; embebido con los alhagüeños atractivos del placer, querréis quebrantar los vínculos que os liguen, me importunaréis con vuestras quejas, me echaréis en cara mi tiranía, cuando me afane con mas terneza por vos; sin pensar mas que en vuestra dicha, me acarrearé vuestro ahorcamiento. ¡Emilio mio! nunca podré sobrellevar la idea de serte odioso, tu misma dicha es muy costosa á ese precio. ¿No veis, buen jóven, que obligándoos á obedecerme, me obligáis á que os guie, á que me olvide de mí para consagrarme á vos, á no escuchar ni vuestras quejas, ni vuestras murmuraciones, á oponerme sin cesar á vuestros gustos y los mios? Un yugo mas duro que el vuestro me imponeis. Antes que ambos carguemos con él, consultemos nuestras fuerzas; tomaos tiempo, dádmele para que yo lo piense, y sabed que el que mas tardo es en prometer, siempre es el mas puntual en cumplir.

Sabed tambien vos que cuantas mas dificultades pongais acerca de este empeño, mas facilitareis su cumplimiento. Importa que reconozca el mozo que promete mucho, y que vos prometeis todavía mas. Cuando haya llegado la hora, y cuando haya firmado, por decirlo así, el contrato, mudad entónces de estilo, usad de tanta blandura en vuestro imperio, cuanta severidad le habiais anunciado. Decidle: amado jóven, os falta esperiencia, pero yo he hedió de manera que no os fallase razon en estado estais de ver siempre los motivos de mi conducta: para eso solo necesitáis aguardar á que esteis sereno. Obedeced siempre primero, pedidme luego cuenta de mis preceptos y siempre estaré dispuesto á haceros ver la razon de ellos así que tengais serenidad para oirme y nunca temeré haceros juez entre vos y yo. Prometeis ser dócil, y yo prometo usar de esta docilidad solo para hacer que seáis el mas feliz de los hombres. Os doy por fianza de mi promesa la suerte que hasta aquí habeis disfrutado: halladme uno de vuestra edad que haya pasado una vida tan grata como la vuestra, y no os prometo cosa ninguna.

Despues de establecida mi autoridad, mi solicitud primera será precaver la necesidad de hacer uso de ella. Nada omitiré para grangearme mas y mas su confianza, para hacerme el confidente de su corazon, y el árbitro de sus placeres. Lejos de oponerme á los gustos de su edad, los consulares para enseñarme de ellos; me acomodaré á sus planes para dirigirlos: no le proporcionaré, á costa de la presente, una remota felicidad. ¡No quiero que sea feliz una vez, sino, si es posible, siempre.

Los que quieren conducir con cordura la mocedad para preservarla de los lazos de los sentidos, le inspiran horror al amor, y está en poco que le achaquen á delito que piense en él de su edad, como si fuera el amor negocio de viejos. Nunca persuaden estas engañosas lecciones que desmiente el corazon. Encaminado el mancebo por un instinto mas cierto, se ríe en secreto de las tristes máximas á que Unge que da asenso, y solo aguarda la ocasion para hacerlas vanas. Todo esto va contra la naturaleza. Siguiendo una vereda opuesta, llegaré con mas certeza al mismo termino: no temeré acariciar en él el alhagüeño afecto de que está prendado; se le pintaré como la dicha suprema de la vida, porque efectivamente lo es; cuando yo se le pinte, quiero que se abandone á él; haciéndole tocar el embeleso que al deleite sensual añade la union de los corazones, le retraeré de la disolucion, y por amor le haré recatado.

¡Cuan de cortos alcances ha de ser quien en los nacientes deseos de un mozo solo contemple un obstáculo á las lecciones de la razon! Yo veo el verdadero medio de hacerle dócil á estas mismas lecciones. Solo las pasiones dan asa á las pasiones; por su imperio se ha de resistir su tiranía, y siempre se han de sacar de la misma naturaleza los instrumentos propios para regularla.

No está Emilio destinado á vivir siempre solitario; miembro de la sociedad, debe desempeñar sus obligaciones: destinado á vivir con loa hombres, los debe conocer. Conoce al hombre en general; fáltale conocer á los individuos. Sabe lo que hacen en el mundo; fáltale ver como viven. Es tiempo de manifestarle lo esterior de esta vasta escena, cuyo oculto juego conoce ya todo. No se presentará con la estúpida admiracion de un mozo atolondrado, sino con el discernimiento de un espíritu recto y sano. Sin iluda le podrán engañar sus pasiones: ¿cuando no engañan á quien se deja llevar de ellas? pero á lo ménos no le engañarán las agenas. Si las ve, las verá

con los ojos del sabio, sin que le arrastren sus ejemplos ni le seduzcan sus preocupaciones.

Así como hay una edad idónea para el estudio de las ciencias, hay otra para coger bien el estilo del mundo. El que aprende este estilo de muy mozo, le signe toda su vida sin reflexion ni discernimiento, y aunque con mucha presuncion, sin saber nunca jo que se hace. Pero el que le aprende, y ve las razones de él, le signe con mas conocimiento, y por consiguiente con mas gracia y mas tino. Dadme un chico de doce años que no sepa nada de cosa ninguna; á los quince os lo vuelvo sabiendo tanto como el que desde sus primeros años habeis instruido con la diferencia de que el saber del vuestro residirá en su memoria, y el del mio en su juicio. Del mismo modo, introducid á un mozo de veinte años en el mundo; bien guiado, será dentro de un año mas amable, y con mas juicio urbano que el que se hubiere criado en él desde su niñez; porque como el primero es capaz de conocer las razones de todos los procederes relativos á la edad, á la condicion, al nexo, que constituyen esto uso, puede reducirlos á principios, y aplicarlos á no previstos casos, miéntras que el otro que no tiene unas regla que la práctico, se halla atascado así que sale de ella.

Las señoritas francesas se educan todas en conventos hasta que las casan. ¿Se echa de ver que se amolden con dificultad á modales que son para ellas tan nuevos? ¿acusará alguien á las imágenes de Paris de que no tienen desenvoltura ni gracia, ó de que no saben el estilo del mundo, porque no se han criado en él desde niñas? Esta preocupacion la acreditan las personas mismas de corle, que no conociendo cosa mas importale que esta mezquina ciencia, se figuran, contra toda verdad, que nunca es sobrado temprano para aprenderla.

Verdad es que tampoco se ha de aguardar hasta muy tarde. El que ha pasado toda su mocedad lejos de las personas de trato fino, tiene toda su vida entre gentes una planta atada, violenta; dice siempre cosas fuera del caso; sus modales son pesados y desmanados, sin que el hábito de vivir con gentes unas se los pula, que al contrario se hace mas ridículo afanando por atildarse. Cada género de instruccion tiene su tiempo oportuno que es necesario conocer, y sus riesgos que se han de evitar: yen esta se reúnen mas particularmente; mas tampoco espongo á ella á mi alumno, sin precauciones que le preserven de estos peligros.

Cuando presenta mi método un mismo objeto á cualquier parte que uno tienda la vista, y cuando remedia un inconveniente, precaviendo otro, entóncos creo que es bueno, y que no salgo de la verdad. Esto me parece que lo hallo en el medio que aquí me sugiere. Si quiero ser austero con mí discípulo, perderé su confianza, y que breve se esconderá de mí; sí quiero ser condescendiente, fácil, ó cerrar los ojos, ¿qué le sirve estar bajo mi tutela? No bago mas que autorizar sus desórdenes, y descargar su conciencia á costa de la mía: Si le introduzco en el mundo con solo el provecto de que se instruya, se instruirá mas de lo que yo quiera. Si le mantengo distante de él hasta el fin, ¿que habrá aprendido conmigo? Todo, acaso, ménos el arte mas indispensable para el hombre y para el ciudadano, que es saber vivir con sus semejantes. Si presento á sus atenciones una utilidad muy remota, sera como nula para él, que solo hace aprecio de lo presente. Si me ciño á ofrecerle pasatiempos, ¿qué provecho le hago? se afemina y no se instruye.

Nada de todo eso: mi espediente solo lo remedia todo. Tu corazon, digo al mancebo, necesita una compañera; vamos á buscar la que te conviene: acaso no la encontraremos con facilidad, siempre es varo el mérito verdadero; pero no nos precipitemos, ni nos aburramos. Sin duda que hay una, y al cabo daremos con ella, ó á lo ménos la que mas se le parezca. Con proyecto tan alhagüeño le introduzco en el mundo. ¿Qué mas necesito decirle? ¿No veis que ya esta todo hecho?

Cuando le pinte la dama que le destino, imagínese si sabré hacer que me escuche, si sabré que mire con estimacion y complacencia las prendas que debe amar, si sabré preparar todos sus actos para lo que debe buscar ó evitar. Preciso es que sea yo el mas desmañado de los hombres, si no le apasiono de antemano, sin que sepa el de quien. Nada importa que sea imaginario el objeto que le pinte; basta con que le inspire aversion á los que pudieran tentarle; basta con que en todas partes halle comparaciones que le hagan preferir su fantástico objeto á los reales que se le presentaren: ¿y el mismo amor verdadero, qué otra cosa es que fantasía, ilusion, mentira? Mas se ama la imagen que mio se fragua, que el objeto á que la aplica. Si viese uno lo que ama exactamente como es, no habria amor en la tierra. Cuando cesa uno de amar, la misma que ántes se queda la persona amada, pero no la ve la misma; se descorre el velo del prestigio, y el amor se desvanece, fraguando pues, el objeto imaginario, soy árbitro de las comparaciones, y fácilmente impido la ilusion de los objetos reales.

No por eso quiero que engañemos á un mancebo pintándole un dechado de perfeccion que no pueda existir; pero de tal modo escogeré los defectos de su dama, que le peten á él, que le gusten, y que sirvan para corregirle de los suyos. Tampoco quiero que le mintamos, afirmándole que existe el objeto que le pintamos; pero si se complace en la imagen, en breve anhelará por encontrar el original. De este anhelo á la suposicion, es corto el camino; es negocio de algunas descripciones hechas con arte, que bajo lineamientos mas sensibles den á este imaginario objeto mas apariencia de verdad. Quisiera hasta nombrárselo; le diria riéndome: llamemos *Sofía* vuestra dama futura. Sofía es nombre de buen agüero: si no es el de la que elijais, merecerá á lo ménos que lo sea, y podemos honrarla con él de antemano. Despues de todas estas menudas circunstancias, si satisfago con equívocas respuestas á sus preguntas, sin decirle que sí, que no, creerá que le hago misterio de la esposa que le destino, y que la verá cuando sea tiempo. Si una vez le tenemos en esto, y hemos hecho buena eleccion de la imagen que le hemos bosquejado; todo lo demas es fácil; podemos aventurarle en el mundo casi sin riesgo: defendedle solo de sus sentidos, que seguro está su corazon.

Pero, sea que realice ó no el modelo que haya sabido yo hacerle que ame; si está bien hecho este modelo; no le dará ménos apego á todo cuanto se le parezca, y ménos aversion á cuanto no se lo parezca, que si fuese un objeto real. ¡Qué ventaja tan grande por preservar su corazon de los riesgos á que debe estar espuesta su persona, para enfrenar con su imaginacion sus sentidos, para sacarle sobretodo de las redes da esas que se encargan de la educacion de los mozos, y se la hacen pagar tan cata, enseñándoles el trato fino, y quitándoles toda honestidad! ¡Sofía es tan modesta! ¿Con qué ojos ha de mirar sus desenvolturas? ¡Sofía es tan sencilla! ¿Como ha de gustar de sus afeites? Mucho distan de sus ideas sus observaciones, para que corra peligro con estas.

Todos los que hablan de conducir los niños siguen las mismas preocupaciones y las mismas máximas, porque observan mal, y reflexionan todavía peor. Ni por el temperamento ni por los sentidos empieza el descarrío de la juventud, sino por la opinion. Si se tratase aquí de los muchachos que se educan en los Colegios, y de las niñas que se educan en los convenios, haria ver que aun con relacion; estos es cierta mi proposicion, porque las primeras lecciones que toman unos y otras, y las únicas que dan fruto, son

las del vicio; y no es la naturaleza quien los estraga, que es el ejemplo, Pero abandonemos los pensionistas de los colegios y de los conventos á sus: malas costumbres, que siempre serán irremediables. Hablo solo de la educacion doméstica. Coged á un mancebo educado con recalo en casa de su padre en una provincia, y examinadle cuando llega á Madrid, ó se introduce en el mundo; lo hallareis que piensa bien acerca de las cosas honestas, y que tiene tan sana la voluntad como la razon; hallareis que desprecia el vicio, y mira con horror la disolucion; á solo el nombre de una prostituta, vereis en sus ojos el escándalo de la inocencia. Sustento que no hay uno que se pudiese determinar á entrar solo en las tristes moradas de estas desventuradas, aun cuando supiese el uso, y sintiese la necesidad de ellas.

Considerad de nuevo, seis meses despues, al mancebo mismo, y no le conocereis, sus espresiones libres, sus máximas de corle, su ademan resucito, harian creer que era otro, si sus chanzonetas sobre su pasado candor; su vergüenza cuando se le acuerdan, no manifestasen que es el mismo, y que se sonroja de ello. ¡O, cuanto se ha formado en poco tiempo! ¿De donde procede tan grande y repentina mudanza? ¿Del progreso del temperamento? ¿Pues no hubiera hecho este los mismos progresos en casa de su padre? y allí ciertamente no hubiera tomado ni este estilo ni estas máximas. ¿De los primeros placeres de los sentidos? Muy al contrario; el que empieza á entregarse á ellos está inquieto, medroso, huye el bullicio y de ser rusto. Los deleites primeros siempre son misteriosos; los sazona y los esconde el pudor: la primera dama hace tímido, no descarado. Absorto en un estado para él tan nuevo, se recoge el mancebo para saborearle, y siempre está temblando de perderle, Si es estrepitoso, ni goza ni ama; el que se alaba no ha gozado.

Otros modos de pensar han producido solo estas diferencias. Todavía es el mismo su corazon, pero han variado sus opiniones. Sus afectos; mas tardos en alterarse, al cabo se alterarán por ellas; y entónces sí que estará verdaderamente estragado. Apenas se ha metido en el mundo, cuando adquiere en él una educacion en todo opuesta á la primera, en fuerza de la cual aprende á despreciar lo que estimaba, y á estimar lo que despreciaba: le enseñan á que tenga las lecciones de sus padres y maestros por una jerga de pedantes, y las obligaciones que le han predicado por una moral de chiquillos, que cuando grande debe desdeñarla. Por su honra se cree obligado á variar de conducta; se loma atrevido sin deseos, y presumido por mala

vergüenza: se mofa de las buenas costumbres; dudes de haber cogido gusto á las malas, y se pica de disolucion sin ser disoluto, no me olvidaré nunca de la confesion de mi oficial jóven de guardias suizas, que se aburria mucho con los estrepitosos deleites de sus camaradas, y no se atrevía á retirarse de ellos, por temor de que le hiciesen burla, «Me ejercito en esto, decia, como en tomar tabaco no obstante mi repugnancia; con el hábito vendrá la aficion, que no ha de ser un niño toda la vida.»

Por eso ménos hemos de preservar á un mozo que empieza á vivir en el mundo de la sensualidad que de la vanidad: mas ceder las propensiones agenas que á las suyas; y nías disolutos hace el amor propio que el amor.

Esto supuesto, pregunto si hay en la tierra entera otro mas bien armado que el mio contra todo cuanto puede atacar sus costumbres, sus afee Los y sus principios; si hay uno mas dispuesto á resistir al torrente, Porque, ¿contra que seduccion no está defendido? Si le arrastran sus deseos ácia el sexo, no encuentra en él lo que busca, y ocupado ya su corazon le contiene. Si le agitan y le estrechan sus sentidos, ¿donde hallará con que contentarlos? El horror del adulterio y de la disolucion le desvía igualmente de las rameras que de las mugeres casadas, y siempre empiezan por uno de estos dos estados los desórdenes de la juventud. Una soltera puede ser desenvuelta, pero no será provocativa, no irá á brindar con su persona á un mozo que se puede casar ton ella, si la reputa honesta, ademas de que siempre habrá alguien que la zele.

Por su parte, no estará Emilio totalmente abandonado á sí propio; ambos tendrán á lo ménos por custodios el miedo y la vergüenza., inseparables de los deseos primeros; no llegarán de repente á las últimas familiaridades, y no tendrán tiempo de llegar sin estorbo á ellas poco á poco. Para que sea de otra manera, es preciso que baya tomado ya lecciones de sus camaradas, que haya aprendido de ellos á mofarse de su propio recato, á (ornarse insolente á imitacion suya. Pero ¿qué hombre hay en el mundo ménos imitador que Emilio? ¿Cual que ménos se deje llevar del estilo de búrlelas que él, que no tiene preocupaciones, ni cede nada á las de los demás? Veinte años he trabajado en armarle contra los burlones: mas de un dia necesitan cascos para que se deje dominar de ellos; porque á sus ojos el ridiculizar es la razon de los tontos, y no hay cosa que baga mas insensible á la irania, que ser superior á la opinion. En vez de donaires necesita razones, y miéntras no saliere de aquí, poco miedo tengo de que lo saquen de mi poder mozalvetes

locos, militando por mí su conciencia y la verdad: y si la preocupacion ha de entrar á la parte, algo es tambien un cariño de veinte años; nunca lo harán creer que le haya yo aburrido con inútiles lecciones; y en un pecho sensible y recto, la voz de un fiel y verdadero amigo sabrá poner silencio á los gritos de veinte seductores. Como entónces no se trata mas que de hacerle ver que le engañan, y que, fingiendo que le tratan como hombre, le tratan realmente como niño, afectaré ser siempre sencillo, aunque grave y claro en mis razones, para que conozca que yo soy quien como hombre le trato. Dírele así: «Ya veis que vuestro interes, que es el mio, es el único que dicta mis razones, y que no puedo tener otro. ¿Pero por que os quieren persuadir esos golfos? por que os quieren seducir; que ni os aman, ni se interesan por vos: su único motivo es un secreto despecho de que valgais mas que ellos; quieren abajaros hasta su mezquina medida, y si os acusan de que os dejais gobernar, es por gobernaros ellos. ¿Podeis creer que grangeariais algo con esta mudanza? ¿Tan aventajada es su discrecion? ¿es su cariño de un dia mas sólido que el mio? Para que sus escarnios tuviesen algun peso, fuera necesario que le tuviese su autoridad: ¿y cual es su esperiencia para que hayan de preferirse sus máximas á las nuestras? no han hecho mas que imitar á otros atolondrados, así como quieren que recíprocamente los imiten á ellos. Por hacerse superiores á las pretensas preocupaciones de sus padres, se esclavizan á las de sus camaradas. No veo lo que con eso grangean, pero sí que pierden dos grandes ventajas; la del cariño paterno, cuyos consejos son sinceros y tiernos, y la de la esperiencia, que hace que» falle uno de lo que conoce; porque los padres han sido hijos, y los hijos no han sido padres.

» ¿Pero los creeis sinceros, á lo ménos en sus locas máximas ¿No por cierto, tinado Emilio, por engañaros se conjugan ellos; no están concordes consigo mismos, sin cesar los demente su corazon, y con frecuencia los contradice su boca. Tal de ellos hay que se mofa de todo cuanto es honesto y se desesperaria de que su muger pensara como él. Otro llevará tan adelante la indiferencia de costumbres, que comprenderá en ella las de la muger que aun no tiene, ó, por cúmulo de infamia, hasta las de la muger que ya tiene: Pero seguid mas adelante, habladle de su madre, y ved si se allanará con disgusto á ser reputado fruto de adulterio, á hijo de una muger de mala vida, á llevar sin corresponderia el nombre de su familia; ó robar su patrimonio á su legítimo heredero, por fin si sufrirá en paciencia que le traten de bastardo. ¿Quién de ellos quisiera que se restituyese á su hija el deshonor de que cubre la agena? No hay ni uno que no hiciera por quitaros

la vida, si adoptaseis con él en lo practica todos cuantos principios se esfuerza á inspiraros. Así muchos infestan al cabo su inconsecuencia, y se ve que ninguno de ellos cree en lo que dice. Estas son mis razones, querido Emilio: pesad las de ellos, si algunas alegan, y comparadlas. Si, como ellos, quisiera valerme de la ironía y el desprecio, veríais cuan fácil es hallar su flaco para ridiculizarlos, tanto como á ellos á mi, y mas acaso. Pero no temo yo un exámen serio. Poco dura el á triunfo de los burlones; la verdad permanece, y la loca risa de aquellos se disipa.»

No imaginais como puede ser dócil Emilio de veinte años. ¡De cuan distinto modo pensamos! Yo no concibo como podia serlo de diez: porque ¿qué agarradero tenia yo en él de esta edad? Quince años de afanes he necesitado para labrar este asidero. Entónces no le educaba, que preparaba para ser educado: ahora lo está lo suficiente para ser dócil: conoce la voz de la amistad, y sabe obedecer á la razon. Verdad es que le dejo la apariencia de la independencia, pero nunca estuvo mas sujeto á mí; trae lo está, porque quiere estarlo. Miéntras que no he podido hacerme dueño de su voluntad, no he soltado su persona; no le dejaba un paso. Ahora le abandono alguna vez á si mismo, porque siempre le gobierno. Cuando le dejo le doy un abrazo, y le digo con toda confianza: Emilio, de mi amigo le fio, te entrego á su honrado corazon; él me respóndela de tí.

No es negocio de un instante estragar afecciones sanas que ninguna alteracion anterior han padecido, ni borrar principios inmediatamente derivados de las primeras luces de la razon. Si sucede alguna mudanza durante mi ausencia, nunca será esta tan larga ni sabrá él esconderse tan bien de mí, que no conozca yo el riesgo ántes que se declare la enfermedad, y que no esté á tiempo de poner remedio. Como nadie se deprava de repente, tampoco aprende de repente á disimular; y si hay un hombre sin maña para este arte, es Emilio, que en su vida se halló en lance de haberle de usar.

Con estas atenciones y otras semejantes, tan resguardado presumo que esta de los objetos estemos y de las vulgares máximas, que mas quisiera verle en medio de la peor compañía de Madrid que solo en su aposento ó en un jardin, entregado á toda la inquietud de su edad. Por unas que hagamos, de cuantos enemigos pueden acometer á un mancebo, el mas peligroso, y el único que no se puede ahuyentar, es el propio: pero este enemigo solo es temible por culpa nuestra, porque, como mil veces he dicho, por sola la imaginacion se despiertan los sentidos: su necesidad no es propiamente

necesidad física, ni es cierto que sea verdadera necesidad. Si nunca se hubiera presentado á nuestros ojos un objeto lascivo, si nunca se hubiera introducido en nuestro espíritu una idea deshonesta, nunca hubiéramos sentido en aso esta pretensa necesidad, y hubiéramos permanecido castos sin tentacion, sin esfuerzo, y sin mérito. No su hemos las fermentaciones sordas que, estilan en la sangre de la juventud ciertas situaciones y ciertos espectáculos, sin que sepa ella misma distinguir la causa de esta primera inquietud, que no es fácil de serenar, y no tarda en renacer. Yo por mí, cuanto mas reflexiono en esta importante crisis y en sus causas próximas y remotas, tanto mas me convenzo de que un solitario educado en un desierto, sin libros, sin instrucciones, y sin mugeres, se moriria vírgen, de cualquiera edad que le cogiese la muerte.

Pero no tratamos aquí de un salvage de esta especie. Educamos á un hombre entre sus semejantes y para la sociedad, y no es posible, ni conviene tampoco que le criemos siempre en esta saludable ignorancia; y lo peor que hay para guardar cordura, es saber á medias. La memoria de los objetos que nos han hecho impresion, las ideas que habernos adquirido, nos siguen al retiro, le pueblan, en despecho nuestro, de imágenes mas alagueñas que los mismos objetos, y hacen tan fatal la soledad para el que las lleva consigo, como útil para el que en ella se mantiene siempre solo.

Vigilad por tanto atentamente sobre el mancebo, de todo lo demas se podrá preservar él; pero á vos toca preservarle de sí propio. No le dejeis soto ni de dia ni de noche; acostaos á lo ménos en su cuarto no se meta en la cama basta estar rendido de sueno, y salga de ella á si que se despierte. Desconfiados del instinto, cuando ya no estais ceñido á él: es bueno miéntras que obra solo; os sospechoso así que se combina con las instituciones dé los hombres: no se le ha de destruir, que se le ha de regular; y mas dificultoso puede ser esto que aniquilarle. Muy peligroso fuera que ensenase á vuestro alumno á alucinar sus sentidos, y suplir las ocasiones de satisfacerlos; si una vez conoce este peligroso suplemento, está perdido: siempre su cuerpo y su corazon quedarán enervados; hasta el sepulcro conservará los tristes efectos de este hábito, el mas funesto á que se puede esponer un jóven. Todavía valiera mas sin duda..... Si se tornan invencibles Sos furores de un temperamento ardiente, Le compadezco, mi amado Vinillo, pero no titubearé un punto, no consentiré pie se eluda el fin de la naturaleza. Si Le ha de sojuz-

gar un tirano, primero te entrego á aquel de quien te puedo librar; sea como fuere, mas fácilmente le sacaré de manos de las mugeres que de lo propio.

Hasta los veinte años crece el cuerpo, y necesita de toda su sustancia: entónces estala continencia en el órden de la naturaleza, y solo á costa de su constitucion falta uno á ella. Pasados veinte años, es la continencia una obligacion moral, que importa para aprender á reinar sobre sí mismo, y á permanecer árbitro de sus apetitos. Pero las obligaciones morales tienen sus modificaciones, sus escepciones y sus reglas. Cuando la flaqueza humana hace inevitable una alternativa, prefiramos el menor de los males; en todo estado de cosas vale mas cometer una culpa que contraer un victo.

Acordaos de que aquí hablo de vuestro alumno y no del mio. Sus pasiones que habeis dejado fermentar os dominan: cededles pues sin rebozo, y sin encubrirlo su victoria; que si sabeis pintársela con sus naturales colores, ántes se avergonzará que se ufanará con ella, y os reservaréis el derecho de guiarle durante su estravío, para hacer que á lo ménos evite los precipicios. Importa que no haga nada el discípulo, que no sepa y quiera el maestro, ni aun lo malo; y cien veces mas vale que apruebe el ayo una culpa, y se engañe, que si le engañara su alumno, y se comedera la culpa sin que él lo supiese. Quien cree que debe cerrar los ojos para algo: se ve en breve precisado á cerrarlos para todo: la tolerancia del primer abuso acarrea otro; y esta cadena no se acaba hasta el trastorno de todo órden y el menosprecio de toda ley.

Otro error que ya he impugnado; pero que nunca saldrá de los espíritus apocados, es afectar siempre la dignidad magistral, y querer ser reputado un varon perfecto en el espíritu de su discípulo. Este método es contrario á la razon ¿Como no miran que con pretender afianzar su autoridad, la destruyen; que para hacer que se escuche lo que dicen, es preciso que se subroguen en el Jugar de aquellos á quienes se dirigen, y que es necesario ser hombre para saber hablar al corazon humano? Todos esos varones perfectos ni mueven ni persuaden; siempre decirnos que les en bien fácil lidiar con pasiones que no sienten. Mostrad vuestras flaquezas á vuestro alumno, si quereis sanarle de las suyas; vea en vos los mismos combates que él experimenta; aprenda vencerse á ejemplo vuestro, y no diga como los demás: estos viejos, despedrados porque ya no son mozos, quieren tratar á los mozos como si fueran viejos; y porque están ya apagados sus deseos, nos achacan los nuestros á delito.

Dice Montaigne que le preguntó un dia al Señor de Laugey cuantas veces se habia embriagado en sus negociaciones de Alemania, por servir al rey. De buena voluntad preguntara yo, al ayo de cierto mazo cuantas veces habia entrado en una mancebía por servir á su alumno. ¿Cuantas veces? me equivoco. Si la primera no quila para siempre al disoluto el deseo de volver á ella, si no sale confuso y avergonzado, si no derrama en vuestro seno torrentes de lágrimas, abandonadle al punto; ó él es un monstruo, ó vos un imbécil, que nunca lo servireis para nada. Pero dejemos estos espedientes estremos, tan tristes como peligrosos, y que no tienen confesorio ninguna con nuestra educacion.

¡Cuantas precauciones hay que tomar con un mozo de buena índole; ántes de esponerle al escándalo de las costumbres del siglo! Penosas son estas precauciones, pero indispensables; la negligencia en este punto echa á perder toda la juventud; por el desorden de la edad primera degeneran los hombres, y los vemos tornarse en lo que son. Viles y cobardes en sus mismos viejos, tienen almas mezquinas, porque desde temprano se han corrompido sus gastados cuerpos, y apénas les queda suficiente vida para moverse. Sus sutiles pensamientos manifiestan espíritus sin material; nada saben sentir que sea grande y noble; no tienen ni sencillez, ni vigor: soeces en todo, y villanamente malos, son vanos: bribones, fementidos; ni siquiera tienen el suficiente ánimo para ilustrarse en la perversidad. Estos son los hombres despreciables que se forman con la estragada torpeza de nuestra mocedad: si se bailase uno solo que supiese ser templado y sobrio, que en mitad de ellos supiese preservar su corazon, su sangre y sus costumbres de la epidemia del ejemplo, á los treinta años estrujaria todos esos insectos, y con ménos dificultad que le costó permanecer dueño de sí propio, se iria en árbitro de ellos todos.

Por poco que la cuna ó el caudal hubiese hecho en favor de Emilio, seria el este hombre, si quisiese serlo; pero los tiene muy en poco, para que se digne de esclavizarlos. Buscámosle ahora en mitad de ellos, introducido en el mundo, no para descollar, sino para conocerle, y encontrar una digna compañera.

Sea cual fuere la gerarquía en que haya nacido, y la sociedad en que empiece á introducirse, su estreno será sencillo y sin lucimiento: no plega á Dios que sea tan desdichado que brille en ella. ¡No son sus calidades de aquellas que á primera vista dan golpe; estas ni las posee, ni quiere poseer-

las. Hace muy poco aprecio de los juicios de los hombres para que le haga de sus preocupaciones, y no se cura de que le estimen ántes de conocerle. ¡No es ni modesto ni vano su modo de presentárselos natural y sin disfraz, no conocela sujecion ni el disimulo, y en medio de una concurrencia es el mismo que solo y sin testigo. ¿Será por eso místico y desdeñoso, sin atencion con nadie? Muy al contrario; si cuando está solo no valúa en nada á los demas hombres, ¿por qué no los ha de valuar en algo cuando vive con ellos? En sus modales no los prefiere á sí mismo, porque en su corazon no los prefiere ¡pero tampoco les manifiesta una indiferencia á que está muy distante de mirarlos: si no usa las fórmulas de la cortesía, no falta á las atenciones de la humanidad. No gusta de ver padecer á nadie; no ofrecerá su sitio á otro por monada, pero erase por bondad, si ve que de él se han olvidado, y juzga que le ha mortificado esto olvido y porque ménos le costará á mi mozo estarse voluntariamente en pie, que ver que otro se está por fuerza.

Aunque no estime Emilio á los hombres generalmente, no les manifiesta desprecio, porque les tiene compasion y se duele de ellos. No pudiendo inspirarles aficion á los verdaderos bienes, les deja los de opinion con que se contentan, no sea que, quitándoselos sin resarcírselos, los haga mas infelices que ántes eran. Así no es disputador, ni tiene espíritu de contradiccion; tampoco es contemplativo ni adulador; dice su dictamen, sin contrarrestar el de nadie, porque ama la libertad sobre todas las cosas, y la sinceridad es uno de sus mas preciosos derechos.

Habla poco, porque no se cura mucho de que se ocupen de si; por la misma razon, solo dice cosas útiles: ¿sino, qué es lo que le obligar á hablar? Emilio es muy instruido para que nunca sea parlanchin. El mucho charlar proviene necesariamente ó de la pretension de agudeza, de que hablaré luego, ó del aprecio que hacemos de frioleras, y deja tonteria de creer que los demas hacen de ellas el mismo caso que nosotros. El que conoce bastantes cosas para apreciarlas todas en lo que verdaderamente valen., nunca habia en demasía, porque tambien sabe apreciar la atencion que escita, y el interes que sus razonamientos inspiran. En general las personas que saben poco hablan mucho, y las que mucho saben hablan poco. Cosa sencilla, es que un ignorante tenga en mucho cuanto sabe, y se lo diga ú todo el mundo; pero los sugetos instruidos no abren con facilidad su repertorio; tendrian mucho que decir, y ven que todavía queda mucho mas que decir despues de ellos, y así se callan.

Lejos de chocar con el modo de los lemas, de buena voluntad se conforma Emilio con él; no por parecer instruido en los estilos, ni por afectar modales de hombre cortés, sino al contrario porque no le distingan, por evitar que le noten;y nunca se halla mas á su gusto, que cuando no reparan en él.

Aunque al tiempo de su introduccion en el mundo ignore absolutamente los modales de él, no por eso es tímido y medroso; no es por confusion, si se esconde, sino porque para bien ver es preciso no ser visto; que no le hace mella lo que piensan de él, ni le asusta que le ridiculicen. Esto es causa de que estando siempre sereno y tranquilo, no le perturba la mala vergüenza. Mírenle ó no, lo que hace siempre lo hace lo mejor que sabe; estando siempre sobre sí ¡ara observar bien á los demas, comprende los estilos con una facilidad que no pueden tener los esclavos de la opinion. Podemos decir que toma mas presto el estilo del mundo, justamente porque le tiene en poco.

No os engañeis no obstante acerca de su planta, ni la compareis con la de vuestros mancebos pisaverdes. Es entero, no presumido; sus modales son libres, no desdeñosos: la tacha insolente solo es propia de los esclavos, la independencia no gasta afectacion. Nunca he visto hombre que tenga al ti vea en el ánimo, y la manifieste en su tacha: afectacion es esta peculiar de las almas soeces y vanas, que solo así pueden imponer respeto. Eco en un libro, que habiéndose presentado un dia en la sala del famoso Marcel un estrangero, le preguntó este de que pais era: «Soy ingles, respondió el estrangero ¡Vos ingles! replicó el bailarin; ¡vos! de aquella isla donde los ciudadanos participan de la administracion pública, y son porcion de la potencia soberana ([104]) ¡No, señor; ese semblante abatido, ese mirar tímido, ese andar incierto, no anuncian mas que un esclavo»titulado de algun elector.»

No sé si manifiesta este fallo mucho conocimiento de la verdadera relacion que tiene el carácter de un hombre con su esterior. Yo, que no tengo la honra de ser maestro de baile, hubiera pensado todo lo contrario. Hubiera dicho: «Este ingles no es cortesano, que nunca he oido decir que tuviesen los cortesanos el semblante abatido y el andar incierto: un hombre tímido en casa de un bailarín, si pudiera muy bien no serlo en la cámara á de los comunes.» Por cierto que el tal Señor Marcel debe de reputar á sus compatriotas otros tantos Romanos.

El que ama quiere ser amado. Emilio ama á los hombres, por tanto quiere agradarles. Con mas olvido quiere agradar á las mugares; su edad, sus sanas costumbres, su proyecto, todo contribuye á mantener en él esto deseo. Higo sus sanas costumbres, porque no hacen para solo poco los hombres que las tienen son los que verdaderamente adoran á las mugeres. No usan, como los Otros, no sé que burlona gerigonza de galanteo; pero manifiestan un obsequio mas sincero, mas tierno, y que sale del corazon. Junto á una mugar moza conoceria yo á un hombre que tiene buenas costumbres, y domina la naturaleza entre cien mil disolutos. Júzguese lo quesera Emilio con un temperamento nuevo, y tantos motivos para resistir á él. Cerca de ellas bien presumo que algunas veces estará tímido y confuso; pero ciertamente no les disgustará, esta confusion, y las ménos bribon as tendrán mas de una vez el arte de divertirse con ella y aumentarla. En cuanto á lo demas, su obsequio sensiblemente variará de forma segun los estados. Será mas modesto y respetuoso ron las casadas, mas tierno y mas vivo con las niñas solteras; que no pierde de vista el objeto de sus investigaciones y y siempre da pruebas de mas atencion á lo que se las recuerda.

Nadie será mas puntual que él para todas las atenciones fundadas en el órden de la naturaleza, y aun en el buen órden social pero siempre preferirá las primeras á las últimas, y respetará mas á un mero particular de mas edad que él, que á un magistrado de su tiempo. Como será por lo comun uno de los mas mozos de las sociedades en que se encuentre, siempre será uno de los mas modestos, no por vanidad de parecer humilde, sino por un afecto natural y fundado en razon. No tendrá el impertinente descoco de un mozo presumido, que por divertir la compañía habia mas recio que las personas de juicio, ó interrumpe á los mayores de edad: y no ántes rizará por su parte la respuesta de un noble anciano á Luis XV, que le preguntaba cual le parecia mejor, si su siglo ó este: «Señor, he pasado mi mocedad respetando á los ancianos, y ahora tengo que pasar mi vejez respetando a los niños.»

Con un alma tierna y sensible, pero que nada valúa por la tara de la opinion, aunque guste de agradar á los demas, se ocupará poco de ser considerado. De donde se colige que mas afectuoso será que cortés, que nunca tendrá altivez ni fausto, y que le moverá mas mi alhago que mil elogios. Por los mismos motivos no descuidará ni sus modales, ni su modo de ponerse; acaso podrá gastar alguna afectacion en su trage, no por parecer hombre de

gusto, sino por hacer mas agradable su presencia; mas no recurrirá al marco dorado, y nunca la muestra de la riqueza amancillará sus adornos.

Vemos qué todo esto no requiere de mi parte mucho boato de preceptos, y que es mero efecto de su primera educacion. ¡Nos hacen mucho misterio del uso de mundo; como si, en la edad en que se adquiere este uso, no le adquiriese uno naturalmente, y como si no se debieran indagar sus leyes primeras en un corazon recto. La urbanidad verdadera está cifrada en manifestar benevolencia a los hombres; y sin dificultad se echa de ver en el que la tiene; solo para el que no la tiene es forzoso reducirá un arte sus apariencias.

«El efecto mas triste de la urbanidad» que se estila, es que enseña el arte de carecer de las virtudes que imito. Inspírennos en la educacion la humanidad y la beneficencia, y tendremos urbanidad, ó no la necesitaremos.

Si no tenemos la que por las gracias se anuncia, tendremos la que anuncia al hombre de bien y al ciudadano, y no necesitaremos recurrirá la doblez.

En vez de ser artero para agradar, bastará con ser bueno; en vez de ser fingidor para adular las flaquezas agenas, bastará con ser indulgente.

Aquellos con quienes así procedamos ni se ensoberbecerán, ni se estragarán; nos quejarán reconocidos, y se tornarán mejores ([105]).»

Paréceme que si hay educacion que deba producir la especie de urbanidad que aquí exige el Señor Duelos, es aquella cuyo plan he bosquejado. Convengo no obstante en que con máximas tan diferentes Emilio no será como todo el mundo, y líbreme Dios de que nunca lo sea. Pero en lo que se diferencie de los demas, no será ni enfadoso ni ridículo: será palpable la diferencia sin ser incómoda, Emilio será, si queremos, un estrangero amable. Primero le perdonarán sus rarezas, diciendo; *él se hará*; luego se acostumbrarán con sus modales, y viendo que no los muda, tambien le perdonarán diciendo: *está hecho á eso*.

No será obsequiado como un hombre amable, pero le querrán sin saber por que; nadie alabará su talento, pero la harán con gusto juez entre los hombres de talento: el suyo será limpio y limitado, tendrá sentí) ido recto y juicio sano. Como n unes correrá en pos de ideas nuevas, no picará en agudo. Le he hecho conocer que todas las ideas saludables y verdaderamente útiles á los hombres fueron las primeras que se conocieron, que en todos

tiempos son los únicos vínculos de la sociedad, y que á los espíritus trascendentales no les queda otro medio de distinguirse que por las ideas perniciosas Y funestas al linage humano. No le mueve este modo de escitar la admiracion ¡sabe donde ha de encontrar la felicidad, y en que puede contribuir á la agena. La esfera de sus conocimientos no se esplaya á mas de lo que es provechoso es angosta y bien marcada su senda; y como no tiene tentacion de salir de ella, se queda confundido con los que la siguen., ni quiere descarriarse ni lucir. Emilio es un hombre de sana razon, y no quiere ser otra cosa: por mas que quieran injuriarle con este dictado, él le tendrá siempre á mucha honra.

Aunque el deseo de agradar no le deje ya con una absoluta indiferencia acerca de la opinion agena, de esta opinion solo consultará aquello que tenga inmediata conexion con su persona, sin ocuparse de las valuaciones arbitrarias que no tienen ninguna otra ley mas que la moda ó los preocupaciones. Tendrá á gala el hacer bien todo cuanto haga, y hasta el hacerlo mas bien que otro: en la carrera querrá ser el unas ligero, el mas fuerte en la lucha y en el trabajo el mas hábil, y en los juegos de ruana el mas mañoso; pero anhelará poco por los ventajas que no son claras en sí, y que para comprobarse necesitan el juicio ageno, como tener mas entendimiento que otro; hablar mejor, saber mas, etc.; y ménos todavía por las que no tienen conexion con su persona, como ser de mas alto lío ge, reputarse por mas rico, con mas valimiento, tenido en mas, dar mas golpe por su mayor fabuloso.

Como ama á los hombres porque son sus semejantes, ornará particularmente á los que mas se le semejen, porque se reconocerá por míe no; y juzgando de esta semejanza por la conformidad de gustos en las cosas morales, se complacerá mucho en hallar aprobacion en todo cuanto tiene relacion con el buen carácter. No dirá precisamente: me alegro porque me aprueban; sino, me alegro porque aprueban lo bueno que he hecho; me alegro porque las personas que me honran se honran á sí propias: en tanto que fueren tan sanos sus juicios, será mérito escelente alcanzar su estimacion.

Estudiando ahora á los hombres por sus costumbres en el mundo, así como los estudiaba por sus pasiones En la historia, tendrá muchas ocasiones de reflexionar acerca de lo que encuentra el corazon humano alagüeño ó desabrido. Ya le tenemos filosofando acerca de los principios del buen gusto, y este es el estudio que en esta época le conviene.

Cuanto mas lejos vamos á buscar las definiciones del buen gusto, mas nos descarriamos: el buen gusto no es otra cosa que la facultad de juzgar de lo que agrada ó desagrada al número mas crecido; en saliendo de esto, no sabemos que los á sea el buen gusto. No se infiere de aquí que baya mas hombres de buen gusto que de malo; porque, aunque la pluralidad forme un juicio sano acerca de cada objeto, pocos hay que juzguen de todos como ella; y aunque el con junio de gustos generales constituyo el buen gusto, pocos hay que tengan ese buen gusto, como hay pocas personas hermosas, aunque la hermosura la constituya el conjunto de los lineamentos mas comunes»

Se ha de notar que no se trata aquí de lo que amamos porque no es provechoso, ni de lo que aborrecemos porque no es perjudicial. El gusto solo se ejercita en las cosas indiferentes ó cuando mas de un interes de pasatiempo, y no en las que están conexas con nuestras necesidades: para juzgar de estas no es necesario el gusto, con solo el apetito basta. Esto es lo que tan difíciles, y al parecer tan arbitrarias, hace las decisiones de puro gusto; porque no se ve la razon de estas decisiones fuera del instinto que las determina.

Tambien se deben distinguir sus leyes en las cosas morales, de sus leves en las físicas. En estas parecen absolutamente inesplicables los principios dolmen gusto; porque, ¿quién nos dirá, por ejemplo, por que es de buen gusto este canto, y no aquel otro? ¿Quién nos dará principios acerca de la colocacion decolores? ¿Quién nos ensenará por que agrada mas un óvalo que un círculo en un cuadro de céspedes, y por que un círculo mas que un óvalo en un estanque de agua? Pero importa notar que en todo cuanto tiene relacion con la imitacion tiene parte lo moral ([106]): así se esplican hermosuras que parecen físicas, y que realmente no lo son. Añadiré que tiene el gusto reglas locales que en mil cosas que hacen dependiente de los climas, de las costumbres, del gobierno, de las cosas de institucion; que hay otras que se refieren á la edad, al sexo, al carácter, y que en este sentido es cierto que sobre gustos no hay disputa.

El gusto es natural en todos los hombres; pero no todos le tienen en una misma medida, ni en Lodos se desenvuelve hasta el mismo grado, y en todos está espuesto á alterarse por distintas causas. Pende la medida del gasto que puede tener cada uno de la sensibilidad que ha recibido; su cultura y su forma penden de las sociedades en que ha vivido. Lo primero es preciso vivir en numerosas sociedades para hacer muchas comparaciones. Lo se-

gundo son necesarias sociedades de pasatiempo y ociosidad, porque en las de negocios no se lleva por regla el deleite, sino el interes. En tercer lugar son necesarias sociedades donde no sea muy grande la desigualdad de condiciones, donde sea moderada la tiranía de la opinion y donde mas reine el placer que la vanidad; porque de lo contrario la moda sofoca el gusto, y no se anhela á lo que agrada, sino á lo que distingue.

En este último caso, ya no es cierto que sea el buen gusto el del número mas crecido. ¿Por qué así? Porque varia el objeto. La muchedumbre entónces no tiene juicio propio, solo juzga por los que cree unas ilustrados que ella; no aprueba lo que está bien, sino lo que aquellos han aprobado. fácil que en todos tiempos tenga cada uno su propio sentir; y lo que en sí es mas agradable se llevará siempre la pluralidad de votos.

En cuanto trabajan los hombres, nada borní oso producen como no sea por imitacion. Todos los verdaderos dechados del buen gusto se hallan en la naturaleza. Cuanto mas nos desviamos del maestro, mas se desfiguran nuestras pinturas. Entónces sacamos nuestros modelos de los objetos que amamos; y la beldad de capricho, sujeta al antojo y á la autoridad, no es mas que lo que quieren los que nos guian.

Los que nos guian son los artistas, los poderosos y los ricos; y lo que guia á estos es su interes ó su vanidad. Los unos por hacer alarde de sus riquezas, y los oíros por aprovecharse de ellas, buscan á porfía nuevos medios de gasto. Así el lujo desordenado funda su imperio, y hace que agrade lo que es difícil y costoso: entónces la pretensa hermosura, lejos de imitar la naturaleza, solo á puro oponerse á ella se mira como tal, de suerte que el lujo y el mal gusto son inseparables. En todas partes donde es dispendioso el gusto, es equivocado. Esto lo haré luego mas palpable.

Particularmente en el comercio de ambos sexos es donde toma su forma el gusto bueno ó malo, sil cultivo es efecto necesario del objeto de esta sociedad. Pero cuando la facilidad de gozar entibia el deseo de agradar, debe degenerar el gusto; y esta me parece ser otra de las nías palpables razones porque el buen gusto está conexo con las buenas costumbres.

Consultad el gusto de los mugeres en las casas físicas y que dicen relacion con el juicio de los sentidos, y el de los hombres en las morales y que penden mas del entendimiento. Cuando sean las mugeres lo que deben ser, se ceñirán á las cosas de su competencia, y siempre juzgarán bien; peto des-

de que se han erigido en árbitros de la literatura, desde que se han metido á dar su voto sobre los libros, y á hacerlos á destajo, ya no entienden de cosa ninguna. Los autores que consultan á las sabias sobre sus obras están ciertos de que siempre los aconsejarán mal; los petimetres que las consultan acerca de su trago van siempre puestos ridículamente. En breve tendré ocasion de hablar del verdadero talento de este sexo, del modo de cultivarle, y de las cosas acerca de que merecen escucharse sus decisiones.

Estas son las consideraciones elementales que asentaré como principios, cuando controvierta con mi Emilio una materia que nada ménos es para él que indiferente en la circunstancia en que se baila, y en la investigacion en que se ocupa. ¿Y á quién le ha de ser indiferente? El conocimiento de lo que puede ser grato ó ingrato á los hombres no solo es necesario al que tiene necesidad de ellos, sino al que quiere serles útil; y aun importa agradarles para servirlos, y nunca es el arte de escribir un estudio ocioso para quien lo emplea en hacer escuchar la verdad.

Si para cultivar el gusto de mi discípulo hubiese de escoger entre unos países donde todavía no ha empezado su cultivo, ú entre otros donde ya ha degenerado, seguiria el órden retrogado, empezaria el viage por estos; y concluiria por aquellos. Consiste la razon de este órden, en que se estraga el gusto por una escesiva delicadeza que le hace sensible á ciertas cosas que no distingue lo general de los hombres: esta delicadeza trae el espíritu de discusion; porque cuanto mas se sutilizan los objetos, se multiplican mas; y esta sutileza hace mas delicado y ménos uniforme el tacto. Formame entónces tantos gustos como cabezas; y en las disputas acerca de la preferencia se esplayan la filosofía y las luces, y se aprende á pensar. Solo los hombres muy esparcidos pueden hacer observaciones finas, porque estas no hacen impresion sino despues de todas las demas; y en cuanto á las personas poco acostumbradas á las sociedades numerosas, toda su atencion se la llevan los rasgos fuertes. Acaso no hay hoy dia un pueblo civilizado en la tierra, donde sea mas malo el gusto general que, en Paris. Sin embargo en esta capital es donde se cultiva el buen gusto; y pocos libros estimables salen en Europa, cuyos autores no hayan ido á formarse á Paris. Se equivocan los que piensan que basta con leer los libros que allí salen: mucho mas se aprende con la conversacion de los autores que con sus libros, y no son tampoco los autores con quien mas se aprende. El espíritu de las sociedades es el que desenvuelve una cabeza pensadora, y aclara y alarga la vista cuanto

es dable. Si teneis una chispa de ingenio, id á vivir un año en Paris: en breve sereis cuanto podáis ser, ó no sereis nunca nada.

En los paises donde reina el mal gusto, podemos aprender á pensar; mas no liemos de pensar como los que tienen este mal gusto, y es difícil que no sin nada así cuando vivimos mucho tiempo con ellos. Con las reflexiones de ellos liemos de perfeccionar el instrumento que juzga, huyendo de ejercitarle como ellos. Me guardaré muy bien de pulir el juicio de Emilio hasta alterarle y cuando tenga tan fino el tacto que sienta y compare los diversos gustos de los hombres; le llevaré á objetos mas sencillos para que se fije el suyo.

Tomaré todavía mas arriba las cosas para conservarle puro y sano el gusto. En el tumulto de la disipacion sabré tener con él conferencias útiles, y encaminándolas siempre á materias que le agraden, cuidaré de que sean tan sabrosas como instructivas. Ahora es el tiempo de la lectura y los libros amenos; ahora el de enseñarle la análisis de la oracion, y hacer que sienta todas las hermosuras de la diccion y la elocuencia. No basta aprender las lenguas por las lenguas mismas, su uso no es tan importante como se cree; piejo el estudio de ellas conduce al de la gramática general. Es preciso aprender el latín para saber el castellano; es preciso, para entender las reglas del arte de hablar, estudiar y comparar uno con otro.

Hay sin eso cierta sencillez de gusto que llega al corazon, y que solo se encuentra en los escritos de los antiguos. En la elocuencia, en la poesía, en toda especie de literatura, los bailará, como en la historia, abundantes en cosas, y parcos en decidir; por el contrario, nuestros autores dicen poco y fallan mucho. Dictarnos sin cesar por ley su juicio, no es modo de formar el nuestro. En todos los monumentos, y hasta en los sepulcros, se echa de ver la diferencia de ambos gustos: los nuestros están cubiertos de elogios; en los de los antiguos se leian hechos.

«Sta, viator; heroem calcas» ([107]).

Aun cuando hubiese yo encontrado en un monumento antiguo este epitafio, al instante hubiera adivinado que era moderno; porque entre nosotros no hay cosa mas comun que los héroes, mas cutre los antiguos eran raros. En vez de decir que uno era un héroe, hubieran dicho lo que habia hecho para serlo. Comparad con el epitafio de este héroe el del afeminado Sardanapalo.

«Yo he edificado á Tarso y Anchialo en un dia, y ahora estoy muerto».

¿Qual significa mas en vuestro dictamen? Nuestro estilo lapidario con su hinchazon solo vale para soplar enanos. Los antiguos mostraban á los hombres al natural, y se veia que eran hombres. Xenofonte, por honrar la memoria de algunos guerreros muertos á traicion en la retirada de los diez mil: «Murieron, dice, irreprensibles en la guerra y en la amistad». Ahí está todo; pero contemplad en este tan corto y tan sencillo elogio, en que debía estar rebozando el corazon del autor. ¡Desventurado quien con esto no se enagena.

Leíanse estas palabras grabadas en un mármol en las Termópilas:

«Caminante, ve á decir á Esparta que nosotros hemos muerto aquí por obedecer á sus santas leyes».

Bien se ve que no fué la academia de la historia quien compuso esta.

Mucho me engaño si mi alumno que tan poco aprecio hace á las palabras, no pone suma atencion en estas diferencias, y si no influyen en la eleccion de sus lecturas. Arrastrado por la varonil elocuencia de Demóstenes, dirá: este es un orador; pero cuando lea á Ciceron, dirá: este es un abogado.

En general Emilio cogerá mas gusto á los libros de los antiguos que á los nuestros, aunque no sea mas que porque siendo aquellos los primeros, están mas cerca de la naturaleza, y su ingenio es unas privativo de ellos. Digan lo que quieran la Motte y el abate Terrasson, no hay progresos verdaderos de la razon en el género humano; porque todo lo que por una parte se grangea se pierde por otra porque todos los entendimientos siempre salen del mismo punto, y porque siendo perdido el tiempo que se gasta en saber lo que han pensado otros para pensar uno mismo, se adquieren mas luces; pero pierde vigor la inteligencia. Nuestros entendimientos están, como nuestros brazos, acostumbrados á hacerlo todo ton herramientas, y nada por sí propios. Debía Fontenelle que toda la disputa sobre los antiguos y los modernos se reducía á saber si eran mas corpulentos que los de hoy los árboles de otro tiempo. Si hubiera variado la agricultura, no iria la cuestion muy fuera de camino.

Despues de haberle hecho subir de esta manera á las fuentes de la pura literatura, tambien le muestro los albañiles en las charcas de los compiladores modernos; en diarios, en traducciones, en diccionarios: da una vista

á todo esto, y luego lo deja para no volver nunca á mirarlo. Por divertirle, le hago que oiga la charla de las academias, y que note que cada uno de los que las componen siempre vale mas solo que con el cuerpo: de aquí sacará por sí propio la consecuencia de la utilidad de todos estos soberbios establecimientos.

Le llevo á los teatros, no para que estudie la moral, sino el gusto", que aquí es donde particularmente se ni á ni fiesta á los que saben reflexionar. Dejaos de preceptos y de moral, le diré; que no es aquí donde se han de aprender. No está destinado el teatro para la verdad, sino para alhagar, para divertir á los hombres; que hay escuela donde tan bien se aprenda el arte de agradarles y de interesar el corazon humano. El estudio del teatro conduce al de la poesía; ambos tienen un mismo objeto. Si tiene una chispa de aficion á esta; con qué delicia cultivará las lenguas de los poetas, el griego, el latín, el italiano. Estos estudios serán para él pasatiempos sin apremio, y le aprovecharán mas; le serán deliciosos en una edad y en circunstancias en que el corazon se interesa con tanto embeleso en Lodos los géneros de hermosura capaces de conmoverle. Figuraos á un lado mi Emilio, y al otro un tunante de un colegio, leyendo el cuarto libro de la Eneida, ó á Tihulo, ó el banquete de Platón: ¡que diferencia!; Cuan agitado está el corazon del uno con lo que ni siquiera hace impresion en el ¿leí otro! ¡O buen mancebo! detente, para tu lectura; te contemplo enternecido en demasía: bien quiero que te agrade el idioma del amor, mas no que te descarríe: sé hombre sensible? pero sé hombre cuerdo. Si solo eres uno de los dos no eres nada. En cuanto á lo demas, poco me importa que en adelante haga ó no haga progresos en las lenguas muertas, en las letras humanas, y en la poesía; que no será de ménos valor aun cuando nada sepa de todo esto, y no se trata de estas fruslerías en su educacion.

Cuando le enseno á que sienta y ame la belleza en todos géneros, mi objeto principal es lijar en ella sus afecciones y sus gustes, estorbar que se alteren sus apetitos naturales, y que busque un dia en su riqueza los medios de ser feliz, que debe encontrar mas cerca de sí. En otra parte he dicho que no era otra cosa el gusto que el arte de entender de cosas menudas, y así es la verdad; pero puesto que los contentos de la vida penden de un cúmulo de estas cosas menudas, nada ménos que indiferente es esta solicitud: por ella aprendemos á llenarla de los bienes á que podemos alcanzar, con toda la verdad que pueden tener para nosotros. No hablo aquí de los bienes morales

que penden de la buena disposicion del ánimo, sino solo de lo que es propio de la sensualidad, del deleite real, dejando aparte la opinion y las preocupaciones.

Permítanme, para desenvolver mas bien mi idea, dejar por un instante á Emilio, cuyo puro y sano corazon para nadie puede servir de regla, y ofrecer en mí propio un ejemplo mas sensible y ménos distante de las costumbres del lector.

Estados hay que parece que mudan la naturaleza y que vacían, por decirlo así, en nuevo molde á los hombres, tornándolos mejores ó peores. Un cobarde que entra en los carabineros reales se vuelve valiente. No solo en lo militar se coge el espíritu le cuerpo, ni siempre los efectos que produce son buenos. Cien veces he pensado con terror que si tuviese yo la desgracia le tomar hoy un empleo que, yo me sé en cierto pais, mañana casi irremediablemente seria tirano, ladron del erarío, destructor del pueblo, funesto al príncipe, enemigo por su cargo de toda humanidad, toda equidad, toda espacio de virtud.

Del mismo modo, sí fuese rico, habria hecho todo lo necesario para llegarlo á ser: fuera por tanto insolente y sexo, sensible y delicado pava mí solo, sin compasion y acerbo puro todo el mundo, desdeñoso espectador de los infortunios de la canalla; pues no daria otro nombre á los pobres, para hacer que se olvidaran de que fuí yo en otro tiempo de su condicion. Por fin mi caudal lo haria instrumento de mis gustos, en que únicamente me ocuparía; y hasta aquí fuera parecido á todos los demas.

Pero en lo que creo que me diferenciaria mucho de ellos, es en que seria sensual y regalado mas bien que soberbio y vano, y en que me daria mas al lujo de molicie que al de ostentacion; y aun alguna vergüenza me causaria el hacer sobrado alarde de mi riqueza, creyendo siempre ver al envidioso que aterrase mi fausto, decir al oido á sus vecinos: «¡miren el bribon, que miedo tiene de que por tal le conozcan!»

En esta profusion inmensa de bienes que cubren la tierra, buscaria lo que mas me agradase, y que mas bien pudiese apropiarme. Para esto fuera el primer uso de mi riqueza comprar ocio y libertad, á lo cual añadiria la salud, si se hallase de venta; pero como solo con la templanza se compra; y no hay sin la salud deleite verdadero en la vida; seria templado por sensualidad.

Siempre me quedaria lo mas cerca de la naturaleza que fuese posible, para contentar los sentidos que ella me dió con la certidumbre de que tanto mas reales serán mis deleites, cuanto mas parte tuviese en ellos. Siempre seria ella mi dechado para la eleccion de los objetos de imitacion; la preferirla ú todo en mis antojos; la consultaria en todos mis gustos; en los manjares siempre quisiera los que mas esa sazona; y por ménos manos pasan para llegar hasta nuestras mesas. Precaveria así las falsificaciones del fraude, y saldria al recibimiento al placer. No enriqueciera mi torpe y necia gula á un despensero, que me vendiese ponzoña por pescado; no se cubriria mi mesa con magníficas suciedades, y carones traídos de lejanas tierras, me ejercitaria al trabajo para satisfacer mi sensualidad, puesto que entónces este mismo trabajo es un puro deleite, y acrecienta el que aquella proporciono. Si quisiera gustar un manjar del cabo del mundo, iria, como Apicio, ántes á buscarle, que hacérmele traer; porque á los mas esquisitos manjares les falla siempre una sazon que no viene con ellos, ni les da cocinero ninguno, que es el aire del clima donde se han criado.

Por la misma razon no imitaria á los que hallándose bien solamente donde no están, ponen siempre en contradiccion consigo mismas las estaciones, y que contradiccion cojo las estaciones los climas; que buscan el verano en hibierno, y el hibierno en verano; van á tener frio ú Itaca, y calor al norte, sin contemplar que cuando creen que huyen el rigor de las estaciones, le encuentran en los países donde no han aprendido á preservarse de ellas. Yo me quedaria en mi sitio, ó haria todo lo contrario: de una estacion querria sacar todos los deleites que ofrece, y de un clima cuanto es peculiar de él. Tendria una diversidad de hábitos y gustos que no se pareciesen, y que siempre fuesen naturales; iria á pasar el verano á Nápoles, y el hibierno á Petersburgo; unas veces respirando un céfiro suave muellemente reclinado en las grutas de Tarento, y otras en la iluminacion de un palacio de hielos, fatigado y perdida la respiracion con los placeres del baile. En el servido de mi mesa, en el alhajado de mi aposento querria imitar con ornamentos muy sencillos la variedad de las estaciones, y de cada mía sacar todas sus delicias, sin gozar anticipadas las de las siguientes. Penoso es, y no placentero, perturbar así el órden de la naturaleza forzarla á producciones involuntarias, que en su maldicion produce mal de su grado, y que privadas de calidad y sabor ni pueden alimentar el estómago, ni alhagar el paladar. No hay cosa mas insípida que las frutas primerizas; rico hay en Paris que con infinitos gastes, á fuerza de hornillos y de es tu fas, consigue no servir todo el año en

su mesa sino malas legumbres y peores frutas. Si tuviese yo cerezas cuando biela, y melones de olor en el rigor del hibierno, ¿con qué gusto los habia de comer, cuando mi paladar no necesita humedecerse ni refrescarse? ¿Me seria muy grata la pesada castaña en los ardores de la canícula? ¿la preferiría, saliendo del tambor, á la grosella, á la fresa, á las aguanosas frutas que sin tantos afanes me brinda la tierra? El cubrir su chimenea el mes de Enero con vegetaciones violentas, con inodoras y descoloridas llores, es desnudar la primavera mas que ataviar el hibierno; es privarse del gusto de ir á los bosques á buscar la primera violeta, á acechar el primer retoño, y á esclamar embargado de júbilo: «Mortales no estais abandonados; todavía vive la naturaleza.»

Para estar bien servido, tendria pocos criados; esto ya se ha dicho, y es bueno repetirlo. Mas servicios hace á un particular su lacayo solo, que á un duque diez señorones que están á su lado. Cien veces he pensado que, cuando tengo á la mesa mi vaso junto á mi, bebo así que tengo sed; en vez de que si estuviera en una mesa de estado, seria necesario que repitieran veinte voces *de beber*, ántes que pudiera gustar un poco de vino. Todo cuanto se hace por ministerio ageno sale mal, hagase como se quiera, No enviaria yo á las tiendas, que iria yo propio; iria para que no negociaran mis criados ántes que yo, para escoger con mas acierto, y pagar ménos cavo; iria para hacer un ejercicio agradable, pava ver un poco lo que hacen fuera de mi casa: eso recrea, y algunas veces instruye; finalmente iria por ir, que siempre es algo. Con la vida, sobrado sedentaria empieza el fastidio; el que mucho anda poco se aburre. Malos intérpretes son el portero y los lacayos; no quisiera que mediaran siempre estas gentes entre lo demas del mundo y yo, ni andar siempre con el estrépito de un coche, como si tuviera miedo de que se acercaran las gentes á mi. Las mulas de un hombre que usa de sus piernas siempre están á punto; si están malas ó fatigadas, lo sabe ántes que nadie, y no tiene miedo de verse precisado á no salir de casa con este protesto cuando su cochero se quiere solazar; en la calle no hacen que se impaciente y se aburra mil imprevistos estorbos, ni que se este parado cuando quisiera ir volando. Finalmente, si nadie nos sirve tan bien como nosotros mismos, aunque fuera uno mas poderoso que Alejandro, y mas rico que Creso, solo debe admitir de los demas los servicios que no se puede hacer á si propio.

No quisiera morar en un palacio, porque en este palacio no habitarla mas que un aposento; toda pieza comun no es de nadie, y el cuarto de cada uno de mis criados tan estrado seria para mí como el de mi vecino. Los Orientales; aunque viven vida muy regalada, se alojan y alhajan sus habitaciones con mucha sencillez. La vida la miran como una jornada, y su casa como un meson. Esta razon puede poco con nosotros los hechos, que lo amamos nuestras medidas para vivir eternamente; pero tendria yo otra diferente que produciria el mismo efecto. Parameríame que establecerme con tanto aparato en un sitio, fuera desterrarme de todos los demos, y aprisionarme, por decirlo así, en mi palacio. Palacio muy hermoso es el universo: ¿no es todo del rico, cuando quiere disfrutarlo? *Ubi bene, ibi patria; donde va bien, allí es la patria*; ese es su emblema: sus lares son los paises donde todo lo puede el dinero; su pais todo aquel adonde puede conducir su arca, tomo tenia por suya Filipo toda fortaleza donde podia meter un mulo cargado de dinero (108). ¿Pues por qué se ha de ir uno á encerrar entre puertas y paredes, como paro no salir nunca de allí? Si me espele de un pais una epidemia, una guerra, ó uno revolucion, me voy á otro, y encuentro que mi cosa ha llegado ántes que yo, ¿Por qué me he de ocupar en hacer yo una, cuando me la levanta el universo entero? ¿Por qué, cuando me doy tanta priesa á vivir, he de preparar con lauta anticipacion gustos que desde hoy puedo gozar? No es posible vivir una vida agradable estando siempre en contradiccion consigo. Así echaba limpedocles en cara á los Agrigentinos que amontonaban los deleites, como si no hubieran de vivir mas de un dia, y que levantaban edificios, como si nunca se hubiesen de morir.

¿De qué me sirve por otra parte mi alojamiento tan vasto, teniendo tan poco con que poblarle, y ménos con que llenarle? Mis muebles, como anís gustos, serian sencillos; no tendria galería ni biblioteca, sobretodo si me gustase la lectura, y entendiese de pinturas. Entónces sabria que nunca son completas semejantes colecciones, y que la privacion de lo que les falta causa mas sentimiento que el no tener nada. En esto la abundancia es la miseria; no hay uno que forme colecciones que no lo baya esperimentado. Un inteligente no debe formarla: quien tiene un gabinete para enseñar á los otros, acredita que no sabe servirse de él para si propio.

No es el juego diversion de hombre rico, que es recurso de un desocupado; y mis placeres me darían sobradas ocupaciones para tener tiempo que emplear tan mal. Yo no juego, siendo solitario y pobre, si no es alguna vez

al ajedrez; y aun eso está de mas. Si fuese rico, jugara ménos todavía, y solo un juego muy flojo, para no ver á nadie desazonado, ni quedarlo yo.

En la opulencia careciendo de motivo el Interes del juego, nunca puede convertirse en furor, como no sea en un alma corva. Las ventajas que puede sacar un Lumbre rico del juego siempre son para él ménos sensibles que las pérdidas; y como la forma de los juegos moderados, que al cabo de tiempo se lleva los beneficios, hace que generalmente traigan mas pérdidas que ganancias, no es posible que quien discurra bien coja mucha aficion á un pasatiempo en que están contra él los riesgos de toda especie. EL que lisonjea su vanidad con las preferencias de la fortuna, puede buscarlas en objetos mucho mas picantes; y no ménos manifiestas son estas preferencias en el juego mas flojo que en el mas fuerte. La aficion al juego, fruto de la avaricia y del aburrimiento, solo se arraiga en un entendimiento y un corazon vacío; y me parece que tendria yo los suficientes conocimientos y sensibilidad para no necesitar de este suplemento. Rara vez vemos que se diviertan mucho los pensadores en el juego, que suspende el hábito de meditar, ó le dirige á combinaciones áridas; por eso uno de los bienes, y á único acoso, que ha producido la aficion á las ciencias, es amortiguar un poco esta sórdida pasión: mas gusta uno de probar la utilidad del juego, que de darse á él. Yo le combatiria cutre los jugadores, y mas me divertiria en reírme de ellos cuando los viese perder, que en ganarles su dinero.

El mismo seria en mi vida privada que en el trato del mundo. Querria que mi riqueza dejase en cualquier parte á todo el mundo á sus anchuras, y en ninguna hiciese sentir la desigualdad. El oropel de los atavíos es muy incómodo bajo mil respetos. Para conservar con la gente toda la libertad posible, quisiera yo vestirme de manera que en todas las condiciones pareciese que estaba en mi lugar, y que en ninguna me distinguiesen; que sin afectacion ni mudanza en mi persona fuese plebe en el Lavapies, y hombre de buena sociedad en la calle de la Montera. Mas ducho así de mi conducta, podria siempre disfrutar dichas diversiones de las personas de cualquiera condicion. Dicen que hay mugeres que cierran la puerta á los que van con botas y pantalon, y no admiten á los que no llevan inedias de seda y vestido serio á yo iria á pasar el dia á otra parte; pero si fuesen jóvenes y bonitas, tal vez me podria poner de medias y vestido serio para pasar la noche con ellas.

Seria el único vínculo de nuestras sociedades el mutuo cariño, la conformidad de gustos, la concordancia de caracteres: me abandonaria á ellas

como hombre, y no como rico; nunca consentiria que su embeleso le envenenase el ínteres. Si mi opulencia me hubiese dejado alguna humanidad, repartirla lejos mis servicios y mis dádivas; pero querria tener en torno de mi una sociedad, y no una corte, amigos, y no clientes; no seria patrono de mis convidados, que seria su huésped. La independencia y la igualdad dejarían á mis conexiones todo el candor de la benevolencia; y no teniendo cabida ninguna el interes ni la obligacion, el contento y la amistad dictarían solos la ley.

Nadie compra su amigo ni su dama. Fácil es poseer mugeres con dinero, pero es el modo de no ser amante de ninguna. Lejos de que sea venal el amor, le mata infaliblemente el dinero. El que paga, aunque sea el mas amable de los hombres, solo porque paga, no puede ser amado mucho tiempo. En breve pagará por otro, ó mas bien será pagado este otro con su dinero; y en este doble vínculo, formado por el interes y la disolucion, sin amor, sin honor, sin verdadero deleite, la muger codiciosa, infiel y miserable, tratada por el villano que recibe como trata ella al tonto que da, se desquita así con ambos. Cosa muy suave fuera ser uno liberal con lo que quiere, si no convirtiese esto el amor en trato. Un modo solo sé de contentar esta propension sin envenenar el amor, que es dárselo todo ú su dama, y que ella luego mantenga á su amante. Falta saber si hay muger con quien este modo de portarse no fuese una estravagancia.

El que decia: yo poseo á Lais, sin que ella me posea, decia una necia espresion. Nada es la posesion que no es recíproca: cuando mas es la posesion del sexo, mas no del individuo. Ora, ¿donde no se bulla la moral del amor, á qué viene meter tanta bulla con lo demas? No hay cosa que con mas facilidad se encuentre. En esta parte, es mas afortunado un mozo de mulas, que el posesor de millones.

¡O, si pudiésemos desenvolver bastantemente las inconsecuencias del vicio, cuan lejos le veríamos del logro de sus esperanzas, cuando alcanza lo que anhelaba! ¿Por qué esta ansia inhumana de corromper la inocencia, de hacer una víctima de una flor en capullo que hubiéramos debido amparar, y que dado este primer paso se sume inevitablemente en una sima de miserias, de donde no saldrá sino con la muerte? Brutalidad, vanidad, necedad, error, y nada mas. Este mismo placer no es natural; viene de la opinion, y de la mas vil opinion, pues nace del desprecio de sí propio. El que se reconoce el postrero de los hombres teme la comparacion con cualquiera otro, y

quiere pasar el primero á fin de ser ménos odioso. Ved si los mas apasionados á este plato imaginario son nunca mancebos amables, dignos de agradar, y que fueran unas disculpables en ser mal contentadizos. No: con buena presencia, mérito y sensibilidad, poco se tome la esperiencia de su amada; con una justa confianza se le dice: tú conoces los deleites, no importa; mi corazon te los promete que nunca Las conocido.

Pero un sátiro viejo gastado con la disolucion, sin gracia ninguna, sin miramiento, sin atencion, sin ninguna especie de decencia, incapaz, indigno de agradar á toda muger que sabe lo que es una persona amable, cree que todo esto lo suple con una jóven inocente, adelantándose ú la experiencia, y estilando en ella la primera emocion de los sentidos. Su postrer esperanza es agradar valido de la novedad; sin disputa este es el motivo secreto de su antojo; pero engañoso, que no está ménos en la naturaleza el horror que causa, que los deseos que quisiera inflamar. Tambien se le frustra su loca esperanza: esta misma naturaleza cuida de ve vindicar sus derechos; toda muchacha que se vende se ha dado ya; y habiéndose dado a su gusto, ha hecho la compararían que él teme. Así compra un gusto imaginario, y no es ménos aborrecido.

Yo por mas que mudase haciéndome rico, un punto hay en que nunca mudarla. Si no me queda ni moral ni virtud, me quedará á lo ménos algun buen gusto, alguna razon, alguna delicadeza; y esto me preservaria de gastar mi caudal en hacerme la irrision de todos, corriendo en pos de objetos fantásticos, y disipando mi bolsillo y mi y ida en que muchachas las me engañasen y me escarneciesen. Si fuese mozo, buscaria los deleites de la mocedad: y queriéndolos con toda su delicia, no los buscaria como rico. Si no quedase como soy, fuera otra cosa; pudentemente me ceñiria á los gustos de mi edad; disfrutaria aquellos que puedo gozar, y ahogarla los que solo pueden darme tormento. No iria á presentar mi barbacana á la desdeñosa mofa de las muchachas; no podria sufrir el ver que mis repugnantes halagos les causaban nauseas, el prepararles que contaran de mí las mas risibles historias, el imaginarlas describiendo los torpes deleites del viejo jimio, de manera que se vengasen de haberlos sufrido. Y si hábitos mal resistidos hubiesen convertido en necesidades mis antiguos deseos, acaso los satisfaría, puesto que fuese con vergüenza, y sonrojándome de mi propio. Quitaria la pasion de la necesidad; me arreglaria lo mejor que pudiese, y me ceñiria á aquello solo no convertiria en ocupacion mi flaqueza, y sobretodo no quer-

ria tener de ella mas que un testigo, y tantos con lentos le quedan á la vida humana cuando estos le faltan y corriendo en balde en pos de los que nos huyen, nos privamos hasta de los que nos han quedado. Mudemos de gustos con los años, no saquemos de su lugar ni las edades, ni las estaciones: seamos nosotros mismos en todos tiempos, y no peleemos centra la naturaleza y que estos vanos esfuerzos consumen la vida, y nos estorban que usemos de ella.

El pueblo no se aburre, su vida es activa; sus pasatiempos si no son variados, son raros: muchos dias de fatiga le hacen que disfrute con delicia algunos de fiesta, y sirve de condimento; á los gustos de su estado una alternativa de largos afanes y cortos descansos. En cuanto á los ricos, su mayor azote es el fastidio; en el seno de tantas diversiones reunidas á mucha costa, en mitad de tantas gentes como á darles gusto contribuyen, los consumo y los mala el fastidio, pasan su vida huyendo de él y dejando que los alcance; viven abrumados con su inaguantable peso; particularmente á las mugeres que ni saben ocuparse ni divertirse, las devora con nombre de Hato; se transforma en ellas en una horrorosa enfermedad, que á veces las priva de la razon, y al fin de la vida. Yo no conozco mas espantable destino que el de una linda de Madrid ¡como no sea el del mondo que la corteja que convertido tambien en muger desocupada se desvia por dos caminos de su estado y que aguanta lo perdurable de los días mas tristes que criatura humana pueda vivir, por la vanidad de ser el coco de las damas.

El bien parecer, las modas, los estilos que derivan del lujo y del trato lino, encierran el curso de la vida en la mas mazorral uniformidad» Ea diversion que á los ojos ágenos quiere uno aparentar, es perdida para todo el inundo; ni para si ni para los otros la disfruta ([109]). Lo ridículo, que teme la opinion sobre tocias las cosas, siempre está cabe ella para tiranizarla y castigarla. Nunca se hace uno ridículo, como no sea por formas determinadas: hoy borra la impresion de ayer el que sabe variar sus situaciones y sus contentos: es como nulo en el espíritu, de los demas pero goza, porque está todo entero en cada hora y en cada cosa. Mi única forma constante seria esta; en cada situacion en ninguna otra me ocuparía, y cada dia le tomaria en sí mismo, como independiente del anterior y del pasado. Del mismo modo que con la plebe seria plebe, en el campo fuera rústico; y cuando hablase de agricultura, no se riera de mí el labrador. Esto fuera á levantar una ciudad en el campo y á plantar en lo interior de una provincia los jar-

dines del Retiro delante de mi aposento. En la ladera de una amena colina con bastante sombra tendria una casita rústica, una casa blanca con sus puertaventanas verdes; y aunque enlodas las estaciones el mejor tedio sea el de paja, yo, coa mucha magnificencia, prefiriera, no la triste pizarra, sino la teja, porque tiene viso de mas alegría y limpieza que la paja, porque así tenian las casas en mi pais, y porque este atediado me traeria; la memoria los felices tiempos de mi juventud. Mi patio fuera un corral, y mi caballeriza un establo con vacas, pava que me dieran leche á que soy muy aficionado. Mi jardin seria un huerto, y en vez de parque un bonito vergel semejante al que luego describiré: las frutas, á discrecion de los que por él se pasearan, ni las contaria, ni se las cogeria mi hortelano; y no ostentaria mi avara magnificencia espalderas soberbias ¿que apénas se atreviese nadie á tocar. Y poco costosa fuera esta corta prodigalidad, porque escogiera mi asilo en alguna provincia remota donde hubiera poco dinero y muchos comestibles, y donde reinasen la pobreza y la abundancia.

Allí reuniria, una sociedad, mas selecta que numerosa, de amigos que gustasen de divertirse y, lo entendiesen; de mugeres que pudiesen salir de su silla de brazos y tomar parte en los juegos rústicos; coger alguna vez, en lugar de la almohadilla ó los naipes, la caña de pescar, las varetas de liga, el bieldo para estender el heno, y la canasta de vendimiar. Allí se olvidaran todos los ellos de la ciudad, y vueltos aldeanos en la aldea, nos entregaríamos á una muchedumbre de pasatiempos diversos que cada noche no nos darían otra pena que la de escoger, Con el ejercicio y la vida activa nos hallábamos con un nuevo estomago y gustos nuevos. Fueran banquetes todas nuestras comidas, en que mas que, la delicadeza agradarla la abundancia. Los mejores cocineros del universo son la alegría, las rústicas faenas, el juego, y el retozo; y para gentes que no paran desde que sale el sol, son muy ridículos platos finas. No hubiera en el servicio mas órden que, elegancia; en todas partes estuviera el salon de comer en el jardin, en una barca, debajo de un árbol; á veces mas lejos, cerca de un manantial de agua corriente, sobre la fresca y verde yerba, debajo de las copas de chopos y avellanos; una larga procesion de alegres convidados traerla cantando los preparativos del banquete; fuera el césped la mesa y las sillas, le aparador sirvieran las orillas del manantial, y colgaran de los árboles los postres. Servirse sin órden los platos, las buenas ganas dispensaran de ceremonias; como cada mio se preferiria sin rebozo á todos los demas, llevaria á bien que todos se prefiriesen á él: de esta cordial y moderada familiaridad naciera sin rusticidad,

sin fingimiento, sin sujecion una chistosa contienda cien veces mas deliciosa que la cortesía, y mas capaz de estrechar los corazones. No habria importuno lacayo que ataviara nuestras razones, que criticara en voz baja nuestras posturas, que contara con ansiosos ojos nuestros bocados, qué se divirtiera en hacernos aguardar para beber, y que murmurara de lo largo de la comida. Fuéramos nuestros criados para ser tus amos; todos sirvieran á cada uno; pasara sin sentir el tiempo; la comida fuera el sosiego, y durara tanto como el resistero del dia. Si pasase junto á nosotros algun rústico que se volviera á su trabajo, con sus herramientas al hombro, le regocijaria yo el ánimo con algunas buenas razones, y algunos tragos de buen riño, que le hicieran llevar mas alegremente su miseria; y yo tambien tuviera la satisfaccion de sentirme algo enternecidas las entrañas, y de decir dentro de mí: hombre soy todavía.

Si reuniera alguna fiesta rústica á los moradores, iria yo de los primeros á ella con toda mi comitiva; si se celebrasen en la vecindad algunas bodas mas benditas del cielo que las de las ciudades, como saben que me gusta la chacota, me convidarán á ellas. Llevara yo á esta buena gente algunas dádivas sencillas como ellos, que contribuyesen para la fiesta; y en cambio hallara bienes de inestimable vaha, bienes que tampoco son iguales conocen, el candor y el contenido verdadero.

Cenara alegremente al estremo de su larga mesa; hiciera coro al estribillo de algunas antiguas copias rústicas, y bailara en el portal de la casa con mas gusto que en las máscaras de los Caños del Peral.

Hasta aquí todo va lindamente, me dirán: ¿pero la caza? ¿es vivir en el campo el no cazar? Ya entiendo me contentaba con una alquería, y no tenia razon. Supóngome loco; por tanto necesito diversiones esclusivas, diversiones destructivas: este es otro negocio. Necesito tierras, cotos, guardas, censos, honores de señorío, y sobretodo horca y cuchillo.

Muy bien está. Pero esta tierra tendrá vecinos zelosos de sus derechos, y que querrán usurparlos agenos; reñirán nuestros guardas, y acaso los amos: ya tenemos altercaciones, contiendas, rencillas, pleitos por lo ménos; y esto no es muy gustoso. No verán mis vasallos con satisfaccion que mis liebres les aren sus trigos, ni mis jabalíes sus habas; cada uno de ellos, no atreviéndose á matar al enemigo que le destruye su labor, á lo ménos que querrá echarle de su campo: despues que hayan pasado el dia cabando la tierra,

será fuerza que pasen la noche en vela para guardarla; tendrán mastines, tamboriles, bocinas, cencerros, y con todo este bullicio me quitarán el sueño á despecho mio tendré que pensar en la miseria de esa pobre gente, y no podré ménos de echármela en cara. Si tuviera el honor de ser príncipe, poca mella me hiciera todo eso; pero yo, hombre de fortuna, rico de nuevo cuño, tendré todavía algo plebeyo el corazon.

No para aquí; la abundancia de la caza dará tentaciones; en breve tendré cazadores de contrabando que castigar; serán menester cárceles, alcaides, corchetes y presidios: bastante duro se me hace esto. Las mugeres de estos desventurados se me plantarán á mi puerta, y me importunarán con sus clamores; será preciso ó echarlas ó maltratarlas. Los infelices que no hayan cazado, y cuyas cosechas las boyan talado mis reses, tambien se me vendrán á quejar: los unos serán castigados por haber muerto la caza, los otros quedarán perdidos por no haber tocado á ella: ¡que triste alternativa! En todas partes adonde me vuelva, solo veré objetos de miseria, solo escucharé gemidos: me parece que esto debe enturbiar mucho el gusto de degollar á su sabor ejércitos de perdices y liebres casi debajo de sus plantas.

¿Quereis desprender los contentos de lo penoso que en ellos hay? quitadles lo esclusivo; cuanto mas comunes se los dejeis á los hombres, mas puros los gozareis. Por tanto nada haré de cuanto acabo de decir; pero, sin mudar de aficion, seguiré la que me supongo á ménos coste. Estableceré mi rústica mansion en un pais donde tenga facultad para cazar todo el mundo, y donde pueda yo disfrutar de esta diversion sin tanto boato. Mas rara será la caza, pero mas habilidad se necesitará para buscarla, y mas gusto será dar con ella. Acuérdome de cuanto le latía el corazon á mi padre cuando se le presentaba á vuelo la primera perdiz, y de escolapios de jubilo cuando topaba con la liebre que habia buscado todo el dia. Sí, sostengo que solo con su perro, cargado con su escopeta, con su bolsa de perdigones, con su frasquillo de pólvora, con las pocas piezas que habia muerto, volvía de noche, rendido de fatiga, y rasgado con los jarales, mas satisfecho con el dia que habia pasado que todos vuestros cazadores de estrado, que sin apearse de su caballo, seguidos de veinte escopetas cargadas, no hacen mas que mudar, tirar y matar cabe sí, sin maña, sin gloria, y casi sin ejercicio. Luego no es menor el gusto, y se salva el inconveniente cuando no tiene uno coto que guardar, ni cazador de contrabando que castigar, ni miserable que atormentar: sólida razon de preferencia es esta. Hagan lo que quieran, es imposible atormentar

sin término á los hombres, sin sentir alguna desazon; y las probadas maldiciones del pueblo tarde ó temprano hacen que la caza nos amargue.

Vuelvo á repetirlo, los contentos esclusivos son la muerte del contento. Los verdaderas pasatiempos son aquellos de que participa el pueblo; los que uno quiere ganar solo, ya no los goza. Si las tapias que levanto en torno de mi coto le convierten en una triste clausura, no he hecho otra cosa que privarme á mucho coste del gusto del paseo; y ya estoy precisado á á lejos á buscarle tú demonio de la propiedad inficiona todo cuanto toca. En todas partes quiere el rico ser amo, y solo donde no está se halla bien: así se ve precisado á huir siempre de sí propio. Yo, cuando sea rico, haré lo que siendo pobre he hecho. Mas rico ahora con el caudal de los demas que nunca podre serlo con el mio, me alzo con todo cuanto me conviene en la vecindad: no hay conquistador mas resucito que yo; usurpo hasta á los mismos príncipes; me adjudico sin distincion todos los terrenos abiertos que me pelan; este le bago mi coto, el otro mi terrado, y ya soy dueño de ellos; entónces me paseo por ellos impunemente; vuelvo á menudo para mantenerme en mi posesion; gasto cuanto quicio el suelo á puro añilar en él; y nunca me harán creer que el legítimo dueño del predio que yo me apropio saque mas utilidad del dinero que le produce, que yo de su terreno. Y si vienen á vejarme con fosos, con vallados, poco me importa: cojo mi coto á cuestas, y voy á plantarle á otra parte; que no faltan sitios en las inmediaciones, y ántes de hallarme sin asilo todavía tengo muchos vecinos que rogar.

Este es un ensayo del verdadero gusto sano para elegir ocios gratos; este el espirita de gozar: todo lo demas es mera ilusion, devaneo, loca vanidad. Todo aquel que se apartare de estas reglas, aunque fuere mas rico, se comerá su oro convertido en hierro, y nunca conocerá lo que vale la vida.

Sin duda me objetarán que semejantes pasatiempos todo el mundo puede gozarlos, y que no es necesario ser rico para disfrutarlos. Allí justamente queria yo venir á parar. Goza contentos quien quiere gozarlos: la opinion sola es la que todo lo hace dificultoso, espeliendo la felicidad lejos de nosotros; y cien veces mas fácil es ser dichoso que parecerlo. El hombre de buen gusto, y verdaderamente sensual, para nada necesita la riqueza; bástale con ser libre y árbitro de sí propio. Quien goza salud, y tiene lo necesario, harto rico es si desarraiga de su pecho los bienes de la opinion; esta *es la aurea mediocritas, medianía, de oro de Horacio*. Hombres con millones,

buscad otra cosa en que emplear vuestra opulencia, porque para el placer no sirve de nada. Todo esto no lo sabrá Emilio mas bien que yo; pero, como tiene mas puro y mas sano el corazon, lo sentirá mejor todavía, y no harán por buscamos sin ramos. Con mas que confirmárselo todas sus observaciones en el trato del mundo. Este modo de formar su gusto vale tanto como el de los libros: no lo han de decir mas Horacio y Villegas. Falta saber, vuelvo ¿repetirlo, si son estos unos estériles preceptos, ó si se adaptan bien con su índole venía que no la bailáramos tan presto, y la hemos buscado en parajes donde sabía yo de cierto que no habia ella de estar.

En fin el tiempo urge; ya es la ocasion de buscarla de veras, no sea que se forme él una que confunda con ella, y sea muy tarde cuando conozca su error á dios, Madrid, pueblo famoso, pueblo de estrépito, de humo y de cieno, donde ni creen las mugeres en el honor, ni en la virtud los hombres á dios, Madrid: el amor, la felicidad, la inocencia, es lo que buscamos; nunca estaremos harto lejos de tí.

FIN DEL TOMO TERCERO.

EMILIO,

Ó

DE LA EDUCACION.

LIBRO QUINTO.

YA hemos llegado al postrer acto de la juventud; pero no estamos todavía en la catástrofe.

No es bueno que el hombre esté solo. Emilio es hombre, y le hemos prometido una compañera; es menester dársela. Sofía es esta compañera, ¿En qué lugar está su albergue? ¿donde la encontraremos? Preciso es conocerla para encontrarla. Sepamos ántes lo que es, y juzgaremos con mas acierto del parage donde reside; y cuando demos con ella, no estará todo concluido. «Una vez que nuestro caballero mozo, dice Locke, está para casarse, tiempo es de dejarle con su novia».

Y con esto da fin á su obra. Yo, que no tengo la honra de educar á un caballero, me guardaré de imitar en esto á Locke.

SOFIA, Ó LA MUGER.

Así como es hombre Emilio, Sofía debe ser muger; quiero decir que ha de tener todo cuanto conviene á la constitucion de su sexo y especie para ocupar su puesto en el órden físico y moral. Empecemos por tanto examinándolas diferencias y conformidades de su sexo y el nuestro.

En todo cuanto no tiene conexion con el sexo, la muger es un hombre: los mismos son sus órganos, las mismas sus necesidades y sus facultades; la misma construccion es la de la máquina, son las mismas las piezas la accion de la una es la de la otra, la configuracion es semejante, y bajo cualquier aspecto que los consideremos, solo se diferencian entre si en mas y en ménos.

En todo cuanto tiene conexion con el sexo, siempre se encuentran relaciones entre la muger y el hombre y siempre diferencias; y proviene la dificultad de compararlos de la de determinar, en la constitucion de uno y otro, lo que es propio ó no es propio del sexo. Por la anatomía comparada, y tambien, meramente por lo que está de manifiesto, se encuentran diferencias generales entre ellos, que al parecer no están conexas con el sexo; pero lo están sin embargo, por vínculos que no nos es dado distinguir: no sabemos hasta donde pueden llegar estos vínculos; lo único que con certidumbre sabemos, es que todo cuanto es comun en ambos pertenece á la especie, y cuanto es diferente es pesar del sexo. Bajo estos dos puntos de vista; se encuentran tantas relaciones y oposiciones entre ellos, que acaso es un milagro de la naturaleza el haber formado dos seres tan semejantes constituyéndoos de modo tan diferente.

Estas relaciones y diferencias deben tener influjo en lo moral; consecuencia palpable, conforme á la esperiencia, y que pone en claro la vanidad de las disputas acerca de La preeminencia ó igualdad de les sexos: como si encaminándose cada uno de ellos al fin de la naturaleza segun su peculiar destino, no fuera en esto mas perfecto, que sí fuese mas parecidos al otro. En lo comun que en ellos hay, son iguales; en lo diferente no son comparables. Tan poco se deben parecer en el entendimiento como en el rostro un hombre y una muger perfectos.

En la union de los sexos, cada uno concurre por igual al objeto comun, pero no de un mismo modo: de esta diversidad nace la primera diferencia asignable entre las relaciones morales de uno y otro. El uno debe ser activo y fuerte, flaco y pasivo el otro: de precisa necesidad es que el uno quiera y pueda; basta con que el otro se resista poco.

Asentado este principio, se sigue que el destino especial de la muger es agradar al hombre. Si recíprocamente debe agradarle el hombre á ella esto es necesidad ménos directa: el mérito del varon consiste en su poder, y por eso solo que es fuerte agrada. Esta no es la ley del amor, confíeselo; pero es la ley de la naturaleza, mas antigua que el amor mismo.

Si es el destino de la muger agradar y ser sojuzgada, se debe hacer agradable al hombre, en vez de incitarle: en sus atractivos se vincula su violencia; por ellos le debe precisar á que encuentre y use su fuerza. El arte mas eficaz de animarla esta, es hacerla necesaria con la resistencia. Juntándose entónces el amor propio con el deseo, triunfa el uno de la victoria que el otro le deja alcanzar: de aquí nacen el acometimiento y la defensa, la osadía de un sexo y el encogimiento del otro, la modestia en fin y la vergüenza con que armó la naturaleza al flaco para que esclavizara al fuerte.

¿Quién pudo pensar que esta hubiese prescrito las provocaciones mismas al uno que al otro, y que el primero que formara deseos fuera tambien el que primero los manifestase? ¡Qué estraña depravacion de juicio! Si trae la empresa tan distintas consecuencias para ambos sexos, ¿es natural que con la misma osadía la acometan? ¿Quién no ve que mediando tamaña desigualdad en lo que cada uno pone de su parte, si el recato no impusiera al uno la moderacion que la naturaleza impone al otro, en breve resultara La ruina de entrambos, y pereciera el linage humano por los mismos medios que para su conservacion fueron establecidos? Con la facilidad que tienen las mugeres para inflamar los sentidos de los hombres, y para atizar en lo interior de sus corazones las chispas de un temperamento casi apagado, si hubiese algun malhadado clima en la tierra, donde hubiera la filosofía introducido esta práctica, con especialidad en los paises cálidos, donde nacen mas mugeres que hombres, tiranizados estos por aquellas, al cabo fueran sus víctimas, y todos se vieran arrastrados á la muerte, sin poderse nunca defender.

Si no tienen las hembras de los animales el mismo instinto, ¿que se sigue de eso? ¿Tienen acaso, como las mugeres, los deseos sin tasa á que esta

vergüenza sirve de freno? Los deseos de aquellas resultan de la necesidad; satisfecha La necesidad, cesa el deseo; el macho no le repelen por fingimiento [110],sino muy de veras: hacen todo lo contrario de lo que hacia la hija de Augusto; y cuando lleva su cargamento el navío, no admiten más pasageros. Aun cuando están libres, son efímeras y cortas sus épocas de buena voluntad; el instinto las impide y el instinto las para. ¿Cual será en las mugeres el suplemento de este instinto negativo, si les quitáis el pudor? Aguardar á que ellas no hagan caso de los hombres, es aguardar á que no sean estos buenos para nada.

En todo quiso el Ser supremo honrar la especie humana: si da al hombre inclinaciones desmedidas, le da al mismo tiempo la ley que las regula, para que sea libre y mande en sí propio: si le abandona á pasiones inmoderadas, con estas pasiones junta la razon para que las rija: si abandona la muger á deseos sin raya, con estos deseos junta el pudor que los contiene; y añade ademas una actual recompensa al buen uso de sus facultades, conviene á saber el gusto que coge á las cosas honestas quien las hace regla de sus acciones. Esto me parece que equivale al instinto dé los brutos.

Por tanto, ora participe ó no la hembra del hombre sus deseos, y ora quiera ó no quiera satisfacerlos, siempre le repele y se defiende, pero no siempre con igual fuerza, ni por con siguiente con igual fruto. Para que la victoria quede por el que acomete, es preciso que lo permita ó lo mande el acometido; porque ¿cuantos medios no tiene para forzar al agresor á que haga uso de sus fuerzas? El mas libre y el mas suave de todos los actos no admite violencia real, la naturaleza y la razon se oponen á ella; la primera, habiendo dispensado al mas flaco la medida de fuerza necesaria para resistir criando se le antoja; la segunda, porque una violencia real no solamente es el acto mas bestial, mas tambien el mas diametralmente opuesto al fin, ora porque declara así el hombre la guerra á su compañera, autorizándola á que defienda su persona y su libertad aunque sea á costa de la vida del agresor; ora porque solo la muger es juez del estado en que se encuentra, y porque no tuvieran padre los niños, si pudiese todo varon usar los derechos de tal.

Esta es la tercera consecuencia de la constitucion de los sexos, que el mas fuerte sea en la apariencia el árbitro, y en la realidad dependa del mas flaco; y no así por un frívolo estilo de galanteo, ni por una altiva generosidad de amparador, sino por una invariable ley de la naturaleza, que dando mas facilidad á la muger para que escite deseos, que al hombre para que los sat-

isfaga, hace dependiente mal de su grado á este de la buena voluntad de aquella, yo le precisa á que procure recíprocamente serle agradable, para alcanzar de ella que consienta en dejarle que sea el mas fuerte. Entónces lo que mas prenda al hombre de su victoria, es dudar si la flaqueza es la que cede á la fuerza ó si es la voluntad la que se rinde; y la comun astucia de la muger es dejar subsistir esta duda entre el hombre y ella.

En esto corresponde perfectamente el espíritu de las mugeres á su constitución: lejos de sonrojarse de su debilidad, hacen gala de ella; afectan que no pueden alzar del suelo ni las mas ligeras cargas, y se avergonzarían de ser fuertes. ¿Por qué así? No solo por parecer delicadas, que es en ellas una precaucion mas astuta, desde muy lejos buscan disculpas, y derecho para ser débiles, cuando fuere necesario.

El progreso de las luces adquiridas con nuestros vicios ha variado mucho en este punto entre nosotros las antiguas opiniones, y ya nadie mienta violencias desde que son tan poco necesarias y que ya los hombres no creen en ellas [111]; en vez de que son muy frecuentes en las remotas antigüedades griegas y judaicas, porque son estas mismas opiniones propias de la sencillez de la naturaleza, y sola la esperiencia de lo estragado de las costumbres ha podido desarraigarlas. Sí en nuestro tiempo ménos actos de violencia se citan, no es cierto porque sean mas templados los hombres, sino porque son ménos crédulos, y porque una queja, que antiguamente hubiera persuadido á pueblos simples, no hiciera mas ahora que escitar la risa de los burlones; de suerte que se gana mas con callar. En el Deuteronomio hay una ley en virtud de la cual la soltera de quien habian abusado era castigada con el seductor, sí habia cometido el delito dentro del pueblo; pero si se habia cometido en el campo ó en parages solitarios, solo el hombre era castigado; *porque*, dice la ley, *la doncella dió gritos, pero no fue oida*.. Esta benigna interpretacion enseñaba á las doncellas á que no se dejaran sorprender en parages frecuentados.

Sensible es el efecto de estas diversas opiniones en las costumbres; el galanteo moderno es consecuencia de ellas. Convencidos los hombres de que sus gustos dependían mas de lo que habían creído de la voluntad del bello sexo, han cautivado esta voluntad por medio de condescendencias que este ha remunerado con usura.

Véase como insensiblemente nos conduce lo físico á lo moral, y como de la tosca union de ambos sexos nacen poco á poco las mas suaves lazos del amor. El imperio de las mugeres no es de ellas porque han querido los hombres que lo fuera, sino porque lo quiere así la naturaleza; y era de ellas ántes que pareciese que les pertenecía. El mismo hércules que creyó que violentaba las cincuenta hijas de Tespio, se vió precisado á hilar al lado de Onfale; y el fuerte Sanson no era tan fuerte como Dalila á las mugeres pertenece este imperio; y no pueden ser privadas de él, aun cuando de él abusan; si pudieran perderle, largos tiempos hace que le hubieran perdido.

No hay paridad ninguna entre ambos sexos en cuanto á lo que del sexo es consecuencia. El macho solo en ciertos instantes es macho, la hembra es toda su vida hembra, ó á lo ménos toda su juventud: todo la llama á su sexo y para bien desempeñar sus funciones necesita de una constitucion que se refiera á él. Necesita cuidarse durante su preñez; necesita sosiego cuando está parida; necesita una vida muelle y sedentaria para dar de mamar á sus hijos; para educarlos necesita paciencia y blandura, un zelo, un cariño que con nada se fatigue; es el vínculo entre ellos y su padre; ella se los hace amar, y le inspira confianza para que los llame suyos. ¡Cuanta ternura y solicitudes necesita para mantener unida toda la familia! Finalmente nada de esto debe ser en ella virtud, todo ha de ser gusto, sin lo cual en breve se extinguiera el linaje humano.

La estrechez de las obligaciones relativas de ambos sexos ni es ni puede ser la misma, y cuando en esta parte se quejan las mugeres de la desigualdad que han establecido los hombres, no tienen razon; no es institucion humana esta desigualdad, ó á lo ménos no es hija de la preocupacion, sino de la razon: á aquel de los dos á quien lió la naturaleza el depósito de los hijos, toca responder de ellos al otro. Sin duda que á nadie le es permitido violar su fe, y todo marido infiel que priva á su muger de la única recompensa de las austeras obligaciones de su sexo, es un inhumano y un injusto: pero la muger infiel hace mas, disuelve la familia, y quebranta todos los vínculos de la naturaleza, dando al hombre hijos que no son de él, es aleve con unos y con otros, junta con la infidelidad la perfidia. Apénas veo desorden y delito que no penda de este. Si hay un estado horroroso en el mundo, es el de un padre desventurado que, no teniendo confianza en su muger, no se atreve á entregarse á los mas dulces afectos de su corazon; que, cuando estrecha á su hijo entre sus brazos, duda si tiene en ellos el hijo ageno, la prenda de su

afrenta, el ladron del caudal de sus propios hijos. ¿Qué otra cosa es entónces la familia, sino una compañía de secretos enemigos que arma unos contra otros una culpada muger, forzándolos á fingir que mutuamente se aman?

No solo importa que sea fiel la muger, sino que la tengan por tal su marido, sus parientes, todo el mundo; importa que sea modesta, atenta, recalada, y que los ojos agenos, no ménos que su conciencia propia, den testimonio de su virtud. En una palabra, si importa que ame el padre á sus hijos, importa que estime á la madre de sus hijos. Estas son las razones que constituyen la apariencia misma una obligacion de las mugeres, y les hacen no ménos indispensable que la castidad la honra y la reputacion. De estos principios, con la diferencia moral de los sexos, deriva un nuevo motivo de obligacion y decoro que prescribe especialmente á las mugeres velar con la mayor escrupulosidad en su conducta, sus modales y su aire. Sustentar vagamente que son iguales ambos sexos, y que son unas mismas sus obligaciones, es abandonarse á declamaciones vanas, sin decir nada, miéntras no respondan á esto.

¿No es modo sólido de discurrir el responder con escepcion está leyes generales tan bien fundadas? Decis que no siempre las mugeres están en cinta. No; mas su destino peculiar es estarlo. ¡Y que, porque hay en el universo un centenar de ciudades populosas donde viviendo licenciosamente las mugeres paren poco, pretendeis que el estado de las mugeres es el estar rara vez embarazadas! ¿En qué pararian vuestras ciudades, si las aldeas distantes, donde viven las mugeres con mas sencillez y castidad, no reparasen la esterilidad de las damas? ¡En cuantas provincias se miran como poco fecundas las mugeres que solo cuatro ó cinco partos han tenido ([112])! En fin ¿qué importa que esta ó aquella muger tenga pocos? ¿Dela por eso de ser el estado de la muger el de madre? ¿y no deben afianzar este estado con leyes generales las costumbres y la naturaleza?

Aun cuando hubiera entre las preñeces tan dilatados intervalos como suponen, ¿mudaria por eso subitáneo y alternativamente una muger de estilo de vivir, sin correr peligro ninguno? ¿Será hoy nodriza; y guerrera mañana? ¿Variará de temperamento y gustos, como de colores un camaleon? ¿Pasará de repente de la sombra del encerramiento y tareas domésticas, á las intemperies del aire, á las faenas, á las fatigas, á los peligros de la

guerra? ¿Será unas veces medrosa [113], *y* otras animosa; unas delicada; y otras robusta? Si con tanta dificultad se lineen al ejercicio de las armas los mancebos educados en Madrid, ¿las mugeres que nunca han arrostrado el sol, y que apénas saben andar, se acostumbrarán á él despues de cincuenta años de molicie? ¿Tomarán este puro ejercicio de la edad que le dejan los hombres? Paises hay en que paren las mugeres casi sin dolor, y crian á sus hijos casi sin afan: confíeselo asi; pero en estos mismos paises andan en todo tiempo desnudos los hombres de medio cuerpo, luchan á brazo partido con las he ras, llevan una canoa al hombro como unas alforjas, hacen cazerías de setecientas á ochocientas leguas, duermen al sereno en el suelo, aguantan increíbles fatigas, y pasan muchos dias sin comer. Cuando se robustecen las mugeres, todavia se robustecen mas los hombres; cuando se afeminan los hombres, se afeminan mas las mugeres, cuando por igual varian ambos términos; se queda la misma la diferencia.

Platon, en su República, asigna á las mugeres los mismos ejercicios que á los hombres; bien lo creo. Cómo quitó de su gobierno las familias particulares, no sabiendo que hacerse con las mugeres, Las hizo por precision hombres. Todo lo habia combinado, todo previsto este hermoso ingenio: resolvía de antemano una objecion que nadie acaso hubiera pensado en hacerle; pero ha resuelto mal la que le hacen. No hablo de aquella pretensa comunidad de mugeres, acusacion tan repetida, y que los que se la intentan prueban que nunca le han leido; hablo sí de la promiscuidad civil que perpetuamente confunde ambos sexos en los mismos empleos, en las mismas tareas, y no puede ménos de engendrarlos mas intolerables abusos; hablo de aquel trastorno de los mas suaves afectos de la naturaleza, sacrificados ¿un afecto artificial? que solo por ellos puede subsistir: como si no fuese indispensable una asa natural para formar vínculos de convencion; como si el amor que tenemos á nuestros parientes no fuera el principio del que debemos al estado; como si no fuera por la patria chica, que es la familia, por donde se ase el corazon de la grande; como si no fuera el buen hijo, el buen padre; el buen esposo, los que forman el buen ciudadano.

Una vez que está demostrado que ni en cuanto al carácter ni en cuanto al temperamento están ni deben estar constituidos del mismo modo el hombre y la muger, se infiere que no se les debe dar la misma educacion. Siguiendo las direcciones de la naturaleza: deben obrar acordes pero no deben hacer unas mismas cosas; el fin de sus tareas es comun, pero estas son diferentes,

y por consiguiente los gustos que ellas dirigen habiendo procurado formar al hombre natural, por no dejar la obra imperfecta, veamos como se ha de formar tambien la muger que convenga á este hombre.

¿Quereis ir siempre bien guiado? pues nos os aparteis de las indicaciones de la naturaleza. Debe respetarse todo cuanto caracteriza al sexo; como que ella lo ha establecido. Sin cesar decis: las mugeres adolecen de este ó aquel defecto que no tenemos nosotros. Vuestra soberbia os engañasen vuestros fueran defectos; en ellas son prendas; peor andaria todo, si no los tuviesen. Estorbad que degeneren esos pretensos defectos, pero guardaos de destruirlos.

Por su parte no cesan de clamar las mugeres que las educamos para que sean vanidosas y retrecheras, que sin cesar las divertimos con niñerías para permanecer con mas facilidad los amos y se quejan á nosotros de los defectos que les echamos en rostro. ¡Qué desvarío! ¿Pues desde cuando se meten los hombres en la educacion de las niñas? ¿Quién estorba á las madres que las eduquen como se les antoje? No tienen aulas públicas; ¡valiente desdicha! ¡Ha, pluguiera á Dios que no las tuviesen los muchachos, que con mas juicio y mas honestidad se educaran! ¿Precisan á vuestras hijas á que pierdan el tiempo en boberías? ¿Les hacen que contra su voluntad pasen, á ejemplo vuestro, la mitad de su vida en el tocador? ¿Os estorban que las instruyais, y las hagais instruir como á la fantasía os viniere? ¿Es culpa nuestra si nos agradan cuando son hermosas, si nos vuelven locos sus dengues, si el arte que aprenden de vosotras nos atrae y nos lisonjea, si nos complacemos en verlas vestidas con gusto, si les dejamos que afilen á su sabor las armas con que nos sojuzgan? He, resolveos á educarlas como á hombres, que ellos es lo consentirán de buena voluntad. Cuanto mas se les quieran semejar, ménos los gobernarán; y entónces sí que serán ellos verdaderamente los amos.

No todas las cualidades comunes de ambos sexos las tienen ambos en igual medida; pero valuadas en la totalidad se compensan. La muger vale mas como muger y ménos como hombre; en todo aquello que que esfuerza el valor de sus derechos, nos saca ventajas; en todo aquello en que quiere usurpar Los nuestros, se queda inferior á nosotros. Esta verdad general solo se puede rebatir con escepciones; modo constante de argüir de los apasionados rendidos del bello sexo.

Cultivar en las mugeres las dotes del hombre y descuidar las que son privativas de ellas, es por tanto afanarse visiblemente en su detrimento. Bien lo saben las picaras para dejarse engañar; cuando procuran usurpar nuestras ventajas, no abandonan las suyas; pero sucede que no pudiendo amalgamar bien unas con otras porque son incompatibles, no llegan con aquellas adonde hubieran alcanzado, y no pueden en estas competir con nosotros, perdiendo así la mitad de su precio. Creedme, juiciosa madre, no hagáis á vuestra hija un hombre de bien, como por desmentir la naturaleza; hacedla muger de bien, y estad cierta de que valdrá mas para nosotros y para sí.

¿Se sigue de esto que deba ser educada en la ignorancia de todas las cosas, y ceñida meramente á las funciones caseras?

¿Hará el hombre de su compañera su sirvienta? ¿Se privará cerca de ella del mayor embeleso de la sociedad? ¿Le impedirá que sienta, que conozca cosa ninguna, por mejor esquivarla? ¿La hará un verdadero autómata? No, sin duda; no lo ha dicho así la naturaleza, queda á las mugeres tan agradable y delicada, inteligencia; por el contrario, quiere que piensen, que juzguen, que amen, que conozcan, que cultiven su entendimiento como su figura; que son las armas que les da para suplir la fuerza que les falta, y dirigir la nuestra. Deben aprender muchas cosas, pero solo aquellas que les conviene saber.

Ora considere el destino particular del sexo, ora observe sus inclinaciones, ora cuente sus obligaciones, todo contribuye por igual á indicarme la forma de educacion que le conviene. La muger y el hombre están formados una para otro, pero no es igual su recíproca dependencia: los hombres penden de las mugeres por sus deseos; las mugeres penden de los hombres por sus deseos y por sus necesidades; mas bien subsistiéramos sin ellas nosotros que ellas sin nosotros. Para que tengan lo que necesitan, para que se queden en su estado, es preciso que se lo demos, que se lo queramos dar, que las reputemos dignas; penden de nuestros afectos, del precio que damos á su mérito, del caso que hacemos de sus atractivos y virtudes. Por la misma ley de la naturaleza, las mugeres, tanto por si como por sus hijos, están á merced de los hombres: no hasta que sean estimables, es preciso ademas que sean estimadas; no les basta ser hermosas, es preciso tambien que agraden; no les basta ser honestas, es preciso que sean tenidas por tales; su honra no solo se cifra en su conducta, sino en su reputacion; y no es posible que la que se aviene á ser reputada infame pueda nunca ser honrada. El

hombre, cuando obra bien, solo depende de si propio, y puede arrostrar et juicio del público; pero la muger, cuando obra bien, solo tiene hecha la mitad de su tarea, y no ménos le importa lo que piensan de ella, que lo que es efectivamente. De aquí se sigue que en esta parte debe ser el sistema de su educacion contrario al nuestro: la opinion es el sepulcro de la virtud para los hombres, para las mugeres es su trono.

De la buena constitucion de las mugeres pende la de los niños; del esmero de las mugeres pende la educacion primera dé los hombres; tambien de las mugeres penden sus costumbres, sus pasiones, sus gustos, sus deleites, su propia felicidad. De suerte que toda la educacion de las mugeres debe ser relativa á los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar de ellos, educarlos cuando niños, cuidarlos cuando grandes, aconsejarlos, consolarlos, hacerles grata y suave la vida; estas son las obligaciones de las mugeres en todos tiempos, y esto lo que desde su niñez se les debe enseñar. Mientras no subamos á este principio, nos desviaremos del fin; y todos cuantos preceptos les demos, serán inútiles así para su felicidad como para la nuestra.

Pero aunque quiera y deba querer toda muger agradar á los hombres, hay mucha diferencia de querer agradar al hombre de mérito, al hombre verdaderamente amable, ó á esos lindos petrimetillos que afrentan igualmente su sexo y el que imitan. Si la naturaleza ni la razon pueden incitaren la muger á que ame en los hombres lo que es parecido á ella, como tampoco debe aspirar á ser amada de los hombres afectando modos viriles. De suerte que cuando dejan el estilo modesto y reposado de su sexo, tomando los ademanes de estos atolondrados, lejos de seguir su vocacion, renuncian de ella, privándose á sí propias de los derechos que presumen usurpar. Si fuéramos de otro modo, dicen, no gustaríamos á los hombres. Mienten. Es menester ser loca para querer á locos, el deseo de atraer esas gentes manifiesta la inclinacion de la que á él se entrega. Si no hubiera hombres insustanciales, se daria ella prisa á formarlos; y la insustancialidad de ellos mas bien es obra suya que de ellos mismos. La muger que gusta de los verdaderos hombres, y quiere agradarle; toma los medios que son análogos con este objeto. Es la muger retrechera por su estado; pero muda de forma y objeto su retrecheria segun sus miras: regulemos estas por las de la naturaleza, y será la muger educada como conviene que lo sea.

Las niñas, casi desde que nacen, gustan de andar bien vestidas: no contentas con ser lindas, quieren ser tenidas por tales; en sus ademancillos ya se echa de ver que se ocupan en esta solicitud; y apénas están en estado de entender lo que les dicen, cuando las gobiernan hablándoles de lo que de ellas pensarán. Muy lejos está de que ejerza en los muchachos igual imperio el propio motivo que con suma imprudencia les proponen. Con tal que sean independientes y se diviertan, poquísimo se curan de lo que puedan pensar de ellos; y solo á poder de trabajo y tiempo los sujetan á la misma ley.

Venga de donde viniere á las niñas esta leccion primera, es muy aventajada. Una vez que el cuerpo nace, por decirlo así, ántes que el alma, el primer cultivo debe ser el de aquel: este órden es comun de ambos sexos. Pero es distinto el objeto de este cultivo; este en el uno es el desarrollo de las fuerzas, en el otro el de las gracias: no porque hayan de ser esclusivas estas cualidades en cada sexo, sino que se ha de invertir el órden; es preciso que tengan las mugeres fuerza suficiente para ejecutar con gracia todo cuanto hagan; es preciso que tengan los hombres maña bastante para hacer con facilidad todo lo que hacen.

Por la estremada molicie de las mugeres empieza la de los hombres. No han de ser las mugeres robustas como ellos, mas sí por ellos, para que lo sean tambien los hombres que de ellas nacieren. En esta parte los convenios, donde las pensionistas comen manjares comunes, pero que saltan, corren, y juegan en jardines á ciclo raso, son preferibles á la casa de sus padres, donde una niña comiendo cosas delicadas, y siempre acariciada ó reprendida, siempre sentada en presencia de su madre en un aposento bien cerrado, no se atreve á levantarse, ni andar, ni hablar, ni resollar, y no tiene un instante libre para jugar, brincar, correr, dar gritos, entregarse á la petulancia natural en su edad: siempre relajacion peligrosa, ó mal entendida severidad; nunca nada puesto en razon. Así se echan á perder el cuerpo y el ánimo de la juventud.

Las doncellas de Esparta, no ménos que los mancebas, se ejercitaban en juegos militares, no para ir á la guerra, sino para dar un dia á luz hijos idóneos para las fatigas bélicas No es esto lo que yo apruebo: para criar soldados para el estado, no es necesario que hayan llevado el fusil al hombro las madres, y hecho el ejercicio á la prusiana pero generalmente me parece que La educacion griega era en esta parte muy discreta. Las vírgenes jóvenes se mostraban con frecuencia en público, no mezcladas con los mancebos, sino

reunidas unas con otras. Casi no habia fiesta, sacrificio, ni ceremonia, en que no se viesen carrillos de hijas de los principales ciudadanos coronadas de llores, cantando himnos, formando coros de danzas, llevando canastos, vasos, ofrendas, y presentando á los depravados sentidos de los Griegos un delicioso espectáculo, capaz de contrapesar el mal efecto de su indecente gimnástica. Fuera el que fuese la impresion que luciera esta práctica en el pecho de los hombres, en todo caso era excelente para dar al sexo una constitucion sana en su juventud, con agradables, moderados y sanos ejercicios, y para formar y acendar el gusto con el continuo deseo de agradar, sin aventurar nunca la pureza de sus costumbres.

Luego que se casaban estas doncellas, nunca mas se dejaban ver en público; siempre encerradas en sus casas, todas sus solicitudes las ceñían á los cuidados caseros y de la familia. Este es el método de vida que la naturaleza y la razon prescriben al sexo. Por eso, de estas madres nacian los varones mas sanos, mas robustos, y mas bien formados del universo; y no obstante la mala fama de algunas islas, es cosa averiguada que entre todos los pueblos del mundo, sin esceptuar los Romanos, no es posible citar ninguno donde las mugeres hayan sido en uno mas recatadas y mas amables, y mas hayan reunido la beldad con las buenas costumbres, que en la antigua Grecia.

Sabemos que la soltura de las vestiduras, que no sujetaban el cuerpo, contribuya en grande manera á dejarle en ambos sexos aquellas hermosas proporciones que en sus estatuas vemos, y que todavia sirven de modelos al arte, ya que desfigurada la naturaleza ha dejado de presentárselos entre nosotros. Ni una siquiera de todas las trabas góticas, de la muchedumbre de ligaduras que tienen aprensados nuestros miembros, estaban los Griegos: sus mugeres no conocían la moda de esas cotillas con que las nuestras se echan á perder el talle, en vez de adelgazarle. No puedo figurarme como este abuso, que con especialidad en Inglaterra ha llegado á un incomprensible estremo, no hace al cabo degenerar la especie; y sostengo que aun la pretensa perfeccion que con él se proponen es de mal gusto. No es agradable ver una muger partida en dos como uno avispa; cosa repugnante á la vista, y penosa para la imaginacion. Lo fino del talle tiene, como todo lo demas, sus proporciones y su medida; y escedida esta se convierte en defecto, que seria muy de bulto á los ojos en una persona desnuda y que por tanto no puede parecer hermosura en una vestida.

No me atrevo á circunstanciar las razones por que se empeñan las mugeres en revestirse de este modo de una coraza: confieso que un pecho fofo, un vientre abultado, etc son cosas que desagradan mucho á una persona de veinte años, pero que en una de treinta no se estrañan; y como, mal que nos pese, habernos de ser en todo tiempo lo que le plugo á la naturaleza, y no se equivocan los ojos de los hombres, ménos desagradan estos defectos en cualquiera edad, que la tonta afectacion de una niñita de cuarenta años.

De mal gusto es todo cuanto sujeta y apremia la naturaleza; esto se verifica con los arreos del cuerpo, como con los adornos del ánimo. Primero de todo han de ser la vida, la salud, la razon, el bien estar; no hay gracia sin desahogo; no es la delicadeza endeblez, ni la que está enfermiza puede agradar. Lástima provoca la que padece; pero el deleite y el deseo buscan robustez y sanidad.

Las criaturas de ambos sexos tienen muchos pasatiempos comunes, y así debe ser: ¿no los tienen tambien, cuando son grandes? Otros gustos privativos tienen que las distinguen. Los muchachos anhelan por estrépito y bullicio, por tambores, peonzas, carricoches: las muchachas gustan mas de lo que da en los ojos, y sirve para adorno; de espejos, sortijas, trapos, y mas que todo de muñecas: la muñeca es la diversion peculiar del sexo; aquí tenemos con toda evidencia determinado su gusto á su destino. En el adorno está cifrado lo físico del arte de agradar; y lo físico es físico cuanto de este arte pueden cultivar las criaturas.

Mirad á una chicuela que pasa el dia en derredor de su muñeca, mudándola sin cesar de trage, vistiéndola y desnudándola mil y mil veces, inventando continuamente nuevas combinaciones de al atavíos bien ó mal coordinados, poco importa: aun no hay maña en los dedos, ni está formado el gusto, pero ya se descubre la inclinación: en esta perdurable ocupacion se le va el tiempo sin advertirlo; corren las horas sin que ella lo sepa; se le olvida hasta el comer, que mas hambre tiene de adornos que de manjares. Pero direis; ataria su muñeca, no su persona. Sin duda; ve su muñeca, y no se ve á sí propia, no puede hacer nada para sí, no está formada aun, no tiene tacto ni fuerza, no es nada todavía, existe toda entera en su muñeca, y emplea en ella todo su deseo de agradar. No siempre le vinculará en esta, que ya vendrá tiempo en qué sea ella misma su muñeca.

Aquí tenemos ya una aficion primera bien determinada: no hay que hacer otra cosa que seguirla y arreglarla. Es cierto que la chiquilla quisiera con todas veras saber hacer el prendido de su muñeca, su punto de red, su pañuelo, su faltala, su encaje; para todo esto la sujetan con tanta dureza á la buena voluntad agena, que mucho mas cómodo fuera para ella debérselo todo á su industria propia. Así se halla motivo para las primeras lecciones que se le dan; y que no son tareas que se le prescriben, sino favores que se le dispensan. Efectivamente casi todas las muchachas chicas aprenden con repugnancia á leer y escribir; pero llevar la aguja, lo aprenden siempre con mucho gusto. De antemano se imaginan que han de ser grandes, y piensan con satisfaccion que les podrá un te servir esta habilidad para ponerse bien.

Abierta esta primera senda, fácil es seguirla; naturalmente se suceden la costura, el bordado, los encajes. La labor de tapiz no les gusta tanto: distan mucho de ellas los muebles, y no están conexos con la persona, que lo están con otras opiniones. La labor de tapiz es diversion de casadas; las muchachas solteras no le cogen nunca mucha aficion.

Con facilidad se harán paso estos progresos voluntarios hasta el dibujo, porque no es indiferente este arte para el de vestirse con gusto; mas no quisiera que las aplicaran á pintar paises, y mucho ménos figuras. Follages, frutas, flores, ropajes, todo cuanto puede servir para dar garbo á los arreos, y para hacer por sí propias un patron para bordar cuando no le encuentren á su gusto, con esto les basta. Si en general importa á Los hombres ceñir sus estudios á conocimientos usuales, todavia les importa mas á las mugeres, porque aunque sea la vida de estas ménos laboriosa, como es ó debe ser mas perenne en sus tareas, y está mas interrumpida con tareas diversas, no les permite que se entreguen con particularidad á ninguna habilidad, en detrimento de sus obligaciones.

Digan lo que quieran los burlones la sana razon pertenece igualmente á ambos sexos. Generalmente son las niñas mas dóciles que los muchachos y tambien debe usarse mas la autoridad con ellas, como diré mas abajo; pero no se signe de aquí que haya de exigirse de olías cosa ninguna cuya utilidad no puedan ver: consiste el arte de las madres en hacérsela palpable en todo manto les prescriben; cosa tanto mas fácil cuanto es mas precoz la inteligencia de las chicas que la de los niños. Esta regla destierra de su sexo, lo mismo que del nuestro, no solo los ociosos estudies que en nada bueno paran, y ni siquiera hacen mas agradables para los demas á los que á ellos

se han aplicado, mas tambien todos aquellos que para su edad no son de provecho, y que no puede prever la criatura sino en otra edad mas adelantada. Si no quiero que den prisa á un muchacho para que aprenda á leer, tampoco quiero con mas razon que precisen á ello á las niñas, sin darles bien á entender primero para que es buena la lectura con el modo como les hacemos ver comunmente esto utilidad, ántes seguimos nuestras propias ideas que las de ellas. ¿Al cabo, qué necesidad hay de que sepa una muchacha leer y escribir tan temprano? ¿Tan presto ha de tener casa que gobernar? Muy contadas son los que traían mas abuso que uso de esta funesta cocada, y todas son curiosas en dejárosla para que no la aprendan, sin que á ello las apremien, así que tienen ocasion y lugar. Acaso lo primero de todo debieran aprender á contar, porque no hoy cosa ninguna que presente mas palpable utilidad en todos tiempos, ni pida con larga práctica, ni deje tanto asidero al error como las cuentas. Si no se le dieron los cerezas á la chica para su merienda sin una operacion de aritmética, yo aseguro que en breve sabida calcular.

Conocí á una niña que aprendió á escribir ántes que á leer, y que primero escribió con la aguja que con la pluma. De toda la escritura no quiso hacer al principio mas que Oes: sin cesar hacia Oes grandes y chicas, Oes de todos tamaños, Oes unas dentro de otras, y siempre formadas al revés. Por desgracia, un dia que estaba ocupada en este útil ejercicio, se miró á un espejo, y notó que le daba mala faena esta violenta postura; al punto, como otra Minerva, tiró la pluma, y no quiso hacer mas Oes á su hermano no le gustaba escribir mas que á ella; pero lo que él sentía era la sujecion, y no la facha que le daba. Tomaron otro giro para que volviera á escribir: la chiquilla era vanidosa y delicada; y no queria que se sirvieran sus hermanas de su ropa blanca y se la marcaban, y no quisieron seguir marcándosela; fué menester que aprendiese ella á marcar: ya se dejan ver los adelantamientos progresivos.

Justificad siempre las tareas que impongais á las niñas, pero imponédselas continuamente. Los dos defectos para ellas mas peligrosos, y de que ménos sanan cuando una vea los han contraido, son la ociosidad y la indocilidad. Las doncellas deben ser vigilantes y laboriosas; no basta con esto; deben estar sujetas desde muy niñas.

Esta desdicha, si para ellas lo es, es imprescindible de su sexo, y nunca se libran de ella, sino para padecer otras mas crueles. Toda la vida han de ser

esclavas de la mas continua y mas severa sujecion, que es la del bien parecer. Es preciso ejercitarlas cuanto ántes á la sujecion, para que nunca les sea violenta; á resistir á todos sus antojos, para someterlos á las voluntades agenas. Si quisieran estar siempre trabajando, convendria precisarlas algunas veces á que holgaran la disipacion, la insustancialidad, la inconstancia, son defectos que nacen con facilidad de sus primeros gustos estragados y siempre cumplidos: para precaver estos abusos, enseñadlas á que de continuo se venzan. En nuestras desatinadas costumbres, es la vida de una muger honrada una perpetua lid contra sí propia; que es justo que sufra este sexo parte de la pena de los males que nos ha causado.

Estorbad que se aburran las chicas en sus ocupaciones, y que se apasionen por sus pasatiempos, como siempre sucede en las educaciones vulgares, en que, como dice Fenelon, todo el fastidio está de una parte, y todo el contento de otra. Siguiendo las reglas que preceden, solo sucederá el primero de estos inconvenientes, cuando les disgusten las personas que estuvieren con ellas, Una niña que quiera bien á su madre ó á su aya trabajará todo el dia á su lado sin aburrirse; con charlar solamente se resarcirá de toda su sujecion. Pero si no puede aguantará la que la gobierna, cogerá la misma repugnancia á todo cuanto hiciere junto á ella. Muy difícil es que las que no se bailan con sus madres mas bien que con nadie del mundo puedan hacer una cosa buena; mas para juzgar de sus verdaderos afectos, es preciso estudiarlas, y no hacer de lo que dicen, porque son aduladoras, disimuladas, y saben disfrazar su sentir desde temprano. Tampoco se les debe prescribir que quieran á su madre; el afecto no resulta de la obligacion, y en esto de nada sirve el apremio. El cariño, las solicitudes, el hábito solo, harán que la hija quiera á la madre como esta no haga nada para merecer su aborrecimiento. Bien dirigida hasta la sujecion en que la tiene, lejos de debilitar este cariño, no hará mas que aumentarle, porque siendo la dependencia el natural estado de las mugeres, se sienten destinadas á La obediencia.

Por la misma causa que gozan ó deben gozar poca libertad, se esceden en el uso de la que les dejan, estremadas en todo se abandonan á sus juegos con mayor arrebato aun que los muchachos: y este es el segundo de los inconvenientes que acabo de especificar. Deben moderarse en ellas estos arrebatos, porque son causa de muchos vicios precoces de las mugeres, entre otros el capricho, y las manías por las cuales se ciega una muger hoy por un objeto que no querrá ni mirar mañana. Tan fatal es para ellas la inconstancia

como el esceso en sus gustos, y entrambos derivan de la misma fuente. No les estorbeis que se alegren, que se rían, que metan bulla, que retocen y jueguen; pero impedid que se cansen de una cosa para correr á otra; no consintáis que un solo instante en su vida no conozcan freno. Acostumbradlas á ser interrumpidas en mitad de sus juegos, y llamadas á otras ocupaciones sin que lo murmuren. Con solo el hábito hasta para esto, porque no hace oirá cosa que auxiliar la naturaleza.

De este apremio habitual resulta una dote que necesitan las mugeres toda su vida, una vez que nunca cesan de estar sujetas ó á un hombre, ó á los juicios de los hombres, y que nunca les es permitido hacerse superiores á estos juicios. La prenda primera y mas importante de una muger es la blandura: destinada á obedecer á tan imperfecta criatura como es el hombre, tan llena muchas veces de vicios, y siempre tan llena de defectos, desde muy temprano debe aprender á padecer basta La injusticia, y aguantar, sin quejarse, los agravios de un marido; que no por él, sino por ella, debe ser blanda. Nunca la acrimonia y la terquedad de las mugeres paran en mas que en agravar sus cuitas y el mal proceder de sus maridos, los cuales conocen que no son estas las armas con que aprenden á ser vencidos. No hizo á las mugeres el cielo alhagüeñas y persuasivas para que se tornaran regañosas; no las hizo flacas para que fueran imperiosas: no les dió voz tan suave para decir denuestos, no les hizo facciones tan delicadas para que las desfigurasen con la ira. Cuando se enfadan, se olvidan de sí: muchas veces tienen razon en quejarse, pero siempre culpa en reñir. Cada uno debe conservar el tono de su sexo; blando un marido en demasía puede hacer insolente á su muger; pero, á ménos que el hombre sea un monstruo, no resiste á la blandura de una muger, que triunfa de él tarde ó temprano.

Sean siempre sumisas las hijas, pero no sean siempre inexorables las madres. Para hacer dócil á una jóven, no es necesario hacerla infeliz; no es necesario entontecerla para hacerla modesta; por el contrario no me pareciera mal que alguna vez le dejasen usar algo de maña, no para eludir el castigo de sin obediencia, sino para eximirse de que le hicieran obedecer. No se trata de hacerle su independencia penosa, basta con hacer que la sienta. Es la astucia un talento natural del sexo; y convencido de que son buenas y rectas en sí todas las inclinaciones naturales, soy de dictámen de que se cultive esta como las demas: trátase solo de precaver sus abusos.

Acerca de la verdad de esta observacion me refiero á todo observador de buena fe; y no quiero que examinemos á las casadas, porque nuestras instituciones, que tanto las sujetan, pueden haber dado filos á su inteligencia; quiero que se examinen las doncellas, las niñas que acaban por decirlo así, de nacer; que las comparen con muchachos de la misma edad: y si no parecen estos majaderos, atolondrados, tontos junto á ellas, sin disputa voy yo errado. Permítanme un solo ejemplo escogido en todo el candor de la niñez.

Es cosa muy comun prohibir á las criaturas que pidan nada en la mesa, porque nunca creemos que ha de salir mejor su educacion, que cuando la recargamos con inútiles preceptos, como si fuese cosa tan difícil el darles ó negarles un pedazo de esto ó de aquello ([114]), sin hacer que se mueva una pobre criatura de una ansia á que da aceros la esperanza. Sabe todo el mundo la maña de un chico sujeto á esta ley, que habiéndose olvidado de servirle plato, le ocurrió el pedir sal, etc. No diré que le podían reñir por haber pedido directamente sal, y carne indirectamente; tan cruel era la omision, que aun cuando hubiera violado patentemente la ley y dicho sin rodeo que tenia gana, no puedo creer que le hubieran castigado. Mas véase aquí lo que hizo en mi presencia una chiquilla de seis años en un lance mucho mas apretado, porque, ademas de que le habían impuesto prohibicion rigurosa de pedir nunca nada directa ni indirectamente, no hubiera merecido perdon la in obedencia, porque de todos los platos habia comido, ménos uno solo que se habian olvidado de servirle, y de que tenia ella fuertes ganas. Pues, para conseguir que reparasen este olvido sin que pudiesen acusarla de in obediencia, pasó en reseña todos los platos, señalándolos con el dedo, y diciendo en alta voz, conforme los iba señalando: «yo he comido de eso, yo he comido de eso;» pero con tan visible afectacion pasó el dedo sin decir nada por encima del plato de que no habia comido, que reparándolo uno de los convidados le dijo: «¿Y de eso has comido?» ¡Ha! no, replico con sumisa voz y bajando los ojos la golosilla. No añado nada mas; compárese: esta treta es astucia de chica; la otra es astucia de muchacho.

Lo que existe es bueno, y no hay ninguna ley general que sea mala. Esta astucia particular dispensada al sexo es una justísima indemnidad de la fuerza que le falta, sin lo cual no fuera la muger compañera del hombre que fuera su esclava: por esta superioridad de talento se mantiene igual suya, y le gobierna obedeciéndole. Todo lo tiene contra sí la muger, nuestros defectos, su cortedad, su flaqueza; no tiene en su favor mas que sumaria y su

belleza. ¿No es justo que una y otra las cultive? Pero no es la belleza general; mil azares la destruyen, se va con los años, la costumbre acaba con su eficacia. El ingenio solo es el verdadero recurso del sexo; no es necio ingenio que tanto aprecian en el mundo, y que no contribuye en nada á hacer la vida feliz, sino el ingenio de del estado, el arte de sacar utilidad del nuestro, y valerse de nuestras propias ventajas. No sabemos cuan provechosa es para nosotros mismos esta astucia de las mugeres, cuanto embeleso añade á la sociedad de ambos sexos, cuanto sirve para reprimir la petulancia de las criaturas, cuantos maridos brutales enfrena, cuantos buenos matrimonios mantiene, que sin eso los agitara la discordia. Las mugeres arteras y malas, abusan de ella, bien lo sé: ¿pero de qué no abusa el vicio? No destruyamos los instrumentos de la felicidad, porque los malos se sirven alguna vez de ellos para hacer daño.

Puede una lucir por sus galas, pero solo por su personal puede agradar. Nuestros tragos no son nosotros: muchas veces deslucen á puro ser estudiados; y muchas los que mas hacen reparar en las que los llevan, son los que ménos se reparan. En este punto la educacion de las muchachas es diametralmente contraria á La razon. Les prometen galas como recompensa, hacen que gusten de arreos acicalados. ¡*Qué hermosa está!* les dicen cuando estan muy engalanadas, cuando por el contrario les deberían dar á entender que tanto atavio no lleva otro fin que ocultar defectos, y que en lucir por si propia se cifra el verdadero triunfo de la hermosura. De mal gusto es la aficion á las modas porque los semblantes no varian con ellas y porque quedándose la cara siempre la misma, lo que le cae bien una vez le cae bien siempre.

Cuando viera yo á la niña pavonearse con su prendido, hiciera como que me daba en que pensar lo que presumiria de su figura disfrazada así; le dijera: todas esas galas la adornan en demasía, y es lástima; ¿crees tú que pudiera sobrellevar otros adornos mas sencillos? ¿es tan hermosa que le podamos quitar esto ó aquello? Acaso rogad entónces ella misma que le quiten aquel adorno, y que decidan: entónces es ocasion de alabarla, si hay razon para ello. Nunca la elogiara yo tanto como cuando estuviera vestida con mas sencillez. Cuando mire las galas como mero suplemento de las gracias personales y una confesion tácita de que necesita socorro para agradar, no estará ufana con su trage, sino muy humilde; y sí cuando yendo mas en-

galanada de lo que acostumbra, oye que le dicen: *¡qué hermosa está!* le saldrán de rabia los colores á la cara.

En cuanto á lo demas, si hay figuras que necesitan de adorno, ninguna hay que exija ricos atavíos. Las galas costosas son vanidad de la clase y no de la persona, y únicamente penden de la preocupacion. La manía de prendar á todos alguna vez se acicala, mas nunca es ostentoso; y con mas riqueza que Venus se engalanaba Juno, y no pudiendo hacerla hermosa, la haces rica, decía Apeles á un mal pintor que pintaba cargada de arreos á Helena. Tambien he reparado que las mas veces las mas pomposas alhajas llevaban mugeres feas: no es pasible darse vanidad con ménos mafia. Dad á una chica jóven que tenga gusto, y desprecie la moda, cintas, gasa, muselina y flores; y sin diamantes, sin dijes, y sin encajes ([115]), va á idear un trage que dé cien veces mas realce á su hermosura que todos los brillantes arambeles de la modista mas encopetada de la calle de la Montera.

Como lo que cae bien siempre cae bien y como siempre es necesario parecer lo mas bien que sea posible, las mugeres entienden de vestidos escogen los que les van bien, y los conservan; y como no mudan todos Los dias, se ocupan ménos en sus trages que las que no saben lo que han de llevar. El verdadero arte de ponerse bien requiere poco tocador. Las señoritas solteras rara vez; gastan tocados de aparato; la labor, las lecciones, les ocupan el dia: y no obstante generalmente están tan bien puestas como las señoras casadas, y muchas veces con mas gusto. El abuso del tocador no es lo que se piensa, que mas procede de aburrimiento que de vanidad, bien sabe una muger que gasta seis horas en su tocador, que no sale de él mas bien puesta que la que no está en el suyo arriba de media hora; pero es tiempo ganado de la inaguantable longitud del dia, y mas vale divertirse consigo que fastidiarse con todo. ¿Qué se habia de hacer con la vida, desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde, si no fuese por el tocador? Se reúnen otras mugeres en torno de ella, y se divierte una en impacientarlas, ya eso es algo; se evitan las conversaciones á solas con un marido que solo á esta hora se ve, y eso es mucho mas: y luego vienen las modistas, los zarracatines, los caballeratos, los autores flamantes, los versos, las coplas, los folletos nuevos sin el tocador nunca se pudiera reunir tanta cosa. El único beneficio real que de la cosa se saca, es el pretesto de lucirse algo mas cuando está una vestida; pero no es tanto este beneficio como se piensa, ni sacan de él tanto como se figuran las mugeres que tan prolijo tocador gastan. Dad

sin escrúpulo educacion de muger á las mugeres; haced que se aficionen á las tareas de su sexo, que sean modestas, que sepan cuidar y gobernar su casa; y se les olvidará muy breve el adorno esmerado de su persona, y no estarán por eso puestas con mas mal gusto.

Lo primero que observan las niñas á medida que van creciendo, es que todos estos adornos estrados no bastan para quien no los tiene en su propia persona, nadie se puede dar hermosura, ni se adquiere tan presto el arte de prendar á los hombres; pero ya es posible poner estudio en dar á los ademanes un giro agradable, á la voz un acento alhagueño, en presentarse con aire, en andar con garbo, en tomar posturas que tengan gracia, y en sacar de todo ventaja. La voz alcanza mas, toma consistencia y metal, se desenvuelven los brazos, se toma buena planta; y de cualquiera manera que vaya una vestida, conoce que hay un arte para hacer que la miren. Ya entónces no se trata solamente de aguja y de industria, se presentan nuevas habilidades, y se hace palpable su utilidad.

Bien sé que los institutores severos quieren que no enseñen á las niñas ni la música, ni el baile, ni ninguna de las artes agradables. Muy gracioso me parece eso: ¿pues á quién quieren que se las enseñen? ¿á los muchachos? ¿A quién toca mas bien poseer estas artes, á los hombres ó á las mugeres? á nadie, responderán las canciones profanas son pecados horrorosos; el baile una invencion del diablo; una niña no debe tener otro pasatiempo que su labor y su rezo. ¡Cierto que son estraños pasatiempos para una chica de diez años ¡Mucho me temo que todas esas santitas, forzadas á pasar su niñez encomendándose á Dios, pasen su mocedad en cosas muy agenas de eso, y se resarzan lo mejor que puedan, cuando estén casadas, del tiempo que piensen que han perdido siendo solteras. Creo que se ha de tener cuenta con lo que conviene á la edad no ménos que al sexo; que una muchacha no debe vivir como su abuela; que debe, ser viva, alegre, retozona, cantar, bailar todo cuanto se le antoje, y disfrutar todos los placeres inocentes propios de su edad: harto breve le vendrá tiempo de ser reposada y tomar un aire mas serio.

¿Pero es efectiva la necesidad de esta mudanza? ¿Es es acaso tambien fruto de nuestras preocupaciones? Con esclavizar á tristes obligaciones las mugeres honradas, han desterrado del matrimonio todo cuanto podia hacerle grato á los hombres. ¡Que estraño es que el silencio que ven que en su casa reina los eche de ella, ó que tan poca prisa se den para abrazar tan

desabrido estado? El cristianismo, á fuerza de exagerar todas las obligaciones, las hace impracticables y vanas; á fuerza de prohibir á las mugeres el canto, el baile, y todos los pasatiempos del mundo, las hace mazorrales, regañonas, inaguantables en sus casas. No hay religion en que esté sujeto el matrimonio á tan severas obligaciones, ni ninguna en que este vínculo tan sagrado sea tan despreciado. Tanto se han afanado en estorbar que fueran las mugeres amables, que han hecho *á* los maridos indiferentes. No debiera ser así; ya lo veo: pero digo yo que así debia ser, porque al cabo los cristianos son hombres. Yo por mí querria que una Inglesa moza cultivara con tanto esmero los talentos aménos para agradar al marido con quien se casara, como los cultiva una Albanesa jóven para el serrallo de Ispahan. Diránme que un marido no se cura mucho de todos esos talentos. Bien creo que así sea, cuando, en vez de emplearlos en su diversion, sirven de cebo para traer á su casa mozuelos descarados que se afrentan, ¿Mas os figuráis que no aumentaria la felicidad de la vida de su marido una casada cuerda y amable, adornada con estos talentos y que los consagraria á la diversion de este, y que no le estorbaria que, al salir de su gabinete con la cabeza causada, se fuese de casa en busca de recreo? ¿No ha visto alguno familias felices, de esta suerte reunidas, donde cada uno pone su parte en la diversion comun? Diga este si la confianza, y la familiaridad que con ella va unida, si la inocencia y la dulzura de los contentos que disfrutan, no recompensan con usura el mayor bullicio que las diversiones públicas ofrecen.

Hemos reducido mucho á arte las habilidades agradables; las hemos generalizado en demasía; todo lo hemos puesto en máximas y preceptos, y hemos convertido en fastidio para las muchachas lo que debiera ser para ellas mera diversion, juego y retozo. No imagino cosa mas risible que ver á un maestro viejo de música o de baile, que se acercaron ceñudo ademan á niñas que solo piensan en reirse, y para enseñarles su frívola ciencia toma tono mas pedante y mas magistral que si tratara de esplicarles la doctrina cristiana. ¿Es inseparable, por ejemplo, el arle de cantar de la música escrita? ¿no es posible hacer flexible la voz y ajustarla, aprender á cantar con gusto, y aun á acompañarse, sin conocer ni siquiera una nota? ¿Pega el mismo género de canto á todas las voces? ¿se adapta el mismo método á todas las inteligencias? jamás me harían creer que convengan las mismas posturas, los mismos pasos, los mismos movimientos, los mismos ademanes, los mismos bailes, á una morenita viva y salada; y á una hermosa rubia, alta, de ojos tiernos. Así cuando veo un maestro que á entrambas da exacta-

mente las mismas lecciones, digo: este hombre sigue su práctica, mas no entiende ni una palabra de su arte.

Preguntarán si deben darse á las niñas maestros ó maestras. No sé: bien querria yo que no se necesitasen unos ni otras, que aprendiesen á su libertad lo que tienen tanta inclinacion ¿aprender y que no viésemos vagabundear por nuestras ciudades tanto saltarin con calzones de seda No creeré sin dificultad que no sea el trato con semejantes gentes mas perjudicial para las niñas que útiles sus lecciones; y que su algarabía, su estilo, sus ademanes, no inspiren á sus discípulos la primera aficion á las fruslerías de tanta entidad para ellos, y de las que á ejemplo suyo harán ellas en breve su única ocupacion.

En las artes que no tienen otro objeto que el agrado, toda cosa pueda servir de maestro á las niñas: su padre, su madre, su hermano, su hermana, sus amigos, sus ayas, su espejo, y mas que todo su propio gusto. Nadie se debe brindar á darles leccion, es preciso que sean ellas las que la pidan: ni se les debe prescribir como tarea lo que es recompensa; y en esta especie de estudios con especialidad el mayor aprovechamiento pende de querer aventajarse en ellos. En cuanto á lo demas, si son absolutamente necesarias lecciones en forma, no seré yo quien decida fie que sexo han de ser los que deban darlas. No sé si es preciso que un maestro de baile agarra á una discípula moza de su blanca y delicada mano, le haga levantar le ropa, alzar los ojos, tender el brazo, sacar un pecho palpitante: lo que sí sé, es que por cuanto hay en este mundo no quisiera yo ser ese maestro.

Con la industria y los talentos se forma el gusto; con el gusto se introducen en nuestro entendimiento las ideas de la belleza de todos géneros, y finalmente las nociones morales que se refieren á ellas. Esta acaso es una de las razones por que se insinúa mas pronto en las niñas que en los muchachos el sentimiento de la decencia y la honestidad; porque, creer que les venga este sentimiento de lo que les dicen sus ayas, fuera no estar instruido ni en lo que son las lecciones de estas, ni en el natural progreso del espíritu humano. El arte de hablar ocupa el primer puesto en el arte de agradar; por él solo pueden añadirse embelesos nuevos á aquellos con que el hábito acostumbra á los sentidos. No solo vivifica el espíritu al cuerpo; sino que le renueva en algun modo; por la sucesion de Los sentimientos y las ideas anima y varia la fisonomía; y por los razonamientos que inspira, mantenida en vilo la atencion, sustenta mucho tiempo un interes igual en el mismo objeto.

Creo que por todas estas razones adquieren las muchachas tan presto un charlar grato, acentúan lo que dicen, aun ántes de sentirlo, y se divierten los hombres en escucharlas, aun ántes de que puedan ellas entenderlos; atisbando, por decirlo así, el instante del discernimiento de estas chicuelas; para saber cuando las podrán amar; porque, por mas que llagamos, queremos agradar á lo que nos agrada; y así que perdemos la esperanza de serle grato, no nos agrada mucho tiempo.

Tienen las mugeres flexible la lengua; hablan mas pronto, y con mas facilidad y agrado que los hombres. Tambien las acusan de que hablan mas; así debe ser, y yo convirtiera esta acusacion en elogio: en ellas la boca y los ojos tienen la misma actividad por la misma razon. El hombre dice lo que sabe, la muger dice lo que agrada; el uno para hablar necesita conocimiento, y el otro gusto; el principal objeto del uno deben ser las cosas útiles, el del otro las agradables. No debe haber en sus razonamientos otras formas comunes que las de la verdad.

No debe contenerse la charla de las niñas, como la de los muchachos, con esta dura pregunta: *¿para qué sirve eso?* sino con esta otra á que no se puede dar tampoco mas fácil respuesta *¿qué efecto hará eso?* En esta edad primera, en que todavia no pueden discernir lo bueno y lo malo, no son jueces de nadie, y se deben imponer la ley de no decir nunca cosa que no sea grata para aquellos con quienes hablan; y lo que hace mas dificultosa la practica de esta regla, es que siempre queda subordinada á la primera, que es no mentir nunca.

Otras muchas dificultades veo todavía, pero estas son precoces de edad mas adelantada. Por ahora bástales á las niñas para agradar el decir verdad sin rusticidad; y como esta les repugna, fácilmente les enseña la educacion á evitarla. Generalmente reparo, en el trato del mundo, que es mas oficiosa la cortesía de los hombres y mas alagüeña la de las mageres: y no es de institucion esta diferencia, que es natural. Parece que el hombre anhela mas á servir, y la muger trata mas de agradar. De aquí se sigue que, sea cual fuere el carácter de las mugeres, es ménos falsa su cortesía que la nuestra, no hace mas que explayar su primer instinto; pero cuando finge un hombre que prefiere mi interes al suyo propio, por mas que procure colorear esta mentira estoy certísimo de que lo es. Así á las mugeres les cuesta poco ser corteses, y poco por consiguiente á las niñas el aprender á serlo. Procede La primera leccion de la naturaleza, y no hace mas que seguirlo el arte, y deter-

minar en que estilos se ha de manifestar esta forma. En cuanto á su cortesía entre ellas, es cosa muy distinta; gastan un estilo tan violentado, y tan frias atenciones, que sujetándose recíprocamente no ponen mucho esmero en ocultar su sujecion, y parecen sinceras en su mentira;porque no se afanan por encubrirla. No obstante las doncellas mozas se dan algunas veces pruebas mas ingenuas de amistad. En su edad la alegría suple por la buena índole; y contentas consigo mismas, lo están con todo el mundo. Tambien es constante que se besan de mejor gana, y se acarician con mas gracia delante de los nombres, ufanas con acerar impunemente su apetito con la imagen de favores que les saben hacer que envidien.

Si no se deben permitir á los muchachos imprudentes cuestiones, con mucha mas razon se les deben prohibir á las niñas, cuya curiosidad ó satisfecha ó no bien eludida acarrea consecuencias mucho mas importantes, atendida su penetracion en adivinar los misterios que les esconden, y su maña para descubrirles. Pero sin consentirles preguntas, quisiera que se les hicieran muchas, que se cuidase de hacerlas conversar, y que las provocaran para ejercitarlas á que hablasen con facilidad para que supieran hallar réplicas prontas, y para soltarles la lengua y el entendimiento, cuando puede hacerse todavía sin riesgo. Alegres siempre estas conversaciones, pero preparadas con arte y bien dirigidas, fueran una diversion que embelesaria esta edad, y pudieran arraigar en los inocentes corazones de estas tiernas doncellas las primeras lecciones de moral, y acaso las mas provechosas que en su vida reciban, enseñándoles, con el cebo del deleite y la vanidad, cuales son las dotes que verdaderamente cautivan la estimacion de los hombres, y en que se cifran la gloria y la felicidad de una muger honrada.

Bien se echa de ver que si los niños varones son incapaces de formarse idea ninguna verdadera de religion, con mas razon esta idea esconde la capacidad de las niñas: y por eso mismo querria yo hablarles de ella mas temprano; porque si hubiéramos de esperar á que estuviesen en estado de ventilar metódicamente estas hondas cuestiones, correríamos peligro de no hablarles jamas de ellas. La razon de las mugeres es una razon práctica, que les hace que con mucha facilidad hallen modo de llegar á un fin conocido, pero que no les hace atinar con este fin. Admirable es la relacion social de los sexos: resulta de esta sociedad una persona moral, cuyos ojos son la muger, y cuyos brazos el hombre, pero con tal dependencia uno de otro, que la muger aprende del hombre lo que ha de ver, y el hombre de la muger lo

que ha de hacer. Si la muger pudiera al igual del hombre subir á los principios y si tuviera el hombre al igual de aquella el espíritu de las menudas circunstancias, siempre independientes uno de otro, vivirían en discordia eterna, y no podria su sociedad subsistir; mas, con la armonía que entre ellos reína; todo se encamina al fin comun; no sabemos cual pone mas de lo suyo; sigue cada uno el impulso del otro; obedece cada uno, y ambos son árbitros.

Por lo mismo que la conducta de la muger está sujeta á la opinion pública, su creencia está sujeta á la autoridad. Toda doncella debe ser de la religion de su madre, y toda casada de la de su marido. Aun cuando fuera falsa esta religion, la docilidad que sujeta la madre y la luna al órden de la naturaleza borra para con Dios el pecado del error. Fuera de estado de ser por sí mismas jueces, deben admitir la decision de sus padres y maridos como la de la iglesia.

No pudiendo sacar de su inteligencia la regla de su fe, no pueden las mugeres asignarle por limites los de la evidencia y la razon; pero dejándose llevar de mil impulsos estrados, se quedan siempre mas acá ó van mas allá de la verdad. Estremadas siempre, todas son ó libertinas ó devotas; no se ve ninguna que junte la discrecion con la piedad. No solo reside la fuente del mal en el carácter tambien en la mal regulada autoridad del nuestro: las costumbres licenciosas se la hacen despreciar, el terror del arrepentimiento la convierte en tiranía; y de ese modo siempre vamos muy adelante, ó nos quedamos muy atras.

Supuesto que debe la autoridad regular la religion de las mugeres, no tanto se trata de esplicarles las razones que hay para creer, como de presentarles con claridad lo que se cree: porque la fe que damos á ideas oscuras es el manantial primero del fanatismo, y la que se exige de cosas absurdas conduce á la incredulidad ó á la locura. No sé á que incitan mas nuestros catecismos, si á ser impío ó fanático; pero bien sé que producen necesariamente lo uno ó lo otro.

Lo primero, para ensenar la religion á las muchachas, no se la presenteis nunca como un objeto de sujecion y tristeza, nunca como obligacion ni tarea; por consiguiente no les hagais aprender nada de memoria que tenga conexion con ella, ni siquiera las preces. Contentaos con rezar todos los dias las vuestras en su presencia, pero sin forzarlas á que asistan á ellas.

Hacedlas cortas, segun la instruccion de Jesucristo; hacedlas con el recogimiento y el respeto que convienen; considerad que cuando pedimos atencion al Ser Supremo para que nos escuche, es justo que la pongamos nosotros en lo que le decimos.

Ménos importa que sepan tan temprano las niñas su religion, que el que la sepan bien, y especialmente que la amen. Cuando se la haceis gravosa, cuando les pedís á Dios siempre enojado contra ellas, cuando en su nombre les imponeis mil penosas obligaciones que nunca os ven desempeñar, ¿qué otra cosa han de pensar sino que saber la doctrina y encomendarse á Dios son obligaciones de chiquillas, ni que mas han de desear que ser grandes para eximirse como vos de toda esa sujecion? El ejemplo, el ejemplo; sin eso nunca se consigue nada con las criaturas.

Cuando les espliqueis artículos de fe, sea en forma de instruccion directa, no por preguntas y respuestas. Nunca deben ellas responder mas de lo que piensen, y no lo que les hayan dictado. Todas las respuestas del catecismo son contrarias al sentido comun, el discípulo es quien instruye al maestro; y tambien son mentiras en boca de los niños, porque estos explican lo que no entienden, y afirman lo que no son capaces de creer. Enséñenme entre los hombres mas inteligentes uno que, cuando diga su catecismo, no mienta.

Una de las preguntas que el catecismo hace es: *¿quién os crió y os echó al mundo? á* lo cual la chiquilla, que cree que fue su madre, no obstante dice sin titubear que Dios. Lo único que en esto ve, es que á una pregunta que entiende mal da una respuesta de la cual no entiende una palabra.

Quisiera que un hombre que conociese bien el progreso del espíritu dé los niños compusiese un catecismo para ellos. Acaso fuera el libro mas útil que se hubiese escrito, y en mi dictamen no seria el que ménos honra diese á su autor. Lo cierto es que, si fuese bueno este libro, muy poco se pareciera á los nuestros.

Semejante catecismo en tanto será bueno, en cuanto por solas las preguntas dé el niño por si propio las respuestas sin aprenderlas; bien entendido que algunas veces se hallará en caso de hacer él tambien sus preguntas. Para dar á entender lo que quiero decir, seria necesario presentar una especie de modelo, y bien conozco cuanto me falta para poder bosquejarle. Probaré á lo ménos á dar de él una ligera idea.

Imagínome pues que para llegar á la pregunta del catecismo que hemos mencionado arriba, fuera preciso que empezase este, con poca diferencia, en los términos siguientes.

LA MAESTRA.

¿Te acuerdas de cuando era niña tu madre?

LA NIÑA.

No, Señora.

LA MAESTRA.

¿Pues como no, teniendo tanta memoria?

LA NIÑA.

Porque no habia yo venido al mundo.

LA MAESTRA.

¿Con que tú no has vivido siempre?

LA NIÑA.

No.

LA MAESTRA.

¿Y vivirás siempre?

LA NIÑA.

Sí.

LA MAESTRA.

¿Eres muchacha ó vieja?

LA NIÑA.

Soy muchacha.

LA MAESTRA.

¿Y tu abuela es muchacha ó vieja?

LA NIÑA.

Vieja.

LA MAESTRA.

¿Ha sido muchacha?

LA NIÑA.

Sí.

LA MAESTRA.

¿Pues por qué no lo es ahora?

LA NIÑA.

Porque se ha envejecido.

LA MAESTRA.

¿Y envejecerás tú como ella?

LA NIÑA.

No sé ([116])

LA MAESTRA.

¿Donde están tus vestidos del año pasado?

LA NIÑA.

Los han desbaratado.

LA MAESTRA.

¿Y por qué los han desbaratado?

LA NIÑA.

Porque me estaban muy chicos.

LA MAESTRA.

¿Y por qué te estaban muy chicos?

LA NIÑA.

Porque he crecido.

LA MAESTRA.

¿Y crecerás todavía?

LA NIÑA.

¡Ha! sí.

LA MAESTRA.

¿Y qué se hacen las niñas grandes?

LA NIÑA.

Se casan.

LA MAESTRA.

¿Y las casadas, qué se hacen?

LA NIÑA.

Madres.

LA MAESTRA.

¿Y las madres, qué se hacen?

LA NIÑA.

Viejas.

LA MAESTRA.

¿Con que tú te harás vieja?

LA NIÑA.

Cuando sea madre.

LA MAESTRA.

¿Y qué se hacen las viejas?

LA NIÑA.

No sé.

LA MAESTRA.

¿Qué se ha hecho tu abuelo?

LA NIÑA.

Se ha muerto ([117])

LA MAESTRA.

¿Y por qué se ha muerto?

LA NIÑA.

Porque era viejo.

LA MAESTRA.

¿Pues qué se hace la gente vieja?

LA NIÑA.

Se muere.

LA MAESTRA.

¿Y tú, cuando seas vieja, cuando?....

LA NIÑA., *interrumpiéndola*

Ha, Señora! yo no me quiero morir.

LA MAESTRA.

Hija mia, nadie se quiere morir, y todo el mundo se muere.

LA NIÑA.

¡Como! ¿tambien se ha de morir mi mama? .

LA MAESTRA.

Como todo el mundo. Las mugeres se envejecen como los hombres, y la vejez lleva á la muerte.

LA NIÑA.

¿Qué se ha de hacer para envejecer muy tarde?

LA MAESTRA.

Vivir con cordura cuando somos mozos.

LA NIÑA.

Señora, yo seré siempre cuerda.

LA MAESTRA.

Mejor para tí. ¿Pero en fin crees que has de vivir siempre?

LA NIÑA.

Cuando sea muy vieja, muy vieja…

LA MAESTRA.

Adelante.

LA NIÑA.

Por fin, cuando una es tan vieja, dice usted que es preciso que se muera.

LA MAESTRA.

¿Con que te morirás al cabo?

LA NIÑA.

¡Ay! Sí.

LA MAESTRA.

¿Quién vivia ántes que tú?

LA NIÑA.

Mi padre y mi madre.

LA MAESTRA.

¿Quién vivia ántes que ellos?

LA NIÑA.

Su padre y su madre.

LA MAESTRA.

¿Quién vivirá despues de tí?

LA NIÑA.

Mis hijos.

LA MAESTRA.

¿Y quién vivirá despues de ellos?

LA NIÑA.

Sus hijos, etc.

Siguiendo esta senda, se halla por inducciones sensibles un principio y un fin al linage humano, como á todas las cosas, esto es, un padre y una madre que no tuvieron ni padre ni madre, y unos hijos que no tendrán hijos [118] Solo despues de una dilatada serie de preguntas análogas estará bastantemente preparada la del catecismo de que hemos hecho mencion. Pero desde aquí hasta la respuesta á la pregunta *¿quién es Dios?* que es, por decirlo así, la definicion de la divina esencia, ¡qué inmenso salto! ¿Cuando se llenará este intervalo? ¡Dios es un espíritu! ¿Y qué es el espíritu? ¿Iré á meter el de una criatura en esa oscura metafísica que con tanta dificultad penetran los hombres? No le toca á una niña el resolver estas cuestiones, cuando mas le tocaria el proponerlas. Entónces le respondiera con sencillez: Me preguntas ¿qué es Dios? no es fácil decírtelo: no podemos ni oirle, ni verle, ni tocarle; solo por sus obras le conocemos. Espera á que sepas lo que ha hecho, para juzgar de lo que es.

Si son igualmente ciertos todos nuestros dogmas, no por eso son igualmente importantes. Muy indiferente es para la gloria de Dios que nos sea conocida en todas cosas; pero á la sociedad humana y á cada uno de sus miembros importa que todo hombre conozca y desempeñe las obligaciones que la ley de Dios le impone para con su prójimo y consigo mismo. Esto es lo que sin cesar debemos enseñarnos unos á otros, y en esto sobretodo están obligados los padres y madres á instruir á sus hijos. Que sea una vírgen madre de su criador; que haya parido á Dios, ó meramente á un hombre con quien se unió Dios; que sea una misma la sustancia del padre y del hijo, ó que solo sea semejante; que proceda el espíritu de uno de los dos que son lo mismo, ó de ambos juntamente; no veo porque ha de importar mas al género humano la decision de estas cuestiones, en la apariencia importantes, que el saber que dia de la luna se ha ¿le celebrar la pascua, si se ha de rezar el rosario, ayunar, comer de pescado, hablar latin ó castellano en la iglesia, pintar imágenes en los cuadros y paredes, oir ó decir misa, y no tener muger propia. Piense cada uno acerca de todo esto como le parezca: no sé en que puede interesar á los demas; á mí para cosa ninguna me interesa. Pero lo que á mí y á todos mis semejantes nos importa, es que sepa cada uno que existe un árbitro de la suerte de los humanos, cuyos hijos somos todos, que á todos nos prescribe que seamos justos, que nos amemos unos á otros, que seamos benéficos y misericordiosos, que cumplamos nuestras

palabras con todo el mundo, aunque sea con nuestros enemigos y los suyos; que nada es la aparento felicidad de esta vida; que despues de esta hay otra, en la cual el Ser Supremo será remunerador de los buenos y juez de los malos. Estos y otros dogmas semejantes son los que importa ensenar á la juventud y persuadir á todos los ciudadanos: el que los impugna sin duda merece ser castigado, porque es perturbador del órden, y enemigo de la sociedad. El que va mas adelante, y pretende sujetarnos á sus opiniones particulares, llega al mismo paradero por camino opuesto: por establecer á su modo el órden, perturba la paz; con su temeraria soberbia, se constituye intérprete de la divinidad, exige en nombro suyo los homenajes y respetos humanos, se hace Dios, en su lugar, en cuanto le es dado; y debiera ser castigado como sacrílego, aun cuando no lo fuese como intolerante.

Abandonad por tanto todos esos misteriosos dogmas que para nosotros solo son palabras sin ideas, todas esas estrafalarias doctrinas, cuyo vano estudio suple por las virtudes en los que se entregan á ellas, y mas sirven para hacerlos locos que buenos. Mantened siempre á vuestros hijos en el estrecho círculo de los dogmas que están conexos con la moral; persuadidles que no hay para nosotros otra ciencia útil que la que nos enseña á olvidar bien. No hagais teólogas ni argumentadoras á vuestras hijas; enseñadles de las cosas del ciclo solamente aquello que sirve para la humana sabiduría; acostumbradlas á que se crean siempre ante los ojos de Dios, á que le tengan por testigo de sus acciones, de sus pensamientos, de su virtud, de sus placeres; á obrar bien sin ostentacion, porque Dios se complace en ello; á padecer el mal sin murmurar, porque se le da de resarcir; á ser finalmente todos los dias de su vida lo que quisieran haber sido cuando comparezcan en su presencia, Esta es la verdadera religion, esta la única que no sea capaz de abuso, de impiedad, ni de fanatismo. Prediquen cuanto quieran otras mas sublimes; yo por mí no conozco otra que esta.

En cuanto á lo demas, bueno es observar que basta La edad en que se ilustra la razon, y en que el sentimiento naciente hace hablar la conciencia, lo que es bueno ó malo para las niñas es aquello que deciden las personas con quienes tratan. Lo que les mandan es bueno, lo que les prohíben es malo, y no deben saber mas: de donde se colige cuanto mas importante es todavia para ellas que para los muchachos la buena eleccion de las personas que han de vivir en su compañia y tener en ellas alguna autoridad. Al fin

llega la época en que empiezan á juzgar de las cosas por sí propias; y entónces es tiempo de variar el plan de su educacion.

Acaso hasta aquí he dicho demasiado. ¿A qué reduciremos á Las mugeres, si no les dejamos otra ley que las preocupaciones públicas? No abatamos hasta este punto el sexo que nos gobierna, y que nos honra cuando no le hemos envilecido. Para toda La especie humana existe una regla anterior á la opinion; y á la inflexible direccion de esta regla se deben referir todas las demas; juzga á la misma preocupación: y solo en cuanto se aviene con ella la estimacion de los hombres, debe esta estimacion formar autoridad para nosotros.

Esta regla es el sentimiento interno. No repetiré aquí lo que he dicho ántes acerca de él: bastame con notar que si no contribuyen estas dos reglas á la educacion de las mugeres, siempre será esta defectuosa. Sin la opinion no les dará el sentimiento aquella delicadeza de alma que adorna las buenas costumbres con la honra del mundo; y sin el sentimiento la opinion no las hará otra cosa que falsas y deshonestas mugeres, que sustituyan la apariencia en lugar de la virtud.

Impórtales por tanto cultivar una facultad que sirva de árbitro entre ambas guias, que no deje que se estravíe la conciencia, y que rectifique los errores de la preocupacion. Esta facultad es la razon. Pero ¿cuantas cuestiones se suscitan al pronunciar esta voz? ¿Son capaces las mugeres de un discurso sólido? ¿Importa que le cultiven? ¿Le cultivaron con fruto? ¿Es útil esta cultura para Las funciones que se les imponen? ¿Es compatible con la sencillez que les conviene?

Los diversos modos de considerar y resolver estas cuestiones tienen que, dando en contrarios escesos, los unos ciñen á la muger á hilar y coser en su casa con sus criadas, reduciéndola así á ser la primera criada del amo: los otros, no contentos con afianzar sus derechos, tambien le hacen usurpar los nuestros; porque dejarla superior á nosotros en las dotes pechares de su sexo, y hacerla igual nuestra en todo lo demas, ¿que otra cosa es que trasladar á la muger la primacía que da al marido la naturaleza?

La razon que guia al hombre para que conozca sus obligaciones es poco complicada; la que guia á la muger para que conozca las suyas, es aun mas sencilla. La obediencia y fidelidad que debe á su marido, la ternura y las solicitudes que debe á sus hijos, son tan naturales y palpables consecuencias

de su condicion, que sin mala fe no puede negar su consentimiento al sentido interno que la guia, ni desconocer su obligacion en sus inclinaciones que todavia no están alteradas.

No vituperaria indistintamente que se ciñera una muger solo á las tareas de su sexo, y que la dejaran en una profunda ignorancia acerca de todo lo demas; pero para eso fueran necesarias costumbres públicas muy sencillas, muy sanas, ó mi método de vida muy retirado. En pueblos grandes y entre hombres estragados, seria esta muger muy fácil de seducir; muchas veces estribada su virtud en las ocasiones: en este siglo filosófico se necesita una á prueba; es preciso que sepa de antemano lo que no pueden decir, y lo que de ello debe pensar.

Sujeta por otra parte al juicio de los hombres, debe merecer su estimacion; especialmente debe alcanzar la de su esposo; no solo le debe hacer amar su persona, sino hacer que apruebe su conducta; debe justificar ante el público la eleccion de su marido, y honrarle con la honra que á ella le tributen. ¿Como ha de desempeñar pues todo esto, si ignora nuestros instituciones, si nada sabe de nuestros estilos y nuestro bien parecer, si ni conoce la fuente de los humanos juicios, ni las pasiones que los determinan? Supuesto que depende á la vez; de su propia conciencia y de las agenas opiniones, es menester que aprenda á comparar estas dos reglas, á conciliarlas, y á preferir la primera solamente cuando se encuentran en oposicion. Se hace juez de sus jueces, decido cuando se ha de someter á ellos,y cuando los ha de recusar. Antes de desechar ó admitir sus preocupaciones, las valúa; Aprende á subir á su fuente, á precaverlas; á tomárselas propicias; pone atencion en no merecer nunca el vituperio, cuando su obligacion le permite evitarle. Ademas de todo esto puede ejecutarlo bien sin cultivar su inteligencia y su razon.

Vuelvo siempre al principio, y me da la solucion de todas mis dificultades. Estudio lo que existe, averiguo la causa, y hallo al fin que cuando existe esta bien. Entro en una casa de buen trato, donde el marido y la muger se esmeran en obsequiar á las que los visitan. Ambos han tenido la misma educacion, ambos son igualmente corteses, ambos sugetos de talento y gusto, ambos animados del mismo deseo de agasajar á sus conocidos, y de que se vayan satisfechos con ellos, No omite el marido afan ninguno para atender á todo: va, viene, da vueltas, y se toma infinito trabajo; quisiera volverse todo atencion. La muger no sale de su sitio; un corto corrillo se reúne en

torno de ella, y le oculta al parecer lo demas de la concurrencia; no obstante nada sucede que no distinga, no sale nadie á quien no haya hablado; nada ha omitido de cuanto puede interesar á todo el inundo; nada ha dicho á ninguno que no le fuera agradable, y sin perturbar en nada el órden, no queda mas olvidado el postrero de la compañía que el primero. Ponen la sopa en la mesa, se sientan á ella: el hombre, instruido de las personas que mas se avienen, las colocará segun lo que sabe; la muger, sin saber nada, ya habrá leído en los ojos; en el ademan, todos cuantos se encuentran en harmonía, y se hallará cada uno colocado como quisiera estarlo. No digo que se olviden de nadie en el servido. Dando el amo de casa la vuelta, podrá no olvidarse de nadie; pero la muger adivina lo que cada uno mira con gusto; y se lo ofrece: cuando habla con el vecino; tiene La vista en el otro estreñía de la mesa; discierne el que no come porque no tiene gana, y el que no se atreve á servirse ó á pedir por poca maña ó mucha cortedad. Cuando se levantan de la mesa, cada uno presume que solo ha pensado en él; ninguno cree que haya tenido lugar para comer un bocado; pero la verdad es que ha comido mas que nadie.

Cuando se ha ido todo el mundo, hablan los dos de lo que ha sucedido. El hombre cuenta lo que le han dicho, lo que hicieron y dijeron aquellos con quienes habló. Si en esta parte no siempre es la mas puntual la muger, en cambio ha penetrado lo que se dijeron al oido al otro estremo de la mesa; sabe lo que pensó fulano, á que aludia tal dicho ó tal ademan; apénas se ha hecho un movimiento espresivo, que no le haya interpretado en su mente, y casi siempre sin desviarse de la verdad.

El mismo giro de ideas que hace que se aventaje una muger en el arte de obsequiar á los que van á su casa; hace que se aventaje una coqueta en el de embobar muchos cortejantes. Las tretas de la coqueteria requieren un discernimiento todavía mas sagaz que el de la cortesía: porque, con tal que una muger cortés lo sea con todo el mundo, tiene lo que le basta; pero la retrechera perderia en breve su imperio con esta uniformidad sin mafia: á fuerza de querer contentar á todos sus amantes, los desazonaria á todos. En la sociedad, el buen modo que se tiene con todos en general á todos agrada; con tal que á uno le traten bien, nadie se enoja por no ser el preferido; pero, en materia de amor; un favor que no es esclusivo es un agravio. Cien veces mas querria un hombre sensible ser maltratado él solo que alagado con todos los demas, y lo peor que le puede suceder, es que no le distingan. Por

tanto es preciso que una muger que quiere conservar á muchos amantes, les persuada á cada uno de ellos que él es preferido, y que se le persuada en presencia de todos los demas, á quienes les hace creer otro tanto en presencia de él.

¿Quereis ver un personage confuso? Colocad á unhombre entre dos mugeres, con cada una de las cuales tenga secretas conexiones, y contemplad luego que tonta figura hace. Colocad en el mismo caso á una muger entre dos hombres, y por cierto que no será mas raro el ejemplo, y os maravillaráa la maña con que alucinará á los dos, y hará que cada uno se ria del otro. Ora, si les manifestara esta muger la misma confianza, y usara con ellos igual familiaridad, ¿como se habian de engañar un instante? Si los tratara igualmente, ¿no hiciera ver que tenian en ella unos mismos derechos? ¡O! ¡que mas bien que eso lo hace! lejos de tratarlos del mismo modo, afecta portarse con ellos con mucha desigualdad y tan bien se compone, que el que haga cree que es por ternura, y el que maltrata cree que es por despecho. Contento así cada uno con su suerte, la ve ocupada siempre en él, miéntras que en la realidad solo se ocupa en sí propia.

En el general deseo de agradar, sugiere la coquetería medios semejantes: las manías no harian otra cosa que disgustar, si no las emplease con discrecion; dispensándolas con arte, las hace las mas fuertes cadenas.

Usa ogn'arte la donna, onde sia colto

Nella sua rete alcun novello amante;

No con tutti, ne sempre, un stesso volto

Serba; ma cangia tempo atto e sembiante.([119])

¿En qué consiste todo este arte, sino en sagaces y contínuas observaciones que á cada instante le ponen patente lo que sucede en el corazon de los hombres, y la preparan á que á cada secreto movimiento que distingue emplee la fuerza necesaria para suspenderle ó acelerarle? ¿Se aprende pues este arte? No; que nace con las mugeres, todas le poseen, y nunca los hombres le adquieren en el mismo grado. Este es uno de los caracteres distintivos del sexo. La presencia de espíritu, la penetracion, las sutiles observaciones, son la ciencia de las mugeres; y la habilidad para valerse de ellas, su talento.

Esto es lo que existe, y ya hemos visto porque debía ser así. Son falsas, nos dicen, las mugeres. Se hacen falsas. La dote peculiar de ellas es la maña y no la falsía: en las verdaderas inclinaciones de su sexo, aun cuando mienten no son falsas. ¿Por qué consultais su boca, cuando no es ella la que debe hablar? Consultad sus ojos, su color, su respiracion, su ademan medroso, su muelle resistencia: ese es el idioma que les ha dado la naturaleza para que os respondan. La boca siempre dice *no*, y lo debe decir; mas el acento que con el no junta no siempre es el mismo, y no sabe este acento mentir. ¿No tiene las mismas necesidades la muger que el hombre, sin tener el mismo derecho para manifestarlas? Muy cruel fuera su suerte, si, aun para sus legítimos deseos no tuviera un lenguage equivalente á aquel que no se atreve á hablar. ¿ha de hacerla desdichada su pudor? ¿No necesita un arte para comunicar sin descubrirlas, sus inclinaciones ¡Cuanta maña no es necesaria para forzar á que le roben lo que anhela por conceder! ¡Cuanto le importa aprender á agitar el corazon del hombre, sin que piense al parecer en él ¡Que hechiceras razones, la poma de Galatea, y su desmañada fuga! ¿Qué ha de añadir á eso? ¿Ha de ir á decir al pastor que la sigue entre los sauces, que solo huye con ánimo de atraerle á ellos? Mintiera, por decirlo así, porque entónces no le atrajera. Cuanto mas recatada es una muger, tanto mas arte debe usar, hasta con su marido. Sí, sostengo que estrechando dentro de sus límites la coquetería, se torna modesta y sincera, y forma una de las leyes de la honestidad.

La virtud es una, decía con razon uno de mis contrarios; no se puede descomponer para admitir una parte y desechar otra. Quien la ama, la ama en toda su integridad; cuando puede, cierra su corazon, y siempre cierra su baca á los afectos que no debe tener. No es la verdad moral lo que es, sino lo que es bueno; lo que es malo no debiera ser, y nunca se debe confesar, especialmente cuando le da esta confesion una eficacia que sin ella no hubiera tenido. Si tuviese yo tentacion de robar, y tentase á otro á que fuera mi cómplice diciéndoselo, ¿no fuera rendirme á la tentacion el decía dársela? ¿Por qué decis que el pudor hace falsas á las mugeres? ¿Son acaso mas ingenuas las que le han perdido, que las otras? Lejos de eso; son mil veces mas falsas. Ninguna llega á este cúmulo de depravacion, como no sea á fuerza de vicios, y todos los conserva, y estos solo reinan á la sombra de la intriga y la mentira ([120]). Por el contrario, las que aun no han perdido la vergüenza, las que no hacen gala de sus culpas, las que saben ocultar sus

deseos á aquellos mismos que se los inspiran, aquellas á quienes cuesta mas trabajo arrancarles su consentimiento, son las mas verídicas, las mas sinceras, las mas constantes en guardar sus promesas, y aquellas con cuya fe se puede generalmente contar.

No conozco mas que Ninon de Lenclos que hayan podido citar como notoria escepcion de estas reglas, por eso fue mirada como un portento. Despreciando las virtudes de su sexo, dicen que habia conservado las del nuestro: alaban su sinceridad, su rectitud, lo seguro de su trato, su fidelidad, en la amistad; finalmente, para completar la pintura de su gloria, dicen que se habia hecho hombre. En buen hora sea. Pero, con toda su alta reputacion, no hubiera yo querido á ese hombre ni para mi amigo, ni para mi dama.

No es esto tan fuera de oportunidad como parece. Veo adonde se encaminan las máximas de la moderna filosofía, que escarnecen; el pudor del sexo y su pretensa falsía; y veo que el mas infalible fruto de esta filosofía quitar á las mugeres de nuestro siglo la poca honra que les ha quedado.

Por estas consideraciones careo que puede determinarse en general la especie de culturo que conviene á la inteligencia de las mugeres, y ácia que objeto se deben dirigir sus reflexiones desde su primera juventud.

Ya lo he dicho, mas fáciles son de ver que de desempeñar las obligaciones de su sexo. La primera cosa que deben aprender, es amarlas contemplando las utilidades que traen consigo; que es el único medio de facilitárselas. Cada estado y cada edad tiene sus obligaciones; y en breve conoce cada uno las suyas, con tal que las ame. Honrad vuestro estado de muger, y, sea cual fuere la gerarquía en que os hubiere colocado el ciclo, siempre sereis una muger de bien. Lo esencial es ser lo que nos hizo la naturaleza, que siempre somos en demasía lo que quieren los hombres que seamos.

No es de la jurisdiccion de la muger es la investigacion de las verdades abstractas y especulativas, de los principios y axiomas en las ciencias; sus estudios se deben referir todos á la practica; á ellas toca hacer la aplicacion de los principios hallados por el hombre, y á ellas hacer las observaciones que conducen al hombre á asentar principios. Todas las reflexiones de las mugeres, en cuanto no tienen conexion inmediata con sus obligaciones, deben encaminarse al estudio de los hombres ó á Los conocimientos agradables cuyo objeto es el gusto; porque las obras de ingenio vasto esceden su capacidad; no tienen la atencion y el ajuste de razon suficientes para

aprovechar en las ciencias exactas; y en cuanto á los conocimientos físicos, toca al que es mas activo, al que mas anda, al que mas objetos ve, al que mas fuerza tiene, y la ejercita mas de los dos, el juzgar de las relaciones de los seres sensibles y las leyes de la naturaleza. La muger que es flaca, y no ve nada fuera, valúa y júzgalos móviles que puede poner en accion para suplir su flaqueza, y las pasiones del hombre son estos móviles. Mas fuerte es su medicina de ella que la nuestra, van todas sus palancas á remover el corazon humano. Preciso es que posea el arte de hacer que nosotros queramos todo cuanto es necesario ó agradable para su sexo, y no puede hacer por si propio; por tanto es preciso que estudie á fundo el espíritu del hombre, no espíritu del hombre en general y en abstracto, sino el de los hombres que tiene cerca, cicle aquellos á quienes está sujeta, ora sea por la ley, ora por la opinion; es preciso que por sus razones, por sus acciones, por sus miradas y por sus ademanes, aprenda á penetrar su sentir, y que por las razones, las acciones, las miradas y los ademanes de ella, sepa inspirarles el sentir que le acomode, sin que al parecer ponga atencion en ello. Mejor que ella filosofan acerca del corazon humano, pero mas bien leer ella en el corazon de los hombres á las mugeres compete hallar, por decirlo así, la moral esperimental, y á nosotros reducirla á sistema. Tiene la muger mas agudeza; y el hombre mas ingenio; observa la muger, y el hombre discurre: de este concierto resultan la mas clara luz y la ciencia mas completa que pueda adquirir el entendimiento humano en las cosas morales, el conocimiento mas seguro, en una palabra, de sí y de los demas, que pueda alcanzar nuestra especie. Y así puede trabajar sin cesar el arte en perfeccionar el instrumento que nos dió la naturaleza.

El mundo es el libro de las mugeres; cuando le leen mal, culpa es de ellas, ó las ciega alguna pasion. No obstante la verdadera madre de familias, lejos de ser muger de mundo, poco ménos reclusa está en su casa que en su clausura la religiosa. Por tanto seria preciso hacer con las doncellas que se querian casar, lo que hacen ó deben hacer con las que meten monjas; enseñarles las diversiones que dejan ántes que de ellas renuncien, no sea que la falaz imagen de estas diversiones que no conocen venga un dia á descarriar su corazon, y perturbar la felicidad de su retiro. En Francia, viven las muchachas en los conventos, y las casadas frecuentan el mundo; entre los antiguos sucedia todo lo contraido; las doncellas asistian, como ya he dicho, á muchos juegos y fiestas públicas, y las casadas vivian retiradas. Este estilo era mas racional, y conservaba mas bien las buenas costumbres á las don-

cellas, ántes de casarse, les es lícita una especie de coquetería, la diversion es su negocio principal. Las casadas tienen otras ocupaciones en sus casas, y ya no tienen marido que buscar; pero no les traeria cuenta esta reforma, y por desgracia son ellas las que mandan. Madres, sean vuestras hijas á lo ménos compañeras vuestras. Dadles una razon sana, y un alma honesta, y no les oculteis luego nada de cuanto pueden mirar los ojos castos, bailes, banquetes, juegos, basta el teatro, todo cuanto, cuando se ve mal, hechiza una juventud imprudente, se puede presentar sin riesgo á ojos sanos. Cuanto mas vean estos estrepitosos placeres, mas presto les cogerán repugnancia.

Ya oigo los clamores que contra mí se suscitan. ¿Qué doncella resiste á tan peligroso ejemplo? Apénas ven el mundo cuando pierden la cabeza todas, no hay una que le quiera dejar, puede ser; ¿pero, ántes de presentarles esta engañosa imagen; las habeis preparado bien á que sin emocion la contemplen? ¿Les habeis anunciado bien los objetos que representa? ¿Se los habeis pintado como ellos son? ¿Las habeis armado bien contra las ilusiones de la vanidad? ¿Habeis escitado en sus juveniles pechos la aficion á los verdaderos contentos que en esta barabúnda no se encuentran? ¿Qué precauciones, qué medidas habeis tomado para preservarlas del falso gusto que las extravia? Lejos de oponer en su ánimo algo contra el imperio de las públicas preocupaciones, las habeis mantenido en ellas; habeis hecho que de antemano se prendan de todos los pasatiempos frivolos que encuentran, y haceis que las cautiven cuando se entregan á ellos. Las doncellas mozas que se introducen en el mundo no tienen otra guia que su madre, mas loca muchas veces que ellas, y que no les puede enseñarlos objetos de otro modo que como los ve. Mas eficaz su ejemplo que la razon misma Las justifica á sus propios ojos, y es para la hija la autoridad de la madre una disculpa sin réplica. Cuando quiero que introduzca una madre á su hija en el mundo, hago la suposicion de que se le ha de ensenar como él es.

Mas ántes empieza todavía el mal. Los conventos son verdaderas escuelas de retrechería, no de la retrechería honesta de que he hablado, sino de la que produce todas las locuras de las mugeres, y forma las mas estravagantes petimetras. Cuando salen de ellos para entrar de repente en las estrepitosas sociedades, las casadas jóvenes se sienten inmediatamente en su lugar. Fueron educadas para vivir en ellas; ¿qué estrado es que se encuentren bien? No afirmaré lo que voy á decir sin rezado de dar por observacion una preocupacion, pero me parece que generalmente en los países protestantes

hay mas cariño en las familias, esposas mas dignas y madres mas tiernas que en los católicos, y si así fuere, no se puede dudar de que es debida en parte esta diferencia á la educacion de los conventos.

Para gustar de la vida pacífica y doméstica, es preciso conocerla, es preciso haber gustado sin dulzura desde la niñez.

Solo en la casa paterna se coge gusto á su propia casa; y toda muger que no ha sido educada por su madre no gustará de educar á sus hijos. Por desgracia ya no hay educacion privada en las ciudades populosas, La sociedad es en ellas tan general, y tan mezclada, que no queda asilo para el retiro, y que estan las gentes en público hasta en sus casas á puro vivir con todo el inundo, no tiene ya nadie familia, apénas se conocen los parientes: se ven como estrados, y se estingue la sencillez de las costumbres domésticas con la suave familiaridad que constituian su embeleso. Así se mama con derecho la aficion á los deleites del siglo, y á las maximas que en él reinan.

Imponen á las solteras una aparente sujecion para hallar tontos que se casen con ellas por su esterior; pero estudiad un instante éstas jóvenes; bajo un ademan afectado encubran mal la ansia que las devora, y ya en sus ojos se lee el ardiente deseo de imitar á sus madres. No ansían por un marido, sino por el desenfreno del matrimonio. ¿Qué necesidad tienen de marido con tantos medios para no hacer uso de él? Pero lo necesitan para tapadera de estos medios ([121]). En su semblante esta retratada la modestia, y la disolucion en lo interior de su corazon esta misma fingida modestia es señal ele aquella, que solo la afectan para zafarse cuanto ántes de sujecion. Mugeres de Madrid, Paris y Londres, ruegos que me perdoneis: ninguna mansion escluye milagros ¡pero yo por mí no sé de ninguno; y si una siquiera de vosotras tiene honesta el alma, no entiendo palabra de nuestras instituciones.

Todas estas educaciones inspiran por igual en las doncellas La aficion de los deleites del mundo, y de las pasiones que en breve nacen de esta aficion. En las ciudades populosas empieza la depravacion con la vida, y en las chicas con la razon. Las mugeres mozas de las provincias, instruidas á menospreciarla dichosa sencillez de sus costumbres, se dan priesa á venir á Madrid á participar de la corrupcion de las nuestras; ornados los vicios con el pomposo nombre de talentos, son el único objeto del viaje; y avergonzadas, cuando vienen de tan lejos, al verse tan distantes todavia del noble desenfreno de las mugeres del pais, no tardan en hacer méritos para ser

vecinas de la corte tambien ellas. ¿Me direis donde empieza el daño.; si donde le proyectan, *ó* donde la llevan al cabo?

No quiero que traiga una madre de juicio á su hija desde la provincia á Madrid para enseñarle estas imágenes tan perniciosas para otras; digo si, que cuando así lo hiciese, ó esta mal educada su hija, *ó* serán poco peligrosas para ella. Con sano gusto, tino, y aficion á las cosas honestas, no parecen tan atractivas como lo son para los que de ellas se dejan hechizar. En Madrid se notan personas jóvenes de familia cabeza, que vienen á tomar apriesa el estilo del pais, y á ser de moda por espacio de seis meses, para ser objeto de befa todo lo restante de su vida: ¿pero quién repara en tantas que, desatentadas con el estrépito de la corte, se vuelven á su provincia satisfechas con su suerte comparada con la que otras envidian? ¡Cuantas casadas mozas he visto yo traídas á la corte por maridos condescendientes, y con facultad para fijarse en ella, que se lo han disuadido ellas propias, y se han vuelto con mas anhelo que habían venido, diciendo enternecidas la víspera de la partida: ¡Ha! volvámonos á nuestra choza, que mas feliz vida se disfruta en ella que en los palacios de esta tierra! No sabemos cuantía gente honrada hay todavia que no ha doblado la rodilla ante el ídolo, y que desprecia su culto insensato. Solo las locas meten ruido: en las cuerdas nadie repara.

Y si no obstante la general corrupcion,no obstante las universales preocupaciones, no obstante la mala educacion de las niñas, conservan todavia muchas un juicio á prueba, ¿qué será cuando hayan fortalecido este juicio con adecuadas instrucciones, ó por mejor decir, cuando con instituciones viciosas no le hayan estragado? porque siempre se cifra todo en conservar ó restablecer los naturales afectos. Para esto no se trata de aburrir á las mozas solteras con vuestras políticas, ni de dictarles vuestras secas moralidades. En ambos sexos son las moralidades la muerte de toda buena educacion. Las lecciones tristes solo son de provecho para hacer coger aborrecimiento á los que las dan y á todo cuanto dicen. Cuando se habla con doncellas jóvenes, no se trata de ponerles miedo de sus obligaciones, ni de agravar el yugo que les ha impuesto la naturaleza. Esplicadles estas obligaciones con una fácil concision, no las induzcáis á que crean que sea penoso su cumplimiento, no gasteis ademan enojado ni ceñudo. Todo cuanto se dirige al corazon debe salir de él; tan claro y tan corto debe de ser su catecismo de moral corno el de religion, mas no ha de ser tan grave. En estas mismas

obligaciones mostradles el manantial de sus contentos y la basa de sus derechos. ¿Tan penosa cosa es amar para ser amada, hacerse amable para ser feliz, hacerse estimable para ser obedecida, honrarse para ser honrada? ¡Cuan hermosos, ¡cuan respetables son estos derechos! ¡cuan caros para el corazon del hombre, cuando sabe darles valor á la muger! No es necesario que aguarde los años ni á la vejez para gozar de ellos; con sus virtudes empieza su imperio; apénas se desenvuelven sus gracias, cuando ya reina por la dulzura de su carácter, y hace respetar su modestia. ¿Qué hombre insensible cuanto inhumano no suaviza su fiereza, y toma mas atentos modales cerca de una niña de diez y seis años, cuerda y amable, que habla poco, que oye, que tiene decente la traza, honestas las razones, á quien no hace su hermosura que se olvide de su sexo ni de su juventud, que por su misma cortedad sabe interesar, y granjearse el respeto que á todo el mundo ella tiene?

Estos testimonios, si bien esteriores, no son frivolos, ni se fundan en solo el atractivo de los sentidos, que nacen de la íntima conciencia que tenemos todos de que son las mugeres los jueces naturales del mérito de los hombres. ¿Quién quiere ser menospreciado de las mugeres? nadie de este mundo, ni aun el que va no quiere amarlas. ¿Y yo, que verdades tan duras les digo, Creeis que sean para mi indiferentes sus juicios? No; mas aprecio su voto que el vuestro, lectores, á veces mas mugeriles que ellas. Todavía despreciando sus costumbres quiero honrar su justicia: poco me importa que me aborrezcan, si las fuerzo á que me estimen.

¡Cuantas grandes cosas se harían con este muelle, si supieran ponerle en acción¡¡Desventurado el siglo en que pierden las mugeres su ascendiente, y en que nada valen para los hombres sus juicios! Ese es el último grado de La depravacion. Todos cuantos pueblos han tenida buenas costumbres han respetado á las mugeres: véase Esparta, véanse los Germanos, véase Roma, Roma el emporio de la gloria y la virtud, si alguna vez en la tierra le han tenido. Allí las mugeres honraban las proezas de los esforzados capitanes: allí públicamente lloraban á los padres de la patria; allí eran consagrados sus votos ó su luto como el juicio mas solemne de la república. Allí todas las revoluciones grandes procedieron de las mugeres; por una muger cobró forma la libertad; por una muger alcanzaron el consulado los plebeyos, por una muger dió fin la tiranía de los decemviros, por las mugeres fué libertada Roma de maños de un proscrito. Lindos del dia. ¿que hubierais dicho al ver pasar tan ridícula procesion ante vuestros mofadores ojos? la hubierais

acompañado con abucheos y silvos ¡Con cuan distintos ojos vemos los mismos objetos! acaso todos tenemos razon fórmese esa comitiva con lindas madrileñas, *y* no conozco cosa mas indecente; pero compongámosla de Romanas y tendremos todos los ojos de los *Volscos* y el pecho de Corolario.

Mas diré: sustento que no es ménos propicia la virtud al amor que á los ménos derechos de la naturaleza, y que no ménos grangea en ella la autoridad de las amadas que las de las esposas y las madres. No, hay verdadero amor sin entusiasmo, ni entusiasmo sin un objeto de perfeccion real ó fantástico, pero siempre existente en la imaginacion. ¿Con qué se han de inflamar los amantes para quienes no existe esta perfeccion, y que en lo que aman solo ven el objeto de los deleites sensuales? No; no se enciende así el alma, ni se entrega á aquellos sublimes raptos que son el delirio de los amantes y el hechizo de su pasion. Todo es mera ilusion en el amor, así lo confieso; pero lo que es real son los afectos de que nos anima por la verdadera hermosura que nos hace amar. No esta esta hermosura en el objeto amado, que es obra de nuestro error. ¿Y qué importa? ¿Dejamos por eso de sacrificar todos nuestros villanos sentimientos á este imaginario modelo y ¿Dejamos de embeber nuestro corazon en las virtudes que atribuimos á lo que queremos? ¿No nos desprendemos de la bajeza del yo human? ¿Cual es el verdadero amante que no está dispuesto á dar su vida por su dama? ¿y cual es la torpe y sensual pasion del hombre que quiere morir? Nos burlamos de los caballeros andantes, porque aquellos conocían el amor, nosotros solo conocemos el desenfreno. Cuando empezaron á ser escarnecidas estas máximas, no tanto fue esta mudanza parto de la razon cuanto aborto de las malas costumbres.

En cualquiera siglo que sea no varían las relaciones naturales; la conveniencia ó discrepancia que resulta de ellas permanece la misma, las preocupaciones con mentido nombre de razon solo cambian su apariencia. Siempre será bella y grande hazaña reinar en si propio, aunque sea para obedecer á fantásticas opiniones; y siempre resonarán los verdaderos motivos de honor en el corazon de toda muger de juicio que en su estado sepa buscar la felicidad real de su vida, la castidad debe ser especialmente una deliciosa virtud para la muger hermosa que tuviere alguna elevacion en el alma. Mientras que mira toda la tierra á sus plantas, de todo triunfa, y de sí misma: en su propio corazon se erige un trono á que todo tributa homenaje; los tiernos ó zelosos, pero siempre respetuosos, afectos de ambos sexos, la universal

estimacion y la suya propia, sin cesar le pagan un tributo de gloria por momentáneas lides. Efímeras son las privaciones, pero permanente la paga. ¡Que gozo para un ánimo noble, el poseer la altivez de la virtud con la beldad! Realizad una heroína de novela; mas esquisitos contentos gustará ella que las Lais y Las Cleopatras; cuando se eclipsare su beldad, vivirán su gloria y sus placeres, y sabrá sola disfrutar del tiempo pasado.

Si es agradable el camino que abro, eso mejor; que es mas seguro, está en el órden de la naturaleza, y nunca por otro llegareis al término.

Cuanto mas importantes y penosas son las obligaciones, tanto mas palpables y fuertes deben ser las razones en que se fundan. Cierto lenguage devoto hay con que martillan los oídos de las doncellas jóvenes en las materias mas graves, sin recavar de ellas la persuasion. De este lenguage tan desproporcionado con sus ideas, y del poco aprecio que hacen en secreto de él, nace la facilidad de ceder á sus propensiones, no bailando en la misma naturaleza de las cosas motivos de resistencia. Una doncella educada con piedad y discrecion está sin duda fuertemente armada contra las tentaciones; pero aquella cuyo corazon, ó mas bien cuyos oidos no han tenido otro parto que la algarabía de la devocion, infaliblemente será presa del primer seductor mañero que la acometa. Nunca una persona hermosa y moza despreciara su cuerpo, nunca se afligirá de veras de los enormes pecados que haga cometer su hermosura, nunca llorará con sinceridad ante Dios porque es objeto de deseos, nunca se podrá convencer de que sea invencion de Sabanas el afecto mas dulce del corazon. Dadle otras razones sacadas de la esencia de las cosas, y para ella propia, porque esas no la penetran. Peor será todavía si, como nunca fallan, le dictan ideas contradictorias; si despues de haberla humillado, envileciendo su cuerpo y sus gracias como torpeza del pecado, le dicen, luego que este mismo cuerpo, que como tan despreciable se le ha pintado, le ha de respetar como tenido de Jesucristo. Ideas tan sublimes y tan bajas son por igual insuficientes, y no se pueden asociar si son precisas razones que no escodan la capacidad de la edad y del sexo. No tiene mas fuerza la autoridad de la obligacion que los motivos que nos escita» á desempeñarla:

Quæ quia non liceat non facit, illa facit ([122])

¿Quién creyera que fuese Ovidio quien tan severo fallo pronunciase?

¿Quereis por tanto inspirar la aficion *á* las buenas costumbres á las jóvenes?sin decirles sin cesar, *sé recatada*, interesaria mucho en que lo sean; hacedles conocer todo el precio de recalo, y se le hareis amar. No basta con mostrarles desde lejos este interes para el tiempo venidero; mostráseles en el instante actual, en las relaciones de su edad, en el carácter de sus amantes. Pintadles el hombre de bien, el hombre de mérito; enseñadles á que le reconozcan, á que le amen, á que le amen por ellas mismas; probadles que amigas, esposas ó queridas, solo este puede hacerlas felices. Traedlas á la virtud por la razon ¡haced que conozcan que el imperio y las ventajas de su sexo no solo penden de sus buenas costumbres y conducta, mas tambien de las de los hombres; que tienen poco asidero las mugeres en ánimos viles y soeces, y que aquel sabe servir á su dama que sabe servir á la virtud. Estad cierta de que pintándoles entónces las modernas costumbres, les inspirareis á ellas una sincera repugnancia; con mostrarles las personas de moda, se las hareis despreciar; Les infundireis antipatía á sus máximas, aversion á sus sentimientos, desden á su vano galanteo; oscilareis en ellas mas ilustre ambicion,la de reinar en grandes y esforzados ánimos, la de las mugeres Espartanas, que era mandar á hombres. Una muger atrevida, descarada, embrollosa, que solo sabe atraer á sus amantes por la coquetería, y solo los conserva por sus favores, hace que la obedezcan como lacayos en cosas comunes y serviles: en las importantes y graves no tiene autoridad ninguna en ellos. Pero la muger á la vez honesta, amable y prudente, la que fuerza á los suyos á que la respeten la que tiene modestia y recato; en una palabra que sustenta el amor con la estimacion, con una seña los envia al cabo, del mundo, á la lid, á la gloria, á la muerte, adonde quiere [(123)] Hermoso es este imperio, y me parece que merece la pena el ser comprado.

Con este espíritu ha sido educada Sofía, con mas cuidados que afanes, y ántes siguiendo su gusto que violentándole. Digamos ahora una palabra de su persona, conforme al retrato que de ella tengo hecho á Emilio, y segun él mismo se ligara la esposa que puede hacerle feliz.

Nunca repetiré lo bastante que dejo aparte los portentos. Ni lo es Emilio, ni lo es tampoco Sofía; Emilio es hombre, y Sofía muger: en esto se cifra toda su gloria. En la confusion de sexos que reina entre nosotros, casi es un portento ser uno del suyo.

Sofía es de buena índole, tiene buen natural, y el corazon muy sensible: esta escesiva sensibilidad da á veces tanta actividad á su imaginacion, que

no, es fácil moderarla. Menos ajustada es su inteligencia que penetrante; fácil, aunque desigual, su condicion; regular, pero agradable, su cara; su fisonomía promete alma, y no miente; puede uno arrimarse á ella con indiferencia, mas no dejarla sin emocion. Otras tienen prendas que o ella le faltan: otras tienen mas cantidad de las mismas que á ella le han cabido; pero ninguna tiene calidades mas bien combinadas para formar un feliz carácter. Sabe sacar provecho de sus propios defectos, y petaria mucho ménos, si fuese mas perfecta.

No es hermosa Sofía; pero junto á ella se olvidan los hombres de las hermosas, y las hermosas están mal satisfechas consigo mismas á primera vista apénas parece linda; pero cuanto mas la ven mas hermosa parece, gana con lo que tantas pierden, y nunca pierde lo que una vez ha ganado. Posible es, tener ojos y boca mas hermosos, y cara que dé mas golpe, mas no talle mas bien hecho, color usas hermoso, mano mas blanca, pie mas delicado, mirar mas dulce, fisonomía mas tierna. Interesa sin deslumbrar; embelesa, y no es posible decir por qué.

Sofía tiene aficion á ataviarse, y es inteligente; no tiene su madre otra camarera que ella: tiene mucho gusto para que luzca su vestido, pero aborrece los trages ricos; en el suyo se vé siempre unida la sencillez con la elegancia; no es aficionada á lo que brilla, sino á lo que bien le sienta. No sabe cuales son los colores de moda, pero sabe perfectamente los que le caen bien. No hay jóven que parezco que con ménos estudio se pone, y no hay ninguna cuyo trago sea mas estudiado; ni una pieza del suyo está puesta por acaso, y no se echa de ver el arte en ninguna. Su adorno en la apariencia es muy modesto, y en la realidad muy provocativo; no descubre sus ocultas hermosuras, que las tapa; mas con taparlas, sabe hacer que se las imaginen. Cuando la ven dicen: esa chica tiene honestidad y modestia; pero miéntras está uno junto á ella, vagan los ojos y el corazon por toda su persona, sin poderlos apartar de ella un momento, y diria que todo este trago tan sencillo se ha puesto en su lugar con solo el fin de que se le quite pieza á pieza la imaginacion.

Sofía tiene habilidad natural, y no ha dejado de cultivarla; pero como no se ha encontrado en situacion de valerse mucho de Los auxilios del arte, se ha contentado con ejercitar su bonita voz en cantar con arreglo y gusto, sus delicados pies en andar con ligereza, facilidad y gracia, en hacer cortesías en todo género de situaciones sin sujecion ni desmaña. En cuanto á lo de-

mas, nunca tuvo otro maestro de cantar que su padre, ni otra maestra de baile que su madre; y un organista vecino le ha dado algunas lecciones de acompañamiento en el clave, que luego ha cultivado ella sola. Al principio solo pensaba en lucir su mano en las teclas negras; luego vió que el áspero, y seco sonido del clave hacia mas suave el de su voz poco á poco empezó á sentir la harmonía; por fin, cuando se ha hecho grande, ha comenzado á sentir el embeleso de la espresion, y á gustar de la música en sí. Pero hasta aquí mas es aficion que talento, y no sabe descifrar un aria notada en solfa. Lo que mas bien sabe Sofía, y lo que con mas esmero le han hecho que aprenda, son las tareas de su sexo, aun aquellas que son poco usadas, como cortar y coser sus vestidos. No hay una obra de aguja que no sepa hacer, y que no haga con gusto; pero la que prefiere á todas las demas es el punto de encaje, porque no hay ninguna que ofrezca mas agradable postura, y en que se ejerciten los dedos con mas gracia y ligereza. Tambien se ha aplicado todas las menudencias caseras: entiende de cocina y de repostería, sabe el valar de los comestibles, conoce la calidad de ellos, sabe llevar las cuentas, y sirve de mayordomo á su madre. Destinada á ser ella un dia madre de familias, gobernando, á casa de sus padres aprende á gobernar la suya propia; puede suplir las funciones de los criados, y siempre las suple con gusto. Nunca sabe mandar bien el que por si mismo no sabe ejecutar: esta es la razon que tiene su madre para ocuparla de este modo. Sofía no va tan allá: su obligacion primera es la de hija, y la única que por ahora piensa en desempeñar; ni tiene otra idea que servir á su madre, y aliviarla en parte de sus quehaceres, puesto que es la verdad que no los desempeña todos con igual gusto. Por ejemplo, aunque es golosa, no le agrada la cocina; sus ocupaciones liciten un no sé qué que le repugna, y nunca la encuentra muy limpia. En esta parte es de una delicadeza estremada, delicadeza que hecha escesiva es uno de sus defectos: ántes dejaria que se quemara toda la comida, que manchar una manga de su vestido. Nunca ha querido cuidar del jardin por la misma causa: la tierra le parece muy puerca; y así que ve estiércol piensa que siente su mal olor.

Este defecto se le debe á las lecciones de su madre, segun esta, una de las primeras obligaciones de la muger es la limpieza; obligacion especial, indispensable, impuesta por la naturaleza. No hay en el mundo objeto mas repugnante que una muger sucia, y el marido que le coge antipatía tiene sobrada razon. Tanto ha inculcado á su hija esta obligacion desde su niñez; tanta limpieza ha exigido de ella en su persona: tanta en su ropa, en su

aposento, en su labor, en su tocador, que convertida esta solicitud en costumbre le ocupa mucha parte del tiempo, y preside en la restante; de suerte que hacer bien lo que hace, para ella es la segunda solicitud: la primera siempre es hacerlo con limpieza.

No obstante no ha degenerado todo esto en vana afectacion ni en molicie, ni tiene parte en ello un lujo acendrado. Nunca hubo en su cuarto mas que agua limpia; no conoce otro aroma que el de las flores, ni nunca su marido á respirar mas suave que el de su aliento. Finalmente el esmero que en lo estertor pone no es causa de que se olvide de que debe su vida y su tiempo á mas nobles tareas: ó ignora ó desdeña aquella escesiva limpieza de cuerpo que amancilla el alma. Sofía es mas que limpia, es pura.

He dicho que era Sofía golosa. Naturalmente lo era, pero la costumbre la á hecho sobria, y ahora lo es por virtud. No son lo mismo las niñas que los muchachos, los cuales basta cierto punto se pueden gobernar por la gula: esta inclinacion puede acarrear funestas consecuencias al sexo, y no se le debe permitir. La chicuela Sofía, cuando niña, sí entraba sola en el gabinete de su madre, no siempre sana con las faltriqueras vacías, ni su fidelidad estaba á prueba en cuanto á los anises y confites. Su madre la cogió, la reprendió, la castigó, y la obligó á ayunar. Al cabo consiguió persuadirle que los confites echaban á perder la dentadura, y que cuando comían las niñas en demasía, se les ponía mas abultado el talle. De este modo se enmendó Sofía: cuando ha crecido, ha tomado otras aficiones que le han hecho olvidar esta soez sensualidad. Así que se anima el corazon tanto en los hombres como en las mugeres, cesa de ser vicio dominante la guio. Sofía ha conservado las aficiones precoces de su sexo; gusta de dulces y lacticinios, de pastelería y yerbas cocidas, pero muy poco de carne; nunca ha probado el vino ni los licores fuertes; en cuanto á la demas, de todo come con mucha moderación: ménos laborioso su sexo que el nuestro, necesita ménos reparacion. En tedas cosas!e gusta lo bueno y sabe paladearlo, tambien sabe acomodarse con lo que no lo es, sin que le esta privacion.

Tiene Sofía agradable el entendimiento sin que sea brillante, y sólido sin que sea profundo; un entendimiento que nadie cita, porque nunca le encuentra mas *ó* ménos que el suyo el que habla con ella. Siempre tiene el que peta á las gentes con quienes razona, aunque no muy ornado, conforme á la idea que tenemos de la cultura del entendimiento de las mugeres; porque no se ha formado el suyo con la lectura, sino con solo las conversaciones de su

padre y su madre, con sus propias reflexiones, y con las observaciones que ha hecho en el poco mundo que ha visto. Naturalmente es Sofía alegre, era retozona cuando niña; poco á poco ha cuidado su madre de ir refrenando sus visos de atronamiento, no fuese que en breve una repentina mudanza la instruyese del instante que la habia hecho necesaria. Así se ha hecho modesta y recatada ántes que fuese tiempo de serlo; y ahora que ha llegado este tiempo, mas fácil se le hace conservar el estilo que ha tomado, que le fuera tomarle sin indicar el motivo de esta mudanza. Es cosa graciosa ver como por reliquias de su antigua costumbre se abandona de cuando en cuando á vivezas de la niñez, luego vuelve en sí de repente, se calla, baja los ojos, y se pone colorada: es preciso que el término intermedio entre las dos edades participe algo de entrambas.

Sofía es en estremo sensible para que pueda conservar una perfecta igualdad de carácter, pero tiene demasiada dulzura para que importune con su sensibilidad á los demas; á ella sola es á quien hace mal. Dígase una sola palabra que la incomode, no pone mala cara, pero se le aprieta el corazon y procura escaparse para ir á llorar. Si en medio de su llanto la llama su padre ó su madre y dice una palabra, viene corriendo á jugar y á reír, enjugándose con maña los ojos, y procurando abogar sus sollozos.

Tampoco está enteramente exenta de manías. Su enfado, cuando le irritan algo, degenera en cólera, y entónces es propensa á excederse. Pero dejadle tiempo para que vuelva en sí, y su modo de reparar su culpa casi la convertirá en mérito. Si la castigan, es dócil y sumisa, y se echa de ver que su vergüenza no tanto proviene del castigo como de su yerro. Si no le dicen nada, nunca dejan de enmendarle por si propia, y con tan buena voluntad, que no es posible guardarle rencor. Besara el suelo delante del postrer criado, sin que le costara el menor trabajo esta humillacion; y al punto que la han perdonado, sus alhagos y su alegría manifiestan de que peso han aliviado su corazon. En una palabra lleva con paciencia las sinrazones de los demas, y repara con gusto las suyas. Esta es la amable índole de su sexo ántes que nosotros la hayamos estragado. La muger fue destinada á ceder al hombre, y aun á aguantar su injusticia nunca reducireis á los muchachos al mismo punto: se exalta en ellos el sentido interno y repugna á la injusticia, que no los formó la naturaleza para tolerarla.

Pelidæ stomachum cedere nescii. ()[124]

Sofía tiene religion, pero uno religion racional y sencilla, con pocos dogmas y ménos prácticas de devocion; ó mas ántes, no conociendo otra practica esencial que la moral, su vida entera la sacrifica á servir á Dios obrando bien. En todas las instrucciones que acerca de esta materia le han dado sus padres, la han acostumbrado á una respetuosa sumision, diciéndole siempre: Hija mia, estos conocimientos no son para tu edad: tu marido te instruir en ellos cuando fuere tiempo. En lo demas, en vez de largos razonamientos de piedad, se ciñen á predicársela con su ejemplo, y este ejemplo está grabado en su corazon.

Sofía ama la virtud, y este amor se ha hecho su pasion dominante. La ama porque no hay cosa tan hermosa como la virtud; la ama porque la virtud constituye la gloria de una muger, y porque una muger virtuosa le parece casi igual á los ángeles; la ama como la única senda de la verdadera felicidad, y porque en la vida de una muger deshonesta solo contempla miseria, abandono, desdicha, ignominia y oprobio; finalmente la ama como preciosa para su respetable padre, para su tierna y digna madre, que no contentos con su propia virtud, tambien quieren estarlo con la de ella, y la primera felicidad de ella es la esperanza de hacer á sus padres felices. Inspirate todos estos sentimientos un entusiasmo que ensalza su alma, y tiene esclavizadas todas sus mezquinas inclinaciones á tan noble pasion. Casta y honesta será Sofía hasta su postrer aliento; lo ha jurado en lo interior de su alma, y lo ha jurado en un tiempo en que ya conocía cuanto cuesto cumplir con semejante juramento; lo ha jurado cuando hubiera debido revocar esta promesa si fuesen capaces sus sentidos de reinar en ella.

No tiene Sofía la dicha de ser una amable petimetre, fria por temperamento, y coqueta por vanidad, mas quiere lucir que agradar, y busca la diversion y no el deleite. La necesidad de amar es la única que la devora, que viene á distraerla y á perturbar su corazon en medio de los saraos: ha perdido su alegría antigua; los retozones juegos ya la fastidian; lejos de temer el tedio de La soledad, la busca; en ella, piensa en aquel que debe amenizársela; importúnala todos los indiferentes; no necesita de cortejantes, sino de un amante; mas quiere agradar á un solo hombre de bien, y agradable siempre, que ver alzarse en su favor el grito de la moda, que dura un dia, y el siguiente se ha convertido en escarnio.

El juicio de las mugeres se forma mas temprano que el de los hombres; estando sobre la defensiva casi desde su niñez, y encargadas de un depósito

de difícil guarda, necesariamente conocen primero lo bueno y lo malo. Precoz en todo Sofía, porque la incita su temperamento á que lo sea, tambien tiene formado el juicio mas ántes que otras jóvenes de su edad. Esto nada tiene de extraordinario; que no en todas es la misma la madurez al mismo tiempo.

Sofía está instruida en las obligaciones y en los derechos de su, sexo y el nuestro: conoce los defectos de los hombres y los vicios de las mugeres; tambien conoce las prendas y virtudes contrarias, y todas las lleva estampadas en lo interior de su corazon. No es posible tener mas alta idea de la muger honrada que la que ella se ha formado, y no la asusta esta idea pero con mas complacencia todavía piensa en el hombre de bien; en el hombre de mérito; reconoce que para este hombre está ella destinada, que es digna de él, que le puede restituir la felicidad que de el reciba; reconoce que bien sabrá pagársela; solo se trata de encontrarle.

Son las mugeres jueces naturales del mérito de los hombres, así como lo son estos del mérito de las mugeres: este es un derecho recíproco que ni unos ni otros ignoran. Sofía conoce este derecho y usa de él, pero con la modestia que conviene á su juventud, á su inesperiencia, y á su estado; solo juzga de las cosas que están á su alcance, y solo juzga cuando esto sirve para desenvolver alguna máxima útil. No habla de las ausentes sin, la mayor circunspeccion, con especialidad si son mugeres. Piensa ella que lo que las hace murmuradoras y satíricas, es el hablar de su sexo: en tanto que se ciñen á hablar del nuestro solamente son justicieras. Por tanto Sofía se ciñe á ello. De las mugeres nunca habla sino para decir de ellas lo bueno que sabe: esta es una honra que cree que debe á su sexo; de aquellas que ningun bien tiene que decir se calla, y se entiende su silencio.

Sofía tiene poco uso de este mundo, pero es obsequiosa, atenta, y tiene mucha gracia; todo cuanto hace, mas bien la sirve una índole feliz que mucho arte. Tiene cierta cortesía que le es privativa que no consiste en formulario, que no está sujeta á la moda, que nada hace porque es estilo, pero que procede del deseo de agradar, y agrada. No sabe los cumplimientos triviales, ni los inventa mas estudiados; no dice que está muy agradecida, dice la honran mucho, que no se tomen el trabajo, etc.: mucho ménos se cura de limar frases á una atencion, á una cortesanía de estilo, corresponde con una reverencia, ó con un mero *muchas gracias;* pero esta espresion en su boca vale mas que cualquiera en la de otra á mi servicio verdadero deja que balde

su corazon, y no son cumplimientos los que este encuentra. Nunca ha permitido que la sujetara el estilo al yugo de monerías, como apoyar la mano, cuando pasa de un cuarto á otro, en un brazo sexagenario, que le dan impulsos de sustentar ella. Cuando un petimetre perfumado le ofrece este importuno servicio, deja el oficioso brazo en la escalera, y en dos brincos se planta en el cuarto, diciendo que no lo necesita.

No solo observa silencio y respeto con las mugeres de mas tiempo, sino tambien con los hombres casados ó ancianos; nunca aceptará un puesto superior á ellos, como no fuere por obediencia, y se volverá al suyo mas inferior así que pueda; porque sabe que ántes que los derechos del sexo son los de la edad, que tienen en su favor la presuncion de la sabiduría, la cual debe ser acatada sobre todas las cosas.

Con los mozos de su edad es diferente; necesita de distinto tono para ponerles respeto, y salió usarle sin dejar el modesto ademan que le conviene. Si son tambien modestos y recatados, conservar de buena voluntad con ellos la amable familiaridad de la juventud; sus inocentes conversaciones serán chistosas, pero con decencia: si se tornan serias, querrá que sean reales; si degeneran en requiebros, luego las interrumpirá, porque desprecia altamente la mezquina algarabía del galanteo, como cosa que ofende mucho á su sexo. Bien sabe que no gasta esa algarabía el hombre que ella busca, y no sufre con gusto en otro lo que no conviene á aquel cuyo caracter lleva estampado en lo interior de su corazon. La alta opinion que tiene de los derechos de su sexo, la altivez de ánimo que debe á la pureza de sus sentimientos, aquella energía de la virtud que siente en si propia, y que la hace respetable á sus propios ojos, son causa de que escuche con indignacion las cumplimenteras lisonjas con que pretenden divertirla. No las oye con aparente enojo, sino con un irónico aplauso que deja parado á cualquiera, ó con un semblante frió que no se esperaba. Si un lindo Don Diego le ensarta sus donaires, sí exalta con agudeza la suya, su hermosura, sus gracias, el valor de la dicha de agradarle, es la chica capaz de interrumpirle diciéndole cortésmente al Caballero, me temo que sé yo ó mas bien todas esas cosas que Vm.; así si no tenemos otra cosa que decir, creo que podemos dar punto á nuestra conversacion.

Acompañar con una profunda reverencia estas palabras, y encontrarse á veinte pasos, es negocio para ella de un momento. Preguntad á vuestros

pisaverdes si es fácil, junto á una cabeza tan al revés de las tiernas, lucir mucho tiempo su charla.

No quiere esto decir que no guste mucho de que la alaben, con tal que sea de veras, y pueda ella creer que efectivamente piensan el bien que de ella dicen. Para que le parezca uno sensible á su mérito, es preciso que primero dé él pruebas de que le tiene. Un homenage fundado en la estimacion puede apreciarle su altivo corazon; pero toda rechifla de galanteo le repugna que no está destinada Sofía ejercitar el talento de un danzarín.

Con tanta madurez de juicio, y formada bajo todos aspectos como una muchacha de veinte años, Sofía los quince no será tratada como una niña por sus padres. Apénas distingan en ella la primera inquietud de la juventud, cuando se darán priesa á tomar sus medidas ántes de que haga progresos, y le dieron razones tiernas y juiciosas: las razones juiciosas y tiernas son acomodadas á su edad y á su carácter. Si este es como yo me le imagino. ¿por qué no le ha de hablar su padre con poca diferencia en les términos siguientes?

Ya eres grande, Sofía, y no has crecido para quedarte en este estado siempre. Queremos que seas feliz, y lo queremos así porque pende de tu felicidad la nuestra. La felicidad de una doncella honrada consiste en hacer la de un hombre de bien; por tanto es preciso que pienses en casarte, y es preciso que pienses en ello cuanto ántes, si porque como la suerte de la vida pende del matrimonio, nunca hay tiempo de sobra para pensarlo bien.

No hay cosa mas dificultosa que la eleccion de un buen marido, como no sea acaso la de una buena muger. Tú, Sofía, serás esta muger rara, serás la gloria de nuestra vida, y la felicidad de nuestros ancianos dias; pero, por mucho que sea tu mérito, no faltan hombres en la tierra, que tienen todo daria mas que tú. Ninguno hay que no se deja honrar con alcanzarte, y sí hay muchos que te honraron mas á tí. Trátase de encontrar entre estos uno que te convenga, de conocerle, y darte á conocer de él.

De tantas cosas armónicas pende la perfecta felicidad del matrimonio, que fuera locura querer reunirlas todas. Primero es preciso asegurarse de las que mas importan; cuando se encuentran las demas, se toman; cuando faltan, no se echan ménos. No hay felicidad perfecta en la tierra; pero la mayor de las desdichas, la que siempre podemos evitar, es la de ser desdichados por culpa nuestra.

Hay conveniencias naturales, otras de institucion, y otras que penden de sí la opinion sola. De las dos últimas clases son jueces los padres; Los hijos solos lo son de la primera. En los matrimonios que se hacen por la autoridad de los padres, se arreglan únicamente por las conveniencias de institucion y opinion; no son las personas las que se casan, son las condiciones y los bienes; pero todo esto puede mudar: solo las personas se quedan siempre, van siempre consigo propias; y á despecho de la fortuna, solo por las relaciones personales puede ser un matrimonio feliz ó infeliz.

Tu madre era noble, yo rico, estas fueron las consideraciones únicas que decidieron á nuestros parientes en nuestro matrimonio. Yo he perdido mis riquezas, ella su nombre; olvidada de su familia, ¿de que le sirve hoy haber nacido de hidalga cuna? En nuestros desastres, la union de nuestros corazones nos ha consolado de todo; la conformidad de nuestros gustos nos ha hecho elegir esta soledad; aquí vivimos pobres y felices, siéndonos todo uno para otro. Sofía es nuestro comun tesoro; bendecimos al cielo porque nos ha dado este y nos ha quitado todos los demas. Mira, hija mia, adonde nos ha traído la Providencia: las conveniencias que determinaron nuestra union se han desvanecido, y somos felices por aquellas que en nada fueron reputadas.

A los esposos toca escogerse. Su primer vínculo debe ser su recíproco cariño: sus primeros guías los ojos, los corazones; porque como su primera obligacion, cuando están unidos, es amarse, y el amor ó desamor no pende de nosotros mismos, es la obligacion que vuelve necesariamente otra, que es la de amarse ántes de unirse. Este es el á derecho de la naturaleza, que ninguna cosa puede abrogar: los que la han apremiado con tantas leyes civiles, han tenido mas miramiento al órden aparente que á la dicha del matrimonio y á la moralidad de los ciudadanos. Ya ves, Sofía, que no te predicamos una moral muy dificultosa: solo tiene por objeto el hacerte señora de tí propia, y descansar nosotros sobre tí para la eleccion de tu esposo.

Despues de haberte dicho nuestras razones para dejarle entera libertad, es justo hablarte tambien de las que tienes tú para usar de ella con cordura. Hija mía, tú eres buena y discreta, tienes rectitud y piedad, posees los talentos que convienen á las mugeres de bien, y no te falta hermosura, pero eres pobre; posees los bienes mas estimables, y te faltan los que mas se estiman. No aspires por tanto mas que á lo que puedes alcanzar, y arregla tu ambi-

cion no por tus juicios ni por los nuestros, sino por la opinion de los hombres. Si solo se tratara de igualdad de mérito, no sé donde pondríamos mis esperanzas; pero no las encumbres tú mas altas que tu caudal, ni te olvides de que este se halla en la clase mas baja. Aunque un hombre digno de tí no repute á obstáculo esta desigualdad, lo que él no haga tú debes entónces hacerlo: Sofía debe imitar á su madre, y á no entrar en una familia que no se honre con ella. No has visto nuestra opulencia, has nacido durante nuestra pobreza; nos la haces suave, y la participas sin sentimiento. Créeme, Sofía, no busques bienes de que bendecimos nosotros al cielo que nos haya librado; no hemos gozado la felicidad hasta despues de haber perdido la riqueza.

Eres muy amable para dejar de agradar á alguno, y no es tanta tu pobreza que á un hombre de bien lo puedas ser gravosa. Te pretenderán, y te podrán pretender hombres que no valgan tanto como tú. Sí se mostraran á tí como ellos son, los apreciadas en solo lo que valen, y no te engañaria mucho tiempo todo su boato; pero aunque tengas sano el juicio, y se te entienda de mérito, te falta experiencia, y no sabes hasta donde se pueden contrahacer los hombres. Un pícaro astuto puedo estudiar tus gustos para seducirte, y fingir contigo virtudes que no tenga. Te perderia, Sofía, ántes que lo conocieses, y solo conocieras tu yerro para llorarle. El lazo mas peligroso de todos es el de los sentidos, el único que no puede evitar la razon; solo verás fantásticas ilusiones, se fascinarán tus ojos, se enturbiar tu juicio, se estragará tu voluntad, hasta tu propio error; y aun cuando fueras capaz de conocerle, no querrías salir de él, si tienes la desdicha de caer en las redes. Hija mia, á la razon de Sofía te entrego, no á la propension de su corazon. Mientras que estés serena, sé tu propio juez; pero al punto que estés enamorada, restituye á tu madre la vigilancia en tí.

Te propongo un convenio que te prueba nuestra estimacion, y que el órden natural restablece entre nosotros. Los padres eligen esposo á su hija, y solo por mera formalidad la consultan: este es el estilo. Entre nosotros haremos todo lo contrario; escogerás tú, y seremos nosotros consultados. Usa, Sofía, de tu derecho; úsale con libertad y discrecion. El esposo que te convenga le debes elegir tú, y no nosotros; pero á nosotros toco juzgar si le engañas acerca de las conveniencias, y si haces, sin saberlo otra cosa di lo que quieres. En nuestras razones no tendrán parte ni el nacimiento, ni los bienes, ni la gerarquia, ni la opinion. Escoge un hombre de bien cuya persona te guste, y cuyo carácter te convenga; en cuanto á lo demas, sea cual fuere, la

aceptamos por nuestro yerno. Siempre tendrá el raudal suficiente, si tiene brazos, buenas costumbres, y ama su familia; y siempre ilustracion bastante; si le ennoblece la virtud. ¿qué importa que nos lo vitupere el mundo entero? No anhelamos por la aprobacion pública; con tu felicidad tenemos lo sobrado.

No sé, lectores, qué efecto haria este razonamiento en las muchachas educadas á vuestro modo; mas por lo que toca á Sofía, podrá no responder á él con palabras, porque no la dejarán hablar con facilidad la vergüenza y la ternura; pero estoy certísimo de que permanecerá grabado en su corazon lo restante de su vida y que si podemos contar con alguna resolucion humana, será con la que le haga formar de mostrarse digna de la estimacion que de ella hacen sus padres.

Pongámonos en lo peor, y démosle un temperamento ardiente que le haga penosa una dilatada tardanza; digo que su juicio, sus conocimientos, su gusto sano, su delicadeza, y mas que todo los sentimientos que en su niñez ha albergado en su corazon, opondrán los ímpetus de los sentidos tal contrapeso, que para vencerlos, ó á lo ménos para resistirles, le baste mucho tiempo. Antes se muriera mártir de su estado que afligir á sus padres, casarse con un hombre sin mérito, y esposarse las desgracias de un matrimonio mal adecuado. La misma libertad que le han dado no hace mas que darle nueva elevacion de ánimo, y hacerla mas escrupulosa para la eleccion de su dueño. Con el temperamento de una Italiana y la sensibilidad de una Inglesa, tiene, para enfrenar su corazon y sus sentidos, La altivez de una Española, que, aun cuando busca un amante, con dificultad halla el que le parece digno de ella.

No á todo el mundo pertenece reconocer cuanta elasticidad puede dar al alma el amor de las cosas honradas, y la fuerza que en sí puede encontrar el que sinceramente quiere ser virtuoso. Gentes hay á quienes todo cuanto es grande les parece fantástico, y que con su vil y baja razon nunca conocerán lo que con las pasiones humanas puede hasta la locura de la virtud á estos solo son ejemplos se les ha de hablar; y eso peor para ellos, si se obstinan en negarlos. Si les dijera yo que no es Sofía un ser imaginario, que solo su nombre es de invencion mia, que realmente han existido su educacion, su caracter, sus costumbres, y hasta su figura, y que su memoria todavía cuesta llantos á toda una familia honrada, sin duda no lo creerían; pero al cabo, ¿qué aventuro yo en concluir sin rodeos la historia de una jóven tan pareci-

da á Sofía, que pudiera la de esta ser la suya sin que debiesen estrañarlo? Créanla ó no verdadera, poco importa; habré contado, si quieren, ficciones, pero siempre habré esplicado mi método, y me encaminaré al fin que me he propuesto.

Tenia esta jóven, con el temperamento que he dado á Sofía, todas las demas conformidades que le podían hacer merecer este nombre, y así se le dejo. Despues de la conversacion que he contado, contemplando su padre y su madre que no se vendrían á presentar partidos en el despoblado que habitaban, la enviaron á pasar un invierno á la ciudad, á casa de una tía á quien secretamente dieron parte del motivo de este viage; porque encerraba la altiva Sofía en lo hondo de su corazon la noble arrogancia de saber triunfar de sí propia; y por mas que necesitara de un marido, ántes se moriria doncella que resolverse á irle ella á buscar.

Para corresponder con la intencion de sus padres, la presentó su tía en varias casas, la llevó á varias sociedades, á varios saraos, le mostró el mundo, ó mas bien la mostró en él, porque Sofía se curaba muy poco de todo este estrépito. Notóse no obstante que no huía de los mozos de agradable presencia, que parecían decentes y modestos. En su mismo recato tenia cierto arte para atraerlos, bastante parecido á la coquetería; pero despues de haber hablado dos ó tres veces con ellos, le cansaban. En breve, á aquel ademan de autoridad que parece que admite los homenages, y que es el primer favor del sexo, sustituia una cortesía mas repulsiva y una política ménos altiva. Siempre sobre sí, no les dejaba ocasion de hacerle el mas leve servicio: lo cual era decirles bastante claro que no queria ser su dama.

Nunca han gustado los pechos sensibles de los deleites estrepitosos, vana y estéril felicidad de las personas que nada sienten, y que creen que gozan de la vida porque se atolondran con ella. ¡No encontrando Sofía lo que buscaba, y no esperando encontrarlo, se aburrió de la ciudad. Amaba tiernamente á sus padres, y no habia cosa ninguna que se los pudiera hacer olvidar; volvióse pues á su retiro mucho tiempo ántes de la época determinada para su regreso.

Apenas hubo vuelto al ejercicio de sus funciones en casa de sus padres, cuando se vió que, conservando la misma conducta, habia mudado de condicion. Se distraia, se impacientaba, estaba triste y pensativa, se escondía para llorar. Al principio creyeron que estalla enamorada y tenia

vergüenza de decirlo: se lo preguntaron, y lo negó, protestando que á ninguno habia visto que hiciera impresion en su corazon; y Sofía no mentia.

Crecia cada dia su desfallecimiento y empezaba su salud á alterarse. Asustada su madre con esta mudanza quiso averiguar la causa. Cogióla á solas, y usando con ella aquel estilo alhagueño y aquellos invencibles cariños que sola la terneza maternal sabe emplear, le dijo: Hija mia, tú que traje yo en mi vientre, y que sin cesar traigo en mi corazon, vierte los secretos del tuyo en el seno de tu madre. Pues ¿cuales son esos secretos que no puede saber tu madre? ¿Quién se duele de tus quebrantos, á quién le cabe parte en ellos, quién quiere aliviarlos, si no es tu padre y yo? ¡Ha hija mia, ¿quieres que me mate tu pesar sin saber cual sea?

Lejos de esconder su sentimiento á su madre, no deseaba la doncella otra cosa que tenerla por confidenta y consoladora; pero estorbale la vergüenza el hablar, y no encontraba su modestia espresiones que describieran estado tan indigno de ella, como la emocion que mal de su grado agitaba sus sentidos. Finalmente sirviendo su propia vergüenza de indicio á su madre, le sacó esta afrentosa confesion. Lejos de afligirla con reprensiones injustas, la consoló, La compadeció, lloró con ella; que era sobrado cuerda para acriminarle una dolencia que su virtud sola hacia que fuese tan acerba. Mas ¿por qué aguantaba sin necesidad una dolencia que tan legítimo y fácil remedio tenia? ¿Por qué no usaba de la libertad que le habían dado? ¿por qué no aceptaba un marido? ¿por qué no le escogia? ¿No sabia que pendia su suerte de ella sola, y que fuera la que fuese su eleccion, seria confirmada, pues ninguna podia ella hacer que no fuese honesta? La habían enviado á la ciudad, y no habia querido quedarse; se habían presentado muchos pretendientes, y todos los habia desechado. Pues ¿qué esperaba? ¿qué pena? ¡Qué inesplicable contradiccion.

La respuesta era obvia. Si no se tratase mas que de un alivio para La mocedad, breve se luciera la eleccion; pero no es tan fácil escoger un dueño para toda la vida; y no pudiéndose separar estas dos elecciones, es menester esperar, y á veces dejar que se vaya la juventud, ántes de dar con el hombre con quien se quiere pasar la vida. Este era el caso de Sofía: necesitaba un amante, pero este amante habia de ser un marido; y para el corazon que el suyo habia menester, casi tan difícil era bailar lo uno como lo otro. Todos esos mozos tan brillantes solo en la edad concordaban con ella; siempre los faltaban las demas conformidades: la superficialidad de su espíritu, su

vanidad, su algarabía, sus desarregladas costumbres, sus frívolas imitaciones, se los hacían repugnantes, buscaba un hombre, y solo topaba con monos; buscaba un alma y no la encontraba.

¡Qué desgraciada soy! decia á su madre: necesito querer, y no veo cosa que me llene. Mi carazon repele á todos aquellos que atraen mis sentidos. No veo ni uno que no escite mis deseos, ni uno que no los refrene: el gusto sin la estimacion no puede ser duradero. ¡Ha, que no es ese el hombre que Sofía necesita! Grabado está el modelo que la hechiza en lo lindo de su corazon á él solo puede amar, á él solo puede hacer dichoso, con él solo puede ella ser dichosa. Mas quiere consumirse y pelear sin cesar, mas quiere morir malhadada y libre, que desesperada junto á un hombre á quien no quisiera, y á quien hiciera desdichado; mas vale no existir, que existir solo para padecer.

Pasmada con estas rarezas su madre, le parecieron tan estravagantes que sospechó que encerraban misterio. No era Sofía ni melindrosa ni ridícula. ¿Como lo habia podido entrar esta escesiva delicadeza, á ella, á quien nada desde su niñez tanto que habían inculcado como acomodarse con los hombres con quienes tenia que vivir, y hacer de la necesidad virtud? Este modelo del hombre amable, que tanto la embelesaba, y que tanto repleta en todas sus conversaciones, hubo conjeturar á su madre que tenia esta manía algun otro fundamento que todavia ignoraba, y que no se lo habia Sofía dicho todo. Abrumada la desventurada con su secreta pena, solamente procuraba se esplayaren. Estréchala su madre, titubea, ríndese en fin, y saliéndose del cuarto sin hablar palabra, vuelve á entrar con un libro en la mano: compadezca usted á su hija desdichada, su tristeza es irremediable, y no puede agotarse tu vena de su llanto. ¿Quiere usted saber la causa? pues allí la tiene. Dijo, y arrojó el libro sobre la mesa. Cógele su madre, le abre, y ve las aventuras de Telémaco. Primero no adivina este enigma: al cabo, mi fuerza de preguntas y oscuras respuestas, ve, extrañándolo cuanto deja entenderse, que su hija es la rival de Eucaris.

Sofía amaba á Telémaco, y le amaba con una pasion de que ninguna cosa la pudo sanar. Luego que conocieron su manía su padre y su madre, se rieron de ella y quisieron desvanecérsela con la razon. Se equivocaban que no estaba toda la razon de su parte; tambien tenia Sofía la suya, y sabia esforzarla. ¡Cuantas veces los obligó á que se callaran valiéndose contra ellos de sus propios argumentos, mostrándoles que ellos eran la causa de todo el

daño, que no la habían formado para un hombre de su siglo; que seria forzosamente necesario, ó que ella adoptase el modo de pensar de su marido, ó que este le inspirase el suyo; que el primer medio se le habían hecho ellos impracticable por el modo como la habían educado, y que el otro era justamente lo que ella buscaba ¡Denme, decía, un hombre imbuido en mis máximas, ó que pueda yo persuadírselas, y me caso al instante: ¿pero hasta tanto, por qué me riñen ustedes? Compadézcanme, que soy desdichada y no loca. ¿Pende el corazon dé la voluntad? ¿No lo ha dicho mi propio padre? ¿Es culpa mia si amo lo que no existe? No soy ilusa; no quiero un principe, no busco á Telémaco, bien sé que es mera ficcion; busco uno que se le parezca. ¿Y por qué no ha de poder existir este uno, una vez que existo yo, que me siento con un corazon tan semejante? No, no deshonremos así la humanidad; no pensemos que sea mera ilusion un hombre virtuoso y amable. Existe, vive, acaso me busca; busca un alma que sepa amarle, ¿Pero quién es? ¿donde está? No lo sé: ninguno es de los que he visto; sin duda no es ninguno de los que he de ver. ¡O madre mía! ¿por qué me ha pintado usted la virtud tan amable? Menos es culpa mia que de usted, si solo á ella puedo amar.

¿Conduciré hasta su catástrofe esta triste narracion? ¿Diré las porfiadas contiendas que precedieron á ella? ¿Representaré á una madre impacientada convirtiendo en rigores sus primeros halagos? ¿Mostraré á un padre enojado, que olvidado de sus primeras promesas trata de loca á la mas virtuosa de las hijas? ¿Finalmente pintaré á la desventurada, mas apegada á su fantasía con la persecucion que por ella padece, caminando en lentos pasos á la muerte, y descendiendo á la tumba; cuando creen arrastrarla á las aras? lío, desviemos estos fúnebres objetos? no es necesario pasar tan adelante para hacer ver con un ejemplo bastante de bulto, segun me parece, que no obstante las preocupaciones, de las costumbres originadas del siglo, no es mas ageno de las mugeres que de los hombres el entusiasmo de lo decente y lo hermoso, y que bajo lo direccion de la naturaleza no hay cosa ninguna que no pueda alcanzarse de ellas, como de nosotros.

Aquí me paran preguntándome si es la naturaleza la que nos manda que nos afanemos tanto para reprimir deseos inmoderados. Respondo que no, pero que tampoco es la naturaleza la que nos da tantos deseos no moderados. Ora, todo cuanto no es de ella es contra ella; esto lo he probado mil veces.

Restituyamos su Sofía á nuestro Emilio; resucitemos á esta amable doncella para darle imaginacion ménos viva y mas venturoso destino. Queria pintar una muger comun, y á puro elevar su alma he ocupado su razon, y yo mismo me he descaminado. Volvamos atras, Sofía no tiene mas que buena índole con un alma comun; todas las demas ventajas en que sobresale á las otras mugeres, son efecto de su educacion.

En este libro me he propuesto decir todo cuanto era posible hacer dejando á cada uno la eleccion de aquello que esté á su alcance en cuanto bueno puedo haber dicho. Al principio habia pensado en formar de antemano la compañera de Emilio, y educarlos uno para otro y uno con otro; pero reflexionándolo mejor, he visto que todas estas disposiciones sobrado prematuras eran mal entendida y que era cosa absurda destinar á dos niños á que se uniesen ántes de poder saber si estaba esta union en el órden de la naturaleza, y sí tendrian las convenientes relaciones entre sí para formarla. Pío se ha de confundir lo que es natural del estado silvestre, con lo que lo es del estado civil. En el primero, convienen todas las mugeres á todos los hombres, porque unos y otros solo tienen lo comun y primitiva forma; en el segundo, desenvuelto cada carácter por las instituciones sociales, y habiendo cada espíritu recibido su propia y determinada forma, no de sola la educacion, sino del bien ó mal ordenado concierto de la índole y la educacion, no es posible aparearlos como no sea presentándoos uno á otro, para ver si bajo todos respectos se convienen, ó preferir á lo ménos la eleccion que presentare mas de estas consonancias.

Lo malo es que desenvolviendo los caracteres distingue el estado social de las gerarquías, y que no siendo uno de estos dos órdenes semejante al otro cuanto mas se distinguen las condiciones, tanto mas se confunden los caracteres. De aquí los matrimonios mal apareados, y todos los desórdenes que de ellas derivan; por donde se ve, por una consecuencia evidente, que cuanto mas nos desviamos de la igualdad, se alteran mas los salimientos naturales; cuanto mas crece el intervalo de los grandes á los menudos, cuanto mas se aflora el vínculo conyugal; cuanto mas ricos y pobres hay, ménos son los padres y maridos. Ni el amo ni el esclavo tienen familia, cada uno de los dos solo ve su estado.

¿Quereis precaver los abusos, y hacer matrimonios dichosos? sofocad las preocupaciones, olvidaos de las instituciones humanas, y consultad la naturaleza. No unáis personas que solo se convienen en una determinada condi-

cion, y que no se convendrán así que varíe esta condicion, sino personas que se convengan en cualquiera situacion que se bailaren, en cualquiera pais que habitaren, y en cualquiera clase que pudieren caer. No digo que sean indiferentes en el matrimonio las relaciones de convencion; digo sí, que el influjo de las relaciones naturales es de tal modo mas poderoso que el de las primeras que él solo decide del destino de la vida, y que hay tal uniformidad de gustos, genios, sentimientos y caracteres, que debiera persuadir á un padre cuerdo, aunque fuera un príncipe, aunque fuera un monarca, á dar su hijo la doncella con quien tuviese todas estas concordancias, aunque hubiese nacido en una familia deshonrada, aunque fuese la hija del verdugo. Sí, sustento que aunque debiesen caer todas las desgracias imaginables sobre dos esposos estrechamente unidos, disfrutarían mas felicidad verdadera llorando juntos, que las que tendrian con todas las buenas fortunas de la tierra, envenenadas con la desunion de los corazones.

Así en vez de destinar desde la niñez una esposa á mi Emilio, he aguardado á saber la que le conviene, fio soy yo quien fijo este destino, que es La naturaleza; mi negocio es topar con la eleccion que ha hecho aquella. Mi negocio, el mio digo, y no el de su padre; porque cuando me no su lujo, me cedió su puesto, y sustituyó á su derecho el mio; yo soy el verdadera padre de Emilio, yo quien le hice hombre. Me hubiera negado á educarle si no me hubieran dejado árbitro de casarle á su gusto, esto es al mio. Solo la satisfaccion de hacer á uno dichoso puede resarcir de los afanes que cuesta el poner á un hombre en estado de que lo sea.

No creais tampoco por eso que haya yo aguardado, para encontrar la esposa de Emilio, á que le encargara de buscarla. Esta fingida pesquisa solo ha sido un protesto para darle á conocer á las mugeres, á fin de que conociese el valor de la que le Conviene. Mucho tiempo hace que está hallada Sofía; acaso la ha visto ya Emilio, pero no la reconocerá hasta que sea tiempo.

Aunque no sea necesaria la igualdad de las condiciones para el matrimonio, cuando se junta esta con las demas consonancias, les da nuevo precio; no hace contrapeso á ninguna, pero inclina la balanza cuando está en el fiel.

No puede un hombre, á ménos que sea Monarca, buscar muger en todos los enfados, porque las preocupaciones que él no tuviere las encontrará en los demas; y cierta doncella que le conviniese, no por eso la alcanzaria. Hay

por tanto maximas de prudencia que deben poner coto á las pretensiones de un padre de juicio: no debe querer para su alumno un establecimiento superior á su clase, porque eso no pende de si, y aun cuando pendiera, no deberia desearlo: ¿porque, qué importa al mancebo la gerarquia, á lo ménos al mió? No obstante, si suba, se espone á mil males reales que toda su vida sentirá. Digo tambien que no ha de querer compensar bienes de naturaleza distinta, como la nobleza y el dinero, porque cada uno de ellos da ménos realce al otro que lo que el se altera; porque ademas nunca hay avenencia acerca de la valuacion comun: finalmente porque la preferencia que le da cada uno á su puesta prepara la discordia entre ambas familias, y muchas veces entre ambos esposos.

Tambien es cosa muy distinta para el órden del matrimonio que se case el hombre con muger superior ó inferior á él: el caso primero es totalmente contrario á la razon; el segundo se conforma mas con ella. Como La familia está conexa con la sociedad por sola su cabeza, el estado de esta cabeza es el que arregla el de la familia entera. Cuando se casa en una clase inferior, no baja él, que encumbra á su esposa; por el contrario, cuando toma una mugen superior á él, la abaja sin encumbrarse. De suerte que en el primer caso resulta bien sin mal, y en el segundo mal sin bien. Quiere tambien el órden de la naturaleza, que obedezca la muger al hombre; por tanto, cuando la escoge en un órden inferior, concuerdan el órden natural y el civil, y anda todo bien. Lo contrario sucede cuando, casándose en superior clase, se constituye el hombre en la alternativa ó de fallar á sus derechos ó á la gratitud, y ser ingrato ó despreciado, La muger pretendiendo entónces la autoridad tiraniza á su cabeza; y vuelto en esclavo el amo se encuentra la mas ridícula y la mas miserable de las criaturas. Así son aquellos desventurados validos que los Reyes del Asia, honran y atormentan haciéndolos sus afines, y que, para acostarse con sus mugeres, dicen que se meten en la cama por los pies.

Aguardo á que muchos lectores, acordándose de que doy á la muger un talento natural para gobernar al hombre, me acusen aquí de contradiccion; y se engañarán. Mucha diferencia hay de arrogarse el derecho de mandar, á gobernara á que manda. Es el imperio de la muger un imperio de dulzura, maña y condescendencia; sus órdenes son los alhagos, sus amenazas los llantos. Debe reinar en casa, como un ministro en el estado, haciendo que le manden lo que quiere hacer. En este sentido, es constante que son los mejores matrimonios aquellos en que tiene mas autoridad la muger. Pero

cuando desconoce la voz de la cabeza, cuando quiere usurpar sus derechos y mandar ella, solo resultan de este desorden miseria, escándalo y deshonra.

Restamos la eleccion entre las iguales y las inferiores suyas, y todavia creo que se ha de hacer una restriccion con respecto á las últimas, porque es dificultoso encontrar en las heces del pueblo una muger capaz de hacer feliz á un hombre de bien: no porque haya mas vicios en las últimas clases que en las primeras, sino porque hay en ellas pocas ideas de lo que es hermoso y decente, y porque la injustificada los donas estados hace ver á este la justicia en sus mismos vicios.

Naturalmente piensa poco el hombre. Pensar es un arte que aprende como todos los demas, y con mucha mas dificultad. Solo conozco en ambos sexos dos clases realmente distintas; la una de personas que piensan, y la otra de las que no piensan: diferencia que casi únicamente proviene de la educacion. Un hombre de la primera de estas dos clases no se debe casaren la otra, porque falta el mayor embeleso de la sociedad á la suya, estando teniendo muger se ve obligado á pensar solo. Las personas que pasan la vida entera trabajando en un oficio no tienen otra idea que la de su trabajo ó su interes, y todo su entendimiento se encuentra al cabo de sus brazos. No perjudica esta ignorancia ni á la probidad, ni á las sanas costumbres, y muchas veces contribuye á ella; muchas veces se compone uno con sus obligaciones á puro reflexionar sobre ellas, y acaba sustituyendo una aljamia á las cosas reales. El mas ilustrado de los filósofos es la conciencia: no es menester saber los oficios de Ciceron para ser hombre de bien, y acaso la muger mas honesta del mundo lo ménos que sube es honestidad. No es por eso ménos cierto que solo un entendimiento cultivado hace agradable el trato, y que es triste cosa que un padre de familias que gusta de estarse en su casa, se vea obligado á encerrarse dentro de sí mismo, sin poder ser entendido de nadie de su familia.

Por otra parte, ¿como ha de educar á sus hijos una muger que no tiene costumbre de reflexionar? ¿Como hace discernir lo que les conviene? ¿Como los hace disponer para las virtudes que no conocerá el mérito de que no tiene idea ninguna? No sabrá otra cosa que alhagarlos ó amenazarlos, hacerlos insolentes ó medrosos; los hará ménos adestrados, ó pillos atolondrados, nunca cabezas sanas ni criaturas amables.

Por tanto no conviene á un hombre que tiene educacion casarse con muger que no la tenga, ni por consiguiente de una clase en que sea imposible tenerla. Pero todavia querian cien veces mas una muchacha sencilla y con tosca educacion, que una erudita y marisabidilla que viniese á plantar en mi casa un tribunal de literatura, haciéndose la presidenta. Una muger latiniparla es el azote de su marido, de sus hijos, de sus amigos, de sus criados, del mundo entero. Desde la sublime elevacion de su vasto ingenio todas las obligaciones de muger las tiene en poco, y siempre empieza haciéndose hombre, á la manera de Ninon de Lenclos. Fuera de casa es siempre ridícula y criticada con mucha razon, porque no puede ménos de serlo en cualquiera que sale de su estado y no está destinado para aquel que quiere tomar. Todas esas mugeres de gran talento solo engañan á los tontos: siempre se sabe cual es el artista ó el amigo que lleva la pluma ó el pincel cuando trabajan, se sabe cual es el misterioso hombre detrás que secretamente les dicta sus ordenes. Toda esta charla tenerla es indigna de una muger honrada; y aun cuando tuviese verdadero talento, le envileceria su presuncion. Ser ignorada, es su dignidad; su gloria consiste en la estimacion de su marido, y sus contentos se vienen en la dicha dé la familia lector, á vos propio apelo á sed sincero. ¿Qué os da mejor idea de una muger, cuando entráis en su gabinete, y que hace que con mas respetos acerqueis á ella, verla ocupada en las tareas de su sexo, en los cuidados caseros, rodeada de la ropa de sus hijos, ó encontrarla componiendo versos en su tocador, cercada de folletos de toda especie, y de esquelitas pintadas de todos colores? Toda soltera literata se quedará toda su vida soltera, cuando no haya mas que hombres de juicio en la tierra:

Quæris cur nolim te ducere, Galla? diserta es. ([125])

Despues de estas consideraciones viene la de la figura, que es la primera que da golpe, y la última que debe hacerse; pero todavía se ha de apreciar en algo. La mucha hermosura me parece mas de huir que de desearen el matrimonio. La beldad se gasta pronto con la posesión: al cabo de seis semanas ya no es nada para el posesor, pero duran tanto sus peligros como ella á ménos que una muger hermosa sea un angel, es su marido el mas desventurado de los hombres; cuando fuese ella un angel, ¿como ha de estorbar que sin cesarse halle su esposo cercado de enemigos? Si no fuera repugnante la suma fealdad, la prefiriera yo á la suma beldad; porque como dentro de poco es nula para el marido una y otra, la beldad es un inconveniente,

y la fealdad una ventaja. Pero la mayor desdicha es la fealdad que engendra la repugnancia; lejos de borrarse este afecto, se aumenta sin cesar, y se convierte en odio. Semejante matrimonio es un infierno: mas valiera estar muertos que unidos de esta suerte.

Buscad en todo la medianía, sin esceptuar ni aun la beldad. Una figura que agrada y capta el ánimo, que inspira mas benevolencia que amor, es preferible.; no causa sustos al marido, y redundan las utilidades de ella en comun provecho. No se gastan las gracias como la beldad; tienen vida, sin cesar se renuevan, y al cabo de treinta años de matrimonio agrada á su marido una muger honrada con gracias, lo mismo que el primer dia.

Estas son las reflexiones que me han determinado para la eleccion de Sofía. Alumna de la naturaleza así como Emilio, está destinada para él mas que ninguna otra; será la muger del hombre. Igual suya en el mérito y en la cuna, es su inferior en punto á riqueza á primera vista no embelesa, pero gusta mas cada dia. Por grados prendan mas sus dotes; solo en la intimidad del trato se desenvuelven, y su marido las reconocerá mas que nadie en este mundo, No es su educacion ni brillante ni abandonada; tiene gusto sano sin cultivo, talento sin arte, juicio sin conocimientos. No sabe su entendimiento, pero está cultivado para aprender; es tierra bien abonada que solo espera la semilla para fructificar, No ha leido otros libros que el de su aritmética y el de las Aventuras de Telémaco, que por casualidad le vino á las manos; ¿pero tiene una doncella capaz de apasionarse á Telémaco un corazon sin sensibilidad y un alma privada de delicadeza? ¡O, qué amable ignorante! ¡Venturoso el que estuviere destinado á instruirla! No será profesora de su marido, sino su disciplina: lejos de quererle sujetar á sus gustos, se acostumbrará á los de él. Mas la querrá que si estuviese instruida, porque tendrá la satisfaccion de enseñárselo todo. Tiempo es que al fin se vean; ocupémonos en reunirlos.

Tristes y pensativos salimos de Madrid; este pueblo de parlanchines no es nuestro centro, vuelve Emilio una desdeñosa mirada hacia esta populosa villa, y dice despechado: ¡cuantos dias en vanas pesquisas perdidos¡¡Ha, no es allí donde reside la esposa de mi corazon! Amigo mio, bien lo sabíais vos; pero mi tiempo os resta poco, y os dan poco duelo mis males. Miróle débito enjuto y lo digo; ¿Emilio, creeis lo que decis? Al instante se cuelga confuso de mí cuello, y me estrecha sin responderme en sus brazos. Siempre es esta su respuesta cuando ha obrado mal, Vamos por esos campos

como verdaderos caballeros andantes; no buscando, como ellos, aventuras, que huimos de ellas al contrario abandonando á Madrid; pero imitando su andar errante, desigual, agitando aveces el paso, y caminando otras muy despacio á fuerza de seguir mi método, ya se habrá el lector embebido en su espíritu, y espero que no haya ninguno tan preocupado por los estilos comunes, que suponga que vamos en un coche de colleras bien cerrado, bien abrigado, sin ver nada ni observar nada, y haciendo nulo el intervalo desde el sitio de nuestra partida al de nuestro arribo, y con nuestro ligero andar perdiendo por ganarle el tiempo.

Dicen los hombres que es corta la vida, y veo que se afanan por acortarla. No sabiendo en que emplear el tiempo, se quejan de la velocidad de su curso, y veo que corre con sobrada lentitud á gusto de ellos. Llenos siempre del objeto á que aspiran, ven con pesadumbre el intervalo que de él los desvía: uno quisiera estar en el dia de mañana, otro en el mes próximo, otro diez años mas tarde; ninguno quiere vivir hoy, ninguno está satisfecho con la hora presente, todos encuentran lento en demasía su curso. Cuando se quejan de que corre muy rápido el tiempo, mienten, que con gusto pagaran la facultad de acelerarle; con gusto emplearan su caudal en consumir la vida entera; y acaso no hay uno que no hubiera ceñido sus años á cortísimas horas, si hubiera podido á gusto de su tedio quitar de ellos las que para él eran penosas, ó á gusto de su impaciencia las que del ansiado instante le desviaban á alguno se le va la mitad de su vida en ir de Madrid al Sitio, del Sitio á Madrid, del pueblo al campo, del campo al pueblo, y de un barrio á otro, que no sabria que hacerse con sus horas, si así no hubiera dado en el hito de perderlas, y que se desvia de propósito de sus asuntos para ocuparse en buscar otros; que cree que gana el tiempo de mas que en ellos gasta, y que no sabria de otro modo en que emplear; ó bien corre por correr, y viene en posta, sin otro objeto que volverse como vino. ¡O mortales! ¿no habeis nunca de cesar de calumniar la naturaleza? ¿Por qué os quejáis de que es corta la vida, una voz que á gusto vuestro no lo es lo suficiente? Si hubiera uno solo de vosotros que supiese tener la templanza bastante en sus deseos para, no anhelar nunca á que se fuese el tiempo, ese no la tendria por muy corta; para el vivir y gozar serían una misma cosa, y aunque hubiese de morir mozo, siempre moriria colmado de días.

Aun cuando no hubiera sacado mas ventaja que esta de mi método, por solo ella se debiera preferir á cualquier otro. No he educado yo á mi Emilio

para desear ni para aguardar, sino para disfrutar; y cuando esplaya sus deseos mas allá de lo presente, no es nunca con tan impetuoso ardor, que le importune la lentitud, del tiempo. No solo disfrutará del gusto de desear, sino del de acercarse al objeto que desea; y de tal modo son moderadas sus pasiones, que siempre está mas donde se concentra que donde se ha de hallar.

Así no viajamos como postillones, sino como caminantes; no solo pensamos en los dos términos, sino en el intervalo que los separa. El mismo viage es una diversion para nosotros: no le hacemos mustiamente sentados y como encarcelados en una cerrada jaula, ni viajamos con la molicie y sosiego de las mugeres. Ni nos privamos del cielo raso, ni del espectáculo de los objetos que nos rodean ni de contemplarlos ¿nuestro sabor como y cuando nos acomoda?. Nunca se metió Emilio en un coche de camino, ni corre la posta á ménos que lleve priesa. ¿Pero qué puede dar prisa á Emilio? Una cosa sola; gozar de la vida. ¿Añadiré, hacer bien cuando puede? No, porque eso mismo es disfrutar de la vida.

Un solo modo concibo de viajar mas agradablemente que á caballo, que es andar á pie. Sale uno cuando quiere, se para cuando se le antoja, anda tan poco camino como le acomoda. Observa todo el pais, se aparta á izquierda y á derecha, examina cuanto le interesa, se detiene en todos los puntos de vista. Si veo un rio, sigo su corriente; si un espeso bosque, voy gozando de su sombra, una cantera, examino los minerales. Donde me divierto me paro; así que me aburro me voy. No dependo ni de caballos ni de postillon no necesito escoger caminos trillados, veredas cómodas; por todas partes por donde puede pasar un hombre, paso yo; todo cuanto puede ver un hombre, lo veo; y pendiendo solo de mí propio, disfruto cuanta libertad puede uno disfrutar. Si me detiene el mal tiempo, y me aburro, tomo entónces caballos. Si estoy cansado..... Pero Emilio se cansa poco, es robusto: y por qué se ha de cansar? nadie le corre. ¿Si se detiene, como se ha de aburrir? á todas partes lleva con que divertirse. Entra en casa de un maestro, trabaja, ejercita sus brazos para que descansen sus pies.

Viajar á pie, es viajar como Tales, Platon, Pitágoras. Apénas comprendo como se pueda resolver un filósofo á viajar de otro modo, y estorbarse el exámen de las riquezas que bajo sus plantas huella, y que á sus ojos pródiga la naturaleza ostento. ¿Quién algo aficionado á la agricultura no desea conocerlas producciones peculiares al clima que atraviesa, y el modo de evitar-

las? ¿Quién se puede resolver, si es algo dado á la historia natural, á pasar por un terreno sin examinarle, por una roca sin descantillara, por montañas sin herborizar, por entre piedras sin buscar fósiles? Estudian vuestros filósofos de estrado la historia natural en gabinetes; poseen bujerías, saben nombres, y no tienen idea ninguna dé la naturaleza. Pero el gabinete de Emilio es mas rico que el de los reyes, que es el mundo entero. Cada rosa está en su lugar: el naturalista que anida en él, todo lo tiene colocado en perfectísimo órden; no lo hiciera mas bien Cabanilles.

¡Cuantos contentos diversos se reúnen con este modo agradable de viajar! sin contar con la salud que se robustece; el genio que se esplaya. Siempre he visto que los que viajaban en buenos y cómodos coches iban pensativos; tristes; regañones y desazonados, y la gente á pie alegre siempre, lista, y satisfecha con todo. ¡Cuanto se ensancha el corazon, cuando se acerca la posada! ¡Cuan sabrosa parece una tosca comida! ¡Con qué gusto descansa uno á la mesa! ¡Qué buen sueño se duerme en un duro lecho! El que solo quiere llegar, puede correr la posta; pero el que quiera viajar, ha de ir á pie indicada. En la inmediata aldegüela, esta tasa sola, aunque sencilla, tiene alguna apariencia. Nos presentamos, y pedimos la hospitalidad: nos introducen á hablar con el amo; nos hace preguntas, pero con cortesía: sin decir el motivo de nuestro viage, decimos el de nuestro rodeo. De su pasada opulencia ha conservado la facilidad de conocer el estado de las personas por sus modales; cualquiera que ha vivido en el mundo rara vez se engaña en esta parte: con este pasaporte somos admitidos.

Nos enseñan un aposento muy chico, pero limpio y cómodo; hacen lumbre, hallamos ropa blanca, avío de vestir; todo lo que necesitamos. ¡Qué! dice pasmado Emilio, parece que nos aguardaban. ¡O, cuanto, razon tenia el rústico! ¡qué atencion! ¡qué bondad! ¡qué prevision! ¡y con gente no conocida! Me parece que estoy en los tiempos de Homero. Agradeced todo eso, le dije, pero no lo estrañeis; en todas partes donde son raros los forasteros, son agasajados: no hay cosa que mas convide á la hospitalidad que el no no verse muchas veces en la necesidad de darla: la afluencia de huéspedes es la que la destruye. En tiempo de Homero poco, y eran en todas partes bien recibidos los caminantes. Acaso somos nosotros los únicos pasageros que se han visto aquí en todo el año. No importa, replicó, eso mismo hace su elogio, el saber vivir sin huéspedes, y recibirlos bien siempre.

Enjutos y mudados de ropa, volvemos á buscar al amo de casa, que nos presenta á su muger, esta nos recibe no solo con cortesía, sino con bondad. La honra de sus ojeadas es para Emilio. En la situacion en que ella se encuentra, rara vez mira una madre sin ínteres; á lo ménos sin curiosidad, entrar un hombre de esta edad en su casa.

Por amor de nosotros hacen adelantar la cena. Al entrar en el comedor vemos cinco cubiertos; nos sentamos, y queda uno vacío. En si á una jóven, hace una gran reverencia, y se sienta modestamente sin hablar palabra. Ocupado Emilio con su gana de comer ó con sus respuestas, no sin ántes de haber andado cincuenta leguas del modo que imagino, no está olvidada Sofía, ó tengo yo muy poca maña; ó Emilio muy poca curiosidad: porque con tantos conocimientos elementales difícil es que no le vengan tentaciones de adquirir otros á proporcion que es mas la instruccion, crece la curiosidad; y él sabe precisamente lo bastante para querer aprender.

No obstante un objeto llama á otro; y siempre varios adelante, que prescrito un término distante á nuestro primer viage, y el pretesto es plausible; quien sale de Madrid, preciso es que vaya muy lejos á buscar muger.

Un dia, despues de habernos descarriado mas de lo que acostumbramos por montes y valles donde no se distingue camino ninguno, sabemos hallar el nuestro; poco importa: todos los caminos son buenos, con tal que llegue uno; pero es necesario llegar á alguna parte, cuando hay hambre. Por fortuna que encontramos con un rústico que nos lleva á su choza, y comemos con mucha gana su pobre comida. Viéndonos tan fatigados, tan hambrientos, nos dice: si Dios Los hubiera guiado a través del otro lado de la colina, hubieran sido mas bien recibidos, hubieran dado con una casa de paz.... con personas tan caritativas....con tan buena gente.... No tienen mejor corazon que yo, pero son mas ricos, aunque dicen que en otro tiempo lo eran mucho mas.... No les falta nada, gracias á Dios; y todo el pais saca utilidad de lo que les queda.

A esta voz de buena gente, se dilata el corazon del buen Emilio. Amigo mio, dice mirándome, vamos á esa casa cuyos amos los bendice la vecindad: mucho, gustaria de verlos, y acaso gustarán ellos de vernos tambien. Estoy cierto de que nos recibirán bien: si son de los nuestros, seremos de los suyos.

Tomadas bien las señas de la casa, salimos, vagamos por los bosques: nos coge un fuerte aguacero en el camino, y nos retarda sin detenernos. Salimos al fin de ahogo, y al anochecer llegamos á la casa saluda, habla y come: tan desviado está de su mente el principal objeto de su viage, que todavía se cree muy distante de la meta. Entáblase la conversacion sobre el estado de nuestros caminantes. Caballero, le dice el amo de casa, Vm. me parece un mozo amable y cuerdo; y me hace esto pensar que Vm. y su ayo han llegado aquí como Telémaco y Mentor á la isla de Calipso. Verdad es, responde Emilio, que encontramos aquí la hospitalidad de Calipso; y su mentor añade, y las gracias de Eucaris. Pero Emilio conoce la Odisea, y no ha leído á Telémaco, ni sabe lo que es Eucaris La jóven veo que se pone colorada hasta los ojos, que los baja sobre su plato, y no se atreve á respirar. La madre, que repara en su confusion, hace una seña al padre, y este muda de conversacion. Hablando de su soledad, insensiblemente viene al cuento de los sucesos que le han encerrado en ella, de las desventuras de su vida, de la constancia de su esposa, de los consuelos que en su union han hallado, de la vida serena y tranquila que hacen en su retiro, y siempre sin decir una palabra de su hija: todo esto forma una tierna y grata narracion que no se puede escuchar sin interes. Conmovido y enternecido Emilio deja de comer por escuchar. Finalmente, en el pasage en que el mas honrado de los hombres se esplaya con mas gusto hablando del cariño de la mas digna de las mugeres, el caminante *mozo,* fuera de sí, aprieta una mano del marido que tiene agarrada, coge con la otra la de la muger; y con rapto se inclina sobre ella, regándola en llanto. La cándida viveza del mancebo hechiza á todo el mundo; pero la doncella, mas enternecida que nadie con esta señal de su buen corazon; cree mirar á Telémaco compadecido de las desdichas de Filoctes. Pone á hurtadillas en él los ojos para examinar mas bien su figura, y nada encuentra en ella que desmienta la comparacion. Su despejada facha es libre sin arrogancia, sus modales vivos, sin atolondramiento; su sensibilidad hace mas dulce su mirar, y mas tierna su fisonomía: la doncella que le ve llorar tiene asomadas las lágrimas que van á mezclarse con las suyas. Con tan hermoso pretesto, la retiene una secreta vergüenza: ya se cansa de los llantos que iban á brotar de sus ojos; como si verterlos por su familia fuera cosa mal hecha.

La madre que desde el principio de la cena no ha cesado de velar sobre ella, la ve violenta, y la pone á sus anchuras enviándola á que haga un recado. Al cabo de un minuto vuelve á entrar, pero tan desasosegada aun, que su

agitacion es visible á los ojos de todos. Dícele su madre con blandura: Sofía, serénate; ¿no has de cesar nunca de llorar las desgracias de tus padres? Tú, que eres su consolacion, no las sientas mas que ellos.

A Emilio; al oir el nombre de Sofía, le da un brinco el corazon. Con la impresion que le hace un nombre tan amado; se despierta sobresaltado, y clava una ansiosa mirada en la que se atreve á tomarle. ¡Sofía, ó Sofía! ¿sois VOS la que busca mi corazon? ¿sois vos la que mi corazonada? La observa, la contempla con un género de temor y desconfianza. No ve cabalmente la figura que él se habia retratado, ni sabe si la que ve vale mas ó menos. Estudia cada ficcion, acecha cada movimiento, cada ademan; para todo halla mil interpretaciones confusas; diera la mitad de su vida porque ella quisiera hablar una sola palabra. Me mira, inquieto turbado; sus ojos me hacen de tropel cien preguntas, cien cargos. Parece que con cada mirada me dice: guiadme miéntras, que aun es tiempo; si se entrega mi corazon y se engaña, no volveré de mi error en la vida.

Emilio es el hombre del mundo que ménos sabe disimular. ¿Como ha de disimular en la mayor turbacion de su vida, entre tanto espectadores que le examinan y que el mas distraído en la apariencia de ellos es efectivamente el mas atento? No se esconde su desasosiego de los sagaces ojos de Sofía; de sobra la instruyen los suyos en que el objeto es ella: bien ve que esta inquietud todavia no es amor; ¿mas que importa? en ella se ocupa, y eso basta; mucha será su desgracias impunemente se ha ocupado.

Las madres tienen ojos como sus hijas, y ademas la esperiencia. La de Sofía se sonríe al mirar el logro de nuestros proyectos. Lee dentro del corazon de ambos mozos, ve que es tiempo de fijar el del nuevo Telémaco, y hace que hable su hija. Su hija con su natural dulzura responde en un tono tímido que produce mas efecto. Al primer sonido de esta voz se rindió Emilio; es Sofía, ya no lo duda: aunque no lo sea, es ya muy tarde para desdecirse.

Entónces sí que los embelesos de esta encantadora doncella inundan en torrentes su corazon, y que se atraganta bebiendo ansioso el tósigo con que le embriaga. Ya no habla ya no responde, solo ve á Sofía, solo á Sofía oye: si dice ella una palabra, abre él la boca; si ella baja los ojos, él los baja; si la ve respirar, respira; parece que le anima el alma de Sofía. ¡Como ha mudado la suya en pocos instantes! Ya no es lo vez de Sofía el temblar, que es la

de Emilio á dios libertad, candor, franqueza. Confuso; embargado, medroso, no se atreve á mirar en tomo de sí, por temor de ver que le miran. Avergonzado de que le penetren, se quisiera volver invisible para todo el mundo por saciarse de contemplarla sin que le observaran. Sofía por el contrario se ha serenado con el temor de Emilio; contempla su victoria, y en ella se goza.

Nol mostra già, ben che in suo cor ne rida. ([126])

No ha mudado de semblante; pero no obstante su modesto ademan y sus ojos bajos, palpita de júbilo su tierno pecho, y le dice que Telémaco está encontrado.

Si me meto aquí en la historia acaso cándida y sencilla ademas de sus inocentes amores, estas menudas circunstancias se tendrán acaso á frivolo juguete, y no tendrán rascon. No se considera lo suficiente el influjo que la estrechez primera de un hombre con una muger ha de tener en la vida de ambos, ni se contempla tener que la impresion primera, cuando es tan viva como la del amor, ó la propension que en su lugar se subroga, produce dilatados efectos cuyo eslabonamiento en el progreso de los años no se percibe, pero que no cesan de obrar hasta la muerte. En Los tratados de educacion, nos ponen un monton de inútiles y pedantes palabrotas acerca de las fantásticas obligaciones de los niños; y ni una palabra nos baldan de la parte mas dificultosa y mas importante de la educacion, conviene á saber, de la crisis que sirve de tránsito de la niñez al estado de hombre. Si estos ensayos bajo algun aspecto he podido hacerlos provechosos, será con especialidad por haberme dilatado muy por estenso en esta parte, esencial omitida por todos los demas, y por no haberme retraído de la empresa por falsas delicadezas, ni amedrentado con dificultades de la lengua. Si he dicho lo que conviene hacer, he dicho lo que he debido decir; poquísimo me importa haber escrito una novela: muy hermosa novela es latida humana naturaleza. Si solo en este escrito se halla, ¿es en la mía? La historia deberia ser de mi especie. Vosotros que la depravais, sí que haceis de mi libro una novela.

Otra consideracion que esfuerza la primera, es que no se trata aquí de un mancebo entregado desde su niñez al miedo, á la codicia, á la envidia, á la soberbia, á todas Las pasiones que sirven de instrumento de las educaciones comunes; que se trata de un mancebo, que no solamente es este su amor primero, mas tambien su primera pasion de toda especie; que de esta pasion, acaso la única que con viveza ha de sentir en toda su vida, pende la

forma postrera que ha de tomar su carácter. Fijados su modo de pensar, sus sentimientos, sus gustos, por una duradera pasion, van á tomar una consistencia que no les permita alterarse nunca.

Bien se deja entender que la noche de esta cena no la pasamos Emilio y yo durmiendo á pierna suelta. ¿Pues que, tanta ha de ¡poder con un hombre cuerdo la mera conformidad de nombre? ¿No hay mas que una Sofía en el mundo? ¿Se parecen todas, como en el nombre, en el alma? ¿Han de serla suya todas cuantas vea? ¿Está loco, que así se apasiona por una desconocida con quien nunca habló? Esperad, mancebo, examinad, observad. Ni siquiera sabeis aun en que casa estais, y el que os oiga se figurará que estais en la vuestra.

No es tiempo de lecciones, y no están estas destinadas á que las enseñe, no hacen mas que inspirarle al mozo nuevo interes á Sofía, por el deseo de justificar su inclinacion. Esta identidad de nombre, este encuentro que él cree casual, mi misma reserva, no hacen mas que inflamar su viveza: ya le parece Sofía tan estimable que está cierto de hacérmela querer.

Por la mañana, bien me pienso que con su mal vestido de camino procurará Emilio ponerse mas bien. No falla; y me rio de la prisa que tiene en servirse de la ropa blanca de la casa. Penetro su idea, y descubro con gusto que procura, con tener que hacer restituciones y cambios, establecer una especie de correspondencia que le dé la facultad de envían recados á la casa y volver á ella.

Habia esperado hallar á Sofía algo mas ataviada tambien, y no se habia equivocado. Ésta vulgar retrecheria es buena para aquellos á quienes una muger solamente quiere agraciar. Mas acendrada es la del verdadero amor, y otras pretensiones tiene. Sofía está puesta con mas sencillez que la víspera, y aun con mas negligencia, aunque con una limpieza escrupulosa. Si en esta negligencia veo retrechería, es porque veo afectacion. Bien sabe Sofía que un adorno mas estudiado es una declaracion de amor; pero no sabe que uno mas descuidado es otra, que no se contenta Una muger con agradar por su arreo, sino que tambien quiere agradar por su persona. ¡He! ¿qué importa al amante como se haya puesto su amada, si ve que se ocupa de él? Cierta ya Sofía de su imperio, no se ciñe á dar golpe en los ojos de Emilio con sus embelesos, que quiere que el corazon de este ansíe por ellos;

y no le basta con que los vea, quiere que los suponga. ¿No ha visto ya lo que basta para obligarle á que adivine lo restante?

De presumir es que, durante nuestra conferencia, tampoco hayan estado mudas Sofía y su madre, habrá habido confesiones sacadas, ó instrucciones dadas. El dia siguiente nos reunimos bien preparados. No hace doce horas que se han visto nuestros mozos; todavía no se han dicho una palabra, y ya se ve que se entienden. No se acercan uno á otro con familiaridad; están tímidos y confusos; no se hablan; sus ojos bajos parece que se evitan, y esto mismo es serial de mutua inteligencia, se evitan pero de concierto, y ya sienten que necesitan de misterio ántes de haberse dicho cosa ninguna. Cuando nos vamos, pedimos licencia de volver á traer nosotros mismos lo que nos llevamos. Emilio pide con la boca esta licencia al padre y la madre, miéntras que clavados sus inquietos ojos en la hija la solicitan con mucho mas ahinco. Sofía no hice nada, ni hace seña ninguna, parece que nada ve ni oye; pero se pone encarnada, y este rubor es respuesta mas clara todavía que la de sus padres.

Nos permiten volver sin convidarnos á que nos quedemos. Esta conducta es decente: se da albergue á caminantes que no encuentran posada, pero no es decoroso que pase la noche un amante en casa de su dama.

Apenas hemos salido de esta casa querida, cuando piensa Emilio en residir en las inmediaciones; la mas próxima estada ya le parece muy distante, quisiera acostarse en los vallados de la quinta. ¡Mancebo atolondrado! le dije con un tono de lástima: ¡qué, ya os ciega la pasion! ¡Ya no veis ni el bien parecer, ni la razon! ¡Desventurado! los creeis enamorado, y quereis deshonrar á vuestra amada! ¿Qué dirian de ella, cuando sepan que un mozo que sale de su casa duerme en las inmediaciones? ¡Decis que la amais! ¿Pues como quereis quitarle su reputacion? ¿Es esa la paga ¿de la hospitalidad que os han dado sus padres? ¿Causareis el oprobio de aquella de quien esperáis la felicidad? ¿Y qué me importan, responde con viveza los daños dichos de los hombres y sus injustas sospechas? ¿No me habeis vos mismo enseñado á no apreciarlos en nada? ¿Quién mejor que yo sabe cuanto honro á Sofía, cuanto quiero respetarla? No cederá mi cariño en su afrenta, que cederá en gloria suya, y será digno de ella. Cuando le rindan mi corazon y mis atenciones en todas partes el homenaje que merece, ¿en qué la puedo agraviar? Querido Emilio, replico dándole un abrazo, disentís por vos; aprended á discernir por ella. No compareis el honor de un sexo con el del

otro, que tienen principios totalmente distintos. Igualmente sólidos y racionales son estos principios, porque igualmente derivan de la naturaleza, y porque la misma virtud que por vos os hace despreciar los dichos de los hombres, os obliga á que los respeteis por vuestra amada. Vuestro honor consiste en vos solo, el suyo pende de otro. Descuidarle, fuera faltar al vuestro; y no cumplis con lo que debeis vos mismo, si sois causa de que no le tributen á ella lo que se le debe.

Esplicándole entónces estas diferencias, le hago conocer cuan injusta cosa fuera no hacer aprecio de ellas. ¿Quién no ha dicho que ha de ser esposo de Sofía, en estos sentimientos no sabe, en su corazon ó en los padres acaso tienen contraídos empeños anteriores, de Sofía á quien no conoce, y que acaso no tiene con él ni una de aquellas harmonías necesarias para hacer feliz un matrimonio? ¿No sabe que para una doncella todo escándalo es una mácula indeleble que ni siquiera la borra el matrimonio con el que la ha causado? ¡Ha! ¿que hombre sensible es el que quiere perder á la que ama? ¿Qué hombre honrado quiere que llore para siempre una desventurada la desgracia de haberle agradado?

Asustado el mancebo con las consecuencias que le hago que note, y estremado siempre en sus ideas, ya cree que nunca está bastante lejos de la mansion de Sofía: dobla el paso para desviarse con mas precipitacion; mira en torno de nosotros si no nos escuchan; mil dichas sacrificaria al honor de la que ama; mas quisiera no volverla á ver en su vida, que causarle la mas leve desazon. Este es el primer fruto de mi esmero para formar en él, cuando mozo, un corazon que supiese amar.

Trátase por tanto de encontrar mi albergue apartado, pero no remoto. Averiguamos, nos informamos, sabemos que á dos leguas largas hay una ciudad; vamos á buscar alojamiento en ella, mas bien que en las aldeas mas inmediatas, donde se haria sospechosa nuestra mansion. Al fin llega aquí el nuevo amante, lleno de amor, de esperanzando alegría, y mas que todo de buenos sentimientos; y dirigiendo así poco á poco su naciente pasion á lo que es bueno y honrado, voy disponiendo todas sus inclinaciones á que insensiblemente tomen el mismo doblez.

Me acerco al término de mi carrera, ya desde lejos le veo. Todas las dificultades grandes están vencidas, todos los grandes obstáculos superadas, ninguna otra cosa mañosa me queda que hacer, como no sea no estragar mi

obra, dándome prisa á concluirla. En la incertidumbre de la vida humana, g evitemos mas que todo la falsa prudencia de sacrificar lo presente á lo venidero, que así muchas veces se sacrifica lo que es á lo que no será. Hagamos dichoso al hombre en todas edades, no sea que despues de muchos afanes se muera ántes de haberlo sido. Si hay pues un tiempo que sea idóneo para disfrutar de la vida, es seguramente el fin de la adolescencia, en que han cobrado su mayor vigor las facultades del cuerpo y el alma, y en que el hombre en mitad de su carrera ve desde muy lejos ambos términos que le hacen que sienta su brevedad. Si se engaña la mocedad imprudente, no es en querer gozar, sino en que busca el gozo donde no existe, y preparándose á un malhadado porvenir, ni siquiera sabe usar el momento presente.

Contemplad á mi Emilio á los veinte años cumplidos, bien formado, bien constituido de cuerpo y de espíritu, fuerte, sano, listo, mañoso, robusto, lleno de discernimiento, de razon, de bondad, de humanidad, que tiene buenas costumbres, sano gusto, que ama la belleza, que obra bien, libre del imperio de las pasiones crueles, exento del yugo de la opinion, pero sujeto á la ley del la sabiduría, y dócil á la vez de la amistad, posesor de todos los talentos útiles y muchos agradables, curándose poco de las riquezas, llevando sus recursos en sus brazos, y no teniendo miedo de que le falte el pan en cualquier evento. Embriagado ahora con una naciente pasion, se abre su corazon á los fuegos primeros del amor, sus dulces ilusiones forman para él un nuevo universo de gozos y delicias, ama un objeto amable, y todavía mas amable por su carácter que por su persona; espera, aguarda una correspondencia que conoce que le es debida. De la harmonía de los corazones, del concurso de honrosos sentimientos se ha formado su inclinacion primera, y debe ser duradera esta inclinacion. Confiado, y aun fundado en razon, se entrega al delirio mas estático, sin temor, sin pesar, sin remordimientos, sin otra inquietud que aquella que es inseparable del sentimiento de la felicidad. ¿Qué puede á la suya hacerle falta? Ved, indagad, imaginad lo que aun necesita, y que se pueda hermanar con lo que posee. Reúne todos cuantos bienes juntos pueden alcanzarse; no es posible añadirle ninguno que no sea á costa de otro; y es dichoso cuanto puede un hombre serlo. ¿Acortaré yo en este instante tan dulce suerte? ¿enturbiare tan puros contentos? ¡Ha! todo el precio de la vida consiste en la felicidad que goza. ¿Qué pudiera volverle yo que valiese lo que hubiera quitado? Aun

poniendo el cúmulo á su felicidad, desluciera su mas poderoso encanto. Cien veces mas dulce es la esperanza que la posesion de esta dicha suprema; mas la goza quien la espera que quien la disfruta. ¡O buen Emilio! ama y sé amado; goza dilatado tiempo diles que paseas, goza al mismo tiempo del amor y de la inocencia, disfruta la bienaventuranza en la tierra miéntras te aguarda la otra: no abreviaré yo esta feliz época de tu vida; mantendré el encantamiento, y le prolongaré cuando me fuere dado. ¡Ay! fuerza es que se acabe, y que se acabe en breve; pero haré á lo ménos que dure eterno en tu memoria, y que nunca te arrepientas de haberle disfrutado.

No se olvida Emilio de que tenemos restituciones que hacer. Luego que están prontas, tomamos caballos, vamos á galope; por esta vez, no bien nos partimos querria ya haber llegado. Al punto que el corazon da cabida á las pasiones, se la da al tedio de la vida. Si no he perdido yo mi tiempo, no se pasará así la suya toda entera.

Por desgracia es muy torcido el camino, y montuoso el pais. Nos perdemos, lo conoce el primero, y sin impacientarse, sin quejarse, pone todo su conato en volver á dar con la senda, vaga mucho tiempo ántes de encontrarla, y siempre con la misma serenidad. Esto no quiere decir nada para vos, pero sí mucho para mí, que conozco su índole arrebatada: veo el fruto de los afanes que desde su niñez me he tomado para endurecerle contra los tiros de la necesidad.

En fin llegamos. El recibimiento que nos hacen es mucho mas sencillo, y con mas agasajo que la vez primera; ya somos conocidos antiguos. Emilio y Sofía se saludan con un poco de cortedad, y no se hablan todavía; ¿qué se han de decir en presencia nuestra? La conversacion que necesitan no requiere testigos. Nos paseamos por el jardín: este jardin tiene en vez de cuadro de flores una era de huerto muy bien distribuida, y en vez de coto un vergel cubierto de crecidos y hermosos árboles frutales de todo género, y cortado con claros arroyuelos y acicates llenos de flores. ¡Qué hermoso sitio! esclama Emilio, lleno de su Homero y siempre entusiasta, me figuro que estoy en los jardines de Alcinoo. La niña querria saber quién era Alcinoo, y su madre lo pregunta. Alcinoo, les digo yo, era un rey de Corcira, cuyo jardin, que Homero describe, le tachan las personas de gusto, de muy sencillo y muy poco adornado ([127]). Tenía este Alcinoo una amable hija, que, la víspera que recibió un estrangero la hospitalidad en casa de su padre, soñó que en breve tendía marido. Cortada Sofía, se pone colorada, baja los

ojos, se muerde la lengua, no es posible imaginar tamaña confusion. Su padre, que se divierte en aumentarla, toma la conversacion, y añade que la princesa jóven iba ella misma á lavar la ropa al rio. ¿Es de creer, prosigue; que no se hubiera dignado de llegar á las servilletas sucias, diciendo que olían á guiso trasnochado? Sofía, contra quién ha asestado el tiro, olvidándose de su natural encogimiento se disculpa con viveza. Bien sabe su papa que no hubiera habido otra lavandera que ella para todo el javonado, si lo hubieran consentido ([128]) y que mas que eso habria hecho gustosa, si se lo hubiesen mandado. Diciendo esto me mira á hurtadillas con una inquietud que no puede ménos de hacerme reir, leyendo en su ingenuo corazon el sobresalto que la esfuerza á hablar: tiene su padre la crueldad de rebatir este atolondramiento, preguntándole con tono burlon, á que venía el que hablara ella de sí, y si creía que tuviese algo que se pareciese á la hija de Alcinoo. Avergonzada y temblando, no se atreve á alentar, ni á mirar á nadie. ¡Hechicera niña! ya no es tiempo de fingir; á despecho tuyo te has declarado.

En breve se olvida esta escena, ó parece olvidada. Por fortuna de Sofía, el único que no ha entendido palabra de ella es Emilio, Sigue el paseo, y nuestros jóvenes que al principio iban á nuestro lado, se arreglan con dificultad á la lentitud de nuestro paso; poco á poco se adelantan, se acercan, al fin se llegan uno á otro, y los vemos delante á bastante distancia de nosotros. Sofía parece atenta y reposada; Emilio habla y acciona con fuego, no parece que los fastidie la conversacion. Al cabo de una hora larga nos volvemos, los llamamos, vienen, pero despacio á su vez, y se ve que aprovechan el tiempo. Por fin cesa su conversacion de repente, ántes que la podamos oir. Emilio se pega á nosotros con franco y alagüeño talante, centelleando en jubilo sus ojos, que vuelve no obstante con alguna inquietud hacia la madre de Sofía, por ver como le recibirá. Sofía no tiene la facha tan despejada; al acercarse parece confusa de verse á solas con un mancebo; ella que tantas veces se ha encontrado sola con otros sin cortedad, y sin que nunca se lo hayan llevado á mal. Dase prisa á ir junto á su madre, ladeando un poco, y diciendo palabras que no quieren decir nada, como para dar á entender que esta allí mucho tiempo hace.

Por la serenidad que está retratada en el semblante de estas amables criaturas, vemos que esta conferencia ha aliviado de un enorme peso sus juveniles pechos. No son ménos recatados uno con otro, pero es ménos embara-

zoso su recato, que solo ya procede del respeto de Emilio, de la modestia de Sofía, y de la honestidad de ambos. Emilio se atreve á dirigirle algunas palabras; algunas veces se atreve ella á responder, pero nunca abre la boca para esto, sin mirar ántes á su madre. La mudanza que mas claramente se nota en ella, es conmigo. Me manifiesta una estimacion mas obsequiosa, me mira con ínteres, me habla con cariño, está atenta á todo cuanto me puede agradar, veo que con su estimacion me da honra; y que no es para ella indiferente el granjearse la mia. Comprendo que le ha hablado Emilio de mí: dijérase que habían maquinado ganarme; pero no es así, y la misma Sofía no se gana tan presto. Acaso necesitará él mas de mi valimiento con ella, que del suyo conmigo. ¡Pareja, encantadora!.... Al pensar que en la primera conversacion con su dama mi jóven amigo le ha hablado mucho de mí, recibo la pago de mis afanes; su amistad me ha resarcido de todo reiterarse las visitas, y son mas frecuentes las conversaciones entre nuestros mozos. Embriagado Emilio de amor, cree que ya toca en su felicidad; no alcanza no obstante el consentimiento formal de Sofía, que le escucha y nada le responde. Conoce Emilio toda su modestia; poco le maravilla tanto recato; siente que no está mal en su ánimo; sabe que los padres son los que casan á las hijas; supone que aguarda Sofía la órden de sus padres, le pide licencia para solicitarla, y ella no se opone. Me habla, hablo yo en su nombre, y á su presencia¡Qué estraño es para él saber que Sofía pende de sí sola, y que para hacerle feliz le hasta con querer! Empieza á no entender su conducta; se disminuye su confianza; se sobresalta, se cree ménos adelantado de lo que se imagina, y entónces es cuando el amor mas tierno usa para ablandarla de su patético idioma.

No es capaz Emilio de adivinar lo que le perjudica: si no se lo dicen, no lo sabrá en su vida, y es Sofía demasiado altiva para fiárselo. Las dificultades que la detienen serian estímulos para cualquiera otra. No se le han olvidado las lecciones de sus padres. Es pobre, Emilio rico, y ella lo sabe; Cuanto necesita hacerse estimar de ella;;Cuanto mérito para borrar esta desigualdad? ¿Mas como ha de parar él su pensamiento en este obstáculo? ¿Sabe si es rico? ¿se digna siquiera informarse de ello? Gracias al cielo, no necesita ser lo, y sin eso sabe ser benéfico. El bien que hace le saca de su pecho y no de su bolsillo, á los desventurados les da su tiempo, su afecto, su persona; y en la valuacion de sus beneficios, apénas se atreve á contar por algo el dinero que esparce entre los infelices.

No sabiendo á quien echar la culpa de su desgracia, se la echa á sí propio: porque ¿quién osara pensar en un capricho el objeto de sus adoraciones? Auméntase con el desaire del amor propio el desconsuelo del amor desdeñado. Ya no se acerca á Sofía con aquella amable confianza de un corazon que se siente digno del suyo; está trémulo y medroso ante ella. Ya no espera moverla por la terneza, y poderla ablandarla por la piedad. Algunas veces se fatiga su paciencia, y va á suceder sí ella el despecho; Sofía, que parece que presiente estos rebatos, le mira; este mirar le desarma al punto, y está mas sumiso que ántes.

Turbado con esta terca resistencia y este silencio invencible, vierte su corazon en el de su amigo, deposita en él los dolores de su pecho traspasado de tristeza, implora su asistencia y sus consejos. ¡Que impenetrable misterio! La interesa mi suerte, no lo puedo dudar; lejos de oírme, se complace conmigo; cuando yo llego, demuestra alegría, y sentimiento cuando me voy; recibe con bondad mis obsequios; parece que mis servicios son de su agrado; se digna de darme consejos, y á veces preceptos. No obstante desecha mis solicitudes, mis ruegos. Cuando me atrevo á hablar de union, me impone imperiosamente silencio; y si añado una palabra, al instante me deja. ¿Por qué estraña razon quiere que sea yo suyo, sin querer dar oidos á ser ella mía? Vos á quien honráis quien ama, y á quien no será osada de hacer callar, hablad, haced que hable ella; servid á vuestro amigo; coronad vuestra obra; no hagáis funestos para vuestro alumno vuestros afanes: ¡ha! lo que os debe labrará su miseria, si no la completáis su felicidad.

Hablo con Sofía, y con poca dificultad le saco un secreto que ántes que ella me le dijera ya yo sabia. Con mas dificultad me da licencia para instruir de él á Emilio; la alcanzo en fin, y uso de ella. Esta esplicacion le causa un asombro de que no puede volver. No entiende esta delicadeza, ni imagina que pueden hacer para el carácter y el mérito algunos doblones mas ó menos. Cuando le doy á entenderlo que hacen para la preocupacion, se echa á reír; y arrebatado de jubilo, quiere partirse al instante, ir á romperlo todo, tirarlo todo, renunciar de todo, para tener la honra de ser tan pobre como Sofía, y hacerse digno de ser su esposo.

¿Pues qué dije deteniéndole, y riéndome á mi vez de su ímpetu: nunca ha de madurar esa juvenil cabeza? ¿y despues de haber filosofado toda vuestra vida, nunca aprendereis á discernir? ¿Como no veis que con llevar al cabo vuestro desatinado proyecto, vais á empeorar vuestra situacion, y hacer á

Sofía intratable? Corta ventaja es poseer algun caudal mas que ella, una muy grande seria habérsele todo sacrificado: ¿y si no puede resolverse su altivez á deberos la obligacion primera, como habia de resolverse á deberos la otra? Si no puede consentir que su marido tenga motivo de echarle en cara que la ha hecho rica, ¿como habia de consentir que pudiese acusarla de que por ella se habia hecho pobre? ¡Ha, desventurado! temblad de que entre en sospechas de que habeis tenido semejante proyecto. Tornaos por el contrario ecónomo y anidados por amor de ella, no sea que se malicie que la queras ganar por astucia, y que lo que perdais por negligencia vuestra se lo sacrificais voluntariamente.

¿Creeis que en la realidad la asuste el mucho caudal, y que proceda su oposicion precisamente de vuestras riquezas? No, amado Emilio, que tienen mas sólida y mas grave causa en el efecto que estas riquezas producen en el alma del posesor. Sabe que los que tienen bienes de fortuna siempre los prefieren á todo Los ricos estiman el oro ántes del mérito. En la puesta comun del dinero y los servicios nunca encuentran que estos pagan lo suficiente por aquel, y piensan que les queda deudor el que pasa su vida sirviéndolos y comiendo su pan. ¿Pues qué teneis que hacer, ó Emilio, para tranquilizar sus temores? Daos bien á conocer de ella, que no es negocio de un dia. En los tesoros de vuestra noble, alma enseñadle con que rescatar aquellos que por vuestra desgracia os han cabido en suerte. Venced su resistencia á fuerza de tiempo y constancia; obligadla, á fuerza de grandes y generosos sentimientos, á que se olvide de vuestras riquezas. Amadla, servidla, servid á sus respetables padres. Probadle que vuestros obsequios no son efecto de una loca y efímera pasion, sino de los principios indelebles grabados en lo interior de vuestro corazon. Honrad dignamente el mérito ultrajado por la fortuna: este es el único medio de reconciliarle con el mérito que ella favorece.

Ya se dejan entender los raptos de júbilo que este razonamiento escita en él mancebo, cuanto confianza y esperanza le restituye, cuantos parabienes se da su honrado corazon por tener que hacer, para agradar á Sofía, todo cuanto haria por sí mismo si Sofía no existiera, ó si no estuviera enamorado, de ella. ¿Quien no imaginará su conducta en este lance, por poco que haya comprendido su carácter?

Héteme ya confidente de mis dos buenas personas, y medianero de sus amores. ¡Hermoso cargo para un ayo! Tan hermoso, que en mi vida hice cosa que tanto me ensalzased mis propios ojos, y que tan satisfecho me de-

jase conmigo propio. En cuanto á lo demas, no deja este cargo de ser agradable: no soy mal recibido en la casa; se fían de mí para que cuide de que no se desmanden los amantes: Emilio, que siempre esta temblando de disgustarme, nunca ha sido tan dócil. La niña me carga de alhagos que no me engañan, y solo guardo para mí la parte que de ellos me toca: así indirectamente se resarce del respeto en que contiene á Emilio. En mí le hace mil tiernos cariños que quisiera mas morir que hacerle á él propio; y el sabe que sabe que yo no quiero perjudicar á sus intereses, está prendado de nuestra buena harmonía recíproca. Se consuela, si no le quiere dar el brazo para rascar, cuando ve que es porque prefiere el mió. Sin murmurar se desvia, apretándome la mano, y diciéndome en voz bala con la boca y los ojos: hablad, amigo, en mi favor. Sus ojos nos siguen con interes: procura leer en nuestros semblantes nuestros sentimientos, y por nuestros ademanes interpretar nuestras palabras; sabe que no es indiferente para él nada de cuanto se dice entre nosotros. ¡Buena Sofía, cuan á sus anchuras se halla tu sincero corazon, cuando sin que te oiga Telémaco, puedes conversar con su Mentor! ¡Con qué amable franqueza le decías que lea todos los afectos de ese tu tierno corazon! ¡Con qué gusto le muestras toda tu estimacion á su alumno! ¡Con cuan tierna ingenuidad le permites que adivine sentimientos mas dulces! ¡Con qué fingido enojo despides al importuno, cuando su impaciencia la fuerza á interrumpirte! ¡Con cuan hechicero despecho le afeas su imprudencia, cuando te viene estorbar que hables ó que oigas hablar bien de él, y que saques siempre de mis respuestas algun nuevo motivo de quererle?

Habiendo conseguido Emilio que le consientan como amante declarado, esfuerza los derechas de tal; habla, apremia, solícita, importuna. Respóndanle con aspereza, maltratándole, poco le importa, con tal que haga que le ensanchen. En fin no sin dificultad logra que consienta por su parte Sofía en tomar sin rebozo sobre él la autoridad de su doma, que le prescriba lo que ha de hacer, que le mando en Vez de rogarle, que en voz de darle gracias acepte, que arregle el tiempo y el numero de sus visitas, que le prohíba que hasta tal dia venga, y que se quede pasada tal hora lío se hace nada de esto en chanzas, sino muy de veras; y si con dificultad admitió estos derechos, los usa con un rigor qué al pobre Emilio le reduce muchas veces á que sienta el habérselos dado, Pero mande ella lo que quisiere, nunca replica; y mil veces, Emilio se va por obediencia, me mira con ojos bañados en gozo, que me dicen: ya veis que ha tomado posesion de mi. La soberbia todo lo observa con disimulo, y se sonríe secretamente del orgullo de su esclavo.

Prestadme, Albano y Rafael, el pincel del deleite. Divino Milton, enseña á mi tosca pluma á que describa los contentos del amor y la inocencia; mas no, esconded vuestras mentirosas artes ante la santa verdad de La naturaleza. Tened solo pechos sensibles, honestas almas; dejad luego vagar sin apremio vuestra imaginacion por los raptos de dos enamorados jóvenes, que á vista de sus padres y sus guias se abandonan sin turbacion á la ilusion dulcísima que los alhaga, y en la embriaguez de sus deseos se adelantan con lentos pasos hacia el término enlazando con guirnaldas de flores el bienhadado vínculo que ha de ayuntarlos hasta el túmulo tantas hechiceras imágenes me embriagan á mí propio; sin órden y sin conexion las amontono, que me impide ligarlas el delirio que en mí escitan. ¿Quién teniendo entrañas no sabrá retratarse dentro de si propio la deliciosa imagen de las varias situaciones del padre, la madre, la hija, el ayo, el alumno, y del concierto de unos y otros para la union de damas encantadora párela que el amor y la virtud han podido de consumo hacer dichosos.

Ahora sí que anhelando verdaderamente por agradar, empieza á sentir Emilio el valor de los agradables talentos que ha adquirido. Sofía gusta del canto, canta con ella: mas hace, le enseña la música. Es viva y ligera, gusta de brincar; baila con ella, convierte en pasos sus brincos, y los perfecciona. Estas lecciones embelesan, las anima la retozona alegría, que el tímido respeto del amor suaviza: lícito es á un amante dar estas lecciones con enajenamiento; lícito es ser el maestro de su dama.

Hay un piano viejo todo descompuesto: Emilio le compone y le templa; es pianista, es guitarrero no ménos que ebanista: siempre fué su máxima aprender á no necesitar de socorro ageno para todo lo que podia hacer por sí propio. Está la casa en situacion pintoresca; saca de ella varias vistas á que pone Sofía á veces la mano, y con que adorna el gabinete de su padre; y no son dorados los marcos, ni necesitan serlo. Viendo dibujar á Emilio, imitándole ella, se perfecciona á ejemplo suyo, en altiva todos los talentos, y con su donaire todos los hermosea. Cuando ven su padre y su madre brillar de nuevo en torno de ellos las buenas artes que les hacían solas amar su pasada opulencia, la recuerdan á su memoria; toda su casa está alhajada por el amor; él solo hace que sin coste y sin trabajo reúnen en ella los placeres que en otro tiempo solo se reunían á fuerza de afanes y dinero.

Como el idólatra enriquece con los tesoros que estima el objeto de su culto, y atavía en el altar al Dios que adora, en balde contempla el amante per-

fecta á su dama, que sin cesar quiere añadirle nuevos adornos. No los necesita para agradarle, pero necesita él de adornarla; que es nuevo no muger que se figura tributarle, nuevo interes que añade al gusto de contemplarla. Parécele que nada hermoso está en su lugar cuando no honra la beldad suprema. Es un espectáculo tierno á la par y risible el ver á Emilio ansioso por enseñar á Sofía todo cuanto sabe, sin consultar si es de su gusto, ó sí le conviene lo que quiere enseñarle. De todo le habla, todo se lo esplica con pueril anhelo y cree que le hasta con hablar, y que al instante le ha de entender: de antemano se figura el gusto que tendrá en discernir y filosofar con ella; reputa por inútil todo cuanto sabe, si no puede ostentarlo á sus ojos; casi se avergüenza de saber cosas que ella no sepa.

Ya le tenemos dándole lecciones de filosofía, de física, de matemáticas, de historia, de todo, en una palabra. Sofía se acomoda con gusto á su favor, y poderla aprovechar; ¡Qué contento está Emilio, cuando puede lograr el dar sus lecciones de rodillas delante de ella ¡Cree que mira el Cielo abierto. No obstante esta situacion, mas incómoda para la discípulo que para el maestro, no es la mas propicia para la instruccion. No sabe Sofía entónces donde poner los ojos para evitar los que los persiguen; y cuando se encuentran, poco aprovecha la leccion.

No es el arte de pensar ageno de las mugeres, pero no deben hacer otra cosa que tocar la superficie de las ciencias de raciocinio. Sofía todo lo concibe, y retiene poco. Donde mas progresos hace, es en la moral y en las cosas de gusto; en cuanto á la física, solamente conserva alguna idea de las leyes generales y el sistema del mundo. Algunas veces, al contemplar en sus paseos las maravillas de la naturaleza, se atreven sus inocentes y puros corazones á encumbrarse hasta su autor; que no temen su presencia, y se dilatan de consuno ante él.

¡Qué, dos amantes, en la flor de su edad, gastan sus conversaciones á solas hablando de religion, y pasan el tiempo en decir la doctrina! ¿De qué sirve envilecer lo que es sublime? Sí, sin duda, la dicen en la ilusion que los hechiza: se contemplan perfectos, se aman, conversan con entusiasmo de lo que da precio á la virtud. Los sacrificios que le hacen se la hacen mas cara. En los arrebatos que es preciso vencer, vierten juntos alguna vez lágrimas mas puras que el rocío del cielo, y son estas dulces lágrimas el encanto de su vida; viven en el mas estático delirio que jamas gustaron almas humanas. Acrecientan su dicha las privaciones mismas, y á sus propios ojos los hon-

ran con sus sacrificios. Hombres sensuales, cuerpos sin alma, un dia conocerán vuestros deleites, y toda su vida llorarán el dichoso tiempo en que se los negaron.

No obstante esta buena inteligencia, no deja de haber algunas disensiones y aun quimeras: la amada tiene sus caprichos, y sus enfados el amante; pero estas ligeras tormentas se disipan con rapidez, y no hacen mas que fortalecerla unión: la esperiencia ha enseñado tambien á Emilio á no temerlas tanto; siempre le traen mas provecho las reconciliaciones que daño las riñas. El fruto de la primera le ha persuadido á esperar el mismo de las otras; se ha equivocado: pero al fin si no siempre saca beneficio tan claro, siempre grangea el ver confirmado por Sofía el sincero interes que tiene en conservar su corazon. ¿Quiere el lector saber cual fué este beneficio? Vengo en ello, con tanto mas gusto cuanto este ejemplo me daca ocasion para esplicar una máxima útilísima, y para impugnar otra muy funesta.

Emilio ama, por consiguiente no es temerario, y todavia mas bien se deja entender que no es niña la imperiosa Sofía que le consienta familiarizarse. Como en todas cosas tiene sus limites el recato, mas bien la tacharían de sobrada aspereza que de mucha indulgencia, y rezala á veces su mismo padre que su mucho orgullo degenere en altanería. En las mas secretas conversaciones á solas, no seria osado Emilio á solicitar el mas leve favor, ni aun á dar muestras de aspirar á él; y cuando en el paseo quiere pasar el brazo bajo él suyo, gracia que no deja que se convierta en derecho, apénas se atreve suspirando, á estrechar esto brazo contra su pecho. No obstante despues de una larga sujecion se aventura á besar á hurtadillas su vestido, y muchas veces es tan feliz que consiente ella en no echarlo de ver. Un dia que quiere tomarse con mas descoco la misma libertad, le ocurre á ella enfadarse. Empeñase él; ella se enoja, y le dicta el despecho algunas espresiones picantes: Emilio no las aguanta sin replicar; lo restante del dia están ambos mohínos, y se separan muy disgustados.

Sofía está desazonada. Su madre es su confidenta: ¿como le ha de esconder su sentimiento? Esta es su primera riña; ¡y una riña de una hora es negocio de tanta entidad! Está arrepentida de su culpa; su madre le permite que la repare, y su padre se lo manda.

Al otro dia, inquieto Emilio vuelve mas presto de lo que acostumbra: Sofía está en el gabinete de su madre, y su padre en el mismo cuarto: entra

Emilio con respeto, pero con ademan triste. Apénas le han saludado el padre y la madre, cuando se vuelve Sofía, y presentándole la mano, le pregunta con voz cariñosa, como está. Claro es que esta bonita mano se adelanta así para que la besen; Emilio la coge, y no la besa. Algo avergonzada Sofía, la retira con la mas buena gracia que puede. Emilio, que no está acostumbrado á los modos de las mugeres, y que no sabe para que son buenas las manías, no las olvida con tanta facilidad, ni se apacigua tan presto. Viéndola confusa el padre de Sofía, acaba de cortarla con sus burlas. La pobre muchacha avergonzada, humillada no sabe lo que se hace, y diera cuanto tiene por atreverse á llorar. Cuanto mas se contiene, mas se le aprieta el corazon; por fin rompe una lágrima mal de su grado, Emilio ve esta lágrima, se arroja á sus plantas, le coge la mano, la besa muchas veces fuera de sí. Por quien soy, que esa es demasiada bondad, dice el padre dando una carcajada de risa; y ménos indulgente fuera yo con todas estas locas, y castigara la boca que me hubiese ofendido. Alentado Emilio con estas palabras, mira con suplicantes ojos á la madre, y, creyendo que ve una señal de consentimiento, se acerca temblando al rostro de Sofía, que desvia la cabeza, y por librar la boca presenta su sonrosada mejilla. No se contenta el imprudente, y ella blandamente se resiste. ¡Qué beso, si ante los ojos de su madre no le recibiera! Severa Sofía, cuidado con vos;muchas veces os pidieron vuestro vestido para besarle, á condicion que algunas le negueis.

Despues de este castigo ejemplar, sale el padre para un asunto ¡despide la madre á Sofía con un pretesto; dirige luego el discurso á Emilio, y le dice con tono bastante serio: «Caballero, creo que un mozo de tan buena índole, tan bien educado como vos, que tiene buenos sentimientos y costumbres, no quisiera pagar deshonrándola la amistad que una familia le manifiesta. Yo no soy melindrosa ni gazmoña; sé lo que á la festiva mocedad se le ha de permitir; y buena prueba es de ello lo que á mi vista he consentido. Consultad á vuestro amigo acerca de vuestras obligaciones y os dirá la diferencia que media entre los juegos que la presencia de un padre y una madre autoriza, y las libertades que lejos de ellos se toman, abusando de su confianza, y convirtiendo en lazos los mismos favores que son á vista de ellos inocentes. Tambien os dirá, caballero, que la única» que mi hija ha cometido con vos, es no reparar desde la vez primera en lo que nunca debió consentir y os dirá, que de todo lo que se atribuye á favor lo es, y que es cosa indigna de un hombre de á honor abusar de la sencillez de una niña para usurpar en secreto los mismos favores que delante de todo el mundo puede ella dispen-

sar; porque sabernos lo que el bien parecer tolera en público, pero no sabemos donde se detiene, en la oscuridad del misterio, á el que se constituye único juez de sus fantasías.»

Despues de esta justa reconvencion, dirigida mas á mi que á mi alumno, se va esta prudente madre, y me deja absorto con su rara prudencia, que estima en poco que besen delante de ella en la boca á su hija, y que se asusta de que se atrevan á besar á solas su vestido. Reflexionando en su desatinado de nuestras máximas, que sacrifican siempre la verdadera honestidad á la decencia, entiendo porque cuanto mas casto es el idioma, tanto mas estragados son los corazones, y porque cuanto mas puntuales son las ceremonias, tanto mas ruines son los que las gastan.

Imbuyendo yo con este motivo el corazon de Emilio en obligaciones que ántes le hubiera debido dictar, me ocurre una nueva reflexion, que acaso honra mas á Sofía, y que me guardo de comunicar sin embargo á su amante; y es que es cosa clara que esta pretensa soberbia de que la acusan no es otra cosa mas que una precaucion muy cuerda para preservarse de si propia. Como tiene la desdicha de sentirse con un temperamento combustible, tiene la primera chispa, y la desvia con todo su poder. No es severa por soberbia, que lo es por humildad. Toma en Emilio el imperio que teme no tener en Sofía, y se sirve del uno para contra restar el otro. Si fuera mas confiada, seria mucho ménos altiva. Esceptuando este punto solo, ¿qué doncella hay en el mundo mas fácil y mas blanda? ¿Quién que sufra con mas paciencia un agravio? ¿Quién que mas tema hacérsele á otro? ¿Quién que ménos presuma de cosa ninguna, como no sea de su virtud? Ni tampoco está soberbia con su virtud, ó si lo esta, es solo para conservarla; y cuando puede abandonarse sin peligro á la propension de su corazon, acaricia hasta á su amante. Pero su prudente madre no espía estas circunstancias ni aun á su propio padre, que no deben los hombres saberlo todo.

Lejos de que parezca ufana con su conquista, se ha tornado Sofía todavía mas afable y ménos malcontentadiza con todo el mundo, escepto con el único que esta variacion ha ocasionado. Ya el sentimiento de la independencia no ensombrece su noble corazon, y triunfa con modestia en una victoria que le cuesta la libertad. Se presenta con ménos despejo, y tiene el hablar mas tímido desde que no oye sin sonrojarse la voz de amante; pero se columbra por entre el encogimiento su satisfaccion, y no es esta misma vergüenza un afecto enojoso. Especialmente con los mozos que se presentan es mas pal-

pable la diferencia da su conducta. Desde que les ha perdido el miedo, se ha aflojado mucho en La escesiva reserva que gasta con ellos. Resuelta en su eleccion, se muestra sin reparo obsequiosa con los indiferentes; ménos escrupulosa acerca de su mérito, desde que no le interesan, siempre los encuentra con la suficiente amabilidad para gentes que nada le han de tocar.

Si pudiese el verdadero amor gastar retrecheria creyera yo que via algunos vestigios de ella en el modo como Sofía se porta con ellos, en presencia de su amante. Diríase que, no satisfecha con la ardiente pasion que una esquisita mezcla de reserva y cariño le abrasa, se complace en irritar todavia esta misma pasion con alguna inquietud; diria se que, divirtiendo de intento á los mancebos sus huéspedes, consagraba al suplicio de Emilio las gracias de una jovialidad que no se atreve á usar con él; pero Sofía es demasiado atenta, buena y juiciosa, para atormentarle efectivamente. El amor y la honestidad sustituyen á la prudencia para templar este peligroso estimulante: sabe sobresaltarle y serenarle justamente cuando es de propósito, y si alguna vez le inquieta, nunca le entristece. Disculpemos la zozobra que causa á quien ama por el temor de que nunca esté bastante enredado en sus lazos.

¿Pero qué efecto producirá en Emilio esta artería? ¿Tendrá zelos, ó no los tendrá? Conviene examinar esto, porque semejantes digresiones hacen parte del objeto de mi libro, y me desvian poco de mi asunto.

Antes he hecho ver como, en las cosas que solo penden de la opinion, se introduce esta pasion en el corazon del hombre. Pero en el amor es cosa muy distinta; entónces los zelos parecen tan conexos con la naturaleza, que con dificultad se puede creer que no provengan de ella, y el ejemplo mismo de los brutos, muchos de los cuales tienen furiosos zelos, establece sin apariencias de réplica el dictamen opuesto. ¿Es la opinion de los hombres la que únala á los gallos á que se hagan pedazos, y á los toros á que se peleen hasta matarse?

Movimiento natural es la aversion contra todo lo que perturba nuestros gustos y á ellos se opone; en esto no cabe disputa. Tambien se halla hasta cierto punto en el mismo caso el deseo de poseer esclusivamente lo que nos agrada. Pero cuando tornándose pasion este deseo se convierte en furor ó en un triste y tenebroso desvarío llamado zelos, entónces es otra cosa; esta pasion puede ser ó no ser natural; conviene distinguir.

El ejemplo sacado de los animales está examinado en el *Discurso sobre la Desigualdad; y* ahora que reflexiono de nuevo en ello, me parece tan sólido este exámen, que me atrevo á remitir á él á mis lectores: solo añadiré á las distinciones que en aquel escrito hice, que los zelos que provienen de la naturaleza tienen mucha conexion con la potencia del sexo, y cuando es ó parece ser ilimitada esta potencia, llegan á su cúmulo los zelos; porque como entónces mide el macho sus derechos por sus necesidades, no puedo mirar á otro macho sino como á un inoportuno contrincante. En estas mismas especies, las hembras obedecen siempre al primero que llega y perteneciendo así á los machos por derecho de conquista, originan lides eternas entre ellos, por el contrario, en las especies en que uno se une con una, en que el apareamiento produce una especie de vínculo moral, una especie de matrimonio, perteneciendo la hembra por eleccion suya al macho que ha escogido, por lo comun á cualquiera otro se niega; y como tiene el macho por fianza de la fidelidad de su compañera este cariño de preferencia tambien se inquieta ménos con la vista de los otros machos, y vive mas en paz con ellos. En estas especies, toma parte el macho en la solicitud de los hijuelos; y por una de aquellas leyes de la naturaleza que se observan con enternecimiento, parece que restituye la hembra al padre el cariño que este tiene á sus hijos.

Considerando pues la especie humana en su primitiva sencillez, fácil es ver por la limitada potencia del macho; y la templanza de sus deseos, que fué destinado por la naturaleza á contentarse con una hembra sola; y esto lo confirma la igualdad numérica de los individuos de ambos sexos, á de ménos en nuestros climas; igualdad que, ni con mucho, existe en las especies en que la mayor fuerza de los machos reúne muchas hembras con uno solo. Y si bien el hombre no empolla como el palomo; si bien careciendo de mamas para criar á sus pechos, se encuentra bajo este aspecto en la clase dé los cuadrúpedos; tanto tiempo son flacas y se arrastran por los suelos las criaturas, que con dificultad pudieran ellas y la madre vivir sin el cariño del padre, y los afanes que son fruto de este.

Así contribuyen todas las observaciones á probar que el furor zeloso de los machos en algunas especies de animales nada concluye relativamente al hombre; y hasta la escepcion de los climas meridionales, donde está establecida la poligamia, no hace otra cosa que confirmar mas bien el principio, porque de la pluralidad de las mugeres proviene la tiránica precaucion

de los maridos, y el sentimiento de su propia flaqueza incita al hombre á que, para eludir las leyes de la naturaleza, recurra al apremio.

En nuestros paises donde, ménos eludidas en esta parte estas leyes, lo son en contrario y mas odioso sentido, el motivo de los zelos mas se funda en las pasiones sociales que en el instinto primitivo. En la mayor parte de las conexiones de galanteo, aborrece mas el amante á sus rivales que lo que quiere á su cortejo; y si teme no ser el único favorecido, es por un efecto del amor propio, en origen he mostrado, y padece mucho mas su vanidad que no su amor. Por otra parte tan disimuladas han hecho á las mugeres nuestras lerdas instituciones ([129]), y tanto han inflamado sus apetitos, que á penas se puede contar con el cariño mas bien probado, y que ya no pueden ellas manifestar preferencias que tranquilicen del miedo de los rivales.

En cuanto al verdadero amor, eso es otra cosa..Ya hice ver, en el citado escrito, que no es tan natural como se piensa este afecto, y que hay mucha diferencia entre el dulce hábito que aficiona el hombre á su compañera, y el ardor desenfrenado que le embriaga en los fantásticos atractivos de un objeto que no contempla como él es. Esta pasión: que nada mas respira que ilusiones y preferencias, solo se diferencia en esto de La, vanidad, que, como la vanidad todo lo exige y no otorgando nada, siempre es buena; en vez de que dando el amor tanto cuanto exige, es por sí mismo un afecto lleno de equidad. Por otra parte, cuanto mayor es su exigencia, mas es su credulidad: la misma ilusion que le causa, con facilidad hace que uno se le persuada. Si es inquieto el amor, es confiada la estimacion; y nunca el amor sin estimacion ha existido en un corazon honrado, porque ninguno ama en lo que ama, otras prendas que las que aprecia.

Bien aclarado todo esto, se puede decir con seguridad de que especie de zelos es capaz Emilio; porque, una vez que apénas se encuentra el germen de esta pasion en el corazon humano, la educacion es la que determina su forma. Enamorado y zeloso Emilio no será sañudo, suspicaz desconfiado, pero delicado, sensible y medroso: mas estará sobresaltado que irritado; mas se esforzará en prendar á su dama que en asustar á su rival; y desviará, si puede, como ofuscándolo, sin aborrecerle como á un enemigo; si le aborrece, no será porque es osado á disputarle mi corazon que él pretende, sino por el peligro real que le hace correr de perderle; no se ofenderá neciamente su orgullo de que otro se declare por rival suyo: convencido de que el derecho de preferencia se funda únicamente en el mérito, y que la honra está

vinculada en el triunfo; crecerá su diligencia por ser amable, y verosímilmente lo conseguirá. Si irrita La generosa Sofía con algunos sobresaltos su amor, bien sabrá regularlos, indemnizarle de ellos; y los rivales que solo los consentía por ponerlo á prueba, no tardara en removerlos.

¿Pero adonde me veo sin sentirlo arrastrado? ¡O Emilio! ¿qué te has hecho? ¿Puedo yo reconocer en tí á mi alumno? ¡tan decaído te contemplo! ¿donde está aquel mancebo formado con tanta dureza, que arrostraba los rigores de las estaciones, que entregaba su cuerpo á los mas rudos trabajos, y su alma á las leyes solas de la sabiduría; inaccesible á las preocupaciones, á las pasiones; que solo amaba la verdad, solo á la razon cedía, y con nada se estrechada de cuanto no era él propio? Ahora muelle, en una vida ociosa; se deja gobernar de mugeres; sus ocupaciones son pasatiempos femeniles; sus leyes voluntades de una muger; una niña es el arbitro de su destino; se postra, se arrastra por el suelo ante ella; y el grave Emilio es juguete de una criatura.

Tal es la vicisitud de las escenas de la vida: cada edad tiene sus muelles que la hacen mover, pero siempre permanece uno mismo el hombre. De diez años se le conduce con bollos, de veinte con una amada, de treinta con los deleites, de cuarenta con la ambicion, de cincuenta con la avaricia: ¿cuando solamente corre en pos de la sabiduría? ¡Dichoso aquel á quien conducen á ella á pesar suyo! ¿Qué importa el guia de que nos servimos, con tal que le lleve á la meta? Los héroes, y hasta los mismos sabios, han pagado este tributo á la humana flaqueza; y tal hubo que rompió husos con sus dedos, y no por eso dejó de ser un varon esclarecido.

¿Quereis que se estienda á la vida entera la eficacia de una feliz educacion? pues prolongad durante la mocedad los buenos hábitos de la niñez; y cuando sea vuestro alumno lo que deba ser, haced que sea el mismo en todos tiempos, lista es la perfeccion que os falta por dar á vuestra obra. Por esto partidariamente importa dejar un ayo á los mancebos; que en cuanto á lo demas, poco hay que temer que sin él no sepan enamorar. Lo que engaña á los institutores, y todavia mas á los padres, es que se figuran que un modo de vivir es el oye otro, y que al punto que es uno grande, deba renunciar de todo cuando siendo chico hacia: ¿y si así fuese, de qué serviria anidar de la infancia, una vea que el buen ó mal uso que de ella hiciesen se desvaneceria junto con ella, y que tomando modos de vivir absolutamente diversos, por necesidad se tomarían otros modos de pensar?

Así como solo las enfermedades graves forman solucion de continuidad en la memoria, así tambien las pasiones fuertes la forman solas en las costumbres, y si bien varían nuestros gustos y nuestras inclinaciones, esta mudanza, á veces atropellada, la suavizan los hábitos. En la sucesion de nuestras inclinaciones, como en una buena degradacion de colores, el artista debe hacer imperceptibles los pasos, confundir y mezclar las tintas, y para que no sobresalga ninguna, entender muchas en toda su obra. Esta regla la confirma la esperiencia; todos los dias mudan las personas sin moderacion de aficiones, gustos y sentimientos, y solo son constantes en el hábito de variar; pero el hombre arreglado vuelve siempre á sus antiguas costumbres, y ni aun en su vejez pierde el gusto de los deleites que cuando niño le prendaban.

Si haceis que cuando pasen á una nueva edad no cojan desprecio los mozos á la que ha precedido, que cuando contraigan nuevos hábitos los antiguos no los abandonen, y que siempre gusten de hacer lo que es bien hecho, sin tener en cuenta con el tiempo en que empezaron á hacerlo; solo entónces habreis puesto en salvo vuestra obra, y estareis seguros de ellos hasta el fin de su vida, porque la mas temible revolucion es la de la edad sobre que ahora veláis. Como siempre la echamos menos, con dificultad perdemos mas tarde los gustos que en ella hemos conservado; en vez de que una vez interrumpidos no se recuperan en la vida.

La mayor parte de los hábitos que os figuráis que haceis contraer á los niños y á los mancebos, no son hábitos verdaderos, porque por fuerza los han tomado, y porque, los siguen como contra su voluntad, solo esperan la ocasion para zafarse de ellos. Nadie toma gusto á la cárcel á fuerza de vivir en ella; entónces el hábito aumenta la aversion, lejos de disminuirla. No sucede así con Emilio, que no habiendo hecho en su niñez nada que no fuese voluntariamente y con gusto, si sigue, haciendo lo mismo cuando es hombre, se ciñe á añadir á la dulzura de la libertad el imperio del hábito. La vida activa, la faena de brazos, el ejercicio, el movimiento, en tal niñera se le han hecho necesarios, que sin incomodarse no pudiera renunciar de ellos. Fuera aprisionarle, encadenarle, retenerle en un estado de violencia y apremio, el reducirle á desboca en una muelle y sedentaria vida; y no dudo que por igual se alterasen su índole y su salud. Apénas puede respirar á su sabor en un cuarto bien cerrado; que necesita el aire raso, movimiento, fatiga. Aun á las plantas de Sofía no puede atraernos de contemplar con an-

siosos ojos el campo, y desear correrle con ella. Está sin embargo parado cuando es menester; pero está inquieto, agitado; parece que brega; está parado porque está encadenas. Vais á decirme que estas son necesidades á que yo le he amoldado, sujeciones que le he impuesto: y así es la verdad; que le he sujetado á la condicion de hombre.

Emilio ama á Sofía: ¿Cuales son empero los embelesos primeros que le han prendado? La sensibilidad, la virtud, el amor de las cosas honestas. Si ama este amor en su dama, ¿como le ha de haber perdido en él mismo? ¿A qué precio se ha puesto recíprocamente Sofía? Al de todos los afectos que son naturales en el corazon de su amante: la estimacion de los verdaderos bienes, la frugalidad, la sencillez, el desinterés generoso, el menosprecio del fausto y las riquezas. Antes que le hubiera impuesto estas virtudes el amor, ya Emilio las poseía. ¿Pues en qué ha mudado verdaderamente? Tiene motivos nuevos para ser él mismo; en este punto solo se diferencia de lo que ántes era.

No me imagino que ninguno que leyere este libro con alguna atencion, se pueda figurar que se hayan reunido por casualidad todas las circunstancias de la situacion en que Emilio se encuentra. ¿Es casualidad, si ofreciendo las ciudades tantas jóvenes amables, la que le agrada se enenentra en las entrañas de una soledad remota? ¿Es casualidad si da con ella? ¿Es casualidad si se convienen? ¿Es casualidad si no pueden vivir en el mismo sitio? ¿Es casualidad si está tan desviado de ello, el albergue que topa? ¿Es casualidad si tan rara vez la ve, y si está forzado á comprar con tantos afanes la satisfaccion de verla alguna? Decis que se afemina. Por el contrario, se endurece; y es preciso que sea tan robusto como yo le he formado, para resistir á las fatigas que Sofía le hace padecer.

Vive dos leguas largas de su casa. Esta distancia es el fuelle de la fragua; en ella templo yo los dardos del amor. Si viviesen puerta con puerta ó si pudiese irlas á ver muellemente sentado en un buen coche, la amaria sus anchuras, la amaria como un madrileño. ¿Hubiera querido morir Leandro por Héroe, si de ella no le hubiera separado la mar? Ahorradme, lector de razones; si sois capaz de entenderme, seguireis lo suficiente mis reglas en sus menudas circunstancias.

Las primeras veces que hemos ido á ver á Sofía, hemos tomado caballos para llegar mas presto. Este espediente que encontramos cómodo ¡y la quin-

ta vez seguimos tomando caballos. ¡Nos aguardaban, á mas de media legua de la casa vemos gente en el camino. Observa Emilio, el corazon le late; se acerca, reconoce á Sofía, se arroja del caballo á tierra, parte, vuela, está ya á los pies de la amable familia. Emilio gusta de hermosos caballos; el suyo es vivo, se siente libre, y da á correr por el campo: le sigo yo, lo alcanzo con mucha dificultad, y me le traigo. Por desgracia Sofía tiene miedo de los caballos, y no me atrevo á arrimarme á ella. Emilio nada ve; pero Sofía le advierte al oido del trabajo que ha dejado que se tomara su amigo. Acude avergonzado Emilio, coge los caballos, y se queda atrás: justo es que á cada uno le venga su vez. Se va el primero para librarse de nuestras cabalgaduras. Dejando de esta suerte á Sofía detrás de sí, no encuentra ya que el caballo sea un bagaje tan cómodo. Se vuelve ladeando, y me baila á la mitad de camino.

Al siguiente viage ya no quiere Emilio caballo. ¿Por qué? le digo, tomarémos un lacayo que tenga cuenta de ellos. ¡Ha! me dice, ¿hemos de gravar así la respetable familia? Ya veis que todo lo quieren mantener hombres y caballos. Verdad es, replico, que tienen la noble hospitalidad de la pobreza. Avarientos los ricos en medio de su fausto, solo alojan á sus amigos; pero los pobres alojan tambien á los caballos de sus amigos. "Vamos á pie, dijo: ¿no teneis ánimo paradlo, vos que tan de buena voluntad entráis á la parte de los fatigosos placeres de vuestro hijo? Con mucho gusto, le respondo al instante; y á la verdad tambien á mí me parece que no se requiere tanto estrépito para enamorar.

Al acercarnos hallamos á la madre y la hija todavia mas lejos que la vez primera. Hemos venido como un relámpago; Emilio está empapado en sudor: urna mano querida se digna de enjugarle con un pañuelo las mejillas. Caballos habían de sobrar en el mundo, ántes que nos viniese otra vez la tentacion de servirnos de ellos.

No obstante es cosa cruel no poder nunca pasar juntos la prima noche. El otoño se acerca, y empiezan á bajar los dias. Por mas que aleguemos, nunca nos permiten volvernos de noche; y cuando no venimos desde por la mañana, es menester irnos casi al punto que hemos llegado á puro quejarnos y compadecerse de nosotros, al fin le ocurre á la madre que á la verdad no es posible alojarnos con decencia dentro de casa, pero que se pudiera encontrar en el lugar un albergue para pasar algunas veces la noche. Al oír es-

tas palabras, Emilio da palmadas brinca de gozo; y Sofía, sin pensarlo, da mas besos á su madre el dia que ha imaginado este espediente.

Poco á poco se establecen y se consolidan entre nosotros la dulzura de la amistad y la familiaridad de la inocencia. Los dias prescritos por Sofía ó por su madre, voy de ordinario con mi amigo, y algunas veces le dejo que vaya solo. La confianza enaltece el alma, y no debe ser tratado un hombre como una criatura. ¿Qué hubiera yo hasta aquí adelantado, si mi alumno no mereciese toda mi estimacion? Sucede tambien que vaya yo sin él; entónces se queda triste, mas no murmura: ¿de qué lo servirían sus quejas? Y luego bien sabe que no voy yo á perjudicar á sus intereses. En cuanto á lo demas, vayamos juntos ó separados, bien se entiende que no nos detiene tiempo ninguno, ufanos de llegar en estado de que nos pudiesen compadecer. Por desdicha nos veda Sofía este honor, y nos prohíbe venir con mal tiempo. Esta es la única vez que la encuentro rebelde á las reglas que secretamente le dicto.

Un dia que se habia ido solo y que yo no le aguardaba hasta el siguiente, le veo llegar aquella misma tarde, y le digo dándole un abrazo: ¡Qué, amado Emilio, te vuelves con tu amigo! Pero en vez de corresponder á mis alhagos, me dice un poco enfadado: no creáis que por mi gusto me vuelvo tan presto, que vengo contra mi voluntad. Ha querido que viniese; vengo por ella y no por vos. Enternecido con esa ingenuidad, le abrazo otra vez diciéndole: Alma franca, sincero amigo, no me robes lo que me pertenece. Si vienes por ella, por mí lo dices: tu vuelta es obra suya, pero tu franqueza es la mía. Conserva para siempre este candor de las nobles almas. Podemos dejar que piensen los indiferentes lo que quieran; pero es mi delito consentir que nos atribuya un amigo á mérito lo que por él no habernos hecho.

Mucho me guardo de envilecer á sus ojos el valor de esta confesion, encontrando en ella mas amor que generosidad, y diciéndole que no tanto se quiere quitar el mérito de esta vuelta como atribuírsela á Sofía. Pero del modo siguiente me manifiesta lo interior de su corazon, sin que él obre de caso pensado; si ha vuelto despacio, y soñando en sus amores, no es mas Emilio que el amante de Sofía; si llega de priesa, calcado, aunque murmurando entre dientes Emilio es el amigo de su Mentor.

Por estas circunstancias vemos que está muy distante mi mancebo de pasar su vida con Sofía, y de verla tanto cuanto quisiera, Un viage ó dos á la

semana limitan las licencias que le dan; y sus visitas, que muchas veces no son mas que de medio dia, rara vez llegan al siguiente. Mas gasta su tiempo en esperar verla, ó en darse el parabién de haberla visto, que en verla efectivamente. En el mismo que en sus viages emplea ménos está con ella que en acercarse á su amorada ó desviarse de ella. Verdaderos, puros, deliciosos, pero mas imaginarios que reales, sus contentos irritan su amor sin afeminar su corazon.

Los dias que no la vé, no está ocioso y sedentario; estos dias todavia es Emilio, y no está transformado. Las mas veces corre las campiñas inmediatas, sigue su historia natural, observa, examina las tierras, sus producciones, su cultura: compara con las labores que conoce las que ve; averigua los motivos de las diferencias; cuando juzga preferibles otros métodos á los del pais, se los enseña á los cultivadores; si propone una forma mejor de arado, la hace hacer conforme á su dibujo; si encuentra una veta de marga, les enseña su uso ignorado en el pais; muchas veces echa mano él mismo á la obra; se quedan atónitos de ver que maneja con toda facilidad que ellos propios sus herramientas, que zanja surcos mas profundos y mas derechos que los suyos, que siembra con mas igualdad, y dirige los arríales con mas inteligencia. No se mofan de él como de un elegante partero de agricultura, que ven que efectivamente la sabe. En una palabra, su zelo y sus afanes abrazan todo cuanto es de primera y general utilidad; y no se ciñe á ella. Visita las casas de los labradores; se informa de su estado, de sus familias, del numero de sus hijos, de la cantidad de sus tierras, la naturaleza de las producciones, su despacho, sus facultades, sus cargas, sus deudas, etc. Da poco dinero, sabedor de que por lo comun le emplean mal; pero deja él mismo su empleo, y hace que les aproveche, aun cuando no quieran. Les da operarios, y muchas veces les paga sus propios jornales para las labores que necesitan. Al uno le hace reparar ó tediar su choza medio derribada; al otro desmontar su tierra abandonada por falta de medios; á este otro le da una vaca, una mula, reses de todo género en vez de las que ha perdido: dos vecinos van á ponerse un pleito, los persuade, y los reconcilia y cae enfermo un aldeano, le hace cuidar, "y le cuida él propio ([130]); otro sufre la vejacion de un vecino poderoso, le ampara, y le da recomendaciones; dos jóvenes pobres se quieren, ayuda á casarlos; una infeliz muger ha perdido á su hijo querido, la va á ver, la consuela, no sale así que ha entrado: no se desdeña de los miserables; come muchas veces en casa de los rústicos que asiste,

tambien acepta convites en casa de aquellos que no le necesitan: haciéndose bienhechor de unos y amigo de otros, nunca cesa de ser su igual, Finalmente, tanto bien hace siempre con su persona como con su dinero.

Alguna vez dirige sus paseos hacia la venturosa mansión: pudiera esperar columbrar á hurtadillas á Sofía, verla paseando sin que ella le viese. Pero no gasta Emilio rodeos en su conducta, ni sabe ni quiere eludir nada. Tiene aquella amable delicadeza que con el buen testimonio de si mismo deja el amor propio y le alhaga. Emplee rigurosamente con su destierro, y nunca se acerca lo bastante para alcanzar del acaso lo que quiere deber á Sofía sola. En cambio vaga con gusto en las inmediaciones, buscando las huellas de los pasos de su amada, enterneciéndose con la pena que se ha tomado y las caminatas que por condescendencia con él ha querido hacer. La víspera de los días que la debe ver, entra en el caserío inmediato á disponer una merienda para el dia siguiente. Dirígese el paseo hacia esta parte sin que se deje de ver; entran como por casualidad, y se encuentran frutas, bollos, natas. No disgustan á la golosa Sofía estas atenciones, y da las gracias á nuestra prevision; porque siempre tengo yo parte en el cumplimiento, aunque ninguna haya tenido en la diligencia que le motiva, pero es una astucia de muchacha para dar las gracias con mas despejo. Su padre y yo comemos bollos y bebemos vino; pero Emilio forma rancho con las mugeres, siempre en acecho para coger algun plato de natas donde haya metido la cuchara Sofía.

Hablando de bollos, acuerdo á Emilio sus antiguas carreras. Quieren saber qué cosa eran estas carreras: lo esplico, se ríen, y le preguntan si sabe correr todavía. Mejor que nunca, responde; y sentiria mucho haberlo olvidado. Alguien de la compañia tendria mucha gana de verle correr, y no se atreve á decirlo; otro se encarga de la propuesta, la acepta: se hacen reunir dos mozos de las inmediaciones; se fija un premio, y para mas bien imitar los antiguos juegos, se pone un bollo encima de la nieta. Cada uno está pronto; el papa da la señal con una palmada. El ágil Emilio hiende el viento, y se encuentra al cabo de la carrera cuando apénas han echado á andar mis tres patanes. Recibe Emilio el premio de manos de Sofía; y no ménos generoso que Eneas, reparte dádivas á todos los vencidos.

En medio de los aplausos del triunfos se atreve Sofía á desafiar al vencedor, y se alaba de correr tan bien como él. No se niega Emilio á entrar en el palenque con ella; y miéntras que se dispone ella á la entrada de la carrera,

que remanga su vestido por ambos lados, y que con mas deseo de enseñar una pierna bien hecha á los ojos de Emilio que de vencerle en la palestra, examina si está bastante corta la ropa, dice él una palabra al oido ¿su madre, que se sonríe, y le hace una seña de aprobacion. Viene entónces á ponerse al lado de su concurrente; y apénas se ha dado la señal, cuando la vé que parte y vuela como un pájaro.

Las mugeres no tienen disposicion para correr; cuando huyen, es para que las alcancen. La carrera no es la única cosa que hacen sin maña, pero sí la única que ejecutan sin gracia: sus codos echados atras y pegados al cuerpo les dan una postura risible. No imaginándose Emilio que corriese Sofía mejor que otra muger, no se digna menearse de su sitio, y la ve partir con una burlona sonrisa. Pero Sofía es ligera, y lleva los zapatos sin talones; que no necesita de artificio para que se eche de ver lo pequeño de su pie; se adelanta pues con tal velocidad, que, para alcanzar á esta nueva Atalanta, apénas tiene el tiempo necesario, viéndola ya tan desviada. Parte en fin semejante al águila que sobre la presa se arroja; la sigue, casi la tropieza, la alcanza al cabo toda jadeando, le ciñe con suavidad el cuerpo con su brazo izquierdo, la levanta como una pluma, y estrechando con su pecho esta dulce carga, acaba así la carrera, hace que toque la primera á la meta, gritando luego: ¡victoria por Sofía! hinca ante ella una rodilla en tierra, y se reconoce vencido.

Con estas diversas ocupaciones se agrega la del oficio que hemos aprendido á lo ménos un dia á la semana, y todos aquellos en que no nos permite el mal tiempo salir al campo, vamos Emilio y yo á trabajar á casa de un maestro. No trabajamos por ceremonia como sugetos superiores á esta condicion, sino de veras y como verdaderos artesanos. Una vez que viene á vernos el padre de Sofía, nos encuentra trabajando, y no deja de contar con admiracion á su hija y á su muger lo que ha visto. Id á ver, les dice, á ese mancebo al taller, y vereis si tiene en poco la condicion del pobre. La que puede imaginar si oirá con gusto estas razones Sofía. Hablan de ello, quisieran cogerle trabajando. Me hacen preguntas como sobre cosa indiferente; y habiéndose informado del dia dijo, toman la madre y la hija un birlocho y el dia aplazado se vienen á la ciudad.

Al entrar en el obrador, descubre Sofía al otro estremo á un mancebo en chupa, el pelo atado con negligencia, y tan ocupado en lo que está haciendo, que no la ve: Detiénese, y hace una seña á su madre. Emilio; con un escoplo

en una mano, y el mazo en la otra, concluye una muesca; asierra luego una tabla, y pone una pieza de ella debajo del barrilete, para cepillarla. No hace reír este espectáculo á Sofía; la enternece, que, es respetable. Muger, honra á tu caudillo; él es quien trabala para tí, quien le gana el pan, quien te mantiene: ese es el hombre.

Miéntras que le están observando con atencion, reparo yo en ellas, tiro á Emilio por una manga, se vuelve, las ve, arroja sus herramientas, y se pone de un brinco junto á ellas dando un grito de júbilo. Despues de haberse entregado á sus primeros arrebatos, las hace sentar, y se vuelve á su trabajo. Pero Sofía no puede estar sentada y se levanta con viveza, anda todo el taller, examina las herramientas, toca lo pulimentado de las tablas, amontona astillas por el suelo, mira nuestras manos, y dice luego que le gusta este oficio, porque es limpio. La locuela tambien se prueba á imitar á Emilio. Con su débil y blanca mano empuja en la tabla el cepillo; resbala este y no agarra. Creo que miro al Amor riéndose en los aires y batiendo las alas; creo que le escucho alzar alegre el grito diciendo: *Hércules está vengado*.

La madre en tanto hace preguntas al maestro: ¿Señor maestro, cuanto paga Vm. á esos oficiales? Señora, les doy una peseta diaria á cada uno y de comer; pero si el jóven quisiera, mucho mas ganaria, porque es el mejor oficial de esta tierra. ¡Una peseta al dia y de comer! dice mirándonos enternecida la madre. Señora, eso mismo, replica el maestro. Al oír estas palabras, corre hacia Emilio, le abraza, le estrecha su mano, vertiendo lágrimas, y sin poder atender otra cosa que repetir muchas veces: ¡hijo mio, ó hijo mio!

Despues de haber pasado un rato en conversacion con nosotros, pero sin dejar el trabajo, vámonos, dice la madre á la hija, que se hace tarde, y nos estarán aguardando. Arrimándose luego á Emilio, y dándole una palmadita en la mejilla, le dice: ¿y bien, buen oficial, no quiere Vm. venirse con nosotras? El responde con voz muy triste: tengo dada mi palabra, dígaselo Vm. al maestro. Preguntan al maestro si quiere dejarnos ir, y responde que no puede. Tengo, dice, obra que urge, y que es preciso que la entregue pasado mañana, Contando con estos señores, he despedido otros oficiales que se me han presentado; si me fallan, no sé donde haré otros, y no podré entregar la obra el dia que he prometido. No replica la madre, y espera á que hable Emilio. Emilio baja los ojos y calla. ¿Caballero, le dice estrañando algo este

silencio, no tiene Vm. nada que replicar? Emilio mira con tiernos ojos á la hija, y responde solo estas palabras: ya ve Vm. que es fuerza que le quede. Con esto se van las señoras y nos dejan, Emilio las acompaña hasta la puerta, las sigue con los ojos hasta perderlas de vista, y se vuelve á su trabajo sin decir palabra.

En el camino, picada la madre habla á su hija de la rareza de este modo de proceder. ¿Qué, dice, tan dificultoso era contentar al maestro sin estar obligado á quedarse? ¿un mozo tan pródigo, que tira sin necesidad el dinero, no le sabe hallar en los lances que se necesita? Mama, responde Sofía, no quiera Dios que atribuya nunca Emilio tanto poder al dinero, que se sirva de el para romper sus empeños personales, para violar con impunidad su palabra, y hacer que viole otro la suya, bien sé que con facilidad resarciria al artesano del ligero perjuicio que le causara su ausencia; pero esclavizaria, haciéndolo así, su alma á las riquezas, se acostumbraria á subrogarlas en lugar de sus obligaciones, y á creer que aquel que paga de todo está dispensado. Otro modo de pensar tiene Emilio, y espero no ser yo causa de que le mude, Cree Vm. qué no le ha costado nada el quedarse? No se equivoque Vm. mama, por mí se ha quedado; bien me lo han dicho sus ojos.

No quiero decir esto que sea indulgente Sofía acerca de los verdaderos obsequios del amor; muy al contrario, es imperiosa, mal contentadiza, y mas quisiera no ser amada que serlo con medianía. Tiene la noble soberbia del mérito que se reconoce, se estima, y quiere ser honrado como él se honra. Se desdeñara de un corazon que no conociese todo lo que vale el suyo, que no la amase tanto y mas por sus virtudes como por sus embelesos; de un corazon que no prefiriese á ella su propia obligacion, y ella á cualquiera otra cosa. No ha querido un amante que no conociera otra ley que la suya: quiere reinar en un hombre que no haya desfigurado. Así desdeña Circe á los compañeros de Ulises que ha envilecido; y se entrega á él solo que no ha podido mudar de figura.

Pero dejando aparte este inviolable y sagrado derecho, escesivamente zelosa de todos los suyos, Sofía acecha con que escrupulosidad los respeta Emilio, con que fervor cumple con sus voluntades, con que maña las adivina, con que vigila la llega en el instante que le ha prescrito: no quiere ni que retarde, ni que se adelante, quiere que sea despacio. Adelantarse es preferirse á ella; retardar es desatenderla, á desatender á Sofía! No le suced-

eria dos veces. La injusta sospecha de una sola estuvo en poco de perderlo todo pero Sofía es justa, y sabe reparar sus agravios.

Nos esperan una tarde: Emilio ha tenido la órden. Vienen á recibirnos, y no llegamos. ¿Qué se han hecho? ¿Qué desgracia les ha sucedido? ¡Nadie de su parte! Pasase la prima noche esperándonos. La pobre Sofía cree que nos hemos muerto; se desconsuela, se afana, se le va la noche entera en llorar. Al anochecer, habían despachado un mensajero para informarse de nosotros, y que trajera noticias nuestras al otro dia por la mañana: vuelve este en compañia de uno de nuestra parte disculpándonos verbalmente, y diciendo que estamos buenos. Poco despues llegamos nosotros mismos. Entónces varia la escena: enjuga Sofía sus lágrimas, ó si las vierte, son de rabia. Nada ha grangeado su altivo corazon con tranquilizarse acerca de nuestra vida: vive Emilio, y ha hecho que le esperara ella en balde.

Cuando llegamos, se quiere encerrar le mandan que se esté quieta, y tiene que obedecer, pero al momento se resuelve en lo que ha de hacer, afecta un semblante sereno que á otros engañarla. Viene su padre á recibirnos, y nos dice: mucha zozobra han causado Vms. á sus amigos: personas hay aquí que no se lo perdonarán con facilidad. ¿Pues quién, papa? responde Sofía, afectando la mas halagüeña risa que puede fingir. ¿Qué te importa, replica su padre, con tal que no seas tú? No chista Sofía y baja los ojos á su labor. Su madre nos recibe con ademan frio y estudiado: Emilio cortado no se atreve á acercarse á Sofía. Esta le habla, le pregunta como está y le convida á que se siente, y de tal manera disimula que el pobre mozo, que todavia no sabe el idioma de las vehementes pasiones, se alucina con esta serenidad, y casi le falta poco para quedar picado con ella.

Para desengañarle voy á coger de la mano á Sofía, y quiero llevármela á la boca como hago algunas veces: la retira atropelladamente diciéndome *caballero* con un tono tan raro, que este involuntario movimiento la deja al instante sin disfraz á los ojos de Emilio.

La misma Sofía viendo que está descubierta se violenta menos. Su aparente serenidad se convierte en un irónico menosprecio á todo cuanto le dicen responde con palabras monosílabas pronunciadas con lenta y mal sentada voz, y como temerosa de que se deje ver en demasía en ellas el acento de la indignacion. Medio muerto Emilio de susto, La mira con dolor, y procura lograr que ponga los ojos en los suyos, para que mas bien lea en el-

los sus verdaderos afectos. Mas irritada Sofía con su confianza, le lanza una mirada que le quita todo deseo de solicitar otra. Cortado, trémulo Emilio, por fortuna suya, no se atreve ni á mirarla, ni á hablarle; porque, aunque no hubiera tenido culpa, si hubiera podido aguantar su enojo, jamas se lo hubiera ella perdonado.

Viendo entónces que ha llegado mi vez, y que es tiempo de ésplícarme, vuelvo á Sofía. Cojo otra vez su mano que ya no retira, porque le falta poco para desmayarse, y le digo con suavidad: Amada Sofía, somos desgraciados; pero vos sois racional y justa, y no nos juzgareis sin oírnos: escuchadnos. No responde y hablo así:

«Salimos ayer á las cuatro; se nos á habia mandado estar aquí á las siete, y siempre nos tomamos mas tiempo del que nos es necesario, descansar cuando llegamos cerca. Ya habíamos andado los tres cuartos del Camino, cuando vinieron á nuestros oidos unas dolorosas lamentaciones, que salian de la garganta de una á corta distancia de nosotros. Atendimos á los gritos, y encontramos á un desventurado aldeano que, volviéndose de la ciudad un poco bebido, habia dado tan terrible caída de su caballo, que se habia roto una pierna. Damos voces, llamamos á gente; nadie responde: probamos á montar otra vez á caballo al herido, y no lo podemos conseguir: al menor menor movimiento, sufre el desventurado horribles dolores. Nos resolvemos á atar el caballo en lo apartado del bosque; formando luego una litera con nuestros brazos, cargamos en ellos al estropeado y le llevamos lo mas despacio que podemos, siguiendo sus indicaciones por el camino que era menester andar para ir á su casa. Era larga la travesía, fué preciso que muchas veces descansásemos. Al fin llegamos rendidos de fatiga y amargamente sorprendidos vemos que ya sabíamos la casa, y que el miserable que con tanto afan trabajamos era el mismo que tan cordialmente nos habia recibido el dia de nuestro arribo aquí. Con la comun turbacion de todos no nos habíamos hasta entónces conocido.

No tenia mas que dos criaturas chicas. Su muger que estaba para parir la tercera, se asustó de modo, cuando le vió llegar, que se sintió con agudos dolores, y parió á pocas horas. ¿Qué podíamos en este estado hacer en una apartada choza donde no era posible esperar socorro ninguno? Resolvióse Emilio á ir á buscar el caballo que habíamos dejado en el bosque, montarle, si y correr á rienda suelta á llamar un cirujano en la ciudad. Dió al cirujano el caballo; y no habiendo podido encontrar con bastante prontitud una

muger que los atendiese, se volvió á con un criado, despues de haberos despachado un propio; miéntras que yo como os lo podeis figurar, entre un hombre con la pierna rota, y una muger de parto; disponia en la casa todo cuanto podia prever que pudiera necesitarse para el alivio de ambos.

No os referiré menudamente lo demas no se trata de eso. Las dos de la madrugada eran ántes que hubiésemos sosegado u instante ni uno ni otro.

Finalmente, hemos llegado ántes del amanecer á nuestro albergue aquí inmediato, donde hemos esperado la hora de que estuvieseis despierta, para darnos cuenta de nuestro accidente.»

Callóme sin decir mas palabra. Pero, ántes que nadie responda, Emilio se acerca á su amada, y con mas entereza de lo que hubiera yo creído, le dice: Sofía, árbitro sois de mi suerte, bien lo sabeis. Podeis darme la muerte de pesar; mas no espereis que hayáis de hacer que me olvide de los derechos de la humanidad, que son para mi mas sacrosantos que los vuestros, y nunca por vos renunciaré de ellos.

En vez de responder Sofía á estas palabras, se levanta, le ciñe su brazo al cuello, le da un beso en la mejilla, y agarrándole luego la mano, le dice: Emilio, toma esta mano, tuya es. Sí, cuando quieras, esposo y dueño mio, yo procuraré merecer ese honor.

Apenas le ha abrazado, cuando embelesado su padre da palmadas gritando, *otro, otro;* y Sofía, sin hacerse de rogar, le da al instante dos besos en la otra mejilla; pero, casi al momento, asustada con lo que acaba de hacer, se arroja en los brazos de su madre, y en el seno maternal esconde su semblante inflamado con la vergüenza.

No describiré el comun júbilo; todo el mundo se le puede figurar. Despues de comer, pregunta Sofía si está muy lejos la casa de los pobres enfermos, para irles á ver. Sofía quiere, y es una obra de caridad. Vamos allá, y los encontramos en dos camas separadas; Emilio habia hecho traer una: hallamos junto á ellos gente que los cuida; Emilio la habia buscado. No obstante ambos están tan mal arreglados, que tanto padecen con su incomodidad como con su situacion. Sofía hace que le den un delantal de la buena muger, y la va á poner bien en su cama; lo mismo hace luego con el hombre; su ligera y suave mano sabe hallar todo cuanto los lastima, y hacer que descansen mas blandamente sus doloridos miembros. Ya se sienten alivia-

dos cuando ella se acerca: dirías que adivina todo lo que les hace mal. Esta tan delicada doncella no tiene asco ahora ni de la suciedad, ni del mal olor, y sabe hacer que ambas cosas desaparezcan, sin valerse de nadie, y sin incomodar á los enfermos. Ella que siempre vemos tan modesta y á veces tan desdeñosa, que por el mundo enteró no hubiera tocado con la estremidad del dedo á la cama de un hombre, menea y da vueltas al lastimado sin escrúpulo ninguno, y le pone en situacion mas cómoda, para que pueda permanecer en ella mucho tiempo. El fervor de La caridad equivale con ventajas por la modestia: lo que hace, lo hace con tal maña y ligereza, que se siente el enfermo aliviado, casi sin conocer que le ha tocado. De consuno bendicen el marido y la muger á la amable niña que los sirve, los complace; y los consuela. Es un angel del cielo que les envía. Dios; tiene una cara y gracia angélica, tiene la dulzura y la bondad de un angel. Enternecido Emilio la contempla silencioso. Hombre, ama á tu compañera: Dios te la da para consolarte en tus penas, para aliviarte en tus males: esa es la muger.

Se bautiza el recien nacido. Los dos amantes son los padrinos, ansiando en lo interior de su corazon por proporcionar en breve el mismo ministerio á otros. Anhelan por el deseado instante; ya creen que tocan á él: todos los escrúpulos de Sofía están removidos; pero empiezan los míos. No han llegado aun adonde creen: Es menester que á cada uno le venga su vez.

Una mañana que no se habían visto dos dias hacia, entro en el cuarto de Emilio con una carta en la mano, y le digo mirándole de hito en hito: ¿Qué hicierais si os dijesen que se ha muerto Sofía? Da un terrible grito, se levanta dando palmadas, y sin decir palabra me mira con desatentados ojos. Responded, prosigo con la misma tranquilidad. Enfurecido entónces con mi serenidad, se acerca, inflamados los ojos enrabia; y deteniéndose en postura casi amenazadora: ¿Qué haría?....No lo sé, pero lo que sé es que no volveria en mi vida á ver á quien me lo hubiese dicho. Sosegaos, respondo sonriéndome, que vive, está buena, piensa en vos, y nos aguarda esta tarde. Pero vamos á dar un paseo, y hablaremos.

La pasion que le preocupa no le permite abandonarse como ántes á conferencias de mero raciocinio; es preciso interesarle por esta pasion misma, para que atienda á mis lecciones. Eso es lo que en este terrible preámbulo he hecho; ahora estoy cierto de que me escuchará.

Preciso es ser feliz, amado Emilio; ese es el fin de todo ser sensible, ese el o primer deseo que nos imprime la naturaleza, y el único que nunca nos abandona. Pero ¿donde está la felicidad? ¿Quién lo sabe? Todos la buscan, á y ninguno la halla. Gastamos la vida corriendo en pos de ella; y nos morimos sin alcanzarla. Querido mancebo, cuando así que naciste, tomándote en mis o brazos, y atestiguando con el Ser supremo el empeño que no atrevia á contraer, sacrifiqué mi vida á la felicidad de la tuya, ¿supe yo mismo á lo que me obligaba? solo sabia que haciéndole feliz estaba cierto de serlo yo. Haciendo esta útil investigacion para tí, la hacia comun de los dos.

Mientras que no sabemos lo que debemos hacer, consiste la sabiduria en permanecer en la inaccion. Entre todas las máximas esta es la que necesita mas el hombre, y la que ménos sabe seguir. Buscar la felicidad sin saber donde se halla, es aventurarse á huir de ella; y correr otros tantos peligros contrarios, cuantos sendas hay para descarriarse. Pero no es dado á todo el mundo el soler estarse quieto. En la inquietud que á nos causa el ansiado nuestro bien es gritar, mas.

Con La misma ignorancia probé evitar el mismo yerro. Anidando de tí, resolví no dar un paso inútil, y esperar que tú le dieras. No salí de la senda de la naturaleza, entre tanto que esta me enseñaba la de la felicidad. Ha sucedido que era una misma, y que sin pensar á en ello la habia seguido.

Sé mi testigo; sé mi juez; nunca te recusaré. No han sido tus años primeros sacrificados á los que debían seguirlos, y has disfrutado de cuantos bienes te habia dado la naturaleza. De los cuales que te sujeté, y de que te he podido preservar, solo has sentido aquellos que para los demas te podían endurecer, y nunca has padecido ninguno, que no fuera por evitar otro mayor. Ni el odio ni la esclavitud has conocido. Contento y libre, has permanecido justo y bueno, porque son inseparables la pena y el vicio, y nunca se hace malo el hombre hasta que es desdichado. ¡Ojalá que la memoria de tu infancia se prolongue hasta tus ancianos años! No temo que se acuerde nunca de ella tu buen corazon sin dar alguna bendicion á la mano que la gobernó.

Cuando llegaste á la edad de razon, te preservé de la opinion de los hombres; cuando se hizo sensible tu corazon, le preservé del imperio de las pasiones. Sí esta interior bonanza hubiera podido dilatarla hasta el fin de tu vida, hubiera yo asegurado mi obra, y serías siempre feliz cuanto puede un

hombre serlo: pero en balde, amado Emilio, he templado en la Estigia tu alma, que no he podido por todas partes hacerla invulnerable á un nuevo enemigo se suscita, que todavía no has aprendido á vencer, y de que ya no puedo liberarte. Este enemigo eres tú mismo, libre te habían dejado la naturaleza y la fortuna. Podias aguantar la miseria, podías sufrir los dolores corporales, no conocías los del ánimo; con nada mas estabas ligado que con la condicion humana, y ahora lo estás á todos los vínculos con que tú te has amarrado; aprendiendo á desear, te has hecho esclavo de tus deseos. Sin que nada mude en tí, sin que te ofenda nada, sin que nada toque á tu ser, ¡cuantos dolores pueden atacar tu ánimo! ¡Cuantas mugeres, puedes sentir sin estar enfermo! ¡cuantas muertes, padecer sin morir! Una mentira, un error, una duda, puede conducirte á la desesperacion.

Veias en el teatro á los héroes, entregados ¿vehementes dolores, hacer resonar con sus desatinados clamores la escena, afligirse como mugercillas, llorar como criaturas, y merecer así los públicos aplausos. Acuérdate del escándalo que estas lamentaciones, estos clamores, estas quejas te causaban en los hombres de quienes solo debian esperarse actos de constancia y entereza.

¡Qué, decias indignado, son esos los ejemplos que nos presentan para que sigamos, los dechados que ofrecen nuestra imitacion. ¿Se temen que no sea harto mezquino, harto desventurado, harto flaco el hombre, si todavía no vienen á tributar inciensos á su riqueza bajo la mentida imagen de la virtud? Caro mancebo, sé mas indulgente de hoy en adelante con la escena, que ya eres uno de sus héroes.

Sabes padecer y morir, sabes aguantar la ley de la necesidad en los males físicos; pero todavía no has impuesto leyes á los apetitos de tu corazon; y los disturbios de nuestra vida mas nacen de nuestras afecciones que de nuestras necesidades. Vastos son nuestros deseos, y nuestra fuerza casi nula. Conexo está el hombre con mil cosas por lo que anhela, y por sí propio no lo está con nada, ni aun con su misma vida; cuanto mas aumenta sus vínculos, mas multiplica sus penas. Todo pasa rápidamente por la tierra: todo cuanto amamos, tarde ó temprano ha de huirnos, y nos agarramos á ello á como si hubiera de durar siempre.

¡Qué terror con sola La sospecha de la muerte de Sofía Pues has contado con que habia de vivir siempre? ¿No se muere ninguna de su edad? De

morir tiene, hijo mio, y acaso ántes que tú. ¿Quién sabe si ahora mismo está viva? La naturaleza te habia sujetado á una muerte sola; tú le sujetas á la segunda, y te hallas en caso de morir dos veces.

¡Sujeto de esta suerte á tus desarregladas pasiones, cuan digno vas á vivir de compasion? Privaciones siempre, pérdida siempre, y siempre sobresaltos; nunca disfrutarás ni aun de lo que te hubieren dejado. El temor de perderlo todo te estorbará que nada poseas; y por no haber querido seguir mas que tus pasiones, nunca podrás satisfacerlas. Siempre ansiarás por el sosiego, y siempre huirá delante de tí; serás miserable, y te tornarás malo. ¿Y como pudieras no serlo, cuando no tienes otra á ley que tus desenfrenados deseos? ¿Si las privaciones involuntarias no puedes aguantarlas, como te las has de imponer voluntarias? ¿Como has de saber sacrificar tu inclinacion á lo que debes, y por escuchar tu razon resistir á tu corazon? ¿Tú que ya no quieres ver á quien te dijese la muerte de tu amada, como habías de ver á quien quisiera si quitártela viva, á quien se atreviese á si decirte: para tí es muerta, la virtud te aparta de ella? Si es fuerza que vivas con ella en cualquier evento, sea ó no casada Sofía, seas tú libre ó no lo seas, ámele ella ó aborrézcate, otorguentela ó niegúentela, nada importa, que tú la quieres, fuerza es que á cualquiera precio la poseas. Dime pues ¿en qué delito se para el que no sigue otras leyes que los ímpetus de su corazon, ni sabe resistir, á nada de cuanto desea?

Hijo mio, no hay felicidad sin valor, ni hay virtud sin lid. La voz, *virtud* viene de *fuerza;* la fuerza es la basa de toda virtud. La virtud solamente pertenece á un ser flaco por su naturaleza y fuerte por su voluntad y aunque llamemos bueno á Dios, no le llamamos virtuoso, porque para obrar bien no necesita esfuerzos, He aguardado á que estuvieses en estado de entenderme, para esplicarte esta palabra tan profanada. Poca necesidad hay de conocer la virtud, cuando no cuesta nada el practicarla. Llega esta necesidad, cuando se despiertan las pasiones, y ya para tí es llegada.

Educándote con toda la sencillez de la naturaleza, en vez de predicarte penosas obligaciones, te he preservado de los vicios que estas obligaciones las hacen penosas; no tanto hecho que aborrecieses la mentira como que te fuera inútil; no tanto te he instruido para cada uno lo que es suyo, como á no curarte de lo ageno, y mas bien he hecho que fueses bueno que no virtuoso. Pero el que solamente es bueno no subsiste tal sino en cuanto halla

gusto en serlo: la bondad se rompe y perece con el choque de las humanas pasiones; el hombre que no es mas que bueno, solo es bueno para sí.

¿Pues quién es el varon virtuoso? Aquel que sabe vencer sus afectos; porque sigue entónces su razon, su conciencia; cumple con su obligacion, se mantiene en el órden, y nada puede desviarle de él. Hasta aquí solo eras libre en la apariencia; solo poseias la precaria libertad de un esclavo á quien á nada han mandado. Sé ahora libre en efecto, aprende á enseñorearte de tí: manda, Emilio, en tu corazon, y serás á virtuoso.

Este es otro aprendizage que te falta por hacer, aprendizage mas penoso que el primero: porque la naturaleza nos liberta de los males que nos impone, ó nos enseña á sufrirlos; pero nada nos dice en aquellos que nos vienen de nosotros, que á nosotros propios nos abandona; nos deja que, victimas de nuestras pasiones, nos rindamos á nuestros vanos dolores, y todavía nos ufanemos con llantos que debieran sonrojarnos.

Esta es tu pasion primera, y esta acaso la única que de tí sea digna. Si sabes regirla como varon, será la postrera; sojuzgarás todas las demas, y solo obedecerás á la virtud.

No es culpada esta pasion, bien lo sé; es tan pura como las almas que la sienten. Formada por la honestidad, le ha dado pábulo la inocencia. ¡Venturosos amantes! en vosotros los embelesos de la virtud no hacen mas que aumentar los del amor, y el suave yugo que os espera no es monos recompensa de vuestro recato que de vuestro cariño. Mas dime, hombre sincero, ¿no te ha sojuzgado esa pasion tan pura? ¿no te ha hecho esclavo? ¿y si mañana dejara de ser inocente, desde mañana la sofocarias? Ahora es el punto de probar tus fuerzas, que no es ya tiempo cuando es preciso emplearlas. Lejos del peligro se han de hacer estas arriesgadas pruebas. No se ejercita el soldado para las lides en presencia de enemigo, que se dispone para ellas ántes de la guerra, y se presenta ya preparado.

Error es distinguir las pasiones en lícitas y vedadas, para abandonarse á las primeras y negarse á las otras. Todas son buenas para quien las domina, todas malas para aquel que se sujeta á ellas, lo que nos veda la naturaleza, es esplayar nuestros vínculos mas allá de nuestras fuerzas; lo que nos veda la razon, es querer lo que no podemos alcanzar; lo que nos veda la conciencia, no son las tentaciones, sino dejarnos vencer de ellas. No pende de nosotros tener ó no pasiones, pende, sí, el reinar en ellas. Todos los afectos

que dominamos son legítimos, y todos cuantos nos dominan delincuentes. No comete culpa un hombre en amar la muga agena, si ésta malhadada pasion la sujeta á la ley de la obligacion; pero la comete en amar á su muger propia á punto que todo lo sacrifique á este amor.

No esperes de mí largos preceptos de moral, uno solo tengo que darte, y ese comprende todos los demas. Sé hombre; ciñe tu corazon dentro de los limites de tu condicion. Estudia y conoce estos límites; por mas estrechos que sean, nadie es infeliz miéntras que se encierra en ellos; aquel lo que quiere pisarlos; aquello es que; en sus desatinados deseos, coloca en la clase de los posibles lo que no lo es; aquel lo es quede su estado de hombre se olvida para fraguarse otro imaginario, del cual siempre recae en el suyo. Aquellos bienes á que creemos tener derecho son los únicos en la privacion nos sea costosa. La imposibilidad evidente de alcanzarlos nos desprende de ellos, y no nos atormentan los deseos sin esperanza. No se afana por la ansia de ser rey un pordiosero, ni quiere ser Dios un rey, miéntras no presume ser mas que hombre.

El manantial de nuestros mayores males son las ilusiones del orgullo; pero la contemplacion de la miseria humana siempre hace moderado al sabio.

Se mantiene en su puesto, no se agita por salir de él, no gasta inútilmente sus fuerzas por disfrutar lo que no puede conservar; y empleándolas todas en la entera posesion de lo que tiene, es efectivamente mas poderoso y mas ideo en todo cuanto desea ménos que nosotros. ¿Yo, ser mortal y deleznable, me he de enlazar con nudos perdurables á esta tierra donde todo muda, todo huye, y de donde mañana desapareceré? ¡O Emilio, ó hijo mio! ¿si te perdiera, qué me quedaria de mí? Es menester empero que aprenda á perderte; ¿porque quién sabe cuando me serás robado?

¿Quieres por tanto vivir feliz y sabio? no apegues sin reserva tu corazon mas que á la beldad que nunca muere: que tu condicion ciña tus deseos; antepon tu obligacion á tus inclinaciones; esplaya la ley de la necesidad á las cosas morales; aprende á perder lo que te pueden quitar; aprende á dejarlo todo cuando lo manda la virtud, á hacerte superior á los sucesos, á desprender tu corazon sin que estos te le despedacen, y á ser esforzado en la adversidad para no ser nunca miserable, á ser entero en tu obligacion para no ser nunca delincuente. Entónces á despecho de la fortuna serás feliz., y sabio á

despecho de las pasiones: entónces encontrarás en la misma posesion de los bienes frágiles un deleite que nada podrá perturbarle, los poseerás sin que te posean, y sentirás que á hombre de quien todo huye, solo goza de aquello que sabe perder. Es cierto que no tendrás la ilusion de los imaginarios contenlos; tampoco tendrás las penas que son fruto de ellos. De esto cambio sacarás mucha grangería, porque los trabajos son reales y frecuentes, los contentos raros y vanos. Y cocedor de tantas engañosas opiniones, tambien lo serás de la que tanto precio atribuye á la vida; vivirás la tuya sin turbacion, y la concluirás sin susto; te desprenderás de dia como de todas las cosas. Piensen sobrecogidos otros de horror que cesan de existir cuando la dejan; instruido tú de su nada, creerás que comienzas. Es la muerte el fin de la vida del malo, y el principio de la del justo.

Emilio me escucha con una atencion mezclada con zozobra, temiendo de este preámbulo alguna conclusion siniestra. Presiente que habiéndole manifestado la necesidad de ejercitar la fuerza de ánimo, le quiero sujetar á este duro ejercicio; y como el herido que al ver que se acerca el cirujano se estremece, ya cree sentir en su llaga la mano dolorosa, aunque saludable, que estorba que se agangrene.

Irresoluto, perturbado, ansioso por saber adonde quiero ir á parar, en vez de responder, me pregunta, mas con miedo. ¿Que hay que hacer? me dice casi temblando, y sin atreverse á alzar los ojos. Lo que hay que hacer, le respondo con voz entera, es que es preciso dejar á Sofía. ¿Qué decis? esclama arrebatado: ¡dejar á Sofía! ¡abandonarla, engañarla, ser un aleve, un picaro, un perjuro!.... ¿Qué, le replico interrumpiéndole, teme Emilio el aprender de mi á merecer esos nombres? No, continúa con el mismo Ímpetu, ni de vos, ni de nadie; que yo sabré, en despecho de vos, conservar vuestra obra; sabré no merecerlos.

Aguardaba esta primera furia; y la dejo que pase sin alborotarme. Si no tuviese la moderacion que á él le predico, mal me caeria el predicársela. Sobrado conocido me tiene Emilio para que me crea capaz de exigir de él nada que sea malo, y bien sabe que obraria mal dejando á Sofía, en el sentido que él entiende esta voz. Por tanto aguarda en fin á que yo me esplique. Entónces vuelvo á tomar el hilo de mi discurso.

¿Pensais, amado Emilio, que pueda ser un hombre, en cualquiera situacion, u que se encuentre, mas feliz que vos lo sois tres meses hace? Si lo

pensáis, desengañaos. Antes de gozar los deleites de la vida teneis ya exhausto el vaso de la felicidad. Nada mas hay de lo que habeis gozado. La felicidad de los sentidos es transitoria; el estado habitual del corazon siempre pierde con ella. Mas habeis gozado por la esperanza que nunca gozareis en la realidad. La imaginacion que atavia todo cuanto desea; lo abandona en la posesion. Escepto el único ser existente por sí mismo;, no hay otro cosa lacrimosa que lo que no existe. Si hubiera podido durar siempre este estado, habriais hallado la suma felicidad. Pero todo cuanto pende del hombre se resiente de su caduquez; todo es finito, todo efímero en la vida humana; y aun cuando el estado que nos hace felices durara sin cesar, el hábito de gozarle nos quitara el gusto de poseerle. Si nada muda en lo esterior, muda el corazon; nos deja la dicha, ó la dejamos nosotros.

Durante vuestro delirio corria el tiempo que vos no mediais. El verano se acaba, y se acerca el hibierno. Aun á cuando pudiéramos continuar nuestras caminatas en tan áspera estacion, no nos lo consentirían. Fuerza es, á despecho nuestro, mudar de modo de vivir, porque este no puede durar mas. En vuestros ojos impacientes veo que no os detiene mucho esta dificultad: el consentimiento de Sofía y vuestros propios deseos os dictan medio fácil para evitar la nieve y no tener mas viajatas que hacer para ir á verla. Sin duda es cómodo el espediente, pero venida la primavera se derrite la nieve, y subsiste el matrimonio; y es necesario pensarlo bien para todas las estaciones del año.

¡Quereis casaros con Sofía, *y* no hace aun cinco meses que la conoceis! Quereis casaros con ella, no porque os conviene, sino porque os agrada, como si nunca el amor se engañara acerca de las conformidades, y como si los que empiezan amándose nunca acabara aborreciéndose. Es virtuosa, bien lo se: ¿hasta con eso? ¿hasta con ser personas honradas para convenirse? no es su virtud lo que pongo en duda, que es su carácter. ¿Se manifiesta en un dia el de una muger? ¿Sabeis en cuantas situaciones es preciso verla para conocer á fondo su índole? ¿Os responden cuatro meses de cariño de la vida entera? Dos meses de ausencia harán acaso que se olvide de vos; acaso otro solamente espera á que esteis lejos para borraros de su pecho; acaso cuando volváis la encontrareis tan indiferente como hasta ahora la habeis hallado sensible. Los afectos no penden de los principios; puede seguir siendo muy honrada. Y no dejar de amaros. Será constante y fiel, me inclino á creerlo; ¿pero quién os responde de ella, y quién responde á ella de

vos, miéntras que no os hayais visto á prueba? ¿Para hacer esta prueba, esperareis á que sea inútil? ¿Para conoceros, esperareis á cuando no podáis separaros?

No tiene aun Sofía diez y ocho años; y apénas habeis cumplido vos los veinte y dos; esta edad es la del amor, pero no la del matrimonio. ¡Que padre y madre de familias! ¡Ha! para saber educar niños, aguardad á lo ménos á que no lo seáis. ¿Sabeis de cuantos jóvenes han debilitado la constitucion, entregando la salud, y acortado la vida las fatigas de la preñez sufridas ántes de tiempo? ¿Sabeis cuantos niños, por no haber tomado su primera sustancia en un cuerpo bastantemente hecho, se han quedado endebles y enfermizos? Cuando crecen á la par la madre y el hijo, y se divide la sustancia necesaria para el incremento de cada uno de los dos, ni á uno ni á otro lo cabe lo que le destina la naturaleza: ¿pues como es posible que no padezcan entrambos? O tengo muy mal conocido á Emilio, ó mas querrá tener más tarde hijos y muger robustos, que contentar su propia impaciencia á costa de la vida y la salud de ellos.

Hablemos de vos. ¿Aspirando al estado de esposo y padre, teneis bien meditadas las obligaciones de tal? Haciéndoos cabeza de familia, os vais á hacer miembro del estado. ¿Y que es ser miembro del estado? ¿lo sabeis? Habeis estudiado vuestras obligaciones de hombre, pero las de ciudadano, ¿las conoceis? ¿sabeis que cosa es gobierno, leyes, patria? ¿Sabeis á qué preció os es licito vivir, y por quién debeis morir? Creeis que todo lo habeis aprendido, y nada sabeis aun. Antes de tomar asiento en el órden civil, aprended á conocerle, y á á saber qué puesto os conviene en él.

Emilio es preciso dejar á Sofía: no digo abandonarla; si de ello fuerais capaz y mucha dicha fuera la suya en no casarse con vos: es preciso dejarla para volver digno de ella. No seais tan vano que creáis ya haberla merecido. ¡O!, cuanto os falta quehacer! Venid á desempeñar esta noble tarea; venid á aprender á sufrir la ausencia; venid á ganar el premio de la fidelidad, para que á de vuelta podais honraros con alguna o cosa junto á ella, y pedir su mano, no como una gracia; sino como una recompensa.

Todavía visoño en lidiar contra sí propio, inesperto aun en desear una cosa y querer otra, no se rinde el mancebo, resiste, disputa ¿Por qué se ha de negar á la felicidad que le espera? ¿No fuera desdeñar la mano con que le brindan, tardar en aceptarla? ¿Que necesidad hay de apartarse de ella para

instruirse en lo que dicte saber? ¿Y aun cuando así fuese necesario, por qué no le ha de dejar en indisolubles viéndolos la prenda segura de su vuelta? Sea su esposo; y está dispuesto á seguirme; únanse, y la deja sin temor....

¡Uniros para dejaros, querido Emilio, que contradiccion! Cosa hermosa es que pueda vivir un amante sin su dama, pero un marido no debe dejar sin necesidad á su muger. Veo que para sanar vuestros escrúpulos, han de ser vuestras dilaciones involuntarias: es menester que podáis decir á Sofía que la dejais contra vuestra voluntad. Bien está, satisfaceos, y pues no obedeceis á la razon, reconoced otro dueño. No os habeis olvidado del empeño que conmigo teneis contraído, Emilio, es preciso dejar á Sofía: yo lo mando.

A estas palabras baja la cabeza, se calla, está pensativo un rato, y mirándome luego con entereza me dice; ¿Cuando nos vamos? Dentro de ocho dias le respondo; es preciso disponer á Sofía para esta partida. Las mugeres son mas flacas, y se les deben mas contemplaciones; y como esta ausencia no es para ella una obligacion, como lo es para vos, le es lícito sufrirla con ménos ánimo.

Tentado estoy á prolongar hasta la separacion de mis dos jóvenes el diario de sus amores; pero hace mucho tiempo que abuso de la indulgencia de mis lectores: acortemos para acabar alguna vez. Se atreverá Emilio tener á los pies de su dama la misma entereza que acaba de manifestar á su amigo? Yo así lo creo; de la misma verdad de su amor debe sacar esta entereza. Mas confuso estuviera en su presencia si ménos costoso le fuese el dejarla; la dejara como culpado, y este papel siempre es arduo para un corazon honrado: cuanto mas le cuesta el sacrificio mas se honra con él á los ojos de la que se le hace tan penoso. No teme que su amada se equivoque acerca del motivo que le determina, y parece que con cada mirada le dice: ¡O Sofía lee dentro de mi pecho, y sé fiel: no es tu amante un hombre sin virtud.

Por su parte procura la altiva Sofía sufrir con dignidad el imprevisto tiro asestado contra ella. Se esfuerza á mostrar una aparente insensibilidad; pero no teniendo, como Emilio, la honra de lidiar y vencer, se sustenta ménos su entereza. Llora, gime á su despecho, y el temor de ser olvidada hace mas acerbo el dolor de la separacion. No llora delante de su amante, no le muestra á él sus temores, ántes se ahogara que dejar que se le fuera en su presencia un suspiro; yo soy quien escucho sus querellas, quien vea sus lágrimas, á quien afecta tener por confidente. Las mugeres son astutas, y se saben dis-

frazar: cuanto mas murmura en su interior contra mi tiranía, mas se esmera en acariciarme; que conoce que está su destino en mis menos.

La consuelo, la tranquilizo, le respondo de su amante, ó mas bien de su esposo: si ella le conserva la misma fidelidad que él le ha de conservar, yo le juro que lo será dentro de dos años. Me estima lo bastante para creer que no quiero engañarla. Soy el fiador de cada uno de los dos con el otro. Sus corazones, su virtud, mi probidad, la confianza de sus padres todo los anima, ¿pero qué vale la razon contra la debilidad? Se separan como si no hubieran de volver á verse.

Entónces si que acordándose Sofía del sentimiento de Eucaris, cree que realmente se enenentra en su lugar. No dejemos durante la ausencia despertarse estos fantásticos amores. Sofía, le digo un dia, haced con Emilio un cambio de libros. Nadie vuestro Telémaco para que aprenda á parecersele; y que os dé él el Espectador, en cuya lectura os gusta. Estudiad en él las obligaciones de las esposas honestas, y considerad que dentro de dos años estas obligaciones van á ser las vuestras. Este cambio agrada á entrambos, y les inspira confianza. Por fin llega el dia fatal; es fuerza separarse.

El digno padre de Sofía, con quien todo lo he concertado, me abraza al recibir mi vale: cogiéndome luego aparte, me dice con tono grave y acento espresivo las siguientes palabras: «Yo he hecho todo cuanto habeis querido por daros gusto; sabia que trataba con un hombre de honor una palabra sola me queda que deciros. Acordaos de que vuestro alumno ha firmado en La boca de mi hija su contrato de matrimonio.»

¡Qué diferencia en el semblante de ambos amantes! Emilio impetuoso, ardiente, agitado, fuera de sí, da gritos, vierte raudales de lágrimas en manos del padre, de la madre, de la hija, abraza con mil sollozos á toda la gente de casa, y mil veces repite unas mismas cosas con un desorden que en cualquiera otra ocasion hiciera reir. Sofía mustia, amarilla, amortecidos los ojos, turbio el mirar, no habla nada, no llora, no ve á nadie, ni á. Emilio tampoco. En balde le agarra él las manos, la estrecha en sus brazos que permanece muy débil, insensible á sus llantos, á sus alhagos, á todo cuanto hace; para ella ya se ha ido. ¡Cuanto mas enternece este objeto que los importunos quejidos, y el estrepitoso desconsolarse de su amante! Lo ve este, lo siente, se le desgarra el corazon; me le llevo á fuerza: si le dejo un punto mas, no querrá partirse. Celebro que se lleve impresa esta triste imagen. Si

alguna vez le viene tentacion de olvidarse de lo que debe á Sofía, acordándosela del modo que la ha visto en el instante de su partida, muy enajenado ha de tener el corazon si no le vuelvo á ella.

FIN DEL TOMO CUARTO.

EMILIO,

Ó

DE LA EDUCACION.

Continuacion del Libro quinto.

DE LOS VIAGES.

PREGUNTAN si es útil que viajen los mozos, y disputan mucho acerca de la cuestion. Si de otro modo la propusieran, y preguntaran si es útil que hayan viajado los hombres, acaso no disputaran tanto.

El abuso de libros acaba con la ciencia. Creidos de que sabemos lo que hemos leído, nos juzgamos exentos de aprenderlo. La mucha lectura solo sirve para hacer presumidos ignorantes. Entre todos los siglos de literatura, ninguno ha habido en que tanto como en este se leyese, y ninguno en que ménos ciencia hubiese: entre todos los países de Europa no hay uno en que se impriman tantas historias, relaciones, viages, como en Francia, ni ninguno dónde ménos se conozcan la índole y las costumbres de las otras

naciones. La multitud de libros es causa de que descuidemos el libro del mundo; ó si leemos todavía en él, ninguno sale de su pagina. Cuando no supiera yo el dicho *¿es posible ser Persiano?* oyéndole repetir, habria adivinado que se dijo en el pais dónde mas reinan las preocupaciones nacionales, y por el sexo que mas las propaga.

Un Parisiense cree que conoce á los hombres, y solo conoce á los Franceses: en su capital, llena siempre de estrangeros, mira á cada estrangero como un fenómeno estraordinario que no tiene su igual en lo restante del universo. Es necesario haber visto de cerca á los vecinos de este vasto pueblo, es necesario haber vivido con ellos, para creer que con tanta viveza puedan ser los hombres tan estúpidos. Lo estraño es que cada uno de ellos ha leido diez veces acaso la descripcion del pais en que tanto se maravilla cuando ve á uno de sus habitantes.

Es mucho tener que atravesar las preocupaciones de los autores y las nuestras para llegar á la verdad. He pasado mi vida leyendo relaciones de viages, y nunca he encontrado dos que me hayan dado la misma idea del mismo pueblo. Comparando lo poco que podia observar con lo que habia leído, he concluido dejando á los viageros, y sintiendo el tiempo que en su inútil lectura habia gastado, convencido á que en punto de observaciones de cualquier género no se ha de leer, que se ha de ver. Esto fuera cierto en esta ocasion, aun cuando fuesen sinceros los viageros, cuando solamente dijesen lo que han visto y lo que creen, y cuando disfrazasen la verdad con solos los falsos colores, que á sus ojos toma. Pues ¿qué sera cuando tambien es preciso distinguirla por entre su mala fé y sus mentiras?

Dejemos por tanto el recurso de los libros á los que son capaces de contentarse con él. Bueno es, como el arte magna da Raimundo Lullo, para aprender á charlar de lo que no se sabe; bueno para adestrar á Platones de quince años á que filosofen en las concurrencias, y á que instruyan á una tertulia en los estilos del Egipto y las Indias, bajo la fe de Pablo Lucas ó de Tavernier.

Llevo por indisputable máxima, que aquel que solo ha visto un pueblo, en vez de conocer á los hombres, solamente conoce las gentes entre quienes ha vivido. Este es otro modo de sentar la cuestion de los viages. ¿Basta con que un hombre bien educado conozca solamente á sus compatriotas, ó le importa conocer á los hombres en general? Aquí ya no queda disputa ni

duda. Véase cuanto pende de veces la solucion de una cuestion ardua del modo de asentarla.

Pero, para estudiar á los hombres, ¿debemos de correr la tierra entera? ¿Es menester ir al Japon para observar á los Europeos? ¿Para conocer la especie, es preciso conocer á todos los individuos? No; hombres hay que se parecen tanto, que no merecen la pena de que les estudien separadamente. Quien ha visto diez Franceses, los tiene vistos todos. Aunque no pueda decirse lo mismo de los ingleses ni de otras naciones, es cierto sin embargo que tiene cada nacion su caracter peculiar y específico, que se saca por induccion, no de la observacion de uno solo de sus miembros, sino de muchos. El que ha comparado diez pueblos conoce de los hombres, como el que ha visto diez Franceses conoce á los Franceses.

No basta instruirse corriendo los países, es preciso saber viajar. Para observar, es preciso tener ojos y dirigirlos hacia el objeto que se quiere conocer. Muchas gentes hay á quienes los viajes instruyen todavía ménos que los libros, porque ignorando el arte de pensar, en la lectura guía á lo ménos su espiritar el autor, y en sus viages nada saben ver por si mismos. Otros no se instruyen, porque no se quieren instruir. Tan distinto objeto llevan, que este les hace muy poca impresion; y es mucha casualidad, si vemos con exactitud lo que no nos curamos de mirar. El Frances es el que mas viaja de todos los pueblos del mundo; pero lleno de sus estilos, confunde todo cuanto no es parecido á ellos. Franceses hay en todas los rincones del universo. No hay pais dónde se encuentren mas personas que hayan viajado que en Francia; y con todo eso el pueblo de Europa que viaja mas por los otros, es el que ménos los conoce. Tambien viaja el Ingles, pero de otro modo; es fuerza que en todo sean contrarios estos dos pueblos. La nobleza inglesa viaja, la nobleza francesa no viaja; la plebe francesa viaja, y la inglesa no viaja. Esta diferencia me parece honrosa para los últimos. Los Franceses casi siempre llevan alguna idea de interes en sus viages; pero los Ingleses no van á buscar fortuna en las otras naciones, si no es por el comercio y con las manos llenas; cuando viajan, es para gastar su dinero, y no para vivir con su industria; son muy soberbios para ir á arrastrarse por los suelos fuera de su pais. Tambien esto es causa de que se instruyan mas bien en pais estrangero, que los Franceses que llevan otras ideas en la cabeza. Sin embargo, tambien tienen los Ingleses sus preocupaciones nacionales, y tienen mas que ningunos; pero sus preocupaciones son hijas de la pasion, no de la ignoran-

cia. El ingles tiene las preocupaciones de la soberbia, y el Frances las de la vanidad.

Como en general los pueblos ménos cultivados son los mas cuerdos, los que ménos viajan, viajan mas bien; porque como estan ménos adelantados que nosotros en nuestras frivolas investigaciones, y ménos ocupados en los objetos de nuestra vana curiosidad, ponen toda su atencion en lo que verdaderamente es útil. No conozco otros que los Españoles que viajen de esta manera. Miéntras que corre un Frances en casa de los artistas de un pais, que hace un Ingles dibujar alguna antigüedad, y que lleva un Aleman su libro de memoria á casa de todas los sabios, estudia el Español en silencio el gobierno, las costumbres, la policía; y es el único de los cuatro que, de vuelta á su pais, saca de lo que ha visto alguna observacion útil para su patria.

Los antiguos viajaban poco, leian poco, componian pocos libros y vemos no obstante en los que de ellos nos quedan, que se observaban mas bien unos á otros que observamos nosotros á nuestros coetaneos. Sin subir hasta los escritos de Homero, el único poeta que nos traslada á los países que describe, no se le puede negar á Herodoto el honor de haber pintado las costumbres en su historia, aunque mas esté escrita en narraciones que en reflexiones, mas bien que lo hacen todas nuestros historiadores, embutiendo sus libros de retratos y caracteres. Tácito ha descrito mas bien á los Germanos de su tiempo, que ningun escritor ha descrito á los Alemanes de hoy. Indisputablemente los que estan versados en la historia antigua, conocen mas bien á los Griegos, á los Cartagineses, á los Romanos, á los Galos, y á los Persas, que ningun pueblo de nuestro tiempo á sus comarcanos.

Tambien hemos de confesar que borrándose de dia en dia los caracteres generales de los pueblos, se hace por la misma razon mas dificultoso cogerles la fisonomía. Al paso que se mezclan las castas y se confunden los pueblos, vemos desaparecerse poco á poco aquellas diferencias nacionales que ántes daban golpe á la primera ojeada. En tiempos antiguos, cada nacion permaneció mas encerrada dentro de sí misma, habia ménos comunicaciones, ménos viages, ménos intereses comunes ó contrarios, ménos conexiones pol ideas y civiles de pueblo á pueblo, no tantos de esos enredos ó intrigas de los gobiernos que llaman negociaciones, no embajadores ordinarios ó residentes perpetuos; eran raras las navegaciones dilatadas; habia poco comercio remoto y el poco que habia, ó le hacia el principe mismo, sirvién-

dose para ello de estrangeros, ó le ejercitaban hombres despreciados, que no daban la ley á nadie, ni aproximaban entre sí las naciones. Cien veces mas conexion hay ahora entre la Europa y el Asia que la que habia antiguamente entre la Galia y la España: la Europa sola estaba mas aislada que lo esta hoy el globo entero.

Añádase á esto que mirándose la mayor parte de los pueblos antiguos como autóctonos, ó oriundos de su propio pais, le ocupaban tanto tiempo hacía, que habían perdido la memoria de los siglos remotos en que se habían establecido en ellos sus antepasados, y habían dejado tiempo al clima de que hiciese en ellos impresiones duraderas en vez de que entre nosotros, despues de las invasiones de los Romanos, las emigraciones modernas de los bárbaros todo lo han mezclado, todo confundido. Ya no son los Franceses de hoy aquellos vastos cuerpos blancos y rublos de tiempos antiguos; los Griegos ya no son aquellos hombres hermosos formados para servir de modelo al arte; la figura de los Romanos mismos ha variado de caracter no ménos que su índole; los Persianos, oriundos de la Tartaria, van perdiendo su primitiva frialdad con la mezcla de la sangre circasiana; ya no son los Europeos ni Galos, ni Germanos, ni Iberos, ni Alóbroges, que son Escitas que han degenerado en diversas maneras en la figura, y todavía mas en las costumbres.

Por eso las antiguas distinciones de las castas, las calidades del aire y el terruño demarcaban con mas energía de un pueblo á otro los temperamentos, las figuras, las costumbres, los caractéres, que como podemos demarcarlo todo esto ahora, con que la inconstancia europea no de tiempo á ninguna causa natural para que produzca sus impresiones, y que derribadas las selvas, desecados los pantanos, y con mas uniformidad aunque mas mal cultivada la tierra, no deja ya, ni aun en lo físico, tan notables diferencias de terreno á terreno, y de pais á pais.

Acaso haciendo reflexiones de esta especie nos miraríamos mas en ello para ridiculizar á Heredeto, Ctesias, y Plinio, por haber representado á los moradores de diversos paises con lamentos originales y diferencias señaladas que no vemos ya en ellos. Fuera preciso volver á hallar á los mismos hombres para reconocer en ellos las mismas figuras; seria necesario que ninguna cosa los hubiera hecho variar para que hubiesen permanecido los mismos. Si pudiésemos contemplar á un tiempo todas los humanos que han

existido, ¿puede cabernos duda de que los encontraríamos mas diversos de uno á otro siglo, que ahora los hallamos de una á otra nacion?

Al mismo tiempo que se hacen mas dificultosas las observaciones, se ejecutan mas mal y con mas negligencia: y esta es otra razon del poco fruto de nuestras investigaciones en la historia del linage humano. La instruccion que se saca de los viages se refiere á la causa que los hace emprender: si esta es un sistema de filosofía, nunca ve el viagero oira cosa que lo que quiere ver; si es el interes, observe este toda la atencion de los que se entregan á él. El comercio y las artes, que los pueblos los mezclan y los confunden, tambien los estorban que se estudien.

Cuando saben el beneficio que puede hacer uno con otro, ¿qué mas tienen que saber?..

Útil cosa es para el hombre conocer todas los parages en que es posible vivir, para escoger luego aquellos en que se puede vivir con mas comodidad. Si se bastara cada uno á sí propio, no le importara conocer mas que la estension de pais que le puede mantener: el salvage, que á nadie necesita y por nada de este mundo ansía, ni conoce, ni procura conocer otro pais que el suyo. Si se ve forzado á esplayarse para subsistir, huye los parages que los hombres habitan; solo hace la guerra á los brutos, y solo tiene necesidad de ellos para su alimento. Pero nosotros para quienes es precisa la vida civil, y que no podemos vivir sin comer hombres, el interes de cada uno de nosotros es frecuentar los países dónde mas hombres hay que devorar. Por eso hay tanta afluencia en Roma, en Caris, en Londres. Siempre en las capitales se vende mas barata la sangre humana. De suerte que solo conocemos las ciudades populosas, y las ciudades populosas se asemejan todas.

Tenemos, dicen, sabios que viajan para instruirse; es error; los sabios viajan por interes, como los demas. Ya no se hallan Platones ni Pitágoras; ó si los hay, es muy lejos de nosotros. Nuestros sabios solo viajan por órden de la corte, los despachan, los mantienen, los pagan para ver tal o cual objeto, el cual no es certísimamente un objeto moral. Y este objeto único le debe lo de su tiempo, y son muy hombres de bien para robar su dinero. Si en un pais cualquiera viajan curiosos á su costa, nunca es por estudiar á los hombres, sino por instruirlos; y no necesitan de ciencia, sino de ostentacion. ¿Como han de aprender en sus viages á sacudir el yugo de la opinion, cuando por sola ella los hacen?

Mucha diferencia hay de viajar por ver pais ó por ver pueblos. El objeto primero es siempre el de los curiosos, el otro es para ellos solo un accesorio. El que quiere filosofar debe hacer todo lo contrario. El niño observa las cosas, ínterin no puede observar á los hombres: el hombre debe empezar observando á sus semejantes, y luego, si tiene tiempo, observa las cosas.

Por tanto es mal argumento inferir que son inútiles los viages, de que viajamos mal. Pero, reconocida la utilidad de los viages, ¿se elige de ella que convengan á todo el mundo? Lejos de eso; convienen por el contrario á poquísimas personas; solamente convienen á hombres tan dueños de si mismos que, sin dejarse seducir, escuchen las lecciones del error, y contemplen el ejemplo del vicio sin dejarse arrastrar por él. Empujan los viages la Índole acta su declive, y acaban de hacer bueno ó malo al hombre. El que viene de correr el mundo, es de vuelta lo que ha de ser toda su vida: mas vuelven malos que buenos, porque, de los que emprenden viages, mas hay inclinados á lo malo que á lo bueno. Los mancebos mal educados y mal conducidos contraen en sus viages todos los vicios de los pueblos que frecuentan, y ni una sola de las virtudes que con estos vicios van mezcladas; pero los de buena índole, aquellos en quienes se ha cultivado su buen natural, y que viajan con el verdadero designio de instruirse, todas vuelven mejores y mas cuerdos que se habían ido. Así viajara mi Emilio; así habia viajado aquel mancebo, digno de mejor siglo, cuyo mérito pasmó á la Europa atónita, que en la flor de sus años murió por su pais, pero que merecia vivir, y cuya tumba ornada con solas sus virtudes esperaba, para ser honrada, á que una mano estrangera esparciese flores en ella.

Todo cuanto se hace por razon debe tener sus reglas. Los viages, miradas como parte de la educacion, tambien deben tener las suyas. Viajar por viajar, es andar errante, ser vagabundo; viajar por instruirse, todavía es un objeto muy vago: no es nada la instruccion que no tiene objeto determinado. Queria yo asignar al jóven un interes palpable en instruirse, y bien escogido este interes fijaria tambien la naturaleza de la instruccion. Esta es siempre la consecuencia del método que he procurado practicar.

Ora, despues de haberse considerado por sus relaciones físicas con los demas seres, por sus relaciones morales con los demas hombres, le falta considerarse por sus relaciones civiles con sus conciudadanos. Para esto es preciso que estudie primero la naturaleza del gobierno en general, las varias formas de gobierno, y finalmente el gobierno particular en que cada uno ha

nacido, para saber si le conviene vivir en él; porque, en virtud de un derecho que no puede abrogar cosa ninguna, todo hombre, así que se hace mayor de edad y dueño de si propio, tambien adquiere la facultad de renunciar del contrato por el cual esta ligado con la comunidad, dejando el pais en que esta establecida. Solo por la mansion que en el hace despues de la edad de razon, se presume que tácitamente confirma el empeño que contrajeron sus antepasados. Adquiere el derecho de renunciar de su patria como de la sucesion de su padre; y todavía, siendo el sitio de nuestro nacimiento una dádiva de la naturaleza, cede de lo suyo quien renuncia de él, en rigoroso derecho, cada, hombre permanece libre, á su cuenta y riesgo, en cualquier pais que nazca, á ménos que se sujete espontáneamente á las leyes para grangearse el derecho de que estas le amparen.

Por tanto le dijera, por ejemplo: Hasta aquí habeis vivido bajo mi direccion, no erais capaz de gobernaros vos mismo. Pero os acercáis á la edad en que, fiándoos las leyes la disposicion de vuestro caudal, os dejan arbitro de vuestra persona. Os vais á encontrar solo en la sociedad, dependiente de todo, hasta de vuestro patrimonio. Teneis animo de estableceros; idea loable, pues es una de las obligaciones del hombre: pero, ántes de casaros, es necesario que sepáis qué hombre quereis ser, en que quereis emplear la vida, qué medidas quereis tomar para asegurar el pan á vos y á vuestra familia; porque, puesto que no se haya de mirar este asunto como el principal de la vida, es menester pensar en él una vez. ¿Quereis engolfaros en la dependencia de los hombres que despreciáis? ¿Quereis cimentar vuestro caudal y fijar vuestro estado en relaciones civiles que os pongan á discrecion agena, y os fuercen, por libraros de los picaros, ó ser pícaro vos mismo?

Despues de esto le describiré todos los medios posibles de que le reedite beneficios su caudal, ya sea en el comercio, ya en los cargos, ya en las rentas públicas; y le haré ver que no hay uno que no le acarree riesgos, que no lo ponga en un estado dependiente y precario, y que no le precise á arreglar sus costumbres, su sentir y su conducta, por el ejemplo y las preocupaciones agenas.

Otro medio hay le diré, de emplear su persona y su tiempo, que es servir en la tropa, esto es arrendarse muy barato para ir á matar gentes que ningun mal nos han hecho. Este oficio goza mucha estimacion entre los hombres, y hacen estraordinario aprecio de los que solo son buenos para él. En cuanto á lo demas; lejos de dispensaros de los otros recursos, os los hace mas nece-

sarios; porque es parte constitutiva del honor de este estado dejar pobres á los que á él se consagran. Verdad es que no á todas les empobrece, y que poco á poco se va introduciendo la moda de enriquecerse en él como en las demas; pero dudo que, con esplicaros como lo hacen los que con esto se salen, os meta en gana de imitarlos.

Tambien sabréis que en esta misma profesion ya no se trata de valor ni esfuerzo, como no sea acaso con las mugeres; que por el contrario, el mas rastrero, el mas soez, el mas servil, siempre es el mas honrado; que si pensáis en cumplir de veras con vuestra obligacion, sereis despreciado, aborrecido, echado de vuestro cuerpo acaso, ó á lo ménos os aburrirán haciendo que todos vuestros camaradas os pasen por encima, y os suplanten; por babor desempeñado vuestro servicio en la trinchera, miéntras que ellos hacían el suyo en el tocador de las damas.

Bien se discurre que todas estos empleos diversos no serán de gusto de Emilio. ¿Pues qué me dirá, se me han olvidado los juegos de mi niñez? ¿he perdido mis brazos? ¿estan exhaustas mis fuerzas? ¿no sé ya trabajar? ¿Qué me importan todas esos soberbios empleos, y todas las necias opiniones de los hombres? no conozco otra gloria que la de ser justo y benéfico, ni otra felicidad que la de vivir independiente, con lo que uno quiere,granjeando todas los dias ganas de comer, y salud con su trabajo. Toda esa barahunda de que me hablais me mueve poco. No quiero mas bienes que un reducido cortijo en un rincon del mundo. Toda mi avaricia la ceñiré á cultivarle, y viviré sin zozobra. Sofía y mi campo, y seré rico.

Sí, amigo mio, para la dicha del sabio basta con una muger y un campo que sean suyos; pero estos tesoros, aunque tan modestos, no son tan comunes como pensáis. El mas raro le habeis hallado, hablemos del otro.

¡Un campo que sea vuestro., amado Emilio! ¿y en que pais le escogeréis? ¿En qué rincon de la tierra podreis decir: aquí soy señor de mi propio, y del terreno que me pertenece? Sabemos en qué parages es fácil enriquecerse; ¿pero quién sabe dónde puede vivir libre sin ser rico? ¿Quién sabe donde puede vivir con independencia y libertad, sin necesidad de hacer daño á nadie, y sin temor de que se le hagan? ¿Creeis que tan fácil sea encontrar un pais dónde siempre sea lícito ser hombre de bien? Si algun medio legitimo y seguro hay de vivir sin artería, sin negocios ni dependencia, confieso que es vivir con el trabajo de sus manos, cultivando su propia tierra: pero, ¿cual es

el estado en que puede uno decir: la tierra que piso es mia? Antes de escoger esta dichosa tierra, certificaos de hallar en ella la paz que buscais; mirad no sea que un gobierno violento, una religion perseguidora, costumbres perversas vengan á perturbaros. Poneos al abrigo de los impuestos sin tasa que devorarian el fruto de vuestros afanes, de pleitos sin fin que consumirían vuestro principal. Haced de manera que viviendo con rectitud no tengais que obsequiar á los intendentes, á sus sustitutos, á los jueces, á los clérigos, á los vecinos poderosos, á todo género de bribones, siempre dispuestos á atormentaros si no os curais de ellos. Poneos especialmente al abrigo de las vejaciones de los grandes y los ricos; pensad que en todas partes pueden confinar sus tierras con la viña de Nabot. Si quiere vuestra desdicha que un hombre en valimiento compre ó levante una casa cerca de vuestra choza, ¿quién os ha dicho que no encontrara medio, con cualquier pretesto, de invadir vuestra heredad para redondearse, ó que no vereis, acaso desde el dia de mañana, perdida toda vuestra posesion en un ancho camino real? Y si conserváis crédito para obviar á todas estos inconvenientes, tanto monta conservar tambien vuestras riquezas, porque no os sera mas costoso el guardarlas. La riqueza y el crédito recíprocamente se fortifican, y se sustentan siempre mal una sin otro. Mas esperiencia tengo yo que vos amado Emilio, y veo mas, bien lo arduo de vuestro proyecto. Sin embargo es hermoso, honroso, y efectivamente os haria feliz: esforcémonos á ponerle en ejecucion. Una propuesta tengo que llaveros; consagremos los dos años que hemos señalado para la época de vuestro regreso, ó escoger un asilo en Europa, dónde podáis vivir dichoso con vuestra familia, al abrigo de todas los riesgos que acabo de circunstanciaros. Si lo conseguimos, habreis alcanzado la verdadera felicidad por la cual tantos se afanan en vano, y no sentireis el tiempo que emplearéis en esta investigacion. Si no lo logramos, sanareis de una idea fantástica, os Consolareis de una inevitable desdicha, y os sujetareis á la ley de la necesidad.

No sé si conocerán todos mis lectores adonde nos va á conducir esta investigacion propuesta de es el modo; pero sé que si á la vuelta de sus viages, con esta idea empezados y seguidos, no vuelve versado Emilio en todas las materias de gobierno, la moral pública, y máximas de estado de toda especie, es preciso que seamos muy cortos él y yo, de inteligencia el uno, y el otro de discernimiento.

Todavía esta por nacer el derecho político y es presumible que nunca nazca. Grocio, el maestro de todos nuestros sabios en esta parte, es un niño, y es lo peor, que es un niño de mala fe. Cuando oigo que encumbran á las estrellas de Grocio, y cubren á Hobbes de execracion, veo cuantas gentes de juicio leen ó comprenden estos dos autores. La verdad es que son exactamente semejantes, y solo en las espresiones se diferencian. Tambien se diferencian en el método, Hobbes lo funda en sofismas, y Grocio en poetas: en todo lo demas son idénticos.

El único moderno capaz de crear esta inútil y vasta ciencia hubiera sido el ilustre Montesquieu, pero se guardó muy bien de tratar de los principios del derecho político, ciñéndose á tratar del derecho positivo de los gobiernos establecidos y no hay en el mundo cosas mas distintas que estos dos estudios.

Sin embargo el que quiere formar juicio sano de los gobiernos, como ellos existen, esta obligado á reunirlos ambos; es preciso saber lo que debe haber, para juzgar con acierto de lo que hay la dificultad mas grave para aclarar estas importantes materias, es interesar á un particular á que las ventile, y responder á estas dos preguntas, ¿qué me importa? y ¿qué tengo yo que ver con eso? á nuestro Emilio le hemos puesto en el caso de responder á entrambas.

Procede la segunda dificultad de las preocupaciones de la niñez, de las maximas en que nos han imbuido, y especialmente de la parcialidad de los autores, que siempre hablan de la verdad de que no se curan, y solo atienden á su interes, del cual no hablan. No da pues el pueblo ni cátedras, ni pensiones, ni empleos académicos; contémplese como debe esta gente establecer sus derechos. He hecho de modo que tampoco existiese esta dificultad para Emilio. Apénas sabe que cosa es gobierno; encontrar el mejor, es lo único que le importa: no es su objeto componer libros; y si alguna vez los compone, no sera para hacer la corte á las potestados, sino para defender los derechos de la humanidad.

Réstanos la tercera dificultad, mas especiosa que sólida, y que ni quiero resolver ni proponer; basta con que no asuste mi zelo; cierto de que en este género de investigaciones ménos se necesita un vasto talento que un sincero amor de injusticia, y un verdadero respeto á la verdad. Por tanto si se

pueden tratar desapasionadamente las materias de gobierno, es, á mi entender, en el caso en que nos hallamos, ó bien nunca.

Antes de observar, es necesario formarse reglas para sus observaciones: es necesario construir una escala para comparar con ella las medidas que se tomen. Esta escala son nuestros principios de derecho polídeo, y nuestras medidas las leyes políticas de cada pais.

Serán claros nuestros elementos, sencillos, y tomados inmediatamente de la naturaleza de las cosas; y se formaran por las cuestiones que ventilemos entre nosotros, y que no convertiremos en principios hasta que estén bastantemente resueltas.

Por ejemplo, subamos primero al estado de naturaleza; examinaremos si nacen los bombees esclavos ó libres, asociados ó independientes; si se reúnen espontáneamente ó por fuerza; si puede en ningun caso la fuerza que los reunió constituir derecho permanente, en virtud del cual obligue esta fuerza anterior, aun cuando la sobrepujare otra, de suerte que desde la fuerza del rey Nembrot, que, segun dicen, sujetó á los primeros pueblos, todas las demas fuerzas que destruyeron aquella sean inicuas y usurpadoras, y no haya otros reyes legítimos que los descendientes del tal rey Nembrot, ó los que de él derivan su titulo; ó bien si cesando esta primera fuerza, obliga alternativamente la que sucede á ella, y destruye la obligacion de la otra, de suerte que nadie esté obligado á obedecer sino en cuanto se ve forzado á ello, y se halle dispensado de la obligacion así que puede hacer resistencia: el cual derecho me parece que significaria poco mas que la fuerza, y no seria mas que jugar con las palabras.

Examinarémos si no se puede decir que toda enfermedad nos viene de Dios, y si se colige de eso que sea delito llamar al médico.

Tambien examinaremos si estamos obligados en conciencia si dar nuestra bolsa á un bandolero que nos la pide en mitad de un camino, porque al cabo la pistola que trae tambien es un poder.

Si en este caso la voz poder quiere decir otra cosa que poder legítimo, y por consiguiente sujeto á las leyes que le dieron el ser.

Suponiendo que se deseche este derecho de fuerza, y se admita el de la naturaleza, ó la autoridad paternal, corno principio de las sociedades, averiguaremos la medida de esta autoridad, qué fundamento tiene en la nat-

uraleza, si tiene otro origen que la utilidad del hijo, su flaqueza, y el natural cariño de su padre: por tanto si habiendo ya cesado la flaqueza del hijo y madurados su razon, no se torna juez natural de lo que conviene para su conservacion, por consiguiente dueño de sí propio, y sin dependencia de otro cualquiera hombre, aunque sea su padre; porque mas cierto es que el lujo se ama á sí propio, que no que el padre ama al hijo.

Si, muerto el padre, estan obligados los hijos á obedecer á su hermano mayor, ó á algun otro que no les tenga el cariño natural de padre; y si de casta en casta ha de haber siempre una cabeza única á la cual esté obligada toda la familia á obedecer: en cuyo coso averiguaremos como se ha podido partir la autoridad, y qué derecho hay para que haya en toda la tierra mas de una cabeza que gobierne todo el linage humano.

Suponiendo que se hayan formado por su libre consentimiento los pueblos, distinguiremos el derecho entónces del hecho y preguntaremos si habiéndose de esta suerte sujetado á sus hermanos, tíos ó parientes, no porque estaban obligados, sino porque así quisieron, no se reduce esta especie de sociedad á una asociacion libre y voluntaria.

Pasando luego al derecho de esclavitud, examinaremos si puede legítimamente enajenarse un hombre á otro, sin restriccion ni reserva, ni especie ninguna de condicion; esto es, si puede renunciar de su persona, de su vida, de su razon, de su yo, de toda moralidad en sus acciones; en una palabra cesar de existir ántes de su muerte, contra la voluntad de la naturaleza que le encarga inmediatamente á él su propia conservacion, y contra su conciencia y su razon que le prescriben aquello que debe hacer, y aquello de que debe abstenerse.

Y si hay alguna reserva, alguna restriccion en el acta de esclavitud, ventilaremos si no se convierte entónces esta acta en un verdadero contrato, en el cual no teniendo ambos contrayentes, en cualidad de tales, comun superior ([131]), permanecen sus jueces propios en cuanto á las condiciones del contrato, libres por consiguiente en esta parte, y árbitros para romperle así: que se reputen perjudicados.

Y si no puede por tanto enagenarse sin reserva un esclavo á su dueño, ¿como puede un pueblo enagenarse sin reserva á su caudillo? y si permanece el esclavo juez de la observancia del contrato por su dueño ¿como

no ha de permanecer juez el pueblo de la observancia del contrato por su caudillo?

Precisados de esta suerte á volvernos atras, y considerando la significacion de la palabra colectiva pueblo, averiguarémos si para fundar este no es necesario un contrato, á lo ménos tácito, anterior al que suponemos.

Una vez que ántes que el pueblo elija rey ya es pueblo, ¿qué es lo que le constituyó tal, sino el contrato social? Luego el contrato social es la basa de toda sociedad civil, y en la naturaleza de esta acta se ha de averiguar la de la sociedad que forma.

Investigarémos de qué tenor sea este contrato, y si no es posible enunciarle con esta fórmula, con corta diferencia, cada uno de nosotros pone en la comunidad sus bienes, su persona, su vida, y todo su poder, bajo la direccion suprema de la voluntad general; y todos en cuerpo recibimos á cada miembro como indivisible parte del todo.

Esto supuesto, para definir los términos que necesitamos, notaremos que en vez de la persona particular de cada contrayente, produce esta acta de asociacion un cuerpo moral y colectivo, que consta de tantos miembros cuantos tiene votos la asamblea. Esta persona pública toma en general la denominacion de *cuerpo político,* al cual llaman sus miembros *estado* cuando es pasivo, *soberano* cuando es activo, y *potencia* comparado con sus semejantes. En cuanto á los mismos miembros, colectivamente se llaman *pueblo*, y en particular *ciudadanos,* como miembros de la *ciudad* ó participantes de la autoridad soberana, y *súbditos*, en cuanto estan sujetos á esta misma autoridad.

Notarémos que contiene esta acta de asociacion un empeño recíproco del pueblo y los particulares; y que contrayendo cada individuo, por decirlo así, consigo mismo, se halla empeñado bajo dos respectos, conviene á saber, como miembro del soberano respecto á los particulares, y como miembro del estado respecto al soberano.

Tambien notarémos que no estando ninguno obligado á los empeños que consigo mismo ha contraído, la deliberacion pública que puede obligar á todas los súbditos con el soberano, á causa de los dos respectos distintos bajo que esta mirado cada uno de ellos, no puede obligar consigo mismo al estado. De dónde se infiere que no puede haber otra ley fundamental, que en

propriedad así sea llamada, que no sea el mismo pacto social: lo cual no quiere decir que no pueda en ciertos puntos contraer el cuerpo social empeños con otro; porque, con respecto al estrangero, se convierte en un ser sencillo, en un individuo.

No teniendo las dos partes contrayentes, esto es cada particular y el público, superior comun ninguno que puede fallar en sus diferencias, examinaremos si permanece cada uno de los dos arbitro de romper el contrato cuando le acomode, esto es, de renunciar de él por su parte así que se cree perjudicado.

Para aclarar esta cuestion, observaremos que no pudiendo el soberano obrar, conforme al pacto social, como no sea por voluntades comunes y generales, tampoco deben tener sus actas objetos que no sean comunes y generales; de dónde se sigue que no puede ser directamente perjudicado un particular por el soberano, sin que lo sean todos; lo cual no puede suceder, porque fuera eso querer hacerse daño á si propio. Por tanto nunca necesita de otra fianza el contrato social que la fuerza pública, porque la lesion solamente puede provenir de los particulares; y entónces no por eso quedan libres de su empeño, sino que son castigados por haberlo violado.

Para decidir bien todas las cuestiones análogas, tendremos cuenta con acordarnos siempre de que el pacto social es de naturaleza particular, y peculiar de él solo, en cuanto el pueblo solo contrae consigo mismo, esto es el pueblo en cuerpo como soberano, con los particulares como súbditos: condicion que forma todo el artificio y juego de la maquina polídea, y que constituye sola legítimos, racionales y exentos de riesgo empeños que sin eso serian absurdos, tiránicos, y sujetos de los mas enormes abusos.

Habiéndose sometidos los particulares solamente al soberano, y no siendo otra la autoridad soberana que la voluntad general, veremos de qué modo obedece cada hombre al soberano, solamente obedece sí propio, y como es mas libre en el pacto social que en el de de naturaleza.

Despues que hayamos comparado la libertad natural con la civil en cuanto á las personas, en cuanto á los bienes haremos la del derecho de propiedad con el de soberanía, la del dominio particular con el eminente, Si esta fundada la autoridad soberana en el derecho de propiedad, este derecho es el que debe mas respetar; es inviolable y sagrado para ello, miéntras que permanece derecho individual y particular: así que se considera como co-

mun de todos los ciudadanos, esta sujeto á la voluntad general, y puede esta aniquilarle. De suerte que no tiene el soberano derecho ninguno para tocar á los bienes de un particular ni de muchos, pero puede apoderarse legítimamente de los bienes de todas, como se ejecutó en Esparta en tiempo de Licurgo; en vez de que la abolicion de las deudas por Solon fué un acto ilegítimo.

Una vez que ninguna otra cosa obliga á los súbditos que la voluntad general, Averiguaremos como se manifiesta esta voluntad, qué señas tiene ciertas para reconocerla, qué cosa es la ley, y cuales sean los verdaderos caracteres de la ley. Este asunto es totalmente nuevo: todavía esta por darla definicion de la ley.

Al punto que considera el pueblo á uno ó muchos de sus miembros en particular, se divide. Se forma entre el todo y su parte una relacion que los constituye dos seres separados, uno de los cuales es la parte, y otro el todo ménos dicha parte, pero el todo ménos una parte no es el todo; luego, miéntras subsiste esta relacion, no hay todo, sino dos partes desiguales.

Por el contrario, cuando estatuye todo el pueblo sobre todo el pueblo, se considera á sí misma; y si se forma una relacion, es del objeto entero bajo un punto de vista con el objeto entero bajo otro punto de vista, sin division ninguna del todo. Entónces es general el objeto sobre que se estatuye, y lo es tambien la voluntad que estatuye. Examinaremos si hay alguna otra especie de acta que se pueda llamar ley.

Si solo por leyes puede hablar el soberano, y si nunca puede tener la ley objeto que no sea general y relativo á todas los miembros del estado igualmente, se sigue que nunca tiene facultad el soberano para estatuir acerca de un objeto particular; y coma importa no obstante para la conservacion del estado decidir tambien acerca de las cosas particulares, averiguaremos como se puede esto efectuar.

Las actas del soberano solo pueden ser actas de voluntad general, leyes: despues son precisas actas determinantes, actas de fuerza ó de gobierno, para la ejecucion de estas mismas leyes, y estas por el contrario solo pueden tener objetos particulares. De suerte que el acta por la cual estatuye el soberano que se elija una cabeza, es una ley; y el acta por la cual se elige, en cumplimiento de la ley, esta cabeza, es una simple acta de gobierno.

Aquí tenemos el tercer respecto bajo que podemos considerar al pueblo congregado, conviene á saber, como magistrado ó ejecutor de la ley que ha dictado como soberano. ([132]).

Examinaremos si es posible que se despoje el pueblo de su derecho de soberanía para trasladarse á un hombre ó á muchos; porque no siendo el acta de eleccion del pueblo mismo soberano, nos vemos como pueda transmitir entónces un derecho que él no tiene.

Si no puede tener el pueblo ni soberano ni representantes, examinaremos como puede hacer las leyes por sí propio; si debe tener muchas leyes; si las debe mudar con frecuencia; si es fácil que un vasto pueblo sea su propio legislador;

Si el pueblo romano no era un pueblo vasto; Si es útil que haya vastos pueblos.

Colígese de las consideraciones que preceden, que en el estado hay un cuerpo intermedio entre los súbditos y el soberano; y este cuerpo intermedio, compuesto de uno ó muchos miembros, esta encargado de la administracion pública, de la ejecucion de las leyes, y de mantener la libertad civil y política.

Los miembros de este cuerpo se llaman *magistrados* ó reyes, esto es gobernadores. El cuerpo entero, considerado en cuanto á los hombres que le componen, se llama *príncipe* y considerado en cuanto á su accion, se llama *gobierno*.

Si consideramos la accion del cuerpo entero obrando en sí mismo, esto es la relacion del todo al todo, ó del soberano al estado, podemos comparar esta relacion con la de los estremos de una proporcion continua cuyo medio término le da el gobierno. El magistrado recibe del soberano las órdenes que da al pueblo; y compensando todo, su producto ó su potencia esta en el mismo grado que el producto ó la potencia de los ciudadanos, que por una parte son súbditos, y soberanos por otra. No es posible alterar ninguno de los tres términos, sin romper al punto la proporcion. Si quiere gobernar el soberano, ó si quiere el príncipe dar leyes, ó si se niega el súbdito á la obediencia, sucede el doserden á la regla, y disuelto el estado cae en el despotismo ó la anarquía.

Supongamos que conste el estado de diez mil ciudadanos. El soberano solo puede considerarse colectivamente y en cuerpo, pero cada particular tiene, como súbdito, su existencia individual ó independiente: de suerte que el soberano esta por el súbdito, como diez mil con uno, esto es que á cada miembro del estado le cabe por su parte solo la diez milésima parte de la autoridad soberana, aunque esté lo de entero sujeto á ella. Si consta el pueblo da cien mil hombres, no varia el estado de los súbditos, y cada uno lleva siempre sobre sí todo el imperio de las leyes, puesto que reducido su voto á un cien milésimo tiene diez veces ménos influjo en su redaccion. De suerte que, permaneciendo siempre uno el súbdito, se aumenta la relacion del soberano en razon del número de los ciudadanos. De donde se sigue que cuanto mas se agranda el estado, eso mas se disminuye la libertad.

Siendo esto así, cuanto ménos se avengan las voluntades particulares con la voluntad general, esto es las costumbres con las leyes, mas debe aumentarse la fuerza represiva. Por otra parte, como la grandeza del estado proporcione á los depositarios de la pública autoridad mas tentaciones y medios para que abusen de ella, cuanto mas fuerza tiene el gobierno para contener al pueblo, tanto mas debe tener alternativamente el soberano para contener el gobierno.

De estas dos relaciones se sigue que la proporcion continua entre el soberano, el principe y el pueblo, no es idea arbitraria, sino consecuencia de la naturaleza del estado. Tambien se sigue que siendo fijo uno de los estremos, conviene á saber el pueblo, siempre que se aumenta o se disminuye la razon simple, se aumenta ó se disminuye con ella la razon simple; lo cual no puede ser, si no varia otras tantas veces el termino medio: de dónde podemos sacar la consecuencia de que no hay constitucion de gobierno que sea única y absoluta, sino que debe haber tantos gobiernos de diferente naturaleza cuantos estados hay de diferente tamaño.

Si cuanto mas numeroso es el pueblo, ménos se avienen las costumbres con las leyes, examinaremos si, por una analogía bastante palpable, no podemos afirmar tambien que cuanto mas numerosos son los magistrados, mas flaco es el gobierno.

Para aclarar esta máxima, distinguiremos, en la persona de cada magistrado, tres voluntades esencialmente distintas: lo primero, la voluntad peculiar del individuo, que sola aspira á su provecho personal; lo segunda; la

voluntad comun de los magistrados, que solo se refiere al beneficio del príncipe; voluntad que podemos llamar de cuerpo, y que es general con respecto al gobierno, y particular con respecto al estado de que el gobierno es parte en tercer lugar, la voluntad del pueblo ó la soberana, la cual es general, tanto con respecto al estado considerado como el todo, como con respecto al gobierno considerado como parte del todo. En una perfecta legislacion, debo ser casi nula La voluntad individual y particular; muy subordinada la de cuerpo peculiar del gobierno; y por consiguiente, la general y soberana debe ser la regla de todas las demas voluntades. Por el contrario, siguiendo el órden natural, á medida que se concentran se tornan estas diversas voluntades mas activas; siempre la mas flaca es la voluntad general, en segundo lugar viene la de cuerpo, y á todo se prefiere la individual; de suerte que cada uno es lo primero él, luego magistrado, y luego ciudadano: gradacion diametralmente opuesta á la que requiere el órden social.

Asentado esto, supondremos el gobierno en manos de un solo hombre. Aquí estan la voluntad particular y la de cuerpo perfectamente reunidas, y por consiguiente esta se halla en el mas alto grado de intensidad que pueda tener. Pero como de este grado pende el uso de la fuerza, y como no varia la fuerza absoluta del gobierno, pues que siempre es la del pueblo, se infiere que el gobierno mas activo es el de uno solo.

Unamos, por el contrario, el gobierno con la autoridad suprema, hagamos príncipe al soberano, y á los ciudadanos otros tantos magistrados: entónces perfectamente confundida la voluntad de cuerpo con la general no tendrá mas actividad que esta, y dejara toda su fuerza á la particular. Por tanto el gobierno, siempre con la misma fuerza absoluta, estará en su mínimo de actividad.

No sufren contradiccion estas reglas, y sirven otras consideraciones para confirmarlas Vemos, por ejemplo, que son mas activos los magistrados en su cuerpo que en el suyo el ciudadano, y que, por consiguiente, ejerce en aquel mucho mas influjo la voluntad individual; porque cada magistrado tiene casi siempre á su cargo alguna funcion particular del gobierno, en vez de que tomado aparte cada ciudadano no desempeña funcion ninguna de la soberanía. Por otra parte, cuanto mas se ensancha el estado, mas se aumenta su fuerza real, aunque no se aumente en razon de su ostension; pero, permaneciendo el estado el mismo, en balde se multiplican los magistrados, que no por eso adquiere mayor fuerza real el gobierno, porque es deposi-

tario de la del estado, la cual suponemos igual siempre. De suerte que con esta pluralidad se disminuye la actividad del gobierno, sin que pueda aumentar su fuerza.

Habiendo hallado que se aflora el gobierno á medida que se multiplican los magistrados, y que cuanto mas numeroso es el pueblo, mas debe aumentar la fuerza represiva del gobierno, concluiremos que la relacion de los magistrados al gobierno debe ser inversa de la de los súbditos al soberano; esto es que cuanto mas se agrande el estado, tanto mas se debe estrechar el gobierno, de manera que disminuya el número de caudillos en razon del aumento del pueblo.

Para fijar luego esta diversidad de formas con denominaciones mas rigurosas, en primer lugar, notaremos que puede el soberano cometer el depósito del gobierno á todo el pueblo ó á la mayor parte de él, de suerte que baya mas ciudadanos magistrados, que ciudadanos meros particulares. Esta forma de gobierno se nombra *democracía*.

O bien puede estrechar el gobierno, en manos de un número mas corto, de suerte que baya mas meros ciudadanos que magistrados; y esta forma toma nombre de *aristocracia*.

Finalmente, puede concentrar todo el gobierno en manos de un magistrado único. Esta tercera forma es la mas comun, y se llama *monarquía*, ó gobierno regio.

Notarémos que todas estas formas, ó á lo ménos las dos primeras, son capaces de mas y ménos, y tienen bastante latitud. Porque puede la democracia comprender todo el pueblo, ó reducirse hasta la mitad. Igualmente puede la aristocracia desde la mitad del pueblo ceñirse á los números mas chicos. Hasta el cetro algunas veces admite perdon, ya sea entre el padre y el hijo, ya entre dos hermanos, y ya de otro modo. Siempre habia dos reyes en Esparta, y en el, Imperio romano se vieron basta ocho emperadores á la par, sin que pudiera decirse que estuviese dividido el Imperio. Un punto hay en que se confunde cada forma de gobierno con la inmediata; y bajo tres específicas denominaciones es realmente capaz el gobierno de tantas formas diferentes cuantos ciudadanos contiene el estado.

Hay mas: como bajo ciertos respectos se puede subdividir cada uno de estos gobiernos en diversas partes, una administrada de un modo y otra de

otro, de estas tres formas combinadas puede resultar una muchedumbre de formas mistas, cada una de las cuales es multiplicable por todas las formas simples.

En todos tiempos, han disputado mucho acerca de la mejor forma de gobierno, sin atender á que cada una es la mejor en ciertos casos, y la peor en otros. Por lo que á nosotros hace, si en los diversos estados debe ser inverso del número de los ciudadanos el de los magistrados [133], concluiremos que, en general, conviene el gobierno democrático á los estados chicos, el aristocrático á los medianos, y á los grandes el monárquico.

Siguiendo el hilo de estas investigaciones llegaremos á saber cuales son las obligaciones y los derechos de los ciudadanos, y si es posible separar aquellas de estos; qué cosa es patria, en que consiste precisamente, y por donde puede conocer cada uno si tiene patria ó no la tiene.

Despues de haber considerado así cada especie de sociedad civil en sí misma, las compararemos para observar sus diversas relaciones: unas grandes, y otras chicas; acometiéndose, ofendiéndose, destruyéndose entre sí; y en esta accion y reaccion continua haciendo mas hombres miserables, y costando mas vidas que si hubieran todas conservado su primitiva libertad. Examinaremos si no ha ido muy adelante ó quedándose muy atras la institucion social; si sujetos los individuos á las leyes y á los hombres, miéntras que conservan las sociedades entre si la independencia de la naturaleza, no permanecen expuestos á los males de ambos estados, sin gozar sus beneficios; y si no valiera mas que no hubiese sociedad civil en el mundo, que no que haya muchas. ¿No es este estado misto el que participa de los dos, y ni uno ni otro afianza; *per quem neutrum licet, nec tanquam in bello paratum esse*, *nec tamquam in pace securum*?[134]

¿No es esta imperfecta y parcial asociacion la que produce la tiranía y la guerra? ¿y no son la tiranía y la guerra los dos mas crudos azotes de la humanidad?

Finalmente, examinaremos la especie de remedios que contra estos inconvenientes se han imaginado con las ligas y confederaciones que, dejando cada estado arbitro suyo en lo interior, le arman en lo anterior contra todo agresor injusto.

Averiguaremos corno se puede establecer una buena asociacion federativa, qué es lo que puede hacerla duradera, y hasta qué punto puede estenderse el derecho de la confederacion, sin perjudicar al de soberanía.

El debate de San Pedro habla propuesto una asociacion de todo los estados de Europa para mantener entre ellos una paz perpetua. ¿Era practicable esta asociacion?y suponiendo que se hubiese establecido, erado presumir que hubiera durado [135]? Estas investigaciones nos conducen directamente á todas las cuestiones de derecho público, que pueden acabar de aclararlas de derecho político.

Finalmente sentaremos los verdaderos principios del derecho de guerra, y examina remos por qué los que asignan Grocio y los demas son falsos.

No estrañaria que en mitad de todas nuestros raciocinios, mi mancebo que tiene sana razon me dijera interrumpiéndome: Dirían que levantamos nuestro edificio con maderos, y no con hombres, segun vamos alineando exactamente cada pieza con la regla. Verdad es, amigo mio; pero pensad que no se doblega el derecho á las pasiones de los hombres, y que entre nosotros se trataba de abordar primero los verdaderos principios del derecho político. Ahora que hemos echado los cimientos, venid á examinar lo que sobre ellos han edificado los hombres, y vereis lindas cosas.

Entónces lo hago que lea á Telémaco *y* prosiga su camino; buscamos la feliz Salento,y el buen Idemeneo vuelto cuerdo la fuerza de desdichas. En el camino encontramos á muchos Protesilaos, y ningun Filocles. Tampoco Adrasto, rey de los Daunos, es inefable. Pero dejemos que imaginen los lectores nuestros viages, ó que los hagan con Telémaco en la mano,y no les sugiramos tristes aplicaciones que el autor mismo aparta de sí, ó hace contra su voluntad.

En cuanto á lo demas, no siendo Emilio rey ni yo Dios; no nos afanamos porque no podemos imitar á Telémaco y Mentor en el bien que hacían á los hombres; nadie mas bien que nosotros sabe mantenerse en su puesto, ni tiene ménos deseos de salir de él. Sabemos que á todas fue señalada la misma tarea; que aquel la ha desempeñado, que con todo su corazon ama lo bueno, y con todo su poder lo hace. Sabemos que son ficciones Mentor y Telémaco. Emilio no viaja como hombre ocioso, y hace mas bien que si fuese príncipe. Si fuéramos reyes, no seriamos benéficos. Si fuéramos reyes y benéficos, sin querer haríamos mil males reales por un bien aparente que

creyéramos hacer. Si fuéramos reyes y cuerdos, el primer bien que querríamos hacer á nosotros mismos y á los demas, fuera abdicar el trono y volvernos lo que somos.

Ya he dicho lo que hace los viages infructuosos por todo el mundo. Lo que los hace todavía mas inútiles para la juventud, es el modo como la obligan á viajar. Más atentos los ayos á su propia diversion que á la instruccion de sus alumnos, los llevan de pueblo en pueblo, de palacio en palacio, de concurrencia en concurrencia ó, si son sabios y eruditos, hacen que se les vaya el tiempo en andar las bibliotecas, en visitar antiquarios, en registrar monumentos viejos, y en copiar inscripciones medio borradas. En cada pais se ocupan en otro siglo, que es como sise ocuparan en otro pais; de suerte que despues de haber corrido mucha costa de Europa, abandonándose á frioleras o al fastidio, se vuelven sin haber visto nada de cuanto les puede interesar, ni aprendido nada de cuanto pudiera aprovecharle.

Todas las capitales se parecen; allí todos los pueblos se mezclan, todas las costumbres se confunden, y no se deben estudiar en ellas las naciones. Londres y Paris son á mis ojos una misma ciudad. Algunas preocupaciones diferentes tienen sus moradores, pero no tienen ménos unos que otros, y sus maximas practicas todas son las mismas. Sabemos qué especie de hombres debe reunirse en las cortes; sabemos qué costumbres deben producir en todas partes el hacinamiento del pueblo y la desigualdad de bienes de fortuna. Así que me hablan de una ciudad de doscientas mil almas, sé yo como viven en ella. Aquello poco mas que yendo allá sabria, no merece la pena de irle á aprender.

En las provincias remotas, dónde hay ménos movimiento y comercio, dónde viajan ménos los estrangeros, cuyos modales salen ménos de sus pueblos, y mudan ménos de caudal y estado, se han de ir á estudiar la índole y las costumbres de una nacion. Ved de paso la capital, pero id á observar á distancia el pais. No estan los Franceses en Paris, que estan en la Turena; los Ingleses son mas Ingleses en Madrid que en Londres, y los Españoles mas Españoles que en Madrid, en Galicia. A estas distancias remotas se caracteriza y se manifiesta sin rebozo un pueblo como él es: allí es dónde se ceban mas de ver les buenos y malos efectos del gobierno, como el estreno de un radio mayor la medida de los arcos es mas exacta.

Las relaciones necesarias de las costumbres con el gobierno estan tan bien esplicadas en el libro del *Espíritu, de las Leyes,* que lo mejor que se puede hacer es echar mano de esta obra para estudiar dichas relaciones. Pero generalmente hay unas reglas fáciles y sencillas para juzgar desde la bondad relativa los gobiernos. Una es la poblacion. En todo pais que se despuebla, propende el estado á su ruina; y el pais que mas se puebla, aunque sea el mas pobre, infaliblemente es el mas bien gobernado [136].

Pero es necesario para eso que sea esta poblacion efecto natural del gobierno y de las costumbres; porque si resultase de colonias, ó de otras causas accidentales y transitorias, probarian entónces el mal por el remedio. Cuando hizo Augusto leyes contra el celibato, ya mostraban estas leyes la decadencia del imperio romano. Es preciso que la bondad del gobierno escite á los ciudadanos á que se casen, y no que la ley los violente á ello: no se ha de examinar lo que por fuerza se hace, porque la ley que contrarresta á constituciones elude y se frustra, sino lo que es efecto del influjo de las costumbres y del declive natural del gobierno, porque solos estos medios tienen constante eficacia. Esta era la política del buen abate de San Pedro, buscar siempre un medicamento para cada dolencia particular, en vez de subir á su fuente comun, y ver que no se podian sanar si no se curaran todas de consuno. No se trata de curar separadamente cada úlcera que viene en el cuerpo de un enfermo, sino de purificar la masa de la sangre que las produce todas. Dicen que hay premios en Inglaterra para la agricultura; no quiero saber mas: no prosperara en ella mucho tiempo.

La segunda señal de la bondad relativa del gobierno y las leyes tambien se saca de la poblacion, pero de otro modo, esto es de su destruccion, y no de su cantidad. Dos estados iguales en tamaño y en número de gente pueden ser muy desiguales en fuerza, y siempre el mas poderoso de ambos es aquel cuyos moradores estan repartidos con mas igualdad por el territorio: el que no tiene ciudades tan populosos, y lidia por consiguiente menos, vencerá siempre al otro. Las ciudades populosas son las que ponen exhausto mi estado y constituyen su flaqueza: la riqueza que producen es riqueza ilusionaria y aparente; es mucho dinero y poco efecto. Dicen que la ciudad de Paris le vale una provincia al rey de Francia; y yo creo que le cuesta muchas; que algo mas de un aspecto se mantiene Paris con las provincias, y que la mayor parte de las rentas de estas se gastan en esta ciudad y se quedan en ella, sin volver nunca ni al pueblo, ni al rey. No es creible que en este siglo de calcu-

ladores no baya uno que sepa ver que seria mucho mas poderosa la Francia, si aniquilaran á Paris. No solamente no es provechoso para el estado el pueblo mal distribuido, sino que es mas funesto que la misma despoblacion, porque esta da un producto nulo, y la consumacion mal entendida da uno negativo. Cuándo oigo que un Frances y un Ingles, ufanos con la grandeza de sus capitales, disputan sobre cual encierra mas moradores, sí Paris ó Londres, para mí es como si disputaran ambos sobre cual de los dos pueblos tiene la honra de estar mas mal gobernado.

Estudiad un pueblo fuera de sus ciudades, solo así le conocereis. No es nada ver la forma aparente de un gobierno con el afeite del aparato de la administracion y de la aljamia de los administradores, si no estudiamos tambien su naturaleza por los efectos, pues produce en el pueblo, y si no la estudiamos al mismo tiempo en todos los grados de la administracion. Hallándose repartida entre todas estos grados la diferencia de lo que es de formula á la realidad, solamente se conoce esta diferencia cuando se abrazan todas. En este pais se empieza á sentir el espíritu del ministerio por los enjuagues de los subdelegados; en aquel es necesario ver elegir los miembros del parlamento para decidir si es cierto que sea libre la nación: en todo pais cualquiera es imposible que quien solo la á visto las ciudades conozca el gobierno, visto que nunca es el mismo su espíritu respecto de los ciudades que al campo. Ora, el campo es lo que forma el pais, y el pueblo del campo el que forma La nacion.

Este estudio de los varios pueblos en sus apartadas provincias, y en la sencillez de su índole original, ofrece una observacion general muy concordate con mi epígrafe, y que consuela mucho el corazon humano; y es que, observadas así todas las naciones, parece que son mucho mas apreciables: cuanto mas se acercan á la naturaleza, mas domina la bondad en su caracter; solo encerrándose en las ciudades, y alterándose á poder de cultura, se depravan, y convierten en perniciosos y agradables vicios algunos defectos mas toscos que dañosos.

De esta observacion resulta una nueva utilidad del modo de viajar que propongo, y es que viviendo poco los mozos en las ciudades populosas dónde reina una horrible corrupcion, estan ménos espuestos á contraerla, y entre hombres mas sencillo,y en sociedades ménos numerosas, conservan mas seguro tino, gusto mas sano, y costumbres mas honestas; puesto que no sea esta epidemia muy temible para mi Emilio, armado de cuanto necesita

para precaverse de ella. Entre todas las precauciones que para ello he tomado, miro como una muy eficaz el cariño que lleva en el pecho.

Ya nadie sabe cuanto puede el verdadero amor en las inclinaciones delos mozos, porque los que los dirigen, que no ménos lo ignoran que ellos los desvian de él. No obstante es preciso que esté enamorado el mancebo, ó que sea un disoluto. Fácil es seducir con apariencias, Me citaran mil mozos que, segun dicen, viven con mucha castidad; poro cítenme un hombre maduro, un hombre en la edad viril, que diga que el ha pasado así su mocedad, y que sea ingenuo. En todas las virtudes, en todas las obligaciones, solo buscan La apariencia; yo quiero la realidad, y me engaño, ó no hay para conseguirla otros medios que los que propongo.

La idea de hacer que se enamorase Emilio ántes de sacarle á viajar no es de invencion mia, que me la sugirió el siguiente suceso.

Estaba yo en Venecia de visita en casa del ayo de un mozo Ingles: era por invierno, y estábamos alrededor de la lumbre. Trae el ayo sus cartas del correo, las lee, y luego lee otra en alta voz á su alumno. Estaba en ingles y no la entendí; pero, durante la lectura, ví que el mozo rasgaba unas hermosísimas vueltas de encaje que llevaba, y las tiraba á la lumbre una despues de otra, con el mas tiento que podia, para que no lo entendiesen. Estrañándole este capricho, le miro á la cara, y creo que noto emocion en el; pero los signos esternos de las pasiones, aunque bastantes parecidos en todos los hombres, tienen diferencias nacionales acerca de las cuales es fácil engañarse, que tienen distintos idiomas los pueblos en el semblante como en la boca. Aguárdo al fin de la lectura, y enseñando luego al ayo los puños desnudos de su alumno, que este se esforzaba á esconder, le dijo: ¿se puede saber qué quiere decir esto?

Viendo el ayo lo sucedido soltó la risa, dió un abrazo á su alumno con ademan satisfecho; y habiendo alcanzado su licencia, me dió la esplicacion que yo deseaba.

Las vueltas, me dijo, que acaba de rasgar el señor John son un regalo que le hizo, pocos dias hace, una señora de este pueblo. Habeis pues de saber que el señor John esta apalabrado en su pais con una señorita á quien tiene mucho cariño, y que merece mas todavía, esta carta es de la madre de su amada, y voy á traduciros el pasage que ha causado el estrago que habeis presenciado.

Lucía no deja de la mano las vueltas de lord John. Su amiga Betti Roldham vino ayer á pasar la tarde con ella, y á fuerza quiso trabajar en su obra. Sabiendo que hoy se habia levantado Lucía mas temprano de lo que acostumbra, quise ver lo que hacia, y la encontré ocupada en deshacer lo que ayer habia hecho Betti. No quiere que haya en su regalo ni un punto siquiera que sea de otra mano que la suya.

De allí á un rato salió el señor John para tomar otras vueltas, y dije yo á su ayo: Teneis un alumno de escelente carácter; pero decidme la verdad, ¿esta la carta de la madre de la señorita Lucía hecha á la mano? ¿es un espediente fraguado por vos contra la dama de las vueltas? No, me dijo, es la pura verdad; no he usado tanto arte en mis afanes; ha gastado sencillez y zelo, y Dios ha bendecido mi faena.

Nunca se me ha borrado de la memoria la accion de este jóven, y no podia ménos de producir algo en una cabeza tan imaginativa como la mia.

Tiempo es de concluir. Llevemos cabe su Lucía á lord John, esto es á Emilio cabe su Sofía. Le trae, con un corazon no ménos prendado que ántes de su partida,un espíritu mas Ilustrado, y trae á su pais la ventaja de haber conocido los gobiernos con todas sus vicios, y los pueblos con todas sus virtudes. Tambien el cuidado de que en cada nacion se estrechara con algun hombre de mérito por medio de un tratado de hospitalidad á la manera de los antiguos; y no sentiré que por un comercio epistolar cultive en los conocimientos. Ademas de que puede ser provechoso, y siempre es agradable, tener corresponsales *en* los países distantes, es una precaucion esencial contra el imperio de las preocupaciones nacionales, que, acometiéndonos toda la vida, tarde ó temprano tienen en nosotros algun agarradero. No hay cosa mas idónea para quitarles este asidero, que el trato desinteresado de los hombres de razon que uno estima, y que no teniendo estas preocupaciones, y oponiéndoles las suyas, nos dan los medios de contrarrestar unas con otras, y preservarnos así de todas. No es lo mismo tratar con los estrangeros en nuestro pais que en el suyo. En el primer caso, siempre guardan con el pais dónde viven ciertas contemplaciones que hacen que encubran lo que piensan de él, ó les hacen pensar favorablemente miéntras residen en el; pero cuando vuelven al suyo, se les templa esta buena opinion, y solo son justos. Mucho celebrara que el estrangero que yo consultase hubiese visto mi pais, pero solamente en el suyo le preguntaria su dictamen acerca del mio.

DESPUES haber gastado cerca de dos años en correr algunos de los estados grandes de Europa, y muchos mas de los chicos; despues de haber aprendido las dos ó tres principales lenguas; despues de haber visto lo mas curioso que hay que observar ya en historia natural ya en gobierno, ya en artes, y ya en hombres, devorado Emilio de impaciencia me avisa que se va acercando nuestro plazo. Dígole entónces: Pues bien, amigo mío, ya os acordais del objeto principal de nuestros viages; habeis visto, y habeis observado. ¿Cual es el resultado final de vuestras observaciones? ¿á qué os determinais? O me engaño en mi método, ó con poca diferencia me responderá lo siguiente:

«¿Á qué me determino? á quedarme cual vos me habeis hecho que fuese, y á no añadir voluntariamente ninguna otra cadena; la que me han echado la naturaleza y Las leyes. Cuánto mas examino la obra de los hombres en sus instituciones, mas veo que á fuerza de aspirar á ser independientes se hacen esclavos, y que gastan su propia libertad en esfuerzos vanos para afianzarla. Por no ceder al torrente de las cosas, se labran mil grillos; luego cuando quieren dar un paso no pueden, y se pasman de hallarse asidos á todo. Me parece que para vivir libre no hay nada que hacer; basta con no querer dejar de serlo. Vos, o maestro mio, me habeis hecho libre, enseñándome á ceder á la necesidad. Venga cuando quiera, tire dejo arrastrar sin violencia; y como no quiero contrarrestarla, de nada me asgo para retenerme. En nuestros viages he averiguado si encontraria un rincon de tierra dónde pudiera ser absolutamente mío: pero ¿en qué parage entre los hombres no depende uno de sus pasiones? Bien examinándolo, he hallado que mi mismo anhelo era contradictorio; porque, puesto que no estuviera así de á ninguna otra cosa, todavía lo estuviera á la tierra dónde me hubiese llevado mi vida estaria asida á la tierra, como lo estaba la de las Dríades y sus arboles. He visto que eran dos palabras incompatibles, imperio y libertad, y que no podia ser dueño de una choza sin dejar de serlo de mí propio;

Hoceratin votis, modus agri non ita magnus ([137]).

Me acuerdo de que fueron mis bienes la causa de nuestras investigaciones. Me probabais con mucha solidez que no podia yo conservar de consumo mi riqueza y mi libertad¡pero cuando queríais que fuese libre y sin necesidades, queriais dos cosas incompatibles; porque no puede salir de la dependencia de los hombres sin entrar en la de la naturaleza. ¿Pues que haré del caudal que me han dejado mis padres? Lo primero, no depender de

él; aflojaré todos los nudos que con él me tienen asido si me le dejan, le conservaré; si me le quitan, no me arrastraran con él. No me afanaré por retenerle, y permaneceré firme en mi puesto. Pobre ó rico, seré libre; y no solamente lo seré en tal pais, en tal comarca, lo seré en la tierra entero. Rotos estan para rol todas los grillos de la opinion, no conozco otros que los de la necesidad. A llevarlos aprendí desde mi niñez, y los llevaré hasta la muerte, porque soy hombre: ¿y por qué no los he de llevar siendo libre; si tambien fuera forzoso llevarlos siendo esclavo, y los de la esclavitud por añadidura?

¿Qué me importa mi condicion en la tierra? ¿qué me importa el pais en que viviere? En cualquiera parte dónde haya hombres, estoy entre mis hermanos; en cualquiera dónde no los haya, estoy en mi casa. Mientras que pudiere permanecer independiente y rico, tengo caudal para vivir, y viviré. Cuándo me sujetare mi caudal, le abandonaré sin sentimiento; tengo brazos para trabajar, y viviré. Cuándo me fallaren mis brazos, viviré si me dan de comer, moriré si me abandonan: lo mismo moriré tambien puesto que no me abandonen; que no es pena de la pobreza la muerte, sino ley de la naturaleza. En cualquiera época que venga, reto yo la muerte, que nunca me cogiera haciendo preparativos para vivir, ni me estorbara nunca el haber vivido.

A esto, padre mio, me resuelvo. Si no tuviera una pasion, viviria, en mi estado de hombre, independiente como Dios mismo, porque queriendo unicamente lo que existe, nunca tuviera que lidiar contra el destino. Á lo ménos no tengo mas que una coyunda, la única á que siempre estaré atado, y de ella me puedo fiar. Venid, dadme á Sofía, y soy libre.

Amado Emilio, mucho me complace oír salir de tu boca razones de hombre, y ver los sentimientos de tal en tu corazon. De tu edad no me disgusta ese desinterés escesivo. Cuándo tengas hijos disminuirá, y entónces seras justamente lo que debe ser un buen padre de familias y un varon cuerdo. Ántes de que emprendieras tus viages, sabia yo cual seria su efecto; bien sabia que, observando desde cerca nuestras instituciones, estarías muy distante de poner en ellas la confianza que no se merecen vano es aspirar á la libertad bajo el seguro de las leyes. ¡Leyes! ¿donde las hay? ¿y dónde son respetadas? En todas partes solo lo has visto reinar con este nombre el interes particular y las pasiones humanas. Pero existen las leyes eternas de la naturaleza y del orden: sustituyen para el sabio la ley positiva; estan escritas

en lo íntimo de su corazon por la razon y la conciencia; á estas se debe esclavizar para ser libre; no soy otro esclavo que el que obra igual, porque siempre obra contra su voluntad. En ninguna forma de gobierno esta la libertad, que esta en el pecho del varon libre, y á todas partes se la lleva consigo. El hombre vil á todas lleva la esclavitud, Esclavo fuera el uno en Ginebra, y libre el otro en Madrid.

Si te hablara de las obligaciones del ciudadano, acaso me preguntarias dónde esta La patria, y creerías haberme concluido. Pero te engallarias, amado Emilio; porque quien no tiene patria tiene á lo ménos un pais. Siempre hay un gobierno y simulacros de leyes bajo los cuales ha vivido tranquilo. ¿Qué importa que no se haya cumplido el contrato social, si le ha amparado el interes particular como la voluntad general hubiera hecho, si la pública violencia le ha preservado de las violencias particulares, si lo malo que ha visto obrarle ha hecho que amara lo que era bueno, y si nuestras instituciones le han hecho conocer las inquietudes precoces de ellas, y aborrecerlas ¡O Emilio! ¿dónde esta el hombre de bien que nada debe á su pais? Sea quien fuere, le debe lo mas precioso que hay para el hombre, la moralidad de sus acciones, y el amor de la virtud. Nacido en lo enmarañado de las selvas, iras venturoso y mas libre hubiera vivido; pero no teniendo líos que vencer para seguir sus inclinaciones, hubiera sido bueno sin mérito, y no virtuoso; y ahora sabe serlo ó despecho de sus pasiones. La apariencia sola del órden le escita á que le conozca y le ame. El bien público, que sirve de mero pretesto para los demas, para él solo es un motivo real. Aprende á pelear contra sí, á vencerse, á sacrificar al comun interes el suyo. No es verdad que no saque provecho ninguno de las leyes, pues le inspiran denuedo para ser listo, aun entre los malos. No es cierto que no le hayan hecho libre, pues le han enseñado á reinar en sí propio.

No digas por tanto, ¿que no importa el sitio dónde haya de estar? Te importa estar dónde puedas desempeñar todas tus obligaciones, y una de estas es la adhesion al pais de tu cuna. Tus compatriotas te protegieron siendo niño; tú debes amarlos siendo hombre. Debes vivir en mitad de ellos, ó al ménos en sitio desde dónde les puedas ser útil cuando estuviera en tu poder, y dónde te sepan hallar si alguna vez necesitaran de tí. Circunstancias hay en que puede acarrear un hombre mas provecho á sus conciudadanos, viviendo fuera de su patria que en el seno de ella. Entónces solamente debe escuchar su zelo, y sufrir sin quejarse su destierro; que este mismo destierro

es una de sus obligaciones. Pero tú, buen Emilio, á quien nada impone estos dolorosos sacrificios, tú que no te has tomate el triste cargo de decir la verdad á los hombres, vé; vive en medio de ellos, cultiva su amistad en un suave trato, sé su bienhechor, su modelo: mas les aprovechara tu ejemplo que todas nuestras ideas, y las buenas acciones que vean ejecutarse les moverán mas que todos nuestros vanos razonamientos.

No por eso te exhorto á que vayas á vivir á las ciudades populosas; por el contrario, uno de los ejemplos que los buenos deben á los demas, es el de la vida patriarcal y rústica, la vida primera del hombre, la mas pacífica, la mas natural, y la mas dulce para quien no tiene estragado el corazon. ¡Dichoso el pais, amado jóven, dónde no es necesario ir á buscar la paz a un yermo! ¿Pero cual es ese pais? Mal satisface un hombre benéfico su inclinacion en medio de las ciudades, dónde casi no halla en favor de quien ejercitar su zelo, como no sean tramoyistas y bufones. La acogida que allí se hace á los holgazanes que viene á tentar fortuna, acaba de asolar el pais que por el contrario se debiera repoblar á costa de las ciudades. Todos cuantos se retiran de las sociedades numerosas son útiles por lo mismo que se retiran de ellas, porque todas sus vicios provienen de ser muy numerosas. Tambien son útiles cuando pueden llevar de nuevo á los despoblados la vida, la cultura, y el amor de su primitivo estado. Me enternezco cuando contemplo cuantos beneficios pueden esparcir desde su sencillo retiro en torno de si Emilio y Sofía, cuanta vida pueden dar á las campiñas, y cuanto reanimar el apagado zelo del malhadado aldeano. Ya creo mirar que se multiplica el pueblo, que se fertilizan los campos, que se engalana la tierra con nuevos arreos, que la muchedumbre y la abundancia transforman en fiestas las tareas, y que en torno de la amable pareja que los rústicos juegos ha reanimado, se alzan en medio de las bendiciones y alegres clamores. Tratan de fantástico el siglo de oro, y lo sera siempre para quien tenga estragados el gusto y el corazon. Tampoco es cierto que sientan haberle perdido, pues siempre es vano este sentimiento. ¿Qué se necesita para verle renacer? Una cosa sola, pero cosa imposible; amarle.

Ya me parece que Tenace este siglo en torno de la morada de Sofía; no haréis mas que acabar juntos lo que sus dignos padres han empezado. Pero no te retraiga, querido Emilio, tan suave vicia de obligaciones penosas, si alguna vez te las imponen: acuérdate de que los Romanos abandonaban el arado por la toga consular. Si te llama el príncipe ó el estado al servicio de

la patria, dejalo todo para ir á desempeñar, en el puesto que le asignaren la honrosa funcion de ciudadano; Si te fuere onerosa esta funcion, medio hay decente y eficaz de diferente de ella, que es desempeñarla con la integridad suficiente para qué no te la dejen mucho tiempo encomendada. Pero poco tienes que mezclar las dificultados de semejante carga; mi entras que hubiere hombres de este siglo, no seras tú quien vengan á buscar pava servir al estado.

¡Ha, si me fuera permitido pintar la vuelta de Emilio cerca de Sofía y el fin de sus amores, ó mas bien el principio del amor conyugal que los une! amor fundado en la estimacion, tan duradera como la vida; en las virtudes, que no se desvanecen con la hermosura; en la armonía de los caracteres, que hacen amable el trato, y prolongan en la vejez el embeleso de la union primera. Pero estas circunstancias pudieran divertir sin ser de provecho, y hasta aquí solo he descrito las circunstancias agradables que me han parecido útiles. ¿Dejaré esta regla al fin de mi tarea? No, y tambien conozco que esta fatigada mi pluma. Muy débil para tan dilatados trabajos, abandonaria este si estuviera ménos adelantado: para no dejarle imperfecto, es tiempo de que le concluya.

Al fin veo rayar el mas delicioso de los dias de Emilio y el mas feliz de los míos; veo coronar mis afanes, y empiezo á gustar su fruto. Estréchase la digna párela con una indisoluble cadena; pronuncia su boca, y su corazon confirma juramentos que no serán vanos: son esposos. Al volver del templo, se dejan conducir; no saben dónde estan, ni á dónde van, ni lo que en torno de ellos hacen..No oyen, no responden mas que palabras confusas; nada ven sus enturbiados ojos. ¡O delirio, o flaqueza humana! el sentimiento de la felicidad entontece al hombre, y no tiene fuerza para sobrellevarle.

Pocos hay que un dia de boda sepan tornar el estilo que conviene con los novios. La triste decencia de unos, y los donaires nada recatados de otros, me parecen igualmente impertinentes. Mas quisiera que dejaran á estos corazones juveniles recogerse dentro de sí mismos y abandonarse á una agitacion que tiene cierta delicia, que no distraerlos Con tanta crueldad entristeciéndolos con un importuno decoro, ó incomodándolos con desabridos chistes, que, aunque los hubiesen de divertir en cualquier otro tiempo, es muy cierto que este dia los importunan.

Veo que mis dos jóvenes, en el suave descaecimiento que los turba, no escuchan ninguna de las razones que les dicen.

Yo que quiera que si goce de todas los días de la vida, ¿la de dejar que pierdan uno tan precioso? Yo, quiero que le gusten, que le paladeen, que disfruten sus delicias. Los saco de la importuna muchedumbre que los causa, y llevándomelos á pasear á un sitio apartado, los llamo ó sí mismos hablándoles de ellos. No solo quiero hablar á sus oídos, mas tambien á sus corazones; y no ignoro cual es el asunto único en que puedan ocuparse este dia.

Hijos mios, les digo asiéndolos á ambos de la mano, tres años hace que ví nacer, esta viva y pura llama que hoy hace vuestra felicidad. Sin cesar ha ido en aumento; en vuestros ojos veo que ha llegado á su último grado de vehemencia; ya no puede ménos de enfriarse. Lectores, ¿no veis los arrebatos, los furores, los juramentos de Emilio, el ademan desdeñoso con que desprende Sofía de mi mano la suya, y Las tiernas protestas que mutuamente se hacen sus ojos de adorarse hasta el postrer aliento? Los dejo un rato, y vuelvo luego á tomar el hilo de mi discurso.

Muchas veces he pensado que si pudiéramos prolongar la dicha del amor en el matrimonio, tendriamos la bienaventuranza en la tierra. Hasta aquí esto nunca se ha visto. Pero si no es cosa totalmente imposible, dignos sois uno y otro de dar un ejemplo que de nadie hayais rectificado, y que pocos esposos sabrán imitar. ¿Quereis, hijos míos, que os diga qué medio para ello imagino, y que creo que es el único posible?

Mírame sonriéndose y burlándose de mi simpleza. Emilio me da muchas gracias diciéndome que cree que Sofía tiene una receta mejor, y que por lo que á si hace, con esa le basta. Sofía aprueba, y no parece ménos confiada: no obstante, por entre su ademan de mofa se me figura que columbro alguna curiosidad. Examino á Emilio; sus encendidos ojos devoran los embelesos de su esposa; esta es su única curiosidad y poca mella le hacen todas mis razones. A mi vez me sonrio, diciendo entre mí; presto haré yo que estés atento.

La diferencia casi imperceptible le es todo secretos movimientos indica una muy característica en ambos sexos, y muy opuesta á las preocupaciones admitidas; y es que, generalmente hablando, son los hombres mas inconstantes que las mugeres, y se fatigan mas presto del amor satisfecho. De

muy otras presiente la muger la incosntancia del hombre y se asusta con ella ([138]) esto es lo que hace que sea mas zelosa. Precisará, cuando empieza á enfriarse el hombre, á restituirle cuantos obsequios él le hizo en otro tiempo para serle grato, alternativamente llora, se humilla, y rara vez con el mismo fruto. El cariño y los obsequios grangean los corazones, pero no los recobran. Vuelvo á mi receta para estorbar que se enfríe el amor en el matrimonio.

Es fácil y sencilla, prosigo; consiste en continuar siendo amantes despues de esposos. Efectivamente, dice Emilio riéndose del secreto, no nos sera penosa.

Mas penosa, para vos que os vris de lo que acaso pensais. Dejadme por vida vuestro lugar para ésplícarme.

Los nudos que se quieren estrechar demasiado se rompen. Esto es lo que sucede con el del matrimonio, cuando le queremos dar mas fuerza de la que debe tener. La fidelidad que impone á entrambos esposos, es el mas sacrosanto de todas los derechos; pero la potestad que al uno le da en el otro esta de mas. Mal se aviene la violencia y clamor, y el deleite no se manda. No os sonrojeis, o Sofía, ni penseis en huiros. No permita Dios que quiera yo ofender vuestra modestia; pero se traia de la suerte de vuestra vida. Por tanto importante objeto consentid, entre un padre y un esposo, razones que viniendo de otros no consentiriais.

No tanto es la posesion la que haria cuanto la sujecion; y á la manceba que un lumbre mantiene le conserva cariño mucho mas tiempo que á su muger. ¿Como se han podido transformar en obligacion los mas tiernos cariños, en derecho las prendas mas dulces de amor? El mutuo deseo constituye el derecho, la naturaleza no conoce otro. La ley puede restringir este derecho, nunca esplayarle. ¡Tan dulce es el deleite por si mismo! ¿ha de rectificar de la triste sujecion la fuerza que no haya podido sacar de sus propios atractivos? No, hijos míos, en el matrimonio estan ligados los corazones, pero no estan esclavizados los cuerpos. Os debeis fidelidad, mas no condoscendencia. Cada uno de vosotros solo puede pertenecer al otro, pero ninguno debe pertenecerle sino en cuanto fuera su voluntad.

Por tanto si es cierto, amado Emilio,que queráis ser amante de vuestra muger, sed siempre ella arbitro de vos y suyo; sed amante feliz, pero respetuoso; alcanzadlo todo del amor sin esigir nada de la imaginacion, y no

sean ménos derechos para vos los mas leves favores sean gracias. Bien sé que huye el poder los consentimientos formales, y pide que le venzan; ¿pero, con verdadero amor y delicadeza, se engaña el amante acerca de la voluntad secreta No sabe cuando otorgan los ojos y el corazon lo que finge que niega la boca? Tenga derecho cada uno de vosotros dos, dueño siempre de su persona y sus cariños, de no dispensarselos al otro, como no sea de su propia voluntad. Acordaos sin cesar de que ni aun en el matrimonio es legítimo el deleite, cuando no es comun el deseo. No teniais, hijos mios, que os desvíe esta ley al uno del otro, por el contrario, á entrambos hará que os esforceis mas en agradaros, y precaviera que os empalagueis. Ceñidos unicamente uno á otro, bastante os allegaran la naturaleza y el amor.

Al oir estas razones y otras semejantes, se enoja Emilio, grita; Sofía avergonzada se tapa los ojos con su abanico; y no habla palabra. El mas descontento de los dos no es acaso el que mas se queja. Insisto sin ablandarme: avergüenzo á Emilio de su poca fineza, salgo por fiador de Sofía de que por su parte admite el tratado: la escito á que hable, y bien se echa de ver que no es osada á desmentirme. Inquieto Emilio consulta los ojos de su esposa, y los ve en medio de su cortedad, llenos de una deliciosa turbacion que le tranquiliza contra los riesgos de la confianza. Arrójase á sus plantas, besa arrebatado la mano que ella le ofrece, y jura que, escepto la prometida fidelidad renuncia de cualquier otro derecho de esposo. Sé, le dice, amada, dueño de mis contentos como lo eres de mi vida y de mi destino. Aunque tu crueldad me hubiese de costar la vida, le abandono mis mas preciosos derechos. Acabada quiero deber á tu condescendencia, que quiero que todo sea dádiva de tu corazon.

Buen Emilio, no te asustes: Sofía es generosa ademas para dejarte morir víctima de tu generosidad.

Por la noche, al despedirme, les digo con el tono mas grave que puede; Acordaos ambos de que sois libres; no haya diferencias falsas, que aqui no se trata de obligaciones conyugales.¿Quieres venir Emilio? Sofía te lo permito. Emilio enfurecido querrá pegarme. ¿Y vos, Sofía, que decís? ¿quereis que me le lleve? La embusterilla sonrojada dirá que sí, ¡Hechicera y dulce mentira que vale mas que la verdad!

Al otro dia....la imagen de la felicidad ya no prende de los hombros, la corrupcion del vicio no ménos lejos depravado su gusto que sus corazones.

Ya ni saben sentirlo tierno, ni ver lo amable. Vosotros que para pintar el deleite nunca imagináis mas que dichosos amantes engolfados en el seno de las delicias, ¡cuan imperfectas son todavia vuestras pinturas! solo ofreceis la mas tosca mitad, los atractivos mas dulces del deleite no se encuentran en ellas ¡O! ¿quién de vosotros no vió nunca dos esposos jóvenes, unidos con felices auspicios, salir del tálamo nupcial, y retratar en su languente y casto mirar la beodez de los dulces deleites que acaban de disfrutar, la amable serenidad de la inocencia, y la certidumbre que tanto entónces los encanta de vivir juntos lo restante de sus años. Este es el objeto mas regalado que pueda presentarse al corazon del hombre; esta la verdadera pintura del deleite: cien veces la habeis contemplado sin reconocer á vuestros empedernidos corazones no son capaces de amarla. Dichosa y pacífica Sofía pasa el dia en brazos de su tierna madre, blando descanso para la cual habia pasado la noche en los de su esposo.

Al tercer dia, reparo ya alguna mudanza de escena, Emilio quiere dar muestras de mal humor; pero por entre esta afectacion noto un arder tan tierno y tanto rendimiento, que, no mezclo cosa que sea muy triste. Sofía esta mas alegre que el dia antes; brilla en sus ojos una visible satisfaccion, esta enojada con Emilio; casi le provoca, y él parece que se enfada mas con sus alhagos.

Estas mudanzas son poco notables, pero no se me esconden. Inquieto, consulto á Emilio á solas, y sé que con mucho sentimiento suyo y despecho de todas sus instancias, ha sido forzoso hacer cama aparte la noche pasada. La imperiosa se ha dado prisa á usar de su derecho. Se esplican. Emilio se queja amargamente, Sofía se chance; pero en fin viendo que se va á enfadar de veras, pone en él una mirada llena de amor y dulzura, y apretándome la mano, pronuncia esta palabra sola, pero con un acento que llega al alma: *¡Ingrato!* Emilio es tan tonto que nada de esto entiende. Yo si lo entiendo, y desviando á Emilio, hablo á solas con Sofía.

Ya veo, le digo, la razon de ese capricho. No es posible tener mas miramiento, ni emplearle mas fuera de sazon. Tranquilizáos, amada Sofía, un hombre es el que os he dado, no temáis tratarle como tal: vos habeis cogido las primicias de su juventud, con ninguna ha sido pródigo de ella, y la conservara mucho tiempo para vos.

Es menester, amada niña, que os esplique mis ideas en la conversacion que tuvimos los tres ántes de ayer. Acaso no la mirasteis de otra manera que como un arte de usar con economía vuestros deleites para que fuesen duraderos. ¡O Sofía! otro objeto mas digno de mis afanes llevaba. Dándoos la mano de esposo, se ha hecho Emilio vuestra cabeza; la naturaleza lo quiso así. Pero cuando se parece una muger Sofía, es útil que sea conducida por ella su marido; tambien esta es otra ley de la naturaleza; y por restituiros tanta autoridad en su corazon como á él le da su sexo en vuestra persona, os he sido yo arbitro de sus gustos. Lo compraréis á costa de penosas privaciones, pero reinareis en él, si en vos sabeis reinar; y lo que ya le ha sucedido me demuestra que no es superior este arte difícil á vuestro esfuerzo.

Reinaréis por él amor mucho tiempo, si haceis preciosos y raros vuestros favores, y si sabeis darles valor. ¿Quereis ver sin cesar vuestro marido á vuestras plantas? mantenedle siempre á cierta distancia de vuestra persona. Pero sed modesta en vuestra severidad, no antojadiza; miremos abstinente y no mala idea tened cuenta no sea que por no empalagar su amor le hagáis que dude del vuestro. Haced que os ame por vuestros favores, y os respete por vuestras repulsas; y que honre la castidad de su muger sin agraviarse de su tibieza.

De este modo hija mia, os entregara su confianza, escuchara vuestros consejos, os consultara en sus negocios, y nada resolverá sin defenderlo con vos: de este modo le podreis traer á la razon cuando se descarríe, reducirle por una dulce persuasion, haceros amable para haceros útil, emplear el arte de agradar en servicio de la virtud, y el amor en beneficio de la razon.

Con todo no creais que siempre pueda aprovecharos este mismo arte. Por mas precauciones que puedan tomarse, el gozo gasta los deleites, y el amor ántes que todas los demas. Pero, cuando ha durado el amor mucho tiempo, un dulce habito llena su vacío y suceden á los raptos de la pasion los atractivos de la confianza. Los hijos forman un vínculo no ménos suave y á veces mas fuerte que el mismo amor entre los que les dieron el ser. Cuándo ceseís de ser dama de Emilio, sereis su muger y su amiga; sereis la madre de sus hijos. Entónces, en vez de vuestros primeros desvíos, estableced la mayor intimidad entre vosotros; no mas cama aparte, no mas repulsas, no mas antojos. Haceos en tal manera mitad suya, que el no pueda vivir sin vos, y que, al punto que os deje, se sienta lejos de sí propio. Vos que tan bien supísteis hacer que reinaran en casa de vuestros padres los embelesos

de la vida desmedida, haced que ruja igualmente en la vuestra. Todo el que se halla á gusto en su familia ama á su muger. Acordaos de que si vive feliz en su casa vuestro esposo, sereis vos una muger feliz.

Por ahora no seais tan severa con vuestro amante, que merece mas condescendencia y le ofenderían vuestros temores; no mireis tanto por su salud á costa de su dicha y gozad de la vuestra. No se debe aguardar al hastío, ni repeler el deseo; no se debe negar por negar, sino por dar valor á lo que se concede.

Reuniéndolos luego, le digo delante de ella al jóven su esposo; Preciso es sufrir el yugo que uno se ha impuesto; mereced que os le hagan suave. Ántes de todo sacrificad á las gracias, y no penseis con mostrar mal humor haceros amable. No es difícil hacer la paz, y cualquiera adivina las condiciones: el tratado se rubrica con un beso. Despues de esto digo á mi alumno: Amado Emilio, el hombre toda su vida necesita consejo y guia. Yo he hecho cuanto me ha sido posible para desempeñar esta obligacion con vos y aquí se concluye mi dilatada tarea, y empieza la de otro. Este dia hago renuncia de la autoridad que me habeis fiado, y de hoy en adelante aquí teneis á vuestro ayo.

Poco á poco se serena el primer delirio, y les deja gustar en paz las delicias de su nuevo estado. ¡Dichosos amantes! ¡dignos esposos! para pintar su felicidad, fuera necesario escribir la historia de su vida. ¡Cuántas veces, contemplando en ellos mi obra, me siento embargado en un estasis que hace latir agitado mi corazon! ¡Cuantas veces, bendiciendo la Providencia, y lanzando encendidos suspiros, estrecho entre sus manos las mies! ¡Cuántos besos imprimo en estas manos que se aprietan! ¡De cuantas lagrimas de gozo, que caen de mis ojos, se las sienten bañadas! Tambien ellos se enternecen participando de mi enajenamiento. Sus respetables padres disfrutan segunda vez de la juventud en la de sus hijos; vuelven, por decirlo así, á empezar en ellos á vivir de nuevo, ó mas bien por la vez primera conocen el valor de la vida,y maldicen sus pasadas riquezas que en la misma edad les estorbaron que gozaran tan deliciosa suerte. Si hay felicidad en la tierra, en el albergue en que vivimos es dónde se encuentra.

Al cabo de algunos meses, entra una mañana Emilio en mi cuarto, y me dice dándome un abrazo: Maestro mio, dad el parabién á vuestro hijo, que en breve espera tener la honra de ser padre. ¡qué afanes van á cargar en nue-

stro zelo,y cuanto vamos á necesitar de vos! No permita Dios que os deje yo educar al hijo despues de haber educado á su padre. No permita Dios que otro que yo desempeñe obligacion tan suave y sacrosanta, aunque hubiese de escoger con tanto acierto para él como para mí escogeria. Pero sed el maestro de los maestros mozos. Aconsejadnos, dirigidnos; que seremos dóciles miéntras que yo viviere, necesitaré de vos, y mas que nunca os necesito ahora que empiezan mis funciones de hombre. Vos habeis desempeñado las vuestras; guiadme para imitaros, y descansad vos, que ya es tiempo.

FIN DE EMILIO.

ADVERTENCIA *DE LOS EDITORES,*

Sobre el Fragmento siguiente.

Es preciso convenir que los únicos bienes con que pueden contar los hombres, son los que se han guardado en el fondo de su corazon: así el medio, quizá único, de proveer eficazmente á su felicidad es el de proporcionarles recursos seguros contra los golpes de la fortuna, sea para repararlos *á* fuerza de talentos, sea para sobrellevarlos á fuerza de virtudes. Este fue el grande objeto que Rousseau se propuso en su *Tratado de Educacion*: la obra siguiente estaba destinada á hacer ver que habia logrado su intento. Esponiendo á *Emilio* á todos los hijos de la fortuna, y poniéndole en una serie de situaciones espantosas, que el mortal osado no podria ver sin estremecerse, queria manifestar que los principios con que fue alimentado desde su niñez eran los únicos que podían hacerle superior á todas estas situaciones. Este plan tan hermoso y su ejecucion habria sido tan interesante como útil: era poner en accion la moral de *Emilio,* justificarla y hacerla amable, pero la muerte no permitió á Rousseau erigir este nuevo monumento á su gloria y de continuar esta otra, que habia interrumpido por sus confesiones.

Damos al público el único fragmento que habia escrito, y lo decimos sin rebozo, le damos con alguna especie de repugnancia. Cuánto mas se manifiesta el genio de su sublime autor en el cuado que nos ofrece, tanto mas chocante nos parece. ¡*Emilio* desesperado, *Sofía* envilecida!. Quién pudiera suportar estas odiosas imágenes. Cuándo veo que la desgraciada virtud se queja, tengo á lo ménos el recurso de llorar; pero cuando la veo presa de los remordimientos, ¿qué me queda que hacer? Además; ¿qué confianza pueden inspirar unos preceptos que han tenido por resultado el hacer una muger adultera? Con todo si es cierto que las educaciones austeras solo ha-

cen hipócritas, la educacion sola de Sofía debe hacer hijas virtuosas, ¿pero las hijas virtuosas se tornan esposas pérfidas, y perjuras? Guardémonos bien de imputar á Rousseau estas contradicciones. Sabemos que no existian en su plan, ¡Habria querido desfigurar él mismo su mas hermosa obra!*Sofía* fue culpable, no fue vil, imprudentes amistados fueron la causa de sus yerros y de sus desgracias: una muger viciosa y envidiosa de sus virtudes sorprendió su sencillez, sin alterar su alma pura. Una bebida emponzoñada no alucinó sus sentidos, sino trastornando su juicio; la infeliz creia entregarse á su esposo entregándose como vil seductor que ultrajaba su inocencia; sucumbid como Clarisa, pero se levanto mas sublime que ella, ¿Mas, si *Emilio* debia conocer el acceso de la desgracia, era necesario que *Sofía* fuese infiel ¿Podia ser desdichada estando al lado de ella? ¿Ni quien podia arrancarle de ella?

Los hombres...La muerte... No: solo el crímen de *Sofía*.

¿Porqué no ha acabado Rousseau esta triste relacion? ¿Á qué viene este largo tejido de objetos funestos, de contratiempos, calamidades, yerros, remordimientos, desesperacion, y arrepentimiento? ¿no nos ha conducido aquellos dias de paz y de gloria, en que *Emilio y Sofía* superiores de la fortuna, á los hombres, y así mismos, embriagados de amor y brillantes de virtudes, habrían vuelto á hallar la felicidad de sus primeros años lejos de los hombres y en la calma de la inocencia? ¡Qué corazon por mas alegre que estuviese con el sentimiento de sus penas, no se hubiera reanimado al oír los dulces acentos de su felicidad!

Sí, *Sofía* mia, representémonos el venturoso curso de nuestros bellos dias, no los borremos de nuestra memoria, despues de haberlos hecho tan encantadores. Acordémonos de los transportes y delicias que gozábamos en ellos. Traigamos á la memoria hasta nuestras contrariedades y hasta aquellos tiempos crueles de tu yerro y de mi desesperacion;! tiempos de dolor y de lagrimas tan bien compensados por el amor, las virtudes, y la felicidad! ¡Oh! ¡quien querria con esta recompensa no haber sufrido, gemido, detestado su vida y vivido!

Lágrimas arrancadas por el dolor y la rabia, ¡que sois vosotras en medio de los torrentes de gozo y placer que os han ahogado!

Recuerdos amargos y deliciosos, no desaparezcais de nuestros corazones, cuya paz nada puede turbar.

Suplid por todo ahora, que ceñidos para siempre la mas el uno al otro estamos solos sobre la tierra, y que el genero humano no es ya nada para nosotros.

*Sofía,*mi cara *Sofía,* que no pudiera yo hacer revivir todas los dias de mi vida en cada uno de los que paso contigo, ¡jamás me bastarian para gozar de mi felicidad!

EMILIO Y SOFIA,

Ó

LOS SOLITARIOS.

CARTA PRIMERA.

Yo era libre, era feliz, ¡o maestro mio! me habiais formado un corazon propio para gozar de la felicidad, y me habiais dado á Sofía. Una naciente familia agregaba á las delicias del amor, y á los desahogos de la amistad, los encantos de la ternura paternal, todo me presagiaba una vida agradable, todo me prometia una dulce vejez y una muerte tranquila entre los brazos de mis hijos. Mas ¡ay! ¿qué se habia hecho de aquel tiempo dichoso de placer y de esperanza en que el porvenir hermoseaba lo presente; en que mi corazon embriagado de su alegría estaba empapado de una dicha tan grande, que cada dia era para él un siglo de felicidad? Todo ha desaparecido como un sueño, aunque todavía jóven lo he perdido todo, muger, hijos, amigos, todo en uno hasta el trato con mis semejantes. Mi corazon ha sido despedazado y rasgado de todo aquello á que estaba apegado y solo ha quedado ligado á un menor apego de todos, de un tenue amor de una vida sin placeres, pero exenta de remordimientos. Si llego á sobrevivir mucho tiempo á mis pérdidas,

mi suerte ser á de envejecer y morir solo, sin volver á ver la mascara de un hombre, y la providencia será la única que cerrara mis ojos.

En semejante estado; ¿quién puede persuadirme todavía á que cuide de esta triste vida, que tengo tan pocos motivos para amar? Solo algunos recuerdos y el consuelo de hallarme en este mundo en el lugar que la providencia me ha destinada, sometiéndome sin murmurar y con resignacion á sus decretos eternos. He muerto ya en todo lo que me era mas caro, y solo espero sin impaciencia y sin temor que lo que resta de mí vaya á juntarse con lo que he perdido.

¿Pero, vos, mi caro maestro, vivis? ¿estais todavía sobre esta tierra de destierro con vuestro Emilio, ó habitais ya con Sofía en la patria de las almas justas? ¡Ay de mí! en cualquier caso estais muerto para mí, mis ojos no os volverán á ver ya; pero mi corazon se ocupara siempre de vos. Nunca he conocido mejor el valor de vuestros cuidados, que despues que la dura necesidad me la tratase tan cruelmente haciéndome esperimentar todos sus golpes, y quitándomelo todo escepto á mí mismo. Yo soy solo, todo lo he perdido ¿pero quede yo, y la desesperacion no me ha aniquilado. No puedo esperar que estos papeles lleguen á vuestras manos. Perecerán sin duda sin que ningun hombre los vea; mas no importa, estén escritos, los junto, los ato, los continúo, y os los dirijo, para trazaros estos preciosos recuerdos que alimentan y despedazan mi corazon, y para daros cuenta de mí, de mis sentimientos, de mi conducta, y de este corazon que me habeis dado. Os lo diré todo, así lo bueno, como lo malo, mis dolores, mis placeres, mis fallos; pero creo que nada tengo que decir que pueda deshonrar vuestra obra.

Mi felicidad ha sido prematura; empezó desde que nací; debia acabar ántes de mi muerte. Todos los dias de mi infancia han sido dias afortunados, basados en la libertad, en la alegría, así como en la inocencia: jamas supe hacer distincion entre mis instrucciones y mis placeres. No hay hombre que no se acuerde con ternura de los juegos de su infancia; pero yo he sido quizá el único que no haya mezclado con estos dulces recuerdos las lágrimas que hacen correr á los demas. ¡Ah! si me hubiera muerto cuando era niño, habria ya gozado de la vida; y no hubiera conocido las penas.

Aunque llegué á la pubertad no dejé por eso de ser feliz. En la edad de las pasiones, formaba mi razon por mis sentidos; lo que sirve para engañar á los demas, fué para mí el camino de la verdad. Aprendí á juzgar sanamente

de las cosas que me rodeaban y del interes que debia tomar en ellas; las juzgaba por principios sencillos y verdaderos; ni la autoridad, ni la opinion alteraban mis juicios. Para descubrir las relaciones de las cosas entre sí, estudiábala relacion que cada una tenia conmigo. Conocidos estos dos términos aprendia á encontrar el tercero: para conocer el universo en todo cuanto podia interesarme, bastábame conocerme á mí mismo; señalado mi lugar, todo se halló. Supe tambien que la principal salud pura consiste en querer lo que es, y en regí ajeada uno su corazon sobre su destino. He aquí lo que depende de nosotros, me decíais; todo lo demas es de necesidad. Quien lucha mas contra su suerte es el ménos cuerdo, y siempre el mas desgraciado; lo que puede mudar su situacion le causa ménos alivio que tormento el desasosiego interior que esto le ocasiona. Rara vez sale con su intento y si llega á salir no gana nada. ¿Pero hay acaso un ser sensible que pueda vivir sin pasiones y sin afectos?

No será entónces un hombre sera un bruto ó sera un Dios. No pudiendo pues liberarnos de todas los afectos que nos unen á las cosas, me enseñasteis á lo ménos á escogerlas, á no abrir mi alma sino á las mas nobles, y á no apegarla sino á los mas dignos objetos que son mis semejantes, á estender, por decirlo así, el yo humano sobre toda la humanidad y á preservarme por este medio de las viles pasiones que le encuentran.

Cuándo mis sentidos despertados por la edad me pidieron una compañera, apurasteis su fuego por los sentimientos, y aprendí á subyugarlos por la imaginacion que los anima. Amaba á Sofía aun ántes de conocerla, este amor preservaba mi corazon de los lazos del vicio, le inclinaba al gusto de las cosas bellas y honradas, y gravaba con él en rasgos indelebles las santas leyes de la virtud cuándo por último ví este digno objeto de mi culto, cuando experimenté el imperio de sus hechizos, todo lo mas dulce y encantador que puede introducirse en un alma, penetró la mia, haciéndola gozar de un sentimiento delicado que ninguna cosa puede esgrimir. ¡Dias queridos y felices de mis primeros amores, días deliciosos, que lastima que no podáis renovaros sin cesar, y llenar en adelante todo mi ser! no desearia yo mas eternidad.

¡Vanos pesares! ¡deseos inútiles! todo ha desaparecido, todo ha desaparecido sin recurso.... Despues de tan ardientes suspiros, logré el precio de ellos, y se calmaron todas mis deseos. Esposo y siempre amante, hallé en la tranquila posesion una felicidad de otra especie, pero no ménos verdadera

que en el delirio de los deseos. Creiais, maestro mio, haber conocido á esta encantadora muchacha, ¡O! ¡y cuanto os engañasteis! Habeis conocido á mi querida, á mi muger; pero no habeis conocido á Sofía. Sus encantos de toda especie eran inagotables, cada instante parecia que los renovaba, y el último dia de su vida me hizo ver que yo no los habia conocido todas.

Padre ya de dos hijos dividia mi tiempo culto una esposa adorarla y los caros frutos de su ternura, me ayudabais á preparar á mi hijo una educacion semejante á la mia, y mi duda hubiera aprendido á la vista de su madre á imitarla. Todos mis negocios se limitaban al cuidado del patrimonio de Sofía, habia olvidado mi fortuna por gozar de mi felicidad. ¡Engañosa felicidad!; tres veces he esperimentado tu incosntancia, tu término no es mas que mi punto, y cuando se llega al colmo es necesario declinar bien pronto. ¿Era por vos, padre cruel, que debia comenzar esta declinacion? ¿Por qué fatalidad pudisteis abandonar aquella vida tranquila que hacíamos juntos? ¿Como pudieron mis conatos en complaceros disgustaros de mí? Os complaciais en vuestra obra, yo lo veia, lo conocia, y estaba seguro de ello. Pareciais dichoso con mi felicidad, las tiernas caricias de Sofía parecia que lisonjeaban vuestro corazon paternal; nos amabais, estabais contento con nosotros, ¡y nos delateis! si no os hubierais retirado seria yo todavía feliz, mi hijo quizá viviria ó á lo ménos no le hubieran cerrado otras manos sus ojos. Su madre virtuosa y querida viviria tambien entre los brazos de su esposo. ¡Retirada funesta que me ha abandonada sin remedio á los horrores de mi suerte! bajo vuestros ojos, no, jamas se hubieran acercado á mi familia, el crimen y sus penas; abandonándola me habeis causado mas males que bienes me habeis hecho durante mi vida.

Bien pronto dejó el cielo de bendecir una casa en que no habitabais. Sucediánse los males y las aflicciones sin intermision. En pocos dias perdimos los padres de Sofía y por último su hija, su encantadora hija, que tanto habia deseado tener, á quien idolatraba, y á quien queria seguir. Conmovida su constancia con este último golpe, acabó de abandonarla. Hasta este tiempo contenta y tranquila en su soledad, habia ignorado las amarguras de la vida, no habia cuidado de armar contra los golpes de la fortuna, aquella alma sensible y fácil de afectarla. Sintió estas pérdidas como se sienten las primeras dos gracias: y así no fueron sino el principio de las nuestras. Ninguna cosa podia hacerla contener sus lagrimas; la muerte de su hija renovó la de su madre, y se la hizo sentir con mas viveza; llamaba á una y á

otra sin cesar y sollozando; hasta resonar sus nombres y sus penas en todas los lugares en dónde habia recibido en otro tiempo sus inocentes caricias: todas los objetos que se las recordaban agriaban sus dolores, resolvi por tanto alejarla de estos tristes lugares. Tenia yo en la capital lo que llaman negocios, y que hasta entónces no lo habian sido tales para mí: propúsoles que acompañase á una amiga que se habia hecho en la vecindad, y que tenia precision de ir ya con su marido. Consintió en ello para no separarse de mi, no penetrando mi intencion. Su adiccion le era demasiado cara para tratar de calmarla, el único consuelo que podia darsele era el de entrar á la parte de sus penas y llorar con ella.

Al acercarme á la capital me sentí herido de una impresion funesta que no habia esperimentado ántes. Suscitáronse en mi pecho los mas tristes presentimientos: Cada cuanto habia yo visto y me habiais dicho de las grandes ciudades me hacia temblar hacer en de mi mansion en esta. Me espantaba al considerar que fuera á esponer uno union tan pura á tantos peligros como podían alterarla. Estremecíame al mirar la triste Sofía, y al pensar que yo mismo arrastraba tantas virtudes y encantos á este abismo de preocupaciones y vicios adónde van ó perderse de todas partes, la inocencia y felicidad.

Sin embargo, confiado en ella y en mí mismo, despreciaba este aviso de la prudencia, que tomaba por un vano presentimiento, y para no dejarme atormentar de él, le trataba de quimera. ¡Ay! no pensaba verle tan pronto y tan cruelmente justificado. No imaginaba yo que fuera á buscar el peligro en la capital sino que él me seguia á ella. ¿Como podré baldaros de los dos años que pasamos en esta fatal ciudad y del cruel efecto que hizo sobre mí alma y sobre mí suerte casa emponzoñosa mansion. Demasiado habeis sabido estas tristes catástrofes cuya memoria, borrada en dias mas felices, viene ahora á redoblar ruin penas, trasportándome á su orígen. ¡Qué mudanza produjo en mí la complacencia que tuve con algunos amables tratos que el habito empezaba á convertir en amistad! ¿Como el ejemplo y la imitacion, contra los que habiais armado mi corazon, han podido arrastrarle insensiblemente hacia aquellos gustos frívolos que, siendo mas jóven, habia sabido despreciar? ¡Cuán diferente es ver las cosas distraído por otros objetos, á ocupado solamente de los que nos afectan! No dia ya aquel tiempo en que mi imaginacion acalorada solo se complacia en pensar en Sofía; y le fastidiaba todo lo que no era ella. No la buscaba ya porque la poseía, y su

encanto hermoseaba tanto los objetos cuanto los habia desfigurado en mi primera juventud. Pero bien pronto estos mismos objetos debilitaron mis gustos dividiéndolos. Hecho poco á poco á estas frívolas diversiones, perdia mi corazon insensiblemente su primer resorte y se hacia incapaz del calor y de fuerza; vagaba con inquietud de un placer en otro; lo buscaba todo, y me fastidiaba de todo. Solo encontraba gusto en dónde yo no estaba, y me aturdia para divertirme. Experimentaba una revolucion de que no queria convencerme; no me dejaba tiempo para pensar en mí, temiendo no hallarme ya; habíanse relajado todas mis lazos, todas mis afectos se habían enfriado, y habia sustituto á la realidad una gerigonza de sentimiento y de moral, daria hombre galán sin ternura, un estoico sin virtud, un sabio ocupado de locuras; no tenia ya de vuestro Emilio mas que el nombre y algunos discursos. Mi franqueza, mi libertad, mis placeres, mis obligaciones, vos, mi hijo, la misma Sofía, y en fin todo lo que en otro tiempo animaba, elevaba mi espíritu, y hasta la plenitud de mi existencia, desprendiéndose poco á poco de mí, parecia que yo mismo me desprendia de ella, y solo dejaba en mi alma debilitada un sentimiento importuno vedado y de anonamiento. En fin yo no amaba ó creia no amar ya. Sin embargo este fuego terrible, que parecia extinguido estaba oculto bajo la ceniza para estallar bien pronto con mas furor que nunca.

¡Mudanza cien veces mas inconcebible!¿Como la que hasta la gloria y felicidad de mi vida, vino á ser mi oprobio y desesperacion? ¿como podré pintar un estravío tan deplorable? No, jamas saldrá de mi pluma ni de mi boca este horroroso pormenor. Es demasiado injurioso á la mas digna de las mugeres, demasiado triste y horrible á mi memoria, y desata demasiado la virtud; moriria mil veces ántes que lo acabara. Moral del inmune, lazos del vicio y del ejemplo, traiciones de una falsa amistad, incosntancia y debilidad humana, ¿quién de nosotros podrá resistiros? ¡ah! si Sofía ha manchado su virtud, ¿qué muger podrá atreverse á contar con la suya? Pero, de que único temple no debió ser un alma para volver de tan lejos á lo que fué en otro tiempo.

De vuestros hijos regenerados es de quienes voy á hablaros. Habeis conocido todas sus estravíos; yo solo diré lo que tenga relacion con la vuelta á ellos mismos, y sirva para unir los acontecimientos.

Sofía consolada, ó mas bien distraida por su amiga y por las sociedades adónde la arrastraba, no tenia ya el gusto decidido por la vida privada, ó por

el retiro; habia por lo mismo olvidado sus pérdidas, y casi lo que le habia quedado, su hijo que crecia en edad, fuera á ser ménos dependiente de ella, y la madre se fuera acostumbrando á pasarse sin él. Yo mismo no era ya su Emilio, era solo su marido; y el marido de una muger honrada es en las grandes ciudades un hombre con quien se guarda en público todo género de atenciones; pero á quien no se ve en particular. Mucho tiempo fueron nuestras tertulias las mismas; pero cambiaron insensiblemente. Cada uno de nosotros procuraba vivir á sus anchuras y lejos de la persona que tenia derecho de velar sobre su conducta. Ya no eramos uno, sino dos. El tono del mundo nos habia dividido, y nuestros corazones ya no se acercaban. Solo algunas veces nos reuníamos con motivo de nuestros vecinos del campo y amigos de la ciudad. La muger que acompañaba á Sofía, despues de haberme hecho muchas veces algunos arrumacos que me costaba trabajo resistir á se fastidió y se adhirió de tal modo á Sofía que no podia separarse de ella. El marido vivia estrechamente unido con su esposa y por consiguiente con la mia. Su conducta esterior era regular y decente; pero sus maximas hubieran debido horrorizarme. Su buena inteligencia provenia ménos de un verdadero apego, que de una indiferencia comun sobre los deberes de su estado. Poco zelosos de los derechos que tenian el uno sobre el otro, pretendían amarse mucho mas satisfaciendo cada uno todos sus gustos sin violentarse, y no ofendiéndose por no seré objeto de ellos. Decia la muger, sobre todo mi marido feliz, y el marido decia: yo estoy contento con tal que tenga á mi muger por amiga. Nuestros sentimientos, continuaban ellos, no dependen, de nosotros pero sí, nuestros procederes. Cada uno pone de su parte lo que puede contrariar la dicha del otro. ¿Podemos querer mejor á quien amamos que dejándole hacer su gusto? Por este medio se evita la cruel necesidad de huirse.

Este sistema puesto así al descubierto, nos hubiera horrorizado; pero no todas conocen cuantas cosas se disimulan por los desahogos de la amistad, que sin ella chocarían; no todas saben cuanto atractivo tiene una filosofía bien adaptada á los vicios del corazon humano, una filosofía que, en lugar de inspirar sentimientos que no es uno ya dueño de tener, en lugar de un deber oculto que atormenta, y que á nadie aprovecha, solo ofrece cuidados, procederes, atenciones, franqueza, libertad, sinceridad, confianza; no todas conocen, vuelvo á decir, cuanto atractivo tiene para aquellos que estan dejados de un carácter bondadoso, y cuanto les seduce bajo la mascara de sabiduría, todo lo que mantiene la union entre las personas, cuando los

corazones no estan ya unidos. Esto era lo que mantenia entre Sofía y yo, la vergüenza de mostrarnos un vivo deseo de agradarnos que no temamos. La pareja que nos habia subyugado, se ultrajaba mutuamente sin violencia, y creia sin embargo que se amaba; pero un antiguo respeto que temamos el uno por el otro, nos forzaba á separarnos para no ultrajarnos. Pareciéndonos que eramos onerosos el uno al otro, estábamos mas pronto á rendirnos que los que nunca se separaban. Los que dejan de evitarse cuando se ofenden, estan seguros de no juntarse jamas.

Pero en el momento en que nuestro mutuo desvío era mas notable, mudó todo del modo mas raro. Sofía se tornó de repente tan sedentaria y retirada como disipada habia sido hasta entónces. Su humor que no era siempre igual, pasó á ser constantemente triste y sombrío. Encerrada desde la mañana basta la noche en su cuarto, sin hablar, sin llorar, sin ocuparse de nadie, no podia sufrir que se la interrumpiese. Su misma amiga vino á serle insoportable, se lo manifestó y la recibió mal sin echárselo en cara, le suplicó varias veces que se alejase de ella. Hícele la guerra por este capricho, que yo tendria un poco á zelos, y aun se lo dije un dia en burlas. No tengo zelos, me contestó con un aire frio y resucito; pero esta muger me horroriza! solo os pido una gracia, y es que no la vuelva á ver jamas. Estas expresiones me chocaron, y traté de averiguar el motivo de su odio; pero no quiso responder. Habia ya cerrado la puerta á su marido, me ví posado á cerrársela á la muger, y no los volvimos á ver mas.

Continuaba sin embargo su tristeza en términos que daba inquietud. Empezé á entrar en cuidado, pero, me decia á mi mismo, ¿como podré averiguar el motivo que se obstina en callar? Esta es de aquellas almas fieras á quienes no se las puede mandar.

Hacia ya tanto tiempo que habíamos dejado de ser confidentes el uno del otro, que no me sorprendí de que se desdeñase de abrirme su corazon: era por lo mismo necesario merecer esta confianza y sea que su tierna melancolía hubiese acalorado el mio, sea que estuviese ménos curado de lo que yo habia pensado conocí que me costaria poco cuidarla y hacerla servicios, con que esperaba vencer en fin su silencio.

No me separaba ya de ella pero en vano trataba de agradarla, y testificarla con este agrado el mas tierno conato en complacerla: ví con dolor que nada adelantaba. Quise restablecer los derechos de esposo que estaban demasia-

do abandonados mucho tiempo hasta; esperimenté la mas invencible resistencia. No eran ya aquellas repulsas algunas hechas para dar mayor valor á lo que se concede; no eran tampoco aquellas tiernas repulsas, modestas pero absolutas que embriagan de amor, y que sin embargo es necesario respetar: eran unas repulsas serías y hechas con una voluntad decidida que se indigna de que se dudo de ella. Me traia á la memoria los empeños que en otro tiempo habia yo contraído con ella en vuestra presencia. Sea lo que fuese de mí, decía, debes estimarte á tí mismo, y respetar para siempre la palabra de Emilio. Mis defectos no le autorizan á violar tus promesas. Puedes castigarme; pero no puedes violentarme, persuadete á que nunca lo sufriré. ¿Qué habia que responder á esto, sino procurar conmoverla y vencer su obstinacion á fuerza de perseverancia?Estos vanos esfuerzos oscilaban á la vez mi cariño y mi amor propio. Las dificultades inflamaban mi corazon, y era un honor mio el sobrellevarlas, jamás, quizá, despues de diez años de matrimonio, despues de una larga frialdad, se encendió tanto, que fué tan ardiente y viva la pasion de un esposo. Nunca habia derramado tantas lagrimas á sus pies durante mis primeros amores: pero todo fué en vano; porque permaneció inalterable.

Estaba tan sorprendido como afligido, porque sabia bien que esta dureza de corazon era agena de su caracter. No me acobardé por eso, y aunque no vencí su obstinacion creí ver por último ménos sequedad. Algunas señales de sentimiento y de piedad templaban la aspereza de sus repulsas; y algunas veces juzgaba yo que se violentaba para hacerlas; sus lánguidos ojos dejaban caer sobre mí algunas ojeadas no ménos tristes, pero ménos feroces, y que parecían inclinarse á la ternura. Pensé que la vergüenza de un capricho tan consternado la impedia volver en sí, que le llevaba adelante por no poder escusarse, y que acaso solo esperaba un poco de violencia, para parecer que cedia á la fuerza lo que no se atrevia á conceder de buena voluntad. Encásquetado en esta idea que lisonjeaba mis deseos me abandoné á ella con complacencia, y aun quise por un miramiento hacia ella liberarla del embarazo de rendirse despues de haber resistido largo tiempo.

Un dia que arrastrado de mis arrebatos juntaba á las mas tiernas súplicas las mas ardientes caricias, la ví conmovida, y quise acabar la victoria. Oprimida y palpitante, fuera ya á rendirse, cuando de repente mudando de tono, de aire y de semblante, me rechaza con una prontitud y una violencia increíble, y mirándome con unos ojos que espantaban por estar pintados en

ellos el furor y la desesperación: detente, Emilio, me dijo, y sabete que ya no soy tuya. Otro ha manchado tu lecho, estoy embarazada: no me tocaras miéntras viva, inmediatamente da un salto y se mete impetuosamente en su gabinete, cerrando consigo la puerta.

Yo quede chafado....

Maestro mio, no es esta la historia de los acontecimientos de mi vida, importa poco que estén escritos: es la historia de mis pasiones, de mis sentimientos, de mis ideas. Debo estenderme sobre la mas terrible revolucion que jamas esperimentó mal corazon.

No echan sangre al instante las graneles llagas del cuerpo y del alma; ni imprimen al punto sus mas vivos dolores. La naturaleza se reconcentra para sostener toda su violencia, y muchas veces se recibe el golpe mortal, ántes que se sienta lo herido. A vista de esta escena inesperada, y al oír estas palabras que mi oido parecía que rechazaba, quede inmóvil y anonadado: cerrándose mis ojos, corre un frió mortal por mis venas, sin desvanecerme quedan mis sentidos sin accion, suspendidas todas mis funciones, y mi alma trastornada se baila en una confusion universal, semejante al caos de la escena en el momento en que cambia y en que todo huye y va á tomar un nuevo aspecto.

Ignoro cuanto tiempo permanecí en este estado, de rodillas como estaba, y sin atreverme á remover temiendo asegurarme de que no era un sueño lo que pasaba. Hubiera querido que este aturdimiento hubiese durado siempre. Más habiendo al fin despertado de este letargo á pesar mio, la primera impresion que esperimenté fué un horror por todo lo que me rodeaba, llevándome de repente, echóme fuera del cuarto, bajó la escalera, y sin ver nada, y sin decir nada á nadie salgo, marcho á grandes pasos y me alejó con la rapidez de un ciervo que cree liberarse con su fuga de la flecha que llega metida en el costado.

Corro así sin detenerme, y sin aflolar el paso hasta el jardin público. La vista del dia y del cielo me servia de carga, buscaba la oscuridad bajo los arboles, en fin hallándome sin aliento me dejé caer medio muerto sobre los céspedes…..¿Donde estoy, me decia á mí mismo? ¿En qué no he venido á parar? ¿Qué he oido? ¡Qué catástrofe! ¡Insensato! ¿qué quimera has perseguido? ¿Amor, honor, fe, virtud, dónde estais? ¡La sublime, la noble Sofía es una infame! Á esta esclamacion en que mi arrebato me hizo pror-

rumpir se siguió un dolor tan agudo que penetrando mi corazon y oprimiéndole con sollozos no me dejaba respirar ni gemir, y sin la rabia y furia que se sucedieron me hubiera sin duda ahogado esto pasmo. ¡O! ¿quién podrá descubrir, ni espresar esta confusion de sentimientos diferentes que la vergüenza, el amor, el furor, los pesares, la ternura, los zelos y la horrorosa desesperacion que hicieron esperímentar al mismo tiempo? No, este estado, este tumulto no pueden pintarse. Se concibe y se imagina fácilmente la espansion de la estraña alegría que parece dilatar con un movimiento uniforme todo nuestro ser; pero cuando un escesivo dolor reúne en el seno de un miserable todas las furias del infierno; cuando mil tirones opuestos le desgarran sin que pueda distinguir uno solo; cuando se siente despedazar por cien fuerzas diversas que le arrastran en sentido contrario, no es ya uno, es un todo entero en cada punto en dónde siente el dolor, y parece que se multiplica para sufrir. Tal era mi estado, tal fué durante muchas horas; ¿como podré pintarlo? No podria decir en muchos volúmenes lo que sentia en cada instante. Hombres felices que dotados de una alma estrecha y de un corazon frio no conoceis mas reveses que los de la fortuna, ni otras pasiones que las del vil interes, ojala que podais tratar siempre este horrible estado de quimera, y que jamas esperimenteis los crueles tormentos que los mas dignos apegos ocasionan, cuando llegan á romperse, los corazones hechos para sentir.

Nuestras fuerzas son limitadas y todos los violentos transportes tienen algunos intervalos. En uno de estos momentos de debilidad en que la naturaleza vuelve ó tomar aliento para sufrir, vine de repente á pensar en mi juventud, en vos, maestro mio, en mis lecciones; vine á pensar que era hombre, y me pregunté inmediatamente: ¿qué mal he esperimentado? ¿Qué delito he cometido? ¿Qué he perdido de mí? Si en este estado tal como estoy, cayese de las nubes para empezar á existir, ¿Seria acaso un ser infeliz? Esta reflexion que me ocurrió tan pronto como un rayo, esparció en mi alma un instante de claridad que se desvaneció bien pronto, pero que me bastó para reconocerme. Me ví claramente en mi lugar, y este momento de razon me enseñó que era incapaz de razonar. La horrible agitacion que reinaba en mi alma no dejaba á ningun objeto del tiempo de hacerse percibir; no estaba en estado de ver nada, de comparar nada, de deliberar, resolver, ni juzgar de nada. Era atormentarme en vano el querer pensar en lo que tenia que hacer, era inútil agriar mis penas, y mi único cuidado debia ser ganar tiempo para fortificar mis sentidos y calmar mi imaginacion. Yo juego que este seria el

único partido que vos mismo hubierais podido tomar, si os hubieseis hallado allí para guiarme.

Resuelto á dejar que se desfogasen los transportes, que no estaba en mi mano remediar, me abandono á mi dolor con una furia mezclada de no sé que deleite. Me levanto con precipitacion empiezo á marchar como ántes sin tomar un camino fijo; corro, ando vagando de una parte á otra, abandono mi cuerpo á toda la agitacion de mí corazon; sigo las impresiones sin violentarme, me quedo sin aliento, y mezclando mis suspiros que cortaban mi anhelosa respiracion me veia algunas veces á pique de ahogarme.

La agitacion que me causaba esta marcha precipitada parecia que me aturdia y me aliviaba. En las pasiones violentas dicta el instinto gritos, movimientos, ademanes que dan curso á los espíritus y divierten la pasion, miéntras uno se agita, no hace mas que airarse. El triste silencio es mas temible; porque está cerca de la desesperacion. En la misma noche, hice una prueba casi risible de esta diferencia, si acaso lo que mostraria la locura y la miseria humana debiese de escitar alguna vez la risa de cualquiera que pueda estar sujeto á ella.

Despues de mil vueltas y revueltas hechas sin que yo las percibiese, me hallé en medio de la ciudad rodeado de coches á la hora de la comedia, y en una calle en que habia un teatro. Iba á ser aplastado por la multitud si uno que estaba á mi lado, tirándome de la manga no me hubiese hecho notar el peligro; metíme en una puerta abierta, y hallé que era un café. Acércanse algunas personas de mi conocimiento, me hablan y me llevan por fuerza no sé adónde. El ruido de los instrumentos y el brillo de las luces llaman mi atencion y vuelvo en mí; abro los ojos, miro y me hallo en el teatro en un dia en que se representaba una pieza por primera vez, oprimido por el tropel, y sin poder salir. Empecé á temblar de cólera, pero tomé mi partido. No dije nada, me estuve quieto á pesar de lo que me costaba el aparentar esta tranquilidad. Hicieron mucho ruido, hablaban mucho, me dirigían la palabra; pero como nada veia; ¿qué habia de responder? Más habiendo uno de aquellos que me habían llevado, nombrado por casualidad á mi muger, di al oir este nombre un grito que resonó en todo el teatro y causó algun rumor. Volví en mí inmediatamente y todo se calmó. Empero, como yo habia llamado con este grito la atencion de los que me rodeaban, procuré buscar el momento de escaparme y acercándome poco á poco á la puerta, salí al fin ántes que se acabase la funcion.

Cuando entré en la calle y saqué maquinalmente mi mano que habia tenido en el pecho durante toda la representacion, observé que mis dedos estaban llenos de sangre, y creí que corria por mi pecho. Abro mi seno miro y le hallo sangriento y tan despedazado como el corazon que él contenia. A vista de esto puede pensarse que un espectador que se habia tranquilizado á tanta costa no era muy buen juez de la pieza que acababa de ver representar.

Apresure mi fuga, temblando que me encontrasen todavía, y como la plebe favorecia mi marcha, empezó á correr las calles para indemnizarme de la opresion que acababa de esperimentar. Continué marchando sin descansar un momento; finalmente no pudiendo tenerme en pie, y hallándome cercado mi cuartel, entré en mi casa dándome el corazon unos espantosos latidos. Pregunto lo que hace mi hijo, y me responden que esta durmiendo; callo y suspiro; quieren hablarme las gentes de mi casa, yo los impongo silencio y tendiéndome sobre una cama les ordeno que se vayan á dormir. Despues de algunas horas de mi reposo peor que la agitacion de la víspera, me levanto al amanecer, y atravesando sin hacer ruido los cuartos me acerco al de Sofía. Allí sin poder contenerme, voy con la mas detestable bajeza á llenar de besos y bañar con un torrente de lagrimas el umbral de su puerta; despues escapándome con el temor y las precauciones de un culpable, salgo poquito á poco de mi casa, resuelto á no volver jamas á ella en todos los dias de mi vida.

Aquí acabó mi viva pero corta locura, y volví á recuperar mi razon. Creo haber hecho lo que habia debido hacer, cediendo por el pronto á la pasion que no podia vencer para poder gobernarla en lo sucesivo, despues de haberla dejado correr algun tanto. Como el movimiento que acababa de esperimentar me habia inclinado á la ternura, vino la tristeza á reemplazar la rabia que hasta entónces me habia enajenado, y empecé á leer en el fondo de mi corazon lo bastante pava ver en él gravada con caracteres indelebles la mas profunda afliccion. Con todo cambiaba, y me alejaba del tremendo lugar con ménos rapidez que la víspera, pero tambien sin hacer ningun rodeo. Salí de la ciudad y tomando el primer camino real empecé á marchar por él con un paso lento y poco firme, que manifestaba debilidad y abatimiento. A medida que con la entrada del dia fuera el sol aclarando los objetos, creia ver otro cielo, otra tierra, otro universo; todo habia mudado para mí. Ya no era yo el mismo que la víspera, ó por mejor decir, ya no existía; era mi propia muerte la que tenia que llorar. ¡O cuantos deliciosos recuerdos

vinieron á sitiar mi corazon oprimido de angustia y á obligarle á que se abriese á sus alagueñas imágenes para ahogarlas con vanos pesares! Todos mis placeres pasados venían á irritar el sentimiento de mis pérdidas y me causaban mas tormentos que delicias me habían procurado. ¡Ah! ¿quién es el que conoce el contraste horrible de saltar de repente del esceso de la felicidad al de la miseria, y pasar este inmenso intervalo sin tener un momento para prepararse á él? Ayer, ayer mismo, á los pies de una esposa idolatrada era yo el mas feliz de los seres; el amor me sujetaba á sus leyes, y estaba pendiente de él; su tiránico poder era la obra de mi ternura; y gozaba aun de sus rigores. Ojalá hubiera podido pasar siglos enteros en este estado demasiado amable, en amarla, respetarla, quererla, en quejarme de su tiranía, en querer doblegarla, sin lograrlo jamas; en solicitar, implorar, suplicar, desear sin cesar, y no conseguir nunca nada. Estos tiempos encantadores de una vuelta esperada, de una esperanza engañosa, equivalían á aquellos mismos en que yo la poseia! Y ahora, aborrecido, vendido, doshonrado, sin esperanza, sin recurso, no tengo ni aun el consuelo de atreverme á formar deseos.... Me detenia horrorizado al considerar el objeto que era necesario sustituir al que me ocupaba con tanto hechizo. ¡Contemplar á Sofía envilecida y despreciable! ¡Qué ojos podrían sufrir esta profanacion! Mi mayor tormento no era el ocuparme de mi miseria, que era el de mezclar á ella la vergüenza de la que la habia causado. Este doloroso cuadro era el único que no podia sobrellevar.

En la víspera mi estúpido y furioso dolor me habia preservado de esta horrorosa idea; no pensaba mas que en sufrir. Mas á medida que el sentimiento de mis penas se arreglaba, por decirlo así, en el fondo de mi corazon; precisado á remontar á su origen, se me representaba á pesar mio este fatal objeto. Los movimientos que se me habian escapado al salir manifestaban demasiado la indigna inclinacion que me atraia á ellos. El odio que yo debia tener contra ella me costaba ménos que el desden que era necesario juntar á él, y lo que mas cruelmente me despedazaba no era tanto el renunciar de ella; como de verme forzado á despreciarla.

Mis primeras reflexiones acerca de ella fueron amargas. Si la infidelidad de una muger ordinaria es un crimen, ¿qué nombre era necesario dar á la suya? Las almas viles no se humillan haciendo bajezas, que quedan siempre en su estado; no conocen la ignominia, porque no conocen la elevacion. Los adulterios de las mugeres mundanas no son mas que galanterías; pero Sofía

adúltera es el mas odioso de todas los monstruos, hay una inmensa distancia entre lo que es y lo que fué; no, no hay ningun abatimiento, no hay un crimen semejante al suyo. ¡Pero yo, volvia á decir, yo que la acuso, y con demasiada razon, puesto que á mí me ofende, y que á mí es á quien la ingrata ha dado la muerte, ¿con qué derecho me atrevo á juzgarla yo mismo ántes de saber si debo echarme en cara sus yerros? ¡La acusas de que no es la misma! ¡ó Emilio! ¿y tú no te has mudado? En esta gran ciudad, ¡cuan diferente te he visto al lado de ella de lo que fuiste en otro tiempo! ¡Ah y su incosntancia es la obra de la tuya. ¿No habia jurado ella serte fiel, y no habias tu jurado de adorarla siempre?. Tu la abandonas, y quieres que ella permanezca firme, la desprecias, y quieres ser siempre honrado! Tu frialdad, tu olvido tu indiferencia son las que te han separado de su corazon; no conviene nunca dejar de ser amables, cuando se quiere ser siempre amado. Sofía no ha violado sus juramentos sino porque tu la habias dado el ejemplo. Era necesario no despreciarla jamas, y jamas ella te hubiera hecho traicion.

¿Que motivos te queja te ha dado en su resumen dónde la has hallado, y dónde debías dejarla siempre? ¿Qué fiereza has observado en su ternura? ¿Fué acaso ella la que te suplicó que la sacases de este venturoso sitio? Tu sabes bien que salió de él con un mortal sentimiento. Las lágrimas que derramaba le eran mas dulces que todas las diversiones y chacotas de la ciudad. Allí pasaba su inocente vida en hacer la felicidad de la tuya; mas ella preferia tu cariño á su propia tranquilidad. Despues de haber querido detenerte, lo abandonó todo para seguirte. Tú fuiste quién la arrancó del seno de la paz y de la virtud para meterla en el abismo de vicios y miseria, adónde tú mismo te has precipitado. ¡Ah! de tí solo ha dependido que ella no haya sido siempre cuerda y que no te hiciese siempre feliz. ¡O Emilio! tu la has perdido, debes odiarte y tener lastima de ella; ¿pero qué derecho tienes para despreciarla? ¿Has sido acaso irresponsable? ¿No ha tenido el mundo nada que hacer contigo sobre tus costumbres? Es cierto que tu no has tenido parte en su infidelidad; pero, ¿no la has escusado, cansado de honrar su virtud? ¿No la has escitado viviendo en lugares en que todo lo que es honesto se mira con irrision, en que los mugeres se avergonzarían de ser castas, y en dónde el único precio de las virtudes de su sexo es la burla y la incredulidad? ¿Ha estado espuesta á los mismos riesgos la fé que tu no has violado? ¿Has recibido como ella aquel temperamento fogoso que es causa de las mayores debilidades y de las mas grandes virtudes? ¿Tienes aquel cuerpo

formado por el amor, demasiado espuesto á los peligros por sus encantos, y alas tentaciones por sus sentidos? ¡Ah! cuan digna de lastima es la suerte de semejante muger! ¿Cuánto ha tenido que combatir, sin descanso y sin cesar contra otro y contra sí misma? ¡Qué invencible valor, qué obstinada resistencia, qué heroica firmeza no ha necesitado! ¿Qué peligrosas victorias no ha tenido que conseguir todas los dias sin otro testigo de sus triunfos que el cielo y su propio corazon? y despues de tan bellos años pasados así en sufrir, combatir y vencer incesantemente, un instante de debilidad, un solo instante de descanso y olvido mancha para siempre jamas esta vida irresponsable y deshonra tantas virtudes. ¡Muger desgraciada¡¡ah! un momento solo de estravío causa todas tus penas y las mias. Sí, su corazon siempre ha sido puro, todo me lo confirma. te conozco demasiado para que pueda engañarme. ¡Ah! ¿quién sabe en que diestros lazos ha podido sorprender su inocente sencillez una muger astuta, viciosa, y zelosa de sus virtudes? ¿No ha visto yo sus pesares, y su arrepentimiento en sus ojos? ¿No ha sido su tristeza la que ha hecho ponerme á sus pies? ¿No ha sido su tierno dolor el que me ha vuelto toda mi terneza? ¡Ah! ¡no es esta la conducta artificiosa de una muger infiel que engaña á su marido, y que hacia placer en su traicion!.

Pasando despues á reflexionar mas circunstanciadamente sobre su conducta y sobre su asombrosa declaracion, ¿cual era mi sensacion al oir á esta muger tímida y modesta vencer la vergüenza por la franqueza, desechar una estimacion que el corazon deshonesta desdeñarse de conservar mi confianza y su reputacion, ocultando una falta, que nada lo obligaba á confesar, cubriéndola de caricias que ha desechado, y temer usurpar mi ternura de padre por un hijo que no era mio? ¿Qué fuerza no admiraba yo en esta elevacion de animo que aunó costa del honor y de la vida no podia abatirse hasta mentir y manifestaba hasta en el crimen la intrépida osadía de la virtud? Sí, me de yo á mí mismo, con un secreto aplauso, esta alma fuerte conserva aun en el seno de la ignominia todo su resorte; es culpable sin envilecerse y ha podido cometer un crimen pero no una bajeza.

Así es como poco á poco mi corazon me inclinaba en su favor á formar juicios mas dulces y mas soportables. Sin justificarla, la escusaba; sin perdonar sus ultrajes aprobaba sus buenos procedimientos, sus sentimientos me agradaban. No podia deshacerme de todo mi amor, hubiera sido demasiado cruel el conservarle sin estimar el objeto que le producia. Luego que conocí

que debia todavía estimarle, esperimenté un alivio inesperado, El hombre es demasiado débil para poder conservar mucho tiempo sensaciones estrañas. La providencia nos guarda consuelos aun en el esceso de la desesperacion. A pesar del horror de mí suerte, esperimentaba una especie de alegría en representarme á Sofía estimable y disgustada; gustaba de fundar así el interes que no podia cesar de tomar por ella. En lugar del dolor seco que me consumia ántes, yo tenia la dulzura de enternecerme hasta derramar lagrimas; decíame á mí mismo: la ha perdido para siempre jamas, yo lo sé; pero á lo ménos me atreveré á pensar todavía en ella, osaré echarla de menos; osaré algunas veces aun gemir y suspirar sin avergonzarme.

Habia yo sin embargo continuado mi camino, y distraido con estas ideas habia marchado todo el dia sin hacer alto en ellas, hasta que en ha volviendo en mi mismo, y no hallándome sostenido por el valor de la víspera, me sentí cansado y con una debilidad que pedían alimento y reposo. Gracias á los ejercicios de mi juventud, yo era robusto y fuerte, y no temia ni la hambre ni la fatiga; pero mi espíritu enfermo habia atormentado mi cuerpo, y vos me habiais preservado mas bien de las pasiones violentas que enseñaba á soportarlas. Tuve trabajo en llegar á una aldea que distaba una legua de allí, y como habia cerca de treinta y seis horas no habia tomado alimento alguno, cené y aun con apetito: acostóme libre de los furores que tanto me habían atormentado, contento de atreverme á pensar en Sofía, y casi alegre de imaginarla ménos desfigurada y mas digna de mi sentimiento de lo que habia esperado.

Dormí tranquilamente hasta la mañana. La tristeza y la desgracia respetan el sueño y dejan que el alma descanse. Solo los remordimientos quitan el sueño. Al levantarme me sentí con el espíritu bastante tranquilo, y en estado de deliberar sobre lo que tenia que hacer. Más esta era la época mas memorable, así como la mas cruel de toda mi vida. Todos mis apegos se habían roto ó alterado, todas mis obligaciones se habían mudado, y no estaba ya asido á nada del mismo modo que ántes, y habia venido á ser por decirlo, un nuevo ser. Era muy importante de pasar maduramente el partido que tenia que tomar. Tomé uno provisionalmente para tener tiempo de reflexionar en él. Acabe de andar lo que me restaba hasta la ciudad, mas inmediatamente en casa líe un carpintero, y me puse á trabajar en mi oficio, miéntras se calmaba la evitacion dejé mis espíritus y podia ver los objetos tales como eran en sí.

Jamas ha conocido mejor la fuerza de la educacion que en esta cruel circunstancia. Nacida con un alma débil, afecta á todas las impresiones, fácil de turbar, tímida en resolverse, despues de los primeros movimientos cedidos por la naturaleza, me hallé dueño de mí mismo, y capaz de considerar mi situacion con tanta sangre fria como la de otro. Sometido á la ley de la necesidad, dejé de quejarme vanamente, plegué mi voluntad bajo el yugo inevitable, miré lo pasado como estrado á mí, supuse que empezaba á nacer, y sacando de mi estado presente, las reglas de mí conducta, miéntras que estuviese bien instruido, me puse á trabajar tranquilamente como si fuese el hombre mas feliz del mundo. Ninguna cosa aprendí tan bien de vos, como á estar siempre todo entero en dónde estoy, á no hacer nunca una cosa y estar pensando en otra, lo que propiamente es no hacer nada, y no estar todo entero en ninguna parte. Durante el dia, yo no me ocupaba mas que de mi trabajo, por la noche volvia á mis reflexiones, y remudando así alternativamente el espíritu y el cuerpo, sacaba el mejor partido que me era posible, sin fatigar ninguno de los dos.

Siguiendo desde la primera noche el hilo de mis ideas de la víspera, examiné si acaso tomaba yo demasiado á pechos el delito de una muger, y si lo que yo creia que era una catástrofe de mi vida era un acontecimiento demasiado comun para deber tomarse tan gravemente. Es cierto me decía, que en todas las partes en que se aprecian las costumbres, las infidelidades de las mugeres deshonran á los maridos pero tampoco puede dudarse, que en todas las grandes ciudades, y en todas las partes en que les hombres mas corrompidos se creen mas ilustrados, se mira esta opinion como ridícula y poco sensata. ¿Depende, dicen ellos, el honor de un hombre de su muger? ¿Debe avergonzarse de la desgracia, y puede acaso ser doshonrado por los vicios agenos? Por mas severa que parezca lo ira moral, esta parece mas conforme á la razon.

Por otra parte, cualquiera juicio que se forme de mis procedimientos, ¿no era yo por mis principios superior á la opinion pública? ¿Qué me importa lo que se piense de mi, si en mi interior no le delate de ser nunca bueno, justo, y honrado? ¿Es acaso un crimen el ser misericordioso? ¿Es una debilidad y bajeza el perdonar una ofensa? ¿Qué deberes han de servirme para reglar mi conducta? ¿No he despreciado mucho tiempo hace, las preocupaciones de los hombres, para sacrificarlas en mi felicidad?

Mas aunque esta preocupacion estuviese fundada; ¿qué influencia puede tener en un caso diferente de los otros? ¿Qué comparacion hay entre una desgracia que esta á pique de desesperarse y á quien el remordimiento solo, arranca la confesion de su delito, con aquellas pérfidas y malvadas que cubren el suyo con el velo de la mentira y del fraude, ó que confunden el descoco con la franqueza, y hacen alarde de su doshonra y toda muger viciosa, le da muger que desprecia aun mas su deber que le ofende, es indigna de compasion y no debe tenerse con ella ningun miramiento. El tolerar su infamia seria tomar parte en ella. Pero aquella á quien se la echaba en cara una falta mas bien que un vicio, y que la espía con su arrepentimiento, es mas digna de lastima que de odio. Puede tenerse compasion de ella y perdonarla sin avergonzarse; la desgracia con que se la da en rostro es un fiador de ella para lo sucesivo. Sera estimable hasta en el delito sera respetable en su arrepentimiento; sera lauto mas fiel cuanto su corazon hecho para la virtud ha conocido lo que le cuesta el ofenderla; tendrá al mismo tiempo la firmeza que la conserva, y la modestia que la hace amable. La humillacion del remordimiento templara esta alma orgulloso, hará ménos tiránico el imperio que el amor le dió sobre mi. Sera mas solicita y ménos altiva, y no habrá cometido una falta, sino para curarse el un defecto.

Cuando las pasiones no pueden vencernos á cara descubierta, toman la mascara de la sabiduría para sorprendernos, ó imitando el lugar de la razon nos hacen renunciar á ella. Todas estos sofismas no me hacían mella sino porque lisonjeaban mi inclinacion. Habria querido volver á Sofía infiel, y escuchaba con complaciencia todo lo que parecia que lisonjeaba mi bajeza. Pero por mas que hasta mi razon ménos tratable que mi corazon no pude adoptar estas locuras. No puede ménos de confesar que yo razonaba para engañarme, no para ilustrarme. Declame con dolor, pero con fuerza, que las maximas del mundo no hacen ley para el que quiere vivir para sí mismo, y que preocupaciones por preocupaciones, las de las buenas costumbres tienen una de mas que las favorece: que con razon se imputa á un marido los desórdenes de su muger, sea por haberla escogido mal, sea por haberla mal gobernado, que yo mismo era un ejemplo de la justicia de esta imputacion, y que si Emilio hubiese sido siempre cuerdo, Sofía nunca hubiera faltado; que hay derecho para presumir que la que no se respeta á si misma, respeta á lo ménos á su marido, si lo merece, y si sabe conservar su autoridad; que el mal de no precaver el desarreglo de una muger se agrava con la infamia de sufrirle; que las consecuencias de la impunidad son espantosas y

que en semejantes casos esta impunidad imprime en la ofensa una indiferencia por las costumbres honestas, y una bajeza de alma indigna de todo honor.

Conocia con especialidad en mi conducta particular que lo que hacia todavía á Sofía estimable era lo que mas me desesperaba; porque se puede sostener ó alentara una alma noble, y aquella á quien el olvide de sus obligaciones hace que falte á ellas, puede ser atraída por la razon al cumplimiento de ellas, mas, ¿como podrá atraerse á la que cometen con sangre fria un crimen y conserva al perpetrarlo toda su entereza, que amalgama las virtudes con el delito, y que solo obra mal porque le agrada? Sí, Sofía es culpable porque ha querido serlo. Cuando esta alma altiva ha podido vencer la vergüenza, ha podido vencer tambien cualquiera otra pasion, no le hubiera costado mas ser fiel, que declararme su delito.

Por mas que quisiese volver á juntarme con mi esposa, ella no querria ya volver allí. Si la que tanto me queria, si aquella á quien yo idolatraba ha podido ultrajarme; si mi Sofía ha podido romper los primeros lazos de mi corazon; si la madre de mi hijo ha podido violar la fe conyugal todavía entera, si los fuegos de un amor que nada halla ofendido, sí el noble orgullo de una virtud que nada habia alterado, no han podido prevenir su primera falta, ¿qué es lo que podria prevenirla de las recaídas que nada cuestan? El primer paso hacia el vicio es el mas penoso; despues se camina sin pensar en él. Sofía no tiene que contemporizar ni con el amor, ni con la virtud, ni con la estimación: nada tiene ya que perder en ofendiéndome ni aun el pesar de ofenderme. Ella conoce mi corazon, me ha hecho tan desgraciado como puede serlo; no le costara ya nada para acabar conmigo.

No, yo conozco bien el suyo, y Sofía no amara á un hombre á quien ella haya dado derecho de despreciarla.... Ya no me ama... ¿la ingrata no lo ha dicho ella misma? ¡Ya no me quiere, la pérfida! ¡Ah! este es su mayor crímen; yo hubiera podido perdonarlo todo, escepto esto.

¡Ay! volvia á decir yo con amargura, hablo siempre de perdonar, sin pensar que muchas veces perdona el ofendido pero que el ofensor no perdona jamas. Ella quiere sin duda hacerme todo el mal que me ha hecho. ¡Á! ¡cuanto debe aborrecerme! Emilio, tu te engañas cuanto juzgas de lo futuro por lo pasado ¡todo ha cambiado. En vano vivirias todavía con ella; ya no volverán aquellos dias felices que te dió. No volverás hallar á tu Sofía, ni

Sofía te volverá hallar. Las situaciones dependen de los afectos que se llevan á ellas; cuando los corazones se mudan, todo muda. Por mas que permanezca todo lo mismo, cuando ello se tiene los mismos ojos, no se ve ya nada como ántes.

Bien sé que no se debe desesperar de sus costumbres: ella puede todavía ser digna de estimacion, y merecer toda mi ternura: ella puede darme su corazon; pero no puede dejar de haber faltado, ni perder, ni quitarme la memoria de su falta. La felicidad la virtud, el amor, todo puede volver, pero no la confianza y sin esta solo hay disgusto, tristeza y fastidio en el matrimonio. El delicioso encanto de la inocencia se ha desvanecida. Esto es hecho, esto es hecho, Sofía no puede ser ya feliz ni cerca ni lejos, y yo, solo puedo ser feliz siéndolo ella. Esto es lo único que me decide; prefiero sufrir lejos de ella mas bien que por ella; prefiero echarla de ménos mas bien que atormentarla. Sí, todos mis lazos se han roto, y se han roto por ella. Violando sus empeños me ha liberado de los míos. No es ella ya nadie para mí: ¿no lo he dicho aún? Ya no es mi muger; ¿la volveré á ver como estrangera? No, no la volveré á ver jamas. Ya soy libre, ó á lo ménos debo serlo: ¡qué mi corazon no lo sea tanto como mi fe! ¡Pero, qué! ¿quedará impune mi afrenta? Si la infiel quiere á otro, ¿qué mal la hago liberándola de mi? Yo soy el castigado y no ella: cumplo sus deseos á mis espensas, ¿es este el sentimiento del honor ultrajado? ¿Dónde esta la justicia? ¿Dónde la venganza?

¡Ah! desgraciado, ¿de quién quieres vengarte? De aquella, á quién tu mayor desconsuelo es no poder hacer feliz. A lo ménos no seas la víctima de tu venganza. Hazle, si fuere posible, algun mal que tu no sientas. Hay delitos que es necesario abandonara los remordimientos de los culpables; el castigarlos es casi autorizarlos: ¿merece un marido cruel, una muger fiel? Por otra parte, ¿con qué derecho se la ha de castigar? ¿con qué titulo? ¿eres acaso su juez, no siendo aun ya su esposo? Cuando ella ha violado sus deberes de muger, no se ha conservado los derechos de el. En el momento en que formó otros nudos rompió los tuyos, y ello se ha ocultado. No se ha presentado á tus ojos revestida de una fidelidad que no tenia ya; ni te ha vendido, ni te ha mentido: dejando de ser tuya, solo ha declarado que no tiene ya nada contigo, ¿qué autoridad puede quedarte sobre ella? Si te quedara alguna deberias renunciarla por tu propia ventaja. Creme, sé bueno

por prudencia y clemente por venganza. Desconfia de tu cólera, y teme que esta te vuelva á sus pies.

Tentado así por el amor que me llamaba de nuevo, ó por el despique que queria seducirme; y cuanto tuve que combatir ántes de acabarme de resolver! y cuando creí que estaba bien determinada, una nueva reflexion vino á trastocarlo todo. La idea de mi hijo me enterneció para con su madre mucho mas que todas las que se me habían ocurrido ántes. Conocí que este punto de reunion la pediria siempre alejarse de mí por cuanto los hijos forman un nudo verdaderamente indisoluble entre los que les han dado el ser y una razon natural ó invencible contra el divorcio. Objetos tan caros, de los que ninguno de los dos puede alejarse, los unen necesariamente, es un interes comun tan tierno, que les serviria de sociedad, aun cuando no tuvieran otra. Pero, ¿qué servia esta razon que abogaba por la madre de mi hijo, aplicada á la de un hijo que no era mio? ¡Qué! autorizara la misma naturaleza el crimen, y mi muger, dividiendo mi ternura entre sus dos hijos se vera forzada á dividir su afecto á los dos padres! Esta idea la mas horrible de cuantas me habían pasado por la imaginacion me abrasaba con una nueva rabia. Al pensar en esta horrorosa division, todas las furias venían á despedazar mi corazon. Sí, hubiera preferido ver á mi hijo muerto, ántes que ver á Sofía con uno de otro padre. Este pensamiento me agrió mas y me enajenó de ella mas que todo lo que hasta entónces me habia atormentado. Desde este momento, me decidí enteramente, y para no dejar asidero á la aludida, dejé de deliberar.

Esta resolucion bien formada estinguió todo mi resentimiento. Muerta para mi, ya no la ví culpable, la ví solo estimable y desgracia, y sin pensar en sus yerros traia á la memoria con enternecimiento todo aquello que podia hacérmela digna de lastima. De resultas de esta medida, quise poner en ejecucion todas los buenos procedimientos que pueden consolar á una muger abandonada; pues, por mas que hubiese yo afectado pensar de ella en medio de mi cólera, y por mas que hubiese ella dicho en medio de su desesperacion, no dudaba que en el fondo de su corazon, no me tuviese todavía apego, y que no sintiese vivamente mi pérdida. El primer afecto de nuestra separacion debia ser quitarla mi hijo. Me estremecia al pensar solamente en ello, y despues de haber tratado de vengarme, apénas podia soportar la idea de realizarlo. En vano me decia en medio de mi cólera, que este niño seria reemplazado bien pronto por un otro, en vano me apoyaba con toda la

fuerza de mis zelos sobre este cruel suplemento, todas estas consideraciones se desvanecían al pensar en la imagen de Sofía desesperada, viéndose arrancar su hijo. Á pesar de todo, me resolví, y formé, aun con el mayor dolor esta barbara resolucion, y mirándola como una consecuencia necesaria de la primera, que estaba seguro de haber reflexionado con madurez, la hubiera sin duda ejecutado á pesar de mi repugnancia, si un acontecimiento imprevisto no me hubiese precisado á examinarla mejor.

Restábame tomar otra resolucion que era poco considerable, despues de la que acababa de hacer. Mi partido estaba tomado en cuanto á Sofía y solo me restaba tomar el que tenia relacion conmigo, y ver que seria de mi cuando volviese á quedarme solo. Hacia ya mucho tiempo que no era un ser aislado sobre la tierra; mi corazon estaba apegado como lo habiais predicho, á las inclinaciones que él mismo se habia formado; estaba acostumbrado á no ser mas que uno con su familia; era necesario desprenderle de ella, á lo ménos en parte, y esto era aun mas penoso que separarle del todo. ¡Qué vacío se baila en nosotros! ¡cuanto perdemos de nuestra existencia, cuando estamos apegados á tantas cosas, y cuando es necesario no depender sino de sí mismo, ó, lo que es peor, de lo que nos hace conocer continuamente el desapego de los demas!Tenia yo que tratar, si era yo todavía aquel hombre que sabe llenar su lugar en su especie, cuando ningun individuo toma interes por él!

Pero, ¿donde está este lugar para aquel, cuyas relaciones estan destruidas, ó mudadas? y este estado, ¿qué he de hacer, que ha de ser de mí, adónde dirigiré mis pasos? En que he de emplear una vida que no debe hacer ya mi felicidad, ni la de la que mas estimo, y cuya suerte me quitaba hasta la esperanza de contravenir á la dicha de nadie? Pues, si tantos instrumentos preparados para hacer mi felicidad solo habían labrado mi miseria, ¿podia yo esperar ser mas dichoso para otro y que lo habiais sido para mí mismo? No, yo amaba todavía mis obligaciones; pero no las veia ya al recordar los principios y las reglas, y aplicarlas á mi nuevo estado no era cosa de un momento, y mí fatigado espíritu tenia necesidad de un poco de descanso por entregarse á nuevas meditaciones.

Habia dado un gran paso hacia el reposo. Fuera de la inquietud de la esperanza, y seguro de perder por este medio poco á poco la del deseo, al ver que lo pasado no era ya nada, procuré de ponerme enteramente en el estado de un hombre que empieza á vivir. Decíame á mí mismo que en realidad no

hacíamos nunca mas que comenzar, y que no hay en nuestra existencia otra union mas que la sucesion de los momentos presentes, de los que el primero es siempre el de la actualidad. Morimos y nacemos en cada instante de nuestra vida, ¿qué interes puede dejarnos la muerto? sí solo hay para nosotros el porvenir, no podemos ser felices ó desgraciados sino por lo futuro, y el atormentarse por lo pasado, es sacar de la nada los motivos de nuestra miseria. Emilio, sé un nuevo hombre, no tendrás que quejarte mas de tu suerte que de la naturaleza. Tus desgracias son nulas, porque el abismo de la nada las ha disipado; pero lo que es real y verdadero, lo que existe para tí, es tu vida, tu salud, tu juventud, tu razon, tus talentos, tus luces, tus virtudes en uno, sí tu quisieras, y por consiguiente tu felicidad.

Volví á tomar mi trabajo, esperando pacíficamente que mis ideas se arreglasen lejos en mi cabeza, para poder pensar en lo que tenia que hacer, y sin embargo, comparando mi estado con el que le habia precedido estaba tranquilo. Esta es la ventaja que proporciona, independientemente de todas los acontecimientos, toda conducta conforme á la razon. Si no es uno feliz á pesar de la fortuna, cuando se sabe mantener su corazon bien arreglado, esta uno á lo ménos tranquilo en despiste de la suerte. Pero, ¡de cuan poco depende esta tranquilidad en una alma sensible! es muy fácil ponerse en el órden; lo que es difícil es conservarse en él. Estuve á pique de ver trastornadas todas mis resoluciones en el momento en que las creia mas seguras.

Habia entrado en casa del maestro carpintero sin haberme hecho notar mucho; habia siempre conservado en mis vestidos la sencillez que me habiais hecho amar, mis modales no eran tampoco afectados, y el aire desembarazado de un hombre que se considera en su lugar era ménos notable en casa de un carpintero, que lo hubiera sido en casa de un grande: se veia sin embargo bien, que mi equipage no era el de un obrero; pero en el modo de ponerme al trabajo, juzgaron que lo habia sido, y que habiendo subido á algun empleo poco considerable, habia caído para volver á entrar en mi primer estado. Un hombre que ha llegado á hacer una corta fortuna, si vuelve á caer no inspira una gran consideracion, y se le reputa poco mas ó ménos igual al estado en que yo me habia puesto. De repente ví que toda la familia mudó de tono conmigo. Ya no me trataban con familiaridad, miraban mi trabajo con una especie de admiracion, parecia que observaban todos mis movimientos, todos mis ademanes. Procuraban tratarme como estaban acostumbrados á hacerlo, mas esto no lo hacían ya sin esfuerzo, y se

hubiera dicho que solo por respeto se abstenian de observarme mas. Las ideas de que estaba yo preocupado me estorbaron observar esta mutacion tan pronto como la hubiera notado en otro tiempo. Pero, como estaba acostumbrado á ocuparme siempre de yo que hasta, bien pronto este habito me llamó la atencion sobre lo que se hacia al rededor de mí; y no me dejó mucho tiempo ignorar que habia venido á ser para estas buenas gentes un objeto de curiosidad que les interesaba mucho.

Noté sobretodo que la muger no quitaba de mí sus ojos. Tiene este sexo una especie de derechos sobre los aventureros que le hace tomar en algun modo mas interes por ellos. Apenas daba un golpe con el escoplo, cuando parecia que se estremecia, y la veia yo que se pasmaba de que no me hubiese herido. Señor, le dije una vez, parece que Vm. no tiene confianza en mi destreza. ¿Sospecha Vm. que no sepa yo mi oficio? Yo veo, me respondió, que Vm. sabe bien el nuestro; se diria que no ha hecho Vm. otra cosa en toda su vida. Al oir esto, caí en la cuenta de que me habían conocido, quise saber como lo habia sido. Despues de muchos misterios, supe que una señora jóven habia venido dos dias hasta, y habiéndose apeado á la puerta del carpintero, habia querido verme sin que me previniesen; que se habia detenido detras de una puerta vidriera, de dónde podia verme en el fondo del taller; que se habia puesto de rodillas junto á la puerta, teniendo consigo un niño á quien estrechaba entre sus brazos de cuando en cuando, lanzando profundos suspiros, derramando un torrente de lagrimas y dando varias señales de un dolor que enterneció á cuantos lo presenciaron; que la vieron inclinada á lanzarse en el taller; que parecia que solo la contenian los violentos esfuerzos que se daba á si misma, y que en fin despues de haber considerado durante largo tiempo con mas atencion y recogimiento, se habia levantado de repente, y arrimando á su cara la del niño, habla esclamada en voz baja: *no, jamas querrá arrancarle de tu madre, ven, nada tenemos que hacer aquí*. Al decir estas palabras, se salió precipitadamente, y despues de haber conseguido que no me dijesen nada; se subió al instante al coche y partió como un rayo.

Añadieron que el vivo interes que no podían ménos de tomar por esta amable señora, les habia obligado á cumplir con lo que la habian prometido, y que ella habia exigido con tantas instancias; que solo con sentimiento faltaban á esta promesa; que veian por su equipage y todavía mas por su cara, que era una persona de alto rango; y que por este paso y su discurso no

podían presumir otra cosa, sino que esta era mi muger pues era imposible de tenerla por una muger mantenida.

¡Juzgad lo que se pasaria en mí durante esta relacion! cuantas cosas suponia todo esto!¡cuantas inquietudes necesitaria tener! ¡cuantas pesquisas no habria hecho para encontrar mis huellas! ¿Cabe todo esto en alguno que no quiere ya? ¡qué viage! ¿qué motivo ha podido obligarla á emprenderlo? ¿en qué ocupacion me ha sorprendido? ¡ay! no era esta la primera vez; pero entónces no estaba ella de rodillas, no se deshacia en lagrimas. ¡O tiempos, tiempos felices! ¿qué se ha hecho de este ángel del cielo?...pero, ¿qué viene pues hacer aquí esta muger? trae consigo; su hijo.... mi hijo.... ¿y por qué? queria verme, hablarme ¿porque se ha escapado?... ¿insultarme? ¿Porqué lloraba? ¿qué quiere la pérfida? ¿viene á insultar mi miseria? ¿ha olvidado acaso que nada tiene que ver conmigo? Yo trataba en algun modo de irritarme de este viage para vencer el enternecimiento que me causaba, para resistir á las tentaciones de ir tras de la desventurada, que me agitaban á pesar mio. Me quede sin embargo. Ví que este paso no probaba otra cosa sino que era todavía querido, y habiendo entrado esta suposicion en mi deliberacion, no debia mudar nada del partido que ella me habia hecho tomar.

Examinando entónces mas tranquilamente todas las circunstancias de este viage, pensando maduramente sobretodo las últimas palabras que la habia proferido al partirse, creí descubrir en ellas el motivo que la habia conducido allí, y el que la habia hecho volver á marchar de repente sin dejarse ver. Sofía hablaba sencillamente, pero todo lo que decia llevaba á mi corazon algunos rayos de luz, y entre ellos este que ella habia dicho, concebido en pocas palabras: *no te separara de tu madre*. Era pues el temor de que la arrancase su hijo, el que la habia conducido allí, era la persuasion de que esto no se verificase, la que la habia hecho partir: y, ¿de dónde sacaba ella esta persuasion? ¿qué habia visto? á Emilio tranquilo, á Emilio ocupado en su trabajo: ¿Qué prueba podia sacar de esto, sino que Emilio no podia en semejante estado hallarse dominado de sus pasiones, y que solo formaba resoluciones razonables? La de separarla de su hijo no era pues justa, segun su parecer, aunque yo la creyese tal. ¿Cual de los dos no tenia razon? La palabra de Sofía decidia tambien esta cuestión: y en efecto, si se consideraba el interes del niño, ¿podia aun caber alguna duda? yo solo habia contemplado al hijo quitado á su madre, y era necesario mirar á la madre separada de su hijo. Yo no tenia pues razon. Quitar una madre á su hijo, es quitarle

mas de lo que se le puede volver, sobre todo en esta edad; es sacrificar al hijo por vengarse de su madre; este es un acto de pasion, jamas de razon, á no ser en el caso de que la madre sea loca ó desnaturalizada. Pero Sofía es la que convendria á mi hijo, aunque tuviera otro. Es necesario que ella ó yo le criemos, puesto que no podemos criarle juntos, ó bien para contentar mi cólera, es preciso hacerle huérfano. ¿Más que haria yo de un niño en el estado en que estoy? tengo bastante razon para ver lo que puede ó no puede hacer, no para hacer lo que debo. ¿Arrastraré á un niño de esta edad á otros paises, ó le tendré bajo los ojos de su madre, para amar á una muger de que debo huir? ¡Ah! para mi seguridad, no estaré bastante lejos de ella! Dejémosla al niño temiendo de que arrastre al fin al padre. Que quede solo con ella para mi venganza; que cada dia de su vida le recuerde á la infiel aquella felicidad cuya prenda fue él, y represente á su memoria el esposo que ha dejado.

Es verdad que la resolucion de separar mi hijo de su madre habia sido el efecto de mi cólera. Habíame cegado la pasion sobre este solo punto, y este fué tambien el único sobre el que mude de resolucion. Si mi familia hubiese seguido mis intenciones, Sofía hubiera criado á este niño, y quizá viviria todavía; pero acaso Sofía hubiera tambien muerto desde entornos para mi: consolada con esta cara mitad de mi mismo, no habida tratado de reunirse con la otra, y yo habria perdido los mas hermosos días de mi vida. ¡Cuántos tormentos debían hacernos espiar nuestros yerros, ántes que nuestra reunion nos los hiciese olvidar!

¡Nos conociamos mutuamente tan bien, que, para adivinar el motivo de su precipitada retirada, solo tuve necesidad de conocer que ella habia previsto lo que hubiera sucedido, si nos hubiésemos vuelto á ver. Era yo razonable, pero débil, ella lo sabia, y sabia tambien mejor cuanta inflexibilidad conservaba esta alma sublime y altiva hasta en sus mismos yerros. Le era insoportable la idea de Sofía vuelta á mi gracia. Conocia bien que su crimen era de aquellos que jamas pueden olvidarse: preferia ser castigada á ser perdonada, y no estaba hecho semejante perdon para ella; á su parecer el castigo la envilecia ménos que el perdon. Creia que no podia borrar su falta, sino espiándola, ni cumplir en lo que dictaba la justicia, sino sufriendo los males á que se habia hecho acreedora. Por esta razon os confeso su delito así como á toda mi familia, con una intrépida y barbara franqueza, callando al mismo tiempo lo que le escusaba, y quizá lo que la justificaba, ocultando,

vuelvo á decir, con una tan grande obstinacion, que jamas me dijo una palabra de esto, ni yo lo supe hasta despues de su muerte.

Asegurada por otra parte del temor de perder su hijo, nada tenia que desear de mí para ella misma, el doblegarme hubiera sido envilecerme, y ella era tanto mas zelosa de mi honor, cuanto ningun otro le quedaba; Sofía podia ser criminal; pero el esposo que habia escogido debia ser superior á toda bajeza. Estos refinamientos de su amor propio, solo podían convenir á ella, y quizá solo me tocaba á mi el penetrarlos.

La debo tambien la obligacion, aun despues de haberme separado de ella, de haberme desviado de un partido poco razonable que la venganza me habia hecho tomar. Sintiéndose ella engañada en este punto acerca de la buena opinion que tenia de mí; pero ese error se desvaneció luego que pensé en él; porque con solo considerar el interes de mi hijo, ví que era necesario dejarsele á su madre, y me resolví ello. En lo demas confirmándome en mis sentimientos determiné alejar á su desgraciado padre de los riesgos á que acababa da esponerse. ¿Podia estar bastante lejos de Sofía, puesto que no debia ya acercarme á ella? Sofía era todavía, en su viage el que acallaba de darme esta cuerda leccion importante para seguirla el no quedarme en el caso de recibirla dos veces. Era necesario huir; este era mi grande asunto, y la consecuencia de todos mis anteriores razonamientos. Pero, ¿adónde irme? Detúvome á deliberar sobre este particular, sin haber visto que nada era mas indiferente que la eleccion del lugar, con tal que yo me alejase. ¿Qué adelantaria en titubear sobre mi retiro pues lo que en todas partes podria vivir ó morir, que era todo lo que me restaba que hacer? ¿qué tontería del amor propio, de mostrarnos siempre hacia la naturaleza interesada en los pequeños acontecimientos de nuestra vida? ¿Al verme deliberar sobre mi morada no se hubiera dicho que importaba mucho al género humano que yo fuese á habitar un pais mas bien que otro, y que el peso de mi cuerpo fuera á romper él equilibrio del globo? Si no amara yo mi existencia mas de lo que vale para mis semejantes, me inquietaria ménos de ir á buscar obligaciones que cumplir, como si ellas no me siguiesen á cualquiera parte en que estuviese, y como si no se presentasen siempre cuantas puede desempeñar quien gusta de ellas; declame á mi mismo, en cualquiera situacion en que esté, tendré siempre que sobrellevar la carga de hombre, y ninguno tendria necesidad de los demas, si cada uno viviese como corresponde.

El hombre sabio solo trata de salir del dia, y halla todas sus obligaciones diarias alrededor de sí. No intentemos mas de lo que permitan nuestras fuerzas, y no nos ocupemos de antemano de nuestra existencia. Mis obligaciones de hoy son una carga, las de mañana no han llegado todavía. Lo que debo hacer ahora es ausentarme de Sofía, y el camino que debo escoger es él que me aleje mas directamente de ella. Atengámonos á esto.

Tomada esta resolucion, arreglé en cuanto dependia de mí todo lo que dejaba detrás. Os escribí, escribí á mi familia, y á la misma Sofía. Todo lo arreglé. Vi que no tenia necesidad de ninguno de los cuidados que miraban á mi persona, y sin criados, sin dinero, sin equipage, sin deseos y sin cuidados, partí solo y á pie. En los pueblos en que he vivido, en los mares que he corrido, en los desiertos que he atravesado, errante durante tantos años, solo he evitado de ménos una cosa, y era aquella de la que tenia que huir. Si mí corazon me hubiese dejado tranquilo, nada hubiera faltado á mi cuerpo.

CARTA II.

H e bebido el agua del olvido; lo pasado se borra de mi memoria, y un nuevo mundo se abre delante de mi. He aquí lo que yo me decia al salir de mi patria á la que me avergüenzo de pertenecer, y la que debo despreciar y aborrecer; puesto que siendo feliz y digno de locura por mí mismo, solo habia recibido de ella y de sus viles habitantes los males que me afligian y el oprobio en que estaba sumergido. Rompiendo los nudos que me adherían á mi pais, lo entendia sobre el universo entero, y venia por este medio á ser tanto mas hombre cuanto cesaba de ser ciudadano.

He observado en mis largos viages que lo que hace mas difícil el pasage de una parte á otra es el alejarse del término. No es jamas costoso el ir á una jornada de distancia del lugar en que uno se halla; y, ¿á qué fin hacer mas, si de jornada en jornada se puede ir al cabo del mundo?

Pero cuanto se comparan los estremos, se espanta uno al ver el intervalo. Parece que debemos pasarle de un brinco, en lugar de que tomándole por partes no se hace mas que pasear, y se llega al término poco á poco. Rodeándose los viageros de sus usos hábitos, preocupaciones, y de todas las necesidades ficticias tienen, por decirlo así, una atmósfera que les separa de los lugares en que se hallan, como otros tantos mundos diferentes del suyo. En Frances querria llevar consigo toda la Francia: luego que le falta alguna cosa de lo que tenia, cuenta por nada lo equivalente, y se reputa perdido. Comparando siempre lo que halla con lo que ha dejado cree hallarse mal cuando no esta del mismo modo, y no puede dormir en las Indias si su cama no esta hecha como la de Paris.

En cuanto á mí, seguia la direccion contraria al objeto de que tenia que huir; así corno en otro tiempo habia seguido en el bosque del Pardo el camino opuesto á la sombra. La celebridad con que jacta mis correrías se compensaba con la firme resolucion de no retrogadar. Dos dias de marcha habian ya cerrado la barrera detras de mi, dejándome el tiempo suficiente

para reflexionar durante mi vuelta, si hubiese tenido la tentacion de pensar en ello. Respiraba alejándome, y viajaba mas á mi gusto á medida que fuera escapando del peligro. Ceñidos todos mis proyectos al que estaba ejecutando seguia siempre el mismo rumbo. Unas veces marchaba deprisa, otras lentamente segun me acomodaba, y con arreglo á mi salud, mi humor, y mis fuerzas. Provisto, no conmigo, sino en mí, de mas recursos de los que tenia necesidad para vivir, no me embarazaba ni mi coche, ni mi subsistencia, no temia á los ladrones; llevaba la bolsa y pasaporte en las manos, mi vestido formaba todo mi guardarropa; él era bueno y cómodo para un obrero. Se renovaba sin trabajo, á medida que se usaba. Como yo no viajaba ni con el aparato ni con la inquietud de un viagero, no llamaba la atencion de nadie, en todas partes me tenian por un paisano. Era raro que me arrestasen en las fronteras, y cuando esto me sucediese, poco me importaba; me quedaba allí sin impacientarme, y trabajaba como en todas las demas partes. Hubiera pasado allí sin trabajo toda mi vida si me hubieran detenido, y mi poco apresuramiento á pasar adelante me abria por último todas los pasajes. El aire atrafagado es siempre sospechoso; pero un hombre tranquilo inspira confianza; todas me dejaban libre viendo que podían disponer de mí sin incomodarme.

Cuando no encontraba trabajo correspondiente á mi oficio, lo cual sucedia rara vez, trabajaba en otros. Me habiais visto adquirir el instrumento universal. Unas veces labrador, otras artesano, otras artista y otras aun hombre de talento, tenia para todo algun conocimiento del oficio que emprendia y me hacia dueño de su uso por lo poco que me apresuraba á manifestar mi aptitud. Uno de los frutos de mi educacion era que me creyesen cuanto decia que sabia hacer y nada mas. Porque yo era sencillo en todo y en logrando un destino no solicitaba otro. Por este medio me hallaba siempre en mi lugar y me dejaban en él.

Si llegaba á caer malo, lo que sucede raramente á un hombre de mi temperamento que no hace escesos en bebida ni comida, que no tiene cuidados y que toma con moderacion el trabajo y el reposo, me quedaba tranquilo sin atormentarme por nada, ni estremecerme por morir. El animal jóven que cae malo, permanece en dónde le coge la enfermedad y sana, ó se muere; yo hacia lo mismo, y de este modo me fuera bien. Si me hubiese inquietado á vista de mi estado, si hubiese importunado á las gentes con mis temores y quejas, se hubieran fastidiado de mi y no habido inspirado el interes que es-

citaba mi paciencia. Viendo que no incomodaba á nadie, y que no me quejaba, me cuidaban mas y tenian conmigo atenciones que quizá me hubieran rehusado, si las hubiese implorado.

He observado mil veces que cuanto mas se exige de otros, tanto mas se les dispone á que nieguen lo que se les pide: todas desean obrar libremente, y cuando hacen el bien, quieren tener todo el mérito que les resulta de él. Pedir un beneficio es adquirir una especie de derecho, el concederle es casi un deber, y el amor propio prefiere hacer un don gratuito á pagar una deuda.

En estas peregrinaciones, que se hubieran vituperado en el mundo como la vida de un vagamundo, porque yo las hacia sin fausto y sin el aparato de un viagero rico, si algunas veces me preguntaba á mi mismo, ¿qué estoy haciendo? ¿adonde voy? ¿cual es mi intento? me respondia, ¿qué he hacho desde que nació, sino emprender un viage que solo debe acabar á la muerte? Cumplo con mi obligacion, me quede con mi puesto y voy pasando esta corta vida inocente y sencillamente. Hago siempre mucho bien por el mal que no hago á mis semejantes; proveo á mis necesidades proveyendo á las suyas, y los sirvo sin perjudicarlos nunca; les enseño con el ejemplo á ser felices y buenos sin cuidados y sin trabajos; he repudiado mi patrimonio, y vivo; no hago jamas mínima injusticia, y vivo; no pido limosna, y vivo. Soy pues útil á los demas en proporcion de mi subsistencia; porque los hombres no dan nada por nada.

Como no emprendo hacer la historia de mis viages, paso por alto lo que no es mas que un acontecimiento. Llego á Marsella, y para seguir siempre mi direccion me embarco para Nápoles; trátase de pagar mi viage; vos me habiais suministrado piara haciéndome aprender la maniobra, que no es mas difícil en el Mediterráneo que en el Océano á escepcion de alguna pequeña diferencia en las palabras. Híceme marinero. El capitan del barco, que tenia el aire de patron, era un renegado que se habia reconciliado. Habia sido cogido, desde entónces, por los corsarios y decir que se habia escapado de sus garras sin haber sido conocido. Unos mercaderes napolitanos le habian confiado otro navío, y hasta el segundo viage, despues de este restablecimiento. Contaba su vida á quien queria oirla, y sabia hacerse valer tan bien, que divirtiendo se grangeaba la confianza. Sus gustos eran tan raros como sus aventuras. Solo pensaba en divertir la tripulacion; tenia dos malos pedreros que disparaba todos los dias, y todas las noches echaba cohetes. Jamas se habia visto un patron tan alegre.

Por lo que á mi tocaba, me divertia en ejercitarme en la marina y aun cuando no estuviese de turno, no por eso dejaba de ocuparme en la maniobra ó en el timon. La atencion suplia á la esperiencia, y no tardé en juzgar que nos inclinábamos un poco hacia el Oeste. El compas indicaba sin embargo el rumbo que convenia; pero el curso del sol y de las estrellas me parecia que estaba tan opuesto á su direccion, que era necesario, á mi parecer, que la aguja reclamase prodigiosamente. Díjeselo al capitan, que se salió fuera de la conversacion burlándose de mí; y, como el mar estaba alborotado y el tiempo nublado, no pude verificar mis observaciones. Tuvimos un viento fuerte que nos echó en alta mar: duró dos dias este temporal, y al tercero avistamos la tierra á nuestra izquierda. Pregunté al patron lo que era, y me respondió que era tierra de la Iglesia. Mofáronse de un marinero que sostuvo que era la costa de Cerdeña, y pagó de este modo su bien venida; pues aunque marinero viejo acababa de llegar allí reo así como yo.

Nada me importaba donde estuviesemos; pero habiendo picado mi curiosidad lo que este hombre habia dicho, empezó á huronear alrededor de la cámara para ver si por descuido habian dejado algun hierro cerca de la aguja que la hiciese declinar. ¡Cual fué mi sorpresa cuando hallé un grande iman escondido en un rincon. Luego que le quité de allí observé que la aguja puesta en movimiento volvia á tomar su direccion. En este instante gritó uno: vela. Miró el patron con su anteojo y dijo que era un barquito frances. Como tenia la proa ácia nosotros, y no huiamos de él, no tardamos en verle claramente y todos notaron que era una vela berberisca. Los tres mercaderes napolitanos que teniamos á bordo con todas sus riquezas empezaron á dar gritos hasta el cielo. Entónces se aclaró para mi el enigma. Acerquéme al patron y le dijé al oido: *Patron, si nos cogen, te mato; cuenta con esto*. Yo me habia alterado tan poco, y le dije esto con un tono tan sosegado, que él casi no se alarmó, é hizo como que no lo habia oido.

Dió órdenes para la defensa, pero no habia una arma que pudiese servir, y habiamos gastado tanta pólvora en salvas que cuando quisimos cargar los pedreros, apénas hubo lo bastante para tirar dos tiros, y aun cuando la hubiésemos tenido hubiera sucedido lo mismo; porque luego que estuvimos á tiro, en lugar de disparar sobre nosotros, nos gritaron que arriasemos bandera, y casi al mismo tiempo fuimos abordados. Hasta entónces el patron, sin manifestarlo, me observaba con alguna desconfianza; pero luego que vió los corsarios á bordo, cesó de hacer caso de mí, y se avanzó á ellos sin pre-

caucion. En este momento me creí juez y ejecutor para vengar á mis compañeros de la esclavitud, purgando al género humano de un traidor y al mar de uno de sus monstruos. Fuíme á él, y gritándole: te lo prometí y te lo cumplo, le corté la cabeza con un sable del que me habia apoderado; y viendo al jefe de los berberiscos que venia á mí impetuosamente, le esperé con pie firme, y presentándole el sable por el puño le dije en lengua franca: *Toma capitan, acabo de hacer justicia, hazla á tu vez.*Tomó el sable y le levantó sobre mi cabeza. Yo esperaba el golpe en silencio: sonrióse y dándome la mano, profirió que me atasen con los otros; pero nada me dijo de la accion que me habia visto ejecutar, lo que me confirmó en la opinion en que yo estaba de que él sabia demasiado el motivo. En lo demas esta distincion, solo duró hasta el puerto de Argel, en donde fuimos llevados á la mazmorra, luego que desembarcamos, conduciéndonos atraillados como perros de caza.

Ocupado hasta entónces de todo lo que veia, pensaba muy poco en mí. Pero habiéndose en fin calmado La primera agitacion, empecé á reflexionar sobre la mudanza de estado, y el sentimiento que me ocupaba todavía con toda su fuerza me hizo decir á mí mismo, con una especie de satisfaccion: ¿qué podrá quitarme este acontecimiento? El poder de hacer una tontería. Yo soy mas libre que ántes. ¡Emilio esclavo! volvia á decir, ¡ah! ¿en qué sentido?¿qué he perdido de mi primera libertad? ¿no nací esclavo de la necesidad? ¿qué nuevo yugo pueden imponerme los hombres? ¿el trabajo? ¿por ventura no trabajaba yo cuando era libre? ¿el hambre? ¡Cuantas veces la he sufrido voluntariamente! ¿el dolor? Todo el poder humano no podrá causarme mas que el que pudiera causarme un grano de arena. ¿La violencia? ¿será tan acerba como la de mis primeros grillos? y sin embargo no queria dejarlos. Sometido por mi nacimiento á las pasiones humanas, que su yugo me le imponga otro, ó me le imponga yo á mí mismo, ¿no es necesario soportarle siempre? ¿y quién sabe de qué lado me sera mas tolerable? Tendré á lo ménos todo mi rascon para amodorrarlas en los otros ¿cuantas veces no me ha abandonado en las mias? ¿Quién podrá hacerme llevar dos cadenas? ¿no llevaba yo una ántes? no hay mas servidumbre real que la de la naturaleza. Los hombres solo son sus instrumentos. Que un amo me apalee ó que una peña me aplaste, para mí es lo mismo, y todo lo peor que puede sucederme en la esclavitud es de que no me deje mas á un tirano que á un guijarro. Finalmente si yo estuviese libre, ¿qué haria? en el estado en que

me hallo, ¿qué puede querer? ¡Ah! por no caer en un abatimiento, tengo necesidad de ser alentado por la voluntad de otro, en defecto de la mia.

De estas tristes reflexiones deduje que mi mudanza de estado era, mas aparente que real; que si la libertad consistiese en hacer uno lo que quisiese, ningun hombre seria libre; puesto que todas son débiles, dependientes de las cosas y de la dura necesidad, y así el que hace mejor todo lo que esta ordena, es el mas libre, mediante á que jamas se ve forzado á hacer lo que no quiere.

Si, padre mio, yo puede decirlo: el tiempo de mi esclavitud fué el de mi reino y nunca tuve tanta autoridad sobre mí, como cuando estuve en la mazmorra de los berberiscos. Sometido á sus pasiones, sin tomar parte en ellas, aprendí á conocer mejor las mias. Sus estravíos fueron para mí unas instrucciones mas vivas que lo habian sido vuestras lecciones, ó hice bajo estos ásperos dueños un curso de filosofía mas útil todavía que el que habia hecho á vuestro lado.

Con todo esperimenté en su esclavitud todas los rigores que esperaba de ellos. Sufrí malos tratamientos, pero menores quizá que los que ellos hubieran sufrido entre nosotros, y conocí que los hombres de Moros y Piratas llevaban consigo unas preocupaciones de que yo no estaba todavía bastante libre. No son piadosos, pero son justos, y si no debe esperarse de ellos ni dulzura ni clemencia, tampoco se debe temer ni capricho ni maldad. Quieren que se haga lo que puede hacerse; pero nada mas exijan, y en sus puniciones jamas castigan la impotencia sino la mala voluntad. Los negros serian demasiado felices en América, si los Europeos les tratasen con la misma equidad; pero como no miran en estos desgraciados mas que los instrumentos del trabajo, su conducta para con ellos depende de la utilidad que sacan de ellos: miden su justicia por su provecho.

Mudé muchas veces de Patron. Esto se llamaba venderme, como si se pudiese alguna vez vender un hombre. Vendian el trabajo de mis manos; pero mi voluntad, mi entendimiento, mi ser, todo aquello por lo que era yo, y no otro, seguramente no se vendia, y la prueba de esto es que la primera vez que quise lo contrario de lo que queria mi pretendido dueño, yo fui el que vencí. Este acontecimiento merece referirse.

En los principios fuí tratado con bastante dulzura; contaban con mi rescate, y viví algunos meses en una inaccion que me hubiese fastidiado, si

acaso hubiera podido conocer el fastidio. Pero al fin, viendo que yo no intrigaba con los cónsules europeos, ni con los religiosos, que nadie hablaba de mi rescate, y que parecia que yo mismo no pensaba en él, quisieron sacar partido de mí de cualquier modo, y me hicieron trabajar. Esta mudanza no me sorprendió ni la sentí. Temia poco los trabajos penosos, pero me gustaban mas los que me divertían. Hallé el medio de entrar en un taller cuyo dueño no tardó en comprender que yo era su maestro en su oficio. Más como este trabajo fuese mas lucrativo para mi patron que el que me hacia hacer, me estableció por cuenta suya y le fué bien.

Habia yo visto dispersar casi todos mis antiguos camaradas de la mazmorra. Los que podian ser rescatados lo habian sido, los que no habian podido serlo habian tenido la misma suerte que yo, pero no todos habian hallado la misma dulzura. Dos caballeros de Malta, entre otros, habian sido abandonados. Sus familias eran pobres. La religion no rescata á los cautivos, y no pudiendo los padres rescatar á todos, daban así como los cónsules una preferencia muy natural, y que no es inicua á aquellos cuyo reconocimiento les podia ser mas útil. Estos dos caballeros, uno jóven y otro viejo eran instruidos y tenian mérito; pero esto era inútil en la situacion en que se hallaban. Eran ingenieros y conocian la tarea, el latin y las bellas letras. Tenian talentos para brillar y para comandar, que no servían de un gran recurso á mis esclavos. Á esto agregaban la circunstancia de llevar con mucha impaciencia sus cadenas, y aunque se picaban de filósofos; la filosofía no habia enseñado á estos orgullosos caballeros á servir con gracia á unos patanes y bandidos; que estos eran los nombres que daban á sus amos. Causábame lastima estos dos pobres caballeros, cuando consideraba que habiendo renunciado por su nobleza al estado de hombres, no eran ya en Argel nada, y aun podia decirse ménos que nada, porque entre los corsarios, un corsario enemigo esclavo es muy inferior á la nada. Yo solo pude servir al viejo con mis consejos, que le eran superfluos, porque como era mas sabio que yo, á lo ménos poseia aquella ciencia que brilla; sabia á fondo toda la moral, y sus preceptos le eran muy triviales; solo le faltaba el ponerlos en ejecucion, y así llevaba con suma impaciencia el yugo de la necesidad. El jóven que era aun mas impaciente, pero ardiente, activo e intrépido, estaba siempre pensando en proyectos de revoluciones y de conspiraciones imposibles de realizar, y que descubriéndose siempre, no hacían mas que agravar su miseria. Trate de animarle con mi ejemplo, y á sacar partido de sus brazos para hacer su estado mas llevadero; pero despreció

mis consejos y me dijo con altaneria que él sabia morir. Señor, le repliqué, mas valdria que supieseis vivir. Logré sin embargo proporcionarle algun alivio que recibió con agrado y como un alma noble y sensible, pero no se aprovechó de mis miras. Continuó sus tramas para lograr la libertad por medio de un golpe atrevido, pero su espíritu inquieto apuró la paciencia de su amo, que era tambien el mio. Este hombre empezó á desconfiar de él y de mí; nuestra amistad le habia parecido sospechosa, y creyó que las conversaciones que yo tenia con él para desviarle de sus maniobras tenian por objeto el ayudarle en ellas. Fuimos vendidos á un asentista de obras públicas, y condenados á trabajar bajo las ordenes de un sobrestante feroz, esclavo como nosotros, pero que, para acreditarse con su amo, nos abrumaba con mas trabajo del que podíamos soportar.

Los primeros dias no fueron para mí mas que unos juegos. Como nos distribuían igualmente el trabajo y que yo era mas robusto y mas avispado que todos mis camaradas, acababa mi tarea ántes que los otros, y despues ayudaba á los mas débiles, y les aliviaba en una parte de la suya. Más habiendo observado nuestro sobrestante mi diligencia y la superioridad de mis fuerzas me impidió emplearlas en otros, redoblando mi tarea, y aumentándola cada dia por grados, acabó por cargarme de trabajo y de golpes hasta un punto tal, que, á pesar de mi robustez, fuera ya á sucumbir bien pronto bajo la carga. Todas mis compañeros así los fuertes, como los débiles mal alimentados y maltratados se deterioraban con el esceso del trabajo.

Como este estado se hacía del todo insoportable, resolví liberarme de él á todo riesgo. Mi jóven caballero, á quien comuniqué mi resolucion tomó una parte muy viva en ella. Le conocía como un hombre de valor, capaz de constancia, con tal que estuviese á la vista de los hombres y luego que se trataba de actos brillantes y de virtudes heroicas contaba yo con él. Sin embargo todas mis recursos estaban en mí mismo y no tenia necesidad de nadie para ejecutar mi proyecto; pero tambien era cierto que podia tener un éxito mucho mas favorable si se ejecutaba de acuerdo con mis compañeros de miseria, y resolví de proponérselo juntamente con mi caballero.

Tuve trabajo en lograr de él que se hiciese esta propuesta sencillamente y sin intrigas preliminares. Nos aprovechamos de la hora de comer en que estábamos mas reunidos y ménos vigilados. Dirijome primeramente en mi lengua á una decena de compatriotas que yo tenia allí, no queriendo hablarles en lengua franca para no ser entendido de los del pais. Camaradas, les

dije, escuchadme: con las pocas fuerzas que me quedan, no puedo sobrellevar por quince dias el trabajo con que me han sobrecargado, y esto siendo uno de los mas robustos de la cuadrilla. Es menester que un estado tan violento tenga un pronto fin, sea por una total esterminacíon, sea por una resolucion que la prevenga. Yo he escogido el último partido y estoy resuelto á no querer trabajar desde mañana; aunque sea con peligro de mi vida, y exponiéndome á todos los tratamientos que pueda acarrearme esta denegacion. Mi eleccion es un negocio de cálculo. Si me quedo como estoy es preciso perecer infelizmente en muy poco tiempo y sin recurso alguno; yo me procuro uno haciendo un sacrificio de pocos dias. El partido que voy á tomar puede atemorizar á nuestro inspector, y hacer conocer á su amo sus verdaderos intereses. Si el proyecto falla, mi suerte, aunque acelerada, no puede empeorarse. Este recurso seria tardío ó inútil cuando mi cuerpo estenuado no fuera capaz de ningun trabajo; contemporizando entónces conmigo nada ganarían, y acabando conmigo solo ahorrarían el alimento. Me conviene pues elegir el momento en que mi pérdida sea tambien una para ellos. Si alguno de vosotros cree que tengo razon, y quiere á ejemplo de este hombre esforzado tomar el mismo partido que yo, nuestro número causará mucho mas efecto y hará mas tratables á nuestros tiranos. Más aunque quedemos solos él y yo no por eso estamos plenos resueltos á persistir en nuestra denegacion, y vosotros sereis testigos del modo con que la sostendremos.

Este simple discurso pronunciado con sencillez fué escuchado sin emocion. Sin embargo, cuatro ó cinco de la cuadrilla me dijeron que contase con ellos, que obrarían como yo. Los demas no dijeron una palabra, y todo quedó en calma. El caballero descontento de esta tranquilidad habló á los suyos en su lengua con mas vehemencia; su número era grande. Les describió con fuego, y en voz alta el estado á que estábamos reducidos, y la crueldad de nuestros verdugos. Escitó su indignacion pintándoles nuestro envilecimiento, y provocó su arder con la esperanza de la venganza; finalmente inflamó de tal modo su corage por la admiracion de la fuerza de alma que hace arrastrar los tormentos y que triunfa aun del mismo poder, que todos le interrumpieron gritando que juraban imitarnos y ser constantes hasta la muerte. Á la mañana siguiente, como rehusamos de trabajar, fuimos, como lo esperábamos, muy maltratados unos y otros; pero inútilmente por lo que miraba á nosotros dos y á los tres ó cuatro compañeros que la víspera, á quienes no pudieron los verdugos arrancarles un solo grito. Más

el esfuerzo del caballero no salió tan bien. La constancia de sus ardientes compañeros se desvaneció en pocos minutos, y bien pronto les hicieron trabajar á todos ellos y los pusieron tan mansos como unos corderos.

Colérico el caballero á vista de esta cobardía, al mismo tiempo que le atormentaban á él mismo, les reconvenía y les llenaba de injurias que ellos no escudriñan. Procuré calmarlo sobre una desercion que yo habia previsto y que le habia presagiado. Sabía que los efectos de la elocuencia son vivos pero momentáneos. Los hombres que se dejan mover fácilmente, se calman con la misma facilidad. Un raciocinio frió y fuerte no acalora, pero cuando llega á penetrar, no se borra el efecto que produce.

La debilidad de estas pobres gentes produjo otro que no esperaba, y que á tenor mas bien á una rivalidad nacional que al ejemplo de nuestra firmeza, hiendo aquellos compatriotas míos que no habían seguido mi ejemplo que los otros volvían al trabajo, empezaron á echarlos, se separaron de ellos, y vinieron á ponerse á mi lado como para insultarlos por su cobardía. Este ejemplo arrastró á otros y bien pronto se hizo tan general que atraído el amo por el ruido y los gritos, vino él mismo en persona á poner órden.

Ya podeis comprender lo que diria nuestro sobrestante para escusarse e irritarle contra nosotros, y no dejó de señalarme como el autor del tumulto, y como el jefe de los amotinados, que trataba de hacerme temer por el doserden que deseaba escitar. El amo me miró y me dijo: ¿eres tú el que pervierte á mis esclavos? Acabas de oir la acusacion. Si tienes algo que responder á ella, habla. Chocóme esta moderacion en el primer arrebato de un hombre ansioso de la ganancia, y á pique de arruinarse; en un momento en que todo amo europeo, tocado hasta lo mas vivo de su interes, hubiese comenzado sin quiere escuchar, por condenarme á mil tormentos. Patron, le dije en lengua franca, tú no puedes aborrecernos: nosotros tampoco te odiamos, tú no eres el autor de nuestros males, los ignoras. Sabemos llevar con paciencia el yugo de la necesidad que nos ha sujetado á tí. No rehusamos emplear nuestras fuerzas á tu servicio; puesto que la suerte nos ha Condenado á ello; pero escediéndolas tu esclavo nos las quita, y va á arruinarle con nuestra pérdida. Créeme, traslada á otro hombre mas cuerdo la autoridad de que este abusa en perjuicio tuyo. Haciendo mejor uso de ella, no dejará por eso de ejecutarse tu obra, y conservaras esclavos laboriosos de que sacaras un provecho mucho mas considerable que el que quiere proporcionarte abrumándonos. Nuestras quejas son justas, nuestras pretensiones moder-

adas; si no las escuchas nuestro partido esta tomado; tu hombre acaba de hacer la prueba, tú puedes hacerla á tu vez.

Callóme. El sobrestante quiso replicar; pero el amo le impuso silencio. Pasó la vista por todos mis camaradas, cuyo color pálido estaba manifestando la verdad de mis quejas, pero cuya presencia de animo demostraba bien que no eran gentes capaces de intimidarse. Considerándome despues de nuevo dijo: tú me pareces hombre sensato, quiero saber lo que hay en el caso. Vituperas la conducta de este esclavo, veamos la tuya en su lugar; yo te doy el encargo que el tenia, y á el le pongo en el lugar que tu ocupabas. Inmediatamente dijo ávido de que me quitasen los grillos y que se los pusiesen á nuestro jefe, lo que se ejecutó al momento.

No tengo necesidad de deciros como me conduje en este nuevo puesto, y ahora no es de esto de lo que aquí se trata. Mí aventura metió ruido, el cuidado que tuvo de estenderlo causó novedad en Argel. El mismo Rey oyó hablar de mí y quiso verme. Mi patron me condujo á su casa y viendo que yo le agradaba, le hizo un regalo de mi persona. Ya teneis á Emilio esclavo del Rey de Argel.

Las reglas que debían servirme de norma para conducirme en este nuevo puesto, hacían de los principios que no me eran desconocidos. Los habíamos discutido durante nuestro viage, y su aplicacion aunque imperfecta y en pequeño, en el caso en que yo me hallaba era segura ó infalible en sus efectos. No me detendré á referiros todos los pormenores, no es esto de lo que debemos tratar nosotros. Mis sucesos atrajeron la consideracion de mi patron.

Asen Oglou habia llegado al supremo poder por el camino mas honroso que puede conducir á el; pues de un simple marinero pasando por todas los grados de la marina y de la milicia, se habia elevado sucesivamente á los primeros puestos del estado; y despues de la muerte de su predecesor fué elegido para sucederle por el voto unánime de los Turcos y Moros; por los militares y por los legados. Hacía hace doce años que desempeñaba con honor este punto difícil, teniendo que gobernar un pueblo indócil y bárbaro, una soldadesca inquieta y amotinada, ansiosa de desórdenes y turbaciones, que no sabiendo lo que ella misma deseaba, solo quiero remover, y se ocupaba muy poco de que las cosas fuesen mejores, con tal que fuesen de otro modo. No podian quejarse de su gobierno, aunque no correspondiese á las

esperanzas que habían concebido de él. Habia conservado su regencia con bastante tranquilidad; todo se hallaba en mejor estado que antes; florecian el comercio y la agricultura, prosperaba la marina y el pueblo tenia pan. Pero no se veían operaciones brillantes.

DESENLACE DE LOS SOLITARIOS. ([139])

U NA serie de acontecimientos, conduce á Emilio á una isla desierta. Halla sobre la costa un templo adornado de flores y de frutas deliciosas. Le visita diariamente, y le encuentra cada dia mas hermoso. Sofía estaba en el de Sacerdotisa, Emilio lo ignora. ¿Qué acontecimientos han podido atraerla á estos lugares? las consecuencias de su yerro y de las acciones que le han borrado. Sofía se hace por fin conocer, y Emilio sabe por ella el tejido de fraudes, y violencias, bajo las que ha sucumbido pero considerándose indigna de ser en lo sucesivo su compañera, quiere ser su esclava y servir á su propio rival. Esta era una jóven de quien otros eventos habian unido á la suerte de estos dos antiguos esposos. Emilio se casa con esta rival, y Sofía asiste á la boda. Finalmente despues de algunos dias, dedicados á las amarguras del arrepentimiento y á los tormentos de un dolor siempre renaciente, y tanto mas vivo, cuanto Sofía creia ser un deber y un punto de honor, el disimularlo, Emilio y la rival de Sofía confiesan que su matrimonio era fingido. Esta pretendida rival tenia otro esposo que presentan á Sofía; y Sofía vuelve á hallar el suyo que no solo le perdona una falta involuntaria, espiada con los mas crueles trabajos y reparada por el arrepentimiento, sino que estima y honra en ella las virtudes de que solo se habia formado una débil idea, ántes que se hubiese presentado la ocasion de desplegarlas en toda su estension.

FIN.

Notas

1 La educacion primera es la que mas importa, y esta sin disputa compete á las mugeres. Si el autor de la naturaleza hubiera querido fiársela á los hombres, les hubiera dado leche para criar á los niños. Así en los tratados de educacion se ha de hablar especialmente con las mugeres, porque ademas de que pueden zelarla mas de carca que los hombres, y de que tienen mas influjo en ella, el logro las interesa mucho mas, puesto que la mayor parte de las viudas se quedan á merced de sus hijos, que entónces les hacen esperimentar los buenos ó malos frutos de la educacion que les han dado. Las leyes que siempre se ocupan en las cosas, y casi nunca en las personas, porque su objeto es la paz, no la virtud, no otorgan la suficiente autoridad á las madres, aunque su estado sea mas cierto que el de los padres, mas penosas sus obligaciones, mas importantes sus afanes para el buen órden de las familias, y en general mayor el cariño que á sus hijos tienen. Casos hay en que un hijo que falta al respeto a su padre puede merecer alguna disculpa; pero si en un lance, sea cual fuese, se hallaré un hijo de tan mal natural que falte al respeto á su madre, á la que le trajo en su vientre, le crió á sus pechos, y por espacio de muchos años se olvidó de si propia para no pensar mas que en él, bueno fuera sofocar á este desventurado como un monstruo que un merece ver ta luz del dia. Dicen que las madres miman á sus hijos; en eso hacen mal, pero no tanto como vosotros que los depravais. Una madre quiere que su hijo sea feliz, y que lo sea desde el momento actual. En eso tiene razon; cuando se equivoca en los medios, conviene desengañarla. Mil veces mas perjudiciales son para los lujos la ambicion, la avaricia, la tiranía, y la falaz prevision de los padres que el carillo ciego de las madres.

En cuanto á lo demas, es preciso esplicar el sentido que doy yo al nombre de madre, y esto lo haré mas adelante.

2 Parecido á ellos en lo esterior, y careciendo del habla y de las ideas que con ella se espresan, no estaria en estado de darles á entender la necesidad que tendria de su auxilio, y en nada echarian de ver esta necesidad.

3 por eso las guerras de las repúblicas son mas crueles que las de las monarquías. Pero si es moderada la guerra de los reyes, su paz es terrible; mas vale ser enemigos que vasallos tuyos.

4 En muchas escuelas, y con especialidad en la Universidad de Paris, hay profesores que yo quiero y aprecio mucho, y que tengo por muy idóneos para dar buena enseñanza á la juventud, si no los precisaran á seguir el método establecido. Exhorto á uno de ellos á que publique la reforma que ha proyectado. Entónces pensarán el caso en curar la enfermedad, cuando vean que aun tiene remedio.

5 Te tengo y te aprehendí,¡ ¡ó fortuna! y he vallado todos tus portillos, para que no puedas llegar hasta mí.

6 Saca á la partera, educa la nodriza, instituye el ayo, enseña el maestro *Non, Marcell*..

7 Historia del hombre de Buffon.

8 Véase la nota 3 pág. 79.

9 Cuando leemos en Plutarco que Caton el censor que con tanta gloria gobernó á Roma, educó por si mismo á su hijo desde la cuna y con tanto esmero que todo lo abandonaba para estar presente cuando la nodriza, esto es la madre, le arrullaba y le lavaba; cuando vemos en Suetonio que Augusto; señor del mundo que habia conquistado y que regia el propio, ensillaba el mismo á sus nietos á escribir, á nadar, y los elementos de las ciencias, y que los tenia siempre á su lado, no puede uno ménos de reirse de la buena gente de aquellos tiempos, que se divertian en semejantes boberías, sin duda porque eran de muy corto ingenio para saberse ocupar en los grandes asuntos. de los grandes hombres de nuestro tiempo.

10 Darémos un ejemplo sacado da los periódicos ingleses, que refiero porque presenta muchas reflexiones relativas á mi asunto.

«Un individuo llamado Patricio Oneil, que nació en 1627, se acaba de casar en séptimas nupcias en 1760. Sirvió en dragones el décimo séptimo año del reinado de Carlos II, y en varios cuerpos hasta el año 1740, que alcanzó su licencia. Se halló; toda; las campañas del rey Guillermo y del duque de Malborough. Nunca ha bebido este hombre mas que cerveza comun; siempre se ha alimentado con vegetales, y no ha comido nunca carne, como no fuese en algunos banquetes que daba á su familia. Siempre ha estilado levantarse y acostarse con el sol, á ménos que se lo hayan estorbado sus obligaciones. Actualmente tiene ciento y trece años, oye bien, disfruta salud, y anda sin báculo. No obstante su avanzada edad, no está un instante desocupado; y va todos los Domingos á su parroquia, en compañía de sus hijos, nietos, y biznietos.»

11 Las mugeres comen pan, legumbres, y lacticinios; las perras y las gatas comen lo mismo, y hasta las lobas pastan. Buscan jugos vegetales para su leche. Falta examinar la leche de la especies que no pueden alimentarse mas que con carne, si hay alguna de estas; cosa que dudo mucho.

12 Aunque los jugos que nos nutren sean líquidos, se deben esprimir de manjares sólidos. Un trabajador que no viviese mas que con caldo, muy en breve desfalleceria; mejor se sustentaria con leche, porque esta se cuaja.

13 Los que quieran informarse mas de raiz de las ventajas y los inconvenientes del régimen pitagórico, podrán consultar los tratados que acerca de tan importante materia han escrito los doctores Cocchi, y su antagonista Bianchi.

14 En los pueblos grandes ahogan á los niños á puro que tenerlos encerrados y abrigados. Aun no saben tos que los gobiernan, que lejos ge hacerles mal el aire frio los fortifica, y que tan caliente los debilita, les da calentura, y los mata.

15 Digo una cuna, valiéndome de una vez usada, á falta de otra, porque estoy por otra parte convencido de que nunca es necesario mecer á los niños, y de que esta costumbre muchas veces les es perjudicial.

16 «Los antiguos Peruanos dejaban á los niños con los brazos surtios en una envoltura muy ancha; y cuando se la quitaban, los ponian sueltos en un agujero hecho en la tierra, y cubierto con sábanas, adonde los metian hasta medio cuerpo; de este modo tenian sueltos los brazos, y podian menear la

cabeza y doblar el cuerpo como les parecia, sin caerse ni lastimarse; largo que podian dar un paso, les presentaban el pecho a alguna distancia, como un cebo para obligarlos á andar. Los Negrillos están á veces en situacion muy mas penosa para mamar; con las rodillas y los pies cogen un anca de su madre, y la aprietan con tanta fuerza que se pueden sostener de ella sin el apoyo de los brazos de la madre. Con las manos se agarran de la teta, y la chupan sin cesar, sin resbalarse ni caerse, no obstante los varios movimientos de la madre, qué todo este tiempo hace sus labores acostumbradas. Desdé el segundo mes ya empiezan ratos niños á andar, ó mas bien á arrastrarse sobre tas rodillas y las manos. En adelante este ejercicio los acostumbrará á que corran con facilidad en esta situacion casi con tanta velocidad como si anduvieran con los pies.» *Historia natural del hombre de Buffon*.

A estos ejemplos hubiera podido añadir el señor conde de Buffon el de la Inglaterra, donde adolecen de dia en dia la estravagante y bárbara costumbre de los pañales y la faja. Véase tambien á La Loubère, viage de Siam; al señor Lebeau, viage del Canadá, etc. Veinte páginas pudiera llenar de citas, si fuera necesario confirmar con hechos lo que dejo dicho.

17 El olfato es el sentido que mas tarde se desenvuelve en los niños. Hasta que tienen dos ó tres años, parece que no les mueven los olores buenos ni malos; y en esta parte tienen la indiferencia, ó mas bien la insensibilidad que en muchos animales se nota.

18 No es esta una escepcion y con mucha frecuencia los niños que ménos se habian hecho entender, así que alzan la voz, atolondran el mundo. Pero si hubiese yo de circunstanciar tedas estas menudencias, seria nunca acabar; todo lector racional verá que derivándose el esceso y el defecto del mismo abuso, ambos le corrige igualmente mi método. Estas dos máximas las tengo yo por inseparables: *siempre lo bastante, nunca sobrado*. Establecida la primera, la segunda es su consecuencia necesaria.

19 Vive, y no sabe él propio si está en vida.

OVID. *Trist. lib, 3*.

20 No hay cosa mas ridícula ni ménos firme que el andar de las personas que han llevado mucho tiempo de los andadores, cuando chicos; esta es una de aquellas observaciones que de puro justas son triviales, y que se verifican en mas de una significacion.

21 Noct. attic. lib. IX, cap. 8.

22 Entiéndase que hablo de los hombres que discurren y no de todos en general.

23 Ese chicuelo que ahí veis es el árbitro de la Grecia, decia Temístocles á sus amigos, porque él gobierna á su madre, su madre me gobierna a mí, yo gobierno á los Atenienses, y los Atenienses gobiernan á los Griegos.! O, qué de mezquinos conductores se hallarian á veces en los mayores imperios, si se bajase por grados desde a príncipe hasta la primera mano que da el impulso secreto!

24 En mis principios de derecho político se demuestra que en el sistema social ninguna voluntad particular puede ser ordenado.

25 Debe conocerse que así como la pena es muchas veces precisa, el deleite á veces es necesidad. Así un solo deseo hay en los niños con el cual bromease debe condescender, que es el de hacer que tos obedezcan: de donde se sigue que, en todo cuanto piden, es menester poner particular atencion en el motivo que los escita á pedirlo. Otorgadle, en cuanto darle fuere, todo lo que le puede causar gusto real; negadles siempre la que solamente por antojo, ó por ejercer un acto de autoridad, solicitan.

26 Debemos estar ciertos de que mirará el niño como capricho toda voluntad contraria á la suya, y cuyo motivo no conozca. Ora un niño no sabe el motivo de nada de aquello que á su antojase opone.

27 Nunca se ha de consentir que un niño trate á los grandes como á inferiores, ni aun como á iguales suyos. Si se atreviese á pegar de veras á alguno, aunque fuera su lacayo, aunque fuera el verdugo, haced que le restituya este con usura sus golpes, y de manera que le quite el antojo de secundarios. He visto rollas imprudentes que atizan la cólera de las criaturas, las escitan á que peguen, se dejan pegar, y se rien de sus débiles golpes, sin hacerse cargo de que en la intencion del muñeco furioso eran otras tantas heridas de muerte, y que el que quiere pegar cuando chico, querrá matar cuando sea grande.

28 Por eso la mayor parte de los niños quieren volver á tomarlo que han dado, y lloran cuando no se lo quieren volver; lo cual no hacen cuando han entendido bien lo que es una dádiva, solo que entónces son mas circunspectos en dar.

29 En cuanto á lo demas, aun cuando esta obligacion de cumplir su palabra no la cimentara en el ánimo del niño el peso de su utilidad, en breve el sentimiento interno, que empieza á rayar, se la impondría como ley de la conciencia, como principio innato que solo aguarda para desenvolverse los conocimientos á que se aplica. Este rasgo primero no le señala la mano de los hombres, que le graba en nuestros propios el autor de toda justicia. Quítese la primitiva ley de las convenciones, y la obligacion que esta impone, y todo en la sociedad humana el ilusorio y vano. Quien solo por se utilidad cumple con su promesa, poco mas ligado está que si nada hubiera prometido; ó cuando mas se servirá de la facultad de violarlas, como hacen tos jugadores de pelota de las faltas, que si se las pasan á sus contrarios, es cuando pueden hacerlo sin correr riesgo de perder el juego. Este principio es importantísimo y merece profundizarse, porque aquí empieza el hombre á estar en contradiccion consigo mismo.

30 Como cuando acusado de un delito se defiende el reo diciendo que es hombre de bien; entónces dice mentira de hecho y le derecho.

31 No hay cosa mas imprudente que semejante pregunta, sobretodo sí el niño tiene la culpa; si entónces cree que sabemos lo que ha hecho, verá que le ponemos una zalagarda, y no puede ménos de indisponerle esta opinion con nosotros. Si no lo cree, dirá: ¿á que he de descubrir mi culpa? Así su tentacion primera de mentir es efecto de nuestra imprudente pregunta.

32 Se ha de entender que respondo yo á estas preguntas no cuando él quiere, sino cuando yo quiero; de otro modo me sujetaria á sus voluntades, y me constituiria en la mas peligrosa dependencia en que pueda vivir un ayo de su alumno.

33 El precepto de no hacer nunca daño á otro trae consigo el de estrecharse lo ménos que posible fuere con la sociedad humana, porque en el estado social el bien mio constituye por necesidad ¡el mal de otro. Esta relacion es de esencia de la cosa, y nunca puede anular. Averigúese por este principio, cual es mejor, si el hombre social ó el solitario. Un ilustre autor dice que el malo es quien vive solo, y yo digo que quien vive solo es el bueno. Si es ménos sentenciosa esta proposicion, es mas cierta y mas consiguiente que la otra. ¿Qué daño haria el malvado, si estuviera solo? En la sociedad es donde endereza sus máquinas para dañar á los demas. Si

retuercen este argumento en favor del hambre de bien, respondo por el contesto igual al loco o á que se refiere esta nota.

34 Cien veces, cuando escribo, he hecho la reflexion de que no es posible en una obra larga dar siempre la misma significacion á las mismas palabras. No hay lengua tan rica que ofrezca tantos términos, locuciones y frases cuantas modificaciones pueden tener nuestras ideas. El método de definir todos los términos, y sustituir sin cesarla definitiva lo definido, es perfecto, pero no es practicable: ¿porque, como se á de evitar el círculo? Las definiciones pudieran ser buenas, si para hacerlas no fueran precisas las voces. No obstante, estoy persuadido; que es posible ser claro aun en nuestra pobre lengua, no dando siempre la misma acepcion á las mismas voces, sino haciendo de manera que cada vez que se use una voz, la acepcion que se le diere la determinen lo bastante las ideas que á ella se refieran, y que le sirva,por decirlo así, de definicion cada período donde la voz se hallare. Unas veces digo que los niños no son capaces de raciocinar, y otras les hago raciocinar con bastante sutileza: en esto no creo que se contradigan mis ideas, pero no puedo ménos de confesar que se hallará anchas veces contradiccion en unas espresiones.

35 La mayor parte de los sabios lo son á la manera de los niños. Ménos resulta la vasta erudicion de la muchedumbre de ideas que de la de imágenes. Las fechas, las nombres propios, los lugares, todos los objetos aislados ó privados, únicamente se retienen por la memoria de los sigamos, y rara vez nos acordamos de uña da estas cosas, sin ver al mismo tiempo el revés ó el derecho de la página donde la leimos, ó la figura en que por laven primera la vimos. Esta era la ciencia de moda en los siglos pasados. La del nuestro es distinta: ya se estudia, ni se observa; se suena, y con mucha gravedad nos venden por filosofía los sueños de algunas malas noches. Diránme que tambien yo sueño; convengo en ello: pero, contra lo que hacen los demas, mis sueño; los vendo por sueños, y dejo al lector que averiguo si pueden servir para algo á las personas despiertas.

36 Especialísimamente conviene evitar que coja odio á los estudios á que aun no puede aficionarse, y que le arredre la amargara que en su paladar dejen aun mas allá de su pueril edad. *Quintil, lib. I, cap. 1.*

37 En casos tales podemos exigir del niño la verdad, porque entónces bien sabe que no la puede negar, y que si se atreviera á decir una mentira, al

instante le convencerian de ella.

38 Carta da J.-J. Rousseau al Señor D'Alambert sobra los espectáculos.

39 Como si los niños de los lugares escogieran la tierra muy seca para sentarse ó acostarse, y si se hubiera oido decir nunca que la humedad de la tierra hubiera hecho daño á uno de ellos siquiera. Si escucháramos á los médicos sobre la materia, creeriamos que estaban todos los salvages tullidos de reumatismo.

40 Este pavor se manifiesta muy *á* las claras en los eclipses totales de sol.

41 Otra causa esplica del siguiente modo un filósofo, cada libro cito á menudo, y cuyas vastas ideas me instruyen todavía con mas frecuencia.

«Cuando por circunstancias particulares no prefieras con irnos juntos idea de la distancia, ni podemos de los objetos de otro modo que por el tamaño del ángulo, ó mas bien de la imagen que en nuestros ojos forman , y entónces fraccionariamente nos equivocamos acerca del tamaño de estos mismos objetos. Todos los que han caminado de noche han esperimentado que una zarza que estaba inmediata les parecía un árbol corpulento distante, ó bien que un árbol corpulento distante les parceria una zarza inmediata. Del mismo modo, si no conocemos los objetos por su configuracion, y no podemos tener idea ninguna de distancia, necesariamente nos equivocaremos tambien: en tal caso, una mosca que pase con velocidad á algunas pulgadas de distancia de nuestros ojos, nos parecerá un pájaro que vuela á muy remota distancia; un caballo que no se mueva en mitad de un campo, y que es ni en una postura semejante, por ejemplo, á la de un carnero, no nos parecerá mayor que un carnero, miéntras no conozcamos que es un caballo; pero así que lo conozcamos, al instante nos parecerá del tamaño de un caballo, y al ponto rectificarémos nuestro primer juicio.

Siempre que uno se halle de noche en parages desconocidos, donde no pueda juzgar de la distancia, ni pueda reconocer la forma de las cosas a causa de la oscuridad, correrá peligra de incurrir á cada instante en errores acerca de los juicios que formare sobre los objetos que se le presenten. De aquí proviene el pavor y la especie de miedo interno que á casi todos los hombres infunde la noche: ni tiene otro fundamento la apariencia de los espectros, y le las figuras agigantadas y horrorosas que tantas personas dicen que han visto. Por lo comun les responden que estas figuras existian en su

imaginacion; no obstante podian realmente existir en sus ojos, y muy posible es que efectivamente hayan visto lo que dicen que han visto; porque necesariamente debe suceder, siempre que solo por el ángulo que forma en el ojo pueda juzgarse de un objeto, porque este objeto desconocido abultará y se agrandara mas á medida que una cerca esté; y que si al principio pareció al espectador, que ni puede conocer lo que ve, ni insensibilizar á que distancia lo ve, que si primero, digo, te pareció de algunos puntos de alto, cuando se hallaba á distancia de veinte ó treinta pasos, le parezca de una altura de muchas cosas, cuando solo esté á de algunos pies; lo cual debe efectivamente pasmarle y atemorizarle hasta que finalmente llegue á tocar ó á conocer el objeto ¡porque al punto mismo que conozca lo que es, este objeto que tan agigantado se figuraba disminuirá instantáneamente, y no le preocupará mayor que su tamaño real: pero si huye, ó no se atreve á acercarse, es cierto que no tendrá otra idea de este objeto que la de la imagen que en el ojo formaba, y que realmente habrá visto una figura agigantada ó espantosa por su tamaño y por su forma. Así la preocupacion de los espectros se funda ce la naturaleza; y no penden meramente, como creen los filósofos, de la imaginacion estas apariencias.» *Historia natural del hombre, del conde de Buffon*.

En el testo he procurado hacer ver como pueden siempre en parte de ella; y en cuanto á la causa que en que pasase se esplica, bien se ve la costumbre de andar de noche nos debe enseñar á distinguir las apariencias que la semejanza de formas y la diversidad de distancias hacen qué á nuestros ojos turnen los objetos en la oscuridad, porque cuando todavía está bien tanta claro el aire para hacemos distinguir los contornos de los objetos, como á mugeres distancias hay mas aire interpuesto, debemos ver ménos bien señalados estos contornes cuando está el objeto más desviado de nosotros; lo cual á poder de hálito, basta para preservamos del error el señor de Buffon. Así sea cual fuere la esplicacion que se prefiera, siempre se encontrará eficaz mi método, y esto la esperiencia la confirma completamente.

42 Para ejercitarlos á que estén atentos, no les digais nunca cosas que no tengan un interes sensible y actual en entender bien especialmente nunca circunloquios, nunca palabras superfinas; pero tampoco dejeis cosa oscura ni equívoca en vuestras razones.

43 Célebre maestro de baile de Paris, que conociendo con quien las habia, hacia de estravagante por malicia, y atribuia á su arte una importan-

cia que fingia la gente que tenia por ridícula, pero que en la realidad le acarreaba el mas profundo respeto. En otro arte tambien de juglar vemos hoy á un artista comediante que hace el hombre de importancia y el loco, y no se sale ménos con lo que quiere. Este método siempre es seguro en Francia. Mas cándido ménos embaidor el talento verdadero no hace fortuna. Aquí la modestia es la virtud de los tontos.

44 Paseo al campo, como veremos un poco mas abajo. Los paseos públicos da las ciudades son perniciosos para los niños de uno y otro sexo. Aquí es todo empiezan á tener vanidad, y á querer que los miren; al Luxemburgo, las Tullerias, y sometelo á Palacio Real va la brillante juventud de Paris á adquirir el ademan impertinente y presumido que tan ridícula la hace, y que es causa de que la hucheen y la detesten en la Europa entera.

45 Un chico o de siete años ha ejecutado despues cosas mas portentosas todavía.

46 Véase la Arcadia de Pausanias, y el trozo de Plutarco que abajo se cita.

47 Muchos siglos hace que han perdido este aso los Mallorquines, que es del tiempo en que eran famosos sus tiradores de honda.

48 Bien sé que alaban mucho los Ingleses su humanidad, y la buena índole de su nacion, que llaman ellos *good natural people*; pero, por cosas que lo repiten sin cesar, nadie lo dice mas que ellos.

49 Los Banianes que con mas severidad que los Gauros se abstienen de toda carne, son casi tan pacíficos como ellos; pero como es ménos pura su moral y no tan discreto su culto, no son tan hombres de bien.

50 Uno de los traductores ingleses de este libro ha anotado una equivocacion, y ambos la han delimitado. Los carniceros y los cirujanos son admitidos á dar testimonio; pero los primeros no lo son á ser jurados *ó* pares para sentenciar los delitos, y los ciruganos sí.

51 Llenos están los historiadores antiguos de ideas de que pudiera hacerse uso, aun cuando fuesen falsos los hechos que las presentan. Pero no salemos rucar utilidad ninguna de la historia; todo lo absorve la crítica de erudicion: como si importara mucho que fuese cierto un suceso, con tal quede él pudiera sacarse la instruccion provechosa. Los hombres de juicio

deben mirar la historia como un tejido de fábulas cuya moral es muy adaptable al corazon humano.

52 Nace el atractivo del hábito de la pereza natural al hombre, y se aumenta esta pereza dejándose llevar de ella; con mas facilidad se hace lo que ya se ha hecho; trillado el camino, mas fácil es andar por él. Por eso podemos notar que es muy poderoso el imperio del hábito con los ancianos y con las personas indolentes, *y muy* impotente con los mozos, y las personas vivas. Este régimen solo para las almas débiles es bueno, y las debilita mas de dia en dia. El único hábito que á los niños aprovecha es sujetarse sin dificultad á la necesidad de las cosas, y el único provechoso á los fiambres sujetarse sin trabajo á la razon. Cualquiera otro hábito es vicio.

53 Muchas veces he notado que en las doctas esplicaciones que á los niños se les dan, no tanto se atiende á que escuchen ellos como los grandes que su hallan presentes. Estoy muy cierto da lo que aquí digo, porque esta observacion la he hecho en su propio.

54 Para que el niño esté atento, contribuye luego un aparato fácil que preceda la explicacion que le van á dar.

55 Los vinos que venden por menor los taberneros de Paris, aunque no todos estén almartagados, rara vez dejan de tener plomo, porque los mostradores de las tabernas están guarnecidos de este metal; y el vino que de las medidas se vierte, pasando por el plomo y permaneciendo en él, disuelve siempre una parte. Cosa estraña es que tan manifiesto y peligroso abuso le consienta la policía. Pero es verdad que como la gente rica no bebe estos vimos, no está espuesta á morir de veneno.

56 El ácido vegetal es muy dulce. Si fuera ácido mineral, y estuviera disuelto en ménos liquido, no se haria la combinacion sin efervescencia.

57 No quiero poseer bienes que no tenga que envidiármelos el pueblo. PETRON.

58 La medida del tiempo se pierde, cuando el curso de este quieren arreglarle nuestras pasiones á su antojo. La muestra del sabio es la serenidad de condicion y la paz del ánimo: siempre está en su hora, y siempre la conoce.

59 Fruto natural es de su educacion la aficion al campo que á mi alumno le supongo. Como por oira parte no turné la planta presumida y melindrosa,

que tanto peta á las mugeres, le obsequian ménos que á otros niños; por consiguiente gusta el ménos de ellas, y no se echa tanto á perder en su compañía, cuyo embeleso aun no está en estado de sentir. Me he guardado de enseñarle á que les bese la mano, la que les huele a flores, y ni siquiera á que las trate con las atenciones que se les deben con preferencia á los hombres; habiendo llevado por ley inviolable el no exigir de el nada de que no pudiese alcanzar la razon: y no hay razon valedera que dar á un niño para que trate un sexo de distinto modo que otro. Con esta sencillez estoy cierto de conservar mi influjo en mi alumno, y de que no me le quitarán las mugeres para lucir de él su dominguillo.

60 Discurso sobre la desigualdad de condiciones.

61 Por imposible tengo que duren todavía mucho tiempo las vastas monarquías de Europa; todas han brillado, *y*todo estado que brilla raya con su ruina. Otras razones mas perentorias que esta máxima tengo yo; pero no conviene decirlas, y cualquiera las ve de sobra.

62 Vos lo sois. Así es por una desgracia, consuelo, pero mis yerros, que tanto me cuestan, no soy motivo para que otro los cometa; No escribo para disculparme de ellos, sino para estorbar que mis lectores los imiten.

63 El Abate de San Pedro.

64 En los pueblos antiguos no habia sastres: los vestidos de los hombres los hacian en cada casa las mugeres.

65 Lidian pocas, de atletas los manjares

Pocas comen; a vosotros hilais lana.

Y en canastas llevais vuestros hilados.

JUVENAL, sat. II, vers. 53.

66 Despues he hallado lo contrario con una esperiencia mas exacta. La refraccion obra circularmente, y parece mas grueso el palo por el cabo metido en el agua que por el otro; pero esto no disminuye la fuerza del raciocinio, ni es ménos justa la consecuencia que sacamos.

67 «En las ciudades, dice el Señor de Buffon, y entre la gente rica acostumbrada á alimentos abundantes y suculentos, llegan los niños mas ántes a este estado; en el campo y entre la gente pobre, son más tardíos, porque se

alimentan poco y mal; necesitan dos ó tres años mas.» *(Hist. nat. del Hombre)*. Admito la observacion, mas no la aplicacion, puesto que en los paises donde los aldeanos comen mucho y viven muy bien, como en el valles y en ciertos parages montuosos de Italia, por ejemplo el Friuli, es tambien mas tardía que en los pueblos grandes la edad de pubertad, aunque en estos, por contentar la vanidad, muchas veces comen muy escasamente, y por feriarse una gala, no sacan, come dice el refrán, el vientre de mal año. Pasma en estas montañas el ver muchachos grandes, fuertes como hombres, que todavía tienen aguda la voz y sin bozo la cara, y muchachas altas, muy bien formadas, que no dan señal ninguna periódica de su sexo; diferencia que á mi ver únicamente proviene de que con la sencillez de sus costumbres, quedándose mas tiempo serena y tranquila su imaginacion, pone mas tarde su sangre en fermentacion, y hace ménos precoz. El temperamento.

68 Parece que esto empieza á mudar: las condiciones empiezan á ser mas estables, mas duros tambien los hombres.

69El cariño puede resistir sin correspondencia, no así la amistad, que es una permuta, un contrato como los demas, pero el mas sagrado de todos. La palabra amigo no tiene claro correlativo que ella misma. Es certísimo que es un pícaro todo hombre que no es amigo de su amigo; porque no se puede grangear la amistad como no sea pagándola, ó haciendo que se paga.

70 Ni aun el precepto de obrar con otro como quisiéramos que obraran con nosotros, tiene otro fundamento verdadero que el sentimiento y la conciencia; porque ¿qué razon exacta milita para obrar, siendo yo, como si fuera otro, con especialidad estando moralmente cierto de no bailarme nunca en caso idéntico? ¿Y quién me dice que con seguir puntualmente esta máxima, haya de lograr que tambien conmigo la sigan? El malo se aprovecho de la probidad del justo y de su propia injusticia, y tiene mucha satisfaccion en que sea justo todo el inundo ménos el. Digan lo que quieran, este convenio no os muy ventajoso para los hombres de bien. Pero cuando me identifica con mi semejante la fuerza de un alma espansiva, cuando me siente, por decirlo así, en él, por no padecer yo, no quiero que él padezca; me interesa él por mi amor, y se halla la razon de este precepto en la misma naturaleza que me inspira el deseo de mi bien estar, de quiera que sienta mi existencia. De donde infiero qué no os cierto que estriben los preceptos de la ley natural cu sota la razon, y que tienen mas sólido y seguro cimiento, el principio de la justicia humana es el amor de los hombres derivado del amor

de sí. El evangelio cifra el compendio de toda la moral en el sumario de la ley.

71 Siempre el espíritu universal de las leyes de todo pais es auxiliar al fuerte contra el flaco, y al que tiene contra el que no tiene: inconveniente que es inevitable, y no admite excepcion.

72 Véanse Dávila, Guichardino , Estrada, Solís, Maquiavelo, y y á veces él mismo de Thou. Vertot es casi el único que sabia pintar sin hacer retratos.

73 Uno solo de nuestros historiadores, que imitó á Tácito en bis grandes pinceladas, se ha atrevido á imitar á Suetonio, y á veces á copiar á Comines en las pequeñas; y esto mismo que da valor á su libro ha sido motivo dé crítica en nuestro pais.

74Siempre la preocupacion es la que en nuestros pechos fomenta la impetuosidad de las pasiones. Quien solo ve lo que es, y solo estima lo que conozco, poco se apasiona. Los errores de nuestros juicios oscilan el ardor de todos nuestros deseos.

75 Creo que puedo contar sin escrúpulo su salud y constitucion robusta entre las ventajas que por su educacion ha grangeado, ó mas bien entre los dones de la naturaleza que esta educacion le ha conservado.

76 Verdad es que con dificultad caerá nuestro alumno en este lazo, teniendo tanto en que entretenerse, no aburriéndose en su vida, y sabiendo apénas para que sirve el dinero. Como los dos móviles con que á los todos conducen son el interes y la vanidad, sirven estos mismos dos móviles á las rameras y á los buscones para que de ellos se apoderen, cuando son mancebos. Cuando veis que despiertan su codicia con premios y recompensas; cuando veis que de diez años los aplauden en un acto público en el colegio, tambien veis como les harán á los veinte soltar el bolsillo en un garito ó en una mancebía. Siempre se puede apostar á que el mas adelantado del aula será con el tiempo el mas jugador y el mas disoluto. Pues, los medios que no se usáron en la niñez no están sujetos á los mismos abusos en la mocedad. Pero no pierda el lector de vista que es máxima constante mia suponer siempre que suceda lo peor. Primero procuro precaver el vicio, y luego le supongo, rico de poner remedio.

77 Pero, si le buscan á él quimera, ¿como se habrá de conducir? Respondo que nunca tendrá quimeras, y que no dará margen para que con él las

levanten. Pero finalmente, proseguirán, ¿quién está libre de una bofetada ó de un mentís de parte de un mal criado, de un borrcho, ó de un pícaro guapeton, que por tener la satisfaccion de quitar á uno la vida, le quita primero la honra? Eso es otra cosa: el honor de los ciudadanos no ha de estar á merced de un mal criado, de un borracho, ni de un bribon de guapo, ni es posible preservarse de semejante desman, como ni de que caiga encima una teja. Una bofetada, un mentís recibido y aguantado producen efectos civiles que no puede la prudencia precaver, y de que no puede resarcir al agraviado tribunal ninguno; entónces la insuficiencia de las leyes le restituye su independencia ¡es el único magistrado, el único juez entre el ofensor y tú; el único interprete y ministro de la ley natural; se debe justicia, y el solo puede hacérsela, y no hay en la tierra gobierno ninguno tan desatinado que, por hacérsela tú, le castigue en ese caso. No digo que deba desafiarse, que es una estravagancia ¡digo, si, que se debe justicia, y que es el único dispensador de ella. Sin tanta inútil pragmática contra los duelos, si fuera soberano, yo respondo que no se daría nunca una bofetada ni un mentís en mis estados, y eso por un medio muy sencillo en que no se meterian los tribunales. Sea como fuere, Emilio sabe la justicia que se debe á sí propio en este caso, y el ejemplo que debe á la seguridad de las personas de honor. No pende del hombre de mas entereza estorbar que le insulten ¡pero de él pende, sí, que no se vayan alabando mucho tiempo de que le han insultado.

78 Plutarco, tratado del Amor. Así empezaba la tragedia de Menalipo; pero los clamores del pueblo de Aténas forzaron á Eurípides que mudase este principio.

79 Acerca del estado natural del espíritu humano y de lentitud de sus progresos, véase la primera parte del discurso sobre la Desigualdad.

80 Por ascuas encendidas voy andando

Cubiertas bajo pérfidas cenizas.

HOR. Lib. II, od. 1ª.

81 Las relaciones del Señor de la Condamine nos hablan de un pueblo que no sabia contar pasado de tres, no obstante los hombres que formaban este pueblo tenian manos, y habian juntado muchas veces sus dedos, sin saber contar hasta cinco.

82 Si queremos, será esta quietud solamente relativa y pero una vea que observamos mas y ménos movimiento, concebimos con mucha claridad uno de los dos últimos términos, que es la quietud; y tambien la concebimos, que estamos propensos á reputar absoluta la quietud que solo relativa. No es pues verdad que sea el movimiento esencial á la materia, si puede concebirse esta en quietud.

83 Considèran los químicos el flogisto, ó el elemento del fuego, como desparramado, inmóvil y estancados en los mistos de que hace parte, hasta que por la accion de causas estrañas se desprende, se reúne, se pone en movimiento, y se convierte en fuego.

84 He hecho los mayores esfuerzos para concebir una molécula viviente, sin poderlo conseguir. Paréceme ininteligible y contradictoria la idea, de la materia que sin tener sentidos siente. Para adoptar ó desechar esta idea, fuera menester comprenderla primero, y yo confieso que no tengo esa dicha.

85 Quien creeria, si no tuviésemos la prueba de ello, que pudiera llegar hasta este punto la estravagancia humana? Amato Lusitano afirmaba que habia visto metido en un vaso un hombrecillo de una pulgada de alto, que, cual otro Prometeo, habia hecho Julio Camilo por la ciencia alquímica. Paracelso, *de natura rerum* enseña el modo de producir estos hombrecillos, y sustenta que fueron engendrados por la química los pigmeos, los faunos, los sátiros, y las ninfas. Efectivamente ya no veo que nos quede otra cosa que hacer para asentar la posibilidad de estos hechos, mas que afirmar que resiste la materia orgánica al ardor del fuego, y que sus moléculas se pueden conservar en vida dentro de un horno de reverbero.

86 Me parece que lejos de decir que piensan las rocas, ha descubierto por el contrario la filosofía moderna que no piensan los hombres. Pero reconoce en la naturaleza mas que seres sensitivos; y la única diferencia que encuentra entre un hombre y una piedra, es que el hombre es un ser sensitivo que tiene sensaciones, y la piedra un ser sensitivo que no las tiene. Pero si es cierto que toda materia sienta, ¿donde he de concebirla unidad sensitiva, ó el yo individual? ¿ha de ser en cada molécula de materia, á en los cuerpos agregativos? ¿He de colocar esta unidad tanto en los fluidos como en los sólidos, en los mistos como en los elementos? Solo los individuos, dicen, en la mal lindeza. ¿Cuales son empero esos individuos! ¿Es esta piedra un individuo, ó una agregacion de individuos? ¿Es un solo ser sensitivo, ó con-

tiene tantos como granos de arena? Si es cada átomo elemental un ser sensitivo; ¿como he de concebir aquella íntima comunicacion, en fuerza de la cual uno se siente en otro, de suerte que los dos *yoes* se confunden en uno solo? La atraccion puede ser una ley de la naturaleza cuyo misterio no conocemos; concebimos empero ó lo ménos que obrando esta atraccion en razon de las masas, no presenta incompatibilidad ninguna con la ostension y la divisibilidad, ¿Lo concebis eso mismo en el sentimiento? Las partes sensibles son esternas, pero el ser sensitivo es indivisible y único: no se parte, que es todo entero ó nulo; luego este ser sensitivo no es cuerpo. No sé de que modo entienden esto nuestros materialistas y pero á lo mismo parece que las mismas dificultades que les han hecho descebar el pensamiento tambien los deberian obligar á que descebasen el sentimiento; y no veo porque, habiendo dado el primer paso, no hayan de dar tambien el segundo: ¿qué mas les costaría? ¿y una vez que tan ciertos están de que no piensan, coma se atreven á ademar que sienten?

87 Cuando llamaba á los antiguos al Dios supremo *optimus maximus*, decian la verdad; pero con mas exactitud se hubieran expresado llamándole *maximus optimus*, porque su bondad procede de su potencia, y es bueno porque es grande.

88 No por nosotros Dios, no por nosotros;

Porque sea tu gloria esclarecida;

Tórnanos á la vida.*Salmo 115*.

89 *La filosofia moderna, que solo, admite lo* que esplica, se guarda de admitir esta oscura facultad llamada instinto, que encamina, al parecer sin conocimiento ninguno adquirido» *á* los animales ácia un fin. Segun uno de nuestros mas juiciosos filósofos, no es otra cosa el instinto que un hábito privado de reflexion, pero que se ha adquirido reflexionando; y del modo como esplica estas reglas, se debe colegir que reflexionan mas los niños que los hombres; paradoja tan estraña que no merece la pena de examinarla. Sin meterme aquí en esta discusion, pregunto que nombre habré de poner al ardor con que hace mi perro la guerra *á* los topos que no come, á la paciencia con que los esta acechando á veces horas enteras, y á la habilidad con que los agarra, los saca de la tierra así que se asoman, y los mata, dejándolos allí luego, sin que nadie le haya enseñado a esta caza, ni le haya dicho que allí habia topos. Tambien pregunto, y esto importa mus, por que la vez primera

que amenacé á este mismo perro, se eché al suelo, con las patas dobladas, en postura de quien suplica, y la mas capaz de ablandarme; postura en que se hubiera guardado de permanecer, si, en vez de perdonarle, le hubiera pegado en este estado. ¿Con que mi perro, todavía chico y casi recien nacido, habia adquirido ya ideas morales? ¿sabia qué cosa eran la clemencia y la generosidad? ¿en virtud de qué luces adquiridas esperaba apaciguarme, abandonándose así á discrecion mia? Todos los perros del mundo hacen casi lo mismo mi caso idéntico, y no digo aquí una cosa que cualquiera no pueda verificar. Háganme igual. No los filósofos, que desechan con tanto desden el instinto, de esplicar este hecho por la mera accion de las sensaciones y de los conocimientos que por ellas se adquieren; espliquenle de un modo que ni todo hombre de razon lo deje satisfecho: entónces nada tendré yo que replicar, y no hablaré nunca mas de instinto.

90 *Bajo ciertos respetos las ideas son afectos,* y los afectos son ideas. Ambos nombres convienen á toda percepcion que nos ocupa ileso objeto, y de nosotros mismos que nos movemos por él; solo el órden de esta afeccion es el que determina ef nombro que conviene á la percepcion. Cuando, ocupados de primero en el objeto ¡solo pensamos en nosotros por reflexion, es una idea, cuando por el contrario nuestra primera atencion se la lleva la impresion recibida, y solo por reflexion pensamos en el objeto que la causa, entónces es un afecto.

91 Esto pudiera, creo, decírselo ahora al público el buen presbítero.

92 «Todos, dice un sacerdote bueno y cuerdo, dicen que la tienen y la creen (y todos usan esta greguería), no de los hombres ni de criatura ninguna, mas de Dios. Pero, para decir la verdad, sin adular ni mentir en nada todas se tienen de manos y medios humanos; prueba de; ella lo primero el modo como se recibieron las religiones en el mundo y todavia las reciben cada dia los particulares: la nacion, el pais, el lugar da la religion; cada uno es de aquella que profesan donde nació y se crio: santos circuncisos, bautizados, judíos, mahometanos, cristianos, ántes que sepamos que somos hombres: la religion no es de nuestro arbitrio y eleccion; prueba tambien la vida y las costumbres que se avienen tan mal con la religion ;prueba que obramos por ocasiones humanas y muy leves contra el espíritu de nuestra religion.» CHARRON, de la Sabiduría, lib. II, cap. 5º.

Muy presumible es que la sincera profesion de fe del virtuoso electoral de Condom no hubiera sido muy diferente de la del presbítero saboyano.

93 Esto está dicho formalmente en mil pasages de la Escritura, entre otros en el cap. 13 del Deuteronomio, donde dice que si un profeta que anuncie Dioses estraños confirma su mision con portentos, y si se verifican sus predicciones, lejos de hacer aprecio de ello, debe dársela muerte al profeta. Así cuando los paganos daban muerte á los apóstoles que les anunciaban un Dios estraño, y probaban con predicciones y milagros su mision, no veo qué objecion sólida les podían hacer, que no pudiesen ellos retorcer inmediatamente contra nosotros. ¿Pues qué se ha de hacer en tal caso? Una sola cosa; volver al raciocinio, y dejar aparte los milagros. Mejor hubiera sido no echar mano de ellos. Esto lo dieta la sana razon mas sencilla, que solo se oscureced fuerza de distinciones, por lo ménos muy sutiles. ¡Sutilezas en el cristianismo! ¿Con que no tuvo razon Jesucristo en prometer á los simples el reino de los cielos; no tuvo razon en empezar el mas hermoso de sus razonamientos dando el parabién á los pobres de espíritu, si tanta riqueza de espíritu es necesaria pava entender su doctrina, y aprender á creer en él. Cuando me hayáis probado que me debo someter, irá bueno ¡pero para probármelo, nivelaos conmigo; adaptad vuestros argumentos a la capacidad de un pobre de espíritu, si no, desconozco en vos al verdadero discípulo de vuestro maestro, y no es su doctrina esa que me anunciais

94 Refiere Plutarco que los estoicos, entre otras paradojas extravagantes, sustentaban que en un juicio contradictorio era inútil oir ú ambas partes; porque, decian, ó ha probado el primero su derecho, ó no le ha probado: si le ha probado, todo se concluyó, y debe ser condenada la parte contraria; si no le ha probado, no lleva razon, y se le debe denegar su demanda. Encuentro que el método de todos los que admiten una revelacion esclusivas parece mucho al de estos estoicos. Puesto que pretende cada uno que solo él tiene razon para elegir entre tantos partidos, es necesario escucharlos á todos; de lo contrario, no es justo el que hace la eleccion.

95 De mil hechos conocidos solamente citaré uno que no necesita comentario. En el siglo décimo sexto, habiendo los teólogos católicos condenado á ser quemados todos los libros etc los Judíos sin distincion, consultado acerca del asunto el ilustre y sabio Reuchlin se metió en un terrible atolladero, y hubieron de perderle, por solo haber sido de dictamen que se podían conser-

var entre sus libros aquellos que no hablaban nada contra el cristianismo, y que trataban de materias indiferentes á la religion.

96 De República. Lib. I.

97 Véase en el discurso sobre la montaña el paralelo que hace él mismo de la moral de Moises con la suya. Matt cap 5, vers. 21 y siguientes.

98 No cuento mas, porque sus cuatro libros son las únicas vidas de Jesucristo que nos hayan quedado de las muchas que se escribieron.

99 La obligacion de seguir y amar la religion de su pais no se es tiende hasta los dogmas contrarios á la sana moral, como el de la intolerancia. Este horrible dogma es el que arma á los hombres unos contra otros, haciéndolos á todos enemigos del género humano. Pueril es es vana la distincion entre la tolerancia civil y la teológica; estas dos tolerancias son inseparables, y no es posible admitir una sin otra. Ni aun los ángeles vivirian en paz. con homenaje es contemplasen como enemigos de Dios.

100 Ambos partidos se acometen recíprocamente con tantos sofismas, que fuera una empresa tan inmensa como temeraria querer rebatirlos todos; sobra ya con notar algunos al paso qué se van ofreciendo. Uno de los mas frecuentes del partido filatelista es oponer un supuesto pueblo de buenos filósofos á uno de malos cristianos: como si hiera mas fácil hacer un pueblo de verdaderos filósofos que de cristianos verdaderos, No sé si entre los individuos es mas fácil hallar uno que otro; pero bien sé que, en tratándose de pueblos, se ha de suponer queabusarán de la filosofía sin religion, como abusan los nuestros de la religion sin filosofía y me parece que esto hace que vario mucho el estado de la cuestion.

Bayle probó muy bien que es mas pernicioso al fanatismo que el ateísmo, y eso es indisputable; pero lo que se guardó de decir, aunque sea ménos cierto, es que el fanatismo, es bien cruel y sangriento, no obstante es una grande y vehemente pasion, que exalta el corazon humano, hace que tenga en nada la muerte, comunica una portentosa elasticidad, y que solo se trata de darle mejor direccion para sacar de el las virtudes mas sublimes: miéntras que la religion, y generalmente el espíritu silogístico y filosófico apega á la vida, afemina y envilece los ánimos, todas las pasiones en la bajeza del interes personal y en el avillamiento del yo humano las reconcentra, y así sordamente desmorona los verdaderos cimientos de toda sociedad; porque

en tan pocas cosas se uniforman los intereses particulares, que nunca podrán contrapesar aquellas etiquetas se oponen.

Si no hace verter el ateísmo la sangre de los hombres, no tanto es por amor de la paz come por indiferencia con lo bueno: de cualquier modo que vayan las cosas, importa poco al pretenso sano, con tal que le dejen quieto en su gabinete. No hacen sus principios que se maten los hombres pero estorban que nazcan, estragando las costumbres que los multiplican, desprendióle ídolos de su especie, reduciendo todas sus afecciones ú un secreto egoísmo, no ménos funesto para la poblacion que para la virtud. Se parece la indiferencia filosófica á la tranquilidad del estado bajo el despotismo, que es la tranquilidad de la muerte, mas destructora que la misma guerra.

De suerte que el fanatismo, aunque mas fatal en sus inmediatos efectos que lo que hoy llaman espíritu filosófico, en sus consecuencias lo es mucho ménos. Por otra parte fácil es hacer alarde de hermosas máximas en los libros pero consiste la dificultad en saber si están bien conexas con la doctrina, si de ella necesariamente derivan; y esto es lo que hasta aquí no aparece claro. Falta saber tambien si la filosofía á sus anchuras y en el trono, enfrenaría la vanagloria, el interes, la ambicion, las mezquinas pasiones masculinas, y si ejerceria esa tan suave humanidad que nos alaba con la pluma en la mano.

Por Sus principios no puede la filosofía hacer ninguno que mejor todavía no le haga la religion, y esta hace mucho que no puede hacer la filosofía.

Por la práctica, es cosa muy distinta; pero tambien aquí es menester examinar. Ninguno sigue puntualmente su religion cuando la tiene; eso es cierto: los mas no la tienen, y no siguen en cosa ninguna la que tienen, tambien eso es cierto: pero en fin algunos la tienen, y la siguen á lo ménos en parte; y es indubitable que por motivos de religion se retraen con frecuencia de obrar mal, ejercitan virtudes, y hacen acciones loables, que sin estos motivos no se hubieran realizado.

Si niega un fraile un depósito, ¿qué se infiere, sino que se le fió un tonto? Si le hubiera negado Pascal, probaría eso que era Pascal un hipócrita, y nada mas. ¡Pero un frágil.... ¿Son acaso las personas que trafican con la religion las que la tienen? Todos los delitos que comete el clero, como los que

cometen otros, no prueban que la religion sea inútil, sino que son muy contados los que tienen religion.

Indisputablemente deben á la religion nuestros gobiernos modernos que sea su autoridad mas sólida, y ménos firmantes las revoluciones; y á ellos los ha hecho ménos sanguinarios: lo cual se prueba comparándolos con los gobiernos antiguos. Mas bien conocida la religion ha descárgalo el fanatismo, suavizando mas las costumbres cristianas. No es sola mudanza obra de las letras, porque en a todas parles donde estas han brillado, no por eso La sido mas respetada la humanidad; certificando así las crueldades de los Atenienses, de los Egipcios, de los Emperadores de Roma, y de los Chinos. ¡Cuantas obras de misericordia se deben al evangelio! ¡Cuantas restituciones y reparaciones produce la confesion en los paises católicos! En los protestantes, ¡cuantas reconciliaciones y limosnas se hacen cuando se acerca el tiempo de comulgar! ¡Cuanto ménos codiciosos hacia á los usurpadores el jubileo de los Hebreos! ¡Cuantas miserias precavia! La fraternidad legal unia la nacion entera, y no se via cutre ellos uh mendigo. Tampoco se ve uno entre los. Turcos, donde son innumerables las rumiaciones piadosas, siendo, por principio de religion, hospederos basta con los enemigos de su culto.

« Dicen los Mahometanos, segun Chardin, que despues del exámen qucá la resurreccion universal ha de seguirse, pasaran todos los cuerpos por un puente llamado Pul-Serrho, que atraviesa el fuego eterno; puente que puede mirarse, dicen, como el tercero *y* postrer eximen, y el verdadero juicio final, porque allí es donde se ha de hacer la separacion de los buenos y los malos, etc....»

«Los Persas, continua Chardin, tienen la fantasía tan ocupada con este puente, que cuando á alguno le hacen un agravio de que por vía ninguna ni en ningun tiempo puede alcanzar justicia, su consuelo es decir: te á juro por el Dios vivó, que me lo pagarás doble el postrer dia, y que no pasarás el Pul-Serrho sin darme ántes satisfaccion; me agarraré de las faldas de tu vestido, y me enredaré entre tus piernas. á muchos personages eminentes y de todas profesiones he visto que, con la aprension de que les estorbasen el paso de este terrible puente, rugaban á los que se quejaban de ellos que los perdonaren; *y* á mí propio me ha sucedido cien veces lo mismo. Personas de mucha suposicion, que importunándome me habian hecho que hiciera cosas contra mi voluntad, me buscaban al cabo de algun tiempo que crecian ya

que se me habia pasado el enojo, y me decian; suplícote, *holal becon hantchrisma,* que quiere decir, *hazme este negocio lícito ó justo,* Algunos me han enviado regalos, y hecho servicios para que los perdonase, declarando» que lo hacia de buena voluntad ¡y no es otra á la causa, que la creencia en que están de que no han de pasar el puente del infierno sin satisfacer hasta el postrer maravedí á los que hayan oprimido.» Tomo VII, en 12, pág 50.

¿He de presumir que la idea de este puente que tantos males repara nunca evite ninguno*?* ¿Y si quitasen á los Persas esta idea, persuadiéndolos á que no hay ni Pul-Serrho, ni cosa semejante, donde despues de la muerte se vengan los oprimidos de sus tiranos, no es claro que los pondría esto muy a sus anchas, y los libraría del plan de apaciguar á estos desventurados? Luego es falso que no fuese perjudicial esta doctrina, luego no seria la verdad.

Filósofo, tus leyes morales, son muy hermosas; pero muéstrame, por tu vida, la sancion de ellas. Déjate por un rato de hablar al aire, y dime, sin andarte en ambages, que es lo que al Pul-Serrho quieres sustituir.

101 *Nadie hay que con tanto desprecio mire, la infancia como los que salen de ella; así como en los plises donde es poca la desigualdad, y donde teme cada uno que lo confundan con sus inferiores, se observan las distinciones con mayor afectacion.*

102 Aventuras del Señor C. Lebeati, abogado del parlamento, tom. II, pg. 70.

103 *El clero romano los ha conservado con mucha arte, y á ejemplo suyo algunas repúblicas, entre otras la de Véncela, Por eso, el gobierno veneciano, no obstante la ruina del estado, goza todavía, con el aparato de su antigua magostad, de todo el cariño, y de toda la* adoracion de la plebe; y despues del Papa, ornado con su tiara, no hay acaso rey ni potentado, ni hombre de este mundo, tan respetado como el Dux de Venecia, sin potestad ni autoridad, pero consagrado por su pompa, y ornado bajo su cuerno ducal de una escofieta de muger. La ceremonia del buen tauro, que tanto da que reirá los necios, haría derramar al populacho de Venecia hasta la última gota de sangre por mantener su tiránico gobierno.

104 Como si hubiera ciudadanos que no fuesen miembros de la ciudad, y en cualidad de tales participantes de la autoridad soberana. Pero habiéndoseles metido en la cabeza á los Franceses usurpar el respetable nombre de

ciudadanos, que antiguamente competía á los *miembros de las ciudades de las Galias, de tal modo han mudado la idea de esta voz, que ya no se entiende lo que con ella quieren decir. Tino que me acaba de escribir muchas bestialidades contra la Nueva Heloisa, ha ornado su firma con el titulo de ciudadano de Pimbeuf, y ha creído que haría un sabroso chiste*.

105 Consideraciones sobre las costumbre; de este siglo, por el Señor Duelos, pg. 6 5 .

106 Esto está probado en el ensayo sobre el origen de las lenguas, que se baila en la coleccion de asís obras.

107 *Detente, caminante; un héroe pisas*.

108 Preguntando en Atenas mi estrangero soberbiamente vestido, de donde era, respondió; soy rico. Me parece que fué una escitante respuesta.

109 *Dos damas de la corte, por fingir que se divertían mucho, se habían impuesto la ley de no acostarse nunca hasta las cinco de la mañana. En lo unas crudo del hibierno pasaban sus cocheros la noche aguardándolas en la callo, y arropándose mucho para no helarse. Una noche, 3 por mejor decir una mañana, entran en el aposento donde pasaban las horas sin sentirlas estas dos personas tan divertidas, y las hallan durmiendo cada una en su silla poltrona, y sin na alma que las acompañase*.

110 Ya he notado que las repulsas por melindre y provocativas son comunes de casi todas las hembras, aun las de los animales, y aun cuando mas dispuestas están á rendirse; es necesario no haber nunca observado sus maulas para no convenir en esto.

111 Puede haber tanta desproporcion en la edad y en la fuerza, que haya una violencia real; pero Como aquí trato del estado relativo de los sexos segun el órden de la naturaleza, los considero ambos en la relacion comun que constituye este estado.

112 Sin esto iría necesariamente á ménos la especie: para que se conserve esta, es preciso que, compensándolo todo, para cada muger cuatro hijos con corta diferencia; porque de los niños que nacen se mueren cerca de la mitad ántes que puedan tenerlos ellos, y es necesario que queden dos para representar el padre y la madre. Véase si las ciudades dan esa poblacion.

113 La falta de valor de las mugeres es tambien un instinto de la naturaleza contra el doble peligro que corren durante su preñez.

114 [1]La criatura se hace importuna cuando saca utilidad de serlo; pero nunca pedirá dos veces una misma cosa, si es siempre irrevocable la primer repulsa.

115 Las mugeres que tienen la cutis tan blanca que no necesitan encajes, darían mucho que sentir á las otras si no los gastasen. Casi siempre son las feas las que introducen las modas á que las hermosas tienen luego la tontería a de sujetarse.

116 Si donde he puesto yo, *no* sé, responde la chica de otro modo, es menester no fiarse de su respuesta, y hacer que la esplique con claridad.

117 La chica lo dirá esto, porque lo ha oido decir; pero se ha de verificar si tiene una idea de la muerte, porque no es esta idea tan sencilla, ni esta tan al alcance de los niños como se cree. En el poemita de Abel de Gessner puede verse un ejemplo del modo como se le debe dar. Esta deliciosa obra respira una sencillez que hechiza, y en que no puede nunca empaparse.

118 La idea de la eternidad no se puede aplicar á las generaciones humanas sin que lo repugne el entendimiento. Toda sucesion numérica, reducida al acto, es incompatible con esta idea.

119 Usa la muger siempre astutos modos Por prender en sus redes nuevo amante;

Ni el mismo rostro nunca muestra á todos, Que á tiempo de ademan cambia semblante.

120 Bien si que las mugeres que han tomado dias claras sin resolucion en cierto punto, pretenden hacerse estimar por esta franqueza, y juran que, ménos esta, todas las dotes estimables las poseen; mas tambien se que nunca se lo han persuadido sino á tonto?. Quitado el freno mas poderoso de su sexo, ¿qué les queda que las contenga? ¿de qué honra han de hacer aprecio las que han renunciado de la que les es privativa? Habiendo una vez dado suelta á las pasiones, ya no tienen Interes ninguno en resistir á ellas. Nec faemina*, amissa pudicitia*, *alia abnuerit que la muger, perdido el pudor, á nada se niega*. Nunca autor conoció mas bien el corazon humano en ambos sexos, que el que esto dijo.

121 Una de las Cuatro cosas que no podia comprender el sabio, era la del hombre en su mocedad; la quinta era el descaro de la muger adultera, *quoe*

comedit et tergens os sum dicit: non sum opérate malum; que come, y limpiándose la boca dice: no he obrado mal. *Prov*.XXX, veis. 20.

122 Lo hace la que lo niega por vedado.

123 Dice Brantôme que, en tiempo de Francisco primero, una jóven que tenia un amante hablador le impuso un ilimitado y absoluto silencio, que con tanta puntualidad guardó par espacio de dos años enteros, que creyeron que por alguna enfermedad se habrá vuelto mudo. Un dia, en una gran concurrencia, su dama que, en aquellos tiempos en que guardaban secreta los enamorados, narra conocida por tal, se alabó de que le sanarla inmediatamente, y lo hizo con esta palabra sola; *hable usted*. ¿hay algo heroico y grande en este amor? ¿Qué mal hubiera hecho con todo su fausto la filosofía de Pitágoras? ¿No nos imaginamos una divinidad que con sola una palabra da el órgano de la voz á un mortal? No es posible que yo crea que la beldad sin virtud obrara nunca semejante milagro. Todas las mugeres de Madrid, con todos sus artificios se verian muy atascadas, para hacer otro igual en el dia.

124 La fuerte saña de Aquiles, que ceder no sabe

125 ¿ Por que contigo no es caso dices? Eres sabida, Gala.

Marcial, XI, epígr. 20.

126 No lo muestra, aunque ríe si dentro del pecho.

127 Al salir del palacio se encuentra un vasto jardin de cuatro aranzadas acotado y vallado todo en derredor, plantado de crecidos árboles floridos, que dan peras, manzanas, granadas, y otras frutas de las mas hermosas especies, higueras de dulce fruto, y verdeantes olivos. Nunca durante el año entero están sin fruta estos hermosos árboles: hibierno y verano, el dulce soplo del viento del viento Poniente hace á la par agarrar unas y madurar otras. Se ven la pera y la manzana que se pasan y se secan en el árbol, el higo en la higuera, y en el sarmiento el racimo. La inagotable vid no cesa de dar uvas nuevas, unas las hacen cocer y pasarse al sol en una arca, miéntras que se vendimian otras, dejando en la planta las qué todavía están en flor, en agraz, ó que empiezan á tomar color. A uno de los estremos, dos cuadros bien cultivados, y todo el año cubiertos de flores, están adornados con dos fuentes; una de estas se reparte por todo el jardin, y la otra, despues de

atravesar el palacio, va á parara á un edificio erigido en la ciudad para surtir de agua á los ciudadanos.

Esta es la descripcion del real jardin de Alcinoo, en el séptimo libro de la Odisea; jardin en que, con mengua del soñador caduco de Homero y de los príncipes de su tiempo, no se encuentran ni verjas, ni estatuas, ni cascadas, ni bolingrines.

128 Confieso que doy las gracias á la madre de Sofía por no haber permitido que manos tan suaves como las suyas, y que tantas veces ha de besar Emilio, se echaran á perder con el jabon.

129 El disimulo de la especie del que aquí hablo es espuesto al que les conviene, y que á la naturaleza deben; este consiste en encubrir los afectos que sienten, y el otro en fingir los que no sienten. Todas las mugeres de mundo pasan la vida haciendo gala de su pretensa sensibilidad, y en la realidad solo se aman á sí mismas.

130 Cuidar á un trabajador del campo enfermo, no es ni purgarle, ni darle drogas, ni enviarle el cirugano. No necesitan de nada de eso estas pobres gentes en sus dolencias, sino de mas sustancioso y abundante alimento. Estais á dieta vosotros, cuando tengais calentura; pero cuando vuestros gañanes la tengan, dadles carne y vino; casi todas sus enfermedades proceden de inanicion y miseria: en vuestra bodega teneis su mas eficaz tisana, y su único boticario debe ser vuestro carnicero.

131 Si tuviesen uno, no seria este superior comun otro que el Soberano; y fundándose entónces el derecho de esclavitud en el de soberanía, no seria el principio de este.

132 la mayor parte de estas cuestiones y proposiciones están estractadas del tratado del Contrato social, el cual es estracto de una obra mas considerable, emprendida sin haber consultado mis fuerzas, y abandonada mucho tiempo hace. Se publicará aparte el corto tratado que he sacado de ella, y cuyo resumen aquí inserto.

133 Acordémonos que solo hablo aqui de los magistrados supremos ó caudillos de la nacion, no siendo los otros mas que sustitutos suyos en tal ó tal parte.

134 Por el cual nada es permitido, ni vivir como preparado en la guerra, ni como seguro en la paz. SENEC. *de tranqillit animi*,cap. I.

135 Despues que escribí esto, se han deducido las razones en favor en el estracto de este proyecto; las razones contrarias, ó á lo ménos las que me han parecido sólidas, se hallarán en la coleccion de mis obras, á continuacion de este mismo estracto.

136 No sé de mas que de una escepcion á esta regla, que es la China

137 Este mi anhelo fué campo mas chico.

HORAC lib. II. sat. 6ª.

138 En Francia, las que primero se desprenden son las mugeres y y debe ser así, porque teniendo poco temperamento, y no queriendo mas que homenages, así que cesa de tributárselos el marido, poco se curan de su persona. Por el contrario, en los demas paises los maridos se desprenden ántes, y tambien debe ser así, porque fieles, pero sin miramiento, las mugeres los fastidian, importunándolos con sus deseos. Estas verdades generales pueden tener muchas escepciones; pero ahora creo que sean verdades generales

139 Este desenlace es tal cual le habia concebido el autor, así como le refiere M. Prevost, catedrático de Ginevra, en una carta que escribia en 1804 al redactor de los archivos literarios, sobre J. J. Rousseau, y particularmente sobre la continuacion del Emilio ó los solitarios. Este sabio catedrático muy fidedigno habia gozado de la ventaja de ver frecuentemente á J. J. en su vejez.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web